



La  
AVENTURA  
de **SOÑAR**  
DESPIERTOS

**SILVIA SANCHO**

*Phoebe*



SILVIA SANCHO

La  
AVENTURA  
de SOÑAR  
DESPIERTOS



*Phoebe*

Primera edición: junio de 2019

Copyright © 2019 Silvia Hernández Sancho

© de esta edición: 2018, ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18  
28033 Madrid  
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-17683-37-5

BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO

Fotografía: g-stockstudio/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*A Agustín.*

*Los sueños se cumplen, mi niño; que nada ni nadie te convenza de lo contrario.*

# ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

[CAPÍTULO 35](#)  
[CAPÍTULO 36](#)  
[CAPÍTULO 37](#)  
[CAPÍTULO 38](#)  
[CAPÍTULO 39](#)  
[CAPÍTULO 40](#)  
[CAPÍTULO 41](#)  
[CAPÍTULO 42](#)  
[CAPÍTULO 43](#)  
[CAPÍTULO 44](#)  
[CAPÍTULO 45](#)  
[CAPÍTULO 46](#)  
[CAPÍTULO 47](#)  
[CAPÍTULO 48](#)  
[CAPÍTULO 49](#)  
[CAPÍTULO 50](#)  
[CAPÍTULO 51](#)  
[CAPÍTULO 52](#)  
[CAPÍTULO 53](#)  
[CAPÍTULO 54](#)  
[CAPÍTULO 55](#)  
[CAPÍTULO 56](#)  
[CAPÍTULO 57](#)  
[CAPÍTULO 58](#)  
[CAPÍTULO 59](#)  
[CAPÍTULO 60](#)  
[CAPÍTULO 61](#)  
[CAPÍTULO 62](#)  
[CAPÍTULO 63](#)  
[CAPÍTULO 64](#)  
[CAPÍTULO 65](#)  
[CAPÍTULO 66](#)  
[CAPÍTULO 67](#)  
[CAPÍTULO 68](#)  
[CAPÍTULO 69](#)  
[CAPÍTULO 70](#)  
[CAPÍTULO 71](#)

CAPÍTULO 72

CAPÍTULO 73

CAPÍTULO 74

CAPÍTULO 75

CAPÍTULO 76

CAPÍTULO 77

CAPÍTULO 78

CAPÍTULO 79

CAPÍTULO 80

EL DESPUÉS

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO EXTRA

## PRÓLOGO

Me enamoré de él antes de conocerle. No sé precisar con exactitud en qué momento. Pudo ser la primera vez que leí los cuentos de Perrault, que escuché cantar a Édith Piaf o que descubrí a mis padres besándose en el rincón de la cocina. Me enamoré del amor mucho antes de que él apareciera. Lo convertí en el motor que movería mi mundo en cuanto descubrí la magia que despertaba en mi interior soñar con ser la receptora de un sentimiento tan intenso. Lo idealicé durante gran parte de mi infancia y mantuve una estrecha, monógama y satisfactoria relación con esa quimera hasta los doce años. El divorcio de mis padres me obligó a bajar de la nube de los sueños y a enfrentarme con la realidad: no todas las historias de amor tienen un final feliz.

Me costó bastante asimilarlo. Lo ignoré, lo negué, lo grité, lo lloré y, después del luto y del duelo, me resigné a aceptarlo. No pude hacer mucho más.

Mi padre volvió a casarse, se mudó a Barcelona, le fue muy bien. Tiene una empresa que le permite conservar un tren de vida elitista, una mujer encantadora que bebe los vientos por él y dos hijos estupendos que deberían ser mis hermanos, pero la distancia no ha terminado de propiciarlo.

Mi madre conoció a un señor viudo, padre de tres chicas, y también pasaron por el registro civil unos años después. Por evidentes cuestiones logísticas, nos fuimos a vivir con ellos a su chalet de Aravaca, una población de la zona noroeste de Madrid famosa por sus urbanizaciones de lujo y sus campos de golf.

Y yo me despedí de nuestra casa de Vallecas y durante muchos, muchos años no encontré un lugar al que llamar «hogar». Ese concepto quedó ligado a mi ideal del amor; les vi darse la mano antes de evaporarse frente a mis ojos. La belleza, la felicidad y los sueños se quedaron en mi infancia como las muñecas, los cereales azucarados y los besos de buenas noches.

Las hormonas descontroladas de la adolescencia fueron las culpables de que me replanteara si era amor aquello que sentía; entre las piernas, sobre todo. Curioseé, probé, perdí, gané, herí y fui herida, pero no saqué ninguna conclusión. El sexo me pareció la bomba, aunque también confuso y falto de lo que hoy puedo llamar «madurez». No se puede disfrutar al cien por cien si estás más pendiente de tus *brackets* que de sus caricias. Me faltaba averiguar mis gustos y me sobraba inseguridad. Cuando sostuve en mis inexpertas manos el carnet de la universidad, dejó de sobrarme nada.

Puede parecer una bobada, y tal vez lo sea, pero, para mí, graduarme en el



instituto fue el pistoletazo de salida. Lo vi muy negro cuando me tocó repetir curso el primer año que viví en Aravaca. Llegué a creer que era verdad lo que decían las hijas del marido de mi madre: que era una fracasada. Pero tuve la suerte de que cambiaran la profesora de francés; ella me enseñó la lengua más bonita del mundo y que yo podía ser tan buena como me lo propusiera.

Convertirme en alumna de Filología francesa fue mi primer logro importante, el primer paso en el camino hacia la mujer que quería ser. Sentí que ya nada me detendría, y lo demostré sacando las mejores notas de mi vida. Hasta aprobé el carnet de conducir a la primera. Fueron años totalmente positivos. Y encima conocí a la que hoy es mi mejor amiga, mi hermana del alma, Natalie. Cuánto aprendí de ella... Me revolucionó de pies a cabeza. Hicimos el camino juntas, descubriendo lo que éramos, creciendo, definiéndonos, pero luego se marchó de Erasmus a Irlanda y yo..., yo volví a refugiarme en los sueños, y empecé a fabricar uno nuevo: París.

Eso era. Allí era. Mi hogar debía de encontrarse en la ciudad del amor.

Me reconcilié con mis fantasías más antiguas y me di cuenta de que haber renunciado a ellas era la peor decisión que había tomado. Me sentía preparada para asentarme, para enamorar y enamorarme. Solo imaginarlo ya me hacía más feliz.

Aunque me moría de ganas por correr hacia mi nuevo destino, retrasé la marcha por Natalie. Ella se tropezó con Cupido una noche en un bar, pero el golpe contra el suelo se lo dio veinte meses más tarde. Fue durísimo verla caer, ser testigo de su hundimiento y no poder hacer nada para evitarlo, porque no me lo permitió, pero ya la he perdonado. Nunca he sido capaz de guardar rencor a la gente que quiero.

Le comuniqué mi mudanza a París en medio de una borrachera legendaria en el Vida Festival, cuando gran parte de sus heridas ya habían sanado. Ella trabajaba por entonces en un camping de la sierra de Madrid y, con el primer sueldo, compró dos abonos. Era pleno verano y llevábamos varias horas bebiendo cantidades ingentes de cerveza pagada a precio de oro para sofocar el bochorno. Hacía un rato que habían tocado los Woods, su grupo favorito, y ella había conseguido colarse en el camerino, que le firmaran una camiseta y besar en la boca al bajista. Estaba eufórica. Y yo también, por ella, por el alcohol, por mi sueño...

—¡Tía, cuantísimo te *quierrrrro*! —Me abracé a su cabeza y ella se enroscó en mi cintura.

—¡*Edes* mi *bedmana*! ¡Mi *bedmana*!

Nos tambaleamos a izquierda y a derecha.

—¡Y tú, la mía! —Doblé las rodillas para estabilizarnos—. ¡Y te *quierrrrro*, tía! ¡Te *quierrrrro*! ¡Aunque me *pirrrre* a París te *seguirrrré querrrrriendo*!

—¡Y yo aunque me *pide* a *Madte*!

Ahí se quedó la cosa: a las dos nos pareció estupendo que yo me mudara a Francia y ella al planeta rojo; pensamos que era lo normal, lo lógico... Por la mañana, cuando nos vino un *flash* del momento mientras luchábamos contra la resaca, tuvimos que aclararlo. Y nos siguió resultando coherente. Era nuestro sueño, ¿no? Pues no había más pretextos que buscarle.

Yo cogí un avión unas semanas después; Nat continúa esperando que algún día se decidan a construir la estación espacial. Eso es lo malo que tienen los sueños: que, a veces, no dependen solo de la voluntad de uno. En mi caso, llegué a París con las maletas llenas de propósitos, y el único que cumplí fue aprobar el posgrado. El resto... fue para olvidarlo.

Natalie lo vivió conmigo desde la distancia —forma también parte de su historia—, incluso vino a visitarme a la ciudad del Sena y conoció a mi entonces novio, Clément, pero ya nunca lo mencionamos. No merece la pena. Es un capítulo cerrado que no dejó huella en mí. Es cierto que en su día me dolió ver cómo mi sueño se convertía en pesadilla, pero gracias a esa decepcionante relación reafirmé lo que quería: a mí.

Pese a todo, después de romper con Clément, mi situación no mejoró. Decidí marcharme de París, pero, como mi madre se había cansado de advertirme —que regresaría con una gran decepción y las manos llenas de tiempo perdido, y tuvo razón—, no volví a Madrid. Probé suerte en Barcelona.

Mi padre y su mujer trataron de acogerme lo mejor posible, y se lo agradecí de corazón..., pero fue muy extraño. No compartía techo con él desde hacía demasiados años, nunca había convivido con Inmaculada y apenas había tenido contacto con los niños. No pude integrarme con ellos, por muy familia mía que fueran. Me alquilé un piso, porque empecé a sentirme como un estorbo, trabajé hasta deslomarme... y la nostalgia terminó aplastándome. Si tuviera que definir aquella etapa con una canción, sería *Saltan chispas*, de Rozalén:

*«Lo confieso: no me aguanto en soledad.  
Necesito que me rocen los demás.  
Duele dentro.  
Me perdí y no me encuentro en esta ciudad  
que me parece tan inmensa.  
Y yo me siento tan pequeña...  
Y me enfado, me enrabiato, me cabreo,  
pierdo cierta compostura,  
quiero todo siempre aquí y ahora.  
Y no sé ni por dónde empezar».*

Echaba demasiado de menos a Natalie, a mi madre por mucho que me regañara, a

los pocos amigos que conservaba..., a Madrid. Allí estaban mis raíces y yo necesitaba, más que nunca, agarrarme a ellas para no extraviarme en el camino.

A mediados del mes de marzo hice la maleta una vez más y volví a Aravaca. Mi madre suspiró con alivio cuando me vio instalarme. Su marido la felicitó por haber logrado convencerme de que regresar era la mejor opción. Paula, la hija más joven, me regaló un par de palmaditas condescendientes en la espalda; si sus hermanas hubieran vivido todavía en aquel chalet, seguramente no habría recibido ni palmaditas: se les daba de lujo eso de hacerme el vacío. Y yo me descubrí de nuevo habitando una casa que no era mi hogar, con veintinueve años, sin oficio ni beneficio, desubicada, desmotivada, muy harta de dar vueltas, de ser una maldita peonza, pero sin encontrar la manera de convertirme en cuerda.

Dediqué los primeros doce días a buscar trabajo de forma intensiva. Mi madre se ofreció a preguntar en su amplio círculo de amistades, pero preferí conservar la poca autosuficiencia que me quedaba. Las opciones que aparecieron fueron... desilusionantes.

Llamé a Natalie para anunciarle que iba aceptar un puesto como teleoperadora en el departamento de ventas de una empresa de seguros; mi amiga me lo prohibió y me ordenó que metiera algo de ropa en una mochila. Dijo que me hacía falta una escapada, un chute de naturaleza y montaña, que no podía encerrarme en casa durante el finde de Semana Santa, que era de *loser* total, que no había discusión posible al respecto... y me colgó sin dejarme opción a réplica, su forma de actuar habitual.

El viernes por la tarde, Dani —el hombre que ganó la heroica batalla de conquistar su corazón herido— y ella me recogieron en el chalet de Aravaca. Les agradecí muchísimo el esfuerzo por animarme, pero me monté en el coche con el convencimiento de que en el camping de la sierra de Madrid no residía la solución a mis problemas.

Lo que no sabía entonces es que allí se aloja de forma permanente una vieja conocida: la magia.

# 1

## THE LONDON BRIDGE

Si alguien me hubiera pedido en aquel tiempo que eligiera un lugar donde desconectar unos días, en el *top* 10 de destinos no habría aparecido un camping. Tampoco en el *Top* 100. Quizá ni en el *Top* 1.000. Yo era una hembra de *Homo sapiens sapiens*, de la subespecie urbanita. Una criatura adaptada al asfalto y a los aires cargados de dióxido de carbono. Me veía sobreviviendo a una guerra nuclear en medio de una ciudad arrasada, incluso liderando algún clan de extrarradio, pero no montando una tienda de campaña. Mi lado salvaje y primitivo tenía el mismo tamaño que el minúsculo lunar de mi mejilla, el que había eliminado con láser de última generación en el mejor centro estético de París.

Lo único que me consolaba de camino a la sierra era que nos íbamos a alojar en bungalós con baño privado. Natalie se había encargado de reservar los que, según ella, eran los mejores. No dudé de su criterio, porque mi amiga conocía a fondo cada rincón de aquel camping. Trabajó en él dos temporadas estivales consecutivas que la llevaron a encontrar su pasión por el mundo del turismo y al amor de su vida. El primer verano conoció a Lara, una ingeniera biomédica que se vio obligada por la falta de oportunidades laborales a aceptar un puesto como recepcionista, y a Asier, un profesor de tenis ocasional en plena crisis existencial. Ellos dos terminaron siendo novios, él invitó una noche a su amigo Dani al camping para que conociera a Lara, pero Dani le prestó más atención a Natalie. Es un hombre muy inteligente. Cuando el noviazgo de Lara y Asier se convirtió en matrimonio poco más de un año después, se desató la locura: Nat y Dani se reencontraron y ya no hubo fuerza de la naturaleza capaz de separar sus caminos. Me pareció lógico que ambos desprendieran una estela de felicidad que iluminaba la grisácea carretera de montaña que estábamos transitando. Me pareció tan coherente, tan justo, tan real... que tuve que cerrar los ojos para poder asimilar los celos.

—Bombón, despierta —me dijo Nat—. Ya casi hemos llegado.

Mi amiga giró su pequeño cuerpo sobre el asiento del copiloto y miró hacia el trasero, donde yo estaba encogida. El Porsche de su pareja era ideal, hasta que tenías que viajar en él de paquete.

—No estaba dormida —musité.

—¿Soñando entonces? —Me guiñó uno de sus ojos marrones.

—Ya ni eso.

Nat revolvió las ondas frontales de mi media melena castaña; me fijé en que su pelo corto brillaba más que nunca, su negrura reflectaba con intensidad el sol que se colaba por la ventanilla.

—Olvídate de todo —me ordenó—. Aunque solo sea por este finde. Deja que el camping te llene de buena vibra y el lunes... ya veremos.

Asentí con la cabeza. No perdía nada por intentarlo. Y lo cierto era que lo necesitaba. Un respiro. Una tregua. Cargar las pilas antes de reinventarme por enésima vez en mi vida. Dios..., qué cansada me sentía.

—Mira alrededor, Greta —me pidió Dani con su característica voz templada, antes de reducir la marcha—. Campos de cereales verdes, árboles caducos volviendo a florecer, el cielo así de azul, pese a las nubes...

—El ciclo de la vida —resumió Natalie.

Sonreí. Ellos dos por separado eran grandes personas, pero juntos, además, eran una fuente de esperanza. Desvié la vista hacia el cielo al que aludía el abogado de porte aristocrático y sinceros ojos verdes; su pelo castaño se agitó al bajar la ventanilla. La brisa húmeda refrescó el ambiente del coche. Una frase que había leído se reprodujo en mi cabeza.

—Dice Caitlín Moran —comenté— que «si vuelas lo bastante alto, si subes por encima de las nubes, allí siempre es verano».

—Me flipa esa mujer —dijo Nat—. Y acabas de recordarme a Lara. Ella asegura que aprendió a volar aquí el verano que conoció a Asier. Es una tía supermoñas. Te va a caer fenomenal.

Le dediqué una peineta, estirando el dedo corazón, un gesto muy nuestro, y seguí mirando al cielo. Con algo de envidia. O toneladas de ella. Yo también quería volar en compañía. Que alguien me demostrara que el amor existía y podía ser tan infinito como el cielo. Mi final feliz.

—Hemos llegado —anunció Dani antes de activar del freno de mano. Apagó el motor y señaló el coche que había aparcado al lado—. Y, por lo visto, la cumpleañera y su marido, también.

La que cumplía años era Lara, dos días después, el 1 de abril. Por eso estábamos todos allí: porque le apeteció celebrarlo en el lugar donde más feliz había sido. Moñas o no, me cayó bien solo por ese gesto.

—¿Sergio venía con ellos? —preguntó Nat antes de abrir la puerta del copiloto.

—Creo que sí, pero con él nunca se sabe —contestó Dani.

—Ve sujetándote las bragas, hermana. Vas a flipar.

—¿Perdona? —Rio él.

—Bueno, luego comentamos...

Mi amiga salió del coche, lo rodeó y abrió el maletero. Yo luché contra el mecanismo de su asiento, conseguí vencerlo y también salí.

Me estiré junto al capó sin sujetarme nada. Con mi ex, Clément, que era modelo, ya había cubierto el cupo de guapos. No tenía intención de volver a caer en la frívola trampa de la belleza exterior. Aunque, según los informes periódicos que me suministraba la vena Celestina de Natalie, el atractivo del amigo de Dani y Asier no residía en la armonía de sus rasgos y sus formas; palabras textuales de ella: «Sergio no es guapo, pero es capaz de carbonizarte al instante la ropa interior que llevas puesta, la que guardas en el cajón y la que tienes pensado comprarte durante el resto de tu vida». Debo reconocer que semejante poder ígneo me provocaba, al menos, cierta curiosidad morbosa.

—¿Qué carajo has metido en este chisme? —Nat pegó un par de tirones, estilo bruto, y soltó mi maleta Fendi sobre la arena mojada que cubría el aparcamiento.

—No deberías coger peso —le recordó Dani.

—Mierda, es verdad, se me había olvidado.

—¿Cómo se te puede olvidar que estás embarazada? —Sonreí, rescatando a Fendi.

—Pues, ya ves... Como no me noto nada —acarició su vientre plano—, ni con la media docena de Clear blue que me he hecho me convenzo.

—¿Cuándo tienes cita con el ginecólogo?

—El miércoles que viene.

—Voy a registrarnos —dijo Dani.

—Ya lo hago yo, que quiero dejarle un recado a Goyo.

—¿Quién es Goyo? —pregunté.

—El gerente del camping. Dani y tú id tirando. Él ya sabe dónde están las chozas.

Natalie le guiñó un ojo a su pareja y nos abandonó junto al Porsche antes de entrar en un edificio pequeño rotulado con un cartel de «RECEPCIÓN». Seguí a Dani, maleta en ristre, hasta un camino empedrado que separaba un parque infantil de un descampado bastante inhóspito donde había instaladas un par de *mobil homes*.

El viento frío arremolinaba pequeños montones de hojas mortecinas esparcidos aquí y allá y silbaba con tono siniestro entre las caravanas, cerradas a cal y canto; algunas tenían las ventanas cubiertas por cartones castigados por un invierno que había sido demasiado largo.

—No creo que pudiera dormir ahí tranquila.

Dani sonrió.

—Ahora da un poco de miedo, porque apenas hay campistas, pero en verano esto



es genial.

—Tú conociste aquí a Nat. No puedes ser objetivo...

—No, no lo soy. —Sonrió antes de señalar una construcción grande y rectangular que parecía el centro del camping—. Ese es el edificio polivalente. Supermercado, restaurante, discoteca, club... —El camino nos obligó a girar a la izquierda—. Aquello de la derecha, como podrás apreciar, son las instalaciones deportivas. Gimnasio, canchas de tenis y baloncesto, campo de fútbol... Y esto de aquí —apuntó con el dedo índice en dirección contraria—, lo que tiene agua verde y trampolines, es la piscina.

Me reí. Con Dani era muy sencillo. Todas las veces que habíamos coincidido había conseguido sacarme unas carcajadas sin esforzarse un mínimo. Él escondió sus ojos verdes con otra sonrisa que arrugó sus párpados y continuó hablando:

—Lo que tenemos justo enfrente es la zona de bungalós. Si no me equivoco, los nuestros están al fondo. —Su sonrisa se ensanchó hasta enseñar sus dientes—. Y eso que hay plantado en medio del camino, lo que está en la penumbra y parece un obstáculo enorme, no es el puente de Londres; es mi amigo, Sergio. Cuidado con las bragas.

Hice que me las sujetaba por encima del abrigo y los dos nos reímos mientras el obstáculo empezaba a moverse.

Las sombras que proyectaban las cabañas de madera solo me permitían adivinar su envergadura, que ciertamente era monumental. Cuando alcanzó la última línea de bungalós y los rayos del sol se volcaron sobre él, tuve que darle la razón a Dani. Su amigo era el *fucking* London Bridge: a oscuras impresionaba, pero a pleno día..., vaya..., era brutal.

## 2

### EL IMÁN

Natalie estuvo en lo cierto cuando afirmó que Sergio no era un chico guapo. No lo era de la manera tradicional. Ni siquiera era un chico. Era un hombre... magnéticamente atractivo. Los más peligrosos, porque al ser menos obvios provocan intriga, y te enredas en intentar desentrañar qué demonios es eso que los hace tan especiales, y, cuando quieres darte cuenta, te has colado como una ilusa.

Es verdad que lo primero que me impresionó de él fue su monumental altura y la anchura de tórax, aumentada por la cazadora de esquí que llevaba, y lo segundo, que tenía pelazo —oscuro, abundante y rizado—. Su cara de «a mí nadie me jode» también era admirable, pero lo que me dejó KO fue su mirada. No el tamaño o el color de sus ojos, nada de eso, fue la expresión que condensó en esa parte de la cara cuando se fijó en mí. Sus cejas se retorcieron, marcando dos pliegues verticales en su ceño; sus párpados se contrajeron para ganar enfoque, sus ojeras ligeramente oscurecidas se arrugaron. Y yo sentí un golpe en medio del esternón. Me desarmó. Me derribó sin tocarme.

Más tarde averigüé que el secreto de su intimidante mirada residía en una anomalía de sus córneas. Tenía varias dioptrías en cada ojo, pero solo usaba gafas cuando era imprescindible porque no le resultaban cómodas, las lentillas no le gustaban y le daba exactamente igual ir por la vida pareciendo un poco topo. El descubrimiento consiguió que su atractivo creciera. No hay nada que me resulte más sexy que un hombre tan seguro de sí mismo que no se preocupe en ocultar sus defectos.

—Hola. Eres Greta, ¿verdad? —me preguntó en medio del camino, después de saludar a Dani con un abrazo y varias palmadas en la espalda.

—Sí. Hola, Sergio. —Sonreí—. ¿A ti también te han advertido de que vigiles tu ropa interior en mi presencia?

—Me han amenazado con no poder usarla en mucho tiempo si se me ocurre quitármela. Tenemos unos amigos encantadores —dijo con sarcasmo.

Chocamos un par de veces las mejillas, el viento se llevó cuatro besos que no eran suyos y mi atención abandonó sus ojos para centrarse en su boca.

Su boca..., vaya... Era la más sensual que había visto en un chico. Arrebolada y carnosa. Su dentadura, imperfectamente encantadora, un pelín bailona, lo justo para

demostrar que no se había sometido a ataduras, me incitó a deslizar la lengua entre el pequeño espacio que me separaba los incisivos delanteros. Mi diastema había sido corregida durante años, pero siempre regresaba. Era una parte más de mí, que yo ahora tampoco ocultaba.

—¡Pero si ya ha llegado mi *fucker* favorito! —gritó Natalie a nuestra espalda.

Dani se dio la vuelta.

—Como te escuche Asier, vamos a tener un problema.

—Asier perdió el título cuando se volvió monógamo —dijo ella.

—Entonces tu chico también... —replicó Sergio.

Natalie le pegó un puñetazo en el hombro y un par de besos muy sonoros.

—Él no puede perder nada porque no compite con simples mortales.

Dani se mordió el labio y la miró con tal deseo... que palpité en mi cuerpo. Me infundieron esperanza mientras se besaban sin censura, intercambiando no solo saliva, sino una sincera declaración de intimidad.

—¿Y tú vas a dormir con ellos en la misma cabaña? —Sergio me lanzó una mirada de soslayo.

—Es que sola me da miedo —admití sin tapujos.

Si algo había aprendido en veintinueve años de existencia era que mis debilidades no eran un motivo de vergüenza. Por lo menos para mí. Para Sergio sí debieron de serlo, porque me dedicó una mueca muy extraña y, después, me dio la espalda.

—Bueno, ¿qué? ¿Nos instalamos? —preguntó mi amiga.

Caminamos hasta la última línea de bungalós y giramos a la izquierda. A los pies de la escalera de uno de los porches, Dani cogió en brazos a Natalie y entraron en la cabaña como dos recién casados. Sergio lo hizo después, con los ojos en blanco. Y yo me retrasé un par de segundos, lo que tardé en inspirar hondo y llenarme del aroma del campo en primavera. Olía a vida nueva. La misma que a mí me tocaba estrenar. Otra vez. Dios..., qué perdida me sentía.

Con pasos lánguidos atravesé el vano de la puerta y la entorné a mi espalda. Frente a mí, a apenas cuatro metros, había dos puertas más, que supuse que eran las de los dormitorios. Junto a la de la izquierda, en perpendicular, había otra... ¿La del cuarto de baño? A continuación, en el rincón que formaba un par de tabiques, había una cocina americana. Oí el chirrido de unos goznes cuando miré hacia la derecha; encontré un sofá de madera cubierto por cojines, una mesita baja y un aparador con una televisión de pantalla plana encima.

—Vaya, qué pequeña... —musité.

—Es lo que le dicen todas a Sergio.

Sonreí y me di la vuelta. Solo había coincidido en una ocasión con Asier, pero su

tono me resultó inconfundible. Era particularmente descarado y vacilón, y matizaba a la perfección la sensibilidad de la que hacía gala.

—Tu madre nunca me lo dice —replicó Sergio.

—¡Eh, un respeto a las madres! —chilló Nat antes de abrazar a Asier.

El informático de piel canela cerró sus expresivos ojos oscuros mientras la estrujaba; la besó en la coronilla y lo intentó en la barriga, pero ella se lo impidió a base de manotazos.

—¿Y Larita? —le preguntó Natalie.

—Enganchada al móvil. La han llamado del trabajo. —Bufó.

—Luego se lo robo.

—No, déjala. No es culpa suya...

—Eso cuenta ella de ti. Y el uno por el otro y la casa sin barrer... Al final tanto curro os va a traer un problema.

Asier asintió con la cabeza y le dio un apretón en el hombro.

—Hablamos después —susurró antes de dirigirse a mí—. Me alegro de verte.

También me abrazó y me besó como si fuera su amiga, lo que agradecí de corazón: sentirme integrada había sido el motivo fundamental de mi vuelta a Madrid. Después, se acercó a Sergio; empezaron a charlar mientras se quitaban las cazadoras. Yo cogí la maleta y le pregunté a Nat cuál era mi dormitorio.

—El de la derecha.

La habitación solo contaba con una cama modestamente amplia, un par de mesillas y una cómoda. Todo era de madera de pino sin barnizar. Todo era muy natural... y espartano. Solo había un enchufe libre. Conecté el cargador del móvil y le envié un mensaje a mi madre.

*Ya he llegado.*

*Estoy bien.*

*Besos.*

Me deshice del abrigo y solté el aire con un gran suspiro. Hubiera agradecido tener un espejo donde mirarme, pero tampoco había. Tuve que utilizar el teléfono para repasarme el pintalabios. Oscuro y mate, como mi estado de ánimo.

Llevaba tantos años utilizando el maquillaje para definirme que ya no me imaginaba sin él. Deslicé los dedos bajo las pestañas inferiores para retirar los residuos del rímel y comprobé que las rayas de kohl todavía tenían punta. Pese al esfuerzo, mis ojos azules siguieron pareciendo los de un cachorrito desvalido. Dios..., cuánto lo odiaba. Detestaba parecer una muñeca rota, una bailarina mutilada dando vueltas dentro de una caja. Yo no era eso. No lo era. Yo solo estaba

perdida y cansada, no derrotada. Era mucho más fuerte de lo que mi aspecto sugería. Quizá por eso me empeñaba en modificarlo a base de cosmética y ropa que sí me representaba.

Vacíé la maleta con esmero y la coloqué bajo la cama. Tiré de la cinturilla de mis vaqueros Kors, última temporada, y de la caña de mis botas Hunter, y estiré mi jersey de lana tejida a mano. Yo no tenía de nada, pero sí dinero. Y con él podía comprar cosas que me hacían feliz. Tampoco me avergonzaba admitirlo.

# 3

## LA PRIMERA ADVERTENCIA

Salí del dormitorio doblando las mangas del jersey de lana, y me percaté de que Sergio y Asier interrumpían su conversación ante mi presencia. Se habían sentado en el sofá y sujetaban un par de cervezas abiertas.

—Hay más —me dijo Asier—. Y también vino blanco. Lara se ha encargado de llenar las neveras antes de que llegarais.

—Qué amable. Ahora le daré las gracias. —Saqué una botella de Rueda frío—. ¿Queréis?

—Vamos servidos. —Sergio alzó su lata.

Asier imitó el gesto de su amigo y además añadió un brindis:

—Por el señor Pedro.

No entendí nada, pero tampoco pregunté. La apatía fue más grande que la curiosidad. Me limité a ponerme una copa de vino mientras ellos seguían charlando y Nat y Dani deshacían su equipaje..., y creo que también la cama.

Me adueñé de un taburete bajo para sentarme junto a la mesita baja. Dirigí la vista hacia la luz crepuscular que entraba por la ventana de doble hoja que había sobre el sofá.

—¿A qué hora vamos a quedar al final mañana? —preguntó Asier.

—Si nos levantamos a las seis —dijo Sergio—, nos da tiempo de sobra a llegar al nacimiento del arroyo y volver antes de comer.

—¿A las seis? Venga, hombre —bufó el informático—. Para un día que no tengo que madrugar...

—Ya dormirás el día que te mueras, joder.

—O de sueño por el camino.

Sergio dejó la cerveza sobre la mesita de mala gana.

—Mira, mejor me voy yo solo.

—Ni de puta coña —dijo Asier—. No te conoces el terreno.

—¿Crees que voy a perderme en una sierra como esta? ¿Yo? —Sonrió con burla.

—Perdóneme, señor alpinista...

—Andinista —replicó—. A los Alpes todavía no he subido.

—¿Cuándo te ibas a hacer El Pital?

—En mayo.



Asier me miró y trató de incluirme en la conversación.

—Ahí le tienes. Su idea de vacaciones paradisíacas es patearse un monte entero en El Salvador.

—También haré más cosas —insinuó Sergio.

—De eso no tengo duda, truhan —rió Asier. Apuró la cerveza y se puso en pie—. Voy a buscar a Lara. Ya la están liando demasiado.

Le vimos desaparecer antes de sumirnos en un silencio incómodo. Los minutos fueron deslizándose con una pereza desesperante delante de nosotros, reptaron por el suelo de madera como caracoles agonizantes hasta arriba de sedantes. Bostecé. Y fue por eso, por puro aburrimiento, por lo que traté de conversar con él. Su magnetismo natural no me influyó. Para nada.

—Entonces... —musité— ¿eres montañero?

Cogió la cerveza, apoyó la espalda en el sofá y bebió un sorbo.

—Me gusta escalar y, por añadidura, la montaña, pero no me considero un experto. El viaje lo hago sobre todo por conocer el país y por ponerme a prueba. Me apetece perderme cuatro semanitas por allí solo con mi cámara y mi mochila, a ver si sobrevivo.

—Espero que sí. —Di un trago largo y otro más corto. El alcohol me calentaba la garganta—. ¿Te gusta la fotografía?

—Bastante.

—A mí también. He hecho algún curso y he posado un par de veces.

—No me extraña. Llamas la atención. Sobre todo, tus ojos. —Me observó, enfocando la mirada—. ¿De qué color son..., turquesa, aguamarina...?

—Azules —simplifiqué.

—Tienen algo de verde —replicó.

—Pensaba que los hombres erais incapaces de distinguir esos matices.

—Yo soy artista —dijo con orgullo—, puedo saltarme la norma.

—¿Qué clase de artista?

—Uno que está licenciado en la facultad de Bellas Artes y que se prostituye por un jornal como diseñador gráfico.

—Podría ser peor...

—Siempre puede ser peor.

Su frase sonó derrotista de más, encendió durante un instante una especie de alarma interior. Después, mi mejor amiga hizo acto de presencia y la luz roja desapareció.

—¿Os habéis quedado solos? —preguntó Nat, saliendo del dormitorio.

—Y todavía llevamos la ropa interior puesta, para que veas —contestó Sergio.

—A mí no tienes que darme explicaciones. Sois mayorcitos para revolcaros a conciencia.

—Pues díselo a tu marido.

—Soy soltera, bombón.

—Porque quieres —bromeó él como si fuera un flirteo.

—Porque queremos los dos —dijo Dani; cerró la puerta de la habitación y se sentó en el sofá.

—Pecadores... —masculló Sergio.

—Y encima van a traer al mundo a una criatura... —seguí con la broma.

—Si tanto os apetece ir de boda, podemos organizar la vuestra —dijo Nat.

Cogió una cerveza sin alcohol, dos normales y la botella de vino. Dejó las bebidas sobre la mesita y arrimó un taburete.

—A mí me parece un buen plan —dijo Sergio—. ¿Cuándo te viene bien, cari? —Me guiñó un ojo.

—Contigo siempre, gordi.

Sergio alzó las cejas.

—¿«Gordi»? ¿Me vas a obligar a enseñarte el *eight-pack*?

—Ya serán seis —dijo Nat.

—Son ocho —dijo Dani—. Se los he contado en las duchas del gimnasio. Varias veces.

Todos reímos.

—No me lo creo —insistió ella.

Y tuvo su recompensa. Sergio se descubrió el abdomen, tirando hacia arriba de su sudadera negra. Mi amiga le señaló con el índice.

—Uno, dos, tres... ¡La Virgen! Pues era verdad. Bonitos oblicuos, por cierto.

—Más abajo son todavía más bonitos.

—Tampoco nos calentemos... —murmuró Dani.

—Los tuyos son mejores, cariño —le dijo Nat.

—Mucho mejores. —Sergio asintió—. Yo también me he fijado en las duchas. Varias veces.

—Ya te estás cambiando de gimnasio —le ordenó ella a su pareja.

La puerta de la cabaña se abrió y apareció una coleta rubia; la de Lara, supuse. Entró de espaldas, enganchada al cuello de Asier, que consiguió avanzar y cerrar la puerta sin dejar de besarla ni tropezar.

—Llevo aquí una puta hora y ya los he visto darse el lote media docena de veces —gruñó Sergio.

—Y las que te quedan... —murmuró Dani.

—¡Soltaos ya, marranos, que tenemos visita! —dijo Nat.

Lara se separó de su marido, se limpió la boca con el reverso de la mano y soltó una risita.

—Mil perdones —dijo alternando la vista entre Sergio y yo—. Es que este sitio es demasiado especial.

—Lo que Larita quiere decir —me aclaró Nat— es que chingaron aquí hasta en la última tabla.

—En tu habitación no lo hicimos —se defendió Asier.

—Y en el porche tampoco —dijo Lara.

—Y parad de contar —dijo Nat—. En el resto, sí.

Sergio se revolvió en el sofá.

—Me están entrando picores.

—Pues no te arrimes a la cocina —se rio Nat.

—¿En la cocina, tíos? ¿Teniendo cama?

—Solo llegamos hasta la encimera. —Lara alzó los hombros; todavía no los había bajado cuando sonó su móvil—. Otra vez no, por favor...

—No lo cojas —le dijo Asier.

Lara dudó, le miró a los ojos y rechazó la llamada.

—Pagarás mi ataque de mala conciencia el lunes —le advirtió—, pero tienes razón. Hemos venido a desconectar.

Asier la besó con ímpetu y colocó a mi lado el último taburete antes de hacerse un hueco en el sofá entre sus amigos. Lara me dio un par de besos y se sentó.

—Qué bien que hayas venido. Estaba deseando conocerte. Y el camping te va a encantar, ya verás. —Su teléfono volvió a sonar. Esta vez no dudó en apagarlo—. Otra vez del hospital. Me tienen todo el día así: en guardia perpetua. Es un suplicio.

—Más lo es no trabajar. —Hice un mohín.

—¿No has encontrado nada? Me dijo Nat que estabas buscando... —Negué con la cabeza—. Bueno, acabas de llegar a Madrid, es normal.

—A ver..., he encontrado cosillas, pero muy poco atractivas. Solo para ir tirando.

—Menos da una piedra...

—¿Qué estás buscando exactamente? —me preguntó Sergio.

Me giré un poco hacia la derecha y vi que estaba inclinado sobre las rodillas, más pendiente de nuestra conversación que de la de sus amigos.

—Nada del otro mundo. Solo algo que no me condene a morir en vida.

—Entonces no sé si va a interesarte. —Torció la boca.

—¿El qué?

—En la agencia de eventos para la que trabajo hay una vacante de auxiliar

administrativo. El curro es rutinario y aburrido, pero la oficina está bien y el sueldo no es de vergüenza. ¿Hablas inglés, sabes algo de ofimática?

—Sí y sí. Y... Vaya... —Sonreí. Una agencia de eventos sonaba mucho mejor que lo de los seguros—. ¿Adónde te envió el currículó?

—Mejor hablo con la jefa y se lo das en la entrevista. No puedo garantizarte nada, yo allí soy un currante más, aunque..., y esto es información confidencial —se acercó y el movimiento me trajo un leve aroma a té verde—, sé de buena tinta que Irene está bastante desesperada por cubrir el puesto. Van cuatro candidatos en lo que llevamos de año.

Alcé las cejas.

—¿Qué les hacéis?

—Qué no hicieron ellos, deberías preguntar. Uno vino diez días y estuvo seis de baja por gastroenteritis. Los otros no se adaptaban a las tareas. Si se hubieran dedicado a ellas tanto como a sus redes sociales... —Se apartó un par de rizos de la frente—. El curro no es complicado, en serio. Además, hay otra auxiliar. Ella formaba un buen equipo con Gabriela, la predecesora de la panda de vagos y, con suerte, la tuya.

—¿También la despidieron?

—Se fue ella. Por mi culpa.

Fruncí el ceño.

—Eso ha sonado a latigazo —musité.

—Lo ha sido..., y también una advertencia.

Parpadeé, un poco perpleja.

—¿A mí? ¿De qué?

Sergio negó con la cabeza y desvió la mirada.

—A mí. De ti.

## 4

### ¿HOMBRE O LOBO?

Esa noche de viernes hubo luna llena, una que no se cohibió de exhibirse, altanera, a través de la única ventana de la cocina de la cabaña, iluminaba los platos que estaba secando. Yo era el último eslabón de la cadena de lavado que habíamos organizado después de la cena. Asier enjabonaba, Dani aclaraba y yo pasaba el paño. Las chicas estaban colocando el Trivial; Sergio, barriendo. Con bastante salero. Canturreaba entre dientes *I was made for loving you*, de los Kiss, mientras dejaba impoluto cada rincón del salón.

Pensé que no le pegaba nada, ni el rollo *metal* ni el *disco Stu* ni el doméstico, y, entre plato y plato, intenté etiquetarle obteniendo... ningún resultado. Solo dudas. Más intriga. «A mí. De ti».

«Hola, soy Sergio. Me presento, juzgo tus miedos y paso de ti media hora; luego te digo que me parece buena idea casarme contigo y que tus ojos y tú llamáis la atención, y vuelvo a ignorarte; después te ofrezco un trabajo y me insinúo, pero, durante la cena, ni te miro siquiera. ¿Cómo no eres capaz de pillar mi rollo?».

Solté el trapo y me alboroté la melena. Me dieron ganas de revisar la altura de mis braguitas, pero me convencí de que Michael (Kors) y su tejido *stretch* se asegurarían de que fuera la adecuada.

—¿Te apetece otro vino? —me preguntó Dani.

—¿Hay algo más fuerte?

—Tengo vodka en la cabaña —dijo Sergio.

Asier cerró el grifo.

—No sé cómo puedes beber esa mierda.

—A mí me sirve —dije.

Sergio soltó el cepillo, se puso la cazadora, sacó de un bolsillo un gorro de lana y se marchó.

—Encima me deja ahí en medio lo barrido. —Asier agarró el recogedor y terminó la faena entre protestas.

Yo me dirigí al baño. Cuando regresé al salón, Sergio cerraba la puerta principal.

—*Cagien* la hostia. ¡Qué frío!

Soltó una botella sobre la encimera y se frotó las manos. Después tiró de su gorro.

—Adiós, bragas... —musité.

Por suerte nadie lo oyó. Ni a mi vagina dando palmas. Qué pelazo, madre mía. Ya de por sí era sugerente, pero despeinado era brutal. Era un pelo que no pedía a gritos ser tironeado con pasión: lo jadeaba. De repente, me apeteció hundir las manos en él y disfrutar de la sedosidad de esos rizos entre mis dedos hasta pasado el verano. Quise ser yo la causante de ese caos oscuro y salvaje durante un par de estaciones, al menos. Sentí en mis propias y alteradas carnes lo que Natalie me había referido cada vez que Sergio se había colado en nuestras conversaciones: aquel hombre rezumaba energía sexual, una tan potente que era capaz de descruzar las piernas de la más puritana. Era imposible resistirse a su extraño atractivo porque no era fruto del esfuerzo, era natural, peculiar, arrolladoramente imperfecto. Él no era el hombre que le presentarías a tu padre sabiendo que iba a recibir su beneplácito, pero sí al que le permitirías atarte a la cama con la certeza de que, hiciese lo que hiciese, iba a terminar en el mejor orgasmo de tu vida. No parecía inteligente poner el corazón en manos de alguien así, pero el resto del cuerpo...

—¿Lo tomas con refresco o a palo seco? —me preguntó señalando el vodka.

—A pelo... Digo, a palo... seco. —Me aclaré la voz, que sonaba un poco ronca—. Lo bebo solo..., ya sabes: a chupitos.

Me miró con la sorpresa dilatando sus pupilas. Media sonrisa incrédula acompañó a su pregunta:

—¿Aguantas muchos?

—Los que le echas —contestó Nat—. Yo aprendí a empinar el codo con ella, no te digo más.

—Depende un poco de lo que haya comido —aclaré; no era una alcohólica, solo tenía un metabolismo agradecido.

—Pues después de cómo te has puesto en la cena... —dijo Sergio—. ¿Voy a por otra botella?

Me quedé parada en medio de la cabaña. Mis cejas se arquearon solas.

—¿Me has estado contando las calorías?

Las dos arrugas aparecieron en su ceño.

—¿Por qué te ofendes?

—No sé... —Crucé los brazos bajo el pecho—. Ese «cómo te has puesto» no me ha sonado muy allá...

—Solo quería evidenciar que has comido mucho, cosa que aprecio, porque yo también soy de buen comer y gozo viendo disfrutar a otros de la comida. ¿Te lo tengo que decir así para que no te mosquees?

Apreté los dientes

—Es que no entiendo tu rollo.



—Nadie te ha pedido que lo hagas.

—Greta, ¿por qué no pones algo de tu Spoty? —preguntó Nat—. Una de esas listas eternas tuyas...

Acepté a regañadientes la interrupción de mi amiga; el cuerpo me pedía marcha, discutir, desfogarme, pero entendí que no iba a ser una situación agradable para el resto. No eran el momento ni el lugar. Ya le pillaría a solas...

Cuando entré en el dormitorio para coger el móvil, oí cómo Nat le decía:

—Ojito, en París bajó de los cincuenta kilos, y mide cerca del metro ochenta. No andemos jodiendo, ¿vale?

Aunque sé que su intención era buena, no me gustó el comentario. Yo no necesitaba ser protegida, no quería vivir entre algodones, ya había aprendido a librar mis batallas. Y ningún tipo —por magnéticamente atractivo, aventurero y bestia sexual con pelazo que fuera— iba a conseguir amedrentarme. Mi cuerpo era un templo, ahora sí lo era, y yo era muy capaz de defenderlo sola.

Regresé al salón, y las dos horas siguientes las dediqué a beberme su vodka, a reír con sus amigos y a machacarle al Trivial desde una posición lejana y fría. Mi indiferencia causó en él... ningún resultado. Solo que me quitara el jersey reclamó su atención. Solo mis tetas envueltas en una camiseta estrecha. Pasada la medianoche, cuando terminamos la última partida, me dispuse a desaparecer un rato. Él, no supe si a propósito o no, estaba consiguiendo hacerme sentir incómoda. Muy incómoda.

Entré en el dormitorio, me puse el abrigo y cogí el tabaco.

—Salgo a fumar —dije cruzando el salón.

En el porche me cubrí con la capucha para protegerme de la helada que estaba cayendo, bajé los escalones y dudé: ¿izquierda o derecha?

Saqué un cigarrillo mientras me decidía y oí unos pasos a mi espalda. Busqué el mechero en los bolsillos del abrigo; también, en los delanteros y traseros del vaquero. Sergio se paró a mi lado.

—¿Qué te falta? —preguntó.

—Fuego. —Le enseñé el cigarrillo.

Sacó un encendedor de su cazadora, pero, antes de prestármelo, tuvo que abrir la maldita boca:

—No deberías fumar. Es un hábito asqueroso.

Aquello me pareció el colmo. ¿Quién le había preguntado su opinión? ¿Otra vez me juzgaba? ¿Por qué se creía con el derecho a hacerlo?

—Si quisiera un consejo, habría llamado a mi madre, pero solo quiero fuego. ¿Me lo dejas o no?

Se aproximó, invadiendo mi espacio personal. Su expresión se avivó. Su sugerente boca se abrió un centímetro y exhaló algo similar a una risa seca mientras paladeaba la respuesta:

—Si me lo pides así, no. Prueba a decir «por favor» la próxima vez.

Se dio media vuelta y se marchó.

—Menudo gilipollas —dije en voz alta.

—Gilipollas, pero con mechero —replicó antes de desaparecer en la oscuridad.

Lo último que vi de él fue una llama anaranjada cerca del cigarro que sujetaban sus labios.

# 5

## FRATERNIDAD

Regresé a la cabaña furiosa y sin la dosis de nicotina. Cerré la puerta con más energía de lo que se considera cortés, muy tentada de encerrarme en el dormitorio..., pero no me dio la gana. Ese imbécil no tenía la capacidad de manejar mis apetencias, no me influía en absoluto más allá de lo carnal, no era nadie, nada, la noche seguiría sin él, y, después, una nueva mañana, él no era el centro de ningún universo, ¿qué demonios se creía? ¿Qué pensaba que era yo?

—¿Qué te pasa?

Natalie me escrutó con sus ojos marrones cargados de intriga.

—Que Sergio es gilipollas.

—Cada vez me cae mejor esta chica —dijo Asier.

Dani puso mala cara. Me quité el abrigo.

—Siento decirlo así, porque es vuestro amigo y eso..., pero...

—Puede ser un gilipollas, es verdad —confirmó Asier.

—Solo a veces —dijo Dani—. Al principio es difícil de entender.

Asier rio.

—Cuando los conocí, estaban discutiendo a voz en grito en la puerta del hospital.

—Si no llegas a aparecer, nos habríamos pegado. —Dani sonrió con nostalgia al evocar el recuerdo.

—Estoy seguro.

Dejé el abrigo sobre la cama y me senté junto a Dani. Era el único que todavía ocupaba un taburete. El sofá lo habían acaparado Natalie, Lara y Asier.

—¡Pero, abogado! —Reía Nat—. No te tenía yo por pendenciero.

—Estábamos en plena revolución hormonal y bastante jodidos por el cáncer de nuestros padres —explicó Dani—. Supongo que era más fácil liarnos a puñetazos entre nosotros que con los equipos de quimio.

—¿El padre de Sergio también...? —pregunté con cautela.

—La madre. De mama. Lo superó poco antes de que mi padre falleciera.

—Vaya. Me alegro por ella.

—Yo también. Es una mujer estupenda.

—¿Sergio ha salido a su padre? —bromeé.

—Qué va —dijo Asier—. Su padre también es muy majo. Es el típico hombre de

pueblo, albañil, fuertote, risueño, hablador..., muy campechano. Como el padre de Lara.

Ella sonrió y le preguntó a su marido:

—¿Cuánto tiempo los estuvo tratando tu madre?

—Cuatro o cinco meses a la madre de Sergio y hasta el final con el padre de Dani.

Dani le dedicó una mirada de agradecimiento, de pura fraternidad, cálida y sentida.

—¿Tu madre era su oncóloga? —le pregunté a Asier.

—Era enfermera —contestó Dani—. Cuidaba de nuestros padres y de nosotros. Un día vino el capullo de su hijo a buscarla... y hasta ahora. Seguimos siendo una piña. Asier y yo hemos llegado a vivir juntos. Sergio estuvo a punto de unírse nos, pero prefirió irse a Londres.

—Es así de despegado... La oveja negra —bromeó Asier.

—Yo también me piré fuera y no me considero una oveja —protestó Nat—. Y tú también te fuiste. Y Greta. Y Dani..., porque no le ha dado la gana.

—Y yo, porque no he podido —murmuró Lara.

Pese a lo liviano de su tono, su frase convocó un silencio atronador. Duró solo unos segundos, pero fue tan absoluto que pude oír la saliva de Asier deslizándose por su garganta, las respiraciones contenidas de Dani y de Natalie, un par de grillos cerca de las *mobil homes* y al gilipollas fumando en su cabaña.

—Será mejor irse a la cama —dijo la rubia. Acarició la nuca de su marido y le besó en los labios—. Tú quédate si quieres. Voy a dormirme en cuanto roce la almohada. —Él entornó la mirada, la observó con atención un instante y terminó accediendo. Ella sonrió—. Te cielo.

La peculiar forma de verbalizar su amor me recordó a Frida Kahlo. La tristeza que ensombreció la cara de Asier cuando Lara se marchó también me hizo pensar en la pintora.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó Natalie.

—Eso han sido sus alas —dijo él—. Cada vez son más grandes. Y fuertes. Y se merece volar... Joder, claro que se lo merece.

Dani se inclinó sobre la mesa y le dijo en voz baja:

—Lara te ha elegido como compañero. Si quisiera volar sola, ya lo habría hecho.

—Exacto. —Nat le pasó un brazo sobre los hombros—. No se te ocurra dudar de eso. Solo... busca la manera de ayudarla.

—Cómo os quiero, cabrones —susurró Asier con una sonrisa que me pareció preciosa; una que contagió a mi boca.

Tenía delante de mí el vivo ejemplo de la amistad, la que tanto me había faltado y

ahora estaba más que dispuesta a recuperar.

En ese instante, supe que mi hogar debía cimentarse cerca de personas como aquellas. El lugar debía ser Madrid. Mi tierra. Eso era. Allí era. En cuanto consiguiera un trabajo, me pondría a buscar en cada calle, barrio y plaza hasta encontrarlo.

Al pensar en mi futuro laboral, el gilipollas de Sergio regresó a mi cabeza. ¿Era oportuno acudir a la entrevista después de nuestro... pequeño desencuentro? Si no me daba ni fuego, ¿cómo iba a creer que fuera a interceder por mí en su agencia? ¿Me merecía la pena ganarme su simpatía a cambio de una oportunidad laboral?

Pues no, no me la merecía. Prefería escuchar los insultos por llamar a los posibles clientes a horas intempestivas para venderles un seguro que hacerle la pelota al del pelazo.

—Se te ha vuelto a poner cara de acelga. ¿Estás pensando en Sergio? —me preguntó Nat.

—En lo del curro que me ha dicho...

—Si se ha ofrecido, cumplirá —aseguró Dani—. Sergio es malo en los comienzos y como pareja, para el resto es un diez.

—Como pareja debe de ser insoportable —me burlé.

—Por lo visto, no —dijo Asier—. Todas terminan loquitas por sus huesos.

—La locura no tiene nada que ver con lo de sus ex —dijo Dani en tono defensivo.

Natalie le lanzó un beso. Asier hizo una mueca.

—Una terminó en el ala de...

—Ya sabes lo que he querido decir —le interrumpió el abogado.

—Sí, bueno. Y yo me refería a que todas se han enamorado de él hasta la médula.

—¿Y por qué sigue solo? —pregunté.

—Porque es feliz así —contestó Dani.

—Ya llegará la que le meta en vereda —vaticinó Natalie.

—O, lo mismo, no —dijo Asier—. No todo el mundo ha nacido para vivir en pareja. Y te lo dice un tío que no sabría hacerlo sin la suya. Pero Sergio es... diferente.

—Y no va a cambiar —añadió Dani—, porque dejaría de ser él.

—Eso es. —Asier asintió con la cabeza y me sonrió—. El mejor gilipollas que vas a conocer.

# 6

## ESE HOMBRE

La conversación se alargó hasta bien entrada la madrugada, pero no volvimos a nombrar a Sergio; ni falta que hizo. Aunque, curiosamente, tampoco recuerdo de qué hablamos después. Curiosamente... Lo que sí conservo en mi registro es el frío intenso de la noche a pesar de las mantas, lo entumecida que me sentí por la mañana y que lo primero que escuché cuando salí del dormitorio fue de nuevo su nombre.

—Sergio se ha pirado solo. El muy cabrón.

Asier profirió otro par de insultos y se sirvió un café.

—Ya tiene ganas de *trekking*... —dijo Lara, que estaba sentada sobre la encimera de la cocina—. Con el frío que hace, es mejor no moverse del camping tan temprano.

—Buenos días. —Caminé hacia el baño con el neceser y un montón de ropa limpia.

—Hola, bombón. —Nat me dio una palmada en el culo—. Dani está en la ducha. Te toca esperar.

—¿Y qué haces tú aquí fuera? —Sonreí.

—Acabo de salir.

Me guiñó un ojo antes de sentarse en el sofá con un tazón de cereales. Dejé las cosas sobre la cama y me dirigí hacia la nevera.

—¿Te pongo un café? —le pregunté.

—No debo tomar cafeína ni ninguna otra sustancia que suene medianamente entretenida. Creo que esto —se señaló el vientre— se me va a hacer larguísimo.

—Uf, nueve meses así... —dijo Lara—, imagínate...

—Calla, puta. —Rio Nat—. O la venganza cuando te preñes tú será terrible.

—Cuando me preñe yo, dice. —Las carcajadas de la rubia aseveraron el gesto de su marido, pero ella no le miraba—. Ni loca. Ya te lo digo. ¡Ni loca! Soy demasiado joven.

—Mañana te caen veintiséis... —dijo Nat.

—Pues eso —dijo Lara—. Todavía me quedan unos años de libertad... Hasta los treinta, ni pensarlo.

—Yo casi los tengo y no me lo planteo —comenté.

—Pero a ti es que no te gustan los niños. A Lara, sí.

—No es que no los soporte —traté de explicarme—. Es que los aguanto... un rato... muy breve.

Lara sonrió.

—Y es totalmente respetable. Como mi decisión de no embarazarme aún.

—Claro, porque tu reproducción va a depender de esporas —dijo Asier; dejó la taza en el fregadero y se agarró al borde de la encimera unos segundos.

—Cielo —Lara le abrazó por la espalda—, si ya lo hemos discutido mil veces. Y estamos de acuerdo...

—Y seguimos estándolo, pero no me ha gustado oírte hablar de ello en singular.

—Perdona. —Le besó en la espalda—. No pretendía excluirte.

Él se dio la vuelta, le sujetó la cara y besó sus labios.

—Lo sé. Ha sido cosa mía. No te preocupes. —Volvió a besarla—. Necesito sudar un rato en las pistas, ¿te apuntas?

—No puedo. Tengo el *mail* hasta arriba.

—Qué le vamos a hacer... —Los dos se miraron con resignación. Después, Asier desvió la vista hasta Natalie—. Bruja Lola, ¿tú no te animarás?

—Me voy de compras con Dani.

—¿Para mi cumpleaños? —Lara se iluminó como una guirnalda navideña.

—No, para el de su prima, la coja.

—Ya estamos mentando a mi prima —dijo él, saliendo del cuarto del baño.

—Greta —dijo Asier—, eres mi última esperanza. ¿Juegas al tenis?

—Puedo intentarlo.

Y, aunque me creía bastante oxidada, no se me dio tan mal. Perdí, es cierto, pero por poco; reseñable proeza teniendo en cuenta que Asier dominaba el deporte.

Además, me vino genial la actividad física. Cuando regresé a la cabaña me sentía relajada y contenta. Bienaventuradas endorfinas. Las cebé un poquito más en la ducha: me mimé el pelo con Phytoelixir —un champú con flor de narciso y aceite de macadamia—; el cuerpo, con jabón de romero. Después me embadurné de la hidratante Confort Extrême de Sisley; y la cara, con la *BB cream* de la misma casa parisina. Añadí mi inseparable Magic Kohl de Givenchy y un labial de Chanel color púrpura, muy acorde con el sábado de Pasión. El que correspondía por ser Semana Santa, no uno carnal y desenfrenado. Uno de esos estaba descartado. No esperaba volver a ver a mi libido durante el resto del finde: había huido con la impertinencia del artista. El mismo que me encontré de camino al restaurante.

—¿La paella era para las dos o para las dos y media? —me preguntó.

Sin un triste «hola» delante. Sin hacer amago de acercarse siquiera. Me lo soltó

desde las escaleras de su bungalow, oculto tras unas Carrera de sol que parecían haber sido diseñadas solo para su cara.

No le contesté. Seguí caminando por el sendero empedrado, machacando con mis Hunter los guijarros y con las manos hechas puños dentro de los bolsillos del abrigo.

—¿No me has oído? —insistió a mi espalda. Yo aceleré los pasos—. Oh, la señorita se ha enfurruñado.

Paré y me di la vuelta.

—Cuidado —dije muy seria—. Soy educada, hasta que me faltan al respeto. No me busques las cosquillas.

—¿O qué?

Sergio avanzó un paso, asaltando mi espacio personal. Yo no me moví. Por plantarle cara y porque olía muy bien. ¿Qué colonia usaría? ¿Cuál de las que yo conocía tenía ese punto a té verde y a aventura? ¿Dónde podía comprarla?

—¿Te has levantado afónica o te han dejado muda mis encantos? —Sonrió de medio lado.

Dios..., qué molesto era.

—En serio, ¿quién te crees que eres? ¿Un par de ilusas te han dicho que eres guapo y te han convencido?

—Me lo han dicho más de un par. Me lo han gritado a dúo, a trío y a coro. Pero no, no me lo he creído. Soy el hombre más falto de fe que te puedas echar a la cara.

—Y modesto...

—El más modesto.

—Eso es una incongruencia.

—No me digas... —Sonrió. Yo le di la espalda a él y a su maldita sonrisa—. ¿Me cuentas por qué estás tan mosqueada conmigo?

—¿Un hombre tan listo como tú no puede averiguarlo solo?

—En realidad, sí, pero era por darte la oportunidad de explicarte.

—Vaya, muchas gracias por tu generosidad. No sé qué sería del mundo sin personas como tú.

—Pues sería algo tremendamente aburrido.

—Huy, sí. Un valle de lágrimas frío y gris...

—Hablando de frío... —se colocó a mi izquierda—, ¿no os sobraría alguna manta? Esta noche las he pasado putas.

—Pero ¡¿qué me dices?! ¿Un montañero experto pasando dificultades? ¿Cómo no se te ha ocurrido utilizar tus infinitas habilidades para fabricarte una estufa o un edredón con las cortinas?



—Se me ocurrió ir a buscarte para que me calentaras, pero, por no levantarme...

Le adelanté para cortarle el paso y le quité las gafas.

—Mírame —dije en voz baja.

—Un tono muy sugerente —replicó con otra sonrisa—. Te escucho.

—He dicho que me mires. A los ojos —puntalicé. Él separó la vista de mis labios—. ¿Me ves bien?

—No del todo. Sin gafas...

Tiré de su cazadora. Nuestros torsos entraron en contacto. Nuestras bocas quedaron a escasos centímetros de distancia. Su aliento era tan fresco como su perfume.

—¿Mejor? —pregunté.

—Un poco.

—Genial. —Sonreí—. Pues ahora que me ves bien, quédate con la imagen. Es lo más cerca que vas a tenerme.

—No hagas eso.

—¿El qué? ¿Ponerte en tu sitio?

—Convertirlo en un reto. —La punta de su lengua apareció entre sus labios y repasó el inferior—. Jugar me gusta demasiado, y podría olvidar que no me interesas.

—¿No? —Puse cara de pena, di un paso atrás y coloqué la mano derecha sobre el corazón—. Dios mío, ¿cómo lo superaré?

Él sonrió y me quitó las gafas de la mano izquierda.

—Eso tampoco me interesa.

Se colocó las Carrera mientras echaba a andar. Yo no me moví, porque no le quería como compañero de camino, ni como nada. Era un imbécil. Un engreído. Un payaso que usaba gafas de sol con el cielo encapotado. Un egoísta que no prestaba ni su mechero. Un patán. Un cretino. Un soplapollas. Un tonto a las tres, a las cinco y a las seis. A las cuatro no, porque seguro que era de los que no perdonan la siesta. Tenía pinta de hedonista. De vicioso. De los que te follan como si te hicieran un favor. De los que te penetran desde atrás para no verte la cara. De los que te lo comen esperando que les des las gracias... Y, a todo esto, ¿yo por qué seguía pensando en él en la cama?

Atravesé la terraza trasera del restaurante preguntándomelo, abrí la puerta acristalada y le encontré junto a la barra, tan feliz, achuchando a MI amiga Natalie y de risas con Asier. ¡Pero si le había dejado tirado esa misma mañana! ¿Estaban todos ciegos o qué?

—¿Y Dani y Lara? —pregunté.

Nat se giró un poco, sin soltarse del abrazo de Sergio.

—Dani le ha pedido a Larita que le enseñara la zona de acampada libre mientras nosotros encargábamos su comida de cumpleaños.

—En teoría íbamos a ser solo los seis —explicó Asier—, pero he conseguido engañar a su familia, a la mía y a unos cuantos colegas más. Vamos a darle una sorpresa.

—Hablando de colegas... —dijo Sergio, y me miró sin abandonar la sonrisa, como si no hubiéramos discutido unos minutos antes—. He llamado a Irene esta mañana. Puede entrevistarte la próxima semana.

—Gracias, pero prefiero morirme de hambre que trabajar contigo.

Natalie y Asier se rieron.

—Te ha calado, macho —dijo él.

—Te pasa por vacilar —dijo ella.

—A mí no me pasa nada. —Sergio se separó de Natalie y bajó la cremallera de su plumas—. Es ella la que se lo pierde.

—O lo gano... Aguantarte a diario debe de ser tan placentero como padecer un cáncer.

Me oí decir semejante burrada y quise tener la capacidad de atrapar la última palabra, que quedó flotando en un aire repentinamente denso, y volver a meterla dentro de mi boca. La habría masticado y me la habría tragado aunque hubiera tenido la misma textura que el papel de lija. Me habría dolido menos que darme cuenta de lo mezquina que había sido.

No pensé en su madre cuando lo dije, pero eso no es una excusa. Quise ser hiriente y lo conseguí. No sé si con Sergio, solo hablo por mí misma. Yo me hice daño cayendo tan bajo.

—Perdón —me apresuré a disculparme—. Era una manera de hablar... horriblemente inapropiada, no quería...

Sergio miró a Asier.

—¿Se lo habéis contado?

—Anoche salió el tema de cómo nos habíamos conocido.

—Joder, tío... ¡Joder! —Se pasó las manos por los rizos.

—Tampoco es para ponerse así —medió Nat.

—¡Pues sí! Porque no me sale de los cojones que esta sepa nada de mi vida.

Natalie levantó el dedo índice.

—«Esta» tiene un nombre —la interrumpí.

—Relaja —le dijo Asier a Sergio—. Y sé coherente, por favor. Le has concertado una entrevista de trabajo en tu empresa.

—Y ella me lo ha agradecido obligándome a decirle a mi jefa que se olvide del tema. ¿Sabes lo mal que voy a quedar?

—Te he dado las gracias —dije.

—Yo no las he oído —aseguró.

—Pues te las vuelvo a dar si es necesario. —Asintió y guardó silencio. Algo empezó a burbujear de nuevo dentro de mi cuerpo. Algo muy parecido al ácido sulfúrico—. Gracias, Sergio. Has sido muy amable intercediendo por mí. En eso sí lo has sido. Y como en el resto no, no me veo motivada para aceptar el puesto. Yo misma puedo explicárselo a Irene, que, por cierto, ¿es tu jefa o tu colega?

—Es lo que a ti no te importa.

—Muy maduro. Bravo. Te mereces un aplauso, artista. —Batí las palmas con energía tres veces—. Ahora, por el bien de la convivencia, límitate a ignorarme el resto del fin de semana. Gracias —repetí, y le dediqué una sonrisa repelente.

Sergio soltó una carcajada. Una de esas libres y graves que retumban hasta en las libidos más adormiladas. Reñí a la mía. Con insistencia. No era momento de despertar. Para nada.

—Y ahora te ríes en mi cara... —mascullé.

—Es que prefiere que le odies a que le tengas lástima —dijo Asier.

Sergio volvió a ponerse serio.

—Mejor dejamos el psicoanálisis para la madre de Nat, que es la que tiene el título.

—Aquí falta alpiste —dijo ella.

—Pídeme una botella —dijo Sergio—. De lo que sea.

## HABLAR DE MÁS

La botella que Natalie pidió para Sergio fue de vino tinto. Uno con un buqué espantoso y un retrogusto imborrable que consumí casi por completo. Por fastidiar. Cada vez que él estiraba el brazo para cogerlo, yo me llenaba la copa. Por lo demás, no nos dirigimos ni media mirada.

La paella de verduras estaba muy buena. Y eso es todo lo que puedo destacar de la comida. Mi bullebulle era demasiado insistente para que pudiera disfrutar de nada más. Tomamos torrijas de postre. Y después, café. Y unos orujos caseros, que Nat miró con ojos de cordero degollado. Dani, que tampoco había probado el alcohol, le propuso ir a descansar a la cabaña —con un tono ronco cargado de intención—, pero el aguafiestas de turno les chafó el plan.

—¿Me dejas tu coche? —preguntó Sergio.

—Ni lo sueñes —rió Dani.

—Venga, tío. Tengo que ir a El Escorial a... hacer una cosa.

El abogado negó con la cabeza.

—Has bebido.

—Estoy perfectamente.

—Llama a un taxi.

—Mejor a Cabify —dijo Nat.

—No me jodáis... —gruñó Sergio, y miró a Asier—. Tú no me lo negarás...

—Pues... sí. Lara y yo nos vamos de «safari».

—A las ocho estaremos de vuelta —dijo ella.

—Es demasiado tarde. —Se mesó los rizos.

—¿Por qué no le llevas? —preguntó mi amiga a su pareja.

—Porque prefiero quedarme contigo.

—Y yo, pero... —Señaló a Sergio con la cabeza y murmuró—: Parece que lo necesita de verdad.

—Venga, vale, pero salimos ya.

Sergio le lanzó un beso a mi amiga y se puso en pie.

—Paso por la choza un segundito y te veo en el parking —le dijo a Dani.

Y se marchó sin despedirse. Dani sacó el dinero del bote común, pagó y nos fuimos: Lara y Asier, de excursión, y Nat y yo, a la cabaña.

No tardamos mucho en apoltronarnos en el sofá del salón. Mi amiga me pidió que pusiera música; saqué el móvil y nos tapamos con una manta de cuadros. La incomodidad que me acompañaba se fue perdiendo entre los cojines, la tensión acumulada me dio una tregua y pude aflojar el peso que enderezaba mi espalda. Me desmadejé, segura, cómoda; el olor a primavera y la cercanía de Natalie me arropaban más que la lana. Busqué su mano cuando los Kansas empezaron a cantar:

*«Cierro los ojos, solo un momento, y el momento se ha ido.  
Todos mis sueños pasan ante mis ojos.  
Una curiosidad.  
Polvo en el viento.  
Todo lo que somos es polvo en el viento».*

—¿De verdad no quieres el curro de la agencia? —me preguntó al cabo de un rato eterno, mientras me acariciaba el pelo.

Abrí los ojos y le dediqué una sonrisa de agradecimiento. Ella no necesitaba parir para ser madre: ya cuidaba de los suyos como si lo fuera.

—Claro que quiero ese trabajo, cariño, es mil veces mejor que lo he encontrado, pero ¿has visto cómo me trata?

—Bah, tienes mano izquierda suficiente para llevar a tu terreno a cien tíos como ese.

—A él no. Es superior a mis fuerzas. Me saca de quicio.

—Porque te pone atómica, bombón. —Rio—. Fóllatelo: te quitas la espina y mañana le tienes suave como un corderito.

—No estoy tan desesperada. Prefiero quedarme con *Soraya*.

—No puedes comparar a un vibrador con semejante maromo, nena.

—Tampoco es tan impresionante.

—No, qué va. ¿Te he contado ya que cuando le vi por primera vez estuve a punto de cantarle la sintonía de *Pasión de Gavilanes*?

—Es todo fachada.

—Y eso lo afirmas con seguridad por lo mucho que le conoces, ¿no?

—Conozco de sobra a los de su calaña. —Nat abrió la boca para interrumpirme, pero continué—: Se cree que puede decir y hacer lo que quiera porque sin él el sol no saldría cada mañana, pero no es más que un estúpido. Un inseguro de mierda. Un creído. Y no follaría con él ni aunque mi vida dependiera de ello.

Un carraspeo masculino me hizo girar la cabeza hacia la puerta de la cabaña. Dani saludó con la mano. Natalie pausó la música. Sergio tiró de su gorro de lana y se revolvió los rizos.

—Mira que se lo he advertido... —gruñó.

—¿El qué? —preguntó Nat, intrigada.

Pero no obtuvo respuesta. Sergio apretó labio contra labio, yo no abrí la boca y Dani cambió de tema.

—¿Dónde habéis puesto las velas para la tarta?

Aprovechando que no me necesitaban para los preparativos de la cena, me encerré en el dormitorio con la intención de leer un rato y olvidar lo que acababa de ocurrir. Me descalcé, me tumbé sobre la cama, abrí un ensayo de Chimamanda Ngozi Adichie y...

—¿Sabes que eres demasiado guapa para ser feminista?

El sonido que hizo el libro al cerrarse de golpe fue similar al del tortazo que me hubiera encantado arrearle en su cínica cara. Sentí cómo la mía se encendía por la sangre enfebrecida. Aquel hombre me ponía enferma. Me enervaba. Me provocaba ansiedad y taquicardias. Solo con mirarle, con observar su gesto rudo, la oscuridad de sus ojeras y su exasperante boca, me hacía estallar en un sinfín de emociones demasiado intensas para ser asimiladas. No podía con él. No le toleraba.

Por eso, no le pedí explicaciones sobre su presencia —no invitada— en mi dormitorio, ni le recriminé un piropo que no tenía pies ni cabeza ni más razón de ser que la de hacerme sentir incómoda, ni le di mi opinión sobre lo que me importaba su concepto equivocado del feminismo. Me limité a colocar a Chimamanda sobre la mesilla y a señalar la puerta.

—Sal de mi habitación. ¡Ya!

—Sí, sí... Ahora mismo me piro. —Avanzó un par de pasos y se sentó en la cama. Yo doblé las rodillas y pegué la espalda al cabecero—. No te pongas a la defensiva. Nunca se me ocurriría tocar a una mujer sin su consentimiento.

—Sigo esperando a que te marches —dije entre dientes.

—Necesito que me hagas un favor.

Solté una carcajada seca.

—Esto es de broma...

—Hablo en serio.

—Me da igual. Sea lo que sea, la respuesta es «no».

—Es para...

—¡Que no! —Volví a señalar la puerta—. ¡Fuera!

—Joder, eres...

—Ni se te ocurra calificarme.

Se levantó de la cama. Antes de salir, dando un portazo, murmuró:

—No, claro, para calificar ya estás tú.

Le di vueltas a esa frase mientras hacía que leía el libro. Lo sostenía entre las manos y obligaba a mis ojos a desfilarse entre las líneas, pero solo pensaba en la cantidad de etiquetas que ya le había puesto. Me había permitido el lujo de juzgarle, sin saber nada de su vida, de forma pública e hiriente, como él a mí. ¿Por qué no me había dado cuenta antes de que le estaba siguiendo el juego? Él dictaba las reglas y yo había caído, como una ilusa. Estaba acaparando un tiempo que debía ser para otras personas, para mí misma. Sacaba una parte de mí combativa y resuelta, pero anulaba mi yo primigenio, el que, a fuerza de perderlo y volver a recuperarlo, había cobrado un valor inmenso. Lo máspreciado que tenía. Mi dulzura. Yo era de ver la vida en rosa. No la quería de ningún otro color. Y no podía permitir que nadie me obligara a comportarme como quien no era.

Salí del dormitorio y me dispuse a participar en los preparativos del cumpleaños con la mejor de mis sonrisas. Me fue bastante fácil, porque Sergio había vuelto a marcharse. Bastante enfadado, según me contó Nat. Asier lo confirmó incluso media hora después.

—¿Pues no le pillo intentando colarse en nuestra choza y encima se me encabrona...?

—¿Intentando colarse? —preguntó Nat.

—Estaba maniobrando con la cerradura.

—¿Para qué?

—Para abrirla.

A Dani se le escapó una carcajada.

—Hasta ahí había llegado —dijo Nat—. Me refería a para qué quería entrar en...

—Ni puta idea —la interrumpió Asier—. Lo único que le he oído decir después han sido un montón de juramentos de camino a su cabaña.

—Está muy raro.

—Más de la cuenta, que ya es decir.

—No habéis dejado de meterle caña desde que hemos llegado —advirtió Dani.

—¿Te pones de su parte? —preguntó Natalie.

—Me pongo de la vuestra. Estáis hablando de más.

Mi amiga lo taladró con sus ojos marrones, como si utilizara unos poderes telepáticos... muy eficaces. Creo que pude ver el resplandor de la bombilla encendida que apareció sobre su pelo moreno. Dani sonrió, con cierto orgullo, y se colocó el índice sobre los labios mientras dirigía una mirada a Asier, que estaba entretenido picoteando jamón. Terminé de colocar los quesos con la cabeza hecha un lío. ¿De qué iba todo aquello?

## 8

### SORPRESA

Eran las doce en punto de la noche cuando Asier cogió la cara angelical de Lara con ambas manos y le dio un beso que hizo temblar hasta el último tablón de la cabaña.

—Felicidades, mi niña —susurró con los ojos cerrados.

Y yo suspiré, como una adolescente enamorada. Y Sergio se rio, creí que de mí. Y volví a suspirar, sobreactuada. Seguí bailando al son que él marcaba, hipnotizada, idiotizada. Maldito flautista de Hamelín... ¿Por qué no podía olvidarme de su instrumento?

Continué pendiente de sus movimientos mientras agasajábamos a Lara. Todos le dimos besos y abrazos, deseándole felicidad para su nuevo dígito vital. Todos menos la oveja negra, que se marchó antes de que se llegaran a soplar las velas.

Asier repartió el pastel. Lo dividió en seis porciones a pesar de que Sergio no estuviera. Me planteé comerme su trozo, pero en algún momento debía parar de hacer el gilipollas, como él, y me pareció que ese era el indicado. Acabábamos de servir la primera ronda de copas para brindar a la salud de Lara cuando me alegré de no haberle dejado sin tarta.

Sergio abrió la puerta de la cabaña de par en par y entró, con algo de dificultad, cargado con un cuadro de considerables dimensiones. Era un paisaje de montaña de trazos amplios y enérgicos, nada detallista. Un claro entre pinos dominaba el centro del lienzo. En un segundo plano, a la izquierda, había un borrón que simulaba ser una tienda de campaña. Más al fondo, a la derecha, unas líneas azules salpicadas de blanco daban vida a un riachuelo semioculto por arbustos. En el ángulo inferior derecho, en vez de firma había dos plumas cruzadas. La rubia apagó un grito contra las palmas de las manos. Asier no se contuvo tanto:

—¡Qué cabrón! —exclamó—. ¡Qué cabronazo más grande! —Le agarró la cabeza y le soltó un beso fuerte entre los rizos—. Te quiero, hermano.

—Ten cuidado, joder —gruñó Sergio, mirándome de reajo—. La pintura todavía está fresca. No ha habido manera de secarla.

Natalie torció el gesto, confundida.

—¿No ibas a pedirle a Greta un...?

—Da igual. Ya se secará. —Lara la interrumpió, y se acercó al cuadro, embelesada—. Es precioso, Sergio. Jodidamente precioso. Muchas, muchas gracias. No puedes



hacerte a la idea lo que me gusta... Ese lugar del monte es tan especial para mí, para nosotros... —Miró al destinatario del amor que brillaba en sus pupilas.

—Que nadie pinche *El perdón*, «par favar». —Rio Natalie.

Asier besó a la cumpleañera con el alma puesta en los labios y después le preguntó:

—¿Tenías que contarle a Nat lo de Enrique?

—Se me escapó una noche.

—¿Cómo se te ocurre? —Sonrió.

—Si me hubieras cogido el teléfono...

La rubia levantó las cejas y la cara de su marido se cubrió del tono gris que siempre visten los remordimientos. Ella se fundió con su cuerpo y le dijo, con un beso, que no había nada de qué arrepentirse. No hubo palabras, pero lo entendimos todos.

Yo, en realidad, fue lo único que conseguí comprender. No tenía información suficiente para abarcar la magnitud del regalo, aunque por la reacción de todos supe que era importante. Quise interrogar a Natalie, pero se lanzó, de forma literal, sobre la pareja, y luego sobre Sergio. Dani sonrió a mi lado.

—¿Ves a lo que me refería? —me preguntó—. No es tan fiero el león como lo pintan.

—A ver si me entero... —murmuré—. Sergio no se ha ido solo esta mañana por egoísmo, sino para trabajar en el cuadro y darles una sorpresa.

Dani asintió y me explicó:

—Y esta tarde hemos recorrido todo El Escorial buscando un mejunje para secar la pintura, pero no lo hemos encontrado. Por eso ha entrado en tu habitación, para pedirte...

—Un secador —terminé por él—. Nat los odia: es uno de los motivos por los que siempre lleva el pelo tan corto... —continúe hilando la historia—. Y yo le he mandado a paseo y él...

—Ha intentado coger el de Lara.

—¿No era más fácil pedirlo en la recepción que forzar una cerradura?

—Esto es un camping, Greta. Hemos tenido que traer nuestras propias toallas.

—Me he equivocado con él —pensé en voz alta.

—No del todo —me excusó Dani—. Sergio tiene un buen fondo, pero le pierden las formas.

El suelo se abrió bajo mis pies al encajar las piezas. Dani tenía razón: me había dejado engañar por Sergio. Él forzaba sus formas para parecer lo que no era. Él había estado jugando al despiste desde el principio y yo no había sido capaz de

encontrar el truco hasta que lo había revelado. Maldito mago... Me sentí idiota. Y también, aliviada. Ahora ya no tendría que esforzarme por obviar el hecho de que me atraía más de lo que me permitía admitir cuando pensaba que era un simple gilipollas. Empezar a mirarle con otros ojos, libres de recelo, me reconcilió con mis emociones y desperezó a mi libido.

—¡Dios, cómo te odio, Sergio! —gritó Natalie—. Ahora vamos a quedar como unos cutres con nuestro regalo.

—¿Qué es? —preguntó Lara en modo guirnalda.

—La chupa de Zara que te gustaba.

—¿En serio?!

Natalie se encogió de hombros y sacó de su dormitorio una bolsa con un lazo. La rubia no tardó en probarse la cazadora, entusiasmada. Mi amiga se acercó a su pareja y le dijo a media voz:

—Sigo pensando que era mejor un vibrador.

—*Soraya* nunca falla —apunté.

Dani negó con la cabeza, en un gesto universal que quería decir «Son amigas porque están igual de locas», y yo aproveché para darle mi regalo a Lara: una cartera de mano de Bimba y Lola.

—¡Ay, por favor! ¡Me encanta! —chilló, al abrir la caja.

—Me alegro. —Sonreí.

—¿Alguien me ayuda con el puto cuadro? Parece que no, pero pesa.

Sergio seguía junto a la puerta, con su característico ceño fruncido y la mirada mucho menos oscura. No podía ocultar del todo que lo que veía le hacía feliz. Y yo di un paso hacia él, dispuesta a aliviar su carga y, si me daba opción, tenderle una especie de bandera blanca.

No soy de esas personas que encuentran consuelo en el rencor, no me hace feliz vivir con un conflicto pendiente, y me cuesta trabajo soportarme hasta que soluciono los errores que cometo. Aunque solo sean de juicio. Mi paz interior depende del resultado de una evaluación continua y propia. Soy así de coñazo conmigo misma, y también es algo que tengo aceptado.

—Trae, anda—dijo Asier, que, sin quererlo, se me adelantó y se hizo cargo del lienzo—. Me lo llevo a nuestra choza y ahora vengo.

—Te acompaño —dijo Lara.

—Entonces no vais a volver... —dijo Nat.

Ellos se miraron y la temperatura en la cabaña subió un par de grados.

—Ya nos vemos mañana.

Asier se despidió de esa manera y Lara nos lanzó un beso. Sus risas cómplices se

escucharon en cuanto cruzaron la puerta.

—Enfermos —masculló mi amiga—. Todo el día pensando en chingar... Me han dado envidia, cariño. ¿Me lo haces?

Sergio se carcajeó, y me sorprendió lo bien que empastaba su risa con la mía. Dani se lo tomó muy en serio, tanto que la cogió en brazos y la metió en el dormitorio sin mediar más palabra.

—Se acabó la fiesta —murmuró Sergio—. Te diría que duermas bien, pero lo veo difícil.

Agarró el pomo de la puerta, y me oí preguntar:

—¿Puedo irme contigo?

# 9

## AMARGO

Sergio nunca llegó a contestarme verbalmente. Se limitó a abrir la puerta de la cabaña y a señalar el exterior. No tardé mucho en ponerme el abrigo y atravesar el umbral.

Le sentí a mi espalda mientras bajaba las escaleras del porche. Le sentí muy cerca. Demasiado, para estar separados por tanto espacio. Me detuve después del último escalón. Él se colocó a mi lado y me dedicó una mirada extrañada.

—¿Por qué te paras?

—Porque no sé adónde ir.

Me encogí de hombros. Esa era la tónica en mi vida.

—Pues tenemos pocas opciones: o mi cabaña o un paseo. La discoteca está cerrada.

Noté un ligero principio de congelación en la punta de los dedos y en la de la nariz.

—Podemos pillar una de las botellas que hemos dejado a medias y acabárnosla en tu cabaña.

Sergio se giró hacia mí, me miró un par de segundos y negó con la cabeza.

—Mejor paseamos.

—¿Temes que te emborrache y abuse de ti? —Intenté bromear... con ningún resultado—. Era coña, ¿vale?

—Lo sé, pero ¿qué pensarías de mí si te hiciera la misma pregunta?

Rebobiné y ladeé la cabeza.

—Más o menos lo que he pensado desde anoche hasta hace un rato: que eres gilipollas.

Desfrunció el ceño.

—¿Tú lo eres?

—No me tengo por tal.

—Pues, si te parece, vamos a comportarnos como somos un poquito y a dedicarnos solo a pasar el rato, mientras luchamos por no morir de hipotermia. Eso, o cada uno a su cabaña y Dios en la de todos.

Empezó a caminar, y yo le seguí. Por voluntad propia. Me gustó su plan, con una excepción:

—Sigo pensando que sería mejor pasar el rato bajo techo...

—No quiero follar contigo.

Me detuve. ¿Cómo no hacerlo? Sus frases anclaban los pies al suelo. Intencionadamente.

—Una cosa, Sergio. —Tiré de su brazo e hice que se diera la vuelta—. Lo que acabas de decir me ha quedado muy claro esta mañana. No te intereso. Perfecto. No es un problema. Te lo digo con total sinceridad. Pero, joder, no me lo repitas más. Tengo mi corazoncito...

—Por eso lo hago.

Arqué las cejas. Una mueca socarrona llenó mi boca.

—¿Intentas protegerme de ti o algo así? Eso es tan... tan... —Me reí—. Tan antiguo. Tan machista...

—No me entiendes, Greta. Y, lo que es peor, no me escuchas. —Movié el brazo, y solo entonces me di cuenta de que seguía agarrada a él. Metí las manos en los bolsillos de inmediato. Él acortó nuestra distancia hasta que su aliento, transformado por el frío en una nube blanca, descansó sobre mis labios—. Yo sé que tienes tu corazoncito. Se han asegurado de ponerme en antecedentes. Además, te lo he notado desde el principio. Puedo verlo. Casi lo huelo. Eres dulce... Y yo no. Yo soy amargo. Y, lo que es más importante, me gusta serlo. Por eso no quiero follar contigo, por eso no me interesas...

—Porque te empalago —concluí.

Sergio abrió la boca y más vaho fresco acarició la mía. Fijó la vista en ella. Pese a la oscuridad, pude ver cómo sus pupilas se dilataban y un brillo nuevo y húmedo aparecía en sus labios. Se acercaron tanto que me fue complicado enfocarlos. Casi sentí su carnosidad... Imaginé cómo sería deslizarla entre los dientes muy, muy despacio.

—Sigues sin escucharme —murmuró, medio tono más grave que de costumbre—. Me oyes a mí, pero te haces la sorda en los silencios.

—Quizá, si no me hablaras en clave...

—Quizá, si te molestaras en descifrarla...

—Anoche me dijiste que nadie me había pedido que lo hiciera.

—Y hace un rato te he dicho que eres demasiado guapa para ser feminista. Y las dos han sido meras provocaciones. Y tú has participado en el juego. Y, ahora, aquí estamos. Boca contra boca. Aunque yo no quiera y tú prefieras perder la vida antes que abrirme las piernas. El discurso te ha quedado muy bien, por cierto..., si omito que me ha recordado a cierta tonadillera y que no había un Dios que se lo creyera.

—Estaba convencida de cada palabra, te lo aseguro.

—Estabas...

—Estoy —rectifiqué—. Quizá ya no pienso que eres un estúpido... del todo, pero, en lo que se refiere a...

—Utilizas demasiado «quizá», y no deberías —me interrumpió—. Tu voz es única, no la escondas con adverbios.

—Y esa recomendación lingüística ¿a qué ha venido?

—A que soy un tío muy culto y a que además me fijo en cada una de tus palabras.

—No sigas, que me enamoro —me burlé.

—Eso es lo peor que podría pasarte.

Su mano derecha acarició el cinturón de mi abrigo. Lo recorrió hasta el centro de mi espalda y se detuvo. Parpadeé ante el contacto, pero nada más. No me incomodó. Más bien, todo lo contrario. Y se lo hice saber adelantando las caderas.

Nunca, jamás, he detestado tanto la ropa de invierno. Demasiadas capas acolchadas interponiéndose entre nuestros cuerpos.

Sergio levantó la mano izquierda y repasó el arco de mis cejas. Poco a poco en su boca se fue dibujando una sonrisa compleja, tan indecente como honesta. La utilizó para decirme con ella que el labio inferior que empezó a acariciarme era el único objeto de su deseo. Lo más deseable. El cielo. Y yo levanté el mentón y le ofrecí mi boca, como un genio de la lámpara cualquiera. Sin pensar en más que concederle su deseo... y el mío. El tiempo de negarlo expiró en ese momento.

—No quiero besarte —aseguró.

—No te lo crees ni tú.

Su sonrisa se disparó. Sus dientes bailones hicieron acto de presencia. Su mano descendió a la parte baja de mi espalda.

—Esto es otra cosa —murmuró—. Ahora sí me escuchas. Pero... —Resoplé—. Conmigo siempre hay un «pero», encanto. Debes ir asumiéndolo.

—Oh, por Dios. No seas pedante y...

—¿Bésame, tonto?

Me reí. Mi mano derecha saltó del bolsillo y se colocó sobre su hombro.

—No seas pedante y cuéntame lo de ese «pero».

—Es verdad que no quiero besarte, ese es el «pero». Mi cuerpo te ha dicho que sí, pero en realidad no quiero. —Intenté apartarme, él me retuvo—. Y lo que sí debo explicarte con palabras, porque, si no, es imposible que lo entiendas, es que no quiero hacerlo porque tienes la boca llena de maquillaje. —Me enseñó la yema de su pulgar, manchada por mi labial. Alcé las cejas.

—¿Y qué? ¿Te da alergia?

—Más bien, repelús. Y la sensación de que no voy a besarte a ti sino a un

potingue, seguramente testado con animales.

—Yo no compraría un producto así.

—¿Me estás rebatiendo, Greta? —Acompañó a la pregunta con una melodía sarcástica—. ¿Qué debo pensar sobre eso?

—Que estoy loca por un beso tuyo como Malena Gracia, ya te digo que no.

—¿Quién cojones es Malena Gracia?

—La de la canción... «*Loca... por un beso tuyo...*» —tararé. De su boca salió una bandada de carcajadas que revolotearon sobre mi cara.

—Si hace falta te beso con potingue y todo, pero, por el amor de una madre, no vuelvas a cantar. En tu vida.

Forcejeé con él hasta que me soltó, le señalé con el dedo y... me uní a las risas.

Canto fatal, es cierto. Y recapacitar sobre el tema elegido para deleitar al artista me dio tanta vergüenza que tuve que reírme. Como aquella vez que iba toda chula paseando con mis taconazos por la pista central de Vip room París y terminé con el trasero en el suelo: o me reía o me moría. Y yo soy de las que prefieren reírse. Que me llamen loca...

—Te están saliendo ronchones en la cara —señaló Sergio, haciendo gala de su gran capacidad para hacerme sentir incómoda.

—Me pasa siempre. —Tiré de la capucha y oculté parcialmente mis mejillas.

—Eres de piel fina, Greta. En más de un sentido. No he querido sugerir que eran feos, solo que habían aparecido. Podía ser una reacción a algo de lo que has comido.

—Es solo por la risa floja.

—Y, ahora que lo sé, me gustan todavía más. Tu piel deja ver tu alegría. Es tope molón.

—¿Tope molón? —me carcajeé.

—Es una canción de Leonardo Dantés. Si te la sabes, por favor, abstente de cantarla.

# 10

## SENSEI SANTOS

Seguimos caminando hacia la entrada del camping entre risas y tarareos. Empezó él con *El baile del pañuelo*, con amago de coreografía y todo. Un espectáculo. Continuó con el estribillo de *No cambié* y ya no pude reprimir las ganas de corearle cuando entonó «*Tiene nombres mil, el miembro viril*».

En toda mi puñetera vida no había hecho el ridículo de una manera más grande. En serio. Si alguien me hubiera grabado un directo, nos habría arruinado la vida social a mí y a las seis próximas generaciones de mi familia. Un despropósito... que me supo a gloria. Llevaba tantos meses sin divertirme a lo tonto, sin sentido, sin esforzarme ni pensar en el futuro, que agazapado me advertía que no tenía motivos para reírme. Quizá no los tuviera..., mejor dicho: no tenía demasiados, pero sí derecho a divertirme. Hasta terminar como un eccehomo con varicela. Me dieron igual las ronchas y los fluidos que se escaparon por culpa del maldito frío y de los ataques de risa nasal. Se me cayeron los mocos mientras entonaba «*El que más nombres tiene es el falo, es el pene*» en presencia de un artista magnéticamente atractivo, intrigante y con pelazo, que, para más datos, me explicó que había estudiado solfeo y tocaba en un grupo. Y todo me importó una mierda. Nada. Cero. Fue lo más cerca que estuve de realizar un ejercicio puro de exhibicionismo... hasta el momento. Más tarde... llegamos a la recepción. La rodeamos sosegando nuestras risas, y empezamos a deshacer nuestros pasos.

—¿Por qué elegiste la batería? —pregunté cerca del parqucito con columpios que había a un lado del edificio polivalente, frente a la entrada de la discoteca desierta.

No nos habíamos encontrado ni un alma en nuestro paseo. No era de extrañar por la helada, pero no dejaba de ser inquietante. Como él y sus silencios.

Se mantuvo callado hasta que alcanzó el tobogán. Se apoyó en la escalera y sacó una cajetilla de tabaco.

—Me decidí por la batería porque es con lo que mejor comunico. Los instrumentos al final son eso: herramientas de expresión. Y yo soy así de físico. Necesito la energía que genera el movimiento de mi cuerpo para transmitir. Y cuanto más energía empleo, más disfruto.

—Por eso tus trazos son tan amplios... —musité, pensando en el cuadro.

—Eso es. —Sacó dos cigarrillos y encendió uno, que quedó atrapado entre sus



labios mientras me explicó—: Casi nunca le doy al óleo, no me gusta, prefiero lo acrílico, pero quería tener la posibilidad de rectificar. No era un cuadro para mí...

—Ha sido un detallazo.

—Me ha encantado tu cara cuando lo has visto. Tus ojos, sobre todo. Han empezado a brillar... y a lanzarme corazones... —Me reí. Él estiró el brazo y abrió el puño. En la palma de su mano, un cigarrillo y un mechero—. Quédate con los dos. Como ofrenda de paz por lo de anoche.

Sonreí, prendí el cigarro y me guardé el encendedor, con mucho mimo.

—Un mechero por una vacilada... No sé si me compensa.

—Lo hace. Anoche aprendiste algo, pero todavía no lo sabes.

Di una calada larga y expelí el humo hacia un lado.

—Ilústrame, por favor.

Cerró los ojos y enterró los dedos de una mano entre sus rizos mientras con la otra arrimó el filtro del tabaco a sus labios. Paladeó el humo como si fuera el del mejor habano. Mi curiosidad sobre la lección que en teoría había aprendido creció con cada segundo que se mantuvo en silencio. La intriga pasó de ser una chispita juguetona a una gran bola de fuego que amenazaba con abrasarme si no resolvía el misterio.

—¿Recuerdas lo que respondiste a mi recomendación sobre tu tabaquismo? — Abrió los ojos para fijarlos en los míos.

—*Nuestro* tabaquismo. —Señalé su cigarrillo—. Y no utilizaste un término tan técnico: lo llamaste «hábito asqueroso».

Un fogonazo pareció iluminar su cara, pero, en realidad, se limitó a sonreír. Muy complacido.

—Y tú me dijiste: «Si quisiera un consejo, habría llamado a mi madre, pero solo quiero fuego».

Repitió mi frase, palabra por palabra, confirmando tácitamente que era cierto que se fijaba en ellas. En cada una de ellas.

—Empezabas a resultarme demasiado molesto, por eso me puse un pelín borde.

—No te excuses, me gustó.

—No me excuso.

—No me escuchas... —Sonrió.

Me alboroté la melena y di dos caladas seguidas.

—Que sí, que te gustó mi reacción... ¿Y qué?

—Pues eso. Ni más ni menos. Me divierte provocar. Y tú respondiste genial. —Se separó del tobogán, apagó la colilla contra el suelo, la guardó en la cazadora y avanzó un paso hacia mí—. Me pones muy fácil lo de dejarte con la miel en los

labios.

Sonreí y di la última calada.

—No te engañes. Estás disfrutando más que yo con tu charla de *sensei*.

Su carcajada hizo eco en la soledad que nos acompañaba. Voló libre por el camping, entre los árboles, por mi pelo.

—Me alegro de haber dado este paseo —murmuró.

—¿Aunque muramos congelados?

—Tampoco nos pasemos... —Consumió el poco espacio que nos separaba y me frotó los brazos—. Hueles a perfume caro.

—¿Es un reproche o un halago?

—Es un hecho. Hueles a exclusividad. Te vestes con ella. Pareces una niña bien. Y digo «pareces», no que lo seas —aclaró—. Das la impresión de estar acostumbrada a conseguirlo todo a la primera, de no saber que el cigarrillo que se quedó sin encender en tus dedos te supo mucho mejor un rato después.

—O sea, que la lección iba sobre el aumento de placer que conlleva la gratificación aplazada. Buah..., ¿cómo he podido vivir veintinueve años sin ella?

—Yo me preguntaría lo mismo.

—Lo único que me pregunto en realidad es qué demonios eres. No consigo etiquetarte.

—¿Qué tal si empiezas tú? ¿Qué eres, Greta?

Cerré los ojos un instante. Cada vez que me nombraba, transformaba las dos consonantes iniciales en un gruñido. Uno demasiado sugerente.

—Soy una peonza.

Salió sin esfuerzo, y no me arrepentí ni avergoncé. Así me sentía.

—Algo que da vueltas... —Una sonrisa irresistiblemente auténtica llenó su boca—. Me gusta.

—A mí no. Lo detesto. Necesito parar, asentarme, sentirme dueña de mi vida.

—Nadie más que tú puede serlo.

—No cuando todo sale mal. Cuando cada paso que das, cada maldita decisión que tomas, resulta un fracaso, es fácil perder el control.

—Tanto como recuperarlo, Greta. Súbete a la ola. Déjate llevar por ella...

—¿Y si vuelve a salir mal?

—Ya vendrá otra... ¿Te has pensado lo del curro?

Me sorprendió el cambio de tema, pero no tanto como el aroma de insistencia que envolvió a su pregunta.

—Debería darle una vuelta.

—Hazlo. —Se humedeció los labios y fijó la vista en los míos—. Tenerte en la

oficina va a ser muy entretenido.

—¿Estás pensando en sexo sobre la fotocopiadora? —bromeé..., por si colaba.

—Te repetiría que no quiero follar contigo, pero tienes tu corazoncito. Además, en la agencia está desaconsejado. Por contrato.

—¿Eso es legal? —Arqueé las cejas.

—No es ilegal, porque no lo prohíben.

—Pero, si ocurriera, conllevaría un despido...

—Inminente.

—Joder, qué estrictos, ¿no?

—Irene solo protege sus intereses. Ya perdió a su mejor asistente por mi culpa.

—¿Por qué no te despidió a ti?

—Se fue ella, ya te lo dije. Irene no quiso perder también a su mejor diseñador gráfico.

—¿Cuántos sois?

—Solo yo. Pero soy el mejor. —Resoplé y él me regaló otra sonrisa—. Deberías apuntar mi número y llamarme el lunes a primera hora. Si pilló a Irene de buenas, por la tarde puedes estar haciendo la entrevista.

—Tengo el móvil en la cabaña.

Sacó su teléfono y tecleó mi nombre.

—¿Cuál es tu apellido?

—Ortiz de Zárate.

—De niña bien... —Sonrió.

—De niña, poco —respondí—. Y es un apellido muy bonito. Mucho más que el tuyo... Por cierto, ¿«capullo integral» lleva guion en medio?

—Ni idea. Yo me apellido Santos.

—Mira, como Romeo —solté, y me dio por reírme, porque si algo había lejos de la etiqueta de Sergio era el rollo bachatero.

Me miró con severidad.

—Tampoco sé quién cojones es ese, pero, si canta..., ni lo pienses. Dime tu número.

Se lo dicté y, cuando vi que lo había memorizado, le quité el móvil y busqué el icono de Spotify.

—¿Se puede saber qué haces?

—Poner música para la vuelta.

# 11

## SU LENGUAJE

Elegí la canción más pastelosa de Romeo Santos que pude encontrar, porque, sádico o no, es cierto que existe una fuente de placer en torturar un poquito al prójimo. Sobre todo si ese prójimo te hace gracia y su juego también una vez entendidas las reglas.

Y, sí, canté, a pulmón abierto «*Una aventura es más divertida si huele a peligro*». Y me arrimé de lo lindo a sus caderas a ritmo de bachata. Y volvimos a reír, gracias a la *Propuesta indecente* y a la desinhibición; la que era tan fácil abrazar en compañía de Sergio. Era tan malditamente incorrecto que no había manera de equivocarse en su presencia, ni siquiera haciéndolo.

—Nosotros no vamos a terminar en la cama —replicó a la letra de la canción.

—Por supuesto que sí. Tú en la tuya y yo en la mía.

Le hice dar un giro, retorciendo su muñeca. Él se quejó entre risas y siguió moviendo los pies.

La humedad gélida proveniente de la piscina no era nada agradable; no era como la cálida que había mojado mi ropa interior con el roce de sus caderas. El aire cortaba la cara y los labios, ya maltrechos de tanto reír. Encima empezó a chispear.

—Tenía que pasar, Greta. Te crees que cantas, pero no.

—Calla, idiota, que pierdo el ritmo.

—Ah, ¿pero lo habías encontrado?

Seguimos bailando pese a las condiciones atmosféricas adversas y las pullas que lanzábamos al viento en cada interacción. Dios..., cómo me lo pasé... Disfruté como una enana. Y él también, por mucho que se quejara.

Me prohibió volver a reproducir la canción, eso sí. Y se aseguró de que no lo hiciera guardando el móvil a buen recaudo.

—Qué pena que mañana nos marchemos por separado —le dije cuando empezamos a caminar de nuevo por el sendero—. Me lo gozaría a lo grande torturándote en el coche.

—*Cagjen* mi suerte...

—¿No te llevan Lara y Asier? —Sonreí.

—Se quedan hasta última hora para aprovechar su nidito de amor. Yo tengo que pirarme antes para poner lavadoras.

—Pues prepárate...

—Estoy preparado. Ya me tocó una vez hacer el camino de regreso a la civilización con Asier llorando a moco tendido. Dos putas horas. Peor que eso...

—¿Qué le pasó?

—Que se le acabó el verano. Y que es un dramas.

—Yo también un poco.

—Yo huyo de ellos como de Hacienda.

—¿Miedo a complicarte la vida?

—El miedo y lo complicado son dos de mis pasatiempos favoritos. Lo que me hace huir es la tristeza que va unida al drama. A esa no la quiero cerca.

—*La vie en rose* —musité.

—Eso es.

Sonreí con la alegría de la buscadora de oro que encuentra una pepita después de días luchando contra el barro. Teníamos algo en común. Y no era algo cualquiera. Ese algo formaba parte de mi esencia primigenia. Me sentí alentada. Como buena ilusa.

—¿Te acompaño hasta tu cabaña? —me preguntó.

—Si no me juzgas por tener miedo a irme sola...

—No te juzgué —replicó; y supe que hablábamos del mismo momento: el inmediatamente posterior a nuestra presentación.

—No, qué va. Pusiste una cara de asco tremenda y me diste la espalda.

—No sé qué cara puse, porque no me vi, pero te aseguro que me provocas cualquier cosa menos asco. De hecho, me pareciste valiente admitiendo tu miedo. No todo el mundo tiene cojones para hacerlo.

—Entre las que tenemos ovarios es de lo más normal.

—Jodida feminazi. —Sonrió—. ¿Por qué os daríamos tantas alas?

—Porque eran nuestras.

Le enseñé el dedo corazón y dejé un beso en la yema. Él me agarró la mano antes de que pudiera bajarla.

—Un gesto muy inapropiado para una niña bien.

—Una mujer —le recordé.

Acercó el dedo a su nariz y lo olisqueó.

—No huele mal.

—Claro, no me he dedicado a metérmelo en el culo. —Me reí.

—Me refería al pintalabios, no a tu dedo, encanto. —Rio conmigo—. No huele a sintético que echa para atrás. Es más, huele bien.

Me repasé los labios con la punta de la lengua y sonreí.

—Sabe mejor.

—¿Otra vez me estás pidiendo un beso?

—Si quisiera besarte, ya lo habría hecho.

Alzó las cejas y dio un paso atrás.

—Para ser tan feminista, no predicas con el ejemplo. ¿Qué pasaría si esa misma frase te la hubiera dicho yo?

—Te habría contestado «Ya estás tardando», y listo. Para ser tan políticamente incorrecto, no eres muy tolerante con el resto.

—Solo te tanteo, Greta —murmuró antes de echar a andar hacia mi cabaña—. Aunque haya podido parecer lo contrario, me preocupo por entenderte.

—Pero si no te intereso...

—Ni quiero besarte. —Sonrió.

—Ni follar conmigo.

—Lo has repetido tú, que conste en acta. Yo sigo vigilando tu corazoncito.

—Te está muy agradecido —me burlé—. Mi vagina, no tanto.

—Dile de mi parte que mi polla es minúscula y que me corro en tres empujones.

—Por fin algo de sinceridad... ¿También lo comes fatal?

—Lo como de pena. No me gusta entretenerme, me cuesta encontrar el clítoris y, si te meto los dedos, se me para la lengua.

—Vaya por Dios...

Me lamenté porque acababa de empapar lo poco que quedaba seco de mis bragas. «Mi polla», «me corro», «te meto los dedos».

—Además —siguió diciendo—, soy de los que no te dejan ir al baño después porque necesito mimos.

—Eso sí me gusta... Le gusta —me corregí— a mi vagina.

—Y es un motivo más por el que no quiero follar contigo.

—Qué le vamos a hacer... —Suspiré.

Y contuve una sonrisa triunfal, porque cada vez tenía más claro que, cuando decía que no, era un sí rotundo. Y esto no es una excusa de acosadora: era el lenguaje de Sergio.

—Bueno, ya hemos llegado —dije a los pies de la escalera—. Muchas gracias por acompañarme, por el paseo y por la panzada a reír. Me hacía falta.

—Me alegra haberte servido de bufón. —Hizo una reverencia muy pomposa, me agarró la mano y besó el dorso.

—¿En la mano? ¿En serio?

Con las piernas cruzadas y la espalda inclinada todavía, levantó la mirada. Pura llama. Se enderezó poco a poco, sin soltar mi mano ni decirme nada. Se plantó

frente a mi boca y paladeó el instante, la falta de espacio, la crepitante calma.

—¿Dónde lo quieres?

—No te he dicho que lo quiera —musité, fija en sus labios; tan carnosos, tan soberbios, tan cercanos...

—«Ya estás tardando».

Fue una invitación en toda regla. Y otro ejemplo más de que me escuchaba. Y yo le di su recompensa. En medio del moflete. Y le dejé la marca.

—Te sientan bien mis besos —dije, apreciando lo redondito que me había salido y lo bien que quedaba en su cara.

—Normal, con esta percha...

Aunque se marchó sin despedirse y sin devolverme el beso, me acosté sonriendo. Y hasta tuve que sofocar un par de risotadas en la almohada, acordándome de nuestros bailes y nuestros cantes. Y me dormí abrigada por la alegría provocada por un hombre al que, solo unas horas antes, detestaba.

# 12

## ALITAS DE POLLO

La mañana del domingo la dedicamos a recoger la cabaña y a engalanar el rincón del restaurante donde habían colocado la mesa reservada para Lara. Fuimos veinte comensales. Las risas se escucharon en toda la comarca.

La idea de que mi hogar debía construirse cerca de aquella gente fraguó en mi mente, arraigó en mi corazón con una suerte de certeza que casi tenía olvidada. De muy pocas cosas estaba segura entonces; descubrir una que se saltaba la norma fue muy reconfortante.

Y así me acomodé en el asiento trasero del Porsche de Dani: reanimada. Aquella escapada, aquel bienaventurado camping, me habían devuelto la ilusión. Sergio, no... No tenía nada que ver con mi alegría. En absoluto.

—Bueno, qué, ¿te lo has pasado bien? —me preguntó Natalie en cuanto cerró la puerta del copiloto.

Me despegué del respaldo del asiento trasero y me asomé por su izquierda para darle un besazo.

—Me lo he pasado genial. Muchas gracias por traerme.

—De nada, mujer. Para eso estamos.

Dani movió el asiento del conductor y Sergio se acomodó a mi lado. Las rodillas le llegaban al pecho. Me entró la risa floja. A él también.

—Ya estáis pensando en compraros algo más grande. A mi sobrino no le podéis transportar así.

—¿Tu sobrino? —le pregunté.

—Claro, Dani es mi hermano de vida.

—Eso ya lo sé. Pero va a ser una niña.

—¿Hacemos una porra? —preguntó Natalie.

Pusimos diez euros por cabeza y quedó la cosa en un tres a uno. Todos coincidimos en el resultado, menos el que iba a contracorriente por sistema. El mismo que, cuando alcanzamos la autopista, se cansó de practicar contorsionismo y se escarranchó, deslizando sus largas piernas bajo las mías. No hice amago de protestar. ¿Para qué? Estaba encantada. Me giré un poco a la izquierda para que mis rodillas pudieran doblarse sobre sus muslos y apoyé la cabeza muy cerca de su brazo derecho estirado. Él acarició con la punta de los dedos el mechón ondulado



que se había escapado de mi oreja y sonrió.

—Te está ablandando, Greta.

—No he olvidado que iba a torturarte a base de bachata, pero con una embarazada a bordo...

—Tengo mis derechos —dijo mi amiga—, ¿a que sí, abogado?

—Sí, cariño. Y yo el volante. Podremos con ellos.

Todos reímos y Nat conectó Spotify en el equipo del coche.

—Elijo yo —dijo, buscando entre sus listas.

—Pon una que te recuerde a Greta —le pidió Sergio.

Alargó el brazo izquierdo para agarrar mis piernas y las colocó un poco más arriba. No se me escapó el apretón innecesario que le dio a mi muslo, ni que no me soltara después de la maniobra.

—A ver si el que se va a estar ablandando eres tú... —musité.

—Me tienes roto, niña bien.

Pellizcó ligeramente mi barbilla. Yo deseé que aquello no fuera una mentira.

—Te voy a poner una que a Greta le encanta, aunque no lo admita en público.

—No serás capaz... —farfullé.

Y lo fue. Natalie hace siempre lo que le da gana. SIEMPRE. Y allí empezó Zaz a cantarle al cielo de París, Pablo Alborán le tomó el relevo y a mí se me terminaron yendo los pies. Quien pueda contenerlos con esta canción que lance la primera piedra.

Comencé con tímidos movimientos de tobillo, al ritmo de las guitarras, y contagié a Sergio. Sus palmadas sobre mi muslo me azuzaron. Y la musiquilla jovial seguía sonando. Y mis caderas se contonearon. Y mi pierna izquierda entró, así, a lo tonto, en contacto con su paquete.

—Premio. —Sonrió de medio lado.

—¿Gordo?

Negó con la cabeza y me enseñó el meñique.

—Como un cacahuete.

—No me lo está pareciendo... —Le rocé y él volvió a apretar mi pierna.

—Llevo coquilla. Y dos pares de calcetines.

—Claro, por eso abulta tanto.

—Solo por eso.

—Es una pena. Me gustan grandes.

—Tengo un amigo que calza dos palmos. Si quieres, te lo presento.

Me sentó como una bofetada su frase, pero *pa* mala, yo.

—Dale mi número directamente. Estoy como loca por pillar una de esas.

Oprimí sus pelotas, le guiñé un ojo y aparté la pierna.

Me sentí muy satisfecha por haberle descolocado. Hasta lo comenté con Natalie cuando él se bajó del coche cerca de Atocha —vivía en Lavapiés—. Dani me advirtió una vez más sobre los riesgos de tontear con su amigo —de forma honrada y nada paternalista, solo como muestra de aprecio—. Y yo llegué a la conclusión —infundada y errada— de que en cuatro días iba a tener a Sergio comiendo de la palma de mi mano.

Comencé a creérmelo la misma noche del domingo, cuando, después de cenar con mi madre y su familia, me refugié en mi dormitorio —en la segunda planta del chalet, el del fondo del pasillo a la izquierda— y descubrí que tenía un chat activo nuevo en WhatsApp. Sergio me había escrito solo unas horas después de habernos separado. Yo seguía en forma.

*Ya le he pasado a Ángel (el de los dos palmos) tu número.*

*Me ha dicho que te llamará pronto cuando le he enseñado tu foto.*

*Esto pinta bien, tía.*

*Creo que le molas, o sea, que le molas mazo.*

*No imaginas la carita que se le ha puesto cuando se ha fijado en tus ojos.*

*Creo que le han impactado tanto que ni se ha dado cuenta de las tetas que te hacían la camiseta ceñida.*

*Y eran unas tetas estupendas.*

*¿Usas push up o también le das al relleno?*

*Que utilices una mentira como excusa para escribirme me hace pensar que estás más roto de lo que crees.*

*Que me hagas fotos sin mi consentimiento y las difundas es un delito.*

*Aun así, mis tetas te dan las gracias por el piropo.*

*Ahora están libres de opresiones textiles y siguen igual de estupendas.*

*¿Responde eso a tu pregunta?*

Dejar en «visto» está muy feo. Sobre todo, para el que se queda colgado.

Revisé el móvil una docena de veces antes de rendirme y apagar la luz. A primera hora de la mañana, llamarle no era lo que más me apetecía, iba a parecer la arrastrada que no era, pero, como se trataba de un tema laboral, me puse en bandeja el pretexto.

—Buenos días, niña bien.

Su voz de recién levantado me paralizó unos segundos. Era demasiado grave, demasiado incitante, demasiado erótica.

—Buenos días, artista. ¿Me cuentas para qué me pides que te llame tan temprano si todavía no estás en la agencia?

—¿Dónde crees que estoy?

—En la cama. Y no me lo niegues, porque estoy oyendo la fricción de las sábanas.

Estás con el manos libres, porque hay eco. Con una mano te estás frotando un ojo, porque lo digo yo, y con la otra te estás rascando las...

Una carcajada ronca interrumpió mi relato.

—¿Eso también lo estás oyendo?

—Perfectamente. Deberías depilarte.

—Ni de coña. No hay nada más triste que unos cojones calvos. Dan mazo de asco. Parecen alitas de pollo. Donde hay pelo, hay alegría.

Y con ese alegato a favor de los cojones peludos empecé a reírme yo.

—Me estás liando, y al final voy a colgarte sin saber ni para qué te he llamado.

—No te preocupes. No importa. Puedes llamarme siempre que quieras. Con no cogértelo, tengo suficiente.

—Me pediste que lo hiciera.

—No te disculpes, Greta. No pasa nada. En serio.

—Dios..., cómo te odio.

—Eso es bueno.

Y colgó. Y yo bajé muy sonriente a la cocina con mi pijama de unicornios, porque era una ilusa, pero no tanto como para no entender que el motivo de que requiriera mi llamada estaba más relacionado con darme los buenos días que con la entrevista.

Por eso, porque no confié del todo en que llegara a hablar con su jefa, me pasé la mañana enviando currículos; comí una ensalada —puta vida— y, después, me puse a mirar gimnasios a los que apuntarme, pero... ¿cuál? Esperaba que lo de Aravaca fuera algo temporal, lo más fugazmente temporal posible, así que no sabía dónde buscar.

Me lo estaba preguntando cuando sonó mi teléfono.

—El artista me echa de menos —me dije a mí misma, muy ufana.

Pero resultó ser su amigo, el de los dos palmos. Como los de narices con los que me quedé al escuchar su voz al otro lado de la línea.

—Hola, guapísima. Soy Ángel, el colega de Santos. Me ha dicho que acabas de volver a Madrid y que necesitas que alguien te enseñe lo que se cuece ahora. ¿Te viene bien a las ocho?

Solo por el «lo que se cuece» la respuesta debería haber sido negativa, pero quise dar por saco. No voy a mentir. Y le dije que sí. Y sentí un escalofrío muy placentero cuando imaginé la expresión de Sergio al enterarse. Y me emperifollé como nunca para la cita. Y me aseguré de que nos hiciéramos varios *selfies*, que le envié al artista —por error intencionado— pasada la medianoche. Y él me volvió a dejar en «visto».

Si de la cita no hablo es porque fue un desastre. Mi cabeza no estaba allí, junto al

hombre de cara armoniosa, melena cuidada, camisa estrecha y pantalones ajustados  
cuya bragueta retenía lo que parecía una anaconda. Mi cabeza seguía bailando.

Maldito flautista de Hamelín...

# 13

## *DÉJÀ VU*

—Buenos días, niña bien.

—¿Sabes que son las siete y media de la mañana?

—Y treinta y seis, según mi móvil. ¿Qué haces todavía en la cama?

—Dormir.

—¿Sola?

Sonreí.

—Con el par de centenares de unicornios que adornan mi pijama.

—Unicornios... —dijo con mofa—. Qué cuqui.

—Tanto como tú, gordi. Es un detallazo que me llames para preocuparte por mí... y por si todavía estoy con Ángel.

—No, eso ya lo sé. Anoche escribió en el chat del grupo para informarnos de que ya había llegado a casa, porque, aunque tienes unas bufas que empalman a un muerto, cita textual, estuviste demasiado empanada.

—Me extraña que dijera eso.

—Porque no lo conoces. Nuestro cantante es de todo menos discreto.

—¿Cantante?

—¿De verdad fuiste a la cita? Ángel es lo primero que les suelta a las tías. Y le funciona de puta madre... ¿Me habré equivocado escogiendo la batería?

—¿Vas a seguir divagando o puedo volver a dormirme ya? —pregunté molesta.

—Tú sabrás. Pero a las nueve tienes una entrevista de trabajo.

—¡¿A las nueve?! —Me incorporé en un solo movimiento—. Eso es dentro de hora y media. ¡Y vivo en el culo del mundo!

—Dentro de hora y veinte —replicó—. Ahora te mando la dirección. Procura vestir de forma clásica y evita que se te vean los tres kilos de pendientes que cuelgan de tus orejas.

—Vete a la mierda, joder.

—Oh, vaya, ya se ha enfurruñado...

—¡¿No podías haberme avisado antes?! —

—Anoche tenías una cita, encanto. No se me hubiera ocurrido interrumpirte.

Esa vez no me molestó que me colgara. Aproveché los dos segundos que hubiéramos empleado en despedirnos para dar vueltas por la habitación mientras le

insultaba. Me di una ducha. Me vestí con un traje sastre, una camisa de seda y unos salones de tacón mediano. Me maquillé lo justo y me peiné con la raya en medio; no tenía tiempo para quitarme los *piercings*.

Salí del dormitorio a la carrera y me encontré en el pasillo con Paula, la hija menor del marido de mi madre. Ya estaba vestida y acicalada; lucía una cara descansada y radiante. Me dedicó un gruñido como saludo al que quise responder con el clásico «que te jodan» —las rutinas matutinas no hay que perderlas—, pero ese día la necesitaba.

—Pau, ¿vas para el centro?

—Como cada mañana... ¿Qué quieres?

—Irme contigo. Tengo una entrevista de trabajo dentro de una hora.

—Tan previsora como siempre...

—Por favor, Paula. No te lo pediría si no fuera importante.

—Está bien —dijo como si me concediera un indulto—. Pero nos vamos ahora mismo.

—Sí, sí, estoy lista... —Me palmeé la frente—. No, mierda, no lo estoy.

—Mala suerte.

Empezó a caminar por el pasillo y yo, hacia mi dormitorio.

—Un minuto, Paula. Solo tardo un minuto. ¡No te marches sin mí, por favor!

—¿Qué son esas voces? —Mi madre salió de su habitación, cerrándose la bata de seda que le compré en París.

—Es Greta —se apresuró a decir Paula—. Tiene una entrevista de trabajo dentro de una hora y, si no es por mí, no va a llegar a tiempo.

Dejé la puerta de mi dormitorio abierta y coloqué el portátil sobre la cama.

—¿Tienes una entrevista?—me preguntó mi madre desde el vano.

—Para un puesto de asistente en una empresa de eventos.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque me acabo de enterar.

—¿Y eso te parece serio?

Me giré y solté un suspiro.

—Mira, mamá, si te lo explico, llego tarde. ¿Puedes encender la impresora del despacho? Le estoy mandando un currículum.

Esperé hasta que una ventanita me dijo que la impresión estaba en curso, revisé el estado de mi pintalabios, en tono *rose éclatant* muy discreto, y escuché:

—¡Greta, me voy!

—¡No, no! ¡Espera, por favor!

—¡No puedo esperarte más!

Espiré con fuerza, cogí el bolso y corrí hacia el despacho. Hice un cilindro con los folios y busqué un *folder*, pero...

—¡Greta! ¡O vienes ya o me marcho sin ti!

Cesé la búsqueda, volví a echar a correr, derrapé en la esquina del pasillo, bajé las escaleras de dos en dos y, casi llegando al salón, mi madre salió de la cocina y me golpeó en el hombro con la puerta abatible. El contenido de mi bolso se desperdigó por todo el parqué.

—Joder, mamá.

—No digas tacos. Si te organizaras como es debido, no tendrías que ir corriendo.

—Sí, vale, ya sé que soy un desastre, pero... ¿me ayudas, por favor? —pregunté de rodillas, intentando recoger la mayor cantidad posible de mis chismes.

—¡Greta, se acabó! ¡No te espero más!

—¡Que ya voy, pesada!

—No le hables así a tu hermana.

—No es mi hermana —dije entre dientes.

—No empecemos... —protestó mi madre.

Embutió en mi bolso el neceser y un paquete de clínex y se levantó. Yo terminé de recolectar el resto de cosas, le di un beso y salí pitando detrás de Paula.

—¡Al final voy a llegar tarde por tu culpa! —chilló, atravesando el jardín delantero del chalet.

Ni siquiera me sujetó el portón que daba a la calle, solo se atusó la melena capeada y se ajustó las maxigafas de sol de Carolina Herrera antes de meterse en su Audi A3 plateado, aparcado a pocos metros junto a la acera. Yo no había cerrado la puerta del acompañante cuando lo puso en marcha.

—Relájate un poco, bonita, que vas a la academia, no a apagar un fuego.

En lo que tardé en abrocharme el cinturón de seguridad, ella metió primera, arrancándole un rugido a la caja de cambios, y giró el volante con violencia.

—Es normal que tú pienses que opositar no es algo serio, pero para la gente normal y centrada es una responsabilidad muy grande. Responsabilidad —repitió despacio—. ¿Sabes lo qué es eso?

Saqué el móvil, conecté los auriculares y pulsé el icono de Spotify como respuesta. *Fuck you*, de Lily Allen, empezó a sonar. Y no, no fue una selección aleatoria.

Tardamos algo más de media hora en llegar a la esquina de Sor Ángela de la Cruz con la calle Orense. Faltaban solo seiscientos metros según Google Maps para alcanzar la agencia.

—Te dejo aquí. Así no me desvío.

—Pero si es una vueltecita de nada, Paula. Llevo tacones y está chispeando...

Paula tiró del freno de mano y golpeó el volante con el dedo índice hasta que me bajé del Audi.

Mientras los malditos zapatos me desollaban los talones por mi costumbre de no llevar medias —para lo que me duraban, prefería no usarlas—, pensé seriamente en aceptar el ofrecimiento de mi padre. Cuando le dije que todos los empleos que encontraba eran deprimentes, me quiso comprar un coche. Mi padre suele reaccionar así cuando se ve obligado a animarme. Yo hubiera preferido un par de días de contacto intensivo, pero la idea me pareció tentadora. Y más ahora que tenía frente a mí la posibilidad de verme obligada a viajar con Paula cinco días a la semana.

Comprobé la hora en el móvil, y todavía faltaban quince minutos para la entrevista. Demasiado pronto para presentarme y muy tarde para desayunar. Me detuve en un portal contiguo a la agencia, me refugié bajo el tejadillo y saqué un cigarro. Revolví el interior de mi bolso, un buen rato, pero no encontré el mechero. Había debido de quedarse en el parqué del adosado.

Miré a un lado y a otro de la calle, buscando algún transeúnte con pinta de adicto a la nicotina. Por el rabillo de ojo derecho atisbé una silueta masculina. Me giré con el cigarro alzado y la figura fue tomando forma: vaqueros desgastados, jersey gris con rayas horizontales negras, cazadora de cuero, cuello ancho, garganta marcada, inicio de barba descuidada e irregular, labios fruncidos en una mueca burlona... Me recreé en su figura y en su manera de andar decidida e informal. Nada de hombros atrás y mentón al frente. Su cuerpo se movía libremente, con estilo. Sus pasos parecían saber exactamente a dónde se dirigían.

Al llegar a mi altura se quitó las Carrera de sol y guiñó los ojos, permitiendo que los dos prominentes surcos dominaran verticalmente su ceño. Se pasó la mano por su pelazo ensortijado, descontrolándolo. Se humedeció los labios; y a mí, las bragas. Me planteé la conveniencia de llevar unas de repuesto en el bolso si me cogían para el trabajo. O media docena...

—¿Me das fuego? —le pregunté.

—Estoy teniendo un *déjà vu*.

—Espero que esta vez no me dejes con las ganas.

Sonrió de medio lado y me prestó un encendedor.

—¿Qué ha sido del que te regalé?

—No he vuelto a verlo. Creo que lo perdí en camping —mentí.

—Muy bonito...

Me quitó el mechero, se apoyó en la pared y encendió un cigarrillo. Yo di un par de caladas y tres o cuatro saltitos.



—¿Nervios o frío?

—Los dos.

—¿Cómo se te ocurre salir sin abrigo?

—Pues, ya ves, resulta que iba un poquito acelerada porque me acababa de avisar que tenía una entrevista... un capullo integral.

—Me apellido Santos, ya te lo he dicho. En la oficina todo el mundo me conoce así. Abstente de llamarme Sergio en la entrevista o Irene puede pensarse lo que no es.

—Ni será, por supuesto —me burlé—. ¿Qué le has contado de mí?

—Que eres formal y aplicada y que estás muy necesitada de un empleo estable. Habría sido preferible que olvidaras los zapatitos de diseñador en tu palacio.

—Entonces, habría venido descalza. —Le solté el humo en la cara; él lo inhaló y señaló mi bolso.

—Eso que llevas ahí enrollado en forma de *turulo*... ¿no será tu currículum?

—Es que no he encontrado una fundita...

Sonrió, pagado de sí mismo.

—¿Cómo vas a agradecerme que ya le haya dado a Irene tu perfil de LinkedIn impreso?

—No demandándote por acosarme en las redes.

—Tu perfil es público, encanto.

—Entonces, te lo agradezco como quieras.

Sonó a insinuación, y yo conforme, porque lo era. Si se había tomado tantas molestias por conseguirme una oportunidad en su empresa, ¿qué menos que pagárselo con honestidad?

Sergio no se mostró de acuerdo con mi línea de pensamiento. Alzó las cejas y negó con la cabeza.

—Nunca me enrolló con las pibas de mis colegas.

—Yo no soy nada de Ángel.

—No insistas, Greta. Es una cosa de tíos, de lealtad y respeto. Una mujer nunca lo entendería. —Tiró la colilla al suelo y la pisó—. Voy subiendo. No es buena idea que lleguemos juntos.

—Estoy de acuerdo.

Prácticamente le escupí la respuesta, pero estaba de un contento... Mi cita con Ángel le había escocido, por eso me buscaba las cosquillas. Aquello pintaba bien. Y si conseguía superar la entrevista, pintaría aún mejor.

Esperé unos minutos, inspiré hondo y entré en el edificio de oficinas. Uno de tantos que abundan en la calle Orense. Uno de esos diseñados para albergar a

decenas de empresas y a infinidad de personas que sacrifican su día a día dentro de su hormigón armado.

Atravesé el *hall* del edificio y me detuve junto al ascensor. Estuve muy tentada de quitarme el *blazer* mientras esperaba junto a una señora que se secaba la parte superior del labio con un pañuelo y se daba aire con la otra mano. Resultaba bastante absurdo que la calefacción estuviera puesta en modo «infierno en agosto», pero así somos la sociedad civilizada: gastamos porque podemos, no porque tenga sentido.

La señora que me acompañó en el ascensor no soltó el pañuelo hasta la sexta planta, donde se bajó emitiendo un afligido suspiro. Me reconocí en aquel sonido. Otra infeliz. Y seguí subiendo hasta la undécima; salí y fui hacia la izquierda. Menos mal que me detuve, porque, si no, habría entrado, sin motivo alguno, en una asesoría.

Más tarde descubrí que las doce plantas del edificio estaban repartidas igual: dos empresas por nivel. También, que los viernes por la tarde coger hueco en el ascensor se convertía en *Los juegos del hambre*.

Deshice mis pasos, giré a la derecha, anduve trece más y empujé la puerta rotulada. «Agencia Ballester».

—Buenos días —dije.

Y un chico joven muy bien peinado me regaló una sonrisa amable. Estaba sentado detrás de una mesa de cristal, con un auricular puesto. Dejó la pila de correo que estaba clasificando a un lado y me devolvió el saludo.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Tengo una cita con Irene a las nueve.

Dio un toqucito a su auricular y me preguntó:

—¿A qué empresa representas? —Fruncí el ceño, y él se apresuró a rectificar—. O, mejor dicho, ¿de qué empresa es usted propietaria?

—Vengo por una entrevista de trabajo.

—Ah... —Abrió la boca y repasó mi atuendo—. Perdona, pensaba que eras una cliente. Dame un segundo, por favor. —Apretó el pinganillo contra su oreja, esperó y negó con la cabeza—. Irene tiene la línea ocupada. —Me señaló el pasillo—. La puerta del fondo es la del departamento comercial. Su asistente la avisará. Mucha suerte.

—Gracias —le dije de corazón.

Normalmente, no tenía la fortuna de ser la destinataria de un trato cordial. Unos instantes después, me recibió la rutina de siempre: hostilidad en forma de flechas. Y yo ya era dueña de una coraza de indiferencia a prueba de misiles, pero de luchar

también se cansa una. Con lo fácil que es ser amable con los demás, ¿por qué dedicarnos a hacernos tanto la puñeta?

**DETRÁS DEL ESCAPARATE**

Recorrí el pasillo que conectaba la recepción con la sala de reuniones, el departamento financiero y los aseos y empujé la puerta del fondo: la del área comercial.

Lo primero que encontré a la izquierda fue una fotocopiadora muy parecida a la que imaginé cuando le hablé a Sergio de sexo en la oficina. A la derecha había una pared modular, que no parecía muy estable —descartada— y que cerraba lateralmente uno de los despachos. Había cuatro, semiacristalados y bastante amplios. Los dos de la entrada eran más pequeños que los del fondo, pero entre todos daban simetría al departamento. El espacio del centro estaba abierto y ocupado por dos escritorios colocados de espaldas a los ventanales. En el de la izquierda encontré a una mujer de melena planchada y mirada huraña.

—Buenos días. —Sonreí—. Soy Greta Ortiz de Zárate. Tengo una entrevista con Irene.

—¿Y te presentas así?

Lo dijo entre dientes, pero lo escuché perfectamente, aunque me hiciera la sorda.

—¿Puedes avisarla, por favor?

—Claaaaro —canturreó, pero no movió un dedo—. Estoy aquí para servirte.

Me debatía entre anunciarme yo misma o graparle la melena planchada al escritorio cuando Sergio salió de su despacho; el del fondo a la derecha, paneles japoneses exhibicionistamente descorridos y mesa de trabajo con pinta de ser muy estable.

—Mónica, has vuelto a dejarte el teléfono descolgado, no respondes a la mensajería interna y, si no cierras de una vez la base de datos, no voy a poder seguir trabajando. —El colorete de Mónica subió tres tonos de repente. Él me dedicó una sonrisa comercial—. Disculpa la interrupción; ¿en qué podemos ayudarte?

Me lo preguntó como si no me conociera, y yo entendí que, cuanto menos supiera de mi vida aquella mujer, mejor me iría.

—Tengo una entrevista con Irene —repetí.

—¿Está ya informada? —le preguntó a la asistente.

Ella se apresuró a marcar la extensión de la jefa y Sergio me guiñó un ojo antes de sentarse detrás de su sólida mesa y ponerse unas gafas graduadas que... ¿Para qué

se las pondría? Cuando entré en el despacho de Irene me temblaban las rodillas. Y no por la entrevista, que fue sobre ruedas. Breve, concisa y prometedora. Nos centramos en mis estudios y habilidades, no tocamos nada referido a mi vida personal y obtuve una información bastante clara de su opinión: le había gustado todo menos mi falta de experiencia en el sector.

—Cosa que puede suplirse con una buena disposición —me dijo antes de cerrar la carpeta de mi ficha de LinkedIn; deslizó un mechón rubio detrás de su oreja y dio un par de palmaditas sobre la cartulina.

Yo tuve que contener una sonrisa, porque conté en su pabellón auditivo al menos tres diamantitos, y porque estaba muy dispuesta a dar el callo como la que más. Ese puesto iba a ser mío. Y aquel sería el primer paso hacia mi soñada estabilidad..., hacia mi hogar. La primera hebra de la cuerda que manejaría a la peonza.

Irene me acompañó hasta la recepción, me despedí y bajé los once pisos procurando no mover la cabina del ascensor más de la cuenta con mis bailoteos. El hilo musical era una mierda, una versión instrumental y rancia, pero..., bah, ¿qué más daba? Tenía un motivo importante por el que alegrarme. Y un culpable al que agradecerse.

Le llamé en cuanto alcancé la calle.

—Enhorabuena, niña bien. A Irene le has encantado, me lo acaba de decir.

—¿Sí?! Lo sabía. ¡Lo sabía! Joder..., ¡qué bien! —Mis entusiastas gritos atrajeron la atención de varios viandantes; uno de ellos me llamó «puta chiflada» y ni me molestó—. Oye, muchísimas gracias, ¿eh? No imaginas el favorazo que me has hecho.

—No vuelvas a ofrecerte sexualmente como recompensa, por favor. No quiero tener que rechazarte otra vez.

Sonreí.

—¿Y si te invito a comer? Puedo esperarte por la zona.

—Ni siquiera llevas abrigo...

—Pues me compro uno.

—No va a poder ser, niña bien. Estoy hasta arriba de curro.

—¿Otro día, entonces?

—No creo que Irene tarde mucho en llamarte. Y luego ese tipo de citas entre nosotros no serán prudentes.

—No es una cita, idiota. Es una comida de agradecimiento.

—Ya te he dicho que nada de sexo, Greta.

—Eres muy pesado. —Me reí—. Pero está bien; tú te lo pierdes.

Le colgué, para no darle el gusto de que lo hiciera él, y escribí a mi madre y a

Natalie. Las dos me respondieron al instante.

*Gracias a Dios...*

*Espero que te dure.*

*Si esto no funciona, ya no sé qué voy a hacer contigo.*

*¡Ole tú!*

*Qué pena que esté preñada, si no, me hacía la indispuesta en el curro y nos íbamos ahora mismo a emborracharnos.*

*¡Enhorabuena, campeona!*

*¡Eres la mejor!*

Creo que no es necesario que especifique de quién fue cada mensaje ni que tuve la sensación de que una me quería de corazón y la otra por castigo. Busqué entre los contactos una melena castaña ondulando en la cubierta de un yate. Carla era la única amiga que conservaba de la urbanización y muy de Aravaca, de toda la vida, para las fotos de perfil. También le informé del resultado de la entrevista.

*¡Qué bien, nenita!*

*¿Nos vamos de compras para celebrarlo?*

*Estoy en la calle Orense.*

*¿Puedes recogerme?*

*Busca el Massimo Dutti y espérame dentro.*

Remató la conversación con una legión de emoticonos en forma de corazón y, al cabo de diez minutos, ya estaba abrazándome en medio de la *boutique*. Le agradecí que abandonara temporalmente su trabajo para acompañarme y ella, que le diera la excusa para hacerlo. La última campaña la tenía saturada, como la penúltima y la antepenúltima; aun así, nunca se había replanteado su carrera. Cuando se anunciaba como *brand manager*, se le llenaba la boca de dulce éxito.

—¡No sabes la alegría que me has dado! —Me estrujó y lanzó dos besos al aire para no estropearse el maquillaje—. ¡Ya no serás más un parásito!

No se lo tomé a mal, porque la conozco de hace muchos años. Solo por eso. Bueno, y porque tenía toda la razón. No trabajar y dedicarle tu vida a la contemplación de tu ombligo te rebaja de categoría en la pirámide evolutiva. Hasta los *homos* eran *habilis*. Si yo no lo era, si no producía o era útil para los demás, no podría considerarme más importante que una bacteria *E. coli*.

—Quizá estoy lanzando las campanas al vuelo antes de tiempo —dije separándome—, pero creo que sí..., que, por fin, voy a dejar de ser un parásito.

—Eso se merece un buen bolso. Y un par de zapatos a juego.

Al final fueron dos pares de zapatos, dos bolsos, un traje de *tweed* de pantalón corto, tres camisas y un abrigo. Y hablo solo de lo que acarreaba yo calle arriba

mientras buscábamos un restaurante. Carla iba todavía más cargada.

—Joder. —Me detuve en seco—. Así que hasta arriba de trabajo...

—¿Qué pasa? —Carla siguió la dirección de mis ojos y descubrió, detrás del escaparate de una cafetería, a Sergio comiendo con Irene, que, por lo visto, también iba a servirle de postre—. ¿Los conoces?

—Ella es mi futura jefa. Y él, el que me ha conseguido la entrevista.

—¿El del camping? —Sus cejas quisieron alzarse, pero ella las contuvo con soltura. Llevaba años luchando contra las arrugas. Desde los nueve, creo recordar—. No me lo imaginaba así. Pensaba que era atractivo, pero no en plan tan... bruto.

—Es por su cara de mala hostia habitual. Y porque es muy grande.

—Y por ese pelo tan denso y rizado y esas ojeras... Qué barbaridad... Un momento —se giró hacia mí—, ¿ella no es también su jefa?

—Y algo más, por cómo le acaricia él la mano.

—Ella le está haciendo la clásica caidita de pestañas precoito.

—¿Clásica? Yo no me dedico a hacer esas cosas antes...

—Porque eres una moderna. —Dirigió la mirada hacia el interior de la cafetería—. Huy, él nos ha pillado. ¡Corre!

En vez de hacerlo, que quizá habría sido lo más sensato, levanté la barbilla y la mano derecha. Hasta le dediqué una sonrisa para acompañar al saludo. Él soltó la mano de Irene y ella ladeó la cabeza hacia el exterior. Su expresión me dijo que no le gustaba nada que los hubiera descubierto.

# 15

## EL CEBO

—Así que pillaste a la jefa pelando la pava con Sergio y ahora crees que no te va a dar el curro por mirona.

Natalie se acomodó en su sillón favorito: el que tenía en el rincón de su salón junto al sofá de tres plazas, donde yo estaba sentada. Me había llamado en cuanto había terminado su jornada laboral en la oficina de turismo del aeropuerto y no dudé en refugiarme en su casa.

—Eso por un lado —asentí—, y por otro, me molesta que él me haya mentido tanto. Me dijo que la agencia tenía una política contraria a las relaciones personales entre empleados.

—Los altos cargos deben de estar exentos...

—Pues, mira, casi mejor haberlos descubierto. Así me ahorro tener que aguantar sus carantoñas a diario.

—No creo que en la oficina se dediquen a esas cosas.

—La cafetería está prácticamente enfrente. No se estaban escondiendo.

—Pero piensas que ella puso mala cara. No tiene lógica.

—Eso con Sergio es lo habitual. Nada en él es coherente. Cuando creo que ya le he pillado el punto, cambia el juego y me toca volver a la casilla de salida.

—Huy, huy, huy... Aquí huele a cuelgue.

—No, cariño —sonreí—, no me he colgado por ese tío ni mucho menos. Pero puedo llegar a hacerlo. Me conozco. Y es un motivo más por el que me alegro de haberlos pillado. Trabajar en esa agencia no es una buena decisión.

Me convencí de esa idea. Continué enviando currículos. Y, el jueves por la tarde, la que fui pillada desprevenida fui yo.

—¿Sí? —pregunté al propietario del número extraño que había aparecido en la pantalla de mi móvil.

—Hola, Greta. Soy Irene. ¿Es un buen momento para que hablemos?

«No y mil veces no. No he visto nada y nunca trabajaré para ti».

—Sí, claro, adelante.

«Restriégame lo bien que te lo hace Sergio y a mí no, porque tengo poca experiencia en el sector».

—Verás, he entrevistado a unos cuantos candidatos más, algunos mejor



cualificados, pero me causaste muy buena impresión la otra mañana. Pareces una persona comprometida y discreta. Justo el perfil que busco para el puesto. ¿Sigues interesada?

«Tanto como en volver con mi ex o en comerme una caja de chinchetas».

—Te agradezco mucho la oportunidad, pero... —«ni muerta»—, sin conocer las condiciones...

—Lo entiendo. Ahora te mandamos el precontrato y decides. Mañana podemos firmarlo.

—De acuerdo. —«Así tengo tiempo para pensar en cómo te mando elegantemente a la mierda»—. Gracias de nuevo.

—No hay de qué.

Nos despedimos, colgué, miré la pantalla y le escupí una risotada despótica.

—La MILF me quiere de asistente.

Les repetí esta misma frase a Natalie y a Carla por mensaje.

*¡Flipa!*

*Y has aceptado, ¿a que sí?*

*Y habrás hecho bien.*

*Ellos, que follen lo que quieran, que tú te quedas con el puesto.*

*Lo importante aquí es el curro, que no te despisten.*

*A ver si lo que quiere es un trío...*

*Yo que tú correría, nenita.*

*Huye lejos mientras puedas.*

Sus respuestas discordantes me contagiaron la confusión. Tenía muy claro que no lo quería, pero ¿por qué exactamente? Lo de verme obligada a aguantar a Paula y a Mónica y las carantoñas de Irene y de Sergio eran varios inconvenientes, de acuerdo, pero ¿cuál era el verdadero problema? Yo estaba entrenada de sobra para vivir con todo en contra, resistiría por insoportable que fuera... y estaría un paso más cerca de mi sueño. ¿Me merecía la pena aplazarlo por cuatro personas que no formaban parte de mi felicidad?

El documento informativo que me envió la agencia Ballester por *email* me dio la contestación. De entrada, me iban a pagar el doble del salario mínimo interprofesional. Encima, el contrato era indefinido, con solo un mes de prueba, e incluía treinta días naturales de vacaciones pagadas, cinco laborables de asuntos propios, formación a cargo de la empresa, cuarenta euros semanales de tickets restaurante, plaza de aparcamiento y (o) de guardería, seguro dental y posibilidad de promoción interna.

Lo leí varias veces para ver dónde estaba el truco, pero no lo encontré. Llamé a mi

padre, por buscar una segunda opinión, y me saltó el buzón de voz. Era ya de noche cuando me devolvió la llamada. Se le oía cansado y con pocas ganas de charla. Le pregunté por los niños y por Inmaculada, él me respondió escuetamente, pellizqué un par de unicornios del pantalón de mi pijama y le expliqué por encima las condiciones del contrato.

—Lo veo todo correcto —me dijo—, aunque, si no te convence, no pasa nada. Por el dinero no te preocupes.

—Lo sé, lo sé. Y te lo agradezco. —Hice una mueca y solté un pequeño suspiro—. El tema es que no creo que vaya a encontrar nada mejor en un plazo breve y, si no empiezo a trabajar ya, me voy a desquiciar del todo. Me siento inútil, papá. —Mi voz se quebró, me tembló la barbilla—. Muy inútil.

—¿Te has pensado lo del coche?

Ahí estaba su solución para todos mis problemas: más dinero. Alimentar mi cuenta bancaria a cambio de los abrazos que me debía. Me sentí sola. Como la hija única que en realidad era. Una no deseada. Ni allí ni aquí. Una que, cuando salió de Vallecas, empezó a escribir «familia» en pasado. Algo que fue. Y nunca más sería.

—¿Greta?

—¿Sí?

—Estoy llegando a casa, tengo que dejarte. —Normal, yo no cabía en esas cuatro letras—. Procura relajarte. Todo irá bien.

—Claro, papá. Descansa. *Ciao, ciao.*

Colgué con tal amargor en la boca que tuve que bajar a la cocina y comerme media tarrina de helado de dulce de leche.

—Solo te faltaba ponerte gorda... —me dijo Paula, que vino a por agua mineral embotellada en cristal y sin gas, que no hincha; los atracones de tortitas de maíz supuestamente *lights* no tenían relación con su barriga, para nada.

—Pues sí que he engordado unos kilitos desde que he vuelto a España. Y, oye, lo bien que me quedan. —Me señalé las tetas con la cuchara.

—Las cartucheras no te quedan tan bien. —Sonrió, ladina.

—Mira, lo mismo que pienso yo de tu bigote.

Se llevó la mano al labio superior y lo acarició a contrapelo. Debió de rascarle, porque no apartó la mano hasta que creyó desaparecer de mi vista. Yo renuncié a la fuente de calorías vacías, porque tenía razón en lo de que el tamaño de mi culo empezaba a irse de madre, le di las buenas noches a la mía y a su marido, que estaban en el salón, y subí al dormitorio. El contrato seguía en la pantalla del portátil. Me mordí el labio, envié la respuesta y programé la alarma del móvil.

Crucé las piernas sobre el edredón, me puse el MacBook Pro encima y tecleé en el

buscador «concesionario vehículos Aravaca», pero solo encontré de ocasión. Amplié el radio a Madrid y aparecieron tropecientos. Tardé un buen rato hasta que me decidí por un Infiniti.

—Va a ser el Q60 modelo 2.0 t... Bah, qué coño, el 3.0 t. Con sus siete velocidades y todos los extras.

Casi ochenta mil euros de coche, sí, pero es que mi padre me debía muchos abrazos. Cerré el portátil y lo dejé en el descalzador que había a los pies de la cama. Tengo que reconocer que, mientras me lavaba los dientes, me sentí bastante mejor. Mi coche nuevo molaba hasta ese punto. Natalie iba a flipar cuando lo viera. Y Dani. Y Carla iba a rabiarse de envidia. Y Paula iba a querer cambiar su mierda de Audi A3. Y Sergio... ¿Qué pensaría él?

Un «niña bien» y sus dos arrugas del entrecejo aparecieron en mi cabeza. Y ahí permanecieron, acompañándome a la cama, transformándose poco a poco en una imagen más explícita y relacionada ya no con el coche en general, sino con sus asientos traseros. Y, entre roce y roce, caí en la cuenta de que llevaba dos días sin noticias suyas. Y se me pasaron las ganas de rozarme. Yo solo me percaté de la reacción de Irene cuando los pillé, no en la de él. ¿Estaría enfadado, molesto, encantado?

Me dormí convenciéndome de que solo faltaban unas horas para responder a esa pregunta. Cuando me desperté, seguía sin creérmelo.

# 16

## EL TRUENO

Pedí un Uber, en vez de ayuda a Paula, para ir a la agencia. Ese simple acto me dio pie a pensar que el resto de contras que tenía el empleo se solventarían con la misma facilidad. Llegué enfocada en positivo, con la raya de mi melena en el lateral habitual, mi labial oscuro preferido y unos tacones de doce centímetros que casi me enrasaban con la altura del artista.

—Buenos días —le dije al recepcionista.

—Hola, Greta. —Sonrió—. Me alegro de volver a verte. Es buena señal.

—Eso parece. —Le devolví la sonrisa—. ¿Puedes, por favor, avisar a Irene?

—Cómo no.

Irene vino a buscarme y me llevó hasta la sala de reuniones. No era grande, pero estaba muy bien decorada. Había plantas y fotos de eventos; capturas de detalles como un par de copas de champán, un ramillete de flores sobre una mesa, unas guirnaldas de luces abrazando el tronco de un árbol... Ni galardones ni publicidad adornaban la estantería del rincón, solo docenas de libros y un par de archivadores. La mesa era ovalada y de cristal; las sillas, francamente cómodas. Irene me invitó a sentarme junto a ella con un gesto de mano, deslizó las dos copias del contrato hasta que quedaron frente a mis narices y me ofreció un bolígrafo.

Firmé con la extraña sensación de que, en cualquier momento, a Irene le rodearía una nube densa y oscura, le saldrían cuernos y rabo y de su pecho brotarían carcajadas maléficas. «Ahora tu alma es mía».

—Ya está —le devolví el boli con los dedos temblones—. Muchas gracias.

—A ti por querer formar parte de la agencia. Bienvenida.

Me tendió la mano, se la estreché y un trueno rompió el cielo de Madrid. Sin ensoñación ninguna. Retumbó en la provincia de Segovia seguro.

—Menuda primavera —dijo Irene—. No para de llover. Deprime a cualquiera.

—A mí me gusta la lluvia.

Me miró con curiosidad. Primero a los ojos, después a mi oreja descubierta, a mi pelo, a mis labios, a mi torso.

—Igual que a Santos. Le encanta la lluvia. Pero eso ya debes de saberlo; por algo sois amigos.

—En realidad, no. Me lo presentaron solo hace unos días.

La mirada de Irene se volvió desconfiada, aunque en su ceño no apareció ninguna arruga, seguramente por el bótox.

—Creía que os conocíais desde hacía más tiempo.

—Tenemos amigos comunes... y poco más, la verdad.

—Mejor así. Supongo que habrás leído en el contrato el punto acerca de la política de empresa sobre las relaciones personales.

—Sí, está todo claro.

—Fenomenal. —Dio una palmada y la desconfianza desapareció—. Te acompaño a la puerta.

Lo dijo y lo hizo, y algo me dijo a mí que estaba evitando que entablara contacto con Sergio. Ni visual siquiera.

En el mismo *hall* del edificio le mandé un mensaje.

*Quizá no es lo que más te apetezca oír, pero el lunes nos vemos.*

Salí de WhatsApp, entré en la aplicación de Uber y, antes de que pidiera uno para ir al concesionario de vehículos, recibí su respuesta.

*Quizá, quizá, quizá...*

Quien entienda lo que quiso decir que me busque en la guía.

Estuve muy tentada de llamarle, pero no quise despistarme. Antes de ponerme a jugar a los acertijos con él, tenía que comprarme un coche.

Fue una tarea bastante simple. Les dije lo que quería y que no tenía límite de presupuesto y ellos se encargaron de conseguirme lo más parecido que había en *stock* y de enviarme la factura a mi padre. Esperaba noticias suyas cuando descubriera por cuánto le había salido la broma, pero nunca llegaron. De hecho, pasó más de un mes hasta que volví a hablar con él, y fue por iniciativa mía. Él se ve que pensó que ochenta y tres mil cuatrocientos veintiún euros bien valían unas semanas de descanso.

Mi madre, en cambio, puso el grito en el cielo —gesto que tiene patentado— cuando le enseñé la foto del coche.

—¿No podías haberte comprado algo más normal? ¿Has pensado lo que puede pasarte conduciendo un coche así? Podrían..., podrían atracarte. ¡O secuestrarte! Y el idiota de tu padre lo consiente... ¡Como siempre! Podía pensar un poco antes de echar a correr para complacer todos tus caprichos.

—Paso el fin de semana con Carla. Con un poco de suerte, el lunes ya no tendré ganas de contestarte como te mereces —le dije antes de llenar una maleta pequeña y salir de aquella maldita casa.

Anduve un par de kilómetros según la aplicación del móvil que contaba mis pasos y llegué al adosado de Carla. Se lo había comprado hacía ya unos años y estaba a dos calles del casoplón de sus padres. Ella tenía una familia feliz; me parecía muy normal que no quisiera separarse de ellos.

Pulsé dos veces el botón del videoportero, cerré la aplicación y me abrió su asistente doméstica. Cruzamos un par de frases mientras subíamos las escaleras de mármol. Solté la maleta en el recibidor, junto al espejo de cuerpo entero; Lupe me preguntó si había comido y, ante mi negativa, me invitó a acompañarla. Carla llegó unas horas después, ya estaba yo sola en la casa. Se dio un susto monumental al encontrarme en el salón.

—Que soy yo, que soy yo... —Dejé la novela sobre uno de los doscientos cojines que inundaban el sofá y me levanté.

—¡¡Me acabas de quitar diez años de vida!!

—Te los devuelvo en dos días. —Sonreí—. ¡Me quedo el finde!

—¿En serio?! —Asentí y ella me abrazó con tanta fuerza que nos caímos sobre el sofá.

—Lupe ya me ha asignado la habitación de invitados. Es oficial.

—Deberías repensarte lo de mudarte conmigo.

La achuché y besé su cabeza.

—Eres un solete, Carla. Y te quiero muchísimo. Y, por eso, no podemos vivir juntas.

—Con tu madre tampoco puedes y ahí sigues.

—Ya falta menos...

—¿Vas a buscarte algo? —Volví a asentir—. ¿Por aquí? —Negué con rapidez—. ¿Dónde, entonces?

—No tengo ni idea, pero estoy segura de que lo voy a encontrar en Madrid.

—Yo te ayudo. —Apretó mi antebrazo—. A buscarlo, y económicamente si hace falta.

—¿Te he dicho ya que eres un sol? —Me levanté y tiré de su brazo—. Venga, que te voy a preparar un *smoothie* de esos que te vuelven loca y luego tanteamos el mercado inmobiliario.

—Y esta noche salimos.

—Hoy hemos madrugado las dos y no queremos volver a dormirnos en Medias Puri, ¿verdad?

Carla rio al acordarse de la vergonzosa noche que nos despertó el recogevasos de la citada sala. Sala que, por cierto, estaba en la plaza de Tirso de Molina, en pleno barrio de Lavapiés, donde vivía Sergio...

—Pero mañana podemos levantarnos a las mil —sugerí—, dedicar la tarde a probarnos mascarillas y trapitos y salir, hechas unas reinas, a bebernos Madrid.

Y así lo hicimos. El sábado por la noche llegamos al centro como si fuera nuestro. Recorrimos sus calles estrechas sin trastabillar por los tacones y sin titubear en el rumbo. De bar en bar. De fiesta en fiesta. Bebimos, reímos, bailamos, nos lo gozamos a lo grande, petamos el *stories*, pero ni rastro de Sergio. No volví a verle hasta el día siguiente. El domingo de la GRAN resaca.

Carla y yo llevábamos unos treinta minutos mirando fijamente la persiana de la cocina mientras bebíamos traguitos cortos de Aquarius. En los tres cuartos de baño con los que contaba su vivienda había restos de la cena de la noche anterior. Y de los chupitos. El leve murmullo de nuestras gargantas tragando la bebida isotónica nos resultaba estridente. Cuando empezó a sonar mi teléfono, pensé que lo tenía dentro de la cabeza y no tirado en la alfombra de la entrada.

—Shhh, shhh —siseé, abriendo el bolso, y me apresuré a descolgar.

—Hola, bombón. ¿Qué haces? —me preguntó Nat.

—Morirme —gemí.

—¿Saliste anoche y no me llamaste?!

Separé el móvil de mi oreja y apreté con fuerza los párpados.

—No chilles, por favor. Me va a estallar la cabeza.

—Te jodes, por traidora.

—Cariño, el plan era ponernos ciegas y terminar de *after*. Y tú estás embarazada...

—Eso es discriminación.

—¿De verdad te hubiera apetecido ver cómo perdíamos la dignidad a base de alcohol sin unirte?

—Claro que no, pero podíamos haber cenado o algo...

—Ahí llevas razón. —Torcí la boca—. ¿Me perdonas?

—Si vienes a hacerme compañía.

—Pedirme que me mueva más de diez metros ahora mismo es demasiado, pero, venga, va... ¿Dónde estás?

—En El Retiro. Hemos comido en casa de Lara y Asier y, como por fin ha salido el sol, nos hemos venido al parque. Al principio ha estado bien, todos en plan *hippie* aquí sobre la hierba, hablando de lo humano y lo divino, pero luego ha pasado un *paqui*, Asier le ha pillado una pelota y se han puesto a jugar al *cutreball*.

—¿Al qué? —Me reí.

—A una especie de voleibol con una pelota tamaño mini de la Patrulla Canina y una goma enganchada a dos árboles, que Sergio les ha comprado a una niña y a su hermana. ¿Tú sabías que se vuelve a llevar lo de saltar a la goma? He flipado cuando

las he visto. ¡Yo jugaba a la goma! Y eso supone que ya soy *revival*. Me siento mazo de vieja.

—¿Has dicho que la goma la ha comprado Sergio?

—Eso, tú quédate solo con la parte del maromo —refunfuñó—. Sí, ha sido él. Le tengo a menos de veinte pasos y solo lleva encima un pantalón vaquero. Hasta se ha descalzado.

—Mientes —dije convencida.

Natalie me colgó y me envió una foto.

—Bienaventurados los hombres de pelo en pecho.

Qué torso, madre mía, qué hechuras, ¡qué anchura!, qué *eight pack*, qué comienzo de oblicuos, quién fuera cinturón para colgar todo el día de sus caderas...

«En un rato nos vemos», escribí debajo de la foto.



## EL RELÁMPAGO

La vida no es justa. Cualquiera que haya vivido lo suficiente estará de acuerdo conmigo. No lo es en tantas ocasiones que, a veces, uno se cansa de ser víctima y aprende a burlarse de su desgracia. La poetisa Peque Zurita lo describe como «Tengo tantas ganas de llorar que voy a sonreír». Y eso fue lo que hice en aquella pastelería: reírme de la mala sombra que se negaba a dejar de acompañarme.

Recopilo un poco: yo estaba sobreviviendo *malamente* en la cocina de Carla; decido abandonar su calidez y silencio en pos de ayudar a una amiga —de forma interesada— y me tiro setenta minutos —de reloj— encerrada en el cuarto de baño para parecer medio humana —solo taparme las bolsas de los ojos me lleva trece minutos e implica que use dos tipos de corrector—; me visto con los únicos vaqueros limpios que tengo y a la camiseta le pego un planchado rápido porque está un poco arrugada; me pruebo media docena de chaquetas de Carla, no me convence ninguna; pienso en la chupa de la noche anterior, huele a demonios; decido pasar por casa de mi madre para coger la de tachuelas y, ya que estoy, me cambio los vaqueros por otros más anchos y caídos —como los de Sergio—; me repaso el pintalabios, me meto en el Uber, empieza a diluviar y me salta un *wasap*.

*Bombón, nos hemos tenido que pirar del parque.  
¿Has visto la que está cayendo?*

*Voy de camino y estoy alucinando.  
No sé dónde está la carretera.*

*Dile al conductor que lleve cuidado.  
Te mando la ubicación.*

—Perdone, en vez de a El Retiro vamos a pastelería-café Harina —recité del Google Maps—. Plaza de la Independencia, número 10.

—Enseguida llegamos.

—No hay prisa. Para nada —recalqué, y él levantó el pedal del acelerador.

Tardamos bastante más que un «enseguida» en llegar a la glorieta de la Puerta de Alcalá, que estaba embotellada.

—Me bajo aquí si no le importa.

—Claro que no.

Me apeé del coche y, en los trescientos metros que anduve por la calle, me debieron de caer encima unos tres mil litros de agua.

Cuando vi mi reflejo en la puerta de la pastelería, quise llorar. Total, mi rímel ya se había transformado en un par de borrones negros que campaban a sus anchas por mis mejillas, ¿qué más daba? Nada podría empeorar mi imagen. Solo el estado de mi pelo y el hecho de que la camiseta que había planchado con tanto esmero ahora fuera un gurrño semitransparente ya me hacían parecer un esperpento. Chapoteé una docena de pasos hasta llegar a la mesa de la izquierda donde estaban sentados. Nat se llevó las manos a la cabeza al verme. Lara, a la boca. Sergio se atragantó con el café.

Ese sonido, uno estrangulado seguido de una tos, fue el único que me dedicó. El «Bueno, pues yo me piro ya» se lo dijo a ellos. Me quité la cazadora chorreante, me senté en su silla, que todavía estaba caliente, y rompí a reír. Con una tristeza dentro tan gris como mi mala sombra. Tanto esfuerzo para nada. Para verle marchar sin un mísero adiós. La vida no es justa. Para ser solo testigo de mis deplorables pintas. ¿No podía haberse largado antes de que yo llegara?

—No se ha ido por ti —me dijo Natalie, que observó preocupada mi ataque de risa—. Es que había quedado.

—No, si me da igual... —Miré alrededor y ni el camarero me había creído—. Un té verde con limón, por favor.

—Para mí, otra cerveza —dijo Asier.

Dani y Lara callaron. Nat continuó:

—No te está evitando, en serio. Y, si lo está haciendo, más gilipollas es él. A partir de mañana no va a tener escapatoria.

—Joder, mañana... —Traté de alborotarme el pelo, pero solo conseguí salpicar la mesa—. No tenía que haber aceptado.

—Que sí... —me dijo con voz cansina—. Si follan, que follen.

—¿Quiénes? —preguntó Dani.

—Pues... —titubeó mi amiga— unas personas... que...

—Irene y Sergio —dije.

Asier alzó las cejas. Dani negó con la cabeza.

—Lo veo poco probable. Ellos ahora tienen una relación estrecha, pero no íntima. No nos ha comentado que estén liados ni nada.

El camarero nos sirvió. Bebí varios tragos largos de mi té.

—Es verdad —dijo Asier—. No nos ha comentado nada..., ni lo hará. Sergio no suelta prenda de sus relaciones. Tampoco es que las esconda...

—Nos las ha presentado a todas o, por lo menos, nos ha hablado de ellas —dijo Dani.

—Pero muy por encima.

—Joder, ¿y qué quieres? ¿Que nos dé detalles?

Nat y Lara hicieron una mueca que insinuaba que los detalles con Sergio nunca sobraban. Yo estaba con ellas.

—Vale, abogado. Tampoco hay que ponerse serio. Si follan, que follen.

—Ese es mi chico. —Nat adelantó el puño y Asier chocó con ella.

—Te aseguro que ya no follan —me dijo Dani—, pero eso no quiere decir que no lo haga con otras.

Suspiré.

—No, si aquí folla todo el mundo menos yo.

Los cuatro me miraron con cara de circunstancia.

—*Soraya* nunca falla —intentó animarme Natalie.

—Pero no susurra, no gime, no besa y, después, nunca me abraza.

La tristeza que llevaba a cuestas se me escapó en esa frase. La mano de Lara intentó consolarme, acariciando mi hombro. Natalie me dijo con una mirada que me estaba abrazando. Dani y Asier dejaron de mirarme, como si por hacerlo invadieran un espacio demasiado privado. Yo desvié la vista hacia la ventana justo cuando un relámpago vistió de plata el cielo de Madrid.

Un tintineo a mi espalda anunció que la puerta se abría. Mis tripas se encogieron y dieron un brinco. Me giré con el corazón acelerado y allí estaba él. De vuelta. Aunque también se había mojado —bastante menos que yo—, su aspecto era inmejorable. Una fantasía erótica rodada por Erika Lust. Explícito y elegante. Ese hombre tenía magnetismo, era imposible negarlo. Era portador de la energía del aventurero, de la perversidad del caradura y de la distinción del artista. Era complejo, casi barroco. Distinto y distante. Mi estómago volvió a retorcerse. Un sudor frío me humedeció la nuca. Él avanzó directo hacia mí, sin apartar los ojos de los míos, sin detenerse por nada. Se inclinó sobre mi cuerpo. Contuve la respiración. Y la primera arcada... Cuando su brazo me rebasó para recoger de la mesa el móvil que había olvidado, vomité el té verde.

Noté cómo salía a borbotones de mi boca y me la tapé con la mano. Muy hábil yo. Así logré dispersar el chorro hacia Lara, Asier y, cómo no, hacia Sergio. Natalie se hinchó a reír —zorra sin sentimientos— mientras yo vaciaba el dispensador de servilletas con la mano libre y las repartía sin ton ni son. Escupí sobre un puñado de ellas y pedí disculpas de todas las formas que se me ocurrieron.

—Nada, las resacas son así —dijo Asier.

—Igual te vendría bien un Almax —dijo Lara.

—*Cagüen* la hostia. Hasta debajo de la carcasa —dijo Sergio.

Le quitó la funda al móvil y secó el interior con sus dos arrugas, más ceñudas que nunca, antes de volverse a marchar.

Yo, por mucho que lo deseé, no conseguí morirme. «La vida no es justa», pensé mientras me reía cada vez con más ganas.

# 18

## OUTSIDER

—Esta es tu silla, esta es tu mesa y ¿adivina de quién es el ordenador que tiene encima? Venga, vale, voy a darte una pista...: es nueva en la oficina, se llama Greta y como no se ponga las pilas va a ser despedida. Si necesitas más información, busca en Google. Yo tengo cosas más importantes que hacer.

Así resumió mi formación mi compañera Mónica el primer día de trabajo. Más maja ella...

Pensaba abandonarme a mi suerte sin facilitarme la clave de inicio de sesión siquiera. Abrí la boca para recordarle que Irene le había encomendado la tarea, pero ella se metió en el despacho de la jefa con sorprendente rapidez. Le oí decirle «Greta no quiere que la ayude» antes de cerrar la puerta.

—Bien empezamos...

—¿Has vuelto a vomitar?

Giré la cabeza hacia la izquierda y le observé andar media docena de pasos. Joder, sus movimientos eran hipnóticos. Y las Martens, muy chulas. Y esa bandolera de cuero negro qué bien conjuntaba con su chaqueta, ¿no?

—Pues no por falta de ganas. Mónica me da arcadas. Es lo más tonto que me he...

Sergio negó con la cabeza y echó un vistazo a los despachos. El de Irene estaba cerrado y los de las gestoras de cuentas, vacíos.

—Cuidado con el tono. Mónica es la mano derecha de Irene y muy amiga de Yolanda —dijo, refiriéndose a una de las dos gestoras de cuentas, la que peor me trataba.

—¿A ti qué tal te cae?

—Como tú, más o menos.

No sonrió ni me guiñó un ojo ni añadió un «Que no, boba, que era coña. A ella la odio y a ti te quiero», pero supe que mentía. Y me gustó, que es lo peor. Me pareció una pequeña muestra del tira y afloja que habíamos conseguido equilibrar en el camping. La pena fue que duró un suspiro. Él se encerró en su despacho y yo... intenté sobrevivir. Para no variar.

Diego, el recepcionista —bienaventurados los hombres de corazón amable—, me ayudó con las claves y dándome de alta las *suits* que necesitaba. También me

encontró el manual de trabajo que la puta —con la boca llena lo digo— de Mónica me había escondido en la recepción. Su «muy amiga», Yolanda, empezó a avasallarme en cuanto llegó, endilgándome todas sus notas de gastos y su archivo —del que debía ocuparse ella, según me enteré SEMANAS más tarde—. La otra gestora de cuentas solo me pidió un café; sin mirarme a la cara y sin darme las gracias cuando se lo llevé. A las diez de la mañana, observé la montaña de albaranes que ocupaban la esquina derecha de mi escritorio y pensé que lo mejor que podía hacer era transformarlos en una pira funeraria donde quemarme entera. Pero no a lo Daenerys de la tormenta, no. Yo no quise volver de las llamas con las vergüenzas al aire y rodeada de dragones para ser aclamada al grito de «Mhysa, Mhysa». Yo quise morir incinerada. O asfixiada. O de un buen coma etílico. Cualquier forma de extinción me parecía más apetecible que seguir soportando aquello. ¿Qué hacía yo ahí metida?

Ah, sí, pagar las consecuencias de ser una peonza, eso hacía. Reinventarme de nuevo. Dar el enésimo giro a mi vida después de haber tenido que volver al origen con el rabo entre las piernas, veintinueve años y los bolsillos vacíos de planes.

Veintinueve, joder... Y tan lejos de mis sueños.

Clavé la mirada en la pantalla, estiré la mano hasta la esquina derecha de la mesa y, cuando quise pestañear..., era viernes. Cosa de magia. En mi vida he perdido tanto el tiempo como aquellos días. Ni lo recuerdo. Del viernes sí que me acuerdo, porque recibí una llamada del concesionario. Otro fin de semana en casa de Carla, otra noche de «viva la vida» y resaca de las malas y una rutina que me fue envolviendo, absorbiendo, debilitando..., porque necesitaba parar, pero con un trabajo para salir del paso y un coche nuevo no bastaba.

Me centré en buscar casa durante la siguiente semana laboral y me di cuenta muy pronto de que no iba a encontrarla detrás de una pantalla. Yo no quería un cascarón vacío, quería un hogar en el que me sintiera parte del entorno. Integrada. El barrio era tan importante o más que la luminosidad y los metros cuadrados.

—A mí me viene bien andar —me dijo Natalie cuando se lo comenté por teléfono.

—Genial. Este fin de semana me acoplo en tu casa y empezamos a patearnos Madrid.

—¿Entre semana no puedes?

—No creo, estoy llegando a Aravaca a las nueve.

—¿No salías a la seis?

—En teoría, pero como hay mucho trabajo atrasado...

—Espero que te paguen las horas extra.

—Me extrañaría mucho que lo hicieran.

—¿Qué tal con Sergio?

—A él no he vuelto a verle desde el primer día. Y Santos, como se hace llamar en la empresa, prácticamente ni me habla. Me evita de maneras que ya rozan lo ridículo. Ayer nos encontramos en el *hall* e hizo que se retrasaba atándose un cordón para que yo cogiera sola el ascensor.

—¿Y no lo tenía desatado?

—Llevaba botas, cariño. De cremallera.

—Sí que le dura la tontería. —Se rio.

—Mira, que le den. No tengo tiempo ni ganas de preocuparme.

—Cada vez te pone más perra.

—No lo sabes tú bien.

Ironías del destino —por no decir putadas que te hace la vida—: de todos los hombres que habitaban el planeta me estaba obsesionando con el más gilipollas.

Encima, la única que le consideraba un gilipollas era yo. Ver cómo se desenvolvía en la oficina me confirmó que no era la única que bailaba al son de su flauta: su hechizo funcionaba con todo aquel que se le acercara.

Su despacho, ese que quedaba a solo unos metros a la derecha de mi puesto, el mismo que abría de par en par en cuanto llegaba, desde el que trabajaba regalando a todo el departamento su eficiente imagen, estaba siempre muy transitado. Y él aceptaba todas las visitas con un equilibrio de profesionalidad e indiferencia admirable. No se esforzaba por caer bien. Era correcto, resolutivo, el único que no te chillaba cuando le pasabas una llamada en medio de una tarea, pero no era amigable, y ese debía de ser el motivo de que el resto del personal buscara precisamente eso: su amistad. El género humano tiende a hacer ese tipo de imbecilidades: cuanto menos nos dan, más solemos querer.

Yo dudé de la conveniencia de seguir intentándolo. No veía que mis compañeros tuvieran más suerte, y eso que hacía más tiempo que los conocía. Solo parecía «congeniar» con nuestra jefa. Y utilizo las comillas porque mis sospechas sobre su relación seguían activas y cada vez eran más fundadas: desaparecían a menudo, siempre corrían los paneles japoneses de sus despachos cuando se reunían y comían juntos prácticamente a diario. Escuché un par de comentarios al respecto en la sala de descanso que había frente al puesto de Diego; la contable y el director financiero aportaron solidez a mi teoría de que le daban al mambo hasta en la sala de reuniones. Y me importaba bastante el hecho de que se acostaran, pero empezó a molestarme que valorasen el trabajo de Santos por su relación con la jefa. Santos era brillante en lo suyo y la razón de muchos de los contratos que conseguía la

agencia. Santos era un profesional que ponía al servicio del cliente su arte, no solo su tiempo. En solo dos semanas me lo había demostrado. En solo dos semanas, no queriendo caer, había caído del todo. Me tenía dominada. No me lo quitaba de la cabeza. Volvía una y otra vez a los recuerdos del camping, a lo cerca que lo tuve, a la complicidad a ritmo de bachata... Y quería más. Quería acercarme a él, pero él no me dejaba. Nuestro contacto solía ser cero, o menos cero. Un triste saludo matutino, intercambio de lenguaje comercial, improperios contra la fotocopidora/máquina del café/ascensor y despedida vespertina. Una ruina de comunicación. Y, aun así, eran los momentos más estimulantes de mi jornada laboral.

Cuando, el viernes por la tarde, Mónica me pidió que le llevase las muestras de la imprenta, casi le doy un beso. Con lengua. Ella se había autoproclamado ama y señora de esa tarea. El viernes anterior la había visto cargar con los dosieres, menear su culito hasta el despacho de Santos y aprovechar la ocasión para preguntarle sobre el fin de semana. Él no apartó la mirada de una de las pantallas y le contestó «Espero que sea tranquilo», pero el lunes apareció con cara de que había sido todo lo contrario.

Cogí las muestras de la mesa de mi compañera, que minimizó la pantalla de su ordenador cuando me acerqué, me apunté mentalmente que era una yonqui de Pinterest por si tenía que distraerla algún día y me dirigí al despacho del diseñador.

—Hola —musité en el vano de la puerta abierta. Carraspeé y me acerqué a la mesa. Él ni se inmutó—. Te traigo las muestras de...

—Déjalas ahí. —Se pasó una mano por el pelo, con la vista fija en uno de los monitores.

—Vale, sí... ¿Aquí bien? —Puse las carpetas en una esquina libre, junto a su bandolera.

—Donde te dé la gana —masculló.

Yo me callé. Afortunadamente. Solo resoplé y me di la vuelta.

Era un gilipollas. Lo había sabido desde el principio. De repente, no entendí qué me había hecho pensar lo contrario.

—Buen fin de semana —dije antes de cerrar con más energía de la que se considera cortés.

No tuve tiempo ni de llegar a mi silla. La puerta volvió a abrirse.

—Greta, entra de nuevo, por favor —dijo muy serio.

—Pero, bueno, chica —dijo Mónica—. ¿Dónde crees que trabajas? Aquí esas formas no se consienten. Y menos con los jefes.

Mi cuello crujió al girarse; levanté la barbilla y la fusilé con la mirada. Él se limitó a



ignorarla, fijo en mí, rogándome con los ojos que le hiciera caso.

# 19

## UN POCO DE LUZ

Entré en el despacho y Sergio lo cerró, con mucho menos ímpetu que el empleado por mi hartazgo minutos antes.

Estaba cansada de tanta hostilidad, cansada de luchar no contra ella, sino de su lado. Yo no era así. Y no quería tener que serlo.

Cuando me adelantó y se puso frente a mí, estaba dispuesta a defender mi postura, incluso abrí la boca para argumentarlo..., pero se quitó las gafas, se las colgó en el cuello de su jersey y se frotó los ojos. ¿Cómo un gesto tan pequeño puede hacerle parecer a uno tan frágil?

De pronto, toda esa imagen de profesional, de tipo insensible, de «A mí nadie me jode» desapareció. Y detrás solo había un hombre; que estaba como un queso, sí, y que, además, estaba tan cansado como yo. La semana laboral había podido con los dos. En la mirada de ambos había resignación, ese destello color marrón caca que suele preceder a un «Es lo que hay». La comisura derecha de su boca ascendió un centímetro y sus hombros se relajaron. O se rindieron. No lo supe. Tampoco, por qué mi espalda parecía soportar menos peso.

—Te he dicho «Donde te dé la gana», ¿verdad? —me preguntó entornando los párpados para enfocarme de cerca. Asentí con la cabeza y él imitó mi gesto—. No me he dado cuenta de que eras tú. Estoy con una historia que no me cuadra y...

Se interrumpió, dio un paso hacia mí y me sujetó la cara con ambas manos. Noté la aspereza de las palmas cubriendo las curvas de mis mandíbulas, tiró de ellas hacia arriba y clavó su mirada en mis ojos. No pude ni pestañear.

—Greta de mi vida... —Espiró—. Tu luz... Eso es... ¡Eso es, joder!

Me sostuvo un par de segundos más. Su mirada se desvió hacia mi boca y me prometió un beso, que terminó sobre mi frente. Sonoro y eléctrico. Chisporroteó más allá del punto de contacto. Hizo eco en el despacho mientras él lo cruzaba de dos zancadas. Se colocó de pie detrás de su escritorio y el tiempo se detuvo. Tras un par de movimientos de ratón y varios clics, una sonrisa sincera llenó sus labios. Y yo entendí por qué las vendía tan caras: esas sonrisas eran balas. Y en el mundo ya hay suficientes corazones rotos.

—Ya está —dijo soltando el aire—. Te debo una. Una de las grandes. —Puso los brazos en jarras y clavó la vista en mis ojos.

Pese a que conocía el origen de su misteriosa mirada, eso no hizo que su impacto disminuyera. Todo mi cuerpo reaccionó confirmándome lo que yo quería creer: que ahí, entre nosotros, había algo, y no era cualquier cosa.

—No sé qué es lo que he hecho —admití.

—Tú no, tus ojos. —Los señaló—. Llevaba un buen rato de bloqueo. Algo fallaba en el puto cartel. Es un trabajo sencillo. De los que dejo para el viernes por la tarde porque nunca me dan complicaciones, pero este se me estaba resistiendo. Había quedado... bien, solo bien. Nada impactante. Inaceptable. —Negó con la cabeza—. Hasta que no lo he visto en tus ojos, no me he dado cuenta de que el puto contraste no era el adecuado. Necesitaba más luz, como la que se refleja en el centro de tus iris: luz radial. Ahora está perfecto.

—Pues me alegro de haberte sido útil. —Sonreí—. Y de que me debas una de las grandes. La semana que viene vuelve el material del congreso de Sevilla. ¿Te encargas del inventario?

Frunció la boca, carnosa boca, y el ceño en su gesto habitual.

—¿No te sirve algo más convencional? ¿Un riñón, la escritura de mi piso, que sacrifique a mi primogénito?

—No tolero bien a los niños, aunque tampoco creo que deban ser sacrificados. Seguro que hay alguna ley que lo prohíbe —bromeé, para disimular mi verdadero objetivo—. Mejor me invitas a tomar algo... de importación, por lo menos. Piensa que te libras de un inventario.

—¿Te vale una cerveza nacional, pero artesanal?

Sonreí, porque, a lo tonto, ¡¡estaba aceptando!!

—¿Terminaré con gastroenteritis si bebo más de una?

—Es posible. —Se le escapó una pequeña risa—. ¿Te viene bien luego? El sitio no está lejos.

—Había quedado —mentí—. Voy a intentar retrasarlo un poco. Te digo algo en un rato.

Sergio miró el margen inferior de una de sus pantallas y asintió.

—Sin problema —dijo sentándose.

Yo volví a mi mesa calculando el tiempo que debería transcurrir para responder sin parecer ansiosa. Mi libido me pedía contestar afirmativamente a la mayor brevedad posible y emborracharle hasta que se dejara meter mano, pero mi dignidad me pidió que le hiciera esperar un poco. La mentira, como suele ocurrir cuando hay justicia, terminó reventándome en la cara.

Treinta minutos más tarde, a solo diez de nuestra hora de salida, deslicé mi silla hacia atrás y cogí aire. Cuando me fui a levantar, mi móvil sonó. *La cabalgata de las*

*valquirias*. Era mi madre.

—Dime.

—Enrique está por la zona, puede recogerte.

—No hace falta. Tengo el coche.

—Ya, pero aparcar en la manzana del restaurante es imposible. Es más práctico ir solo en un coche.

—¿Qué restaurante?

—Greta, por Dios. En el que vamos a cenar con tus hermanas. ¡A las ocho!

—Joder... Mierda.

—Greta, ¡esa boca!

Bufé y pateé el reposapiés que había bajo mi mesa. Había olvidado la maldita reunión.

Mi madre, su marido, sus tres hijas y sus respectivas proles acostumbraban a celebrar cenas mensuales familiares, y me parecía muy bien, pero no entendía por qué me invitaban. Eran ganas de fingir a lo tonto... Mi madre, por supuesto, no estaba de acuerdo.

—Mamá, ¿te importa que vaya un poquito más tarde? —pregunté, sabiendo que librarme no era una opción.

—¿Cuánto más tarde?

—Pues... no sé... —Calculé mentalmente—. ¿Sobre las nueve, nueve y media?

—Marta y Olga traen a los niños. No pueden cenar tan tarde.

—Pero, mamá, sé razonable.

—¡Estoy siendo demasiado razonable contigo! Entrás y sales cuando te apetece, no me das explicaciones sobre tu vida y no admites ninguno de mis consejos. ¡Me tratas como si fuera un cero a la izquierda! Y soy tu madre, ¡tu madre! ¿Tanto te cuesta cumplir con lo único que te he pedido desde que has vuelto?

—A las ocho nos vemos.

Claudiqué. Lo contrario se habría convertido en un ataque de mala conciencia que no me hubiera permitido disfrutar de la cita con Sergio. Ya habría más ocasiones...

Fuimos los últimos en abandonar el departamento. Le vi levantarse de su silla y me apresuré a apagar mi ordenador. Se cruzó sobre el pecho la correa de su bandolera y corrió los estores. Yo agarré el bolso a tientas mientras no me perdía detalle de sus estilosos movimientos.

—¿Tomamos esa cerveza? —me preguntó, cerrando la puerta de su despacho.

—Al final no voy a poder.

—Una pena... —dijo sin mostrar atisbo de decepción, y se dirigió hacia la salida.

—¿Qué tal si nos la tomamos mañana?

Se detuvo, pero no se dio la vuelta.

—Tengo planes.

—¿A lo largo de todo el día? —Alcé las cejas.

Giró un poco la cabeza.

—Voy a pasar el finde con mis padres.

—Bueno, pues ya me dices cuándo puedes...

Ni sí ni no ni todo lo contrario. No hizo ningún comentario al respecto, pero me esperó para dirigirnos juntos hasta el ascensor. El director del departamento financiero y otra media docena de oficinistas de la asesoría con la que compartíamos planta se nos unieron en el descenso. Creo que todos temimos por nuestras vidas. Fallecidos por asfixia producida por ansia de viernes.

El ascensor fue parando en cada planta. En la nueve intentaron entrar dos personas más; la protesta general los disuadió y yo aproveché el barullo para arrimarme a Sergio. Fue un acercamiento muy sutil. Solo un pasito hacia atrás, sin llegar ni a rozarlo ni al acoso laboral, por ver qué pasaba... Y pasó que colocó una mano en mi cintura y me gimió al oído:

—Me estás destrozando.

Mi corazón dio una triple voltereta y mi vagina, un par de palmadas.

—¿Cómo dices? —pregunté para que me lo volviera a repetir, no porque no le hubiera entendido.

—El pie, Greta. Me estás pisando.

—Perdona.

Aparté el tacón, digiriendo el chasco, pero él no quitó la mano de mi cintura.

Pasaron los segundos y las plantas, y cada vez tenía menos sentido que su mano siguiera ahí. Apoyé la espalda en su pecho, envalentonada, y él me respondió con un apretón. Doblé el cuello hacia la derecha, le sonreí y su mirada se fijó en mi boca.

—¿No me sueltas porque temes que vuelva a pisarte —musité— o porque te gusta lo que estás tocando?

Se humedeció los labios y los acercó a mi oreja.

—Si vuelves a pisarme, te empujo contra el director financiero. —Adelantó las caderas para evidenciar que se alegraba de verme—. Y ha empezado a sudar en la octava...

—Eso es cruel. —Me acoplé del todo a su cuerpo y él me regaló otro gemido sordo.

—Puedo ser muy cabrón si me lo propongo.

Un último tirón y un sonido de campana nos advirtieron de que habíamos terminado el descenso. Cuando se abrieron las puertas, nuestros civilizados

compañeros nos empujaron buscando la salida. Fue perfecto. Aproveché para revolverme y encajar el trasero en su indisimulable erección. Él se mordió el labio antes de agachar la cabeza.

—Cuando quieras admitirte que estabas deseando que esto pasara, dame un toque —le dije.

Y luego me fui. Sin mirar atrás.

## PESADILLA

Recreé en mi imaginación, con todo detalle, el episodio del ascensor mientras cenaba con mi madre y su familia. Como las técnicas de colecho no me interesaban y las inversiones en bonos tampoco, pude dedicarme a desarrollar mi creatividad dándole finales alternativos a la escena. Todos terminaban del mismo modo: con su erección dentro de mi cuerpo y yo disfrutando del mejor orgasmo de mi vida. Antes del postre tuve que salir a fumarme un cigarrillo.

Cuando regresé a la mesa, mi móvil sonó dentro del bolso. Lo saqué, ignorando los reproches de mi madre, de Paula y de una de sus hermanas, y, segundos después, volví a guardarlo. Solo era Ángel, podía dejarlo en «visto».

Esa reflexión me llevó a pensar en Sergio, en las veces que me había dejado colgada, en lo mucho que me había incitado haciéndolo. Respondí a su amigo, para no alentar esperanzas vanas.

*Te agradezco la invitación, pero no creo que sea una buena idea.  
Me empano con facilidad, ya lo viste.  
Mis bufas y yo preferimos ahorrarte el mal rato.*

No me contestó, como esperaba. El mensaje era cortante y solo daba pie a que Sergio me contactara para recriminarme haberme ido de la lengua..., pero no sucedió. Me quedé con las ganas. Otra vez.

—Otra vez, cariño, la enésima en veintitrés días —le dije a Natalie el domingo.

Estábamos dando una vuelta por el antiguo barrio de Dani, en busca de mi futuro hogar. El sábado lo habíamos invertido en patearnos la zona en la que vivían ahora, pero no me convenció. Conté seis guarderías y tres colegios en unas pocas manzanas. Y eso eran muchos niños, que trotan y lloran y pueden tocarte como vecinos.

—Estás usando las técnicas de ligue habituales, y ahí está el error —me dijo al pasar junto a un kiosco—. Sergio no es normal, es diferente. Agudiza el ingenio, nena.

—Tampoco es que haya puesto en marcha un plan. Solo le he soltado un par de cebos... con ningún resultado.

—Le frenará lo de Irene.

—En el camping tampoco entró al trazo.

—Estuvisteis a punto de besaros.

—Pero me corté... y no pasó.

—Pues sé más directa. En cuanto tengas ocasión, te lanzas y sanseacabó.

—No te creas que no lo he pensado, pero es que la ocasión no surge... Quizá ayer debería haberle dado al botón de *stop* en vez de bajarme del ascensor para provocarle.

Miré a mi derecha, pero Natalie no estaba. Me di la vuelta y vi que se había detenido en medio de la acera.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Me ha dado un retortijón. —Se pasó la mano por el vientre, tomó una honda inspiración y echó a andar, bastante más despacio.

—¿Nos sentamos un poco?

—Venga, vale.

Elegimos la terraza con la que uno de los bares de la zona había ocupado el bulevar y pedimos un par de limonadas con hierbabuena.

—Me alegro de que el tiempo se haya estabilizado. —Tiré de las perneras de mi pantalón de pata de elefante y el sol de abril me calentó las espinillas—. Me encanta la lluvia, pero echaba de menos este calorcito.

—Sí, mejor que haga bueno.

Observé el cielo azul brillante y sonreí.

—Ojalá encuentre un piso con patio. O con terraza. Tampoco hace falta que sea muy grande. Como la que tenía en la rue Férou me vale. Solo quiero un espacio donde respirar aire fresco.

—Sí, el aire fresco es bueno.

La miré y su cara parecía haber perdido un par de tonos.

—Nat, cariño, ¿prefieres que nos vayamos?

—No, no, estoy bien. Si no fuera por estos putos retortijones...

—Te dije que no te acabaras el *curry*.

Ella rio, pero perdió la alegría al levantarse.

—Voy al baño. Espero llegar sin hacérmelo encima.

—Llévate el móvil, por si se alarga la cosa.

Ni me contestó ni se lo llevó. Yo cogí el mío y me entretuve escribiendo a Carla, subiendo un *stories* y babeando con la foto de Sergio en El Retiro. Su espalda desnuda era una obra de arte más grande que el tatuaje que la cubría. Tatuaje que era una rayada. Parecía una red que envolvía la espiral central, negra y ondulante, pero también una especie de mapa de encriptado. Un acertijo. Como su dueño...



Me tiré más de un cuarto de hora admirándolo. Y Natalie sin regresar... Cogí su chaqueta y los dos bolsos y entré en el bar.

—¿El baño, por favor? —le pregunté a un camarero.

—Bajando las escaleras.

Descendí al semisótano y encontré un pasillo estrecho y tres puertas. Golpeé con los nudillos la que tenía un cartel de una silueta femenina, pero no me contestó nadie.

—¿Nat? —Moví el pomo. Estaba bloqueado—. Cariño, ¿estás bien?

Esperé un par de segundos. Los que tardé en empezar a preocuparme. A preocuparme en serio.

—Nat, tía, me estoy asustando... —Tiré del pomo y empujé—. ¡Nat, contesta, por Dios! —Arrimé la oreja a la madera y no escuché nada—. Joder... —Levanté el hombro y cargué contra la puerta—. ¡Joder! —Eché dos pasos atrás y repetí la embestida—. ¡¡Ayuda!! ¡¡En el baño!!

Seguí golpeándome contra la madera hasta que no pude soportar el dolor del brazo, luego la emprendí a patadas. Llevaba sandalias, pero me importó una mierda. Le di, le di, le di... con toda mi alma, mientras pedía auxilio y la angustia me humedecía las manos.

—¡¡Ábrete ya!! —Metí un taconazo propulsado desde mis entrañas y la puerta cedió—. ¡Natalie! No, no, ¡No!

Me quedé helada cuando vi su reflejo en el espejo. Estaba detrás de la puerta, sentada sobre el inodoro con los pantalones bajados, el cuerpo desmadejado y los ojos cerrados. Se había desmayado. En su ropa interior había sangre.

Tiré los bolsos sobre el lavabo y la adrenalina me ayudó a elegir el correcto, sacar mi móvil, llamar a emergencias, recordar el nombre de la calle y el del bar y atender sus instrucciones.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó un camarero al colgar.

—Mi amiga puede haber sufrido un aborto. Si quieres ayudar, sal a la calle y diles a los de la ambulancia dónde estamos cuando lleguen.

Entorné la puerta y me abracé al cuerpo laxo de Natalie. Me metí como pude entre el portarrollos y el inodoro y la apoyé contra mí, tratando de que no se enfriara. El nudo de mi garganta impidió que un puñado de lágrimas escapara. Empecé a suplicar.

—Por favor, por favor..., despierta. Por favor, cariño, por favor... —La mecí con cuidado, a un ritmo muy suave, mientras el miedo entumecía mis extremidades—. A ti no puede pasarte nada malo. A ti no, joder. Abre los ojos, cariño... Por favor..., por favor...

Los del Samur llegaron y yo seguía recitando. Prácticamente me la arrancaron de los brazos para tumbarla en el pasillo. Un manguito para controlar la tensión, una pinza en el índice izquierdo para vigilar la saturación de oxígeno en sangre, una manta térmica, una presión dentro de mi pecho que amenazaba con desgarrarme el alma.

—Nos la llevamos.

—Le pongo la vía y arriba.

—¿Puedo acompañaros? —dije.

—Esto no es una película. Vamos al Santa Cristina. Pregunta en admisiones cuando llegues.

Una de las clientas del bar me llevó en su coche. Todavía hoy me arrepiento de no haberle pedido el número: nunca sabrá lo mucho que se lo agradezco.

En el trayecto escribí a Dani.

*Nat ha sufrido un desmayo.  
Estamos de camino al médico.  
Ahora te mando la ubicación.*

Intenté no ser alarmista y evité que escuchara mi voz afectada, y conseguí ambas cosas. Llegó preocupado a la sala de espera del hospital, con el verde de sus ojos refulgiendo por la necesidad de información, pero no estaba demasiado nervioso.

—¿Dónde está? ¿Te han dicho algo? —Negué con la cabeza—. Pero ¿se ha encontrado mal de repente o...?

—Estábamos paseando y le ha dado un calambre. —Cogí aire despacio y me sujeté las manos para que no viera lo mucho que temblaban—. Luego nos hemos sentado en una terraza, ha empezado a revolverse, ha ido al baño y allí...

La imagen de Natalie inerte y pálida se reprodujo en mi cabeza. Tuve que cerrar los ojos con fuerza.

—¿Te la has encontrado inconsciente?

Asentí, tratando de detener la agitación de mi pecho.

—Pero, tranquilo, les he oído decir a los del Samur que sus constantes eran buenas.

—En la analítica le salió principio de anemia... —murmuró, y miró las puertas de urgencias—. ¿No llevan mucho rato para ser solo un desmayo?

—Es que también... —Mi voz salió trémula, y me enfadé conmigo misma por no ser capaz de controlarme.

—¿También qué?

—Sangraba. —Dani se desencajó delante de mis ojos. Perdió su forma de hombre

entero, el color de su rostro, el ritmo de su respiración—. Perdona que no te lo haya dicho antes. No quería asustarte...

—No te preocupes —dijo con la mirada vacía.

Se dirigió al mostrador de admisiones. Habló largo y tendido con un par de trabajadores; ellos parecían comprensivos, pero negaban demasiado con la cabeza. Los hombros de Dani se hundieron. Busqué un par de asientos libres y le animé a sentarse conmigo. Le froté la espalda de izquierda a derecha mientras él se sujetaba la cabeza con los codos apoyados en las rodillas. Las mías no dejaban de brincar.

—Tengo que llamar a sus padres —murmuró.

—Ya lo he hecho yo, deben de estar al caer.

Alzó la mirada enrojecida, temerosa, abatida, y vocalizó un agradecimiento. Me mordí el labio inferior con saña y asentí con la cabeza. Las lágrimas que no lloré se escaparon de sus ojos. Se cubrió la cara, pero pude escucharlas y sentir las cuando le estreché contra mí.

—Van a estar bien. Estoy convencida. Si alguien puede conseguirlo, es ella.

Supongo que el recordatorio de la naturaleza imbatible de mi amiga fue lo que secó sus lágrimas antes de que los padres de Nat llegaran. Volví a relatar lo sucedido, de la manera más suave que fui capaz, y me ofrecí a ir a por algo de beber mientras lo asimilaban.

Estuve a punto de derrumbarme frente a la máquina de *vending*. La tercera vez que se me cayó la maldita moneda en vez de entrar por la ranura estuve muy tentada de emprenderla a golpes con la mampara que protegía la mercancía. Me vi arrancando una silla de la fila que había pegada a la pared, estampándola contra la máquina y después llorando sobre los cristales rotos. Aquello no podía estar pasando. A Natalie, no. Por favor, por favor..., que todo fuera una pesadilla.

## WONDER WOMAN

Tardé un poco en regresar a la sala de espera, lo imprescindible para parecer dueña de mí misma y no un saco de angustia a punto de rasgarse.

—¿Queréis un poco de agua? —les pregunté a los padres de Nat.

Ambos me dieron las gracias y cogieron las botellas, solo para retorcerlas en silencio con manos inquietas. Dani se había apartado hacia un lado y hablaba por teléfono. Él sí bebió cuando colgó; prácticamente se vació el medio litro entre pecho y espalda. Le entendí: yo también tenía la boca seca. Aunque intenté sacar algún tema de conversación, los ánimos no estaban para charlas. Los minutos pasaban y pasaban, pero las noticias no llegaban nunca. Cuando apareció la madre de Dani, ya hacía dos horas que no sabíamos nada de Natalie.

Amparo se agarró del brazo de su hijo y le fue sonsacando los detalles. Al rato llegaron Lara y Asier, que, además de preocupados, parecían incómodos entre ellos; él se colocó junto al abogado y Lara buscó espacio en el asiento más alejado de la fila, junto al padre de Natalie. Yo seguía de pie: el movimiento espasmódico de mis rodillas era más controlable en vertical. Cada vez que alguien salía a preguntar por los familiares de un paciente, me separaba de la pared y mi corazón se detenía. Cada vez que no nombraban a Nat, mis latidos se volvían más débiles.

—Siento mucho no haber llegado antes —dijo una voz de sobra conocida a mi espalda—. Me has pillado en Alcalá. —Abrazó a Dani—. Esto es un susto. Nada más, ¿vale? Solo un puto susto.

—Sí, sí..., lo sé —dijo muy poco convencido.

Sergio le sujetó la cabeza para centrar su mirada.

—Eh, escúchame bien: este no es el final de vuestro salto. —Negó con la cabeza—. No lo es. Me juego el cuello a que no.

—¿Familiares de Natalie Díaz?

Todos dimos un paso al frente, pero solo sus padres, Amparo y Dani se acercaron a la doctora. La rodearon de tal manera que no pude leerle los labios ni apreciar sus expresiones. Segundos después, el padre de Nat y Dani la acompañaron hacia el interior de las urgencias, las dos madres se abrazaron durante lo que me pareció una eternidad y, después, se giraron hacia nosotros. Ambas sonreían.

—Ha sido una amenaza de aborto. Ella y el bebé están bien. Van a subirla a planta

en cuanto haya una cama libre.

Se me aflojaron las piernas y tuve que apoyarme en la pared. La noticia hizo un agujerito en el saco de angustia y la tensión que me había mantenido de una pieza fue abandonando mi cuerpo, grano a grano; me sentí blanda, hueca, tan sumamente aliviada que solo quería llorar. Mi espalda se deslizó por el tabique pero antes de que mi trasero tocara el suelo, un par de manos fuertes y ásperas tiraron de mí.

—Venga, arriba.

Una cadena de suspiros ocupó el espacio entre nuestros cuerpos. Salían de mi boca con mareante rapidez, exhalando el miedo, paliando el dolor que me estaba provocando su mano en mi brazo izquierdo.

—Suéltame, por favor. —Se apartó de inmediato—. Me duele un poco.

—¿Y eso?

—Nat había corrido el pestillo...

Asintió, comprendiendo.

—Deberían echarte un vistazo.

Miré por encima de su hombro, y Asier y las madres nos observaban.

—No te preocupes. No hace falta.

No quise convertirme en el centro de atención. Lo importante eran mi amiga y el bebé.

—Ella está bien, ya lo has oído. Ven conmigo. —Tiró de mi cintura, pero mi espalda no se despegó de la pared—. Por favor...

Le acompañé más allá de las máquinas de *vending*, hasta los aseos que había junto a la cafetería. Llamó a la puerta del de minusválidos y, al no obtener respuesta, abrió y me cedió el paso.

—Quítate la camiseta.

—Estás alucinando...

—Venga, coño, no seas malpensada. —Cerró la puerta—. Si no quieres que te vea un médico, deja que lo haga yo. Las dos mil veces que me he caído escalando han tenido que servir para algo.

—Que no es nada, en serio.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me dolería más.

—¿Más que un simple roce? Apenas te he tocado y casi te pones a llorar.

—Pero no por eso.

—¿Por qué entonces? —me presionó.

—¡Y yo qué sé! Por la tensión, por el alivio, porque no he soltado una puta lágrima desde que me he encontrado a mi amiga medio... —Mi voz se rompió—.

Lo he creído de verdad, ¿sabes? Lo primero que he pensado cuando la he visto es que se había muerto. Estaba tan pálida... —Mis ojos se humedecieron y ya no pude contenerme más—. ¡Ha sido una pesadilla! ¡Una puta pesadilla, joder! ¡Tengo derecho a llorar!

—Claro que lo tienes —asintió—. Lloro. Desahógate. Grita. Dame una hostia. Pero deja que te vea el brazo.

Solté un gemido rabioso, saqué a tirones la camiseta de manga larga de mi cuerpo y la lancé contra el lavabo.

—¿Contento? —sollocé.

—No mucho. Mírate.

Me giré hacia el espejo.

—Vaya...

Desde el hombro hasta el codo, mi brazo ahora era rojo y tenía un par de centímetros extra de volumen... Lo palpé y mis dientes rechinaron. Sergio me volteó con cuidado y pellizcó del mismo modo la cabeza del tríceps, repitió el movimiento en las articulaciones, estiró, dobló, movió mi brazo hacia delante y hacia atrás y sus dos arrugas se desfruncieron.

—Creo que está bien, aunque parezca lo contrario, pero no estaría de más que te hicieran una radiografía.

—Ahora no. Tengo que ver a Nat.

—Es tu brazo. Tú decides.

Me quitó las manos de encima y me pasó la camiseta. No se me escapó el vistazo furtivo que le echó a mi torso antes de que me lo cubriera. Una risa amarga salió de mi boca.

—Quería enseñarte este sujetador, pero no en un momento así.

—¿Qué sujetador? —Sonrió—. Yo solo he visto un par de tetas muy bien puestas.

—Vaya, gracias. Me siento mucho mejor —ironicé.

—Esa era la idea.

Lo cierto fue que, cuando salimos del aseo, me encontraba menos agobiada. Dejé junto al lavabo gran parte del nerviosismo y fui soltando el resto en las horas posteriores. Natalie estaba bien. Dani me dijo que incluso bromeaba. La subieron a planta y pude confirmarlo con mis propios ojos. Aquella parecía de nuevo mi amiga y no un cuerpo sin vida. Nos abrazamos todo lo que dieron de sí los cables de los sueros y mi temor a estrecharla demasiado fuerte.

—Te he dado un susto de muerte, perdona —me dijo al oído.

—Si me lo vuelves a hacer, no lo cuentas —bromeé, le di un beso y me aparté—. ¿Te sirvo de compañía para esta noche?

—Se queda Dani. Y por la mañana, seguramente, ya me den el alta.

—Mantenme informada, porfa. Y, si necesitas algo...

—¿No te parece que ya has hecho suficiente? —Me sonrió.

—Por ti, lo que sea. Ya lo sabes.

—Te quiero —dijo emocionada—. Ve a descansar, anda.

Volví a besarla en la frente y ella me devolvió el beso en los labios. Me despedí de sus padres y de Amparo y salí de la habitación seguida de Lara, Asier y Sergio.

—Greta —me llamó Dani.

Cerró la puerta a su espalda, se acercó y me dio un abrazo inmenso sin previo aviso.

—¿Cómo voy a agradecerte lo que has hecho hoy por ella..., por nuestro hijo...?

—Sigue cuidándola así de bien.

—Te lo prometo.

La certeza que imprimió en sus palabras me hizo entender por qué mi amiga había vuelto a creer en las promesas. Ese hombre era de ley. Me fui tranquila dejándola en sus manos.

Salimos del hospital en silencio. Asier y Sergio cruzaron un par de frases, pero no llegaron a llenarlo. Lara no abrió la boca. Estaba muy distante, incluso apagada. Supuse que podía ser por lo ocurrido..., y el tiempo terminó revelando que mi teoría no era cierta.

—¿Os llevamos a algún lado? —preguntó Asier, ya en la calle.

—Tengo la furgo aparcada a dos calles —dijo Sergio.

—Yo me arreglo con Uber. —Saqué el móvil y lo desbloqueé.

—¿Segura? —insistió Lara.

—Sí. Muchas gracias.

Intercambiamos unos «hasta pronto» y entré en la aplicación de coches; el mío estaba en el barrio de Nat. Sergio me quitó el teléfono antes de que pudiera pedirlo.

—Te acerco yo.

—¿Y yo no tengo nada que decir al respecto?

—No.

Su sonrisa y mi asentimiento fueron el equivalente a la charla absurda que nos ahorramos: «Venga, que no me cuesta nada», «A mí tampoco irme por mi cuenta», «blablablá», «blablablá», «Está bien, te lo agradezco».

Caminamos hasta su furgoneta, una Volkswagen California negra. Me abrió la puerta del copiloto y me invitó a pasar con una reverencia.

—Adelante, Wonder Woman.

Sonreí y me acomodé en el asiento. Sergio hizo lo propio en el del conductor y

arrancó el motor.

—He pasado de niña bien a superheroína y solo he tenido que sufrir una de las peores experiencias de mi vida. Qué afortunada me siento.

—Deberías sentirte siempre así —dijo, maniobrando para sacar aquel tanque a la circulación—. Eres una tía con suerte.

—Ah, ¿sí? —Le miré como si se hubiera vuelto loco.

—Tienes unos cojones que ya los quisieran muchos.

—A la fuerza ahorcan...

Me devolvió una mirada confusa.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que, si los tengo, es porque las circunstancias me han obligado.

—Eso no es verdad. Tú puedes elegir tus circunstancias. Puedes incluso huir de ellas. Pero no lo haces. Les plantas cara. Curras con tu mejor disposición con todo en contra, rara vez pierdes ese halo dulce que te envuelve y eres capaz de mantenerte entera en una situación extrema.

—Sigo temblando —admití—. Aunque no se vea por fuera.

—Ahí lo tienes: más valentía. Conozco a pocas personas que reconozcan sus debilidades con esa seguridad.

—Empiezas a preocuparme, Santos. Tanta amabilidad no es propia de ti.

—No me lo tomes en cuenta: estoy en esos días del mes en los que se le corta a una la mayonesa. —Me reí—. Y llámame Sergio, no estamos en la oficina.

—Prueba de ello es que me estés dedicando más de dos frases seguidas.

—Lo hago por tu bien.

—Ya, claro. Lo de que te folles a Irene seguro que no tiene nada que ver.

Sergio apretó las manos sobre el volante.

—No entiendo cómo las propias mujeres podéis usar según qué tipo de expresiones. En todo caso, follaríamos los dos, ¿no te parece?

—¿Y lo hacéis?

—¿Tú qué crees?

—Que sí.

—¿Basándote en...?

—En que os pillé en la cafetería, en que no os despegáis durante la jornada laboral y en los comentarios de la sala de descanso.

—Conjeturas, ambigüedades y cotilleos.

—¿Eso es un desmentido?

—No. Y tampoco una confirmación. Porque la vida sexual de Irene y la mía son cosa nuestra. No le interesan a nadie.



A mí sí me interesaban, pero no tanto como el hecho de que estuviéramos llegando al barrio de Nat sin haberle dado indicaciones al respecto.

—¿Cómo sabes que tengo aquí el coche?

—Dani me dijo que te quedabas en su casa el finde.

—¿Hablas con tu amigo sobre mí?

—Solo salió el tema. No te emociones.

—Este Sergio ya es más normal...

—¿Yo normal? —Tiró del freno de mano—. Bájate de la furgo.

Sonreí y le di las gracias por el desplazamiento.

—Nos vemos mañana —contestó. Abrí la puerta y antes de cerrarla añadió—: Conduce con cuidado. Los 3.0t se embalan demasiado.

—Y el motor de mi coche también os ha salido en una conversación casual...

No contestó, pero tampoco movió la California hasta que se aseguró de que llegaba a mi Infiniti sana y salva.

## ACERO Y PIEL

A Nat le dieron el alta el lunes a media mañana. Un par de horas más tarde, aprovechando el descanso de la comida, me acerqué a su casa para comprobar en persona que era verdad lo que decía: se encontraba bien. No estaba preocupada, ni demasiado dolorida, ni resignada por tener que pasar en reposo absoluto una temporada.

—Lo vais a sufrir vosotros —nos dijo a la docena de personas que ocupábamos su salón y la colmábamos de atenciones—. Yo me siento como Cleopatra.

Repetí la visita por la tarde y a la mañana siguiente antes de entrar en la agencia, y otra vez a la hora de comer y cuando salí del trabajo. Tres días más tarde, mi amiga insinuó que le faltaba intimidad.

—Es que no puedo ni tirarme un pedo a solas. Y estoy que flipo con los gases. Ya os aviso cuando me aburra.

Su hermana, la pequeña, dio dos palmadas y nos sacó del piso como si fuésemos gallinas. Oí suspirar a Dani antes de que Nat le pidiera que cerrara la puerta con llave.

Regresé a la oficina y, como todavía no eran las cuatro de la tarde, me entretuve en la sala de descanso. Me preparé un té, lo edulcoré con Stevia, saqué el móvil y entré en Instagram.

—¿Qué tal sigue Nat?

Levanté la vista de la pantalla y pensé lo mismo que a primera hora de la mañana: «Hoy lo ha bordado». Sergio llevaba unos pantalones de pinzas oscuros, una camisa lisa de manga corta y una corbata estrecha, muy *fifty's*. Su pelazo salvaje y las gafas de pasta completaban el erótico conjunto.

—Ya casi está en forma —contesté—. Nos ha echado de su casa.

—Me alegro.

—¿De que se esté recuperando o de que nos haya largado?

—De las dos cosas —dijo acercándose a la cafetera—. Así me puedo tomar algo contigo antes de empezar a currar.

Desde lo ocurrido el domingo, su actitud en la oficina también había cambiado. Empezó a pararse más tiempo del imprescindible en mi mesa, bajó un par de veces a fumar conmigo e incluso me recordó que teníamos unas cervezas pendientes.

Todo muy amigable y sin dobles intenciones. Algo que esperaba que cambiara a la mayor brevedad posible.

—Estás tan amable últimamente que voy a terminar pensando lo que no es...

—Es por dejarte un buen sabor de boca. —Metió una cápsula en la cafetera. Hasta dentro de un mes no me vuelves a ver.

—Es verdad —dije, recordando—. Te vas en mayo a El Salvador. ¿Te marchas el mismo puente?

—No, el día 3. —Retiró la taza llena de café. Parecía minúscula en sus manos—. Me salía mucho más barato el vuelo.

—Se te echará de menos por aquí.

—¿Eso quiere decir que TÚ me echarás de menos... a todas horas?

—¿Te gustaría?

—¿Y a ti? —Removió el azúcar muy despacio.

—Me guste o no, seguramente pasará.

—¿Eso ha sido una declaración, Greta? —Alzó las cejas.

—¿De qué te sorprendes? ¿No te quedó claro con lo del viernes en el ascensor?

—Fue un poco antes. —Chupó la cucharita.

—¿Con lo de aquel domingo en el asiento trasero del Porsche, volviendo del camping?

—Antes incluso. Cuando nos presentaron y se te empezó a caer la baba.

—No me extraña. —Me reí—. Dudé entre darte dos besos o una buena mamada, pero como estaba Dani delante...

—¿El exhibicionismo no te va? —preguntó con los labios casi pegados al borde de su taza.

—Nunca me ha llamado demasiado la atención.

—No sabes lo que te pierdes.

—¿Vas a ofrecerte a ilustrarme en esto también? —Negó con la cabeza y una sonrisa que me animaba a desnudarme allí mismo y empezar las lecciones—. Entonces, aparta; tengo trabajo pendiente.

—Solo te intereso por mi polla. Qué decepción...

Se la froté con el culo al pasar por su lado.

—Tu polla me da igual. La tienes como un cacahuete y a mí me gustan grandes, ¿recuerdas? Pero cada vez que pienso en esas manazas tuyas entre mis piernas me dan ganas de correrme.

—El tono, Greta —me reprochó con una voz grave y sugerente—. Las paredes oyen.

—Algún día se te acabarán las excusas, ¿sabes? Y entonces nos lo vamos a pasar

taaaaan bien...

Esa última indirecta debió de ser la gota que colmó su célibe vaso. Me dedicó una mirada que follaba sola y un gruñido muy prometedor.

—Espérame luego en la parada de metro de Cuatro Caminos.

Qué dos horas más largas, por Dios...

Cuando por fin dieron las seis y pisé la calle, sentí que había pasado dos siglos aguardando ese momento. Encima, Sergio se hizo el remolón. Tardó dos cigarrillos y tres *stories* en aparecer. Me dio un toquecito en el hombro, me giré sonriente, se cruzó la bandolera sobre el pecho y señaló la boca de metro.

—Hoy ensayo. ¿Te apetece venir?

A ver, apetecerme, apetecerme..., me apeteecía otra cosa, pero también tenía cierta curiosidad por conocer a los integrantes de su grupo y por verle en acción con su batería. Sospechaba que podía ser un espectáculo. Y no me equivoqué.

—¿Por qué no? —respondí.

—Podría darte muchos argumentos en contra, pero ya eres mayor de edad, y me estoy cansando de ser yo quien deba vigilar la integridad de tu corazoncito.

—No me voy a enamorar, no te preocupes.

—Eso decís todas.

Agarré la correa de su bandolera y tiré de él para que bajara los escalones.

—Vamos, Casanova —dije esquivando el envite de un oficinista con ansia de viernes. Me ayudé del hombro derecho para empujar la puerta del metro (el izquierdo seguía maltrecho) y le guie hasta las taquillas—. Voy a dejar el coche en el aparcamiento de la agencia. ¿Crees que habrá algún problema si lo recojo mañana?

—Si quieres que te conteste, suéltame.

—¿Y eso?

—Que me sujetes con una correa de cuero me resulta demasiado morboso como para centrarme.

Colocó su mano izquierda sobre la mía y la bajó hasta el final, justo sobre su cadera. Lo hizo muy despacio, apretando mis nudillos con su palma áspera. Entreabrí la boca, sin perderme un detalle del movimiento.

—¿Tanto te pone el rollo *leather*? —pregunté.

—Me pone verte tan decidida.

—Siempre lo he estado.

—¿Cuando quedaste con Ángel también?

Le solté, rozando su incipiente erección de refilón, y saqué unas monedas sueltas para comprar un billete.

—Solo fue por joder.

—Pues, hasta donde yo sé, no jodiste ni con él ni conmigo.

—De momento... —Sonreí—. ¿Qué tal si vamos a tu casa en vez de al ensayo?

—Mañana tocamos en el pub de un amigo. Nada del otro mundo, pero procuramos tomárnoslo en serio. No puedo faltar.

Saqué el billete de metro y avanzamos hasta los tornos y, después, hasta el cruce de pasillos de la línea 1 y la circular. Allí me ofreció la mano izquierda y yo me agarré a ella, dispuesta a acompañarle a cualquier lugar.

Fue la primera vez que recorrimos juntos el trayecto que él hacía a diario, hablando de la oficina, de lo tonta que era Mónica, del tiempo, de música..., sin soltarnos las manos. No se apartó ni siquiera para escribir un mensaje; pude ver cómo entraba en WhatsApp y tecleaba deprisa con la zurda. Yo llevaba la derecha fuertemente asida a la barra que nos sostenía, y tuve la premonición de que las cosas con él siempre serían así: frías y cálidas. Acero y piel.

Abandonamos el vagón en la parada de Antón Martín. Caminamos durante un par de callejuelas, en fila de a uno, por las aceras irregulares. Se detuvo junto a un local que ocupaba el bajo de una comunidad de vecinos y desenlazó nuestros dedos.

—Es aquí —me dijo. Yo debí de mirar con extrañeza la fachada plagada de frutas grafiteadas porque me explicó—: Ha sido una camisería, un locutorio y una frutería. Aunque no lo parece, hemos invertido una cantidad ridículamente excesiva en acondicionarlo y en unos equipos profesionales, aunque nosotros no lo seamos. De hecho, para mí esto es solo una vía de escape más. Hay formas peores de perder el tiempo.

—Desde luego.

Se agachó para sortear el cierre metálico a medio subir y entré detrás de él.

—¡Eso suena como el puto culo! —gritó un tipo corpulento que cerró de un puntapié una neverita que había en el rincón izquierdo—. ¿Quieres que nos confundan con los Village People? ¿Por qué no versionamos algo de Madonna y terminamos de jodernos la poca reputación que nos queda?

—No seas radical —dijo un chico mulato que sujetaba la guitarra en el fondo del local; la apoyó en un ampli y caminó hasta nosotros.

El tipo gritón se señaló a sí mismo. Llevaba una camiseta con el mensaje «I HATE PEOPLE AND PEOPLE HATE ME».

—¿Yo radical? —Se rascó la poca oreja que le dejaban libre sus enormes dilataciones y negó con la cabeza, rapada y parcialmente tatuada—. ¿Qué te hace pensar que soy radical exactamente?

El de la guitarra no contestó. Saludó a Sergio con uno de esos apretones en los que entran en contacto los hombros.

—¿Cómo vas, tío? —le pregunto.

—De viernes, por fin. —Se giró hacia la derecha—. Esta es Greta, una... amiga. Él es Walter, el único medio cuerdo que vas a encontrar por aquí.

Walter me sujetó los brazos y me dio dos enérgicos besos.

—Bienvenida a nuestro antro, Greta.

De la puerta que había a continuación de la nevera salió Ángel abrochándose con dificultad los vaqueros. De nuevo llevaba unos ultraceñidos que le oprimían la anaconda. Pensé que debía vigilar la talla de sus pantalones si quería seguir usándola mucho tiempo.

—Hombre —me dijo, estirándose la camiseta, a la que también le faltaban un par de tallas—. Ya ha llegado la culpable de que tengamos que portarnos bien esta tarde.

Se apartó la melena de la cara para darme un repaso que me produjo vergüenza ajena y centré mi atención en Sergio.

—¿Tienen que portarse bien por mi culpa?

—No sé de qué habla. —Se quitó la bandolera.

La tiró sobre el sofá de escay azul eléctrico que ocupaba la pared derecha y, sobre ella, la corbata... ¡Y la camisa!

—Nos ha mandado un mensaje pidiéndonoslo. Si quieres te lo enseño... —me dijo Ángel.

Para convencerme se acercó a mí y me enseñó el móvil. Yo hice que leía, pero mis ojos estaban pendientes de la espalda tatuada de Sergio.

En movimiento, el motivo central de su tatuaje, una espiral rodeada de una especie de red, se convertía en el medallón de hipnosis de un mago. Avanzó hasta el fondo del local, cogió del cajón del banco un estuche y sacó unas baquetas. Las toqueteó unos segundos, se sentó, cerró los ojos y dio un par de golpes a la caja de la batería: una Sonor negra y plateada que iba a juego con el arito que atravesaba su pezón izquierdo. El volumen de sus pectorales me hizo apretar los muslos.

—¿Empezamos o qué? —preguntó.

Tragué saliva y elevé una plegaria para que me repitiera esa pregunta a solas. Prometí que, si sucedía, pondría todo mi empeño en responderle.

## JUGAR A LAS TABAS

Tocaron unos seis temas, de los que solo reconocí *People are strange*, de los Doors. Rubén, el de las dilataciones, entró en trance en cuanto cogió su bajo. Walter, a las teclas, no dejó de sonreír desde el lado opuesto. Sergio tuvo más tiempo los ojos cerrados que abiertos; sudaba mucho, parecía estar haciendo el mismo *viaje* que Rubén. Ángel, en cambio, me miraba todo el tiempo, como si cantara para mí. Solo apartaba la vista para atender las cuerdas de la guitarra que Walter tocaba cuando llegamos. Por lo visto, se la estaba afinando.

No sonaban mal. Tampoco eran la bomba. Su música era un poco oscura, y, por mucho que se esforzaba Ángel, lo que más destacaba era la batería. Aquellas pulsiones atravesaban mis oídos con tal ímpetu que llegaban a dominar mis propios latidos. Me notaba tan acelerada como sus baquetas. Y también, un poco fuera de lugar. Me gustaba estar con Sergio, pero adorarle cual fan adolescente no entraba en mis planes.

El grupo se estaba poniendo de acuerdo en cuál sería el séptimo tema que iban a ensayar cuando llegaron ellas: dos chicas, muy modernas, que entraron en el local con total familiaridad. Saludaron con la mano a la banda y se sentaron conmigo en el sofá de escay. Una a cada flanco. Interpreté que la intrusa era yo y que era muy probable que no fuera bien recibida. Y descubrí que mi ojo clínico tenía más dioptrías que los dos de Sergio juntos.

Mery me pareció un amor. Pequeñita y adorable. Con el pelo muy rojo, alborotado y largo hasta la envidia. Llevaba los dos brazos tatuados de hombros a muñecas, y también el pecho: un corazón enorme con alas ocupaba todo su escote. En cuanto cogí confianza, que fue a los cinco minutos, le pregunté si le había dolido tanto como parecía.

—Lo que más, el esternón. Las tetas en sí, tampoco tanto. Si se hubiera acercado más a los pezones... —Señaló el borde de una de las alas, y yo debí poner cara de martirio, porque soltó una carcajada—. El izquierdo lo llevo perforado, como Santos.

—No se lo enseñes o no la volveremos a ver por aquí —dijo Diana.

Que también me pareció muy simpática; no tan charlatana como Mery pero sí agradable en el trato. Alabó mi manicura y el color frambuesa de mis labios. Yo le

devolví el cumplido refiriéndome a su pelo. Sus mechas californianas eran naturales. Tenía un color de piel que yo no alcanzaría ni con betún de Judea. Sus ojos eran profundos y oscuros; sus labios, gruesos; su cuerpo, el de una amante del surf que desfila para Calvin Klein en los ratos libres.

—No se lo pensaba enseñar —dijo Mery refiriéndose al pendiente—. Pero si ella quiere...

—No, no, da igual. —Desvié la vista hacia el grupo.

La intro de batería acaparó toda mi atención. Ángel bajó su tono de voz para cantar *Were born in your city*. Era Krakovia. Vaya... Ritmo frenético, golpes fuertes, los rizos de Sergio descontrolados, sus manos dando una *master class* de eficiencia... Me excité.

—Siempre cierran con esta —me dijo Mery—. Es la preferida de Santos.

—Cuando se inspira mucho, suele empalmarse al tocarla —me dijo Diana, y me guiñó un ojo.

No me hizo falta preguntar para saber por qué ella conocía ese detalle. Procuré no sentirme molesta, porque era absurdo, y me centré en el grupo. La canción fue ascendiendo; los movimientos de Sergio se dispararon, y no me costó nada imaginármelo así de sudoroso y un poquito más desnudo, entregado en transformar el ritmo en música dentro de mi cuerpo.

—Mañana vienes al concierto de estos, ¿verdad? —me preguntó Diana, estudiando mi expresión.

—No creo —dije apartando los ojos de Sergio—. Nadie me ha invitado.

—¿Cómo que no? —Sonrió—. Te invito yo. Y a una copa si hace falta.

—Bueno... —Le devolví la sonrisa—. ¿Dónde es?

—Me gusta tu diastema —comentó antes de explicarme—: Es aquí cerca. Yo iré un rato antes para ayudar al grupo; dame tu teléfono y te mando la ubicación desde allí.

Sacó de su riñonera un iPhone blanco y le dicté mi número. Ella no me hizo la típica llamada perdida para que yo almacenara el suyo. Me extrañó, pero no le dije nada. Estaba siendo demasiado amable como para ponerle pegas.

—¿Por qué no vamos al chino mientras estos terminan? —preguntó Mery, siguiendo el ritmo de Sergio con la punta de su zapatilla.

—¿Qué te traemos, Greta? —preguntó Diana.

—Lo que pilléis para vosotras.

Se levantaron y yo me giré para coger el bolso. Saqué el monedero, pero, cuando levanté la cabeza, ya se habían ido. Lo volví a guardar escuchando los últimos acordes. Me puse en pie y pensé en aplaudir; por suerte, detuve las manos antes de



hacer el ridículo. Busqué la mirada de Sergio. No me costó encontrarla: parecía muy pendiente de mi reacción. Me sonrió y se encerró en el cuarto de baño. Los otros integrantes de la banda se entretuvieron apagando los equipos y guardando los instrumentos. Estaba absorta en cómo Rubén metía su bajo en la funda con todo el cuidado del mundo cuando sentí a Sergio a mi lado.

—¿Veredicto?

—Solo por el último tema, ha merecido la pena.

—¿Solo por el último? —Elevó las cejas.

—Bueno, y por algo más, que no te puedo contar porque estamos en público.

—Los echo en un momento... —Sonrió, se puso la camisa y se sentó en el sofá —. Te quedas a las cervezas, ¿no?

—Sí, pero antes yo también tengo que ir al baño. Guárdame el sitio.

Entré en el aseo y cerré la puerta con dificultad; el espacio era minúsculo. Estaba bastante limpio, por suerte, y el jabón de manos olía muy bien. Me las lavé dos veces, por vicio más que por higiene, y revisé en el espejo el estado de mi maquillaje y el de mi pelo. Oí las voces de las chicas mientras me secaba las manos en una toalla impecablemente blanca. Al salir, Rubén se había sentado en mi sitio, y Mery, sobre las rodillas de su chico. Las de Sergio también estaban ocupadas. Por Diana. Me dio demasiada envidia. Su diminuta cintura estaba sujeta por mis manos preferidas; seguro que estaba sintiendo en su piel bronceada la aspereza del tacto del artista... y el paquete en su culo de surfista... Walter se me acercó, con una mochila cargada al hombro, y me volvió a dar dos enérgicos besos.

—Hasta otro día, linda —me dijo—. Ha sido interesante tenerte por aquí.

Me despedí de él, algo confusa, y avancé un par de pasos. Sergio se irguió en su asiento, despegando la espalda del escay. Diana se revolvió sobre sus piernas y siguió hablando con Mery.

—La cerveza está en la nevera —me dijo sin soltarle la cintura.

Fui a dirigirme hacia el rincón, pero Ángel se levantó del banquito que había colocado frente al sofá y me impidió hacerlo.

—Yo te la traigo.

—Gracias.

—No me las des... todavía —insinuó chuscamente.

—¿Hoy no te preocupa que pueda empanarme?

Mery y Diana sonrieron con complicidad. Sergio estiró el brazo para alcanzar del suelo su cerveza; parecía ajeno a las insinuaciones.

—Hoy espero que me des la oportunidad de recompensarte por haber metido la pata. —Me senté en el banquito y Ángel lo hizo en el suelo a mi lado. Me pasó una

lata y antes de chocarlo con la suya dijo—: Una segunda oportunidad no se le niega a nadie, ¿verdad?

Choqué la cerveza de Ángel solo como señal de tregua, pero él se me acercó un poquito más y fue a decirme algo. Sergio le interrumpió, preguntándole sobre no sé qué arreglo de un tema, Diana corrigió su contestación y los tres empezaron a utilizar unos términos musicales que sonaban a puro klingon.

Seguí bebiendo y desvié la mirada hacia Rubén y Mery. Me atraganté. Y me extrañó un montón que Mery no se estuviera atragantando también con la lengua de Rubén en su campanilla. Di dos tragos más. Y otros dos.

—Me encantan las mujeres que beben a ese ritmo —murmuró Ángel a mi izquierda.

Bajé la vista hasta su cabeza, apuré el contenido de la lata y me encogí de hombros.

—Tenía sed.

—¿Quieres otra?

—Claro. —Le pasé la lata vacía—. ¿Me la tiras?

Él me dedicó una sonrisa lobuna.

—¿Sabes?, me estaba haciendo una pregunta muy parecida. —Se fue a por más cerveza y, al regresar, continuó metiendo ficha—. Mañana tocamos en un bar. Espero verte allí.

Miré al frente, buscando a Sergio. No sabía si le iba a hacer gracia que fuera. Quise preguntárselo, pero la duda se me atascó en la garganta al verle hablar en susurros con Diana. Sentí celos de la complicidad que transmitían, de lo bien que se alineaban sus cuerpos, de lo cómodos que parecían... y decidí bloquearlo, centrándome en lo que tenía más a mano: un cantante guapo, con el que devolverle los celos a Sergio.

—¿A qué hora tocáis? —le pregunté a Ángel.

—Sobre las diez..., como muy tarde a las diez y media. A eso de las doce ya puedo ser todo tuyo.

Me metí un mechón detrás de la oreja y le miré con picardía, dando un trago a mi cerveza.

—¿Y qué iba a querer hacer yo contigo?

—Eso tienes que decírmelo tú. —Estiró las piernas y se pegó al banquito—. Yo sé perfectamente lo que quiero de ti.

Le dediqué una sonrisa coqueta de un manual tan antiguo como jugar a las tabas.

—No sé si preguntar...

—Dale. Yo te contesto a lo que sea... También puedo hacerte lo que te

apetezca... Cuando tú me lo pidas...

Ángel metió la quinta, cuando yo estaba ajustando los retrovisores todavía. Mal comienzo, si se pretende llegar juntos a la meta... Pero, como no era el caso, le dejé que siguiera acelerando.

—En serio, ojazos. Tienes que venir. Te prometo que no te vas arrepentir de tragarte otra vez el concierto. En cuanto terminemos, tú y yo nos largamos, y hasta que el cuerpo aguante... —Me sonrió y se acercó un poco más—. ¿Qué me dices? Vienes, ¿no?

—No sé... —dudé con timidez.

—¿Cómo te puedo convencer?

Giré la cabeza, inclinándome lo justo para que sintiera mi aliento.

—Quizá si me dedicaras *Were born in your city*... —susurré, mimosa.

—Es de Sergio..., pero, por ti, se la robo mañana.

Le sonreí.

—Entonces, vale.

Su mano derecha se apoyó en el banquito, rozando mi nalga izquierda, y su boca se adelantó.

—Me apeetece un montón besarte. —Se lamió los labios.

—Voy a tener que irme enseguida —contesté sin apartarme.

—Estás de coña... —Sonrió.

—Por desgracia, no.

Bebí bajo su incrédula mirada y bajo la caricia de su mano en mi trasero, la que yo no había detenido en ningún momento. Miré al frente, al concurrido sofá de escay, para asegurarme de que aquello estuviera surtiendo efecto y... aluciné. Porque el lote de Rubén y Mery todavía continuaba, y porque Sergio tenía cara de cachondo. No conozco otra palabra que pueda definirlo mejor. Estaba sofocado; sus párpados, caídos; su boca, entreabierta, y sus arrugas, dominando su entrecejo. Busqué sus manos, y no las encontré sobre la cintura de Diana. La izquierda descansaba a un lado, más cerca de Rubén que de la rubia, y la derecha apretaba el brazo del sofá, mostrando sus nudillos blancos.

Diana le dijo algo, se levantó y desapareció en el cuarto de baño. Entonces pude confirmar que su cara correspondía con su estado. El bulto de su pantalón era imposible de ignorar. Me mantuvo la mirada. No trató de ocultarse en ningún momento. ¿Qué trataba de decirme? «Mira, niña bien, ella también me la pone dura, no te creas tan especial» era la opción más probable.

Tragué hasta la última gota de mi lata y me despedí dándoles las gracias.

Solo Ángel se ofreció a acompañarme hasta el metro. Preferí irme sola.

## ALGO QUE MEREZCA MÁS LA PENA

Llegué al concierto tarde a propósito. Quería tantear el terreno con las chicas primero, y no se me ocurrió mejor manera que apareciendo cuando ellos tuvieran toda su atención ocupada creyéndose *rock stars*.

El *pub* era pequeño y oscuro, y olía a humanidad. Tenía una barra diminuta a la derecha y una tarima al fondo con un par de altavoces que no emitían un sonido muy limpio. Sobre ella el grupo versionaba *Tainted love*. Una veintena de personas se apiñaban frente a ellos y otros tantos rodeaban la barra. El ambiente era asfixiante.

Diana levantó la mano en medio de la marabunta y yo metí empujones y codazos hasta que pude alcanzarla.

—Cómo está esto —me quejé, dándole dos besos; de inmediato, me sentí impregnada por el fuerte aroma del perfume Angel de Thierry Mugler.

—Y si fuera más grande, más gente habría. Son geniales, aunque no se lo crean.

Yo tampoco me lo creía, pero no se lo dije. Quería caerle bien. Su forma de relacionarse con Sergio me intimidaba demasiado para ignorarla. Oculté mi discrepancia musical saludando a Mery y después miré al escenario.

Sus posiciones eran idénticas a las del ensayo. Vistos de frente, Rubén dominaba la izquierda; Walter y su teclado, la derecha, y Sergio, el centro. Ángel trataba de competir con él, ocultándole con sus movimientos exagerados y la potencia de su voz, pero era inútil. Los ojos se te iban solos hacia el fondo. Su magnetismo era el culpable. Y la fuerza que transmitía marcando el ritmo con los brazos.

—Anoche dejaste a Ángel a punto de caramelo —canturreó Diana en mi oído; me sonrió con picardía y me empujó con el hombro—. No gastas mal ojo. Algunas afortunadas cuentan que no tiene nada que envidiarle a Manuel Ferrara.

—¿Quién es Manuel Ferrara?

—Un actor porno que calza mucho —me explicó Mery—. Le comparan con una botella de Budweiser.

—Vaya... —Miré el tercio de cerveza que sujetaba—. Me ha entrado sed. Voy a pedirme una.

Tardé cuatro temas en conseguirla. Por lo menos, estaba fría. Agradecí cómo bajaba por mi garganta y me sequé la frente con el dorso de la mano. Solo llevaba encima un vestido de tirantes, una chaqueta de angora y un conjunto de ropa

interior de Kiki de Montparnasse. En el trayecto hasta el *pub* me había muerto de frío, pero ahora no paraba de sudar. Pensé en quitarme la chaqueta, pero recordé los moratones de mi brazo izquierdo y solo me remangué.

—Qué mono —me dijo Diana, señalando la parte interior de mi antebrazo.

Lo llevaba decorado con el tatuaje pequeño estilo acuarela con la figura de un delfín, por ser un símbolo francés, y el nombre del culpable rubricándolo.

—Tengo pensado quitármelo.

—¿Y eso?

—Me lo hice por mi ex.

—La maldición de los *tattoos* —dijo Mery—. Si te tatúas el nombre de tu pareja, la relación se acaba siempre —aseguró muy convencida—. Por eso yo no me he tatuado el de Rubén.

—Ah... —dije antes de beber—. Qué cosas... ¿Y lleváis mucho juntos?

Cuando el grupo terminó de tocar el penúltimo tema, todavía me estaba contestando. Su relación había sido intermitente, y entendió mi pregunta como una vía libre para contarme todas, y cada una, de sus interrupciones. Casi llegando a la última, que había sido cuatro meses antes —«la crisis de la Navidad», la llamó ella —, escuché como Ángel le daba las gracias a la concurrencia. Nombró a los componentes del grupo, recibieron los clásicos aplausos y después me señaló y se pegó al micrófono para susurrar:

—Esta es para ti, ojazos.

Se oyeron suspiritos, y más de uno se giró para observarme con curiosidad. Él único que me importó que me mirara fue Sergio. Se quedó con las baquetas en alto, congelado, y me taladró con sus iris oscuros. Yo le tiré un beso a Ángel. Sergio bajó los brazos y su batería rugió. Joder... Fue brutal. Verle volcarse sobre su instrumento, fundirse con él con esa mezcla de potencia, rapidez y control, humedeció la seda que cubría mi sexo. Yo quería probar eso. Como fuera.

—Es una bestia —murmuró en mi oído Diana—. Y no solo lo digo por cómo toca la batería.

Me sonrió y volvió a mirar al escenario. Yo me di por enterada de la advertencia. Es más, me había enterado ya el día anterior, cuando le faltó mearle encima para evidenciar que ejercía alguna especie de derecho de antigüedad sobre él. Y seguía pensando igual: ella ya había tenido su oportunidad; ahora me tocaba a mí.

El tema terminó, pero los aplausos tardaron en silenciarse. Ángel se bajó enseguida de la tarima y se fundió en abrazos con todo aquel que le quiso hacer caso. Walter se fue derecho a por una chica que había estado todo el concierto en el rincón derecho bajo el escenario —ninguno de los dos se había quitado el ojo de

encima—; se besaron, como dos personas que ya han encontrado un lenguaje en los besos. Rubén se nos acercó, nos dijo un escueto «hola» antes de que Mery se le subiera encima, la transportó hasta la barra y se colocó entre sus piernas; solo dejaron de besarse para pedir más cerveza.

Sergio no se dignó a venir a saludarnos, ni siquiera se bajó de la tarima; se limitó a recoger los equipos, ignorando al mundo entero.

—¿Le pasa algo? —le pregunté a Diana.

—¿A Santos? No, ¿por qué lo dices?

—No, por nada...

Ángel me libró de dar explicaciones. Sentí sus manos rodeando mi cintura desde atrás. Cerré los ojos para imaginarlas más fuertes y ásperas, y, dándome la vuelta, los abrí.

—¿Y bien? —me preguntó, sonriendo de medio lado.

La noche anterior habíamos estado wasapeándonos. Me aburría, lo reconozco. Y el chico se lo estuvo currando un buen rato... Total, que, al final, le dije que si el concierto estaba de ocho sobre diez, o más, le agradecería la dedicatoria con un beso. Tonterías que escribe una a las dos de la madrugada, amparada en la soledad de una casa carente de calor de hogar y que, cuando cogen forma, no suelen ser lo que esperabas.

—No puedo daros más de un siete. —Hice un mohín.

—Eso no es justo... —Tiró de mi cintura, pegándose a su abdomen. Se inclinó sobre mi cara—. Dame un siete y medio. Y un ratito para negociar el otro medio punto.

—Solo si me traes otra de estas frías. —Levanté el botellín vacío.

—Eso está hecho.

Me agarré del brazo de Diana, siguiendo con la mirada a Ángel, que iba, diligente, a la barra. Pregunté por algo, no recuerdo bien el qué. Solo quería dar pie a una conversación facilona, una que me hiciera olvidar el desplante de Sergio y me mantuviera alejada de las manos de Ángel. Me perdí a la tercera frase.

—Si te estás rayando porque Santos no ha bajado a saludarte, que sepas que no tienes motivos. Esta noche le toca a él recoger el equipo, no le pasa nada.

No me lo creí. Algo le pasaba. Algo estaba cambiando. Hasta la densidad de la maldita atmósfera había mutado. Se cargó de un aire tóxico que amenazaba con estallar al mínimo chispazo.

Ángel regresó con tres cervezas que apuramos, tratando de hacernos sitio cerca de la barra. Rubén lo había conseguido y Mery más, que seguía encima. Nosotros también podíamos lograrlo si empujábamos lo suficiente.

—Ven, ponte delante —me dijo Ángel, colocándose a mi espalda.

Me volvió a agarrar de la cintura y se dedicó a acariciármela mientras hablaba con Diana. En la siguiente cerveza ya se frotaba con disimulo. Y no me resultaba demasiado agradable. Era guapo y tenía eso que la gente confunde con carisma..., vamos, que era un poco chulo, pero mi libido no respondía a su cuerpo. Aun así no me aparté: me gustaban sus atenciones, y la posibilidad de que Sergio las estuviera viendo.

Cuando Walter y Sergio desaparecieron con los instrumentos, las chicas salimos a fumar. Las cervezas siguieron corriendo, el local se fue vaciando y, cerca de la una de la madrugada, volvieron del segundo viaje el par de pringados que se encargaron de recoger los equipos. El resto del grupo estaba repartido por el escalón que formaba la tarima, discutiendo sobre los próximos bolos. Mery había ido al baño y Diana estaba en la barra. Yo estaba de pie, frente a los chicos, tratando de vaciar el enésimo botellín. A mi lado estaba Teresa, la novia de Walter, una guineana guapísima que me pareció un encanto. No entendía la mitad de las cosas que decía, pero la cerveza ingerida hasta el momento hizo que me resultara muy simpática. Igual que sus amigos. Hasta me acordé de las mías y les mandé mensajes. Carla me regañó por las horas y por no haberla avisado para ir al concierto. Nat me contestó: «Yo también te quiero, Naty Abascal». Me fui a hacer un *selfie* tirándole un beso y, al conectar la cámara frontal, Sergio apareció en el margen superior izquierdo de la pantalla.

—Hombre, por fin te dignas a mezclarle con la plebe —le dijo Rubén.

—Solo lo justo para deciros adiós, gentuza. Me voy a casa. No puedo con mi alma.

Guardé el móvil en el bolso y me giré sin ocultar mi decepción. Sergio me miró de reojo. Walter dijo que podía acompañarle, con su chica ya agarrada de la mano. Los amigos de Teresa empezaron a despedirse. Daban muchos besos, pero ya no me parecían tan simpáticos, porque se iban con Sergio y yo no.

—Nos vemos —dijo como despedida.

Luego miró a Ángel, después, a Rubén, y se marchó. Yo creí que menguaba un par de palmos. Regresó la sensación tan conocida de estar de más. Lo mejor era que yo también me fuera... a una casa que no era mía, vacía, donde mi maldita soledad me saludaría al entrar, me arrullaría en la cama y me enjugaría las lágrimas.

Me di la vuelta, buscando a Diana. Estaba apoyada con los codos sobre la barra, con el pecho erguido y las piernas cruzadas. Me guiñó un ojo. Luego se giró y buscó la atención del camarero. Se pusieron a hablar. Y a reírse. Mery volvió del baño. Me sonrió mientras Rubén le mordía el cuello y le acariciaba el muslo en dirección

ascendente. Desvié la vista hasta Ángel y también encontré una sonrisa, mucho más explícita que la de la pelirroja.

—¿Se te ha ocurrido ya cómo puedo ganarme el ocho?

Negué con la cabeza.

—Mi imaginación no funciona con tanta cerveza. —Abandoné el botellín a medias a su lado.

—A mí me pasa al contrario, ¿sabes? —Me sentó sobre sus piernas. Yo no hice nada por evitarlo—. Cuando bebo soy mucho más imaginativo.

Tuve un momento de duda. Ángel no me gustaba lo suficiente como para compartir un rato íntimo con él, pero el desprecio de Sergio me tentó a buscar algo con qué distraerme.

Antes de que pudiera decidirme, Rubén me dio un toque en el hombro.

—Estoy hasta el rabo de la cerveza. ¿Tú no? —Señaló la barra—. Vamos a por algo que merezca más la pena.

Se quitó a Mery de encima y me levantó de las piernas de Ángel. Prácticamente me empujó hasta el otro extremo de la sala y dio un silbido para llamar al camarero.

—Cuatro chupitos de vodka —le pidió—. Me han dicho que lo aguantas bien...

Le miré sin ocultar la sorpresa.

—¿Y qué más te han dicho?

Se rascó el tatuaje de detrás de la oreja mientras nos servían, empujó un vasito hacia mí y levantó otro.

—Bebe.

Me tragué los dos que me correspondían sin apenas respirar. Rubén asintió con la cabeza,apuró los suyos y me pidió el teléfono.

—¿Te lo dicto o...?

—No, hostia. —Su risa ronca retumbó sobre la barra—. El cacharro. Tu puto móvil.

—¿Para qué?

—Tú dámelo.

Mi parte desconfiada pensó que quizá no volvería a verlo después de dejarlo en sus manos, pero aun así lo hice.

—Desbloqueado, a ser posible —masculló.

Dibujé el patrón y él se fue directo a mi agenda. En el contacto de Sergio apuntó la dirección de su casa.

—Aunque no lo te lo vaya a reconocer, te está esperando.

Regresó con su chica y yo tardé un par de segundos en despegar la vista de la pantalla, justo lo que tardé en asimilar que tenía en la mano la ocasión que tanto



había deseado. Él estaba a unas pocas calles, en su casa, esperándome... Sonreí al levantar la cabeza. Vi a Diana. Me observaba con la mandíbula tensa y los ojos entornados. Le devolví el guiño que me había dedicado al marcharse Sergio, guardé el iPhone y pedí otro chupito.

## VENENO DEL BUENO

La calle del Olivar estaba muy cerca del *pub* donde habían dado el concierto. Era una vía empinada y curvilínea llena de edificios de media altura y del sabor particular del barrio de Lavapiés. Los grafitis se integraban con los balcones floreados y el aroma a especias. El gris de los adoquines de las aceras estrechas estaba salpicado de bicicletas, alguna moto y varios cubos de basura estarcidos con mensajes libertarios. Las farolas, amarillentas y cansadas, estaban cubiertas por carteles. El silencio no parecía corresponder con la urbanidad que declaraba el asfalto.

Pulsé el botón del portero automático que pertenecía al ático izquierda y me concentré en mi respiración. El alcohol que corría por mis venas amenazaba con arder por culpa del furor uterino. Él me estaba esperando, aunque no lo reconociera. Y yo estaba harta de esperar la ocasión, el momento, su estado de ánimo idóneo... Yo ya había aprendido que la mejor manera de convertir un sueño en realidad es ir a por él con todas las ganas.

Apreté por segunda vez el botón y seguí con la arenga positiva, la que tranquilizaba la voz interior que me decía que estaba quedando como una pesada al insistir por tercera vez en plena madrugada. Al no recibir respuesta, me planteé que aquella no fuera ni su casa. No conocía de nada a Rubén; bien podía haberme vacilado.

—¿Sí?

Contuve el aliento al oír su voz. Mi tensión arterial se disparó.

—Soy Greta, ¿puedo subir?

—Es muy tarde, niña bien. Dile a Ángel que te lleve a casa.

—Ni tengo un sitio al que llamar «casa», ni necesidad de pedir ayuda a nadie para moverme, ni ganas de hablar con un trozo de metal pegado a la pared. Abre, por favor.

—No es buena idea.

—¿Esa es tu última palabra?

Lo fue. No dijo nada más a través del telefonillo. Tanteé cuánto me dolería la mano si le arreaba un puñetazo al portero, pero un zumbido me disuadió.

Entré en el portal. No me entretuve ni en buscar el interruptor de la luz; subí con

rapidez los cuatro tramos de escaleras y me paré, jadeante, a unos metros de su puerta. Él ocupaba todo el vano, como un obstáculo monumental, el puente de Londres, el mago frente al Balrog. «No puedes pasar».

No se había cambiado: seguía con los mismos vaqueros, la misma camiseta estudiadamente roída y la misma mueca de disconformidad. Las gafas graduadas era lo único que había añadido al conjunto; los cristales aumentaban el tamaño de sus pupilas, eran dos lunas negras brillando en medio de la tormenta.

—No deberías haber venido.

Su voz sonó más débil que sus palabras y me infundió la dosis de ánimo que necesitaba.

—Eso se lo dices a Rubén.

—Te lo digo a ti, chivata.

Me pareció verle sonreír. Me acerqué más para comprobarlo. Él se apartó para dejarme entrar.

Deslicé la sorpresa junto a mi saliva garganta abajo, di tres pasos y me detuve. El techo empezaba a inclinarse en ese punto. Las vigas eran estrechas y estaban pintadas con un barniz tan oscuro como el color de los muebles bajos que ocupaban el murete bajo que tenía delante; formaban una hilera de cajoneras desde el tabique de la izquierda del salón de paso hasta los bloques de vidrio que, a la derecha, delimitaban la cocina. Encima del fregadero atisé la única ventana vertical. Las otras dos estaban encastradas entre las vigas que había sobre el sofá y sobre mi cabeza.

—¿No tienes tele? —pregunté, asombrada.

—Está en la habitación. —Señaló la puerta entornada que había en la esquina izquierda del salón. Atisé una cama.

—¿Me la enseñas?

—¿A eso has venido? —Apoyó la espalda en la puerta cerrada.

—Me parece que es evidente...

—Pues te has equivocado.

—Pues yo creo que no. —Avancé un par de metros hacia él—. Yo creo que ya va tocando que asumamos lo evidente.

—¿Cuando Ángel te sobaba el culo ayer también lo creías o te has decidido después de que te haya dedicado mi puta canción?

Se apartó de la puerta con un ademán enérgico. Se dirigió hacia el único sofá, uno de dos plazas que dividía la estancia en el recibidor en que yo parpadeaba y el salón donde a él le rechinaban los dientes.

—¿Celoso? —Sonreí.

—Como tú de Diana o de Irene, más o menos.

—Con la diferencia de que yo no he follado con Ángel.

—Todavía...

Se sentó, se quitó las gafas con un aspaviento airado y las soltó de cualquier manera sobre la mesita baja que había frente a él. Yo me reí con burla.

—No estoy tan desesperada.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

No me miraba cuando me lo preguntó y me alegré: mi cara se demudó, me sentí como una arrastrada.

—Por lo visto, perder el tiempo. —Me fui directa hacia la puerta y él no se movió. Agarré el pomo con rabia—. Me alegro de que no vaya a verte hasta dentro de un mes. Y me alegraré mucho más si te pierdes y no regresas.

—Lo tendré en cuenta.

Mis dedos se retorcieron sobre el metal cromado, pero no abrí. No quería irme a digerir la ira por mi cuenta: quería volcarla en él, tirársela a la cara, enterrarle bajo una montaña de odio y que desapareciera.

—Eres el tío más insoportable que he conocido.

—Y tú, una caprichosa. —Le lancé una mirada mortífera. Él se levantó del sofá—. ¿Qué significado para ti, Greta? ¿Te lo has preguntado? ¿Qué cojones le apporto a tu vida para que me dediques tanta energía? ¿Tan sola te encuentras?

Giré el torso y apreté las muelas con tal fuerza que pensé que los empastes no lo resistirían. Él se dirigió hacia mí, expectante.

—Estoy sola, no me encuentro, pero es verdad: tú solo me aportas dudas y calor entre las piernas. No te mereces el esfuerzo. No me mereces. Gracias por preguntármelo.

—De nada —dijo con franqueza, como si realmente me hubiera hecho un favor.

—Te puedes meter por el culo tu condescendencia.

—Lo intentaré en cuanto te largues. —Se detuvo frente a mí.

—He venido porque Rubén me ha dicho que me estabas esperando, que no se te olvide.

Sonrió y colocó su mano sobre la mía izquierda, la que agarraba el pomo.

—Estás aquí porque ya no sabes qué inventarte para que te la meta.

Quise corresponder a la bofetada verbal con una literal en su cara. Él lo percibió porque tomó una honda inspiración y tensó los hombros. Se preparó para el golpe.

—Que te empeñes tanto en que te odie solo consigue que piense que estás muerto de miedo. Que, cuando me adviertes de que no me enamore, te lo dices a ti mismo. Que ya no sabes qué inventarte para no metérmela.

Se inclinó sobre mi cara, demasiado cerca. De su cuerpo emanó una oleada de intensidad abrasadora. Su voz se convirtió en un murmullo; la oscuridad de sus ojos, en flameante hoguera. Él se fue a rojo y mi sentido común, a la mierda.

—El miedo es mi amigo, Greta. Me encanta sentirlo. Retarlo. Burlarlo. Me la pone dura el miedo. —Apartó mi mano del pomo y la colocó sobre su erección—. ¿De verdad quieres a alguien así dentro de tu cuerpo?

Jadeé al palpar su dureza.

—Yo no puedo elegir lo que quiero: me debo a lo que siento.

—Eres una esclava.

—Y tú un tío empalmado que se está quedando sin excusas.

Recorrí con los dedos su longitud, le acogí en mi palma curvada, me mordí el labio con avidez. Él frunció el ceño y adelantó las caderas.

—Greta... —gruñó—, márchate. No quiero hacerte daño.

—De mi seguridad me ocupo yo. Tranquilo. Tampoco la tienes tan grande.

Le apreté con fuerza y me acerqué a su boca. Lamí su carnoso labio inferior y los piquitos del superior. Su lengua salió al encuentro, potente y húmeda, como un buen orgasmo.

Sergio sabía a tabaco y a desesperación, a quejumbre y a deseo, a veneno del bueno. Cerré los ojos y me di a él. Nunca he sabido besar a medias. Nunca un beso me pareció tan completo. Hubo pasión, fuego y desenfreno, pero también la prudencia del sabio: el que aprecia las cosas cuando ocurren, no a toro pasado. Los dos fuimos conscientes, culpables y responsables de ese beso. Los dos lo disfrutamos como el regalo más deseado, el sueño cumplido, un suspiro compartido. Solté su erección y me abracé a él con mi destino puesto en las manos, que, de repente, eran suyas. Yo entera lo sería mientras él siguiera comiéndome la boca con esa hambre feroz y sincera. Cada vez que su lengua rodeaba la mía, mi alma daba gracias al cielo. Jamás me habían besado así: como si él hubiera pasado años en guerra y, por fin, regresara para cobrar su mérito.

—Greta de mi vida... —le oí decir entre jadeos, no supe si suyos o míos.

Sus manos se aferraron al óvalo de mi cara y sus dientes enloquecieron a turnos mis labios, arriba y abajo, después su lengua de nuevo, y sus gemidos, y su sabor a veneno, y su olor de aventurero mezclado con el almizcle del sudor que fue humedeciendo nuestras frentes. Piel calientes. Sus dedos internándose en mi pelo, los míos enredados en su camiseta, tirando hacia delante, más cerca, más cerca...

—Deberíamos parar —murmuró.

—No quiero.

Se apartó para mirarme. Sus manos descendieron hasta mis hombros.

—¿Y qué quieres? —Me besó, como si ese diminuto lapso separado de mi boca le hubiera supuesto demasiado esfuerzo—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

Argumentar en ese preciso instante me resultó imposible. Lo quería todo de él. No, todo no, solo lo bueno. Nada que no pudiera darme. Su cuerpo. Y también su cabeza. Cada rincón. Pero sin obsesiones. Que se abriera. Sin perder el misterio...

—Quiero... —dudé. Y en la duda encontré la respuesta—: que me des motivos para no arrepentirme de esto.

Me dedicó una sonrisa triste, una que no le conocía, y una caricia suave en los brazos.

—Haga lo que haga, te vas a arrepentir.

—No si me lo haces bien.

Alcé una ceja. Su sonrisa desapareció.

—Yo solo sé hacerlo a mi manera.

Esa confesión prendió la mecha, la que se consumió con rapidez gracias a la atmósfera cargada de deseo, veneno y tensión. Algo estalló. Dentro de él. Supe, con solo mirarle, que el tablero de nuestro juego tenía dos caras. Y que era el momento de darle la vuelta.

## EL NEGRO NI SIQUIERA ES UN COLOR

Sergio me robó un último beso antes de soltarme junto a la puerta y dirigirse a la cocina. Abrió la nevera, cogió una botella de agua isotónica y regresó para ofrecerme beber primero. Ante mi negativa, vació el líquido azul garganta abajo con parsimonia, como si ganara tiempo para ordenar las palabras que saldrían de su boca.

—Mira, Greta —dijo en un tono neutro y estudiado—, yo te follo o te preparo el desayuno por la mañana. Las dos cosas no. Y, dadas nuestras circunstancias, prefiero que en la oficina recuerdes cómo tomo el café a cómo me las gasto en la cama.

Arqué las cejas con una mueca burlona.

—¿A cuántas les has soltado ese discursito?

Acortó nuestra distancia un par de pasos.

—Ese te lo he soltado solo a ti. Uno similar, a muchas.

Dio otro trago, fijo en mis ojos.

—Te hicieron daño... Es eso, ¿no? Alguien te destrozó y ahora disocias intimidad y sexo para protegerte.

Sonrió.

—Se te da como el culo el psicoanálisis.

—No te creas, suelo tener buen ojo, pero contigo es imposible. No hay por dónde pillarte.

—Joder, pues más claro no puedo ser.

Cerró la botella y la abandonó sobre uno de los muebles bajos.

—Sí, ¿eh? ¿Qué tiene de claro que me digas que estás harto de ser tú quien proteja mi corazoncito, que me lleves de la mano hasta donde ensayas y luego te dediques a ignorarme hasta que me he plantado en tu casa?

—¿Y si le das la vuelta, Greta? ¿Qué pasa si por un momento te pones en mi lugar? ¿Te ves de la manita hasta el local de ensayo y luego con la de Ángel sobándote el culo?

—Mientras te empalmabas con Diana encima...

—Tú lo has dicho: «con Diana», no «por Diana».

Abrió los ojos de par en par.

—¿Te puso cachondo verme tontear con Ángel?

Apartó la mirada.

—Si sigues utilizando ese vocabulario, desayunarás en tu palacio.

—No me has contestado.

—No me digas...

—Vale, pues me ciño a lo importante. ¿Que Ángel me tocara el culo me ha hecho perder el *pack* completo: sexo y desayuno?

—No —dijo, molesto. Le estaba obligando a explicarse y no quería, pero continuó—: Es que, tú por tus cosas y yo por las mías, como pareja no congeniaríamos. Lo nuestro, como todo en esta puta vida, terminaría antes o después. Y prefiero ahorrarnos el drama. Por mucho que a ti guste...

—Estás esperando a la mujer adecuada...

—No te culpes —me recriminó—. No es que tú seas menos o inadecuada. Es que yo no soy bueno para compartir la vida con nadie. —Se pasó la mano derecha por el pelo, con la mirada perdida en el suelo—. Después de treinta y dos años y no sé cuántas relaciones fracasadas puedo asegurar que no valgo para eso. Me falta algo imprescindible: la fe ciega con la que un amante promete querer para siempre. —Alzó la vista, directa a mis ojos. Se señaló el pecho—. Yo creo que, cuando una persona le dice a otra algo así, le está mintiendo. De forma intencionada. Nadie puede asegurar que la eternidad exista. La realidad es que hay un tiempo limitado para cada cosa, para cada persona... —Levantó el mentón, enderezando la espalda—. Y por eso, y porque no quiero tener que volver a pedir perdón por dejar de amar a nadie, ya no desayuno con quien me acuesto. No por disociar intimidad y sexo. Yo, cuando follo, me impulso desde dentro, como en todo lo que hago. Lo superficial y yo no somos amigos.

Me expuso su postura con claridad, sin subterfugios, pero no me convenció. Para nada. Ahí había algo más que realismo sentimental.

—Y tú y yo ¿sí podríamos ser amigos? —le pregunté—. ¿Podríamos dedicarnos a desayunar juntos sin riesgo de dramas?

Me observó, solo la cara, recorrió mis rasgos con su impactante mirada. Fijo en mi boca contestó:

—Si no me calientas más, es muy probable.

—¿Te preocupa no ser capaz de contenerte? —Sonreí con burla.

—No soy un adolescente, Greta. Soy muy capaz de controlarme.

—Hombre... —señalé con el pulgar a mi espalda, a la puerta de la calle—, me has comido la boca ahora mismo...

Se humedeció los labios.



—Has empezado tú, y no he querido herir tus sentimientos.

—Claro...

Me aproximé a él con decisión. Sergio levantó las manos, retrocediendo.

—Hago unos desayunos cojonudos, piénsatelo bien.

—No puedo pensar, ese es el problema. Contigo me vuelvo idiota. Me equivoco, me pongo en ridículo, nerviosa... —Bajó las manos. Algo parecido a la ternura suavizó sus rasgos—. Me encantaría demostrarte que soy una mujer, no una niña bien, experta en estupideces, pero solo me sale en la oficina y cuando mi mejor amiga termina hospitalizada.

—Estás harta..., lo entiendo.

—¡No! Ahí está la cosa. Estoy enganchada a este no saber, esta incertidumbre... Lo que me molesta es que me ignores. Y ni eso. Cuando sacas a pasear tu indiferencia, también me incitas..., me excitas.

Sonrió.

—Estás fatal, encanto.

Me encogí de hombros.

—Dime algo que no sepa.

Le solté esa frase hecha y él la transformó en una confesión:

—Esta noche he tocado para ti. El último tema.

—¿Para competir con Ángel?

Levantó una ceja. No necesitó más para explicarme que no consideraba a Ángel como un rival. Ni a nadie.

—Para ti, Greta. Solo para ti. ¿Quién ha metido a Ángel en esto?

—Tú. —Le señalé con el dedo índice—. ¿Por qué le diste mi número?

—Porque estaba seguro de que lo ibas a rechazar.

Se mordió el labio después de admitirlo, como si quisiera tragarse la respuesta.

—¿Y dices que tienes treinta y dos años...? —pregunté con sorna.

—No siempre. Como te pasa a ti.

Estiré el brazo, pellizqué su camiseta y tiré hacia mí. Sergio no apartaba la vista de mis labios.

—Entonces, quizá también tengamos en común la atracción por el otro.

—Olvida de una puta vez el quizá.

No pude detener una sonrisa triunfal.

—Entiendo... O sea, que los dos nos gustamos, pero no vamos a acostarnos por el bien de nuestra ¿amistad? —Ladeé el cuello.

—Vamos a ver...

Redujo la mínima distancia que nos separaba y, cuando rozó mi cuerpo, no se

detuvo. Siguió avanzando, obligándome a caminar hacia atrás. Hacia su dormitorio.

Crucé la puerta de espaldas con los ojos abiertos a más no poder y la boca jadeante; la suya no emitía más sonido que el de su respiración acelerada. Caí sobre su cama.

—Nosotros podemos follar. —Separó mis rodillas para colarse entre mis piernas—. Claro que podemos. —Se balanceó, rozando con sus vaqueros la seda de mi ropa interior. Arqueé la columna—. Sería tan fácil, Greta... Apartar a un lado tus bragas, meterte los dedos hasta que gritaras y después la polla, hasta que te desmayaras. Darte tanto placer que tu cuerpo no pudiera asimilarlo. Correrme dentro de ti. —Empujó su erección contra mi sexo—. Llenarte, reclamarte, darme entero. Tuyo. Mía. Y volver a empezar. —Embistió de nuevo con más energía y una especie de gruñido—. Te follaría tantas veces..., tan bien, tan fuerte... —Me froté de arriba abajo y me acerqué a su boca—. ¿Y después qué?

—Después..., más —gemí, acariciando su pecho.

—Tú lo has dicho.

De un solo impulso se alejó de mi cuerpo y se puso en pie. No me bajé el vestido, lo dejé arrugado en mi cintura, mostrando un triángulo de seda que atraía su mirada ceñuda.

—¿Te das cuenta de lo que haces? —le pregunté—. Me pides que no te caliente y luego me traes a la cama. ¿Te quieres aclarar un poquito?

Me lanzó una mirada hostil. No me acobardé. Me mantuve fija en sus ojos mientras mis pezones se endurecían. Me excitó su oscuridad. Me sentí poderosa al pensar en dominarla.

—¿Y si no puedo? —murmuró en voz baja—. ¿Y si soy incapaz de aclararme contigo?

—Pues tienes un problema —respondí, muy dispuesta a ponerle solución.

—Ahí está el tema, Greta: sé que tengo un puto problema contigo desde antes de conocerte. —Me señaló con la palma de la mano hacia arriba—. Natalie me había hablado cien veces sobre ti, me enseñó fotos vuestras, me contó tu historia, Vallecas, Aravaca, París, Barcelona, Madrid... —Giró la mano en el aire. Después la colocó sobre su pecho—. Cuando llegaste, ya me gustabas, y todavía no te había visto en persona. Dani se dio cuenta y me puso sobre aviso. Y al principio me pareció una gilipollez, pero es verdad: yo no puedo joderla contigo. —Volvió a señalarme, y luego a sí mismo. Ese gesto inclusivo me aceleró el pulso—. Nosotros siempre vamos a estar vinculados a través de nuestros amigos. Somos parte de esa familia. No debemos arriesgarnos a ponerlos en una situación incómoda por culpa de una relación fallida...

—Genial —le interrumpí—. Una excusa nueva: si follamos, destruiremos nuestras amistades.

—Greta, no estoy de coña. —Bajó la mano.

—Eso es lo malo —asentí con energía—, que te crees que eres capaz de destrozarme. Y te equivocas. Solo yo puedo hundirme o sacarme a flote. Solo yo. —En su rostro se dibujó una mueca compleja: sorpresa y respeto—. No me conoces tanto como piensas, Sergio. Y, lo que es peor, esa información que te han dado ha creado una imagen de mí que no me representa. No soy una niña bien. Soy una mujer adulta y autosuficiente.

—Y entonces, ¿por qué has venido, Greta? —Envaré la espalda. Él se apresuró a sentarse en la cama—. Te lo pregunto de corazón. —Me acarició el muslo desnudo—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Pasar un rato, o dos, o cuatro..., encontrar el amor de tu vida, demostrarte que puedes hacer algo que no debes, quitarte el calentón...? ¿Qué es lo que buscas?

Que me lo preguntara de corazón fue lo que me animó a abrir el mío.

—Busco el amor —confesé—. Siempre. En todas sus formas, tallas y colores. El mío es el rosa, pero adoro los amores verdes, de esperanza, no de celos; los azules infinitos como el cielo; los rojos encarnados y tórridos; los naranjas de un hogar lleno de energía, los violetas del mismo sexo; los amarillos hechos de risas... Soy una romántica. —Me encogí de hombros—. Pero no una ilusa... Sé que aquí, contigo, no voy a encontrarlo. —Puse mi mano sobre la suya—. ¿Qué clase de amor es uno negro?

—¿Yo soy negro? —Sonrió de medio lado.

—Hombre, parece que la tienes grande, pero tampoco es para tanto.

—Cuando te la meta, me lo cuentas —replicó.

La determinación de su mirada me dijo que aquello no había sido solo una impertinencia. Había decidido hacerlo, estaba dispuesto, seguro. Era mi oportunidad. Enredé nuestros dedos y deslicé nuestras manos hacia el vértice de mis piernas.

—No vas a poder metérmela —dije con voz melosa—. Nuestros amigos dejarían de serlo, ardería la oficina y mi corazoncito no lo resistiría.

—De ti depende.

—Eso me gusta. —Coloqué su mano sobre mi sexo. Su dedo corazón resbaló sobre la seda, entre mis labios—. Y eso me gusta todavía más.

—Estás empapada —gruñó acercándose a mi cuello—. Me estás mojando el dedo con las bragas puestas.

—Tú lo has provocado. Soluiciónalo.

—No me des órdenes. —Mordió el lóbulo de mi oreja.

—¿Por qué? ¿Te ponen demasiado?

Palpé hasta encontrar el bulto de su erección. Él me apartó la mano. Y la ropa interior a un lado.

*LA PETITE MORT*

Tenía a Sergio justo donde quería: con la mano entre mis piernas, el cuerpo pegado al mío y la boca recogiendo mis gemidos. Quería tocarle. Necesitaba apretar su erección con fuerza, sentir contra mi piel su dureza, sus palpitaciones, su deseo. Para aumentar mi placer. Para dar realidad a lo que sus ojos oscuros trataban de ocultarme. Pero él no me lo permitió. Les dio un tirón a mis bragas y me penetró con los dedos antes de que pudiera protestar.

—¡Oh, Dios...! —chillé. Todos mis pensamientos fueron silenciados por un relámpago que nació en mi vientre e iluminó cada terminación nerviosa de mi cuerpo—. ¿Cuántos me has metido?

—Solo uno, mira...

Me apoyé en los codos, ambos dirigimos la vista hacia mi sexo, sacó su dedo corazón despacio. Cuando volvió a deslizarlo en mi interior, me arrancó un golpe de aire a mitad de camino entre una tos y un quejido. Notaba mi piel tirante, la aspereza de la base de sus falanges, un placer afilado y lacerante. Con un solo dedo... Me empapé al pensar qué ocurriría si me metía dos.

—Más... —gemí.

Él apartó la mano. Jadeé una protesta.

—No me des órdenes, Greta. —Se inclinó sobre mi boca—. Las cosas se piden por favor.

Un destello maléfico cruzó la oscuridad de su mirada. Me estaba examinando. Como tantas otras veces. Y decidí no hacerle frente, solo mostrarme tal como era.

—Sueño con conocer al hombre que me haga suplicar en la cama, pero todavía no ha llegado.

Relajó el ceño, una mueca traviesa redibujó un par de segundos su cara de mala leche habitual, dejó caer el peso de su cuerpo sobre el mío. Cada vez más cerca. Justo como lo quería. Le sonreí con calidez y besé la comisura izquierda de sus labios. Le lamí el inferior, jugoso y receptivo. Antes de que pudiera alcanzar la otra comisura, su lengua salió a mi encuentro.

Me agarró de la nuca y colocó el pulgar detrás de mi oreja; con una ligera presión mi cuello se ladeó. Me llenó la boca con un sonido gutural, muy húmedo. Los movimientos decididos de su lengua se ocuparon de desvelar cada secreto de mi

boca. Profundizó el beso y mi cuerpo se revolvió entero. Mis piernas cobraron vida, se mezclaron con las suyas. Mis manos buscaron su cuello, los rizos que poblaban la parte alta de su nuca. Mis dedos se enredaron en su pelo denso, le arrancaron un gruñido hondo y grave; atronó dentro del dormitorio, rebotó contra las paredes, entre mis piernas... y un poco más arriba. En ese lugar cerca del bazo donde guardamos el ego. Me inflé por haber provocado ese sonido.

Separé la espalda del colchón y abrí más la boca. Me lo comí con un hambre que no conocía. Otro gruñido. Empujé su monumental cuerpo. Le quería debajo. Que me suplicase. Y él no me puso ningún obstáculo. Cayó sobre la cama y de un tirón me colocó a horcajadas sobre sus caderas. Su erección se sacudió contra el interior de mi muslo.

—Hostia, Greta...

Apretó los dientes y las manos, sobre mis muslos. Me acerqué a su boca, hice un movimiento seco con las caderas que le desencajó la mandíbula y le sonreí. Sergio hincó los dientes en mi labio inferior como advertencia; me la pasó justo por donde me estaba rozando con su pantalón vaquero. Me escapé de su boca y me enterré en su cuello. Dios..., qué bien olía. Y sabía... Lamí, besé, mordí... No me saciaba. No tenía bastante. Metí una mano entre nosotros y enderecé su miembro a través de los pantalones. Lo coloqué justo como necesitaba para que se perdiera entre los pliegues de mi sexo mientras me balanceaba.

—Mmm... —Me separé de su cuello y erguí la espalda. Su dureza presionó mi clítoris hinchado—. Mmm...

Puse las manos sobre su pecho para ayudarme. Me moví más hondamente, más apretada, más rápido. Arrugué su camiseta entre los dedos, gemí con todas las ganas acumuladas, las que por fin estaba desatando. Se me cerraron los ojos.

—No, no... no los cierres, Greta —dijo, ronco. Le obedecí. Su cara era un poema, uno de Bukowski, sucio y explícito. Jamás había contemplado a un hombre tan cachondo. Su expresión no se contenía. Su boca abierta y un pelín torcida, sus ojos enrojecidos, su piel cubierta de sudor, gotas deslizándose por las arrugas de su frente—. No me mires si no quieres, pero no cierres los ojos —me pidió hincando los dedos en mis nalgas.

—Las cosas se piden por favor. —Sonreí.

Él me borró la sonrisa con un empujón de su duro miembro, me apartó las manos de su pecho y se sentó, obligándome a hacer lo mismo sobre él.

—O se cogen directamente.

Sentí su lengua dentro de mi boca antes de que me diera tiempo a replicar. Me agarró de la cintura para acomodarme sobre su erección. Sus manos subieron

pronto hacia mis costillas por debajo del vestido. Situó los pulgares a una inspiración honda de mis tetas. Arqueé la espalda, acercándoselas, y me mordió la mejilla. Gimió contra mi piel. Empujó mi cuerpo hacia abajo, levantando la pelvis al tiempo. Se frotó en toda su extensión.

—Oh, sí... —jadeé.

Y él repitió el movimiento de cadera. Acercó las manos hasta unir las sobre mi diafragma. Colocó los pulgares en el centro de mi escote. Bajé la mirada y vi cómo sus dedos rozaban la carne que dejaba libre el sujetador, una caricia lenta que endureció a mis pezones. Rodeó las areolas por encima de la tela un par de veces. Le miré y él se humedeció los labios.

—Puedo notar cómo se arrugan. —Me besó—. Me gusta este encaje.

—A mí no. —Le quería sobre mi piel. Sentir la suya.

Me quité la chaqueta. Él me ayudó con el vestido. Busqué el cierre del sujetador. Sergio me sostuvo la muñeca y hundió la boca en mis tetas. El encaje se humedeció por su saliva. Lo de mis bragas ya no tenía solución. Estaban echadas a perder. Cada vez que mis pezones rodaban entre sus nudillos me notaba más mojada.

—Dios, Sergio...

Buscó mi boca. Me besó al tiempo que pellizcaba mi pezón izquierdo con la mano libre. Gemí y me volvió a pellizcar. Y a hacerlo rodar entre sus dedos y la molesta tela que ya no soportaba. Apretó las palmas de las manos contra mis tetas. Me las sobó con codicia mientras sus caderas reanudaban una inercia que me estaba terminando de empapar.

—La tienes tan dura... —Me mordí el labio.

Y pareció endurecerse aún más. Me soltó la muñeca y el cierre del sujetador. Lo agarró por el centro de las copas y de un tirón seco lo separó de mi torso. Lo utilizó para juntarme las manos sobre su paquete. No podía moverlas lo suficiente para desabrocharle el pantalón, pero sí para apretar su erección. Joder... Solo sentirla así de firme bajo mis manos fue suficiente.

Gimió antes de hundirse en mi canalillo, prieto por la posición de mis brazos. Lo lamió entero hasta mi garganta. Se sacudió bajo mis manos. Lo siguiente fue imaginarme su polla sobre ese camino de saliva y mi boca como final del trayecto.

—Otra vez —jadeé.

Y Sergio cumplió mi deseo. Descendió hasta mi pecho. Me lamió sin protocolo, marcando el ritmo desde abajo con sus movimientos. Llevó las manos hasta mis caderas y las metió bajo las bragas hasta enganchar la unión de mis nalgas. Tiró hacia él con fuerza. El gemido me arañó la garganta.

—Shhh... —siseó—. Te van a oír los vecinos.

Su voz era la definición del pecado. Sus dedos repartieron mi humedad dentro y fuera de mi sexo, preparándome, y rozaron furtivamente mi ano. Gemí más fuerte. Sergio sonrió con arrogancia, como si acabara de conseguir pervertirme. Todavía no sabía que yo venía pervertida de casa.

Me deshice del sujetador y de su camiseta. Le acaricié el torso entero, de arriba abajo, con las manos y las uñas. Dibujé un rastro encarnado al paso, ocho líneas rojas verticales sobre sus abdominales de acero. Capturé el primer botón de sus vaqueros. Lo desabroché. Y el segundo. Cuando estaba a punto de alcanzar el tercero, Sergio me lanzó contra la cama. Mi espalda rebotó en el colchón. Mis ojos se abrieron como platos por la energía del gesto. Los suyos estaban fijos en mi sexo. Me separó las piernas, me quitó las bragas y pegó un tironcito del pelo que cubría mi monte de Venus.

—Me gusta... —murmuró.

—Donde hay pelo, hay alegría. —Sonreí.

Sergio rio. Seguro que también se acordó de su alegato a favor de los genitales sin depilar. Se inclinó sobre mi cara y besó mis labios a turnos. Los mordisqueó mientras me acariciaba el clítoris. Dos dedos presionaron en mi interior y me retorció.

—No cierres las piernas.

Me penetró con los dedos, haciendo presión con la mano izquierda sobre mi rodilla. Me sentí llena, apretada como nunca. Repitió el movimiento. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera. Fue acelerando a medida que mi respiración empezó a entrecortarse. El sexo me ardía. Y el vientre. Y la garganta. Un fulgor desconocido se adueñó de mis entrañas. Se apartó de mi boca para observar mi expresión. Me costaba mantener los párpados abiertos. La cabeza me pesaba. Apoyó el pulgar sobre mi clítoris y mi cuello cedió, se curvó hacia atrás con un grito que él atrapó cerca de mis labios. Me besó. La barbilla, la garganta, las tetas..., todo lo que pilló al paso antes de que yo levantara la cabeza para que regresara a mi boca. Nos comimos como enfermos. Los sonidos de nuestras lenguas y su mano entre mis piernas se mezclaron, acuosos, chapoteaban entre gruñidos y jadeos. Mi interior empezó a contraerse y palpitar. Soltó mi labio inferior.

—¿Te vas a correr?

Gemí quejumbrosa. Todavía no quería terminar, pero no podía retrasarlo. No si seguía acelerando el pulgar. Dobló los dedos, dando de lleno en mi punto G. Mi gemido se transformó en grito. Empecé a temblar.

—Claro que te vas a correr —gruñó con morbo—. Como en tu puta vida. —Hincó los dedos en mi cervix—. Ahora, Greta.



Lo que ocurrió después no lo recuerdo. Mi cuerpo se descompuso en un millón de partículas y se escapó del dormitorio. Perdí el control sobre mí misma, sobre mis sentidos y sobre la noción del tiempo y el espacio. El estallido fue tan intenso que me hizo desaparecer. Los franceses llaman al orgasmo *la petite morte*. Y gracias a Sergio descubrí por qué.

## LA PREGUNTA CORRECTA

—Greta... Eh... Reacciona, tía. No me veo capaz de ocultar tu cadáver solo. Y a estas horas ya no me va a coger nadie el teléfono.

Sonreí con los ojos cerrados.

—Mmm... Llama a Santa Lucía. Tengo seguro de decesos.

—Muy previsor.

Sentí cómo el colchón se elevaba un poco cuando abandonó la cama. También, cierto escozor en mi vagina, mis pezones y mi boca y una tremenda comunión con la naturaleza. En ese momento, era más animal que persona. Tenía los sentidos a flor de piel y el instinto en plena alerta. Oí nítidamente cómo el agua empezó a correr en una ducha cercana. Abrí el ojo izquierdo y atisé una puerta entreabierta junto a la que daba acceso al dormitorio. En el suelo estaba la ropa de Sergio, cosa que me extrañó: él no se había ensuciado lo suficiente como para tener que asearse de inmediato.

Me levanté de la cama y me di un segundo para controlar el leve mareo que todavía agitaba mi cuerpo. Me dirigí hacia el baño, pequeño y funcional. Tras la mampara opaca, la silueta de Sergio movía enérgicamente las manos sobre su cuerpo. Me miré en el espejo que había sobre el lavabo: una mujer satisfecha me devolvió el reflejo. Abrí el agua fría y Sergio pegó un grito.

—Que me escaldo, joder.

Cerré el grifo, riendo entre dientes. Puse el tapón de goma negro sobre la abertura del desagüe. Y volví a dejar correr el agua.

—¡Greta!

—Ya, ya...

Me reí mojándome la cara. Los cuatro dedos de agua que retenía el lavabo se colorearon de un tono anaranjado y de los puntitos negros de mi rímel *waterproof* que flotaban en la superficie. Sergio salió de la ducha cuando casi había acabado con los restos del maquillaje. Nos miramos a través del espejo. Él empapado, con el pelo hacia atrás y solo una toalla pequeña colgando de sus caderas. Yo, con los ojos azules demasiado grandes, la piel demasiado imperfecta y la boca demasiado abierta.

—Sin toda esa mierda en la cara estás mucho más guapa.

—Discrepo. —Sonreí—. Pero gracias.

—No es un cumplido. Es una recomendación.

—Que me pienso pasar por donde me has metido los dedos hace un momento. Entonces, sonrió él.

—Puedes usar la ducha si quieres —me dijo sin abandonar el tono condescendiente—. Yo me voy a acostar. Necesito dormir.

—Me marchó enseguida, no te preocupes. —Me acerqué a él—. Solo necesito limpiarme... —Tiré de su toalla y se tapó instintivamente. Deslicé la felpa entre mis piernas y la lancé al cubo de la ropa sucia—. Lista. Procuraré vestirme igual de rápido para que puedas meneártela a gusto en cuanto me largue.

No le di opción a réplica. Salí del cuarto de baño, me puse tres de las cuatro prendas que había traído y le pedí una bolsita de plástico.

—¿De congelar o así? —me preguntó desde el baño.

—Por ejemplo.

—Busca en los cajones de la cocina.

Me costó trabajo, pero entre cubiertos, abridores, mosquetones, rollos de cuerda, pegamentos, folletos de comida a domicilio, cerillas y demás utensilios de lo más variopinto, encontré un rollo de bolsas. Metí mis braguitas en una y esta, dentro de mi bolso. No regresé al dormitorio para despedirme. Desde la puerta de la calle levanté la voz:

—¡Suerte en El Salvador!

Tampoco esperé la respuesta. Bajé hasta el portal al trote, cogí un taxi y me fui a Aravaca.

No me permití caer en sentimentalismos ni rayarme por su extraña ducha o por mi apresurada marcha. Me quedé solo con la parte que pude asimilar en aquel momento: había disfrutado como pocas veces en mi vida. ¿Quería repetir? Por supuesto. ¿Iba a montarme castillos en el aire por un simple revolcón? Descartado. Él tenía razón: no me había dado motivos para convertirle en el culpable de mis desvelos. Aquello era algo físico, mi corazón seguía a salvo.

Gracias a quedarme solo con lo positivo conseguí dormir como una bendita. Me levanté de buen humor, desayuné en la terraza trasera del chalet mientras veía cómo la lluvia inundaba la cubierta de la piscina y leí hasta las doce sin interrupciones. Después me llamó Natalie. Le conté por encima lo ocurrido y me ordenó que fuera a verla.

—¡Pero ya! ¡Quiero todos los detalles en directo!

—¿Llevo algo para comer?

—No hace falta. Dani está cocinando.

—¿Desde cuándo sabe? —pregunté extrañada.

—No sabe, pero lo intenta. Tú disimula te ponga lo que te ponga. El otro día me dio por decirle que la sopa de tomate estaba un poco sosa y me montó un Cristo de no te menees. Todavía está un poco afectado por lo de la amenaza de aborto.

—Vaya. No sabía nada.

—Claro, porque todos andáis preocupados por mí, pero es él el que peor lo está pasando.

—Se dio un susto tremendo, el pobre.

—Y sigue asustado... —Nat se interrumpió—. Nada, tranquilo. Estoy hablando con Greta. —Me pareció oír la voz de Dani de fondo—. Ahora se los doy. No, no quiero más agua. No, los cojines están bien como me los has colocado. Muchas gracias. —Bufó muy bajito—. Así todo el día, nena... Saludos de su parte.

—Ahora voy y te lo distraigo.

—Vale. No corras con el coche.

—Lo tengo en el parking de la agencia —recordé.

—Ay, putón. Sabía yo que ibas a terminar picando.

—No te alegres tanto. Tengo la intuición de que ha sido la primera vez y la última.

—Seguro que sí. —Se rio, antes de colgar.

Pedí un taxi, terminé de secarme el pelo, me embadurné la cara de *BB cream* y me pinté los ojos y los labios de negro. Creo que mi subconsciente seguía pensando en Sergio. Busqué unos vaqueros acampanados de talle alto en el armario y los conjunté con un jersey naranja de manga larga, ajustado, suave y corto, muy corto. Me aseguré frente al espejo un par de veces de que no se me veía el sujetador si levantaba los brazos, agarré unas Martens blancas, de reciente adquisición, y un chubasquero transparente. Me sentí audaz con el conjunto. Y acalorada dentro de tanto plástico. Me lo quité en cuanto entré en el taxi.

Tardé apenas veinte minutos en recuperar mi coche. No había tráfico. Iba sobrada de tiempo para llegar a la cata de las creaciones del nuevo chef Dani. Pensar en él me llevó a Sergio. O tal vez fueron las ganas, que, una vez liberadas, se negaban a volver a la tierra de la represión. El caso es que terminé en Lavapiés, dando vueltas por sus callejuelas, intentando encontrar un sitio donde aparcar el Infiniti, que llamaba demasiado la atención en aquel barrio. Desistí al cabo de un buen rato, me aposté en la calzada, junto a su portal, y, aprovechando que no venía ningún coche, le llamé.

—Dime —respondió al sexto tono.

—¿Estás en casa?

—Acabo de llegar de comprar, ¿por?

—Baja, por favor.

—A ver, Greta... Ayer ya lo hablamos...

—No te voy a pedir matrimonio, relaja los glúteos. Es por Dani. Te necesita.

—¿Qué le ha pasado?

—Baja y te lo cuento.

Minutos después, Sergio abría la puerta del portal. Vestía con un chándal Adidas tan *retro* que ya era tendencia. Tiró hacia arriba de la cremallera de la sudadera verde y se ajustó las gafas de sol Carrera antes de meterse en mi coche.

—¿Y esta vena Emo? —me preguntó.

—¿A qué te refieres? —Me señaló la boca. Yo me encogí de hombros, aceleré y el coche arrancó—. Me ha dado por ahí... Oye, ¿la siguiente calle es de subida o me obliga a la derecha?

—Te obliga. Sigue por la calle Atocha y, en la glorieta de Carlos V, a la izquierda.

—Vale. —Me paré en un ceda el paso y continué.

—¿Me cuentas lo de Dani?

—Nat dice que todavía está asustado por...

—No me jodas, Greta. ¿Me has sacado de casa por eso?

Me detuve de nuevo antes de girar y le miré.

—Pues claro. Algo habrá que hacer.

—Ya estoy en ello —dijo airado. Señaló hacia la derecha—. Tira, no viene nadie.

—Giré el volante y cambié a segunda—. Él sabe que puede contar conmigo en todo momento. No es necesario que esté encima, recordádoselo.

—No estoy de acuerdo. A veces, con saberlo no basta. Hay que demostrar las cosas.

—Si vas a empezar a tirarme pullitas, me bajo.

Me paré en un semáforo en rojo. Dirigí la vista hacia su cara crispada.

—¿Qué pullas, Sergio? Estaba hablando de Dani.

—¿Segura?

—Claro —asentí, confundida con su actitud.

—No te veo muy convencida.

—Porque estoy alucinando contigo. Tú no tienes nada que demostrarme. No espero eso de ti. Ni nada, en realidad. Te lo digo completamente en serio. Lo que pasó anoche no...

Un claxon me interrumpió. Resoplé, molesta, pero me puse en movimiento.

—No me gustó cómo te marchaste —confesó de pronto.

Una sonrisa irónica acompañó a mi labial negro.

—¿Y qué hubieras preferido?

—Esa no es la cuestión. Ahí es donde te estás equivocando. La pregunta es qué

hubieras preferido tú.

—Vaya, el *sensei* Santos ha vuelto. Lo echaba de menos. Bienvenido.

—Sin coñas, Greta.

—¿Siempre te lo tomas todo tan a pecho? ¿Siempre te preocupas tanto y lo sopesas todo tanto?

—No siempre. Y eso es un problema.

—¿Para ti?

—Para los dos.

—Ah, sí, claro. Que voy a terminar loca por tus huesos, embrujada por tus múltiples encantos, enamorada perdida... ¿Se me va notando ya? —Me palpé la cara con la mano derecha—. Yo no me he visto nada esta mañana.

—Te estás ganando un meneo... —Se rio.

Sentí cómo mi sexo palpitaba y metí tercera.

—¿Cuánto tardaste en correrte después de que me marchara?

—Menos de diez minutos.

—Entonces, entiendo tu preocupación. Te estás pillando, querido.

—Y tú acabas de pasarte de calle.

—No, voy por Plaza de Castilla.

—Bravo Murillo está en obras. Vamos a tardar más.

—No si me meto por Cuzco y giro en Sor Ángela de la Cruz.

—En Sor Ángela de la Cruz en dirección contraria, ¿no? Porque tiene la circulación al revés de como estás imaginando.

—No, señor, es de doble sentido —dije con firmeza.

Poco después, le señalé con excesiva alegría que no tenía ni pajolera idea del callejero de su ciudad. El que no me hubiera rebatido que se estaba pillando por mí no influyó en mi estado de ánimo. Para nada.

## EN GRIS

Dani abrió la puerta de su casa con un trapo de cocina al hombro y una sonrisa que desapareció en cuanto sus ojos verdes toparon con su amigo.

—¿Venís juntos? —preguntó.

Sergio no respondió; se limitó a entrar en el piso. Yo bajé la mirada, fingiendo arrepentimiento. Como cuando tu madre te descubre un chupetón: para ella es un signo de vergüenza y para ti el recordatorio de un momento estupendo, pero tienes que disimular para evitar la incomodidad del momento.

—Nos hemos encontrado en el portal —mentí.

Dani no me dio muchas más opciones con su postura. La de Sergio se tornó rígida. Se quedó clavado en medio del recibidor. Le sorteé por la derecha y me dirigí al salón, donde estaba Nat sentada en su sofá, rodeada de joyas tecnológicas y viandas orgánicas de la mejor calidad. Definitivamente, había mutado a faraona.

—¿Cómo vas, cariño?

Besé su mejilla, la manché de negro con el labial, froté el pulgar sobre su piel hasta que desapareció y me senté en el brazo del sofá.

—Pues aquí... —contestó, con la vista fija en Dani.

Su pareja eludió su mirada y regresó a la cocina. Sergio le acompañó segundos después.

—No te ha dicho ni hola —mascullé.

—No es de saludos, el muchacho. —Nat apartó el iPad de su regazo y tiró de la manga de mi jersey—. ¿Folla tan bien como parece?

—Ni idea.

Abrió mucho los ojos.

—No me digas que no...

Negué con la cabeza.

—Solo me... masturbó —dije en un susurro, vigilando la puerta de la cocina.

—¿Y tú a él?

—Casi nada.

—Joder, Greta. Eso no se le hace a una hermana. ¿Con qué fantaseo yo ahora?

—Lo tendré en cuenta la próxima vez. Si la hay. Mientras, te puedo recomendar un par de libros...

—Ayer terminé de releerme todos los de Shayla Black. Voy supersalida. Y, encima, no puedo aliviarme por prescripción médica. La próxima vez que te lées con Sergio, que pasará, acuérdate de mí.

Me reí.

—Si me acuerdo de ti, se me pone en huelga la libido.

—La mía podía tomarse también unos días de descanso —rezongó.

—Solo te faltan tres semanas de reposo absoluto.

—Depende de los resultados de las pruebas. Y, de chingar, me han dicho que me olvide de momento.

—Podréis probar con otras cosas.

—Dani ni me mira. —Puso cara de mártir—. Ha leído que las contracciones uterinas pueden empeorar el tema.

—Vaya panorama.

—Te juro que ya no sé cómo explicarle que yo también quiero este bebé con toda mi alma, pero que, si no sale adelante por lo que sea, no va a ser el fin del mundo. Nos tenemos el uno al otro. Y toda la vida para seguir intentándolo. —Bajó la voz y me miró a los ojos—. El miedo me ha condicionado tanto en el pasado que no puedo permitir que se mezcle con esto. —Se acarició el vientre—. De ninguna manera.

—Y está muy bien, cariño. —Deslicé la mano por su pelo corto—. Él también se dará cuenta.

—Más le vale... Oye, ¿por eso has traído a Sergio? ¿Para animar a Dani?

—En parte, sí.

—Perdona por cómo ha reaccionado cuando os ha abierto la puerta.

Torcí la boca.

—Me he sentido incómoda.

—Solo intenta protegerte.

—Lo sé. —Sonreí—. Y es de agradecer, aunque no me haga falta.

—Necesitar y hacer falta no es lo mismo, Greta. —Se giró un poco, con ayuda de las manos—. Tú no necesitas protección de nadie, eres una superviviente, la mejor que conozco, pero sí te hace falta que alguien se preocupe por ti, por tu seguridad física y emocional. Por eso regresaste a Madrid. Por eso seguimos siendo amigas después de tantos años. A todos nos hace falta la red de seguridad que otros pueden ofrecernos. Y no somos menos fuertes por reconocerlo.

—Joder, Natalie, la maternidad te ha colmado de sabiduría —se burló Sergio, desde la puerta de la cocina.

—Ella siempre ha sido sabia —apunté.



—Bueno... —canturreó Nat—. He tenido mis momentos. Eso sí, me he convertido en experta en conservar cerca a personas maravillosas.

—Una habilidad fundamental. —Sonreí.

—En lo de hablar con doble intención ¿también eres experta?

Las dos le miramos con acritud mientras ocupaba un extremo del tresillo.

—¿De qué me estás acusando exactamente? —preguntó mi amiga.

Sergio la estudió, entornando los párpados, y se relajó sobre los cojines sin dar respuesta.

—Hoy tenemos el día... suspicaz —le dije a Nat.

—Claro, como no se corrió...

Los ojos negros de Sergio me fusilaron, me lanzaron una ráfaga de reproches, duros, fríos, muy seguidos, que me hicieron retroceder y encorvar los hombros.

—¿Era necesario dar también detalles? —me preguntó en tono glacial—. ¿No bastaba con tardar solo unas horas en contárselo a tu amiga y que ella —miró a Nat— corriera a chivárselo a mi hermano? ¿Piensas hacer lo mismo en la agencia? ¿Me voy buscando otro curro?

—Oye, tú... —Natalie alzó la voz y el dedo índice. Yo me puse de pie. Dani salió de la cocina—. La ristra de preguntitas te la ahorras. Y el tono impertinente, también. A mi hermana —recalcó la palabra— me la respetas. Y más en mi casa.

Sergio se levantó, directo hacia la puerta de la calle. Dani le agarró del brazo. Sergio se revolvió y le miró enervado. Dani apretó la mano y tiró hacia él.

—Para —dijo con voz calmada—. No sigas. Eres tú el que lo está convirtiendo en un problema. Lo sabes. —Una mirada cargada de intención de Dani hizo parpadear a Sergio.

—¿Por qué no se lo dices a ella?

—Porque ella no se está comportando como una idiota.

—¿Y yo sí? —le desafió.

—No me obligues a confirmarte lo evidente.

—Empiezo a estar hasta la polla —gruñó Sergio entre dientes.

—Yo también.

«Y yo», pensé. Pero no lo verbalicé para no empeorar la situación.

—Bueno, ¡se acabó! —exclamó Natalie—. Si quiere irse, que se vaya, Dani. Ya volverá cuando se le pase el mal rollo.

—Hazle caso a tu mujer —dijo Sergio.

Dani le soltó sin ocultar su decepción.

—Vete, sí. Y reflexiona sobre el hecho de que estás provocando justo lo que tratabas de evitar.

—Ya tengo un padre, tío.

—Te envidio por ello —dijo Dani—. Piensa también si te educó para que trataras así a la gente que te aprecia.

La tensión abandonó el cuerpo de Sergio. Sus puños se abrieron, sus hombros cayeron, sus arrugas se desdibujaron y una inmensa tristeza asomó a sus ojos oscuros. Todo se volvió gris. Fue como entrar en una película de cine mudo, una cuyo protagonista era un hombre derrotado por la vida.

—Lo siento —dijo en un susurro frágil.

Dani sonrió y apretó su hombro.

—Es un buen comienzo.

—Me piro a dar una vuelta, a ver si se me pasa la tontería.

Con la mirada fija en el parqué, Sergio se dirigió hacia la puerta de la calle. Se marchó, como tantas otras veces, sin despedirse, a la francesa.

Nat y Dani de inmediato propusieron comer y escuchar música, hicieron comentarios sobre el tiempo... Y yo también me quejé del frío, y puse la mesa y el vinilo de Cat Stevens en la pista de *Wild world*, intentando procesar todo lo que había ocurrido. Cuando Lara y Asier llegaron a las seis, todavía no había pasado del intento.

Los chicos se fueron al cine por iniciativa de Asier. Nosotras charlamos durante varias horas. Lara nos contó por fin por qué estaba tan apagada últimamente. Le habían ofrecido una plaza temporal en un hospital holandés. Era una especie de programa de intercambio para profesionales; sonaba muy interesante y estaba fantásticamente remunerado, pero su marido no iba a poder acompañarla.

—¿Y qué? —le preguntó Natalie.

—Pues eso... —musitó la rubia—. Que no me parece bien separarme de él. Soy su mujer.

—Larita, chata, no me seas obtusa. Ese comentario apesta a naftalina. Seguro que Asier también te lo ha dicho.

—No sabe nada.

—Se lo estás ocultando porque estás segura de que te va a convencer para que aceptes, ¿verdad?

Elevó un hombro y asintió levemente.

—Es que... primero quiero tenerlo claro yo.

—Eso es fundamental —medié.

—Está mareando la perdiz —afirmó Nat.

Y el tiempo le dio la razón, aunque, en ese momento, lo único que consiguió con su comentario fue que Lara se encerrara en sí misma y no volviera a citar el tema.

Mi amiga Natalie es muy sabia, pero de inteligencia emocional va un poco justa. Ella suelta sus verdades sin mesura, dando en el clavo donde otros se agarran, y hace daño. Sin quererlo, por supuesto. Pero no por eso duele menos. Yo prefiero su estilo directo, pero mucha gente huye de él... como de Hacienda. Como Sergio.

Pensé mucho en él durante el puente de primeros de mayo, que terminé pasándolo casi al completo en casa de mi amiga. En cuanto me encontraba sola, en el cuarto de invitados, en la cocina o en el baño, sacaba el móvil y buscaba su contacto. Mi intuición me decía que lo mejor era no presionarle, dejarle respirar, que ordenara sus ideas y se marchara a El Salvador a encontrar lo que fuera que buscara, pero mi carácter me instaba a que solucionara el conflicto con inmediatez y de forma definitiva. Mi paz interior dependía de ello. Me sentía culpable por haber compartido algo que no era exclusivamente mío e inquieta por haberle visto tan derrotado.

Fue el jueves por la mañana, al estacionar el Infiniti en el parking de la agencia, cuando el peso de su ausencia se me hizo palpable. Lo noté en mis manos frías, que no tenían motivos para abrir la puerta del coche, en mis piernas, que se negaban a llevarme hasta la oficina, en la desgana, que me había hecho olvidar por qué demonios me había levantado de la cama. Agarré el móvil. Solo me quedaban diez minutos para decidirme. Diez minutos por los que, si no utilizaba, me pasaría toda la jornada laboral arrepintiéndome. Le llamé. Con el pulso acelerado y un repentino sudor cubriendo las palmas de mis manos. El teléfono se me escurrió antes de que la llamada finalizara. Él no contestó.

Cogí aire y me resigné. Poco más podía hacer. Yo ya había cumplido con la parte que mi conciencia me dictaba. El siguiente paso dependía de él. Algo muy poco alentador.

Salí del coche, me coloqué el *blazer* gris de cuadros sobre los hombros y enganché las asas del bolso en la parte interior del codo. No me quité las gafas de sol para recorrer el parking hasta la salida de vehículos. Encendí un cigarrillo en cuanto alcancé la calle. Apuré los últimos minutos antes de entrar a trabajar, inundando mis pulmones de humo y mi cabeza de preguntas. ¿No me lo había cogido a propósito o por descuido? ¿Estaría ya sobrevolando el océano? ¿Pensaría en mí, aunque solo fuera una vez, en su mes de exilio?

Entré en el edificio de oficinas con pasos perezosos, me desprendí de la chaqueta y eché el que me prometí que sería el último vistazo al móvil. Se iluminó en cuanto lo sostuve en la mano. Su nombre apareció en la pantalla. Mi pulso se descontroló. Así era muy difícil no creer que entre nosotros había una conexión especial. La dichosa magia...

—Hola —contesté.

—Estaba pasando el control del aeropuerto. ¿Qué querías?

Me aparté de la entrada y me cobijé detrás de un macetón, el primer sitio donde encontré un mínimo de privacidad.

—Quería disculparme por haberle dicho a Nat lo que hicimos en tu piso.

—Lo esperaba.

Y ya está. No dijo más. No asumió su parte de culpa con el resto, que era lo que yo esperaba.

—Bueno, pues... nada. Que tengas un buen vuelo.

—Gracias. —El silencio ocupó la línea, pero ninguno de los dos colgamos—. ¿Tienes que decirme algo más?

—No. ¿Y tú?

Escuché algo similar a un soplido. No sé por qué, lo imaginé tirando de sus endiablados rizos.

—Yo... —murmuró—. Mejor le doy una vuelta estas semanas a lo que tengo que decirte. No quiero hacerte daño, Greta. Lo digo muy en serio. Necesito que me creas en esto.

Su tono demandaba más clemencia que imposición. Fue el que me llevó a aceptar sin dudas.

—De acuerdo —asentí—. Yo te creo en esto, tienes mi confianza... Úsala bien.

—Lo estoy intentando.

—Con eso me vale. —Sonreí.

—No debería ser así. No deberías conformarte con...

—Sergio —le interrumpí—, soy yo la que elijo lo que debo o no hacer. Solo yo —insistí—. No necesito que me protejas, siempre lo he sabido. Lo que he aprendido estos días es que sí me hace falta sentir que te preocupas por mi bienestar. Y es lo que creo que estás haciendo, de alguna manera..., con la que no comulgo, por cierto. Pero está bien. Para mí lo está.

—La dulce Greta... —dijo en un susurro. El vello de mis brazos se levantó para atraparlo—. La primera vez que oí a Nat llamarte así me entró la risa. Me pareció ridículo...

—Qué bien. Me encanta que me lo digas.

Sergio rio.

—¿Me dejas terminar?

—Sí, claro, perdona.

—Te disculpas demasiado.

—Es lo que hace la gente de bien cuando se equivoca —carraspeé.

—Yo no soy de esos, ya lo sabes. Y en cuanto a lo que te estaba diciendo antes... Mira, mejor te lo escribo. Acaban de abrir el embarque y tú vas a llegar tarde.

—¿Esto tiene algo que ver con tus lecciones sobre la gratificación aplazada? Volvió a reír.

—Joder, cómo te voy a echar de menos.

Lo soltó como el que confiesa el mayor de los pecados: con rapidez, ímpetu y un profundo alivio. Y luego me colgó. Mis manos ardían cuando guardé el teléfono. La sonrisa no abandonó mis labios en muchos, muchos días.

## AUNQUE TE DÉ LO MISMO

Sergio no me escribió con la explicación que me debía sobre mi dulzura. Los primeros días lo achaqué al *jet lag*, a la adaptación al país, a la compañía telefónica. Cumplida la primera semana, empecé a pensar que lo estaba haciendo a propósito, por dejarme con las ganas, eso que tan enganchada me tenía.

Cuando pasó el día decimoquinto sin saber nada de él, me convencí de que lo había olvidado. Y, de paso, a mí también. Y estaba en su derecho: era su aventura, yo pintaba nada en ella, pero le había creído cuando me había dicho que me iba a echar de menos. Le había creído con una fe ciega tan grande que necesitaba alguna prueba para no preocuparme.

Preocuparme más, quiero decir. Porque, aparte de lo que a mí se refería, estaba su integridad física de por medio. Sergio debía de estar intentando dominar a una montaña que era mucho más grande que él, más peligrosa y más antigua. Era tan fácil sufrir un accidente... Que no pudiera ser rescatado... Que su cadáver no fuera nunca recuperado... Me ganó el drama, está claro, pero es que nadie tenía noticias sobre él, ni siquiera de su llegada a destino. Por lo que pude averiguar, la última en hablar con él fui yo. Asier y Dani decían que era lo habitual en ese tipo de viajes, que Sergio era así, que me quedara tranquila, y yo intenté seguir sus consejos... con ningún resultado.

—En serio, Greta —insistió el informático—. Sergio siempre desconecta del todo cuando se pira.

Su mujer, Lara, se levantó del tresillo y cambió la *playlist* que se reproducía en su móvil, conectado a los altavoces del equipo de música de Dani. Estábamos los cinco en su casa, como un sábado más, rindiendo pleitesía a la faraona y tratando de que el abogado no pensara demasiado en el miedo que le dominaba esos días. Su familia estaba en peligro: ¿quién es el valiente que no se asusta en semejante situación? Por eso, nadie juzgó su postura, nadie le obligó a entender algo que solo podía percibirse dentro de su piel, solo tratamos de distraerle... con ningún resultado.

—Voy a bajar a por fruta, casi no hay —le dijo a Natalie.

—Te acompaño —dijo Asier.

Nat fingió una arcada en cuanto salieron del piso.

—Estoy de fruta hasta la seta.

—Lo hace por vuestro bien —dijo Lara, sentándose esta vez en el suelo, junto a mí.

—Ya, ya... —masculló Natalie. Señaló el aire y la arcada no tuvo que fingirla—. Tía, ¿Shakira? ¿En serio?

Lara se ruborizó.

—Si quieres, la cambio.

—No, déjala, por favor —le pedí.

—¿Tú también, hermana? —me preguntó Nat, sintiéndose traicionada.

—¿Estás escuchando la letra? —musité.

*«Si es cuestión de confesar...,  
nadie piensa en ti como lo hago yo, aunque te dé lo mismo.  
El cielo está cansado ya de ver la lluvia caer  
y cada día que pasa es uno más, parecido a ayer.  
No encuentro forma a alguna de olvidarte.  
No tienes que decirlo.  
No vas a volver.  
Te conozco bien.  
Ya buscaré qué hacer conmigo».*

—Hostia... —dijo Natalie—. Pues me gusta... —Hizo una mueca extraña—. Pero no entiendo qué tiene que ver contigo.

—¿Y conmigo y con Sergio? —musité.

—Menos. A él no le da lo mismo lo que pienses; va a volver seguro, y tú no le conoces.

—Pues no será porque no le pongo empeño.

—No, no..., si no te culpo a ti. Empiezo a estar del lado de Dani.

Bufé.

—¿Me lo explicáis, por favor? —rogó Lara.

Y, aunque no quería difundir la noticia, tampoco quise hacerle el vacío a ella.

—Sergio y yo... tenemos... un rollo. Mejor dicho: nos hemos enrollado. Pero solo una vez..., y fue un poco a medias..., aunque estuvo genial, para mí por lo menos. Él, la verdad es que..., no sé, no sé..., nada. Lo mismo me acusa de indiscreta que me confiesa que me va a echar de menos. Y no fue una frase hecha: me lo dijo como si le fuera la vida en ello.

—No me lo habías contado —protestó Nat.

—No tenía que haberlo hecho, en realidad. De alguna manera, entiendo su celo; lo que pasa entre nosotros es eso: nuestro.

—Pero necesitas compartirlo para no volverte loca —dijo Lara.

—¿Más? —bromeó mi amiga.

Resoplé y negué con la cabeza.

—Ya he pasado por esto antes. Así no. Igual no Pero ya me he visto perder el tiempo en relaciones en las que las dudas y la inseguridad terminan siendo la tónica. Pensaba que lo tenía superado. Que ya no iba a volver a caer. Que con veintinueve putos años ya sé lo que quiero y cómo conseguirlo... Y miradme. —Me señalé con ambas manos y por fin reconocí—: Aquí estoy de nuevo. Colgada por un tío que no parece merecerme y que me hace sentirme, con un simple gesto, la mujer más especial del mundo.

—¿Por qué crees que no te merece? —me preguntó Lara.

—Porque él se esfuerza en demostrárselo —contestó Natalie—. Está empeñado en que su relación no funcione.

Lara frunció el ceño, yo asentí, Nat se encogió de hombros y la puerta de la calle se abrió.

—Ya estamos de vuelta —anunció Asier.

Dani se acercó hasta Natalie con dos bolsas llenas de fruta, la besó en los labios y se fue a la cocina. Asier se escarranchó en el tresillo.

—Estáis muy serias. ¿De qué hablabais?

Lara miró al techo; yo, a mis manos, y Natalie improvisó:

—De que está todo el santo día lloviendo. Deprime a cualquiera.

—Ah —dijo Asier—. Así que de Sergio... ¿Y bien? —le preguntó a Lara—. ¿Qué opinas del tema?

—¿Tú ya lo sabes? —le pregunté al informático.

—Sí, y me lo dijo él. Apúntate una. —Me guiñó un ojo.

—Asier... —masculló Dani, saliendo de la cocina.

—Greta tiene derecho a enterarse —se defendió el otro.

—Pero tú no a contarlo.

—Bueno..., pero ahora que lo ha soltado —dijo Nat—, ya no hay solución. —Se dirigió a Asier—: Desembucha. Con detalles.

—No hay detalles, bruja Lola. Solo me dijo que... —al recordarlo, Asier tragó saliva— pasó algo. Y ya.

—Y una mierda —protestó Nat.

—Cariño, no... —dijo Dani.

—Ni cariño ni nada. ¡Quiero las palabras exactas! —Se agarró el vientre—. ¡Estoy embarazada: no lo quiero, lo exijo!

Asier se rio. Me miró de soslayo.

—No te preocupes. —Le sonreí—. Sea lo que sea, podré soportarlo.



—A ver... —dijo—, es que a Sergio hay que traducirle un poco. —Asentí con la cabeza—. Él dijo algo como... que se le fue la pinza... Pero se refería a que él no había planeado que os enrollarais, y se le escapó un poco de las manos.

—Pues, mira, justo las manos fueron lo que más se pringó —protestó mi amiga.

—Joder, Natalie. Yo no necesitaba saber eso. —Rio Asier—. Bueno, en resumen, que cree que no ha actuado bien del todo, pero no se arrepiente ni nada de eso.

Lara sonrió. La cara de Dani seguía impertérrita.

—Él actuó mucho mejor que bien —musité.

—Y le ha dicho que le va a echar de menos —me defendió Natalie.

—De eso puedes estar segura —atestiguó Dani.

Y no sé si fueron las ganas que tenía de creerle o que él era así de fiable, pero me convencí.

—Yo hace mazo que no le veía así de... pendiente con nadie —dijo Asier.

Miré a Dani.

—Es verdad. Normalmente no toma tantas precauciones.

—No suele tomar ninguna —concedió Asier—. Él se mueve por instinto. Es así. Desde lo de Gabriela, no ha vuelto a...

Dani carraspeó.

—Que se lo cuente él cuando crea conveniente —le dijo a Asier.

—Larita —dijo el aludido—, ¿te importa que quite a Shakira y ponga música de verdad?

Su cambio de tema fue efectivo en el salón: dejamos de hablar de Sergio. En mi cabeza no tuvo ningún efecto. El nombre de ella, Gabriela, quedó flotando en mi mente hasta que di con el lugar donde encajaba. Era la antigua asistente de la agencia, la que había renunciado al trabajo por culpa de Sergio, según sus palabras.

Me fue imposible parar de pensar en su historia, se me hizo imprescindible obtener más información. Supe que de Sergio difícilmente vendría; de sus amigos... era ponerlos en un compromiso; la oficina era el único lugar donde podía encontrar algo: Mónica, Irene y las gestoras de cuentas no iban a serme de ayuda, pero Diego... Sí, Diego era mi hombre. El lunes mismo resolvería el misterio... De ilusión también se vive.

## LA AVENTURA SIEMPRE TIENE SUS RIESGOS

El lunes crucé la puerta de la Agencia Ballester con la mejor de mis sonrisas.

—Buenos días, Diego. ¿Qué tal el fin de semana?

—Bien, gracias. ¿Y el tuyo?

—Muy normalito. —Me acerqué a su mesa y eché un vistazo rápido. Tenía el móvil junto al teclado del ordenador. La carcasa mostraba el estandarte de la casa Stark—. He quedado con unos amigos y he estado viendo temporadas de *Juego de tronos* a lo loco.

—Me encanta la serie.

—¡No me digas! Ay, pues, si quieres, luego nos tomamos un café y comentamos la última temporada. He leído una teoría superextraña sobre Arya Stark.

—¿A las once y media te viene bien? —me preguntó de inmediato.

—Genial.

Me fui al departamento comercial tan contenta, se me pasó el buen rollo en cuanto vi a mi compañera Mónica. Me coloqué en mi puesto y suspiré al ver que el de Sergio seguía vacío. Irene me pidió que le actualizara la agenda, las gestoras de cuentas me ordenaron un millón de cosas más y, a las once y media, como un clavo, me dirigí hacia la sala de descanso que había frente a la recepción.

El director del departamento financiero y la auxiliar tomaban café junto a la ventana que daba al patio de luces del edificio, muy próximos a la nevera. Los saludé y me acerqué a Diego, que ya estaba preparando los tés en la otra esquina del cuartito.

—Muchas gracias —le dije al coger la taza que me ofreció.

—Era verde el que te gustaba, ¿verdad?

—Sí, está perfecto.

—¿Sacarina o Stevia?

—Stevia, gracias.

—Yo también la prefiero. —Me echó unas gotas del edulcorante—. Dicen que es más sana.

—Sí. —Revolví el té con un palito y le di un trago, pensando en cómo sacar el tema de Gabriela sin parecer una cotilla—. Vaya día hoy... Irene me ha encargado su agenda y, de primeras, menudo follón —mentí—, menos mal que estaba todo

explicado en el manual que elaboró... ¿cómo se llamaba? —Diego me miró sin entender—. La asistente que ocupó mi puesto..., ya sabes... ¿Era... Jimena?

—Ah, no. Era Gabriela.

Los del departamento financiero interrumpieron su conversación cuando fue nombrada.

—Eso, Gabriela. —Asentí—. Debía de ser una *crack*. El manual es una joya.

—Era muy buena, sí. Y amable. Le caía bien a todo el mundo. Hasta a Mónica.

Su sonrisa mostró más tristeza que alegría, pero no dijo más.

—Pues qué pena que se despidiera.

—Sí, eh... —Diego me rehuyó la mirada y bebió de su té—. Lo de Arya Stark que me dec...

—¿Y cómo era Gabriela? Físicamente, me refiero. —El recepcionista me observó con recelo—. Es por hacerme una idea correcta de ella.

—Era... guapa. —Se apartó un paso y volvió a beber.

—Vaya..., amable, simpática y guapa. Yo me habría enamorado de alguien así. Y más trabajando con ella todo el día. ¿Rompió muchos corazones en la oficina?

Diego apartó la mirada de mi cara y tragó un sorbo como si fuera vinagre.

—Creo que me voy a terminar el café en mi mesa. Tengo mucho correo por clasificar.

Mierda, se me iba. Aquello no había servido de nada. Solo para hacerme parecer una entrometida.

—Si necesitas que te eche un cable... —me ofrecí.

—Gracias. Sí..., yo, yo te aviso.

Me dejó plantada con el té y sin información. Tragué hasta que pude ver el fondo de la taza. Desde la ventana, el director financiero comentó:

—Gabriela era mucho más que guapa.

—Era guapísima —confirmó la auxiliar—. Y tenía una figura envidiable. Para ser mamá, lucía los vaqueros de tiro bajo como nadie.

—¿Era mamá? —pregunté de sopetón, impactada por el hallazgo.

—De una niña preciosa —contestó la auxiliar—. Su marido también era muy guapo y...

El financiero la interrumpió, dirigiéndose a mí:

—¿Qué sabemos del vacacionista? ¿Regresa ya pronto?

—¿Te refieres a Ser... Santos? —pregunté.

—Claro.

—No sé nada de él. —Por desgracia, no tuve que mentir.

—Venga... —Una mueca socarrona ocupó sus labios finos—. Os hemos visto

bajar a fumar juntos... Algo sabrás.

—Te aseguro que nada. Santos y yo no nos relacionamos fuera de la oficina. Y tampoco dentro. —Una mierda de afirmación, porque tampoco era mentira del todo—. Sé tanto como vosotros.

Parecieron convencidos. Al menos eso estuvo bien. El resto... me hizo arrastrar los pies hasta mi escritorio y trabajar mecánicamente el resto de la jornada. Gabriela, la amable, la portadora de la simpatía de todos, la guapa, guapísima..., era madre y esposa. Y había perdido su trabajo, el que seguramente sustentaría en parte a su familia, por culpa de Sergio. La aventura siempre tiene sus riesgos. Y yo tuve la sospecha de que había más detrás de aquella historia.

—El marido la pilló en la cama con Sergio y ella dejó el trabajo por vergüenza —aventuró Carla dos días más tarde, el vigésimo sin noticias de él.

La recogí a la salida del trabajo y nos fuimos a renovar la ropa de baño; la temporada estival estaba cerca, aunque el clima lluvioso y frío indicara lo contrario.

Estábamos metidas en los probadores de la *boutique*, uno contiguo al otro. Ella me exponía sus teorías sobre el tema de Gabriela y yo trataba de enfundarme un triquini diseñado por alguien que no pensaba ponérselo.

—Lo que has dicho no tiene sentido, Carla. ¿Cómo va a dejar el curro por vergüenza? ¿Vergüenza de qué? Si ya te ha pillado el marido..., te sigues tirando al amante y afianzas tu fuente de ingresos, que falta te va a hacer y más teniendo una hija... Yo creo que la dejó Sergio.

Carla abrió la cortina. Me tapé como pude.

—¿Mejor este blanco o el otro de ganchillo? —me preguntó, señalando el biquini que llevaba puesto.

—El de ganchillo. Yo me voy a pillar uno.

—Entonces, este.

—Fenomenal —musité—. Me encanta que valores mis consejos.

—Soy más clásica que tú, nenita.

Se fue a su probador.

—No siempre... —Cerré la cortina—. ¿O ya no te acuerdas de Ibiza?

—Yo nunca he pisado esa isla —rio.

—Tengo fotos que lo atestiguan.

—Y por eso sigo soportándote.

Abrió de nuevo la cortinilla de mi probador, ya vestida; cargaba con al menos una docena de prendas.

—Termina. Voy pagando.

—Toma. —Le di el biquini de ganchillo y un bañador color *nude* con un unicornio

tornasolado estampado en el pecho y un escote trasero indecente—. Luego pago yo la cena.

—Estoy a dieta. Mejor me das el dinero.

Carla estaba forrada, pero era una tacaña de campeonato. Le pasé la cartera con una mirada de reproche.

—Paga con la Mastercard. El pin es 5478.

—No se te ha quitado la mala costumbre... —me regañó, dirigiéndose a la caja.

Tenía razón en lo de que no había abandonado el hábito de compartir información sensible con gente de mi confianza. Ni pensaba abandonarlo nunca. Que mi exnovio, Clément, lo utilizara para engañarme, no era motivo para cambiar. Fue él el que actuó mal, no yo. Me negaba a vivir a la defensiva por su culpa.

Me abotoné la camisa y me coloqué la melena frente al espejo. Abrí el bolso para coger el pintalabios y repasármelo, pero mi móvil sonó primero.

Era Diana, la amiga de Sergio, la que tenía alguna especie de derecho de antigüedad sobre él, la que sabía que se le ponía dura cuando tocaba la batería inspirado.

—Hola —contesté, intentando no parecer sorprendida.

—¡Hola, guapa! ¿Cómo te va? Hace mil que no sé de ti.

Claro, porque no éramos amigas..., ni nada. Solo habíamos coincidido dos veces y en nuestra última interacción yo le guiñaba un ojo porque me iba a casa de Sergio y a ella le rechinaban los dientes apoyada en la barra del *pub* donde dieron el concierto.

—Pues bien, como siempre. Me has pillado comprando.

—¿El qué?

—Ropa de baño.

—Yo debería renovar la mía. Podías haberme avisado...

—Eh... Sí, bueno..., no caí.

—¿Qué vas a hacer luego?

—Tomar algo con una amiga.

—Estamos en el local de ensayo. Veníos.

Salí del probador.

—Voy a consultarlo. Ahora te escribo.

Colgué y me acerqué al mostrador donde Carla estaba recuperando mi tarjeta de crédito; guardé la cartera, nos despedimos de las dependientas y salimos de la tienda.

—¿Quién te ha llamado?

—Una amiga de Sergio. —Carla se tropezó con un viandante—. Perdón —dije

yo, ante la ausencia de disculpas de mi amiga.

—¿Una de esas del grupito de música? —Asentí con la cabeza—. ¿La que ha estado con él o la del novio con pinta de delincuente?

—La primera.

Un brillo perspicaz en sus ojos me dijo que había identificado a Diana.

—¿Qué quería?

—Verme.

—Claro... —Rio, despótica—. Si quiere marcar territorio, que se compre un mapa y una caja de rotuladores.

—A lo mejor le caigo bien...

—Ja. —Se cruzó el fular sobre un hombro.

—Joder, Carla. Tampoco es algo tan descabellado.

—Esa te está controlando. Se siente amenazada por ti. Por eso quiere ganarse tu simpatía.

—Pues ya somos dos. —Metí las manos en los bolsillos de la cazadora.

—¡No la habrás aceptado a la primera!

—Le he dicho que ahora le contestaba.

—No te apresures. Que espere un rato. Que sepa quién manda.

Su comentario me hizo pensar en Sergio.

—¿Crees que él no me escribió por algo similar?

Tarareó un asentimiento.

—Estoy segura de que pretende que sigas detrás de él. Y tú deberías actuar en consecuencia: trátale lo peor que sepas y verás qué pronto te suplica.

—Yo no soy así. Y no quiero serlo. Paso de jugar a esa mierda. Ya no tengo quince años.

—Tú no, pero él parece que sí. Huye del compromiso, hace viajes de mochilero, toca en una banda con sus amigotes...

—También es el director creativo de la agencia y renunció a vivir en Londres para cuidar a su madre.

Se paró en medio de la acera, con las cejas mucho más alzadas de lo que sus normas antiarrugas le recomendaban.

—Eso no me lo habías contado.

—¿No? —Carla negó con la cabeza, muy atenta a mis palabras—. Pues me lo dijo Nat, hace ya tiempo... Resulta que él vivía en Londres; estaba genial, tenía un buen curro, amigos, un alquiler muy cerca de Camden... Pero a su madre le volvieron a descubrir unos nódulos en el pecho y él regresó a su lado. Viven en Alcalá de Henares, sus padres y sus dos hermanos. Él va prácticamente todos los fines de

semana a verlos.

—Ni siquiera sabía que tenía hermanos... ¿Qué más me has estado ocultando? — preguntó, herida.

—De lo relevante, nada. Su entorno o su vida pasada... no me interesan.

—A mí sí.

—Porque eres una entrometida declarada, cariño. —Acaricié su brazo derecho—. A mí me da igual lo que fuera: solo quiero saber quién es él ahora y si puede tener cabida en un futuro... En mi futuro.

—Te has enamorado, nenita. —Me miró como si acabara de darme el pésame.

—No. —Sonreí para tranquilizarla—. Pero te confieso que me encantaría que él me diera algún motivo para hacerlo.

## VER PARA CREER

Carla se mantuvo en silencio todo el trayecto en coche hasta Lavapiés. De camino al local de ensayo, por las callejuelas estrechas del barrio, me reconoció que le había impresionado lo de la madre de Sergio. Ella pensaba que él era una especie de ente sin corazón, un Voldemort disfrazado de hombre rudo y altamente follable, un monstruo egoísta carente de sentimientos. Y yo me encontré defendiendo el buen fondo que sabía que tenía. Lo había visto en el camping, en el hospital, en la agencia, en su piso... Él cuidaba de los demás, se preocupaba por los suyos. Aunque pareciera inverosímil, yo también me había sentido protegida por él; de un modo extraño y particular me había demostrado que mi bienestar le interesaba. Otra cosa era lo mucho que me irritaba el exceso de precaución que llevaba asociada su conducta..., pero el fondo ahí estaba. Y era bueno. Con eso me bastaba.

—Te conformas con poco —me dijo Carla.

—Me conformo con lo que me da la gana —repliqué, un poco harta de que todo el mundo opinara sobre algo que solo yo sentía.

—Bueno, vale... Pero luego no me acuses de que no te lo advertí.

Llegamos al local de la fachada llena de frutas. El cierre metálico estaba a medio subir. Tuvimos que agacharnos para entrar en el local.

—Hola —dije incorporándome.

La primera cara que vi fue la de Rubén, a dos pasos de mí, delante del sillón de escay. Y no era una cara amable.

—¿Qué haces tú aquí?

—La he invitado yo —dijo Diana.

Miré hacia el fondo del local. La encontré sentada en el banco de la batería Sonor, con las baquetas de Sergio en las manos.

Rubén emitió un bufido que reclamó mi atención. No le hizo falta decir nada para evidenciar que no le hacía ni puta gracia mi visita. Carla me empujó al erguirse después de atravesar la entrada. Ambas trastabillamos. Yo me sujeté a la pared derecha. Rubén agarró a Carla y su cara cambió radicalmente.

—¿Y tú quién eres? —preguntó en un susurro.

Si no me hubiera parecido increíble, habría pensado que estaba embelesado.



Carla alzó la cabeza y se encontró con sus ojos fascinados, con su cuero cabelludo desnudo de pelo, pero no de tinta, con sus gigantescas dilataciones... y, en vez de asegurarse de que su cartera seguía en su bolso, que era la reacción que yo esperaba, pestañeó dos veces. La primera por la sorpresa, la segunda por coquetería.

—Soy Carla, la mejor amiga de Greta. —Se irguió con ayuda de Rubén, que no apartó las manos de sus brazos—. Encantada... —Le dio dos besos, lentos e intencionados.

—Igualmente —susurró él, cerrando los ojos al contactar con sus mejillas—. Soy Rubén.

—Y yo, Mery. Su novia.

La pelirroja tiró de su chico y deshizo el pseudoabrazo. Carla y Rubén se miraban en silencio. Me vi obligada a intervenir.

—Hola, Mery. —Me acerqué a ella por detrás de Rubén y le di dos besos. Fue como besar a un poste de hierro—. Me alegro de verte. ¿Qué tal todo? —No me respondió. Observaba con inquietud la mirada que su novio estaba compartiendo con mi amiga—. ¿Dónde están los demás?

—¿Preguntas por Ángel en concreto? —Diana dio un golpe al platillo y soltó las baquetas sobre la caja—. Acaba de irse con Walter. Sin Sergio no han podido tocar gran cosa.

Se levantó y agarró por un extremo el banquito; lo colocó frente al sofá. Mery volvió a tirar de Rubén, y prácticamente le sentó sobre el escay antes de ocupar sus piernas. Yo me senté a continuación y Carla a mi lado.

—Hay cerveza en la nevera —le dijo Rubén.

—No, gracias. Estoy a dieta.

—Vaya gilipollez —se rio Mery—. Si te alimentaras bien, no te haría falta ponerte a dieta.

Diana sonrió. Carla miró a la pelirroja con indiferencia. Yo traté de cambiar de tema y, ya de paso, averiguar para qué habíamos ido.

—Bueno, y ¿qué tal todo? —le dije a Diana.

—Tirando, que no es poco.

—No te quejes, que este mes estás como una reina —dijo Mery.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso? —piqué.

—Me he librado de aguantar a mis compañeros de piso. Le estoy cuidando el suyo a Santos.

Me costó mantener la postura relajada. Me dio tanta envidia que estuve a punto de permitir que se reflejara en mi cara.

—Ya te queda poco —dijo Rubén.

—Nueve días todavía —replicó su chica—. Vas a ir a buscarle al aeropuerto, ¿no, Di?

—Eso me pidió. Solo me tiene que confirmar la hora.

—Ya está en la capital —dijo Mery—. Te llamará en cualquier momento.

—Seguro —rio Rubén—. Ese no llama ni a su madre. No me jodáis. Si sabemos que está en la puta civilización porque habéis estado controlando cuándo veía los *wasaps* del grupo.

—Porque nos preocupamos por él —se defendió Mery.

—Porque sois dos marujas —dijo él.

Mery se levantó de sus piernas, le arreó un empujón y salió del local, agachándose. Rubén se fue tras ella, le pegó un meneo al cierre que lo encastró en el dintel de la puerta y también salió. Carla no perdió de vista la puerta. Yo miré a Diana.

—¿Tú no sabías nada sobre Santos? —me preguntó, pero fue casi más una afirmación.

—No, nada. Suelo ser la última en enterarme de todo —mentí.

Y jugando la baza de la ignorancia, me marché a casa poco después con mucha más información de la esperada. Diana me había llamado porque tenía la misma necesidad de noticias sobre Sergio que yo, él había ganado la batalla contra la montaña y Rubén y Carla habían sufrido un flechazo. No sé por qué, me alegré de las tres cosas.

—Que duermas bien —le dije a mi amiga desde el coche, en la puerta de su chalet.

—Sí, sí... Adiós —se marchó, ensimismada.

Y así continuó durante días y días. Fue un poco frustrante que me acompañara a buscar casa en ese estado, pero como no disponía de muchas más opciones, tuve que resignarme. A Natalie le levantaron el reposo absoluto, pero le recomendaron ir incorporándose a las tareas básicas de forma paulatina. Podía ducharse, pero no darse baños. Podía estar de pie, pero no demasiado rato. Podía caminar, pero no patearse medio Madrid, que fue a lo que nos dedicamos Carla y yo.

En cinco días visitamos diecisiete viviendas. No me convenció ninguna. Ni una sola me hizo sentir un vuelco en el estómago, una calidez de hogar o un mínimo indicio emocional que me señalara que aquel era un lugar donde asentarme. También tuve en cuenta otros factores más prosaicos como el número de metros cuadrados, cuartos de baño y habitaciones, si contaban o no con terraza, el vecindario, los gastos de comunidad... Pero lo que en realidad buscaba era la sensación. No solo me movía una necesidad práctica.

El sexto día, el miércoles 30 de mayo, los planetas se alinearon y me demostraron

que mis exigencias no eran tan descabelladas. Para encontrar la magia, bastaba con mirar con el corazón abierto.

Ocurrió a mediodía, en el descanso de la comida. Recogí a Nat en su casa y nos fuimos a nuestro restaurante mexicano favorito, el de la plaza del Alamillo, para celebrar que poco a poco ella iba recuperando la normalidad.

La dejé lo más cerca que pude de la taquería, en la entrada de la plaza, y tuve que bajar hasta el puente de Segovia para poder aparcar. Entré en el restaurante jadeando: las cuestas arriba de la Latina habían podido conmigo. Necesitaba apuntarme a un gimnasio con inmediatez.

—¿Te apetecen huevos rancheros? —me preguntó Nat, ya sentada a una mesa cercana a la barra.

Prefería la zona de la derecha, donde las paredes estaban decoradas con vitrinas llenas de exvotos, figuritas e imágenes que contenían todos los colores del mundo, pero me conformé con la que ya había ocupado mi amiga. Total, era la que estaba más cerca.

—Sí a los huevos. —Me senté frente a ella, de espaldas a la puerta.

Natalie llamó a un camarero; nos tomó nota mientras me quitaba la chaqueta, sacaba el móvil del bolso y lo colocaba sobre la mesa.

—¿El artista sigue sin dar señales de vida? —me preguntó.

—Ni una. Nada de nada. —Hice un mohín y me alboroté la melena—. Pero vamos a olvidarnos de él. Regresa en tres días y... estamos de celebración. —Alcé una copa vacía—. Mi sobri ya tiene casi quince semanas y a su madre le permiten moverse. —Natalie brindó con su copa, también vacía—. ¿Cuándo te incorporas al trabajo?

—Depende de los próximos exámenes. Si apruebo las dos ecos siguientes, me quitan la baja.

—Vaya, dicho así, parece que toda la responsabilidad sea tuya.

—Lo siento un poco así, la verdad, aunque no sea del todo mía. —Se acarició la barriga, que ya se abultaba bajo su jersey—. Creo que es una de las consecuencias que tiene convertirse en madre.

—Qué fuerte, tía. Que vas a ser madre...

Sonaba estúpido, pero las dos sonreímos a tope.

—Lo sé. Todavía flipo cuando lo pienso.

Un camarero puso sobre la mesa dos botellas de agua mineral y, muy poco después, nos trajo la comida sin interrumpir nuestra conversación, sin hacerse el gracioso o el complaciente, rápido y eficiente. Eso y el mole poblano era lo que me tenía enganchada a aquel restaurante. Cuando nos retiró los platos vacíos, le

pedimos un té y unas crepas. Natalie anunció que iba al baño.

—Voy contigo.

—No me va a pasar nada. —Sonrió—. Quédate con los bolsos mejor. Aquí hay mucho pijo, no sé si me fío.

Accedí a que se marchara sola por darle un voto de confianza, no porque tuviera ganas. Su imagen inerte en el cuarto de baño de aquel bar se fijó en el fondo de mis retinas. Pulsé sobre la pantalla de mi teléfono. Las 14:54. Le daba hasta las tres en punto de margen. Ni un minuto más.

Cuando faltaban dos para cumplir mi amenaza, el nombre de Sergio sustituyó al reloj en la pantalla. El corazón se me subió a la garganta. No me lo creía y, a la vez, había esperado tanto que ocurriera, lo había deseado tanto, que era lógico que se hubiera hecho realidad. Descolgué, pero no pude articular palabra; los latidos descontrolados de mi corazón bloquearon mis cuerdas vocales.

## SOLO YO

—¿Greta? ¿Me oyes?

La voz de Sergio me hizo cerrar los ojos. Su tono directo, la aspereza gutural de su acento, su gravedad... Mi nombre en su boca siempre empezaba con un gruñido. Gr. Marcaba las consonantes, las hacía vibrar entre sus labios y, a mí, todo el cuerpo. Tuve que recordarme que estaba en un restaurante, y él, a miles de kilómetros de distancia. Cogí aire, lo más que pude, antes de contestar:

—Hola, sí. —Me aclaré la garganta—. ¿Y tú a mí?

—Ahora sí. ¿Te he pillado comiendo?

—Acabamos de terminar.

—Bien... ¿Podemos hablar, entonces?

—Sí... —Miré a la puerta del baño—. Bueno, mejor te devuelvo ahora la llamada. Estoy con Natalie en un restaurante y ha ido al aseo. Hasta que no regrese, no voy a estar tranquila.

—Normal. No cuelgues, ¿vale? Espero contigo.

—Gracias.

—Lo hago por mí —murmuró.

—Ya sale. —Sonreí.

Natalie levantó el pulgar y se acercó a la mesa. Señalé el móvil, pegado a mi oreja, y vocalicé «Sergio». Ella dio dos palmadas sordas.

—Dile que me alegro de que ya pueda salir de casa —me pidió él.

—¿No te preocupa que sepa que me has llamado?

—Sí, pero no me importa.

Le di el recado a mi amiga.

—Dile que, si me trae algo bonito, le perdono que se comportara como un gilipollas.

—Dice que gracias —le traduje a Sergio.

—La he oído. Y tiene razón. Pero no se lo digas. Tampoco, que ya le he comprado algo, y al bebé también.

—Salgo a fumar —le anuncié a Nat.

Cogí el tabaco y el mechero y me aposté a continuación de la terraza bajo toldo que ocupaba gran parte de la acera del restaurante. Encendí un cigarrillo.

—Me estás dando envidia —dijo Sergio cuando me oyó expeler el humo—. Llevo todo el mes sin fumar.

—Ya no deberías volver a hacerlo. Has pasado lo peor.

—En muchos sentidos... —murmuró.

Otra frase en clave, enunciada para él mismo más que para mí. La inquietud, el no saber, me espolearon para dar una calada muy honda y soltar junto al aire la primera pregunta que necesitaba responder:

—¿Para qué me has llamado, Sergio?

Lo dije serena, a media voz, incitando a la confianza. Y obtuve resultado.

—Quería asegurarme de que estabas bien.

—Lo estoy. —Sonreí—. ¿Y tú?

—Yo estoy... haciéndome a la idea de que el viaje ha terminado y debo volver.

—Debes... —repetí—. Si pudieras elegir, ¿regresarías?

—Depende.

—¿De qué?

—¿Qué has hecho estas semanas?

Acepté su cambio de tema como una negativa a responderme. Lo acepté a regañadientes, por eso no me explayé.

—Trabajar, comer, dormir, buscar casa, quedar con esta gente, discutir con mi madre... Lo típico.

—Suena alucinante.

—¿Verdad que sí?

—¿Qué es lo que les ha fallado a las casas que has visto?

—¿Cómo sabes...?

—Porque has dicho «buscar casa», no «encontrar casa».

—Sigues fijándote en todas mis palabras. —No replicó. Di otra calada al cigarrillo—. Pues ha fallado que... no las he sentido más.

—No lo eran.

—Ya sabes a lo que me refiero. A la sensación —me toqué el pecho— de pertenencia a un lugar... No lo he percibido con ninguna.

—Levanta la mirada y observa con atención. Seguro que está más cerca de lo que parece.

—Gracias, *sensei*. Seguiré tus consejos.

Y, efectivamente, me dio por levantar la cabeza y mirar el edificio que tenía en frente. En un balcón del segundo piso había colgado un cartel naranja que anunciaba una venta.

—*Et voilà*. —Me pareció tan surrealista que me eché a reír.

—¿Qué es lo que estás fumando exactamente, niña bien?

—Debe de ser opio.

—Vas a tener una tarde muy feliz en la oficina.

—Hasta que no regreses por allí, lo veo difícil —lo dije absorta en el balcón, en la casualidad, en las malditas señales mágicas que empezaba a ver por todas partes.

—No quiero volver a la agencia. —Su tono se endureció. Recuperó toda mi atención—. Voy a odiar cada puto minuto que tenga que disimular que tú... —Se interrumpió.

—Que yo... —le animé.

—Que tú... Que tú... Joder, sí, tú, Greta. Solo tú... —Un gruñido terminó con la explicación—. De puta madre, ahora soy Pablo Alborán.

Me reí, más por nervios que por otra cosa. A mí me gustaba Pablo.

—Sergio...

—No quiero hablar de esto por teléfono. Aterrizo en Madrid el sábado por la tarde. Si no tienes plan para cenar...

—Puedo recogerte en el aeropuerto. —Di la última calada y esperé, con ansia, su respuesta.

—Iría Diana. Se ofreció y no me parece bien rechazarlo ahora.

—Lo entiendo. —Sonreí de oreja a oreja por no haber recibido una mentira como respuesta.

—Te escribo con la hora y el sitio.

—Lo estaré esperando.

—No sabes cuánto he echado de menos eso. Creo que eres de las pocas personas que conozco que son capaces de verbalizar lo que quieren sin sonrojarse.

—Ahora mismo, debo de andar en proceso. Hace frío y me he reído. Seguro que tengo la cara llena de ronchones.

—También los he echado de menos.

—¿Y a mí? —Cerré los ojos.

Y la llamada se cortó. Los abrí, parpadeé, miré la pantalla, volví a parpadear y, cuando estaba a punto de pulsar sobre el icono del teléfono, me entró un *wasap*.

Era una foto de él encima de una montaña. Tenía un aspecto horrible con esa barba despeluchada, un gorro con orejeras y pompón nada favorecedor y la marca de las gafas de sol sobre la piel bronceada de su cara. Sonreía, a caballo entre el éxtasis y la extenuación. Un bonito recuerdo... que no contestaba para nada a mi pregunta.

—Son casi y cuarto, bombón. —Me dijo Nat, atravesando la terraza—. ¿Nos vamos yendo?

—Mira. —Señalé el balcón del piso en venta.  
—Oye, pues la zona me gusta, y esta placita, más. —Se colocó a mi lado—. ¿Has llamado ya?  
—No, acabo de colgar a Sergio. Bueno, él me acaba de colgar a mí.  
—Una de cal y otra de arena...  
—Hoy ha estado especialmente... bien. Tengo muy buena vibra, hermana.  
—¿Por eso bizqueabas mirando la pantalla del móvil?  
—No, es que me ha mandado una foto.  
—¿Desnudo?  
Sonreí.  
—Qué va, lleva unas pintas horribles.  
—A ver... —Le pasé el teléfono—. Hasta estando feo es guapo. ¿Cómo carajo lo hará? —Deslizó el dedo índice y el pulgar sobre la pantalla para ampliar la foto—. Qué barba más anárquica. —Bajó la imagen—. Y ha adelgazado, se le ahueca demasiado la chaqueta. —Se fijó en los pies—. Las botas más vale que las tire, están destrozadas... ¡Hostia!  
—¿Qué?  
—¿Has visto el montón de piedras que hay detrás de él? —Me acerqué y sí, eran grises, afiladas..., lo que viene siendo un cúmulo de aburridos pedruscos—. ¿No te das cuenta de que tienen nombres?  
Recuperé mi teléfono y prácticamente hundí la nariz en él. Era cierto. Algunas de las piedras estaban grabadas con nombres. Hans. Palmira. León. Kevin. Greta...  
—¡Anda! ¿Crees que habrá sido Sergio? —musité.  
—No, mujer, fue Dios cuando creó la montaña.  
Me reí.  
—Ha podido ser cualquiera.  
—Pregúntaselo y salimos de dudas.  
La miré y asentí. En el chat, debajo de la foto, escribí:

*A tus pies hay una piedra que lleva mi nombre.  
¿Hago mal en ilusionarme?*

Entró en línea al instante. Escribiendo...

*Haces muy mal.*

*Fatal.*

*Te lo llevo advirtiendo desde el primer día.*

*Pero me has hecho una pregunta y te has ganado, a pulso, la respuesta.*

*Solo por confirmar...*



*¿Me has echado tanto de menos que cuando alcanzaste la cima de la montaña te dio por escribir mi nombre?*

*No.*

*Tallé la piedra en la aldea desde donde partimos.*

*No me he separado de ella hasta que me hice la foto.*

*Me temo que es cierto que te ha poseído Pablo Alborán.*

*Estoy escuchando Solamente tú.*

*Seguro que sí.*

Sergio salió del chat y yo guardé el teléfono en el bolso.

—¿Ha sido él o no? —me preguntó Natalie.

Asentí con la cabeza y me enganché de su brazo.

—Y creo que también me ha ayudado a encontrar mi casa.

—Ahora lo veremos...

Atravesamos la plaza del Alamillo y pulsé el botón del segundo en el portero automático del edificio. La voz de una señora mayor nos anunció que podíamos subir, pero solo yo lo hice. No había ascensor. Natalie me esperó sentada en el portal y yo me apresuré a echar un vistazo a la vivienda. Tardé apenas quince minutos, porque tenía que irme a trabajar... y porque era perfecta.

—¿Sí? —me preguntó Natalie al ver mi cara de felicidad extrema.

—Es esta, cariño.

—¡Ay! —Se levantó, alzando los brazos, y los bajó hasta su vientre con rapidez—. ¡Ay!

—¿Qué te pasa? —Acorté los dos escalones que me quedaban de un salto.

—Creo que acabo de sentir la primera patada.

Abrí mucho los ojos.

—¿En serio?

—Eso, o estoy fabricando un superpedo... Aparta por si acaso.

Salimos riendo del edificio. Las dos acariciábamos su vientre. La dejé a la entrada de la plaza y corrí hasta el coche, loca de contenta. Había encontrado mi casa, mi hogar, lo había sentido así, lo seguía sintiendo... Por fin, por fin, iba a parar de dar vueltas. Ya no sería más una peonza.

Me metí en el Infiniti, tiré el bolso sobre el asiento del copiloto y rescaté el móvil para escribir a Sergio agradeciéndole que, de alguna manera extraña, me hubiera ayudado a encontrar lo que buscaba. En el chat había dos líneas que no había leído.

*Regálame tu risa.*

*Enséñame a soñar:*

La primera estrofa de *Solamente tú*, de Pablo Alborán. Apreté el teléfono contra el pecho y, de pura alegría, me eché a llorar.

## TODO AL ROSA

Tres días. Setenta y seis horas. Cuatro mil quinientos noventa y cuatro minutos. Doscientos setenta y cinco mil seiscientos cuarenta segundos. Cuarenta y uno. Cuarenta y dos. Cuarenta y tres... Así estaba el sábado por la tarde: sentada como un indio sobre la cama de Carla, contando el tiempo que llevaba sin escuchar la voz de Sergio, rezando para que me escribiera de una maldita vez. Ya debía de haber aterrizado. ¿Se habría retrasado su vuelo? ¿Estaría con Diana? ¿Se acordaría de la cena?

—Y puedes seguir asegurando que no estás enamorada... —me dijo la de Aravaca.

—Que no... —dije sin apartar la mirada del móvil—. Estoy... contenta. Y ya. Tampoco creo que sea un delito. Me iba tocando un cambio de suerte.

—Suerte, magia, señales, sueños... Vives en otra realidad, nenita.

—Quizá sí, pero es mucho más bonita que la vuestra. Me niego a renunciar a mi *vie en rose*. Es mía. Me la estoy ganando.

—La estás haciendo girar en la órbita de Sergio. Sueña todo lo rosa que quieras, pero no dependas de un hombre para nada.

—Dependeré de lo que me apetezca. —Sonreí—. Mi libertad también es mía. Y la comparto con quien quiero.

—Hablamos de tu felicidad, no del Scattergories.

—Necesito algo de ti acerca de eso.

—¿Del juego?

—No —reí—. De mi felicidad.

—Yo haría lo que fuera por ti, ya lo sabes.

Asentí con la cabeza.

—Pues déjame equivocarme. Déjame vivir, aprender, probarme, sentir... Confía en mi capacidad de resistir, en mi fortaleza... Yo te aseguro a cambio que cuidaré de mí misma.

Mi iPhone se iluminó sobre la cama. Sergio me citaba en el Egeo, una bocadillería griega cercana a su casa. «Cuando aparques, dame un toque y voy bajando». Sobre mi maquillaje se permitió una sugerencia: «No te pintes los labios». Y un matiz: «Si te vas a pasar la recomendación por donde te metí los dedos, al menos, que sea

permanente».

Mi sonrisa triunfal aflojó la postura recta de Carla. Se sentó junto a mí en la cama y me envolvió con el brazo.

—En el fondo, me das un poco de envidia.

Solté el móvil y la miré.

—Tú no quieres un hombre en tu casa. Me he cansado de oírtelo decir.

—Ya, sí... —Dirigió la vista al frente y suspiró—. Es que son un coñazo, nenita. No hay nada como vivir sola, pero..., a veces... —acarició el edredón—, pensar en tener a alguien que me espere aquí cuando llego de trabajar...

—¿Algo así como una mascota? —Reprimí una sonrisa.

—Más o menos... Pero que no me llene todo de pelos y que me dé un sexo fantástico.

—Huy, no pides tú ni nada —bromeé.

Carla deslizó una uña sobre una línea del estampado, de izquierda a derecha. Luego levantó la cabeza de golpe y soltó:

—Me lo montaría con el del grupo de Sergio.

—Rubén no iba a llenarte pelos. De la cabeza no, por lo menos.

Mi amiga sonrió.

—Tiene novia y parece ogro.

—Te miró como si fueras la única mujer en el mundo.

—Deseé que me hiciera morder el sofá de escay.

—El amor no entiende de lógica.

—Tiene novia...

—Es verdad, pero ya lo has dicho.

—Y no me he enamorado.

—¿Estás segura? —pregunté por imitarla, no porque tuviera dudas.

—¡Por supuesto que sí!

Lo afirmó con tanto énfasis que empecé a sospechar que había sufrido algo más que un flechazo. Lo pensé mientras iba hacia el chalet del marido de mi madre, mientras me duchaba, eligiendo ropa y cuando me senté en el coche. Después se me olvidó. Llevaba treinta y tres días sin ver a Sergio y por fin, por fin, iba a poner el contador a cero. Pisé el acelerador, un poco más de lo convenido. Estacioné en el parking de Benavente y, antes de sacar la llave del contacto, le escribí.

*Acabo de llegar.  
Tu calle me pilló de paso.  
¿Me esperas en el portal?*

*Ya estoy en la esquina del Egeo.*

*Y he vuelto a fumar.*

Me apresuré por el barrio de Lavapiés para llegar al griego. Doblé en la calle Magdalena y enfilé la del Ave María; la cuesta abajo me permitía trotar sin esfuerzo, pero al fondo divisé su figura. Me detuve por miedo a que mi corazón explotara.

Estaba apoyado en la pared y jugueteaba con algo pequeño, se lo pasaba de una mano a otra. Cuando le dio por mirar hacia arriba, irguió la espalda, guardó el objeto en un bolsillo y dio cuatro pasos, hasta quedarse en medio de la calzada.

Ni me lo pensé. Eché a correr. Solo sus brazos fueron capaces de detenerme. Me estampé contra su torso y le abracé tanto como él a mí. Su calor me reblandeció, me derritió, me deshizo entera. Inspiré hondo. Seguía oliendo a aventura, a té verde..., casi oculto tras el dulzor de Angel, de Thierry Mugler.

Diana ya había estado ahí, tan cerca como yo, dejando su marca en algo que no era mío. Me lo recordé al apartarme.

Todas las advertencias que había recibido hasta esa noche se pusieron en línea en mi cabeza y desfilaron delante de mis ojos. Parpadeé para que desaparecieran, para que me dejaran ver el momento, no el después. Sergio me agarró la cara con ambas manos y me hizo levantar la vista hasta sus ojos. Había un destello nuevo detrás de su oscuridad. Otro pellizco de polvos mágicos brillando frente a mi cara.

—Lo de que no te pintaras los labios... —Sonrió, observando mi boca.

Admiró toda mi cara antes de acercarse a mis labios. Me besó tan suave que creí haberlo imaginado. La punta de su nariz rozó la mía. Sentí sobre mi piel cómo inspiraba. Y de nuevo el contacto de sus labios, más real, más profundo, y sus manos arrastrándose hasta mi nuca, y la ausencia de aire dentro de mi cuerpo. Abrí la boca. Gemí al encontrar su lengua, se deslizó sobre la mía, se hundió dentro de mi boca. Un jadeo.

—Greta...

—Mmm... —Froté mis labios contra los suyos—. Nunca dices mi nombre, lo gruñes. Grrr... Me gusta.

Sonrió antes de besarme.

—A mí también. Repítelo. —Me hizo reír—. Pero mejor luego. —Se lamió los labios, me soltó y señaló la puerta de la bocadillería—. Esto en un rato va a ponerse imposible.

—He leído en las reseñas de Google que no es fácil pillar mesa.

Nos dirigimos hacia el local, solo identificado con un pequeño rótulo en la parte de arriba de la puerta. «EGEO».

—¿Eres una de las que leen esas mierdas?

—Una de tantos, sí.

—Pues yo nunca las miro.

—Huy, qué *outsider* —me burlé. Sergio se carcajeó y me cedió el paso para entrar —. Espera.

Levanté la mano derecha hasta su boca y traté de limpiar los restos de mi labial morado.

—¿Cuándo vas a aprender a obedecerme?

—Jamás. —Sonreí.

Sergio me apartó la mano y se inclinó sobre mi cara. Me lamió los labios, de abajo arriba, rozando mi diastema. Guardó la lengua para besarme una vez más. Y otra. Y otra. Y luego pasó sus ásperas manos alrededor de su boca con rudeza, y por la mía, con más cuidado.

Bajo la luz blanca del restaurante descubrí que seguía pareciendo que se había dado el lote con una caja de arándanos. Empecé a estimar si debía tener en cuenta sus consejos sobre maquillaje mientras me colocaba junto a una barra cubierta de azulejos blancos, que fue lo primero que encontré a mi izquierda. Detrás había una cocina abierta muy pequeña, con las parrillas llenas de pinchos de carne especiada.

—Hay que pedir en la barra —dijo Sergio. Me adelantó por la derecha y se dirigió a la empleada que estaba cerca de los grifos de cerveza—. ¿Una de estas? —me preguntó, señalándolos.

—Vale.

—Pues dos cervezas, unas croquetas de calabaza, patatas con queso feta y dos *suvlakis*, uno de pollo y uno de cerdo, por favor.

—Sentaos. Ahora os aviso —dijo la chica.

Sergio se dio la vuelta y observó la parte derecha del restaurante. Junto a la pared del fondo había un banco de madera corrido que servía de asiento para el poyete de obra que hacía las veces de mesa. En el centro del espacio había una mesa grande, también de madera; tres chicos y una pareja ocupaban ambos extremos. La mesa para dos que había junto a la ventana que daba a la calle de San Carlos era ideal, y estaba ocupada. Sergio se quitó la cazadora de cuero antes de sentarse en la aledaña.

—Bonita camiseta —musité.

Era básica, negra y con la cara de Nosferatu estampada en blanco en la parte delantera. Pesar en que había tenido la nariz enterrada entre sus colmillos no me agradó. Que los pectorales y los hombros de Sergio se intuyeran estupendamente debajo me reconcilió con ella.

—Te diría lo mismo —señaló mi *crop top*—, pero eso, en realidad, no es una camiseta. Le falta tela para serlo.

Me quité el chaquetón de ante color mostaza y lo colgué en un aplique de madera

que había atornillado a la pared, sobre nuestras cabezas.

—También llevo una camisa. —Tiré de las solapas de mi camisa de cuadros abierta—. En realidad solo llevo descubierto un poquito de abdomen. Los pantalones son altos...

—No te excuses. Yo estoy encantado.

—No me excuso, me explico. —Me senté frente a él.

—¿Vas a darme una charla sobre moda? —Sonrió.

—Quizá no te vendría mal.

—Quizá, quizá, quizá... —Se arrellanó en la silla—. ¿Algo que objetar sobre mi estilo?

—Tú no tienes de eso. Eres la indefinición textil por excelencia.

—Gracias. El tuyo también es bastante peculiar.

—Ah, ¿sí?

Asintió con la cabeza.

—Intentas adaptarte a la moda de turno, pero arriesgas. —Estiró el brazo por encima de la mesa y recogió mi media melena ondulada detrás de mi oreja—. ¿Cuántos *piercings* tienes?

—No sé —mentí—. Cuéntamelos.

Me acarició el lóbulo y el aro de plata que colgaba de él.

—Luego. Con la lengua. —Apartó la mano.

—Es la segunda vez que me instas para más tarde. ¿Seguimos con las lecciones sobre la gratificación aplazada?

—En realidad, es que me muero de hambre. Si no, ya te habría preguntado si quieres venir a mi casa.

—¿Suelen tardar mucho en servir? —pregunté girando la cabeza hacia la barra.

El local estaba llenándose. La temperatura, subiendo. Me quité la camisa. Sergio me miró las tetas embutidas en el pequeño top blanco y se humedeció los labios. La mueca lobuna de su cara fue sustituida por una mucho menos incitante cuando me agarró el antebrazo izquierdo.

—Vaya tela... —dijo acariciando con el pulgar mi tatuaje del delfín. El nombre que lo rubricaba ni lo rozó.

—Quiero quitármelo. O taparlo con un *cover*...

—¿Por qué permitiste que te marcara?

—Lo hizo un tatuador a petición mía. Clément no dejó ninguna huella en mí.

—Eso es imposible. Todos dejamos huellas en los demás.

—Quizá temporalmente, pero luego la memoria se encarga de conservar lo importante y olvidar el resto.

Se calló unos segundos mientras su dedo pulgar recorría las curvas azuladas de mi tatuaje.

—Puedo diseñarte algo si te animas con lo del *cover* —murmuró—. Trabajé en un estudio en Londres.

—Me habían dicho que te dedicabas al diseño gráfico allí también.

—Al principio, no. —Deslizó la mano hacia mi muñeca. Jugó con las pulseritas que la adornaban antes de continuar—: Estuve varios meses fregando platos en las cocinas de un hotel mientras me formaba como diseñador. En la partida de frío curraba un amigo del dueño del estudio. Le molaron mis dibujos y empezó a pasarme encargos. Colaboramos hasta que volví.

—¿Echas de menos aquello?

—Mucho —asintió—. Llevo tres meses sin ir y ya tengo un mono tremendo. — Me miró a los ojos—. ¿Te gustaría acompañarme la próxima?

—¿No prefieres viajar solo?

—A Londres, no. Es como si fuera mi segunda casa.

—Entiendo. Tú eres muy de compartir tu hogar.

Sergio me soltó el brazo.

—Ignora a Diana.

—¿Sabes que fue ella la que me llamó para...?

—Me lo ha contado todo Rubén. Por eso te lo digo. Ella y yo disfrutamos de nuestro momento. En el pasado. Y, por suerte, todavía podemos contar con nuestra amistad. Solo amistad.

—Ahora eres tú el que se está explicando de más...

—No me explico, me excuso por apestar a su perfume. —Me miró directamente a los ojos—. No me ha gustado la cara que has puesto cuando lo has descubierto, y no quiero que pienses que he estado follando con ella antes de quedar contigo.

Apoyé los codos sobre la mesa y la cara, sobre las manos. Sonreí.

—No sé qué te ha pasado este último mes, pero me encanta cómo te ha sentado.

—¿Te refieres a este bronceado tan sexy?

Se señaló la cara. La frente, la nariz y los pómulos tenían seis tonos más que el contorno de sus ojos y que la parte que había ocultado la barba que le había visto en la foto.

—Me alegro de que te hayas afeitado.

—Me he pasado la cuchilla en cuanto he llegado a casa. No quería hacerte daño cuando te besara.

Recordé que lo último que me dijo antes de subirse al avión rumbo a El Salvador fue que necesitaba que le creyera cuando afirmaba que no quería hacerme daño. Por



eso no dudé en confesarle:  
—Te creo.

## SIN PERDÓN

Sergio se levantó para recoger de la barra nuestra cena. Le vi tirar de la cinturilla de sus vaqueros en el trayecto: era cierto que había adelgazado. No solo kilos. Ya no parecía soportar el peso del mundo sobre sus hombros cuando me miraba. El remordimiento, los recelos, la contención debió de abandonarlos en El Salvador. Ilusa o no, me costaba no creer en lo que veían mis ojos, en lo que me transmitían sus palabras, ahora ausentes de dobles sentidos. El juego clasificatorio había acabado. Y yo había ganado. Ambos lo habíamos hecho.

—Gracias —le dije cuando puso junto a mi mano una copa de cerveza.

Colocó en el centro de la mesa una bandeja con los cuatro platos y se sentó antes de dar un trago largo de su copa. No utilizó los cubiertos que había en un tarro, junto a las servilletas. Cogió una croqueta de calabaza, la mojó en una salsa blanca que olía a hierbabuena y me la acercó a la boca.

—¿Qué lleva la salsa?

—Ahora lo descubrirás...

—¿Quema?

—Prueba.

—Son de calabaza y ¿de qué más?

Negó con la cabeza.

—Estás esperando a que te dé mi opinión sobre la comida, pero eso no va a ocurrir. Crea la tuya propia.

—Sí, *sensei* —me burlé. Abrí la boca y un millón de sabores distintos explotaron sobre mis papilas gustativas—. Mmm...

—¿A que sí? —Su voz sonaba lasciva. Observó mis labios, manchados de *salsiki*, se incorporó sobre la mesa y me chupó el inferior—. Come deprisa.

Me atraganté un poquito con el comentario. Luché para no toserle en la cara y llenársela de calabaza. Me aparté y bebí. Sergio acomodó su erección dentro de los vaqueros con discreción. Cargaba a izquierdas. Me asombró que se hubiera empalmado con algo tan antierótico como verme comer croquetas.

—¿Hace cuánto que no follas?

No sé de dónde me salió esa pregunta, del alma quizá. O quizá salió de mi vagina, anhelante, que rogaba una respuesta del estilo «Da igual hace cuánto: lo importante

es que te voy a empotrar antes de los postres».

Sergio no se inmutó con mi pregunta. Cogió una patata y un pellizco de queso y se dispuso a contestar como si habláramos del tiempo.

—Pues... —titubeó, mirando hacia arriba.

—¿Te lo tienes que pensar?

—¿Tú no? —Frunció el ceño.

—Uf, yo... —Me mordí el labio, recordando—. Hace cinco meses, más o menos. En Barcelona. Con un vecino.

Cerré la boca antes de añadir que me acosté con él más por dormir acompañada que por el sexo en sí.

—¿En Madrid nada?

Negué con la cabeza y bajé el tono para añadir:

—Solo tus dedos.

Sergio se chupó el pulgar y cogió otra patata. Le imité. Eran las mejores que había comido, crujientes y mantecosas. El toque ácido del queso feta aportaba el equilibrio perfecto.

—¿Qué fue lo que más te gustó? —me preguntó.

—¿Contigo?

Tarareó una negación mientras bebía.

—Con tu vecino.

—Fue un polvo muy normal. Nada reseñable.

—¿Y conmigo?

—Te contesto cuando prediques con el ejemplo. —Estiré la pierna y le di un toque en la punta de una de sus zapatillas.

—Hace un mes y medio.

Cogió uno de los rollitos de pan de pita, el de carne de cerdo y me lo ofreció. Ante mi negativa, le dio un buen mordisco. Agarré el de pollo, tratando de ocultar que me molestaba que hubiera pasado tan poco tiempo desde que se había corrido dentro de otra. El bocadillo me supo a gas butano.

—¿Y qué fue lo que más te gustó? —le devolví la pregunta.

—No puedo contestarte sin quedar como un hijo de puta.

—¿Desde cuándo te preocupan las apariencias? —Arqueé las cejas.

—No me preocupan en general.

—Yo no voy a juzgarte. —Me mostró sarcasmo con una mueca—. ¿Lo intentaré?

—Me vale.

Solté el bocadillo, él también. Se pellizcó el labio inferior un par de veces antes de mirarme a los ojos.

—Lo que más me gustó es que estuviste allí.

—Yo apostaría a que no.

—Y perderías. —Sonrió—. Estuviste en la cama de aquella morena. Cada vez que cerraba los ojos, eras tú quien aparecía.

Me sorprendió tanto que traté de bromear para destensar mis repentinos nervios.

—Así que me monté un trío, y yo sin enterarme...

Sergio se lo tomó en serio.

—¿Te va ese tema?

Torcí la boca.

—No demasiado. Tampoco es que sea una experta. Reconozco que es morboso. Pero no me gustan las chicas en realidad. Me puedo excitar en un momento puntual con alguna mientras jugamos con un tipo, pero a la hora de la verdad le necesito a él, no a ella.

—¿Y con dos tíos?

Instintivamente, crucé los brazos bajo el pecho.

—Yo nunca... —Mi voz salió débil; me enfadé por ello.

—¿Te gustaría probar?

Cerré los ojos con fuerza y me alboroté la melena antes de volver a abrazarme.

—Tengo un problema con eso.

Sergio me miró con atención, que pronto varió a preocupación, seguramente porque el color de mi cara perdió un par de tonos. Me había librado de todo, menos de los jodidos recuerdos. Las imágenes, el olor y las palabras que guardaba pidieron paso. Y las dejé salir. A ver si de una vez se marchaban de mi vida.

—Fui víctima de un intento de violación. Estaba en una fiesta en un chalet, enrollándome con un... chico —dije con desprecio, intentando no caer en el insulto y la rabia. «Asepsia y olvido», me repetía— y uno de sus amigos decidió apuntarse con su consentimiento, pero sin el mío. Conseguí repeler la agresión gracias a un spray de pimienta que, desde entonces, siempre me acompaña. Los denuncié, ellos me denunciaron a mí, pasé un puto calvario, gané el juicio, perdí la cabeza, hice terapia, aprendí a defenderme en la escuela Women Defensus Vallecas y hoy ya lo he superado. Excepto por que me excita la idea de un trío con dos hombres, pero me muero de miedo si lo pienso en serio.

Sergio asintió y siguió con su bocadillo. No se sorprendió, ni se apenó por mí, ni estampó un plato contra la pared al grito de «No permitiré que nadie vuelva a herirte». Masticó durante varios segundos y, después, solo añadió:

—He oído tantas historias parecidas a la tuya que, a veces, me da asco tener polla.

—Muchos hombres deberían reeducarse —asentí.

—Muchos no merecen llamarse hombres.

—¿Sabes que eres demasiado guapo para ser feminista?

Levantó la mirada, con las mejillas encendidas. Conseguí ruborizarle solo llamándole «guapo». Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no echarme a sus brazos.

—Joder. Me tienes roto, niña bien.

Mi sonrisa se ensanchó. Era la segunda vez que me lo decía. Y en esta ocasión no sonó como una mentira.

—Ten cuidado. O acabarás haciéndome el desayuno...

—Perdiste ese privilegio cuando te dejaste meter mano.

—No me dejé. —Bajé la voz—. Cogí tu mano y la coloqué justo donde quería que estuviese.

—Semántica... —replicó.

—Eres tú el que se fija en el significado de las palabras.

—Solo en las tuyas.

Usó un tono tan empalagoso para decirlo que tararé entre dientes la canción de marras.

—«Tú y tú y tú y solamente tú...».

Sus carcajadas llamaron la atención del resto de comensales.

—Ahora me explico por qué continúa lloviendo en el mes de junio.

—A ti también te gusta la lluvia, me lo dijo Irene.

—¿Qué tal con ella este mes? —lo preguntó de forma casual, pero su expresión se tornó seria.

—Bien, normal. No la he pillado llorando por tu ausencia.

—¿Sigues pensando que estamos liados?

—No. Ella es rubia, y acabas de decirme que la última fue morena.

Sonrió y señaló los abundantes restos de la cena.

—¿No vas a comer más?

—De esto no.

Se levantó, se puso la cazadora y me alcanzó el chaquetón. Salimos del restaurante en dirección a su calle sin mediar más palabras. Ambos sabíamos adónde íbamos y a qué, no fue necesario verbalizarlo. Caminamos, hombro contra hombro, calle arriba, por medio de la calzada. Él llevaba las manos metidas en los bolsillos del pantalón. La derecha, que era la que tenía junto a mí, se movía, jugando seguramente con el pequeño objeto que portaba a mi llegada. Quise preguntar, pero no pasarme de cotilla.

—Podemos ir a por tu coche e intentar aparcarlo más cerca —comentó.

—Da igual. El parking es veinticuatro horas. Y, como no voy a desayunar contigo, tampoco me va a salir por un ojo de la cara, cosa que también me da lo mismo.

Algo en mi interior rezó para que él me levantara la restricción de dormir en su casa. Procuré no sentirme decepcionada cuando no sucedió.

—Si estás a punto de comprarte un piso, deberías vigilar los gastos. —Me miró de refilón.

—Ya he hablado con mi padre. Está solucionado.

—¿Te va a avalar?

—Me va a adelantar parte de lo que, dentro de mucho tiempo, será mi herencia.

—Tienes una nómina, úsala.

—Lo haré. Para lo que me apetezca... No necesito asesoría financiera.

—Eso es discutible.

—¿De verdad quieres que lo discutamos ahora? —Me detuve al llegar a su portal.

Sergio abrió y esperó a que entrara primero. Interpreté su silencio como una negativa. Subiendo el segundo tramo de escaleras me preguntó:

—¿Cuándo firmas las escrituras?

—No lo sé. Tienen que avisarme. Pero voy a empezar ya a buscar a alguien que me haga la reforma.

—¿Está muy mal el piso?

—La distribución es mejorable. O eso creo. La cocina y el cuarto de baño del pasillo hay que rehacerlos enteros. Y me gustaría instalar un vestidor en el dormitorio principal, aire acondicionado... Esas cosas, ya sabes.

—Puedo echarle un vistazo si quieres.

—¿También entiendes de ese tema? —Me paré en el rellano del tercer piso.

—Mi familia tiene una empresa pequeña que se dedica a las chapuzas —dijo al adelantarme.

Hice memoria y recordé que en el camping me habían dicho que su padre era albañil. Sonreí.

—Pues sí que quiero. —Le seguí escaleras arriba—. Me vendría genial que me asesoraras. En eso, sí.

—Ya, ya... —dijo frente a su puerta—. El dinero no voy a volver a mencionártelo. Descuida.

—Es que no sé por qué te supone un problema.

—¿Quieres que te lo explique... ahora?

Negué con la cabeza.

—Mejor abre la puerta.

De nuevo me cedió el paso. Encendió la luz a mi espalda y cerró con suavidad.

Soltó las llaves sobre la mesita que había junto al sofá. Tiró la cazadora encima del brazo más cercano a los muebles bajos que ocultaban el murete frontal. Yo puse mi chaquetón en el respaldo.

—¿Quieres algo de la cocina? —Señaló la otra punta del pasillo ancho que era su piso.

—No, gracias.

Del bolsillo trasero de su pantalón sacó una cajetilla de tabaco, de un cajón de la mesita, un cenicero. Encendió un cigarrillo y se sentó junto a su cazadora. Cuando me coloqué en el otro extremo del sofá, estiró el brazo y me ofreció el pitillo.

Fumé observando las formas que dibujaba el humo en una estancia cargada de electricidad. La tensión nos había permitido cenar a solas, pero regresó en su piso. Y no era una prometedora tensión sexual: era una tirantez incómoda. Soplé con fuerza, tratando de disiparla.

—¿El viaje bien entonces? ¿Te ha gustado El Salvador?

—He vuelto enamorado —murmuró—. También, lleno de ampollas y picaduras, y creo que pronto mudaré un par de uñas de los pies. Por no hablar del palizón que llevo en el cuerpo. —Se frotó los ojos.

—Si estás cansado... —empecé a decir por compromiso.

—Estoy hecho polvo, pero prefiero este cansancio físico al mental que tenía antes de marcharme.

—Si es que tanta represión no es buena... —insinué.

Él se rio.

—A esa misma conclusión he llegado hace unos días.

—Y solo has tenido que poner en riesgo tu vida subiendo a una montaña perdida de la mano de Dios.

—He hecho algo mucho más difícil. —Le miré ceñuda. Él me quitó el cigarrillo—. Separarme de ti un puto mes, niña bien. Ese ha sido el verdadero reto.

Sonreí como una idiota.

—¿Sientes que lo has ganado o lo has perdido?

Dio una última calada y apretó la colilla contra el fondo del cenicero.

—Estoy seguro de que lo he perdido. —Soltó el humo con energía—. Ya me oíste confesarme por teléfono.

—Todavía me parece imposible.

—A mí también. —Sonrió solo un instante, y después giró la cabeza en mi dirección—. Necesito que sepas que no me arrepiento. Y que, aun así, nada de lo que te dije la última vez que estuviste aquí ha cambiado.

—No crees que el amor sea un sentimiento perdurable en el tiempo, por eso no te

comprometes con nadie —resumí—. Lo entiendo. Y lo sigo teniendo en cuenta.

Asintió, fijo en mis ojos, buscando algún indicio de duda, que no encontró. Yo no era la mujer más lista del planeta, pero tampoco la más tonta. Yo sabía que lo que Sergio me ofrecía tenía fecha de caducidad y acepté, porque me dio la gana, comprometiéndome conmigo misma a que, después, no le obligaría a disculparse por decir adiós.



## COMO SALVAJES

Fijé la vista en la pared del salón que daba al dormitorio de Sergio mientras él se sumía en sus pensamientos. Yo acababa de ordenar los míos, estaba tranquila, decidida, solo me sobraba la tirantez que seguía llenando de electricidad el aire que respirábamos.

—Me llama la atención que las paredes estén tan desnudas, siendo la casa de un artista —comenté, por traerle de vuelta.

—Paso poco tiempo aquí. Y jamás se me ocurriría colgar mis trabajos en mi propia casa. Me resulta demasiado chovinista.

—¿Tienes alguno por ahí escondido al que pueda echar un vistazo... o robártelo?

—Las tablas, los lienzos y demás están en casa de mis padres. Aquí, si me pongo a mezclar potingues, me dura el colocón una semana. Además, no hay espacio para los caballetes... Apenas me queda para guardar los dibujos. —Señaló los armarios bajos.

—¿Puedo?

Se encogió de hombros.

—No vas a encontrar gran cosa.

Lo dijo cuando ya me había agachado. Deslicé la puerta hacia la izquierda y descubrí infinidad de cuartillas, cuadernos, folios, cartulinas y varias cajas de lápices, todos iguales y prácticamente nuevos.

—¿Cuántos necesitas? —pregunté con uno en la mano.

—Es una manía: me gusta cómo se comportan cuando los estreno, pero no después de haberles sacado punta, así que solo los uso unas pocas veces.

—Pero no te deshaces de ellos, los guardas.

—Sería un despilfarro. Algún día podría cambiar de manía y los echaría de menos.

—Curioso...

—Soy un tío raro.

—Un poco sí. —Sonreí.

Cogí uno de los cuadernos y Sergio se levantó. Ni me dijo adónde iba ni yo pregunté. Me dediqué a estudiar sus dibujos geométricos, sus escaleras escherianas, esas que no llegan nunca a ningún sitio. Oí el sonido de la cisterna del baño. Un rato después, cuando había revisado cada hoja del cuaderno, me extrañó que no

hubiera regresado. Cerré el armario y me dirigí a su dormitorio.

La cama estaba revuelta y el intenso perfume de Diana todavía flotaba cerca de las sábanas. En circunstancias normales el hallazgo me habría movido a marcharme dando un portazo, pero elegí creerle. Él podía haber estado tumbado en esa cama con ella, incluso junto a ella, pero no dentro de ella. Estaba convencida de que no podía hacerme eso cuando llamé a la puerta del baño.

—Pasa.

Lo encontré con el trasero apoyado en el lavabo, uno de los que vienen de obra, sin armario ni encimera. Tenía los brazos cruzados y también las piernas. Sus ojeras, las arrugas verticales que dividían su entrecejo, su cara de mala leche habitual..., todo estaba presente. También, el brillo mágico en sus pupilas negras, el nuevo que había encontrado en El Salvador.

Se había mareado tanto el pelo que prácticamente lo había cardado. Sonreí y alcé las manos. Deslicé los dedos entre sus rizos rebeldes, más por placer que por darles algún orden. Me gustaban así: indomables. Sus brazos rozaron la piel desnuda de mi vientre al descruzarse. Sus manos acapararon mis caderas, las apretaron con fuerza.

—Greta... —murmuró.

—Sergio —le interrumpí—. Si quieres que me vaya, solo tienes que decirlo. Pero no más advertencias, por favor. Estoy saturada con el tema, no asimilo ni una más, y no me apetece verme obligada a mandarte a la mierda.

—Es lo que deberías hacer.

Bufé, decepcionada, y aparté las manos de su cabeza. Él me retuvo, tirando de mis caderas. Nos miramos a los ojos, azul cansado contra negro al límite. Se acercó hasta que nuestras frentes se tocaron. Sus manos se aferraron a la parte baja de mi espalda. Su boca exhalaba aire contra mi labio superior, cada vez más rápido.

—Greta, Greta, Greta... —susurró como si entonara un ensalmo completo en cada letra de mi nombre—. No me permitas que la cague. Contigo no.

—Me aseguraste que eras amigo del miedo. No me hagas dudar de tu palabra.

Le acaricié el brazo derecho, desde la muñequera de cuero hasta el hombro cubierto de algodón negro. Apreté el músculo redondo y el deltoides abultado; en la base de su cuello pude notar su pulso descontrolado. Deslicé la mano hasta su nuca y le arañé un poquito el cuero cabelludo al enredar los dedos en sus rizos. Sentí cómo temblaba, cómo su cuerpo buscaba el mío. Sonreí, tan cerca de su boca que mis dientes rozaron sus labios.

—No, joder. La diastema, no...

—¿Qué le pasa? —musité.

—Que me pone más que tus tetas.

Las apreté contra su pecho. Le besé con suavidad en la boca, en la piel tensa de su mandíbula y bajo el lóbulo de su oreja izquierda.

—¿Estás seguro? —le pregunté al oído—. Tengo unas tetas estupendas. Me lo dijiste tú.

Sergio gruñó, perdiendo resistencia, bajó las manos hasta mis nalgas y echó la cabeza atrás.

—Tienes las mejores tetas que me he comido en mi puta vida.

—Estoy deseando que lo vuelvas a hacer. —Sonreí.

Soltó una de mis nalgas, sorteó la camisa y metió la mano bajo el top. Me pellizcó un pezón y, acto seguido, apartó la copa del sujetador; toda su palma cubrió mi carne desnuda. Noté la aspereza de su tacto, su calor, su necesidad de tocarme. El brillo de sus ojos se empañó de húmedo deseo. Me embistió con su boca de una manera tan indómita que me dejó muda y ciega. Solo pude oír el sonido de su lengua enloqueciendo a la mía y una petición entre nuestros labios:

—Quítate la camisa, Greta. Quítatelo. Todo. Joder...

La última erre del impropio vibró entre mis piernas, pero no le obedecí. Me preocupaba más su ropa que la mía. Le empujé para enganchar el dobladillo de su camiseta. Se resistió a soltarme, intentó volver a besarme, eché un paso atrás, zafándome de sus manos, y tiré de la prenda hasta que su perfecto tren superior quedó desnudo ante mis ojos. Los kilos que había perdido en El Salvador le habían restado volumen y le habían sumado definición. Su torso me pareció el manual de anatomía perfecto.

—¿Cómo puedes estar tan bueno? —Me mordí el labio, acariciándole desde la nuez hasta el ombligo.

Sergio me apartó la mano sin contemplaciones. Avanzó hacia mí como un depredador entrenado. Se deshizo de mi camisa y de mi top antes de que pudiera quejarme del asalto. Cosa que jamás se me hubiera ocurrido. Su urgencia me excitó tanto que el sujetador me lo desabroché yo misma, forzando un corchete.

—¿Yo estoy bueno? —Me agarró las tetas con ambas manos y gimió con morbo, juntándolas sobre mi esternón—. Greta de mi vida... ¿Y cómo estás tú entonces?

—Mojada..., nerviosa..., muerta de ganas...

Intenté atrapar la cinturilla de su pantalón, pero apartó las caderas.

—¿Por qué estás nerviosa? —Me acarició más despacio.

—¿De todo lo que te he dicho es lo único que te preocupa? —Asintió, haciendo rodar mis pezones entre sus dedos—. Pues porque... te llevo deseando demasiado tiempo.

—A mí me tienes desde el principio. —Besó mi boca—. Me tuviste en el

camping, me tienes en la oficina, te he metido en mi casa, donde ensayo..., no te saco de mi puta cabeza. —Dibujó un par de círculos con los dedos pulgares sobre mis pezones y sonrió ante mi jadeo—. Tú estás nerviosa porque estás a punto de sentir mi polla dentro. —Me lamió los labios, con desesperante ternura—. Muy dentro. —Adelantó las caderas, apretando su erección contra mi sexo—. Lo sabes. Por eso te notas mojada y muerta de ganas. Pero que me haya encerrado en el cuarto de baño te ha llevado a pensar que quizá —soltó mi pecho para buscar la cremallera lateral de mi pantalón—, quizá no llegue a pasar... —Agarró mi cintura descubierta, como si fuera suya—. Y te equivocas: va a pasar... ahora.

Me bajó los pantalones hasta los muslos; la holgura de las perneras y la ley de la gravedad los bajaron hasta mis pantorrillas. Me acarició el vientre, de lado a lado, siguiendo el límite de mis bragas. Volvió a besarme antes de meter la mano dentro, de enterrarla entre mis piernas con posesividad y un gruñido que le humedeció los dedos.

—Vamos a follar como salvajes —me prometió contra mis labios.

Cuando me penetró con los dedos, de una sola vez, hasta los nudillos, me fue muy fácil creerle.

—Ah... —jadeé, sujetándome a sus hombros. Otro envite fuerte y su pulgar alrededor de mi clítoris, moviéndose en círculos—. Me encantan tus manos...

—Solo estoy usando una. —Me besó.

—Y ya estoy rozando el paraíso —gemí cuando apretó con las yemas de los dedos en el punto más sensible.

—Llévame contigo. —Me agarró una mano sin dejar de masturbarme y la colocó sobre su pectoral izquierdo—. Sácame de este puto infierno.

Asaltó mi boca, aplastando mi mano contra su pecho. Enredé la que tenía libre en los rizos de su nuca y disfruté de su lengua, de sus labios, de sus dedos en mi sexo, de los latidos que amenazaban con romper su caja torácica y fundirse con mi cuerpo. Le besé, infundiéndole el aliento que parecía faltarle a su respiración quejumbrosa. Él soltó mi mano para aferrarse a mi cara. Tiré de sus rizos hacia un lado para devorarlo entero, para beberme hasta el último de sus gruñidos. Deslicé las uñas sobre el vello de su pecho, acaricié su pezón anillado, jugué con él, lo pellizqué... Sergio hundió los dedos en mí con un movimiento seco y echó atrás la cabeza. Su gemido desató un par de contracciones vaginales y una necesidad de saciarme de él que no sabía que ocupaba tanto espacio en mi interior. Nunca antes quise con tal ansia hacer mío un cuerpo ajeno.

Besé su cuello, desde un lateral hasta la nuez, bajé hacia las clavículas y mi mano hacia su abdomen.

—Nunca había tocado uno tan duro —le dije antes de morderme el labio.  
Sergio movió ambos pulgares, uno sobre mi boca y el otro, en círculos, alrededor de mi clítoris. Gemí, hincando los dedos en los valles de sus abdominales.  
—Si quieres algo duro de verdad —me sonrió—, sigue bajando.

## A LOS DIOS DEL MORBO

Me tomé al pie de la letra lo de seguir bajando. La necesidad acuciante de saciarme de él me llevó a apartarle las manos de mi cuerpo y a centrar las mías en la cinturilla de su pantalón. Sergio se dejó hacer, expectante, contenido, jadeante. Sonreí cuando me acuclillé, arrastrando al paso sus vaqueros. Más algodón negro me separaba de su desnudez. No le encontré el sentido a aquella barrera. Y también la arrastré hacia abajo.

—Vaya... —musité.

Miré hacia arriba con la boca abierta y él emitió un sonido ininteligible antes de sonreírme.

—No te vas a atragantar, tranquila.

—¿Estás seguro? —pestañeé, agarrándola con la derecha.

Grande, pesada, recta y circuncidada. La erección más pluscuamperfecta que había contemplado. Se me llenó la boca de saliva solo con mirarla. Apreté la base y subí hasta la punta, extendí la gota que la perlaba, haciéndole sisear entre dientes.

El leve aroma a sexo que brotó con la caricia me inclinó hacia delante. Él se sujetó con ambas manos al lavabo cuando lamí su circunferencia, moviendo la mano, de arriba abajo. Gemí al notar su sabor.

—Hostia, qué imagen... —gruñó con la vista fija en mi cara.

Saqué la lengua y ladeé la cabeza. Repasé su imponente longitud, de abajo arriba. Besé la piel más sensible y la atrapé con la boca. La solté de inmediato, emitiendo un chasquido lascivo. Me cubrí los dientes con los labios y no me detuve hasta que mi lengua se adaptó al completo a su contorno curvado. Mi mandíbula inferior se quejó con un par de punzadas. No pude atenderla. Me estaba comiendo una polla magnífica. La suya. La que tanto había deseado. La que estaba cumpliendo con creces mis expectativas. No fue una cuestión de darle placer, fue puro egoísmo. Gocé a lo grande chupando, apretando, aprendiéndome los matices de su forma, cada vena, cada espasmo. Sin perder de vista la expresión del rostro de Sergio. Mucho más pornográfica que mi felación.

No me mintió cuando me dijo que él no era amigo de lo superficial. En su cara se desató una secuencia de gestos explícitos y profundos. Todas sus arrugas acudieron a la llamada de su boca abierta, trazaron hondos surcos por su ceño, alrededor de

sus desorbitados ojos, por su frente contraída, sobre la que se fueron adhiriendo gracias al sudor densos rizos negros. Me sujeté a su muslo piloso y succioné con más fuerza, con más rapidez, entusiasmada.

—Por amor de Dios. —Su gemido convirtió la beatífica frase en el mayor de los pecados—. Greta de mi vida... —Me sujetó la cabeza con ambas manos. Tragué hasta que mi nariz rozó el pelo ensortijado de su pubis y me aparté bruscamente, en busca de oxígeno—. Para, para...

Deslizó las manos hasta el óvalo de mi cara y me levantó, me llevó hasta su carnosa boca; compartimos su sabor y un beso insondable. Me temblaron las rodillas, resentidas por el cambio de postura.

Sergio se separó del lavabo, obligándome a retroceder. Sus piernas se enredaron en el amasijo textil que rodeaba sus tobillos y sus pies. Trastabillamos. Y reímos, labio contra labio. Cuando nuestras lenguas se encontraron otra vez, escuché un suspiro, un grito sordo de alivio, que no fue mío. Fue para mí.

—Greta... Greta... Greta... —gruñó sobre mis labios.

Sus manos se adueñaron de mis tetas. Las mías trataron de atrapar su miembro, pero resbalaron por sus caderas antes de alcanzarlo.

—¿Qué haces? —jadeé.

—Intento escaparme de la puta mierda esta... —Sonrió.

Levantó una pierna y su zapatilla salió volando hasta estamparse contra los azulejos blancos. Me soltó para quitarse el calcetín, lanzó la otra zapatilla hacia atrás y, antes de pegarle una patada al *slip* y los vaqueros, sacó un monedero de uno de los bolsillos y, de él, un preservativo.

No sé por qué, pero la imagen de Sergio quitándose el otro calcetín con un condón entre los labios me pareció lo más erótico que había visto jamás.

—No me mires así... —me advirtió, irguiéndose.

—¿O qué? —Alcé la barbilla.

Rasgó el envoltorio plateado, sacó el preservativo y se lo enfundó con una sola mano. Con la otra tiró de mi brazo izquierdo, me estampó contra su cuerpo, me besó en el cuello, hundió su cara en él y su miembro, entre los pliegues de mi sexo, cubiertos de seda lila. Sentí su dureza sobre mi clítoris, pugnando por encontrar más rincones, más fricción, mi tormento. Tiré de sus rizos, necesitaba su boca; él me mordió el cuello y en dos ademanes me dio la vuelta y se colocó a mi espalda.

—Agárrate. —Apoyó mis manos en el borde del lavabo. A través del reflejo del espejo, sus ojos oscuros me sonrieron—. Voy a intentar cumplir tu sueño.

Mis dedos se encogieron contra la loza, mi cara se descompuso tanto como el maquillaje que me había aplicado horas antes.

—¿Qué sueño...? —pregunté sin aire.

Deslizó la seda lila caderas abajo y se pegó a mi cuerpo. Con una mano encontró el ángulo perfecto para penetrarme, con la otra me acarició la espalda, desde donde pierde su nombre hasta donde fabriqué el suyo.

—Sergio... —le rogué explicaciones con la mirada, con el tono, con su mano sobre mi garganta y su miembro abriéndose paso dentro de mi cuerpo.

Se inclinó hasta que su boca alcanzó mi oreja derecha. Lamió los aritos que decoraban el pabellón, me acarició el lóbulo con los labios y salió de mi interior. Repitió la irritantemente breve penetración. Sonrió cuando me eché hacia atrás para recibirle entero.

—Me dijiste que soñabas con conocer al hombre que te hiciera suplicar. —Atrasó las caderas y se deslizó entre mis pliegues, adelante y atrás, adelante y atrás...—. Me gustaría... mucho, mucho... intentarlo.

Noté su punta rozando mi entrada. Asentí con la cabeza y la dejé caer sobre su hombro izquierdo. Me besó antes de penetrarme, adentro, adentro, adentro... Me fui llenando de él, y cuando pensaba que podía contener más, me equivoqué.

—Ahhh... —Estiré los brazos y la espalda, buscando un espacio en mi interior que no parecía existir.

—Bufff...

Su golpe de aire me sacudió la mejilla. Enderecé la cabeza y me encontré con nuestro reflejo. Ambos tensos como cuerdas de guitarra. Yo rota de placer. Él muerto de alivio. Su mano sobre mi cuello, sus tendones abultados, la intensidad de su caricia, bajando, bajando, bajando..., el apretón a mi pecho izquierdo. El espacio extra apareció en mi interior y también un calor, un ahogo que solo se calmaba con movimiento. Mi cintura y mis caderas ondularon para acercarle y alejarle. Su mano siguió descendiendo, abrasó todo mi vientre y cubrió mi ombligo. Tiró de mi cuerpo hacia él mientras empujaba hacia arriba y adelante. Mi grito empañó el espejo. Sergio me mordió el hombro antes de besarlo con fervor.

—¿Bien? —preguntó pegado a mi piel.

—Sí —gemí.

—¿Sí? —gruñó, saliendo de mi cuerpo; de un solo empujón entró de nuevo, del todo.

—¡Sí!

Sus manos rodearon mis caderas y empezó a follarme. A follarme como un salvaje. Supe por su manera instintiva de moverse que era de los que nacen para el sexo, un hijo legítimo de Venus, uno que era capaz de abrir las puertas del conocimiento, que yo iba a aprender algo nuevo si me mostraba receptiva. Y lo



estaba. Abierta como nunca, dilatada, enardecida, recibiendo sus embestidas con infinito placer y la garantía en mi propia piel de que no iba a ser decepcionada.

Sergio se separó de mi espalda y, sin apartar la vista de nuestro reflejo, cambió el ángulo de la penetración. Dio con el punto exacto donde nacen los gritos y los temblores. La cabeza se me cayó hacia delante, mis chillidos se perdieron por el desagüe del lavabo, mis manos se escurrieron, sudorosas. Él impidió que me estampara contra la loza, agarrándomelas, cerrando el ángulo agudo que dibujaban nuestros sexos. Embistió hacia arriba y me pidió al oído que mirara al frente.

—Míranos, Greta. —De un manotazo desempañó el espejo.

—Ah, ah...

Intenté levantar la cabeza, pero ya no tenía control sobre mi cuerpo; estaba a punto..., a punto...

—No te corras —bramó—. Espérame...

—No... No... —Me sacudí contra él, con energía, más deprisa, más deprisa—. Ahora...

—Joder... —Me sujetó la barbilla. Atisbé su mirada desgarrada a través del vaho de mis ojos y del cristal—. Espera, Greta. Espera... Por favor...

Su súplica me arrancó una sonrisa y un gemido ronco. Le sentí palpitar, una intensa sacudida dentro de mi cuerpo, que me puso de puntillas. Cuando hincé los talones en las plaquetas, él se movió hacia arriba y se vació en mi cuerpo, cerrando los ojos con fuerza, con los dientes apretados.

—Greta de mi vida...

Y yo me corrí. Con su rugido. Con todo el cuerpo. Dejando el alma a recaudo de la legión de advertencias, que continuaban con las armas en alto. El resto de mí se lo entregué a los dioses del morbo como sacrificio.

## NO ÉRAMOS ÁNGELES

—Me has hecho suplicar, niña bien. —Sergio atrasó las caderas despacio, jadeante. Su ritmo lento no palió mi sensación de vacío—. Te parecerá bonito...

Acarició mis nalgas y mi columna y frotó mis músculos cervicales, todavía tensos. Abrí los ojos. No me hizo falta mirarme en el espejo para saber que lucía una sonrisa de bien follada indisimulable.

—Nada de bonito. Me parece un timo. —Me giré entre sus brazos—. Eras tú el que iba a cumplir mi sueño.

—Iba a intentarlo. Y no lo he conseguido. —Dio un ligero apretón a mis tetas, nada apenado—. ¿Quieres ducharte primero?

—No, gracias. Yo puedo soportar seguir oliendo a ti otros cinco minutos.

Apartó las manos antes de murmurar:

—Esa es tu suerte.

Se metió en la ducha sin añadir nada más. Ni siquiera esperó a que se calentara el agua antes de colocarse bajo el chorro. Di por sentado que su conducta respondía a algo emocional, no a un hábito higiénico. Y lo respeté, aunque hubiera preferido que compartiéramos el ratito de aseo.

Recogí mi ropa del suelo y la dejé sobre el bidé. Desnuda, me dirigí a la cocina en busca de algo donde guardar mis braguitas húmedas, pero por el camino vi la cajetilla de tabaco de Sergio sobre la mesita del salón y acabé tumbada en el sofá, paladeando el veneno gris y las sensaciones que todavía coleteaban por mi cuerpo. No me interrumpí cuando se apagó el sonido de la ducha. Tampoco cuando él me descubrió.

—¿Me vas a pedir que te pinte como a mis mujeres francesas? —me preguntó, apoyándose en el marco de la puerta del dormitorio con los brazos cruzados sobre el pecho.

Solo llevaba una toalla, enganchada a las caderas. Sus rizos frontales habían desaparecido por culpa del agua; los más bajos habían sobrevivido y goteaban sobre sus hombros. La línea que formaba el vello mojado sobre su abdomen era mucho más delgada, casi podía ver su final, flanqueada por esos músculos en forma de uve que me traían de cabeza. Di la última calada y apagué el cigarrillo. Expulsé el humo colocándome de lado, como Rose en el Titanic.

—*Je peux être votre femme française...* —ronroneé con falso tono seductor—. Pero no sé si aguantaría mucho tiempo quieta teniéndote cerca.

Sergio no pudo ocultar la sonrisa ni mordiéndose el labio.

—No vuelvas a hablarme en francés.

Su auténtica voz ronca me hizo bajar la mirada a la parte de la toalla donde empezaba a despertar una nueva erección.

—Me apuntaré que te la pone dura para cuando me haga falta. —Me puse en pie—. De momento, voy servida.

Me acerqué a la puerta.

—Bien servida —replicó cuando llegué a su altura.

—Pues sí. —Le di un beso corto en la comisura que tenía más a mano—. No tengo ninguna queja.

—Deberías... —Ladeó la cabeza para besarme en la boca—. No te he abrazado después.

—Tampoco lo esperaba.

—Pero es lo que quieres, me lo dijiste en el camping.

—Lo que quiero y tú sois dos cosas muy distintas. —Cerró los ojos un instante, como si le hubiera golpeado. Le acaricié el hombro—. Me voy a la ducha.

—Vale, sí, ahora vas.

Sentí su aliento cosquillear sobre mis labios y luego su boca. Carnosa y demandante, explorando, lamiendo, robándome la capacidad de reacción. Me devoró entre caricias lentas, saboreando cada sonido que conseguía arrancarme. Me agarré a sus costados y apreté mi pecho contra la piel fría y húmeda del suyo. Su mano izquierda viajó desde mi cadera hasta mi cuello, la derecha no soltó mi nuca en ningún momento. Gobernaba los movimientos de mi cabeza a su capricho, ladeándome cuando quería volverme loca con su lengua y enderezándome cuando mordía mis labios y los besaba a turnos. El roce inevitable de nuestros cuerpos fue calentando nuestras pieles y me provocó los primeros gemidos.

—No gimas —me advirtió, antes de besar mi barbilla y continuar descendiendo por mi cuello.

—Pues deja de hacer eso... —Gemí.

Succionó la piel que quedaba justo encima de mi clavícula y la rozó con los dientes. Me arqueé y le acaricié la espalda. Bajé hasta la cintura, hundiendo las yemas de los dedos en su piel; cuando alcancé la toalla..., desapareció.

—Joder, qué hábil. —Inspiró hondo ascendiendo hasta mi oreja y me lamió el lóbulo—. Creo que nunca me habían desnudado tan rápido.

—Se ha caído sola.

Cerré los ojos y me centré en respirar. Tenía apoyada en la cadera su erección, sentía sobre ella su calor y su tremenda firmeza.

—¿Me la vuelvo a poner? —preguntó buscando mi boca.

Me besó hondamente. Llegué a sentir cómo su miembro daba una pequeña sacudida y crecía, pero en ningún momento adelantó las caderas. No buscó el alivio que le debía de pedir el cuerpo frotándose contra el mío. Me resultó tan diferente que me descolocó.

Sergio se dio cuenta de mi desconcierto y se apartó de mi boca. Acarició con los pulgares mis mejillas, me besó una vez más y liberó mi cabeza, deslizando las manos por mis brazos.

—Ve a ducharte.

Abrí los ojos y le sonreí.

—Sí, ahora voy.

Me apretujé contra su cuerpo, ignorando su erección, y besé su cuello. El respondió a mi abrazo al momento, hinchando el pecho con el aire que me robó al estrecharme con súbita e intensa emoción. Me regaló lo más íntimo que habíamos compartido hasta el momento. Y yo me encontré de repente rodeada de belleza y armonía, en el centro del paraíso, y pensé que quizá..., quizá... era el momento de bajar a la tierra, meterme en la ducha y buscar un sitio donde dormir. Nosotros no pertenecíamos al cielo, no éramos ángeles, sí teníamos sexo, una palabra que solo comparte con «amor» una vocal y el número de letras, algo que no formaba parte de mi sueño. Un simple intento. Nada había cambiado, me lo había dicho él. Igual que me había dicho que yo, que yo..., solamente yo. Y del dicho al hecho... había un camino confuso que no quise recorrer en ese momento.

No me costó trabajo disfrutar de su abrazo y, tampoco, renunciar a él. Mi cabeza no fantaseó a lomos de la ilusión bajo la ducha, ni me recreé en el aroma embriagador de su jabón, ni me vestí ensimismada por el recuerdo de su cuerpo sobre el mío. Bueno, más bien, detrás del mío. Sonreí al darme cuenta de que yo ya sabía que era de los que se colocan detrás. No era tan ilusa como parecía.

Tampoco perdí la mueca alegre cuando le encontré inclinado sobre la cama, cambiando las sábanas mientras tarareaba entre dientes *Outsiders*, de Suede.

*«Juegan a las cartas que tienen,  
atrapados en el juego que han creado.  
Ella pone su fe en el momento.  
Él pone su fe en el momento».*

Y el momento había terminado. Sin dramas ni penas. Ya habría otro, y, si no..., la vida seguiría.

—Que descanses —le dije al paso, y le dejé una caricia muy cerca de la espiral, el motivo central del tatuaje que ocupaba la mitad superior de su espalda.

—Lo veo jodido por el *jet lag*. —Se enderezó y dio la vuelta—. Pero gracias. — Sonrió.

—A ti, por el ratito.

Di el primer paso en dirección a la puerta cuando me agarró del antebrazo. Miré hacia atrás, extrañada. Él apretó los dedos sobre mi camisa y los deslizó hasta mi mano, que también recibió un apretón. Me miró a los ojos.

—¿Te importa escribirme cuando llegues a casa?

Negué con la cabeza. Él rompió nuestro contacto, intentando que no se le notara que se quedaba más tranquilo y que odiaba haber dado muestras de debilidad.

Su última pregunta provocó que me marchara de su piso cargada con una premonición, una sensación no fundamentada, pero real, tangible... Sergio no solo estaba intentando no hacerme daño, sino también protegerse también a sí mismo.

## BASURA

—Buenos días, niña bien.

—Hola —farfullé, todavía medio dormida. Me revolví entre las sábanas y levanté la cabeza para mirar el reloj de la mesilla. Eran las siete y media de la mañana—. ¿Ha pasado algo? ¿Nat está bien?

—Supongo que sí. Solo llamaba para darte las gracias por escribirme anoche. Me froté un ojo.

—Pues... de nada. —Bostecé—. ¿Siempre madrugas tanto?

—No he conseguido pegar ojo.

—¿El *jet lag*?

—No. Es que... no encontraba una postura cómoda. Tenía frío. Me levanté para poner la calefacción. Al rato, la tuve que quitar porque hacía demasiado calor. Luego, me entró hambre. Después, sed. La almohada estaba rara: por mucho que la mullía no encajaba bien en mi cuello... Y tus ojos, tus putos ojos aguamarina, no dejaban de mirarme desde el baño.

—Qué mal rollo, ¿no? —Sonreí.

—Ha sido terrible.

—Y por eso te vengas de mí, despertándome a estas horas un domingo. Ahora lo entiendo todo.

Escuché el sonido de un mechero, de la rueda rozando la piedra, y, también, un soplido.

—Ya te he dicho para lo que te he llamado, encanto. No me hagas arrepentirme.

—¿No ha ocurrido todavía?

—¿El qué?

—Que te arrepientas de lo de anoche.

—Ah, eso... Claro que me arrepiento. No me perdono haberte dedicado la noche entera. Tengo los riñones hechos polvo de estar doblado sobre la mesita del salón.

—Me parece que te confundes de chica.

—No seas boba, Virginia. ¿Cómo me voy a equivocar de chica?

Me reí, estirándome sobre el colchón.

—A mí no me lo hiciste sobre la mesa del salón, fue en el baño. Y solo un rato, no la noche entera.

—Nosotros —recalcó— follamos en el baño. Tú me hiciste una mamada. Estupenda, por cierto. Y crees que te marchaste después, pero es mentira. Estuviste conmigo mientras te dibujaba.

—*Comme a votres femmes françaises?*

—Greta —gruñó.

—Grrr... —Volví a reír.

—Te has levantado chistosa.

—Sigo en la cama.

—Y yo, con un problema de cojones, que no me estás ayudando a solucionar.

—Si está relacionado con tus testículos, ¿por qué no pruebas a masturbarte?

—No funciona.

—Entiendo. Lo que quieres es que vaya yo para intentarlo.

—No, lo único que quiero es hablar contigo. Nada más, hostias.

La exhalación que acompañó al taco me hizo incorporarme.

—¿Qué te pasa?

—Te lo acabo de decir. ¡Me he tirado toda la noche dibujándote!

—¿Y?

—No debía haber sido así —dijo enfadado—. Sabía que lo necesitaba, me conozco, pero, precisamente por eso, me he obligado a reproducir exclusivamente imágenes inspiradas en las fotos que hice en El Salvador. Y no he conseguido nada. Mi necesidad no se ha saciado a base de senderos largos y sonrisas arrugadas. Lo único que me ha aplacado ha sido agarrar un lápiz nuevo y trazar líneas hasta que tu cara ha aparecido en el papel, hasta que me he aprendido cada una de tus curvas, cada ángulo, cada punto de luz y te he acariciado con la yema de los dedos para difuminar tus sombras. —Bajó el tono, convirtiendo su voz en algo tan frágil como los sentimientos—. He roto el límite que me había autoimpuesto, Greta, porque, si no lo hacía, si no dejaba que aquel puto papel tomara la forma de tu cara, habría terminado pintándote sobre la fachada del edificio. —Aguanté la respiración—. Apenas he usado la goma de borrar. Tu imagen en mi cabeza es tan clara que ha salido sola. Tu óvalo perfecto, tu nariz respingona, tus cejas saltarinas, tus orejas anilladas... Todo ha cogido forma enseguida. Me he entretenido en tu boca, muy adrede. Dibujar tus ojos, al principio, me pareció imposible. No sabía qué expresión darles, qué me estaban diciendo.

Paró para fumar y temí que no continuara. Me apresuré a preguntar:

—¿Y qué te dijeron al final?

—Que me estaba confundiendo de chica, no, desde luego.

—No te piques. Solo bromeaba.

—Muy apropiado cuando alguien se está declarando.

Envaré la espalda.

—¿Es lo que estás haciendo?

—Sí... No... Yo qué sé... —Bufó—. No he dormido, mi cabeza no funciona como Dios manda. —Tosió—. Encima me he fumado paquete y medio, y esta tarde me toca pared.

—¿Vas a escalar con el cansancio que llevas acumulado?

—Pues sí. A ver si me reviento de una puta vez y por fin consigo dormir un poco. O el lunes será un infierno.

—Intentaré no pasarte muchas llamadas.

—Entonces lo empeorarías. Necesitaré oír tu voz, aunque solo sea para decirme que un cliente quiere que le diseñe las tarjetas para la fiesta de los quince años de su hija.

No lo dijo como parte de su extraña declaración. Lo dijo con rabia, resentido.

—¿Qué es lo que te cabrea tanto, Sergio? ¿Qué es lo que no te gusta de esto? —pregunté, ansiosa por entenderlo.

—Pues eso. Que... que... que te has convertido en una especie de... fuente de inspiración. Si estás o te siento cerca, toco mejor, curro mejor, dibujo mejor..., pierdo el control sobre algo que tenía dominado. Y no quiero que ocurra, no quiero que nada tenga ese poder sobre mí, pero no estoy en posición de elegir. Uno nunca escoge la visita de una musa.

—Eh... —mascullé sin aire—. Creo que ya lo he entendido.

Me sentí ridícula por no ser capaz de decir nada más; debería haberle expresado lo increíblemente especial que me sentía por haberme convertido en una especie de musa para él, pero en el momento no pude asimilarlo. Tardé mucho más que un momento en interiorizarlo.

—Pues nada, todo claro —carraspeó—. Cuando salgas de mi puta cabeza, cierra con cuidado, por favor.

—Sin problema. —Sonreí, más alucinada que feliz—. ¿Te tiro también la basura?

—Ojalá pudieras —murmuró antes de colgar.

Dejé el teléfono sobre la mesilla y salí de la cama: no iba a poder dormir después de aquello. Estaba superada por lo ocurrido. Me hacía falta encontrar algo de perspectiva, compartirlo con otra persona para darle orden, pero no vi justo divulgarlo. Sergio se había abierto para mí, me había regalado sus emociones y yo no podía traicionarlas, traicionarle... Me guardé su declaración en el espacio oscuro de los secretos, ese lugar interior al que se accede atravesando una cortinilla sórdida, me recordé el carácter de lo nuestro y, con el *carpe diem* bajo el brazo, continué con



el domingo. A las doce, mi madre y yo teníamos cita en el salón de belleza.

Había contratado un paquete completo para las dos con la intención de relajarnos juntas y suavizar las asperezas que habían surgido entre nosotras a raíz de mi próxima mudanza. Las dos primeras horas estuvieron genial. Cuando paramos los tratamientos para comer algo, su negatividad habitual me amargó la crema de verduras.

—Es que no quiero que te pase lo mismo que en París o en Barcelona, ¿tan difícil es de entender? —Hundió la cuchara en su plato.

—¿Y qué propones? ¿Que siga viviendo contigo hasta los cuarenta? —Solté mi cubierto.

—Hasta los cuarenta, no. —Probó la crema y la sazonó, evitando mi mirada—. Pero hasta que encuentres a alguien con quien estabilizarte...

—Mamá, por favor.

—¿Qué?

—Que no me seas... —Me ahorré el adjetivo—. No hace falta tener cita en un altar para salir de casa.

—Tú no sabes lo que es apañártelas por tu cuenta. Sin apenas ayuda...

—Sé que fue duro para ti, pero mi caso es distinto —musité.

Y la recordé llorando cada noche por el abandono de mi padre, dando explicaciones avergonzada a quienes nos preguntaban por él, deshecha después de firmar los papeles del divorcio, encolerizada por la boda de él con Inmaculada, buscando pareja, como el que busca un trabajo, cuando se enteró del primer embarazo de ellos. También recordé el rencor con el que me decía que yo era lo único que la unía a mi padre.

—Mi situación fue distinta a la tuya, es verdad —dijo, resentida—. Y deberías agradecerlo. No te imaginas lo duro que es salir adelante con alguien a tu cargo.

Eso me dolió, me sentí como un lastre sin haber hecho nada para optar al puesto.

—Sí, debería agradecer no ser madre. Con haberlo vivido como hija ya he tenido suficiente.

—Tú no viviste nada. —Se ofendió—. Nos ocupamos de mantenerte al margen.

—¿Eso te crees? ¿Que no me enteraba de nada? ¿Que no me afectó que mi familia se rompiera?

—Baja la voz. —Miró alrededor—. Yo no tuve la culpa.

—Mi padre tampoco. Uno no elige cuándo deja de amar. Y no es justo que le culpes por ello.

—¿Eso es lo que él cuenta? —Se limpió una sonrisa irónica con la servilleta.

—Eso lo he aprendido de un amigo.

—Pues perdona, hija, pero ese amigo tuyo es un egoísta redomado. Amar implica lealtad, responsabilidad y compromiso. Lo otro... —Dio un manotazo al aire con desprecio—. Lo otro no es más que un antojo.

## EL CARIBEÑO

El lunes me desperté con ardor de estómago. Maldita crema de verduras. Me tomé un antiácido con la avena del desayuno y el malestar me dio una tregua camino del trabajo. En cuanto puse un pie en el edificio, volvió la quemazón. Iba a ver a Sergio. Después de su extraña declaración y de comprobar en mis propias carnes lo bien que se le daba regalar placer y recibirlo. El ardor descendió desde la boca de mi estómago hasta el vértice de mis piernas en el ascensor.

—Buenos días, Diego —dije sin pararme en recepción; llegaba un poco justa.

Él ya estaba sentado detrás de su mesa de cristal, con su auricular puesto y el ordenador encendido. Hasta podía oler el café que ya había preparado. Metió la cabeza en una pila de correo para clasificar y farfulló un saludo muy breve. Parecía que mis pesquisas sobre Gabriela, la simpática antecesora de mi puesto, madre y esposa y, con toda probabilidad, expareja de Sergio, me habían hecho no recibir la habitual cordialidad del recepcionista.

Dejé atrás la sala de reuniones, los aseos y el departamento financiero, y entré en el comercial.

—Buenos días, Mónica. —Coloqué el bolso sobre la cajonera y encendí el ordenador—. ¿Estamos solas?

Se apartó la melena planchada de la cara, miró a derecha y a izquierda y luego al frente, a mi escritorio.

—Parece evidente, ¿no?

Ni contesté. Era evidente, sí, igual que su estupidez.

Todavía no habían venido ni la jefa ni las dos gestoras de cuentas. Del diseñador gráfico tampoco había rastro. Los cuatro despachos acristalados que daban simetría al departamento dormitaban silenciosos. Recé por que aquella paz durara mucho. Nadie me oyó.

Las gestoras aparecieron enseguida, como dos corrientes bravías que inundaron nuestras mesas de albaranes, hojas garabateadas y tickets de aparcamiento. La jefa vino más tarde. Suceso significativo. Al igual que su melena extravaporosa y el brillo de su piel. Parecía recién sacada de un anuncio de balnearios.

Me alboroté un poco mi media melena ondulada. Me debió de dar envidia. «Qué pelazo, por favor. ¿Ayer lo tenía tan largo?». Le llegaba casi al alto cinturón de su

vestido de firma. Entallado, estiloso, respunteado con *glamour*.

—Buenos días, Irene. Estás deslumbrante.

—Buenos días, Mónica. Gracias. ¿Me traes un té, por favor?

—Ahora mismo.

Mi compañera se levantó muy dispuesta y correteó hacia la sala de descanso.

—¿Alguna novedad, Greta?

—Ninguna —le aseguré enderezando la espalda—. Tienes el iPad listo sobre tu mesa. Y confirmada la reunión de la tarde.

—Estupendo.

Entró con su nuevo pelazo en su despacho y, como hacía cada día, corrió los paneles japoneses, aislándose del departamento. Mi imaginación daba mucho de sí creando hipótesis del porqué de ese comportamiento.

Mónica volvió casi de inmediato con el té de Irene y sus zapatitos de Zara y se metió en el despacho para lamerle el culo con intimidad. Yo clavé la mirada en la pantalla y me dieron las once de la mañana haciendo notas de gastos. Grapando los tickets a la última me animé. Solo me faltaban los dichosos albaranes. Me había ganado un cigarrito... Y entonces me acordé de Sergio. ¿Se habría quedado dormido?

Recogí las notas, metí en el bolsillo derecho de mi *short* de *tweed* el tabaco y el mechero que me regaló en el camping y tiré hacia abajo de mi camisa. Cuando entré en el departamento financiero, me tuve que cerrar la chaqueta sobre el pecho. No quise señalar a nadie, ni que se me cayeran los pezones congelados. Era el primer día que había salido el sol en mucho tiempo, y allí ya habían puesto el aire acondicionado como si sufriéramos una ola de calor sahariano.

Entregué las notas de gastos, salí de la agencia, arrastré los zuecos por la moqueta hasta el ascensor y bajé los once pisos con un señor encorbatado que le hacía los coros con silbidos al hilo musical. *La bamba*. Cuando llegué a la planta baja, traté de huir a toda prisa para que no se me pegara la cancioncita y lo que conseguí fue atropellar a un tipo.

Mi cara se estampó en el tórax de un hombre de pecho tonificado y camisa blanca. Al despegarme, me di cuenta de que no era solo blanca: ahora también tenía restos de mi maquillaje.

—Lo siento mucho. —Agaché la cabeza.

El maldito zueco derecho estaba amenazando con resbalarse hacia fuera, otra vez.

—Me acabas de meter en un buen lío —dijo con un acento que me pareció caribeño. Levanté la mirada y confirmé mis sospechas sobre su origen. Además era francamente atractivo—. Aunque, por encontrarme con unos ojos como los tuyos,

ha merecido la pena.

Me sonrió, y yo a él también, pero con menos intención y simpatía. Encogí los dedos de los pies, le cedí el paso y me dirigí como una muñeca de Famosa cualquiera, hacia el portal aledaño para hacer llegar a mis pulmones nicotina y alquitrán. Cuando regresé a la oficina tenía una nota de mensajería interna. Irene me pedía que hiciera copias físicas de la agenda de junio. Me alegré de haberme adelantado a la tarea. Cogí del organizador el fajo de folios que había preparado y me dispuse a entregárselos.

—Irene está reunida —espetó Mónica—. No la molestes.

—No voy a molestar —«Imbécil»—, está esperando estas copias.

—Te he dicho que no —silabeó despacio, con su habitual tono prepotente—. Y te estoy haciendo un favor al repetírtelo.

—Pues será la primera vez...

Mónica echó la silla atrás con un movimiento seco, se levantó soltando un suspiro, me quitó las copias y repasó la primera hoja que encontró.

—Hazlas de nuevo. La información está desactualizada.

Fruncí el ceño. Estaba casi segura de que mentía..., y me equivoqué. Me tocó darle las gracias y repetir las malditas copias; no sé cuál de las dos cosas me molestó más.

Estaba allí, en la fotocopidora, cuando la puerta aledaña del departamento se abrió y Sergio apareció. Me pilló de espaldas, con una mano en la cadera y la otra en la bandeja, esperando el documento. Percibí un aroma familiar y me giré..., para encontrármelo con la peor cara de lunes que había lucido hasta el momento.

—Buenos días —murmuró, aunque sonó más bien como un gruñido.

—Buenos días —contesté intentando no sonreír—. ¿Te has dormido?

—Tenía cosas que hacer. Sigo sin pegar ojo.

—¿Por eso estás de mala leche? —Me dieron ganas de acariciar su ceño ultrafruncido.

—Pues sí. Tengo sueño y un dolor de espalda de mil demonios. Y es lunes, estoy en mi derecho de odiar al mundo, qué cojones. Además... —miró alrededor, se acercó un paso y bajó la voz—, resulta que lo primero que me encuentro cuando llego al departamento son esos putos pantaloncitos que llevas puestos. ¿De dónde me saco ahora la fuerza de voluntad para dejar las manos quietas y no deslizarlas por tus pantorrillas, por tus muslos, entre tus piernas, inclinarte sobre la fotocopidora y que sientas lo duro que me estoy poniendo?

Abrí la boca y se me escapó una risa; también, la posibilidad de replicar. Sergio no esperó mi respuesta. Atravesó el departamento hasta su despacho, recorrió los

paneles, abandonó su bandolera negra sobre el escritorio de cristal y recuperó su imagen eficiente. Y sus gafas graduadas... Mi perdición.

Regresé a mi mesa y me puse a ordenar las fotocopias tratando de no darle importancia a lo húmeda que me notaba. Estaba en la oficina. Se lo debía a mi sentido de la profesionalidad. Ejecuté la tarea regular porque los ojos se me iban a la derecha todo el rato.

Irene abrió al poco la puerta de su despacho. Yo fijé la vista en mi pantalla, palpando la comisura derecha de mi boca, por si finalmente había pasado y un chorrillo de baba se me estaba cayendo mientras acosaba visualmente a Sergio.

—Aquí tienes a la culpable —dijo la misma voz caribeña que había escuchado en el *hall*.

Dirigí la vista hacia la fuente del sonido y, efectivamente, resultó ser el atractivo hombre. Rodeaba con un brazo la cintura de Irene. Me sonrió, mostrando una hilera de dientes grandes y muy blancos.

—Ojos de cielo, dile, por favor, a la jefa que la mancha de mi camisa ha sido accidental.

Asentí con la cabeza.

—Totalmente. Yo salía con prisa del ascensor, se me escurrió el zueco... y tropecé. De verdad que lo siento muchísimo.

—¿Ves? —le preguntó a Irene—. Es lo mismo que te he dicho yo. Menos lo del zueco.

Irene me miró con suspicacia. Sergio salió de su despacho y se dirigió al hombre.

—Qué bueno verte por aquí, Mauro. —Se dieron la mano.

—No sé si todos pensamos lo mismo.

Mauro señaló con la mirada a Irene, ella parecía cada vez más recelosa; desde la intervención de Sergio, no paraba de mirarnos alternativamente.

—Te acompaño al ascensor —le dijo ella al caribeño, seca e imperativa.

Sergio volvió a su despacho y yo, a querer morir incinerada en una pira funeraria. Minutos después, Irene atravesó el departamento taconeando sobre el linóleo. Entró en el despacho de Sergio y, sorpresa, dejó la puerta abierta.

—Buenos días, jefa. Qué guapa te veo —dijo él, girando a derecha e izquierda su silla.

—Buenas casi tardes, Santos. ¿Sabes qué hora es?

—Ni idea. El *jet lag* me desorienta. Pero, si no recuerdo mal, me debes como doscientas horas extras...

—Tienes que avisarme antes de cogértelas. Lo sabes de sobra.

—¿Te he dicho ya que estás muy guapa?

—No seas zalamero.

Sergio se quitó las gafas y se levantó para acercarse a Irene.

—¿Hablamos?

Ella asintió con la cabeza, hundiendo los hombros. Sergio cerró la puerta.

## EL MONO

Sergio e Irene abandonaron la oficina poco antes de las dos, bastante sonrientes, y ya no regresaron. Yo finalicé la jornada como buenamente pude y dediqué el resto de la tarde a apuntarme en un gimnasio en La Latina, el que iba a ser mi barrio, y a comer tortitas con Natalie, porque, según ella, hay que mantener el equilibrio entre el Gym y el Ñam.

Por la noche, ya en el chalet de Aravaca, me puse a buscar empresas de reforma por si Sergio no cumplía con su palabra de ayudarme con mi piso y, en medio de la tarea, recordé lo que me dijo Dani en el camping: «Si se ha ofrecido, cumplirá». Y paré de buscar. Ya casi dormida me pregunté por qué me era más fácil creer a Dani que a Sergio. Con esa duda comencé el martes; otras cuantas acudieron para hacerle compañía a lo largo de la jornada.

La primera fue cuánto tiempo seguiría teniendo dientes mi compañera Mónica si seguía abusando de los blanqueadores. En los casi dos meses que llevaba en la agencia, se había aclarado, al menos, tres tonos. Predije que, si continuaba así, iba a necesitar carillas antes de que acabara el verano.

La segunda duda vino de la mano de Sergio. Bueno, más bien, de su cara. Sus ojeras características casi habían desaparecido. Sonreía cuando entró en el departamento. Todo él parecía haber revivido, desprendía optimismo, y había conjuntado taaaaan bien su ropa... Llevaba unos vaqueros *fit* tobilleros que le hacían un culo impresionante y una camisa lavada a la piedra que parecía endemoniadamente suave. El pelo revuelto. Un comienzo de barba muy sugerente. Esos andares estilosos y relajados... ¿Dónde había olvidado el cansancio que le había acompañado hasta ayer mismo?

—Buenos días —dijo Mónica. Se atusó la melena planchada y le sonrió; me arrepentí de haberme quitado las gafas de sol al entrar al edificio.

Yo también le saludé y me metí un mechón de pelo detrás de la oreja. Sergio recorrió con la vista cada arito, despacio, como lo hizo con la lengua en su cuarto de baño. Acarició con los ojos mi cuello expuesto y bajó hasta el tímido escote de mi camisa. Inspiré hondo. El primer botón que tenía abrochado tiró del ojal. Sergio se mordió el labio inferior carnoso, de pecado, y entró en su despacho. Atisé cómo se reubicaba el paquete antes de sentarse y ponerse las gafas; también, cómo sus ojos



oscuros estaban más pendientes de mí que de las pantallas de diseño.

Ambos fingimos que trabajábamos mientras nos comíamos con miradas furtivas un rato largo y prometedor. Sergio agarró el móvil.

*¿Me quieres dejar trabajar?*

*Podría preguntarte lo mismo.*

*Y te contestaría que te estoy trabajando a base de bien en mi cabeza.*

*Pues ya somos dos.*

*Lo sé.*

*Tienes la cara colorada.*

*Y muy poca vergüenza.*

Me palpé las mejillas, conteniendo una sonrisa.

*Si te tocas más abajo, voy a tener que ir al baño.*

*¿Puedo acompañarte?*

Irene salió de su despacho con cara de pocos amigos y escondí el móvil con rapidez; aun así, me pilló antes de detenerse en el puesto de Mónica. Suspiré. Siempre me pasaba lo mismo: en cuanto sacaba el teléfono, aparecía. Esperé que no pensara que era lo único a lo que me dedicaba. Me estaba esforzando de verdad.

Me permití la última mirada a la derecha antes de ponerme a trabajar. Y volví a suspirar. Qué polvazo tenía con las gafas... y sin ellas. Irene ocultó con su cuerpo la imagen de mis desvelos, ocupó casi todo el ancho del vano de la puerta del despacho de Sergio; por segunda vez, volvió a dejarla abierta antes de dirigirse a él.

—¿Has visto el *mail* del congreso de Málaga?

—Sí. Ya les he contestado, ¿no te he puesto en copia?

—No.

—Te lo reenvió.

—¿Solucionado, entonces?

—Solo tienen que aprobar los cambios que les he mandado adjuntos.

Irene se acercó a su mesa.

—Te noto menos tenso.

—Lo estoy. Solo me hacía falta una buena noche de descanso.

Ella suspiró.

—Yo daría media agencia por una así.

—¿Cómo fue con...?

La vi levantar las manos y negar con la cabeza.

—Otro día hablamos de eso. Ahora mismo no quiero ni pensar en ello.

—Cuando quieras. Aquí estoy, ya lo sabes. —En su voz había una complicidad que me provocó cierta envidia.

—Lo sé, pero...

Irene se dio la vuelta y yo giré el cuello hacia el monitor de mi mesa. Oí cerrarse la puerta del despacho. Por el rabillo del ojo intuí movimiento: estaban corriendo los paneles. Cogí un boli Bic del bote y empecé a roer la tapa azul mientras borraba con rabia los mensajes *spam*. Uno a uno.

—Greta, ven un momento —me ordenó Yolanda desde la fotocopidora.

La ayudé a solucionar un atasco y, ya que estaba, me endilgó su *mailing* mensual. Tuve que irme a la sala de juntas con tres cajas de folios llenitas hasta los topes de fotocopias y sobres. Tooodo el día estuve liada con ello. La odié mucho. Desde allí no se veía el despacho de Sergio.

No conseguí terminar con la tarea al finalizar la jornada. Me faltaba muy poco, un par de siglos solamente, y me dio apuro irme con ello pendiente. Miré con celo a mis compañeros cuando empezaron a marcharse de la agencia; ellos a mí, con indiferencia. Bueno, todos menos Mónica, que sonreía de lado a lado, la muy gilipollas. Sergio iba tras ella, cruzándose su bandolera.

—¿Ya te marchas? —le preguntó Mónica en medio del pasillo.

—Eso parece... Oye, ¿has visto a Greta esta tarde?

—Está ahí. —Señaló con la cabeza el interior de la sala de juntas—. Me parece que la han castigado —dijo con una risita.

Él levantó la cabeza y se detuvo frente a la puerta.

—Hasta mañana, Mónica —dijo, cortante, antes de entrar en la sala y mirarme con su clásico fruncimiento de ceño—. ¿Te queda mucho?

—Un pelín, pero no importa, estoy acostumbrada a que me castiguen —dije con retintín.

—Ni se te ocurra hacerle caso. Sé de buena tinta que están muy contentas contigo.

—Te agradezco que me lo digas. —Sonreí—. ¿Tú te vas ya?

—Sí —bufó—. A limpiar el garaje de mis padres.

—Huy, qué aventurero.

—Me va el riesgo. —Sonrió—. En el altillo debe de haber krakens, yetis y un par de familias de monos.

—Si encuentras uno que no muerda, ¿puedo adoptarlo? Me encantan los monos.

Asintió con la cabeza. En sus ojos seguía el brillo mágico que había encontrado en

El Salvador.

—Si sobrevivo, mañana te lo traigo.

Llegué a las diez de la noche a Aravaca, cansada hasta decir basta. Cené Doritos. Soñé con sobres gigantes que trataban de engullirme mientras corría desnuda por la agencia. Y me levanté de pura suerte. Solo acordándome de que Sergio también trabajaba en la oficina pude salir de la cama.

Hasta me arreglé un poco más de lo habitual..., para nada. Apenas le vi en todo el día. Estuvo fuera con Irene desde media mañana hasta las cinco y veintisiete de la tarde. Más o menos... Tampoco es que lo estuviera cronometrando.

A las seis y diez salió de su despacho con el McQueen en ristre, dejó un sobre encima de mi mesa al paso y murmuró un insulso «Hasta mañana» antes de desaparecer.

—Hasta mañana —dije apartando la vista de su culo y de la pedazo de espalda que marcaba la camisa y dirigiéndola al sobre. Qué manía más tonta había cogido la gente con encasquetarme su correo... Encima, Sergio no había tenido ni la amabilidad de decirme qué demonios quería que hiciera con él.

Agarré el sobre, le di la vuelta y... nada. Blanco total. Miré en su interior y...

—Oh —susurré—. Qué mono.

Eso era. La foto de un primate chiquitín, colgado con uno de sus bracitos de una rama elevada que cruzaba de un lado a otro un empinado camino de tierra. Sobre la arena se veía una sombra masculina y la silueta de una mochila.

La miré con detenimiento un buen rato, hasta que la puerta del despacho de Irene se abrió y la tuve que esconder. Al llegar al chalet de Aravaca, corrí hasta mi habitación y volví a sacarla.

Me parecía preciosa, y un detallazo por parte de Sergio. Me flipé un poco, acariciando con cuidado al monito y a la sombra; sonreí mucho, di un gemidito de alegría y la tuve que soltar para taparme la boca con la mano. Lo del gemido había sobrado.

La foto cayó bocabajo sobre la cama, y apreté la palma sobre mis labios. ¡Tenía dedicatoria! Acerqué la cara y leí el margen inferior derecho. En negro, con letra pequeña y angulosa, había escrito:

*«Bosque Chaguantique. Jiquilisco, El Salvador».*

En el centro y en azul:

*«Un mono que no muerde».*

Saqué el móvil del bolso y marqué su contacto. Tardó en descolgar apenas un par

de tonos.

—Gracias por el mono, me ha encantado —le dije como saludo.

—No me lo agradezcas todavía. Parece buena gente, pero me tiró un par de palos e intentó robarme la comida de la mochila. Si te molesta, me lo devuelves, en confianza.

Me reí, tumbándome sobre la cama.

—Aquí se está portando bien. De momento, me lo quedo.

—¿Dónde lo has puesto?

—¿La verdad? Está todavía tirado encima de mi cama. De hecho, acabo de pisarle sin querer, al pobre.

—De pobre nada. Si está tirado en la cama contigo, es un mono con mucha suerte. Yo me cambiaba por él sin pensarlo ahora mismo.

Un cosquilleo nació en la boca de mi estómago y empezó a expandirse por mi cuerpo. Ascendió, arrebolando mi garganta y mis mejillas, y descendió, igual de cálido, enroscándose en mi ombligo hasta terminar haciendo palpar a mi sexo. Me mantuve en silencio, tratando de encontrar algo coherente que decir y que no fuera tan evidente como: «¿Por qué no voy a tu casa y damos rienda suelta a la pasión hasta que nos escueza?». Solo me salió:

—¿Dónde estás?

—En la furgó.

—¿Vas conduciendo?

—No. La estoy lavando. O pasando a otra dimensión. Nunca me aclaro cuando me meto en un túnel de estos. —Me hizo sonreír—. Me gustaría seguir hablando, pero casi he terminado. Y me esperan en el gimnasio.

—Ah, vale, no te preocupes. Mañana nos vemos.

—Ojalá..., pero no sé si llegaremos a pasarnos por la agencia. Irene se pira en julio y está sufriendo su clásico ataque de pánico prevacacional. Hasta que no lo tenga todo cerrado y por triplicado no se va a ir tranquila. Si no coincidimos y necesitas algo... o solo quieres hablar, llámame, ¿vale?

—Vale, sí.

Un par de pitidos sonaron al fondo y Sergio colgó.

Dejé el móvil sobre la colcha y observé la foto del mono. Me fue imposible imaginarle como él lo describía. Era tan bonito que no parecía que cupiese en él ningún tipo de malicia. Lo acaricié por última vez y lo puse en la mesilla, apoyado en el pie de la lamparita de noche. Lo quise cerca del lugar donde soñaba.

## SÍNDROME DE DIÓGENES

El jueves no se cumplieron los deseos de Sergio. Ni los míos. No volví a verle por la agencia hasta el viernes a última hora, acompañado de Irene y vestido con traje y corbata. Solo pude acosarle visualmente unos minutos, pero fueron suficientes para alegrarme la jornada. Le escribí mientras cenaba con mi madre y su familia, por si después quería pasar conmigo un ratito... o la noche entera. Me contestó antes de que me regañara Paula. Y me alegré infinito de que hubiera cambiado presteza por dejarme en «visto».

*Quiero, pero no puedo.  
Estoy con Rubén.  
Y va para largo.  
Le envía recuerdos a tu amiga Carla.*

Le pasé el mensaje a la de Aravaca el sábado, cuando la recogí para ir a comer con unos antiguos amigos de la urbanización. Se hizo la desentendida con bastante soltura, pero no perdió la sonrisa ni cuando nos trajeron la cuenta. Hasta invitó a los cafés; el *picorsito* que le provocaba Rubén debió de espantar a su tacañería. Luego, propuso dar una vuelta por el centro.

—Podemos ir a..., no sé, a Lavapiés, por ejemplo.

—¿A Lavapiés? —preguntó Pelayo con voz aguda—. ¿Quieres coger piojos?

—Venga, por favor... —Solté la taza de té de mala manera sobre el platillo.

Carla le rio la idiotez.

—Era por proponer algo. Además, se está poniendo muy de moda.

—También la heroína —siguió él.

—¿Por qué no vamos al Madrid Río? —preguntó Berta—. He visto en el *stories* de Paula Echevarría que hay una fiesta de Ron Barceló. Podemos tomarnos unos coctelitos.

A todos les pareció un planazo, hoy todavía no entiendo por qué. Tampoco comprendo por qué seguí al grupo. Yo era de vodka a palo seco. Me pasé la tarde y gran parte de la noche preguntándome qué hacía allí con ellos. Cuando se lo comenté a Carla, en el taxi de vuelta a Aravaca, me confesó que tenía la misma duda.

—Es triste —comenté—, pero creo que seguimos saliendo con ellos por costumbre. Ya solo nos une el pasado. Si lo piensas bien..., ¿qué tenemos ahora en común?

—El mismo síndrome de Diógenes emocional, nenita. —Me palmeó el muslo—. La nostalgia puede convertirse en una enfermedad. Vamos acumulando recuerdos y a todos nos cuesta deshacernos de ellos, aunque sepamos que son solo basura.

«Basura emocional». ¿Sería eso a lo que se refirió Sergio? ¿Lo que deseó que yo pudiera sacar de su cabeza?

—¿Duermes conmigo? —me preguntó mi amiga cuando el taxi se detuvo en la puerta de su chalet.

—Mañana tengo que bajar al centro pronto. He quedado con Nat y Lara para ir a El Rastro.

—Comprendo...

La cara luminosa de Carla se apagó un poco. Noté que se había sentido apartada sin que tuviera que decírmelo. Por algo somos amigas.

—Si te comprometes a madrugar —me enganché de su brazo— y a prestarme uno de tus pijamas nuevos, te dejo regatear en los puestos mañana.

—Nos bajamos las dos aquí —le dijo al taxista.

Y también pagó la carrera. Y esa noche dormimos juntas la mar de a gusto, después de reírnos como brujas de los intentos de Berta por simpatizar con los vips de la fiesta, de los *stories* de la *influencer* de turno y del pelo sempiternamente engominado de Pelayo.

El buen rollo nos acompañó al centro al día siguiente, fue muy fácil mantenerlo con las chicas cerca. Apenas compramos nada para nosotras en el célebre mercado callejero: fue el bebé de Nat el que nos vació las carteras. Empecé a reconciliarme con el mundo infantil cuando descubrí que había *bodies* de Nirvana. Para mí solo pillé una reproducción en óleo del cuadro *Calla lillies*, de Tamara de Lempicka. Nada más verlo, tan floral, tan honesto, fuente de paz..., pensé en mi casa. Sostenerlo entre las manos le dio realidad a mi sueño. Era la primera compra que hacía para decorar mi hogar, el que estaba a un paso de habitar. La comida en el restaurante italiano me supo a algodón de azúcar. Rosa.

—Anda —dijo Nat, palpándose la tripa—, a la enana, porque va a ser una niña, que lo sé yo, le gusta el dulce. Se está marcando un bailecito. Y tiene ritmo. Es igualita que su madre.

Se reclinó en su silla. Apoyé los codos sobre el mantel de cuadros y sonreí, igual que Lara, sentada a mi izquierda.

—Ay, ¿sí? —preguntó Carla, a mi derecha—. ¿Puedo...? —Acercó la mano con

timidez.

—No te cortes, mujer. —Nat colocó la mano de Carla sobre su barriga—. Estamos en familia.

Carla y ella se distanciaron cuando me marché a París, yo era el único nexo que las unía. Por eso me enterneció ver la disposición de ambas a olvidarse de sus diferencias en pos del bienestar de esa familia que estábamos creando. Una familia urbana, disfuncional y auténtica. Haber perdido la mía de sangre se me hizo más llevadero gracias a saber que contaba con ella. Con ellas.

—¡Se mueve un poquito! —dijo Carla, entusiasmada.

—Es por la glucosa —explicó Lara—. Les pasa a todos los bebés.

—A la mía, más —dijo Nat—. Es superespabilada. Como su madre.

—¿De su padre no va a sacar nada? —Me reí.

—Los ojos verdes, seguro —vaticinó Natalie—. Y espero que también la altura, la paciencia y ese pedazo de corazón que no le cabe en el pecho. Y eso que tiene un tórax de escándalo. Y, hablando de tíos buenos. —Me miró—. ¿Qué tal la vuelta al cole del artista?

—Le tienen hasta arriba de trabajo, pero bien.

Natalie entornó los párpados.

—Cuéntame cómo estáis vosotros. Me la chufla lo del curro.

—¿Cuándo te incorporabas tú al tuyo? —pregunté para evitar contestar.

—Mañana, ya lo sabes.

—¿Dónde trabajas ahora? —le preguntó Carla, todavía sobándole la barriga.

—Llevo ya bastante tiempo en la oficina de turismo del aeropuerto.

—Oye, pues muy bien. —Carla la miró con otros ojos—. Lo de la tienda de ropa no iba contigo.

—Ya, pero tengo la mala costumbre de comer todos los días. Y de pagar mis propias facturas...

Carla apartó la mano. Yo fruncí el ceño. Lara intervino.

—Ya que estamos hablando de trabajo... —Se aclaró la voz y echó los hombros atrás—. Voy a aceptar lo de Holanda.

Dos pares de cejas se elevaron. No estaban tan entrenadas como las de Carla. Además, ella no sabía lo que implicaba la noticia.

—¿Lo sabe Asier? —preguntó Natalie.

—¿Quién es...? —me susurró Carla.

—Su marido —musité.

—Claro que lo sabe. —Lara apartó los codos de la mesa. Colocó las manos en el regazo y fijó la vista en ellas—. Ha sido él el que más me ha animado a hacerlo.

Dice que es una oportunidad que no puedo desaprovechar, que me va venir fenomenal para mi carrera y para mí misma. Y estoy de acuerdo con él...

—¿Pero? —Nat cruzó los brazos sobre la tripa.

Lara se mordisqueó el interior de su labio y levantó la mirada. Había miedo en ella. Todas lo vimos.

—¿Y si me cargo mi matrimonio por pretender volar más lejos?

—Eso no va a pasar —aseguró Natalie.

—La distancia es muy jodida... —siguió Lara—. Me siento egoísta por hacernos pasar por eso.

—A veces, hay que serlo un poco para poder darlo todo después. Asier lo sabe.

—Nat le dedicó a Lara una mirada cargada de intención—. Por eso te está empujando. Y tú también lo sabes. Por eso has aceptado el trabajo.

Lara asintió con la cabeza, pero no perdió el temor de sus ojos.

—Solo quiero que salga todo bien.

—Y yo, que te pilles un piso bien grande. —Nat sonrió—. Nos vas a tener de okupas cada dos por tres. Me flipa Holanda.

—A mí también —comenté.

—A ti te flipaban los *coffee shops* sobre todo, fumeta.

Carla rio.

—¿Te acuerdas de cuánto intentamos cultivar en la parcela de mis padres las semillas que trajiste de Ámsterdam?

—No sé de qué habláis —mentí, antes de pedir la cuenta.

Al sacar el monedero del bolso, vi que mi móvil parpadeaba. Me había llamado mi madre, me habían metido en el grupo de WhatsApp de Aravaca, del que ya me había salido dos veces, y me había escrito Diana.

*La que has liado...*

Empecé a teclear cuando entró en línea.

*¿De qué hablas?*

*Rubén ha dejado a Mery.*

*¿Y es culpa mía?*

*Claro.*

*¿Por qué tuviste que traer a tu amiga?*

Envió un *emoji* guiñando un ojo con la lengua fuera. No le vi la gracia.



*Carla tampoco es responsable de nada.  
Mery me dijo que suelen romper cada poco tiempo.*

*Bah, no te rayes.  
Seguro que se les pasa en unos días.  
Dile a tu amiga que no se haga ilusiones.*

*No creo que le interese el recado.*

Tardé en transmitir la información lo mismo que en salir de la aplicación. Carla se alegró tanto que nos invitó a la comida y propuso dedicar la tarde a comprar lencería.

## MARCAR LA DIFERENCIA

—¿Qué tal el finde, niña bien? —me preguntó Sergio en voz baja, casi pegado a mi espalda.

Sonreí y dejé la taza de té sobre la encimera de la sala de descanso de la agencia. Estaba sola hasta que le oí entrar; su aroma aventurero era inconfundible. No me di la vuelta de inmediato. Paladeé la sensación cálida que me transmitía su cuerpo, cerré los ojos, inspiré hondo, me llené de su olor y solté el aire despacio, tratando de recordarme que estábamos en el trabajo.

—No sabría decirte. Hasta el sábado por la noche, estuvo regular. Después ha sido una delicia.

Me giré. Él no se apartó a una distancia prudencial hasta que no repasó cada rasgo de mi cara.

—¿Ligaste en la fiesta de Ron Barceló?

Mi sonrisa se tornó maléfica. Y engreída a tope.

—Ligué... como siempre. Pero dormí con Carla, que es lo que te interesa en realidad. Ya veo que tú has dedicado el fin de semana a preguntar sobre mis movimientos.

—No me ha hecho falta preguntar, encanto. —Alzó una comisura—. Tienes la mala costumbre de publicar cada paso que das.

Apoyé la cadera en la encimera y recorrí con la mirada todo su cuerpo. Desde los zapatos Oxford marrones hasta las solapas de su americana azul marino. Se la desabrochó y echó los hombros atrás, creo que para que viera con claridad lo bien que se le ajustaba la camisa.

—¿Me has estado cotilleando el *stories*? —Arqueé las cejas. Él sonrió—. *Voyeur*... —susurré con voz obscena.

—Greta... —gruñó.

—Grrr...

—Buenos días, pareja —canturreó el director financiero.

Di un respingo, pegándome a la encimera. Sergio no se movió.

—Buenos días —contestamos a coro.

Una risa femenina me hizo mirar a la puerta. Era la asistente.

—Chispas —rio, como una niña a la que le parece divertidísimo que dos personas

digán la misma palabra a la vez. Sergio y yo nos miramos con cara de circunstancia.

—Sálvate tú. Yo te cubro. —Me guiñó un ojo y se dirigió hacia el rincón de las magdalenas, donde estaba el financiero—. ¿Cómo vas, Felipe? ¿Tu mujer? ¿Tus nietos?

—Hemos tenido en casa al pequeño el fin de semana. Mira qué guapo está.

Felipe sacaba el móvil de un bolsillo cuando me despedí. La asistente me dedicó una mirada curiosa y se acercó a Sergio.

Con lo bien que había empezado el lunes... y lo poco que había durado. Estaba claro que con Sergio el *carpe diem* había que pillarlo al vuelo. Los momentos con él siempre me parecían fugaces, aunque duraran horas. Ese pensamiento me puso alerta, pero lo olvidé enseguida, en cuanto me di cuenta de los cientos de *mails* que tenía para procesar en la bandeja de entrada.

El resto de la semana laboral fue como los *spam* que eliminaba a diario: repetitiva, tediosa, tiempo perdido. Irene acaparó al completo la atención de Sergio y lo apartó de la agencia. Hasta el viernes, casi entrada la noche, cuando estaba saliendo del chalet de Aravaca para ir a casa de Lara y Asier, no volví a saber de él.

*¿Vas a la cena?*

*Estoy a punto de coger el coche.  
¿Tú no vienes?*

*Ahora sí.*

Conduje tan contenta hasta la calle Ibiza, donde vivían nuestros amigos, compré una botella de vino y unos pastelitos en un supermercado 24h y llamé al portero. Me abrió Dani; la puerta del piso, Natalie. Lara y Asier trasteaban en la cocina. Charlamos un poco, me agradecieron los detalles y me animaron a sentarme a la mesa, una ovalada que había junto a la estantería abierta que dividía el salón en dos ambientes. Conté cinco cubiertos.

—Sergio viene ahora —le dije a Lara, que traía el *hummus* que había hecho Dani.

—¿Sí? —La rubia arrugó la nariz. Asentí con la cabeza—. Le había dicho a Asier lo contrario.

—Ha cambiado de opinión.

Sus ojos claros me miraron con complicidad.

—Me alegre mucho.

—Yo también. —Sonreí.

Mientras ella regresaba a la cocina, Dani se sentó a mi derecha y cambié de mueca.

—No hace falta que disimules. —Me dio con el codo y me sirvió un poco de vino

blanco de Rueda—. No pienso advertirte más sobre el tema. Ni voy a censuraros, por supuesto. Lo hecho..., hecho está. No quiero que termines odiando al padre de tu sobrina.

Le acaricié el antebrazo.

—Sería imposible. Eres un sol.

—No lo sabes tú bien —dijo Natalie.

Puso junto al *hummus* una bandeja de tortitas de trigo recién horneadas y se sentó en la cabecera, a la derecha de Dani, de espaldas a la entrada. Se besaron mientras Asier dividía en seis porciones la lasaña de verduras que había cocinado y Lara repartía los platos. Solo separaron sus bocas cuando sonó el portero. Mi amiga se levantó para descolgar el telefonillo que había junto a la puerta.

—¿Sí? ¿Quién es? —dijo con burla. Después se rio—. Aquí no usamos butano. —Rio más fuerte—. Esa contestación me la apunto.

Pulsó el botón, dejó la puerta entreabierta y se sentó a la mesa. Sergio entró al poco. Me sorprendió que llevara las gafas graduadas fuera de la oficina; también, que besara a todos menos a mí. Solo me dedicó un «hola» en voz baja antes de sentarse en la cabecera libre, a mi izquierda.

—¿Cómo te ha dado por venir al final? —Asier le pasó el plato del pan de pita.

—Tengo la nevera vacía y ni un puto duro después del viaje.

—No me extraña —dijo Nat—. Te has pasado de espléndido con los regalos. He visto en internet que la alfombra para la peque te ha costado un riñón.

—Lo mejor para mi sobrina. —Le guiñó un ojo y señaló su muñeca—. ¿Te queda bien la pulsera?

Natalie levantó el brazo e hizo girar una cadenita plateada llena de abalorios de colores.

—Un poco holgada, pero no la voy a llevar al joyero. Estoy en fase expansiva.

—Ay —dijo Lara—. Muchas gracias por la mía. No la llevo puesta, pero no porque no me haya gustado.

Sergio le sonrió.

—¿A ti qué te ha traído, Greta? —me preguntó Asier.

Dani inspiró bruscamente a mi lado. Sergio se llenó la boca de pan. Revolví mi plato de lasaña.

—¿Lo que lleva la bechamel es nuez moscada? —Fingí que degustaba el plato; en realidad, el bocado me supo a... nada.

—Sí, y un poco de pimienta —se apresuró a contestar Lara—. ¿Está muy fuerte?

—No, no, está rica —mentí.

—Lo he intentando —dijo Asier—. Pero a Nat le sale mejor.

—Con diferencia —dijo Dani.

Y el tema de los suvenires se diluyó entre tragos, mordiscos y anécdotas. Al contrario que mi sensación de estar de más. De menos. De nada. En la familia había un integrante que seguía teniendo el don de hacerme sentir incómoda. Empecé a pensar en lo distinto que era conmigo en público y en privado. También, en lo poco que me gustaba que marcara esa diferencia.

—¿No vas a comer más, Greta? —me preguntó Lara; el único plato con restos era el mío.

—No, estoy llena.

—Ayúdanos con el postre —me pidió Nat.

Y ambas me improvisaron una «intervención» en la cocina.

—No te preocupes de que no te haya traído nada —susurró Lara—. Las personas, a veces, hacen justo lo contrario que quieren... porque... —titubeó.

—Seguro que te ha traído algo —murmuró Natalie—. Pero todavía no te lo ha dado.

—Eso también es una opción —asintió la rubia.

—Sergio es muy suyo para según qué cosas... —Nat abrió el congelador y sacó una tarta helada.

—Eso es verdad. —Lara cogió unas cucharitas.

—Además, aunque no te haya comprado una pulsera, sabes que se ha estado acordando de ti, que es lo importante.

—Totalmente cierto.

Sonreí.

—Os agradezco un montón que tratéis de animarme, pero...

—Mejor lo hago yo —me interrumpió Sergio.

## TODO LO QUE SUBE BAJA

Lara y Natalie salieron a toda velocidad de la cocina, las muy cobardes. Yo fingí indiferencia, atusándome el pelo y observándome las uñas. Me apeteció, mucho, volver a mordérmelas.

—¿Estás mosqueada o decepcionada?

Sergio avanzó hasta el fregadero, donde estaba apoyada.

—Ninguna de las dos cosas. No tengo envidia de sus regalos ni esperaba que me trajeras nada —dije sin acritud, con total sinceridad.

—Entonces, es que te has sentido marginada.

—Quizá un poco.

—Quizá. —Sonrió.

—¿Lo has hecho aposta?

Fruncí el ceño y él también, muy mucho.

—Claro que no. —Se detuvo a un paso de alcanzarme—. ¿Qué sacarías yo con eso?

—Divertirte, como siempre. —Me encogí de hombros.

—No soy un sádico, ya te lo dije en el camping.

—Me dijiste muchas cosas. Seguro que no quieres que me las crea todas...

—¿Por qué no te limitas a creer en mis actos?

—Estaría en las mismas. ¿Te has dado cuenta de que he sido la única a la que no has saludado?

—Te he dicho «hola».

—Me refiero a...

—Ya sé a lo que te refieres. —Acortó la distancia entre nosotros y se agachó un poquito para nivelar nuestras caras—. Venga, cántamelo... *«Loca... por un beso tuyo...»*.

Me reí. Y no tenía demasiadas ganas.

—Cada vez que recuerdo ese momento, pienso en Paquita Salas.

—Tope molón, ¿que no? —Se inclinó sobre mi boca.

Que fuera capaz de parafrasear nuestras tonterías hizo que no me apartara.

—¿Por qué no me has tratado como a los demás? —pregunté, intentando ponerme seria.

—Porque me es imposible. —Me dio un beso fugaz en los labios, casi robado—. Igual que me ha sido imposible reunir el valor suficiente para darte la chorrada que te he traído de El Salvador. Lo intenté la noche del restaurante griego. Y ya conoces el resultado.

Me acordé de que, antes y después de aquella cita, jugueteó con algo que llevaba en un bolsillo. Algo por lo que de repente sentía un interés irrefrenable.

—¿Qué tipo de chorrada?

—Una grandísima. No por tamaño, sino por el significado.

—Déjate de misterios, por favor.

—No son misterios —rio—. Es... que no estoy preparado para dártela. Todavía sigo reponiéndome del ridículo del momento Pablo Alborán.

—A mí me pareció de todo menos ridículo. —Le agarré de la camiseta y tiré hacia mí. Le besé, sin lengua, sin prisa, entregada—. ¿Qué vas a hacer luego?

—Dormir. Mañana entreno a primera hora. —Hice un mohín involuntario. No quise que supiera lo decepcionada que estaba, pero se me escapó—. ¿Te apetece venir?

—¿A escalar paredes?

—En el gimnasio, sí.

—Mejor quedamos cuando acabes.

—No puedo, tengo que echarle un cable a mi padre. —Me acarició los costados—. Por cierto, ¿qué sabes de tu piso nuevo?

—Todavía nada. Los papeles ya están en el notario, pero no nos han llamado.

—¿Sigues queriendo que te ayude con la reforma?

Asentí con la cabeza, deslizando las manos por sus brazos y sus hombros.

—¿Y tú?

—Mañana te contesto. A eso de las nueve. En el gimnasio.

Sonreí.

—No he escalado en mi vida.

—Genial, así nos desvirgamos juntos —me besó una vez más—: yo nunca he llevado a una chica.

—Tampoco es que me vayas a presentar a tus padres.

—No —otro beso—, pero sí a mi hermano. —Crucé las muñecas en su nuca, alternando la vista entre sus ojos brillantes—. Esa mirada me la conozco. Te estás haciendo ilusiones...

—Y me están quedando preciosas —sonreí—. Pero, tranquilo, sé controlarlas.

—Ojalá pudiera decir lo mismo.

—Perdonad que os corte el rollo. —Asier se asomó desde el vano de la puerta.

Sergio gruñó. Yo me reí, por no lanzarle el cuchillo jamonero—. ¿Preferís peli o serie?

—Yo me piro en breve —dijo Sergio.

—A mí me da igual.

Asier se dio la vuelta y le oímos decir:

—Se estaban enrollando. Nos toca recoger.

—¡Toma! —gritó Nat.

La interrupción apresuró la marcha de Sergio. Dani y Asier se encargaron de quitar la mesa, limpiar la cocina y cargar el lavavajillas. La embarazada no dejó de lanzarme miraditas durante toda la película. Estaba encantada con lo nuestro. Y yo también, para qué negarlo. Solo había ciertos detalles por pulir, el resto era... Oh, oh... El resto no podía ser. ¿Se me estaba olvidando? ¿O el fallo de memoria era Sergio?

Me marché del piso mareando esas preguntas.

A la mañana siguiente, mientras elegía la ropa deportiva que mejor me sentaba, las dudas seguían dando vueltas en mi cabeza. También, mientras conducía hasta la ubicación que había recibido por mensaje a las siete de la mañana. Llegué a la calle del gimnasio a las nueve en punto. Sergio ya me esperaba en la puerta. Aparqué enfrente con solo tres maniobras, me bajé del Infiniti con mi bolsa Gucci y esperé a que pasara un coche para cruzar la calle, pero el vehículo también se detuvo. Sonreí al conductor, Sergio a mí.

—Vaya —comenté al llegar a su altura—, hoy parece que todo el mundo está de buen humor.

—Son esas mallas, encanto. Paran el tráfico y el corazón de cualquiera que te mire. Palpé un lateral de su cuello, fingiendo que le buscaba el pulso.

—Contigo no funcionan, estás bombeando a mil.

—Porque no tengo corazón: lo que notas es el reflejo de las sacudidas de mi polla.

—Ya decía yo... —Me mordí el labio.

—Vamos entrando antes de que me dé por mordértelo a mí también.

Tiré de su cazadora y le acerqué a mi cara. Ni se lo pensó. Me comió la boca como si llevara un mes en ayuno.

Dentro del gimnasio, donde se reunía su club de escalada, volvió a marcar las distancias. Se encargó de presentarme a sus colegas y me explicó varias cosas, como que el lugar le pillaba a tomar viento de su buhardilla pero que, por la gente, le merecía la pena darse el paseo tres veces por semana, que las instalaciones eran inmejorables, que la cuota no era cara —no tanto, al menos como el material de escalada—, que su visa lloraba cada vez que iba a por cuerdas..., y todo me lo



contó desde una posición neutral. Nada que ver con el beso que me había dado en la puerta.

Me ayudó a colocarme un arnés y las protecciones después de los estiramientos. Un tal Iñaki se nos unió y le estuvo contando cómo había sido la última salida que habían hecho a los Picos de Europa. Cuando Sergio se acercó a la pared de hormigón, me dijo que le observara antes de intentarlo yo. Empezó a subir con torpeza; decía que le molestaba el equipo, que no era capaz de fijar bien los agarres, que le costaba encontrar las presas...

—Vamos, lo normal cuando haces el vago durante un mes seguido... —le dijo Iñaki, que le dictaba las series desde abajo.

—Exacto —gruñó el artista.

Yo no estuve de acuerdo con ellos. Sergio me parecía una maldita lagartija. Desafiaba a la física soportando con la punta de los dedos el peso de su enorme cuerpo, me robaba el aire cada vez que saltaba y bizca, cada vez que flexionaba los brazos o tiraba de abdominales. Los jadeos que soltó casi al final del ejercicio me calentaron más los músculos que los estiramientos. Terminó cayendo sobre las colchonetas de pie, desde más de seis metros, sin apenas despeinarse. Apreté los muslos e inspiré hondo. Llegaba mi turno...

—Hombre, ya era hora —dijo Iñaki, mirando por encima de mi hombro.

Un tipo me rebasó por la izquierda y lo saludó con efusividad.

—Había un atasco de puta madre en la A2 —explicó.

—Te has quedado dormido, no mientas —dijo Sergio mientras se quitaba el arnés.

El tipo sonrió y confirmé que era su hermano. Tenían la misma mueca socarrona. Él era un pelín más bajo y menos fuerte, pero también tenía el pelo rizado, bastante corto y con canas en las sienes y en la zona del flequillo.

—¿No me vas a presentar a Greta? —le preguntó.

Y me sorprendió que conociera mi nombre.

—¿Para qué? Acabas de hacerlo tú. —Se acercó a mí con los chismes de escalada en las manos—. Voy a dejar esto. No empieces sin mí. Y no hagas ni puto caso de lo que te diga David.

Miré a su hermano de reojo: estaba negando con la cabeza.

—Se piensa que te voy a convencer de que es un gilipollas —me dijo—, pero eso seguro que ya lo sabes de sobra.

Me reí.

—Los he conocido peores.

—Me extraña. —Iñaki señaló la pared—. Acércate, que te pongo la cuerda.

—Mejor espero a Sergio.

—Lo mejor con él es que le contradigas —dijo David.

Y, una vez más, confié más en el criterio ajeno que en el mío propio. Cuando Sergio regresó libre de ataduras, yo estaba intentando alcanzar la cuarta presa.

—Levanta más la pierna derecha, todo lo que puedas —decía Iñaki—, coloca la puntera del pie en el apoyo e impúlsate hacia la izquierda.

Traté de hacerle caso y no morir en el intento. Me estiré todo lo que pude, el abductor me quemaba por esfuerzo. Me resbalé un par de veces. A la tercera, encontré el apoyo. Sergio gruñó, miré hacia abajo y perdí el equilibrio.

—¿Para qué la distraes? —dijo su hermano—. Iba de puta madre.

—No lo he hecho aposta, joder. —Sergio me ayudó a levantarme de las colchonetas, cogiéndome de la cintura. Apretó las manos en mi carne antes de susurrar—: ¿Cómo no voy a gruñir teniéndote tan abierta de piernas a un metro de distancia?

—¿Solo he subido un metro? —Miré la pared y así había sido—. Menuda mierda. Pensaba que había llegado más lejos. Soy una estafa como escaladora.

—Es tu primer día, no te metas caña. —Me soltó la cintura—. Ya le irás cogiendo el tranquillo.

—¿Pretendes que vuelva? —Arqueé las cejas.

—Si de mí dependiera, no te marcharías.

—No sé si me convence lo de vivir recluida en un gimnasio —bromeé.

Que solo yo sonriera me hizo pensar que no estábamos hablando de lo mismo. Le observé, ceñuda. Quise preguntar... Pero David me robó el momento.

—Greta se va a enfriar con tanta cháchara —le dijo a Sergio—. No la entretengas y ve a por mi equipo. A la una, como muy tarde, tenemos que estar en Alcalá.

Sergio le obedeció sin replicar, cosa que me sorprendió. También un poco el trato frío que su hermano me dedicó desde entonces. Intenté trepar a la maldita pared durante quince minutos sin conseguirlo. David dio por finalizado mi ejercicio, ejecutó el suyo y prácticamente nos empujó a las duchas después. Lo encontré junto a la puerta del vestuario femenino cuando salí.

—¿Y Sergio?

—Está fumando junto a tu Infiniti. Bonito cochazo, por cierto. —Lo dijo con un tono tan distante que no me pareció un cumplido—. Quiere despedirse sin que yo esté merodeando. Supongo que trata de evitar que te advierta de que...

Levanté las manos.

—No, no... Ni una más. —David me miró con confusión—. Estoy harta de que todo el mundo me advierta sobre los peligros de relacionarme con tu hermano.

Tengo veintinueve años y mucha vida a la espalda. Sé lo que hago.

—¿Y qué es lo que haces con él exactamente?

—Eso debería respondértelo Sergio.

—Si le conoces un poco, sabes que es imposible.

—Pues lo siento, pero yo no voy a darte explicaciones. —Me soné tan cortante que traté de rectificar—. Te agradezco que te preocupes por mi bienestar...

Negó con la cabeza, dejando asomar una sonrisa irónica.

—El único bienestar que me interesa es el de mi hermano.

Eché un paso atrás.

—¿Crees que le voy a...?

—Me preocupa que... —me interrumpió— que... A ver cómo te lo digo con suavidad...

—Dale —saqué pecho—, dímelo sin rodeos, por favor.

—Me preocupa que él para ti sea solo un capricho. —Me quedé helada—. Sé que has vivido aquí y allá, que llevas un par de meses trabajando en Madrid pero ya te has comprado un coche de lujo y un piso en La Latina, que has tenido algo con Ángel...

—Solo tomamos unas copas. —Cruce los brazos.

—Pues deberías haber visto a mi hermano...

—Fue él el que lo organizó.

—Porque intentaría olvidarse de ti...

—No fue por eso.

—¿Entonces por qué?

—Porque... porque... era una especie de juego tonto... —No me supe explicar—. Es algo nuestro. No lo entenderías.

—Lo entiendo mucho mejor que tú. Yo conozco a mi hermano, Greta. Por eso me estoy arriesgando a que me retire la palabra durante décadas por hablar contigo.

—No le voy a decir nada.

—Pero yo sí. No se merece que nadie juegue con él.

—Yo no...

—¿No? ¿Y por qué todavía no me has negado que para ti es solo un capricho? ¿Puedes asegurarme que sientes algo fuerte por él? ¿Que estás dispuesta a tener una relación seria con él?

—Tu hermano no quiere algo así.

Soltó una risotada seca.

—No me jodas, hombre. —Se frotó la cara. Cuando apartó la mano su expresión me transmitió que me daba por perdida—. ¿Sabes lo peor? Que sigues sin

negármelo.

## MEGATRÓN

Salí del gimnasio antes que David: carecía de sentido que continuáramos nuestra conversación ni que le tratara con una cortesía que él había olvidado conmigo. Su hermano me esperaba junto al coche, pero ya no fumaba. Yo, en cambio, sí echaba humo, aunque traté de disimularlo.

—Estaba a punto de entrar a por ti —me dijo Sergio—. Pensaba que te habías ahogado en las duchas.

Sonreí sin ganas.

—Gracias por la experiencia. Ha sido muy... especial.

Los pliegues verticales de su ceño hicieron acto de presencia.

—No vas a volver.

—Depende de las agujetas que tenga mañana —mentí, desbloqueando el cierre centralizado con el mando.

—Si por la tarde sigues con molestias, doy unos masajes estupendos. —Me abrió la puerta.

—Lo pensaré.

Me senté y me puse el cinturón de seguridad de forma mecánica.

—Me da que nos vemos el lunes —murmuró.

—Eso seguro.

—¡Sergio! —Su hermano le llamó desde la otra acera—. ¿Nos vamos o qué?

No pude evitar lanzarle una mirada hostil, una que provocó que Sergio cerrara la puerta y cruzara la calzada de cuatro zancadas. Se fue directo hacia David. Yo arranqué y me puse en marcha sin saber adónde ir. No quería volver a Aravaca, ni fingir delante de nadie que no estaba completamente rayada. Terminé conduciendo por inercia hasta un centro comercial de sobra conocido por mi tarjeta de crédito, a la que di un uso indecente hasta bien entrada la tarde. Oculté el botín en el maletero del coche para no dar explicaciones a mi madre. Simulé que cenaba con ella y su marido, también que prestaba atención a la película que vimos. El domingo alegué que me estaba torturando mi querida menstruación para pasarlo encerrada en mi dormitorio, luchando contra la dicotomía de querer resolver lo que sentía en realidad por Sergio y recordar que esa línea de pensamiento me conduciría a un camino que para nosotros estaba cerrado. Él no creía en el amor para siempre, y yo

no estaba dispuesta a conformarme con menos. Solo pondría mi corazón en manos del que pudiera asegurarme el final feliz que creía merecer.

El lunes estuve muy tentada de seguir con mi internamiento voluntario, no encontraba motivos para salir de la cama, pero me levanté por... por... Yo qué sé por qué, por inercia, por el qué dirán, porque soy permeable a las críticas... Da lo mismo, el caso es que lo hice: regresé a la agencia, tratando de ajustarme la coraza de indiferencia y con la cabeza y el corazón dándose la espalda.

El diseñador gráfico y la jefa llegaron juntos a la oficina, casi a la una. Ella saludó antes de recluirse en su despacho. Él, antes de meterse en el suyo, buscó algo en mi mirada; algo que no debió de encontrar, porque su gesto me transmitió perplejidad hasta que, una hora después, se transformó en arrojito.

Me sorprendió que saliera a comer con el resto de la plebe de la agencia. Nos acompañó en el ascensor, obligándome a colocarme a medio metro de distancia para no caer en la tentación de apretarme contra él; también nos sujetó la puerta del edificio. En la calle, se despidió de Mónica con un gesto de mano, se puso sus Carrera de sol y me preguntó:

—¿Comemos juntos?

Inspiré bruscamente, y los pulmones se me llenaron de un aire calentorro y urbano. Tosí. Y pensé seriamente que me iba a dar alguna clase de ataque. El de conciencia y el de risa estaban entre los más probables. Me vi tan sobrepasada de repente que me dio por partirme en su cara. Sergio no se lo tomó a mal, a saber por qué.

—Perdona, es que estoy con la regla. —Intenté sosegarme—. Suelo sufrir estos cambios de humor... —mentí.

—Seguro que la charla con mi hermano no ha tenido nada que ver.

Su réplica calmó mis risas y avivó mi ataque de conciencia.

—Sigo sin poder negar que eres solo un capricho —solté a bocajarro.

Sergio tardó unos segundos en reaccionar. Después, se quitó la americana y se aflojó el nudo de la corbata para desabrocharse el primer botón de la camisa. Señaló un punto al otro lado de la calle.

—Hay un bar aquí cerca. Detrás de ese parqucito. Hacen una tortilla de patatas de muerte. Mi intención era que lo habláramos allí, pero si prefieres que nos quedemos en medio de la puta calle...

Negué con la cabeza. Caminamos entre dos filas de coches mal aparcados y miramos a la izquierda, esperando un hueco en el tráfico que nos permitiera pasar. El semáforo que había unos metros a la derecha se cerró y un Golf tuneado se detuvo a nuestro lado. El conductor parecía haberse esnifado todo el gas del

megatrón. Llevaba las ventanillas bajadas y el equipo de música fundido de reproducir *techno* a toda leche. Me dedicó un silbido cuando bordeé el coche. Trastabillé y estuve a punto de comerme el quitabarros de un Mercedes. Sergio se detuvo.

—¿Te crees que es una oveja? —Alzó la voz.

—¡Anda y que te jodan! —El conductor sacó la cabeza por la ventanilla, mirándome—. Te lo parto cuando quieras, cosa guapa.

Sergio se acercó a la ventanilla con la peor cara de mala hostia que le había visto; el tipejo subió el cristal con rapidez y metió un acelerón.

—Ignórale. —Sujeté a Sergio del antebrazo. El semáforo amenazaba con abrirse para el tráfico. Tiré de él hasta la acera. Su mirada estuvo fija en el Golf hasta que volví a hablar—. No merece la pena, en serio. Ni siquiera me ofende lo que ha dicho. Estoy acostumbrada.

—Precisamente por eso. —Le solté. Se quitó las gafas y se frotó los ojos—. Es asqueroso que debáis acostumbraros a esa mierda. Que se eduquen ellos, hostia.

—Tienes razón. Y te agradezco...

—No lo he hecho por ti. Lo he hecho por mí. Por mi género. Porque estoy hasta la polla de que siga habiendo tíos así. Seguro que a su madre, a su piba —dijo imitando un acento macarra— o a su hermana no se lo haría, pero al resto de mujeres, como no son de su propiedad, puede decirles lo que le salga de los cojones, que para eso le cuelgan. Esos tíos solo respetan lo que es «suyo». Y nadie es de nadie, joder. Estamos en el puto siglo XXI, ¿es que no se han enterado? Todos somos seres individuales que merecemos el mismo tipo de respeto.

Su discurso me cayó como el megatrón que se había esnifado el maquinero: me desorientó y me dejó helada.

—¿De qué estamos hablando exactamente, Sergio? —Pestañeeé con fuerza.

Él gruñó y señaló hacia la derecha del parque.

—En el puto bar te lo cuento.

## DESPREVENIDOS

El bar era un local pequeño que pretendía ser moderno. Uno de tantos que habían surgido al amparo de las oficinas colindantes. Predominaban los tonos fríos y el olor a detergente, estilo cafetería de hospital. Nos sentamos a la única mesa libre, una minúscula que había debajo de la televisión que ocupaba parte de la pared derecha. La barra, a la izquierda, estaba llena de gente mirando por encima de nuestras cabezas. Sin duda, un ambiente incomparable para una conversación delicada.

—No tienen mucha variedad —comenté mientras ojeaba un pequeño díptico plastificado—. Además de la tortilla de patatas..., ¿qué me recomiendas?

—El salmorejo se puede comer.

—Pues decidido.

Solté la minicarta detrás del dispensador de servilletas; él levantó la mano derecha para llamar a un camarero. Cuando nos trajo la bebida, un par de botellas de agua mineral helada, Sergio fijó la vista en mi cara.

—Siento lo que pasó en el gimnasio.

Alcé las cejas.

—¿Te estás disculpando?

—Es lo que hace la gente de bien cuando la caga —me parafraseó.

—Tú no la cagaste.

—Pero mi hermano sí. No tenía derecho a darte ningún sermón —dijo antes beber—. Y no hacía ninguna falta. Tú no eres una mala persona y yo sé defenderme solito.

—¿Ahora me entiendes?

Negó con la cabeza, dando otro trago.

—Ya lo entendí cuando me lo explicaste en mi piso. Y pensé mucho en ello en El Salvador. De ahí mi cambio de actitud. Y mi actual preocupación... No quiero que puedas creer, ni por un momento, que...

El camarero se acercó a nuestra mesa. Dejó un cestillo con pan y cubiertos y dos platos con sendas porciones de tortilla de patatas.

—Que aproveche —nos dijo.

—Gracias —mascullamos a coro.



Di el primer bocado mientras el camarero vaciaba nuestras botellas en las copas. El sabor dulce de la cebolla caramelizada me hizo cerrar los ojos.

—Tenías razón —dije al tragar—. Está increíble.

—Me extraña que no conocieras el bar estando tan cerca de la oficina.

—He pasado por la puerta, pero nunca había entrado. —Observé cómo pellizcaba un trozo de pan—. Venga, sigue. ¿Qué es lo que no quieres que crea?

Cogí pan del mismo trozo y me lo metí en la boca.

—Me preocupa que pienses que no voy a hacer todo lo que esté en mi mano para...

El salmorejo llegó en ese momento. El camarero puso los dos cuencos frente a nosotros y levantó la cabeza hacia la pantalla del televisor. Se quedó hipnotizado, mirando las noticias, pegadito a nuestra mesa. Un rato largo. Le faltó picotear nuestras consumiciones. Le miramos de reojo mientras comíamos, primero con burla y luego tratando de intimidarle, pero no funcionó. Hasta que no le dieron una voz desde la barra, no se marchó.

—Ya era hora —murmuré.

Sergio sonrió con amargura.

—Parece que los dioses no quieren que aclaremos las cosas.

—¿Desde cuándo te importa la opinión de los dioses? Tú eres el hombre más falto de fe del mundo. Y modesto...

—Lo era. —Su sonrisa se volvió más dulce—. Después me crucé con una niña bien y todo se volvió relativo. Es difícil no creer en lo que veo... y siento.

Aparté mi cuenco de salmorejo vacío y me incliné sobre la mesa. Él se echó hacia atrás, apoyándose en el respaldo de su silla. La tensión que transmitía me hizo saber que se encontraba en una posición vulnerable. Mi corazón y mi cabeza se alinearon. No me importó que no le diera nombre a lo que sentía por mí: con saber que existía me fue suficiente. Le sonreí con toda la calidez que guardaba para él y bromeé para que se relajara.

—Si vas a cantarme alguna de Pablo, por favor, que sea en la calle. Me gustaría poder regresar a este bar.

Sus carcajadas me sonaron mejor que las armonías del cantante.

—Pero... ¿quién te piensas que soy? —preguntó entre risas—. Hace mil que ya no canto en la calle. Desde que no pude pagar la última multa.

El camarero volvió a nuestra mesa y la recogió observándonos con diversión. Nosotros le ignoramos compartiendo una mirada cómplice. Sus ojos oscuros brillaban más que nunca. El efecto en mi interior fue pura magia.

—¿Tomaréis algo más? ¿Postre, café?

—Café con hielo —dijo Sergio.

—Lo mismo para mí, por favor.

—¿Los pedimos para llevar? —me preguntó—. Necesito un cigarrillo.

Salimos del bar poco después con los cafés en unos vasitos de plástico. Conseguimos encontrar un banco a la sombra en el parque aledaño. Hacía calor, uno bastante pegajoso que anunciaba una próxima tormenta. Ambos echamos de menos el aire acondicionado del bar, pero ganó la sed de nicotina y verdadera intimidad.

Comentamos el descanso que suponía dejar de oír las tumultuosas voces y la maldita televisión mientras nos sentábamos en el banco de hormigón. Encendimos los cigarrillos. Yo dije que el café estaba bueno, y él asintió dándole un sorbo y poco a poco se fue abstrayendo.

—¿Cómo dicen en *Casablanca*? —pensé en alto, e imposté un poco el tono antes de decir—: Un penique por tus pensamientos...

—Mis pensamientos no valen tanto. Mejor hálbame de los tuyos.

Solté una bocanada de humo y me alboroté la melena.

—Los míos son demasiado contradictorios para darles explicación. Contigo siempre es así... ¿Y sabes qué? —Le miré a los ojos—. Lady Gaga tiene razón: «*Tengo un millón de razones para marcharme, pero, cariño, solo necesito una buena para quedarme...*». Y acabas de dármele.

Me sonrió con una ternura que no le conocía. Me estremecí cuando me acarició la barbilla con la misma delicadeza.

—La dulce Greta... —susurró—. La niña perdida, la mujer superviviente, la romántica, la musa, la soñadora..., la única persona en el mundo capaz de ablandarme con una sola palabra.

—¿Cuál? —me apresuré a preguntar.

Él me cambió la respuesta por un beso. Uno muy rápido que me dio vigilando de soslayo quién podía observarnos. Uno que pidió a gritos un lugar privado, solo nuestro, donde desatar lo que todavía no habíamos explicado a fondo con nuestros cuerpos. Mi móvil sonó justo en ese momento.

—Qué oportuno —protesté.

—Los dioses... —les culpó Sergio.

Saqué el teléfono del bolso con la intención de rechazar la llamada, pero el nombre del contacto me detuvo.

—Es la inmobiliaria —le dije, descolgando—. ¿Sí?

—Hola, Greta. Acaba de escribirnos el notario. Ya está todo listo; cuando quieras podemos firmar las escrituras.

—¿Esta tarde? ¿A las seis y media?

—No creo que haya problema. Te lo confirmo ahora mismo en un mensaje.

—Perfecto. Gracias.

Colgué con la sonrisa más grande de todos los tiempos.

—Felicidades —me dijo Sergio.

—¡Dios, qué alegría! —chillé apretando el iPhone contra el pecho. El teléfono vibró—. ¡Sí que pueden esta tarde!

—¿Quieres que te acompañe?

Su pregunta me congeló la sonrisa.

—¿Te importaría?

Negó con la cabeza.

—He quedado con Irene en la sede de unos clientes. No creo que me dé tiempo a venir a la agencia. Nos vemos directamente en el notario.

Le besé con ímpetu, sin precauciones, estaba eufórica. Él me apartó, lamiéndose los labios.

—Luego lo celebramos.

—Sí, perdona. —Le retiré con la yema de los dedos los restos de pintalabios que tenía en la boca.

Él sonrió y miró hacia la izquierda, más allá de la calzada, hacia el edificio de la agencia.

—Para. —Se puso en pie con brusquedad—. Diego nos ha pillado.

Busqué al recepcionista en la acera de enfrente, pero solo alcancé a divisar su espalda: entraba en el *hall* con rapidez.

—Quizá no nos ha visto bien, hay muchos metros de distancia.

—Su cara decía lo contrario.

—¿Sí? —Me levanté—. Bueno, pero no creo que se chive. No le gustan los cotilleos.

—Le gustan mucho más de lo que piensas.

## LA CASA ROSA

Tuve el impulso de tantear a Diego cuando regresé a la agencia, pero me dio miedo que realmente no nos hubiera visto y levantar sospechas. Me dediqué exclusivamente a trabajar; a las seis en punto, abandoné la oficina, cogí mi Infiniti y conduje hasta el notario. Tardé más en aparcar que en el trayecto. Eran las siete menos veinte cuando por fin encontré un hueco en un parking. Sergio no estaba en las cercanías de la notaría, tampoco dentro de ella. Me decepcionó que no hubiera cumplido su palabra, pero se me olvidó un poco cuando sostuve las llaves de mi hogar.

—He sido muy feliz en esa casa —me dijo la antigua propietaria, emocionada por cederme parte de su historia—. Allí he criado a mis hijos y he visto crecer a mis nietos. Nunca me habría deshecho de ella, pero mi marido me necesita en la residencia y yo no quiero que mis hijos se endeuden por nuestra culpa. —Miró sus llaves en mi mano por última vez—. Cuídamela bien, por favor.

—Se lo aseguro.

Se marchó poco después, acompañada. Yo pagué al notario, le di mis datos bancarios a la de la inmobiliaria para que cambiara los contratos de la luz, el agua, el gas, me pasara el cargo de sus honorarios, el impuesto de bienes inmuebles, el de basuras y no sé cuántos gastos más y también me marché, sin nada más que dinero y unas llaves como compañía. Fue entonces cuando empecé a comprender que conseguir un hogar iba a ser mucho más difícil que firmar un puñado de papeles.

En la calle, saqué el móvil para llamar a mi madre. Mi nombre en forma de gruñido me detuvo.

—Greta. —Giré la cabeza hacia la derecha y encontré a Sergio a unos metros. Paró su carrera al darme alcance—. He salido la hostia de tarde de la puta reunión. ¿Ya has firmado? —Asentí con la cabeza—. Joder. Enhorabuena. —Levantó la mano derecha, la que sujetaba un benjamín de champán. Lo descorchó con pomposidad, llamando la atención de varios viandantes, y me lo ofreció.

—Gracias. Qué detalle.

Agarré el cuello de la botellita verde y le di un trago, que me costó deslizar garganta abajo.

—Está calentorro, ¿no? —me preguntó ceñudo.

—Está... rico.

—Qué mal mientes. —Se me acercó, me quitó la botella y me dio un sobrecito—. Es una gilipollez, pero no he tenido tiempo para currarme más el detalle.

Rompí el papel con presteza; dentro había un llavero con la forma de una casa. Rosa.

—Oh... —Acaricié las ventanitas y la puerta—. No es una tontería, es precioso, Sergio. —Saqué las llaves y coloqué la casa en el arito que las unía, recuperando la ilusión—. Muchas gracias.

—No me las des. —Me sonrió—. ¿Lo estrenamos?

—¿Quieres que vayamos? —Arqueé las cejas—. Ni siquiera hay electricidad.

—Nos quedan un par de horas de sol. —Miró el cielo; después, la boca de metro que había al final de la calle—. Desde aquí son solo media docena de paradas.

—Mi coche está en el parking. —Señalé en dirección contraria al metro.

—Aparcar en La Latina va a ser imposible.

—Ya, he solicitado una plaza para residentes, pero me han dicho que tardarán en concedérmela. No sé qué voy a hacer hasta entonces.

—Lo suyo sería que dejaras el coche en casa de tu madre. Viviendo en el centro no lo vas a necesitar.

—No puedo. Me reprocharía cada día que he abandonado ochenta mil euros en su garaje.

—Mejor en el suyo que en la calle, ¿no? Un Infiniti es demasiado goloso.

—Al final, me voy a arrepentir de habérmelo comprado —musité.

Sergio me rodeó los hombros con su brazo izquierdo. Echamos a andar hacia el parking.

—La niña bien se hace mayor...

Le clavé el codo en el costado.

—Ya soy mayor, capullo. ¿Y tú? ¿Cuándo vas a madurar?

—Nunca. Crecer es una trampa. Te toca aprender a vivir con la cabeza sobre los hombros. Prefiero seguir jugando a improvisar.

—¿No te da miedo que cuando llegues a..., no sé, los sesenta o así te arrepientas de no haber construido algo sólido?

—No. Nadie me puede asegurar que viva tantos años.

—Qué perspectiva más negra.

—Yo soy negro. Me lo dijiste tú. —Apartó el brazo cuando entramos en el parking.

—También te dije que tampoco la tenías tan grande... y me equivoqué.

—En realidad, me provocaste para que me la sacara. Y te salió mal.

—Me corrí como una loca poco después. —Me detuve frente a la máquina de pago—. No me salió tan mal. —Metí la tarjeta. Fallé con el pin dos veces. Estaba despistada reviviendo el orgasmo de la primera noche en su casa—. El que se quedó a medias fuiste tú.

—No me lo recuerdes —masculló a mi espalda.

Recuperé el ticket validado y me di la vuelta.

—¿Por qué no quisiste... terminar?

—Porque todavía no estaba preparado para perder el control. ¿En qué plaza has aparcado?

—Aquí al lado.

Miró alrededor, localizó el Infiniti y se dirigió hacia él. No me dio tiempo a asimilar del todo su respuesta antes de que nos acomodáramos en los asientos de cuero. Conduje, concentrada en el agobiante tráfico, hasta las cercanías de la plaza del Alamillo. Cuando por fin la pisamos, Sergio sonrió.

—Para estar en La Latina, el sitio es la hostia de tranquilo.

—Estoy enamorada de esta plaza —asentí—. Y verás el piso... —Señalé los balcones de la segunda planta—. Esos dos son los de las habitaciones de invitados.

Abrí el portal.

A la izquierda estaba el cuarto de mantenimiento que había sustituido a la antigua portería. Al fondo, el acceso al oasis interior. A la derecha, las escaleras y su pasamanos de madera, acariciado tantas veces que había adquirido el mismo tacto que la seda. Subimos hasta el segundo. Me detuve frente a la puerta blanca que tenía la letra «A» encima.

—Solo hay dos viviendas por planta —observó Sergio, plantado en medio del amplio rellano—. Y por la distribución... ¿En el edificio hay patio?

Metí la llave en la cerradura y le miré por encima del hombro.

—Es lo que me decidió a comprarlo.

Giré dos veces la muñeca y un chasquido seco desbloqueó el blindaje. Mi hogar nos recibió a oscuras. Inútilmente, pulsé el interruptor de la luz que encontré a la izquierda. Casi a tientas crucé el recibidor y encontré la puerta del pasillo; la primera de la derecha estaba abierta. Olía a cerrado. El silencio se rompió por el crujido del barniz viejo de las tablas bajo mis pies. Alcancé el marco de la puerta del balcón y abrí una de las contraventanas; un haz de luz reveló un millón de partículas de polvo suspendidas en el aire que brillaban tanto como los ojos del hombre que apareció en el vano de la puerta. Le sonreí antes de abrir el balcón y llenar mi casa del aire cargado de electricidad de ese junio tormentoso.

—Este dormitorio es un poco más pequeño que el de al lado —comenté,

acercándome a la puerta. Sergio se apartó para que pudiera pasar. Entramos en la habitación contigua. La electricidad decidió acompañarnos. Abrí el segundo balcón —. Mi idea es restarle unos metros a este para hacer los dos iguales y ampliar el aseo de servicio que hay al fondo del pasillo.

Sergio se asomó al aseo. Apenas se veía nada: el lavabo del siglo xx en primera instancia y un poco el w. c. Había una bañera de medio cuerpo al fondo, oculta en la penumbra, ya sin cortina.

—Es la única estancia que no tiene ventana —le expliqué.

—¿Esta es la cocina? —preguntó con la mano en el pomo de la puerta que había a la izquierda del baño.

—Lo era.

Guiñó los ojos al abrir. La pared que daba al tendedero estaba llena de ventanas. Las persianas de rollo también habían desaparecido.

—Hostia, es inmensa.

—Sí. Demasiado para mí, que no cocino nunca. Además, desaprovecha lo mejor de la casa. Mira... —Le hice salir al amplio tendedero, cerrado con aluminio y más cristal—. Esto va a ir abierto, como en la construcción original.

—En los 80 se puso muy de moda lo de cerrar las terrazas —murmuró asomándose al oasis interior.

—Y los flequillos cardados y las hombreras kilométricas. Fue una década aterradora.

Me coloqué a su lado y respiré el olor que desprendían los árboles frutales. En el centro del patio había un par de naranjos, otros tantos limoneros, un cerezo y un almendro formando un cuadrado alrededor de un pozo de piedra con el brocal blanco y un cubo de latón colgando de la polea de hierro; hileras de tomateras y plantas de judías ocupaban el rincón izquierdo; más cerca de la fachada interior del piso asomaban pimientos verdes y rojos, calabacines y tallos de cebollas; a la derecha había plantado romero, lavanda aún sin flor, matas de tomillo y un sinfín de hierbas aromáticas que nunca aprendí a reconocer.

—Me flipan estos proyectos de huertos urbanos —dijo Sergio, observando cada recoveco del patio—. Estoy contigo en que esto —agarró uno de los marcos de aluminio que cerraba el tendedero— tiene que ir fuera. Te puedes montar una terracita de puta madre si reubicas ahí la cocina. —Señaló la pared que no tenía ventanas.

—Esa era mi idea. —Sonreí—. Y, si puedo, me gustaría abrir la pared de enfrente, que es la que comparte con el salón. Ponerle, no sé, ventanales o cristaleras.

Se dirigió al muro alicatado y le dio un par de golpes con el puño cerrado. Abrió

la puerta del salón y observó el grosor de las jambas y del dintel.

—Creo que es un tabique medianero. Se podría hacer. Pero mejor que te lo confirme mi padre.

Sentí cierta tensión ante la expectativa de conocerle.

—Acerca de eso... —Entré en el salón. Más crujidos bajo mis pies. La electricidad siguiéndome los pasos. El chirrido del cierre del balcón—. Quizá es mejor que busque otra empresa. Tu padre tendrá que ocuparse de sus cosas; no me gustaría que se viera comprometido por...

—Él no es como mi hermano. —Se alejó hasta la pared que daba al pasillo. Apoyó la espalda en el rectángulo de gotelé beis iluminado por la claridad que entraba por el balcón. Cruzó los brazos sobre el pecho—. Mi padre no va a decirte ni media palabra sobre mí. Ni sobre nada que no sea la reforma de tu casa. Pero si prefieres buscar a otro... Eres dueña de tu albedrío.

La frialdad de su tono, su postura defensiva tiraron de mi cuerpo hacia él. Mi boca dibujó una mueca arrepentida. Lamenté sincerarme antes de hacerlo; aun así, no callé lo que sentía. Sentí que se lo debía. A mi corazón. A mi cabeza. A mi equilibrio interior. Al hombre que había confesado que yo..., que yo..., que yo..., que solamente yo.

—Me impone conocer a tu padre —dije a media voz—. Sé que para él voy a ser solo una cliente, una amiga de su hijo a lo sumo, pero para mí significa un poco más...

Sus brazos me interrumpieron al descruzarse, sus manos atraparon mi cintura, un beso impetuoso desdibujó la línea de mis pensamientos, una frase lenta y grave ocupó hasta el último centímetro de mi cabeza, de mi cuerpo.

—Para mí también es más. Mucho más. Más que todo.



## LA TORMENTA

No supe explicarle con palabras la bienaventurada sensación que me embargó al escucharle. Me hizo vibrar, latir, sonreír, ilusionarme, creermelo importante, me hizo feliz, sí, y también mucho más. «Más que todo». Un todo indefinido, incatalogable, abstracto, imposible de verbalizar. Pero el momento, su confesión, merecían una respuesta, y utilicé los labios para dársela lo mejor que podía. Quizá para eso se inventaron los besos.

Su boca me recibió con imprudencia, abierta, febril..., salvaje. Su lengua se deslizó, vivaz, sobre la mía, caliente, húmeda, tal como empezaba a sentirme. Su mano izquierda abandonó mi cintura para sujetarme la nuca, la izquierda bajó hasta una de mis nalgas, ambas me acercaron más, mucho más, hasta que mi pecho y el suyo fueron un todo.

Acaparé sus mejillas y su labio inferior, lo mordí con un deseo que me cegaba, me cerraba los ojos, me hacía olvidar que no debía esperar nada de él, que él era un jugador, que mentía como un profesional cuando le convenía. Me di a él sin más precaución que vivir el momento.

—Me vuelves loca —gemí sobre sus labios—. Me paso el día entero pensando en esto. —Lamí su boca, apretándome contra su cuerpo, buscando el roce de una erección que no tardé en encontrar—. Nunca había deseado tanto a nadie.

Sonrió, dándome la vuelta. Mi espalda contra el gotelé. Su monumental contorno a contraluz. Su voz densa como una nube de tormenta. Relámpagos en mi vientre.

—Solo soy un capricho. —Repasó mis labios con el pulgar.

—Sabes que no. —Tiré de su camisa.

—¿Y tú? ¿Lo sabes de verdad?

—No me hace falta. Me basta con sentirlo.

Hundió la boca en mi cuello; sus manos, entre las ondas de mi pelo. Un suspiro sobre mi piel me volvió a cerrar los ojos. Mis dedos no se desorientaron al desabrochar los botones de su camisa. Necesitaba tocarle a él, no a su ropa. Empaparme de su tacto. Palpar el calor que me transmitía para darle realidad a un sueño que empezaba a despegarme los pies del suelo.

Doblé la rodilla izquierda y busqué con el muslo su cadera. Le atraje hacia mí, arrepintiéndome de haberme puesto aquellos pantalones de lino: la tela era

demasiado rígida, no me permitía moverme como me apetecía. Cuando le abrí la camisa, también olvidé qué era el arrepentimiento, para qué servía el comedimiento y que había nacido para algo más que morir en su cuerpo.

—Greta...

Su gruñido me hizo retorcerme. No podía soportar la presión entre las piernas; me quemaba el pecho, mis pezones eran dos piedras, calentadas en el infierno de su deseo. Eché las manos atrás, buscando la cremallera de la espalda de mi blusa.

—Déjame a mí.

Abandonó mi cuello y me apartó unos centímetros de la pared. Me acarició la nuca con ambas manos antes de bajar, diente a diente, la cremallera. La falta de rapidez dio paso a una cadencia nueva entre nosotros. Sus ojos, pendientes de los míos, atesorando cada uno de mis parpadeos, abrieron la puerta a lo que había callado:

—Cuando me miras así, siento un golpe en el pecho, en medio del esternón, y me quedo sin aire.

Bajó las manos hasta mi cintura y tiró hacia arriba de la blusa. El tintineo de la cremallera contra la madera del suelo me estremeció, pero no tanto como escucharle decir:

—Me parece justo. Yo me ahogo cada vez que te miro.

Me acarició, desde la garganta hasta la boca del estómago, donde una legión de mariposas rompía sus protectoras crisálidas.

Deslizó la vista por toda mi cara, por mi escote, por mis anhelantes senos. Se deshizo de mi sujetador de raso; con apenas un par de movimientos acompañó a mi blusa en el suelo. Apartó mi pierna de su cadera. Desabrochó el botón de carey de mi pantalón, y el oculto en el interior de la cinturilla. Me bajó la cremallera. Sus dedos rozaron mi ropa interior. Un amasijo de lino se arremolinó en mis tobillos. Me liberé de él. Sergio retrocedió hacia la izquierda y toda la luz que entraba por el balcón se volcó sobre mi cuerpo. Acarició con su mirada mis piernas desnudas mientras me libraba de los tacones. Se lamió los labios al fijarse en el triángulo de raso morado, humedecido por su magnetismo sexual. Ascendió por mi ombligo, por mis costillas, hasta mi pecho; el suyo se hinchó, abriéndole más la camisa.

—Quítatela —jadeé.

Él cumplió mi deseo con un movimiento de hombros que transformó mi jadeo en gemido.

—¿Algo más? —preguntó, colocando sus ásperas manos en el centro de su pantalón.

—Todo.

Exhaló con fuerza antes de sacar un condón de su monedero. Ni siquiera lo cerró cuando lo tiró al suelo. La calderilla montó un follón al desparramarse sobre las tablas. Varias monedas rodaron, también sus zapatos. Sus calcetines y su pantalón formaron una extraña alfombra en el centro de la estancia.

—Acércate —le pedí.

Sus pasos fueron lentos e intencionados; provocaron un festival de sensaciones en mi cuerpo al observar cómo se contraían y estiraban los músculos de sus muslos con el movimiento. Su impresionante miembro, erguido, soberbio, reclamó toda mi atención. La funda plateada del preservativo entre sus dedos me puso a cien:

—Te necesito dentro.

Se detuvo frente a mí. Su erección se sacudió a unos centímetros de mi sexo. Se la tocó, supongo que por acto reflejo.

—Puedo hacer que te corras sin metértela —me aseguró, morboso.

—Eso habría que verlo —le reté.

Sergio lanzó el condón a su espalda. Me apresuré a deshacerme de la ropa interior. Él me detuvo, apartándome las manos. Mientras me bajaba las braguitas, me acarició las caderas y la parte exterior de los muslos; la interior me la rozó con los suyos cuando el raso yacía en el suelo. Se hizo un hueco entre mis piernas y agarró mis nalgas con ambas manos. Dobló ligeramente las rodillas y me alzó sin más esfuerzo. Crucé los tobillos en su espalda, rodeándole, ciñéndole con las pantorrillas. Me sostuvo con un solo brazo para acomodar su erección entre mis labios; la punta rozó mi monte de Venus, el tronco se apretó sobre mi clítoris. El primer empujón de sus caderas me pegó la cabeza al muro. El segundo me hizo abrazarme a su cuello en busca de estabilidad. El tercero, acompañado de un mordisco en mi hombro, desató una cadena de palpitations alrededor de su miembro.

—Joder, Greta —gruñó—. Me estás empapando.

—Esto es... es... —Me retorcí, arriba y abajo—. Es una maravilla.

—¿Verdad? —Empujó con más fuerza—. Te siento entera. Casi como si estuviera dentro de ti.

—Muévete. Muévete.

—¿Así? —Aceleró las caderas—. ¿Así te gusta?

—Sí... ¡Sí!

Las embestidas me hacían subir y bajar por la pared, el gotelé me arañaba la espalda, sus manos me agarraban con tal afán que creí que iba a tener las marcas de sus dedos durante días, muchos días. Se clavó entre mis pliegues y echó la cabeza atrás. Su gemido rebotó en las esquinas de la estancia vacía y salió por el balcón,

proclamando a los cuatro vientos lo que estábamos haciendo. Después pegó su pecaminosa boca a mi piel. Me besó todo lo que fue encontrando. El vientre, las tetas, el cuello, la melena, los hombros. Hingué las uñas en los suyos.

—¿Y yo? —Gimió.

—¿Tú qué?

Me comió la boca como si fuera lo último que fuera a hacer en su vida.

—¿Yo te gusto? —preguntó, jadeante, sin perder el ritmo—. No solo mi polla. Yo. Entero.

Mis piernas se acalambraron, los relámpagos de mi vientre se concentraron en un único punto, el más sensible, el que su incansable miembro estaba enloqueciendo. La tempestad atronó dentro de mi sexo.

—Háblame, Greta. Dime lo que sientes.

—Lo siento todo, en todas partes, estoy... estoy... —gemí, perdiendo el control sobre mi cuerpo—. Córrete conmigo.

—Dímelo. —Me aplastó contra la pared, empujando como un salvaje—. Tengo que oírlo.

Lo que escuchó fue un grito largo y espeso que salió del mismo fondo de mi alma mientras me rompía en mil pedazos. Me sacudí entre sus brazos como un cable de alta tensión recién arrancado, como si me hubieran enchufado una catenaria a cada poro. No hubiera acertado a decir cómo me llamaba, mucho menos a recordar sus preguntas ni a explicar lo que sentía por él. No es que me negase a contestar, es que, físicamente, fui incapaz de centrarme lo suficiente como para articular palabra alguna. Solo noté cómo me deslizaba pared abajo, cómo sus brazos dejaban de sostenerme, cómo se apartaba, pero no adiviné sus intenciones hasta que no le vi vestirse.

—¿Te marchas?

El golpe seco que dio la puerta de la calle segundos después fue su respuesta.

**POR NO SABER PERDER**

Tardé en reaccionar lo mismo que el sol en ponerse: no más de media hora. Al igual que Sergio, también di un portazo cuando salí del piso. Ni siquiera le había podido enseñar el dormitorio principal y su baño. Ni siquiera me había dejado opción a réplica antes de marcharse como un niño enfadado. Ni siquiera me llamó o escribió después. No supe nada de él hasta el martes. Llegó a la oficina antes que yo.

Ya estaba sentado detrás de sus pantallas de diseño, con aquellas malditas gafas graduadas y ese gesto mal encarado que tanto me ponía, cuando me coloqué en mi puesto. Volvía a vestir de traje. La puerta del despacho de Irene se abrió al cabo de un rato, y pensé que saldría en su busca para que le acompañara a las tropecientas reuniones que había agendado antes de sus vacaciones, pero me equivoqué. El que salió del despacho de la jefa fue Diego, rehuyendo mi mirada iracunda. Mi teléfono sonó.

—Buenos días, Irene.

—Ven a mi despacho. De inmediato.

Me puse en pie. Sergio también. Negué con la cabeza. No necesitaba un paladín que librara mis batallas. Entré en el despacho con paso sereno.

—¿Cierro la puerta?

Irene asintió y me señaló con un bolígrafo una de las sillas que había al otro lado de su robusto escritorio. En cuanto me senté, disparó a bocajarro.

—¿Tienes una aventura con Santos?

—¿Perdón? —Me hice la sorprendida.

—La respuesta es lo suficientemente clara para que no sea necesario repetírtela.

—Sí, disculpa —carraspeé—. No, lo único que me une a Santos es nuestra relación laboral y nuestros amigos comunes.

Irene no ocultó su decepción. Deslizó su iPhone sobre el escritorio y me enseñó una foto. Sergio y yo estábamos en el parquecito. Besándonos. Por suerte, el cabrón —con la boca llena lo digo— de Diego nos había inmortalizado al final del beso. Nuestras bocas ya estaban cerradas y las lenguas, a buen recaudo.

—Creo que esto habla por sí solo —dijo Irene—, pero voy a darte la posibilidad de explicarte antes de cursar tu despido.

—Te lo agradezco. —Sonreí con calidez, como si de verdad me alegrara que fuera

tan magnánima conmigo y me brindara la opción de mantener mi adorado puesto de trabajo—. Te lo agradezco de verdad, Irene, porque, aunque suene manido, no es lo que parece. Le besé, es evidente, pero como podría besar a mis hermanas o a mi perro. En ese momento, hubiera podido besar a cualquiera que se me hubiera cruzado. Acababan de avisarme de que por fin —suspiré—, por fin me daban las llaves de mi piso. La ilusión de mi vida. Un sueño para el que he estado ahorrando desde que tengo uso de razón. Estallé de alegría. Y actué de forma imprudente, lo sé. Siento muchísimo que te hayas podido molestar...

—No me he molestado de forma personal. Solo velo por los intereses de mi agencia.

Claro, por eso la despedida iba a ser yo y no él. Cómo le miraba, le rondaba, le acaparaba no tenía nada que ver con el tema. Faltaría más.

—Te aseguro, Irene, que no traicionaría la oportunidad que me has dado. Santos y yo... —Me reí entre dientes—. Es que no, de verdad, no me lo puedo ni imaginar. Somos demasiado distintos.

Irene me sostuvo la mirada unos tensos segundos. Después me pidió que me marchara a mi puesto, no al departamento financiero para firmar el finiquito. Me sentí muy chachi por haberla engañado. Después, como una mierda por haberme traicionado, por no haberle dicho «Pues sí, le comí la boca ese día, y otros, más cosas. Si te parece mal, te metes la oportunidad que me has dado por donde te quepa y la envidia la digieres por tu cuenta». Pero ¿en qué posición habría dejado esa repuesta a Sergio? Me lo preguntaba cuando sonó su teléfono. Cuando se metió en el despacho de Irene, me pregunté en qué posición me dejaría a mí su reunión con ella. Cuando el diseñador regresó a su mesa de cristal sin hacerme un mal gesto siquiera, se lo pregunté por WhatsApp.

*¿Todo bien?*

Me lanzó una mirada fría a través de las mamparas. Soltó el teléfono sobre la mesa y volvió la cabeza hacia las pantallas. Vocalizó un exabrupto. Cogió el móvil con rabia.

*Si me preguntas por el trabajo, que es lo único que parece interesarte, está todo solucionado.*

*No tienes derecho a cabrearte por lo de ayer.*

*No puedes obligarme a ponerle nombre a algo que no tiene futuro porque tú no quieres que lo tenga.*

*Yo no te he obligado a nada.*

*A NADA.*

*Yo solo te he pedido una puta cosa, Greta.*

*Una sola.  
El futuro me la suda.  
Solo necesitaba saber lo que era para ti.  
En presente.*

*Y ahora es en pasado, por lo que veo.*

*¿Qué otra opción me dejas?*

Irene salió de su despacho. Otra vez me pillaba con el móvil en la mano. Otra mirada de decepción. Otra maldita interrupción entre Sergio y yo. Les pedí explicaciones a los dioses. ¿Tan horrible era lo que estábamos haciendo? Nadie me contestó. Yo sí le di respuesta a Sergio, en cuanto Irene y él se marcharon de la oficina, pero tuvo el mismo resultado: ninguno.

*¿Lo hablamos esta tarde?*

*Tengo ensayo.*

*Podemos vernos después.*

*Terminaremos tarde.*

*No te enfades conmigo, por favor.*

*No estoy enfadado.  
Es más complicado que eso.*

*Llámame cuando acabes.  
Da igual la hora.*

*No te preocupes.  
Se me pasará pronto.*

Esa última frase me acompañó durante el resto de la jornada. En el camino a Aravaca. En la cena. En la soledad de mi cama. Allí, en el silencio de mi dormitorio, el murmullo de mi corazón llegó por fin a mis oídos. Me escuché a mí, no a mi legión de advertencias. Me oí decir, rotunda y honesta, que no quería que su «más que todo» se redujera a «menos que nada». Sentí que era el momento de dar un paso al frente. Hacia al abismo o hacia el cielo. A saber. Qué más daba. Ya vería qué hacer conmigo cuando todo acabase, pero hasta entonces...

Cogí el móvil y le mandé un enlace de Spotify. No como una adolescente enamorada que encuentra a su amante en cada canción que escucha, sino como una adulta que no se avergüenza en reconocer que otro puede utilizar mejor las palabras para explicar una emoción. La que debía liberar para recuperar mi propia esencia.

«*Déjame esta noche soñar contigo*», comenzaba cantando Amaia Romero, una joven promesa de la canción nacional, versionando el tema de Zenet. El tono dulce de la intérprete, casi angelical, dio voz a mi verdad mejor guardada:

*«Si algún diera con la manera [...]  
Siempre yo te amaría, como si fuera siempre ese día.  
Qué bonito sería jugarse la vida, probar tu veneno [...]  
Déjame esta noche soñar contigo.  
Déjame presumir de ti un poquito [...]  
Déjame que te coma solo con los ojos.  
Con lo que me provocas, yo me conformo».*

Tardó poco más de cinco minutos en contestarme. Lo justo para escuchar el tema dos veces. Sonreí como una ilusa enamorada cuando leí su mensaje.

*Me acabas de enviar un enlace a un álbum de Operación Triunfo.  
¿No te da vergüenza?*

*Ya no.*

*Esa es mi Greta.  
Mi dulce Greta.*

*¿Entonces no te importa que sueñe contigo?*

*¿Quién soy yo para decidir sobre tus sueños?*

*El hombre que puede cumplirlos.*

*Yo no soy ese tío, no creo que exista, pero me va a encantar verte conseguirlo.*



## UN MILAGRO

Sergio quería verme cumplir mis sueños. Yo con haberle visto a él los dos días posteriores a mi declaración me hubiera conformado. En la oficina no podíamos ni mirarnos por culpa del chivato de Diego. Fuera del horario laboral, o me adaptaba a sus múltiples actividades o tampoco tenía ocasión. Y como no me tentaba nada regresar al club de escalada ni tratar con las artes seductoras de Ángel, el de la anaconda, ni con las pullas de Diana, mi nueva mejor «amienemiga», no le acompañé al gimnasio el miércoles, ni al ensayo el jueves. No fue hasta el viernes cuando volvimos a coincidir en el amplio sentido de la palabra. Nos reunimos en mi casa. Siete personas. Él fue el último en llegar, para no perder las malas costumbres.

Asier y Lara estaban en la terraza cerrada; abrazados se asomaban al patio, en la cara de ambos había una mezcla de felicidad y tristeza. Después íbamos a cenar todos juntos para despedirnos. Volaban al día siguiente a Holanda. Una semana más tarde regresaría solo Asier.

Carla, Dani, Natalie y yo estábamos en el salón comentando las posibilidades del piso. Ellas se repartían los cuartos de invitados mientras Dani me explicaba el procedimiento para solicitar el permiso de obras.

—Y poco más... —dijo él—. Parece complicado, pero no lo es. Además, no tienes que preocuparte: el padre de Sergio es el responsable de ocuparse de los trámites.

—¿Te va a hacer la reforma al final? —me preguntó Carla, arrimando la oreja.

—Tiene que venir a ver el piso.

—¿Cuándo?

—Pues... cuando pueda. Me lo confirmará Sergio.

El timbre del portero sonó en ese momento.

—Abro yo —dijo Natalie.

Y también le esperó en la puerta hasta que Sergio subió. Se sonrieron, se abrazaron, se besaron, azuzaron mi ilusión. Que mi amiga del alma apreciara a mi pareja, y viceversa, me dio la misma esperanza que reflejaban los ojos verdes de Dani. Con la salvedad de que Sergio no era mi pareja, aunque me costó recordarlo cuando, después de saludar a sus amigos y presentarse a Carla, me besó en los labios delante de todos.

—Hola, cariño —me dijo para rematarlo.

—Eh... Hola.

No pude ni parpadear. Asier y Dani se miraron con las cejas en alto. Lara y Natalie sonrieron como benditas. Carla observaba la bandolera de Alexander McQueen que Sergio llevaba cruzada en el pecho.

—¿Me enseñas lo que me faltó por ver del piso? —me preguntó él, colocándose un mechón detrás de la oreja.

—Nosotros —dijo Nat—, si eso, nos vamos bajando al mexicano...

—No hace falta —dijo Sergio—. Es solo un dormitorio. El principal, ¿no? —me preguntó.

—Sí. Y su cuarto de baño.

—¿Y por qué no lo visteis todo de una vez? —preguntó Lara, ceñuda.

Natalie y Asier se rieron. Sergio señaló un tabique que la rubia tenía a su espalda. Nos dirigimos hacia la entrada, oyendo decir a Carla:

—Pues debió de ser una visita exprés. Contra la pared no creo que aguantara mucho. Mi Greta es superalta.

—Nuestra Greta —dijo Nat— es alta. Y Sergio tiene unos brazacos que flipas. Me apuesto lo que quieras a que fue un polvazo.

—No exactamente —musité, entrando en el dormitorio principal.

Ya había abierto el balcón. El perfume de las hierbas aromáticas del patio interior se mezclaba con el sempiterno olor a aventura de Sergio. Más gotelé, techos altos, una puerta a la izquierda, la del baño de la *suite*. Un inodoro, una bañera y un lavabo de escayola y mármol. Azulejos color verde y papel pintado, despegado en las uniones. Ningún comentario al respecto. Había cosas más importantes de las que hablar.

—Me ha sorprendido lo del beso. —Me dirigí hacia la parte del dormitorio donde iba a colocar la cama, muy cerca del balcón—. Y lo de «cariño» me ha dejado un poco... fuera de juego.

Sergio me rodeó, se asomó al vergel interior y se dio la vuelta.

—Me apasiona la luz que tiene esta casa.

—A mí también, pero...

—Pero ahora mismo te da igual porque te tiene rayada el temita, ¿no? —Sonrió. Yo me encogí de hombros—. Vamos a ver... ¿Tú puedes usar a Zenet para pedirme que te deje presumir un poquito y a Lady Gaga para llamarme «cariño» y yo no puedo usar mi propia boca para hacer lo mismo?

Abrí de par en par los ojos.

—¿Esa es la palabra que te ablanda? ¿«Cariño»?

Negó con la cabeza.

—Tú eres quien me ablanda. A veces... Otras, me pones tan duro que se me va la puta cabeza y termino jodiéndola, como la otra tarde. Siento haberme marchado a las bravas. Me sentía... frágil. No supe asimilarlo.

—Lo entiendo. —Asentí.

—Tú siempre lo consigues. Eres empática, amplia de miras, comprensiva..., tienes un gusto pésimo para los hombres —me hizo sonreír—, pero, por lo demás, mereces mucho la pena.

—Gracias, cariño.

Soltó una risa antes de morderse el labio inferior.

—¿Por qué te habré dicho nada? —Estiró su mano; la mía no tardó en aceptarla.

Nos besamos bajo el dintel del balcón. Él fuera, yo cada vez más dentro. Sonreímos, labio contra labio. Me acarició la melena; yo, su boca manchada por mi carmín y su camiseta.

—Por fin te has librado del traje de hombre serio.

—Me queda una semana. —Bufó—. Una puta semana y seré libre. Y tú también.

—Solo hasta agosto. Después Irene volverá de vacaciones, seguramente con un bronceado de infarto, y yo la envidiaré en silencio mientras grapo notas de gastos.

—Pero Mónica y Yolanda no estarán.

—Estoy deseando librar unos días para hacer lo que me dé la real gana. Contigo.

La última palabra se me escapó. Pensé en el verano y lo visualicé de inmediato junto a él. Alcé la mirada con cautela, desde su cuello ancho a sus ojos oscuros, guiñados por el exceso de luz.

—Conmigo ya haces lo que da la real gana todo el tiempo.

Me lo dijo tan cerca de mi boca que casi aprecié el sabor dulce de sus palabras.

—Me gustaría pensar que es así —admití—, pero los dos sabemos que no.

Yo, por ejemplo, le habría mandado canciones de amor cada noche si no me hubiera frenado parecer una ridícula, exponer mi corazón a tumba abierta o perderle.

—¿Tan mal lo estoy haciendo? —Bajó la mirada a mi boca. Sus ojeras me parecieron más oscuras.

—¿Te refieres a... nosotros? —Qué bien me sonó al decirlo. Él solo asintió—. A ver..., al principio...

—Lo sé —me cortó—. ¿Y ahora?

—Ahora... bien.

—¿Pero?

—Pero... nada. Está todo bien, de verdad.

Mentí de forma intencionada para no revelar que tenía un ejército de advertencias que montaban guardia alrededor de mis sentimientos. No es fácil anunciar algo así sin parecer poco cuerda, pero lo logré, a saber cómo. Por suerte, Sergio no volvió a sacar el tema. Abandonamos mi hogar poco después de las ocho, acompañados de nuestros amigos. Cruzamos la plaza del Alamillo y nos sentamos bajo un toldo de la Taquería, en la terraza.

Al principio hacía calor, nos abanicábamos con las cartas del restaurante y bebíamos margaritas *frozen* como si estuviéramos en plena *happy hour*. Natalie nos maldijo y se vengó adueñándose de los platillos de aceitunas verdes y de totopos de maíz amarillos; la salsa roja picante que los acompañaba nos hizo pedir la segunda ronda antes de lo esperado. Las luces anaranjadas de las farolas se encendieron cuando la mesa ya era una fiesta de colores, sabores y risas estridentes. En medio de la algarabía me di cuenta de lo feliz que me sentía con ellos cerca... y con Sergio a mi lado. De vez en cuando, picoteaba la comida de mi plato, me enrollaba una fajita o me rellenaba el vaso; hasta me lo cambió por el suyo cuando se percató de que había acabado con toda la sal escarchada del borde, dejando un rastro de mi labial en el proceso.

Lara y Asier fueron los primeros en marcharse. Lara se tambaleó al levantarse y, después, el abrazo de Natalie y el alcohol ingerido le dieron una buena llorera. Mis ojos se empañaron, más por empatía que por aprecio. Fue reconfortante notar la mano de Sergio en mi nuca. También, su solemne silencio. No le dijo una palabra al matrimonio, pero todos percibimos su apoyo con sus gestos comedidos y su mirada confiada. Si él, el más escéptico y cínico, pensaba que aquello podía salir bien, debía de ser cierto. Dani le dio un par de palmadas en la espalda cuando la pareja desapareció tras una esquina de la plaza.

—Me gusta verte así.

Sergio asintió con la cabeza, sonriendo.

—¿Pedimos la penúltima? —preguntó.

El abogado de ojos verdes resopló.

—Corro el riesgo de terminar a gatas, pero... Venga. Un día es un día.

—¿Chicas? —nos preguntó.

Carla levantó ambas manos.

—No, gracias.

—Yo también me rindo —dijo Nat mientras tecleaba sobre la pantalla de su móvil—. Estoy hasta la seta de beber zumo.

—Yo, solo tequila. No puedo digerir más azúcar —dije, sacando mi teléfono.

Lo revisé por inercia. Tenía varios avisos de redes sociales y un *wasap* de Diana. Lo

leí, sonreí y le di con el codo a Carla, que estaba a mi derecha.

—Mira —musité.

Le enseñé la pantalla. Ella soltó una carcajada seca.

—Ya estamos marcando territorio. De verdad, ¿esta tía no se cansa de ponerse en evidencia?

Sergio giró la cara hacia mí. También le mostré el mensaje.

*¡Holi!*

*Hace mil que no nos vemos.*

*Mañana tocan estos en un bar del centro.*

*Te paso la ubicación.*

*Si Santos vuelve a mosquearse, dile que te he invitado yo.*

—No te lo he contado porque pensé que pasabas de ir —me explicó en cuanto leyó la última línea de texto—. Como no quisiste acompañarme al ensayo... Cosa que veo lógica, ojo, no te estoy diciendo...

—No pasa nada —le corté—. No me voy a enfadar porque no me lo hayas dicho, como pretende Diana.

Negó con la cabeza. Media sonrisa tiró de una de sus comisuras.

—Lo que está buscando es no ir sola al concierto. Mery y Rubén están... mal.

—¿Y no tiene más amigas?

—Tiene... conocidos. Es una tía un poco especial.

—Es una lista —dijo Carla—. Y se merece que vayamos, aunque solo sea por fastidiar.

Alcé las cejas. ¿Carla en un concierto de un grupo que no tenía ni cuenta de Instagram? Aquello era lo nunca visto. Su obsesión por Rubén empezaba a ser alarmante.

—No creo que... —empecé a decir.

—A mí me gustaría que vinieras —me dijo Sergio sin bajar el tono de voz—. Me flipa tocar con una musa cerca, ya lo sabes. —Le miré con asombro—. Piénsatelo al menos. Mañana por la mañana, después de que mi padre le eche un ojo al piso, cuando me afloje el ataque de nervios que me va a dar por presentártelo, me confirmas si os animáis.

—Vale —mascullé.

Él alzó la mano para llamar a un camarero. Dani, Nat, Carla y yo nos limitamos a observarle... como el que contempla un milagro.

## LA CUERDA

El sábado por la mañana tuve serios problemas para decidir mi indumentaria. ¿Qué se pone una para conocer al padre de su no-pareja de manera no-oficial? Me lo pregunté insistentemente frente al armario, me probé doscientos trapos, constaté con el reloj de mi mesilla que, si seguía así, llegaría tarde y la foto del primate salvadoreño que todavía reposaba en el pie de la lámpara me dio la clave. Un mono sirve para cualquier ocasión, por extraña que sea. Elegí un *jumpsuit* de tirantes color caldero para combinarlo con un labial oscuro de NARS. Zapatillas de plataforma, muy de moda ese verano. Una chaqueta calada, porque el estío había llegado, pero no su calor abrasador. Seguía lloviendo la mayoría de los días.

La noche anterior esa lluvia nos obligó a despedirnos apresuradamente. Por suerte, por la mañana solo chispeaba. Los limpiaparabrisas del Infiniti chirriaban en la luna delantera casi tanto como mis dientes por culpa de los nervios. Me repetía a mí misma lo que me había dicho Sergio: que su padre no era como su hermano. Recordé la breve descripción de él que me dio Asier en el camping, hacía lo que parecían mil años: «Es el típico hombre de pueblo, albañil, fuertote, risueño, hablador..., muy campechano». Recé para que todo fuera cierto de camino a la plaza del Alamillo. Cerca del portal atisé la monumental figura de Sergio, vestida con vaqueros y camiseta, y una grandullona y robusta junto a ella cargada con una mochila.

—Buenos días —dije cuando les di alcance.

—Buenas —contestó el padre.

Sergio se dio media vuelta y me sonrió.

—Anoche se me olvidó pedirte las llaves del piso. Podíamos haber adelantado algo de curro mientras aparecías.

—¿Llego tarde? —Saqué el móvil para asegurarme.

—No, tranquila —me dijo el señor—. Es que este siempre anda con prisa. Si el tiempo es oro, mi hijo es el hombre más rico del mundo. Además de bastante maleducado. —Me tendió la mano—. Encantado de conocerte, Greta. Soy José, pero todo el mundo me llama Pepe.

—Un placer, Pepe.

Le estreché la mano y creí que al terminar ninguna de mis falanges seguirían

enteras; fue un gran apretón. Casi tan grande como la verborrea de Pepe.

—Un edificio muy majo, sí, señor —dijo nada más entrar en el portal—, orientado al sur, sin locales en la planta baja... Es una pena que no haya ascensor: cuando tengas chiquillos lo vas a echar en falta. Los carricoches de ahora pesan como un muerto. Subirlos hasta el segundo va a ser una puñeta.

—No es algo que a Greta le preocupe —comentó Sergio.

—¿Eres de las que vienen sin reloj biológico? —me preguntó en el rellano del primero. Me encogí de hombros como respuesta—. Igual que mi Rosana. Lo tiene claro desde antes de que se le cayeran los dientes de leche. Nunca jugó con muñecos. Pensábamos que era un chico, que quería imitar a sus hermanos, pero todo se aprende, ¿me sigues?

—Sí —dije, aunque sonó más bien a «pse».

—Me refiero a que nos fue enseñando que no era menos chica por hacer judo o por ennoviarse con otra. Y que si luego es con otro, tampoco deja de ser esa chica. —Rio al llegar al segundo—. Suena a galimatías. Y cuesta de entender para un paleta como yo. Pero ella es así, *mixsexual*, y tan feliz, oye. ¿Qué daño le hace a nadie?

—Es bisexual, papá. Y no eres un paleta.

Abrí la puerta blanca de mi casa con una sonrisa.

—Lo soy a mucha honra. Mi pueblo es tan pequeño que no sale ni en los mapas de Guadalajara, me he criado en medio del campo, como una amapola, y, aunque lleve viviendo casi cuarenta años en Alcalá de Henares, no me he refinado... ni pienso hacerlo. —Miró hacia arriba—. Bonitos techos. ¿Te gustaría conservar la moldura?

—Si está en buen estado...

—Parece escayola, pero estoy casi seguro de que es perlita. Eso dura un par de vidas.

Abrí la puerta del dormitorio principal, la de su baño y el balcón. Una vaharada de viento húmedo trajo el aroma de los naranjos.

—Una señora *suite*... —comentó con su voz ajada, observando cada rincón de las dos estancias—. Supongo que quieres modernizar el baño y... —señaló la parte de la habitación que iba a quedar a los pies de mi cama junto al balcón— ¿un vestidor?

Asentí, sonriendo. Pepe sacó de la mochila un cuaderno y un medidor láser. Tomó unas notas. Abandonamos la *suite*.

—¿Aquí no quieres un armario? —me preguntó en el recibidor—. Hay espacio de sobra para instalar uno de buen tamaño para maletas, la tabla de la plancha, el carro de la compra, los abrigos, las mantas, una bicicleta estática, como la que se empeñó

mi mujer en meter en casa y solo usó cuatro días...

—Un armario grande, vamos —resumió Sergio.

—No lo había pensado, pero sí, puede ser útil.

Pepe volvió a medir y a anotar en su cuaderno. Abrió la puerta del pasillo, después la primera de la izquierda: la del salón. Se asomó a la estancia y al corredor y repitió el movimiento.

—Yo me cargaría este tabique. —Palmeó el que su hijo y yo habíamos estrenado la otra tarde—. Es la mejor manera de darle luz a la entrada. A no ser que no quieras un salón de paso.

—No me importaría que las habitaciones dieran a él directamente.

—¿Vas a conservar las dos? —Abrió sus puertas—. Mucho espacio muerto, siendo el piso para ti sola.

—Espero que mis amigos quieran visitarme a menudo.

—Pues me parece muy bien. La hospitalidad no hay que perderla nunca. Corcho... —exclamó asomándose al aseo del pasillo—. Esto está muy mal aprovechado.

—Me gustaría correr el tabique del dormitorio para ampliar el baño.

—Hacia la derecha... —Apuntó algo más con su lápiz plano—. Pero bueno... —dijo entrando en la cocina—, y esta terraza ¿qué hace aquí escondida?

—Eso mismo me pregunto.

Le expliqué mi idea: reducir al mínimo el tamaño de la cocina, crear un solárium y abrir la terraza. Él escribió en su cuaderno mientras asentía con entusiasmo. En el salón, acarició las paredes.

—¿Lisas o apañamos el gotelé?

—Lisas. He pensado en empapelar casi todas las estancias.

Siguió anotando, mientras taconeaba.

—¿Qué hacemos con el suelo?

—¿Se podría conservar? Me gusta cómo suenan las tablas. Quizá con un lijado...

—Se puede, aunque te va a salir más barato poner uno nuevo.

—No tengo límite de presupuesto.

Levantó la mirada del cuaderno.

—¿Le aceptas un consejo a este paleta?

—Papá... —protestó Sergio, apoyado en la pared..., nuestra pared.

—Sí, claro, adelante. —Sonreí.

—Jamás le digas a quien te quiere vender algo que no tienes límite de presupuesto. Hay mucho buitre suelto.

—Lo tendré en cuenta.



—¿Hemos acabado? —preguntó Sergio.

—Sabes que no. —Su padre le lanzó el cuaderno, él lo atrapó cuando casi rozaba el suelo. El lápiz plano le golpeó en la cabeza. Los tres reímos—. Dibújame lo que he escrito mientras hablo con Greta. ¿Fumas? —Asentí con la cabeza—. Pues dame un cigarro, que mi mujer ya no me deja comprar.

Saqué el tabaco del bolso. El prendió el cigarrillo cruzando la cocina. Yo esperé a llegar a la terraza. Los rieles de aluminio chillaron cuando abrió los ventanales. Dio dos caladas profundas y exhaló una gran nube de humo gris y un sonoro suspiro.

—Qué buena sabe esta porquería. Es como comer torreznos, beberte un orujo o enamorarte de quien no debes. Sabes que te estás haciendo mal, pero da mucha alegría. No solo de pan vive el hombre. Mi mujer es la persona más sana que conozco y mira: no se libra del jodío cáncer. Va y viene. Ahora llevamos una racha muy buena. Ya solo vamos al hospital para las pruebas. Que son un calvario. Se pasan unos nervios... Como para dejar el tabaco. —Sonrió y dio otra honda calada—. Al final, la vida son dos días. Y medio lo pasamos durmiendo.

—O soñando...

Perdí la vista en las formas sinuosas que dibujaba el humo de mi cigarrillo. Pepe se definía como un ignorante, pero de tonto no tenía un pelo. Es su discurso casual escondía indirectas. Sergio se equivocó al asegurarme que no era como su hermano. En el fondo, los tres eran muy parecidos. Grandes, peculiares y morenos. Su padre tenía menos pelazo, como es lógico, pero no podía negar que era el progenitor de sus hijos. Y los tres coincidían en la opinión de que relacionarme con Sergio estaba mal. Me fue complicado no pensar que la ignorante podía ser yo.

—¿Eres de esas, de las que sueñan? —me preguntó, lanzando la colilla hacia el patio. No me gustó el gesto. Fruncí el ceño—. Me interesa conocerte para simplificar la reforma. —Enderezó la postura—. Puedo marearte con mil listas de materiales o puedo saber un poco de ti, de tus gustos, y presentarte un proyecto en condiciones. ¿Lo entiendes?

—Sí, claro. —Entré en la cocina, abrí el grifo del fregadero y apagué el cigarrillo.

—Bien —dijo apoyándose en una de las jambas de la puerta de la terraza—. ¿Y con qué sueñas? —Levantó las manos, abarcando la estancia.

—Quiero que esta casa sea mi hogar. Uno definitivo. Por lo tanto, necesito la mejor calidad en todos los materiales, desde las tuberías hasta el papel pintado. Que si cambio algo sea por gusto, no por obligación.

—Me vale. —Sonrió—. ¿Tu color favorito?

—El rosa. Aunque no lo veo para azulejos o paredes.

—Pero lo vas a usar seguro en la decoración. Lo tendré en cuenta. ¿Qué más? —

Cruzó la cocina—. ¿Aire acondicionado?

—En toda la casa —respondí entrando en el salón; Sergio estaba en el balcón, garabateando en el cuaderno.

—¿Radiadores nuevos? —me preguntó su padre, dirigiéndose hacia el balcón.

—Sí. Y suelo calefactado.

—¿Tomas de teléfono, antena, enchufes?

—Por todas partes. Prefiero tener que cubrirlas que andar haciendo malabares con los cables.

—¿Duchas o bañeras?

—Ducha en el baño de la *suite* y bañera en el otro.

—¿En la parte que le vamos a comer al dormitorio?

—Justo ahí.

—¿Armarios empotrados?

—Solo el de la entrada. El dormitorio principal lleva el vestidor, y en los otros voy a poner unos de esos con patas y puertas de doble hoja.

—¿Tienes ya decorador?

—No creo que lo necesite.

—Bueno, por si te hace falta, con el presupuesto te pasaré el contacto de una que trabaja muy bien.

—Es la hermana de Asier —dijo Sergio.

—Anda, ¿sí?

—Sí. Una familia bien maja. —dijo Pepe—. ¿Cambiamos las puertas o las restauramos?

La batería de preguntas solo cesó cuando Pepe recibió una llamada. Volvió a la terraza para atenderla. Sergio me llamó desde el balcón.

Cogí el cuaderno, que me tendió con el sol de mediodía retostándome las pestañas. Admiré sus dibujos: líneas largas, de un solo trazo, más figuración que detalles. Sergio me sujetó por los hombros y me hizo girar cuando llegué al boceto del salón.

—Míralo desde esta perspectiva. —Pegó su pecho a mi espalda, descargándome el peso que soportaban mis lumbares. Sus brazos flanquearon los míos, protegiéndome del sol abrasador. Sus manos ásperas cubrieron el vacío que había entre mis dedos—. Míralo, cariño. Y siéntete orgullosa. Hoy estás más cerca de manejar la peonza.

Me deshice, como una cuerda mojada. Me desmadejé, hilo a hilo, en su abrazo. Su comprensión, su apoyo, su cariño, más allá de las metáforas, real, tan palpable como su pecaminoso cuerpo, me convencieron de que, cuando la cuerda se escurriera,

sería más fuerte, que su calor era suficiente para secar cualquier océano, que el tiempo de las advertencias había acabado. Nosotros éramos más. Mucho más. Más que todo. Y, además, podíamos serlo.

## MIAMI ME LO CONFIRMÓ

—¿Te veo esta noche? —me preguntó Sergio, aún pegado a mi espalda, mientras yo me enorgullecía entre sus brazos de lo que estaba consiguiendo.

Tuve que hacer un esfuerzo titánico para centrarme y caer en la cuenta de que me estaba preguntando por el concierto.

—Carla me mata si no vamos.

—¿A ti no te apetece?

Eché un paso atrás. Yo avancé hacia el interior del salón, en busca de sombra. Le llamé con la mano.

—No es que no me apetezca. —Sergio se acercó, pero no tanto como antes—. Es que... No tocáis mal, pero...

—¿Por qué todo el mundo pone un «pero» después? —Sonrió—. No tocamos mal. Punto.

—Eso es discutible. —Me reí. Sus dientes bailones se asomaron al ampliar su sonrisa—. El caso es que no me enamoráis el alma con vuestra música, y no me apetece aguantar los flirteos de Ángel.

—Lo de Ángel es tan fácil como que le cortes. Lo otro, déjame a mí.

—Perdonad —dijo Pepe—. Yo me voy a ir marchando. Tengo otra visita dentro de un rato. —Miró mis manos—. Apúntame en el cuaderno tus datos para hacerte el presupuesto. Creo que el lunes puedo cerrarlo. Si nos ponemos de acuerdo, empezaremos a finales de semana. A primeros de julio, como mucho. Le calculo un par de meses a la reforma, y con agosto de por medio, es mejor arrancar ya.

Anoté la información que me solicitó y todos abandonamos la casa poco después. Sergio quiso acompañar a su padre; yo, retocarme las raíces de la melena antes del concierto.

Ya que estaba en el centro de belleza, me hice la manicura, me repasé el rasurado púbico y me di un masaje. La tarde la dediqué a coger color en el patio trasero del chalet del marido de mi madre. La piscina me tentó un par de veces, pero el agua todavía estaba demasiado fría, y solo llegué a salpicarme a intervalos. A eso de las ocho, me bañé con crema hidratante de almendras antes de vestirme con un conjunto blanco de falda pantalón vaporosa de talle muy alto y bajo muy corto y un top de tirantes que se cerraba con una lazada delantera. Elegí el blanco también

para las zapatillas. Rompí el *total look* con una mochilita de cuero marrón, a juego con el color de mi pintalabios. Un par de aros de plata grandes, seis o siete pulseras de diversos materiales. Rímel y kohl *waterproof*: tenía intención de sudar mucho. Un par de braguitas en el fondo de la mochila, por si sudaba muchísimo.

Recogí a Carla a las nueve y media. O a una mujer que me recordaba vagamente a ella.

—¿De qué te has disfrazado, corazón? —Contuve una sonrisa.

Ella ocupó con gesto airado el asiento del copiloto. Sus pechotes, embutidos en un corpiño de cuero, se bambolearon con el leve movimiento que provocó al cerrar la puerta del coche. Completaba su indumentaria con una falda del mismo material y unas botas moteras.

—Me he disfrazado de mujer fatal, vale. ¿Y qué? ¿Es que acaso no tengo derecho a hacerlo?

—Sí, mujer. —Sonreí, arrancando—. Todo el derecho del mundo. Eres una mujer libre y con la capacidad de decisión —miré de refilón su escote— muy bien puesta.

—¿Crees que le gustará a Rubén?

—¿Te gusta a ti?

—No sé. —Acarició su falda y su talle—. Me siento... poderosa.

—Pues deberías vestir así más a menudo.

Mi sugerencia nos hizo muy entretenido el trayecto; nos dedicamos a imaginar a Carla, vestida de *dominatrix*, en su rutina cotidiana. Reímos como hienas, aunque llegamos a la conclusión de que era mejor que utilizara su nuevo *alter ego* solo en ocasiones especiales. Esa afirmación me puso en la pista de por qué lo de Rubén era tan especial para ella.

Dejamos el Infiniti en el único parking que encontramos sin el cartel rojo de ocupado, bastante lejos de la sala del concierto. Las dos agradecemos no llevar tacones. Le propuse cenar algo antes, pero ella se negó en redondo.

—Aquí no cabe nada más —dijo, sujetándose la cintura de avispa motera que le hacía el corpiño.

—Déjame pillar algo en el chino, aunque sea.

—Venga, pero deprisita, que ya son casi las diez y media.

Cinco minutos me dio para engullir un sándwich envasado. Hay personas que han muerto por asfixia solo intentándolo. Llevaba el pan integral atascado en el gástrico cuando entramos al local, que por fuera parecía *cool*; por dentro, no. La decoración pretendía ser moderna, pero rozaba lo ridículo. Tuvimos que bajar al sótano para encontrar a la banda. Olía a cañerías, y la luz era una mezcla de bombillas de colores, cada cual más estridente. A la derecha de la escalera, encajados entre tres

paredes, muchos focos y una tarima metálica, Rubén, Walter y Sergio organizaban los equipos. El de la cabeza rapada y parcialmente tatuada sostenía con ayuda de Sergio un gran altavoz; intentaban alejarlo de la batería, con gran esfuerzo. Rebasamos a un grupo de cuatro personas y uno de cinco. Rubén vio a Carla. Sergio casi perdió los pies. Su amigo soltó el altavoz y saltó de la tarima. Apartó de su camino a un chico que estaba con Teresa, la novia guineana de Walter, y siguió avanzando hasta que se plantó frente a mi amiga.

—Estás deslumbrante —le dijo.

Me tapé la sonrisa con la mano. Carla colocó una de las suyas en la cadera.

—Lo sé. —Pestañeó.

—¿Puedo invitarte a algo? —Rubén señaló la escalera.

Ella se contoneó hacia el lugar señalado. Él bufó admirando su trasero, se recolocó el paquete y se apresuró a acompañarla. Miré a Sergio, y ambos reímos. Él pegó un último empujón al altavoz y también bajó de la tarima. Eché un paso adelante, pero tiraron de mi cintura.

—¡Ojazos! ¡No sabía que venías!

—Hola, Ángel.

Me dio dos besos húmedos en las mejillas, mientras subía las manos hasta casi mis axilas.

—Qué bien te veo, ¿no? —Arrimó sus caderas a mi entrepierna—. ¿Me vas a dejar recuperar hoy el medio punto ese que tenemos pendiente?

Apreté los brazos contra el torso, haciéndole bajar las manos.

—Nosotros no tenemos nada pendiente —dije, lo menos asqueada que pude.

—¿Cómo que no? —Me sobó la cintura—. ¿Ya no te acuerdas de los mensajes y de las otras veces que nos hemos visto?

—Me acuerdo de todo —me eché hacia atrás—, pero... las cosas han cambiado.

Miré a Sergio. Ángel siguió mi mirada. Me soltó de inmediato.

—Al final Santos te ha camelado... Te creía mucho más lista —me dijo antes de subirse al escenario.

Buscó algo en una mochila mientras Sergio se me acercaba.

—¿Bien? —me preguntó.

—Creo que se ha mosqueado, pero me da lo mismo.

Sergio miró a su espalda: Ángel se llevaba el teléfono a la oreja.

—Seguro que está llamando a Diana —masculló.

—Que llame a quien quiera.

Le acaricié el antebrazo y él dirigió la vista hasta mi mano. Las arrugas de su ceño desaparecieron.

—Te has pintado las uñas de negro.

Arqueé las cejas.

—Qué observador.

—¿A esta altura te sorprendes? —Sonrió y se fijó en mi boca—. ¿Qué hago contigo?

—Se me ocurren un par de cosillas...

—¿Que termine embadurnado de tu pintalabios antes del concierto es una de ellas?

—Por ejemplo. —Le hice reír—. Aunque entiendo que no quieras comprometer tu imagen de *rock star*.

—Bah, me la juego.

Me besó con ímpetu, una, dos veces, un tercer beso más largo, menos rudo, y después su sabor a veneno del bueno, su aliento fresco, su lengua más fresca que su aliento, audaz, salvaje. Enrosqué los brazos en su cuello y las manos en su pelo indomable mientras las suyas atraparón el óvalo de mi cara. Se apartó, jadeante. Me besó una vez más. Y una última antes de soltarme. Me reí al abrir los ojos. Parecía un niño malo que había encontrado el escondite del chocolate.

—Me voy a tener que replantear lo de usar pintalabios.

Intenté limpiarle la boca con las manos. Él me sujetó las muñecas y repartió más besos entre mis dedos.

—No hay nada que pueda hacerte más perfecta de lo que ya eres.

Mis rodillas se aflojaron.

—Yo no soy perfecta.

—Por eso lo eres. —Tiró de una de mis manos—. Vamos a por algo de beber antes de que empecemos a tocar.

Subimos al piso superior, junto a la barra verde lima. Carla y Rubén se comían a besos. Sergio y yo nos sonreímos. Él pidió un par de cervezas y otros tantos chupitos de vodka. Brindamos sin palabras. Nos dijimos mil cosas con los ojos. Sergio revisó la hora en su móvil y tocó el hombro de Rubén.

—Tenemos que empezar, tío.

Los nuevos amantes se soltaron a regañadientes. Ellos regresaron al sótano. Carla y yo rompimos a reír en cuanto desaparecieron.

—Déjame que te limpie un poco, *femme fatale*. —Saqué un pañuelo de la mochila.

—Tu pintalabios tampoco ha sobrevivido.

Mientras nos arreglábamos el estropicio entre risas, la puerta de la sala se abrió. Aparecieron Diana y Mery.

—«Y se formó la gozadera...» —canturreé entre dientes.

—Miami me lo confirmó —siguió Carla.

Nuestras risas se hicieron más agudas, y atrajeron la atención de la exnovia de Rubén y de la ex-lo-que-fuera de Sergio.

—Anda, mira —dijo Mery, echando hacia atrás su pelo rojo—, la princesita y la... otra.

Carla dio un paso al frente; la sujeté por el codo.

—No entres al trapo —musité—. ¿Qué tal, chicas?

—Esperando a que me contestes al mensaje de anoche —dijo Diana.

—¿No te contesté? Vaya por Dios, qué cabeza la mía.

—¿Santos sabe que has venido?

—Claro que lo sabe —dijo Mery—. ¿No ves que lleva el pintalabios todo corrido?

Me palpé la boca y sonreí con toda la ilusión que me despertaban los besos de Sergio.

—En realidad —dije—, ha sido culpa de Carla. Hoy está tan buena que no he podido reprimirme.

Sujeté la cabeza de mi amiga y besé sus labios con fuerza. Todavía nos reíamos cuando ellas bajaron las escaleras.



## NO TE ARREPIENTAS

Carla y yo tardamos en calmar nuestras risas un par de rondas de chupitos. Después, bajamos al sótano para constatar que Diana y Mery habían acudido al concierto para boicotarnos el plan de después. La pelirroja acariciaba los antebrazos cruzados de Rubén en un rincón de la tarima; él miraba por encima de su hombro, hacia la escalera. Diana también intentaba reclamar la atención de Sergio, sentado ya detrás de su batería. Ángel me dedicó una sonrisa burlona. Walter abandonó las teclas y, de un par de saltos, nos alcanzó.

—Antes no he tenido ocasión de saludarte. —Me dio dos besos—. Me alegro de volver a verte. ¿Te acuerdas de Teresa?

Nos acompañó hasta el grupo de su novia. Le presenté a Carla. Charlamos un instante. Walter se disculpó porque el concierto iba a empezar. Sergio le dedicó un asentimiento de cabeza, una especie de gesto de agradecimiento, antes de dirigirse a Diana, que le dio un beso en la mejilla y abandonó el escenario. Bajó por la derecha, muy cerca de donde estábamos. Se acercó a Teresa, jugando con una gargantilla de cuentas que adornaba su cuello. Se saludaron.

—Bonito collar —comentó la guineana.

—¿Verdad que sí? Me lo ha traído Santos de su último viaje.

Lo dijo lo suficientemente alto para que me enterara. Hasta El Salvador debió de llegar su voz. Hizo un gesto a Mery para que se nos uniera, pero ella no se despegó de la izquierda del escenario, a los pies de Rubén, que agarraba el bajo con fuerza con la vista fija en Carla. Diana suspiró con condescendencia antes de acompañar a su amiga.

—¿A ti no te trajo nada? —me preguntó Carla.

—Sí, pero todavía no me lo ha dado.

—¿Y a qué espera?

Me encogí de hombros cuando Sergio dio los primeros toques a la caja. «Somos los Noise. Relájate y disfruta». Contemplé los movimientos sinuosos de Ángel al micrófono, el trance en el bajo y el teclado, la fuerza animal en la batería. *Tainted love. People are strange.* Me conocía el repertorio. Carla no, pero también empezó a aburrirse; sacó su teléfono, subió a por unas copas y fue al baño tres veces. Yo seguí quieta, más por respeto que por devoción. Presentación de los componentes de la

banda. Ya quedaba poco para el final. Esperaba *Were born in your city*; también, que Ángel se la dedicara a Diana. Sergio la tocó a medio gas; sudaba mucho, pero algo me dijo que su falta de entusiasmo no se debía al cansancio. Estaba... raro. Cosa que, en él, era redundante... y alarmante. Hubo muchos aplausos al terminar. Ángel se apresuró a buscar su baño de masas. Se escucharon murmullos ante las miradas cruzadas entre Rubén, Walter y Sergio. El monumental cuerpo del batería se movió sobre el escenario. El silencio permitió que se oyera cómo el pie del micrófono arañaba la tarima. Su preciosa sonrisa, medio traviesa, medio tímida, al sentarse detrás de su Sonor, acomodando el micro cerca de su boca, por encima de los platillos, me cortó la respiración. Las baquetas girando en sus grandes manos mientras Walter tocaba las primeras notas en el teclado me aceleraron el pulso. Reconocí la canción. Se me pusieron los pelos de punta. Golpes rítmicos de bombo. La voz de Sergio, mucho más grave que la del cantante de Hoobastank, admitió que no era una persona perfecta, que había muchas cosas que hubiera preferido no hacer, pero continuaba aprendiendo... Por eso tenía que decirme, a mí, no a ninguna otra, que había encontrado una razón para cambiar lo que solía ser. Y la razón era yo.

—Qué fuerte, nenita —me dijo Carla, pero apenas la escuché. Mis oídos estaban llenos de ilusión y de latidos salvajes. Me puse la mano en el pecho. Temí que se me saliera el corazón. Inspiré hondo. Tenía muchas ganas de llorar de repente, pero las contuve; al igual que hice con las ganas de subirme al escenario, sobre su regazo, y no volver a abandonarlo.

No me percaté de las reacciones de las personas que teníamos alrededor, no pude hacerlo. Mis ojos eran solo para él. Y quien dice ojos, dice hasta la última célula del cuerpo. Me hizo suya sin quererlo. No con la canción, sino con el gesto. Tierno, público, sincero. Esa noche conocí a otro Sergio. Uno que temí que desapareciera con el último golpe de baqueta. Agachó la cabeza, los hombros altos, los nudillos blancos. «No te arrepientas. No te arrepientas». Supliqué cien veces en los pocos segundos que tardó en levantar la cabeza y mirarme. Otra sonrisa tímida. Y mis lágrimas, a un pestañeo de desbordarse. Y mi mano sobre el corazón, que gritaba «¡Acércate, acércate!». Necesitaba besarle como si sí hubiera un mañana.

Creo que hubo aplausos: tengo el leve recuerdo de los asistentes agitando los brazos mientras él abandonaba las baquetas sobre la caja. Se secó el sudor con el bajo de la camiseta, sus abdominales brillaban tanto como la hebilla de su cinturón. Dio una palmada en el hombro de Rubén, le dedicó un guiño a Walter y saltó tarima abajo. La gente se abrió a su paso como si fueran un mar y él el mesías. Acercándose, acercándose. «No es un buen momento para perder el conocimiento».

Me recordé también que tenía que respirar.

Se detuvo a un paso de distancia. Contemplé su pelo rizado, húmedo y alborotado, su ceño arrugado, sus ojos, esforzándose por superar el defecto de sus corneas, observándome como si fuera el misterio más grande del universo.

—Bueno, ¿qué? ¿He conseguido enamorarte el alma?

Me reí por la expresión, por que la recordara, por la emoción que me oprimía el pecho. Pestañeé y las lágrimas rodaron. Sergio las secó con sus pulgares, me atrajo hasta su cuerpo y me abrazó. Ninguna declaración de amor hubiera sido más grande que ese abrazo. Besó mi pelo. Me refugié en su cuello salado. Palpé su pecho para asegurarme de que no soñaba. O, más bien, de que por fin lo estaba haciendo. A lo grande. Suspiré cuando sus labios buscaron los míos. Un fuerte empujón nos hizo trastabillar. Sergio giró la cabeza, molesto. Había bronca en el rincón izquierdo.

—¿El que está en medio es Rubén? —pregunté, confundida.

—La madre que le...

Sergio me colocó a su espalda. Carla tiró de mi brazo hacia la derecha.

—Tengo que ir —dijo Sergio.

Walter ya cruzaba el escenario. En medio de la riña atisé a Ángel. Me sujeté del brazo de Sergio.

—No te metas.

—Joder. ¡Joder! —bramó antes de soltarse e irse directo a la pelea.

—Ha empezado la peliteñida. —Carla tiró un poco más de mí, para que no me fuera detrás de Sergio—. Rubén ha bajado de la tarima y ella se le ha echado encima. Ha intentado besarle la muy zorra. Él le ha apartado la cara y se la ha quitado de encima y ella ha fingido que se caía y ha empezado a gritarle que la había empujado, que no podía tratarla así... El listo de turno se ha metido por medio, le ha dicho algo a Rubén y él le ha agarrado del cuello. Un amigo del listo ha acudido al rescate, Ángel le ha metido un bofetón y... ya lo estás viendo.

Lo único que veía era a Sergio, en medio del follón, con ambos brazos estirados, utilizando su fuerza para alejar a los unos de los otros. Se llevó un par de golpes, pero no devolvió ninguno. Consiguió sacar a Rubén, se aseguró de que Walter estaba bien y después miró en nuestra dirección. Señaló las escaleras.

—Vamos arriba —le dije a Carla.

Dos trabajadores de la sala bajaban apresuradamente, chocando con la gente que subía con la misma prisa. Conseguimos ascender al piso superior a duras penas. Rubén y Sergio aparecieron poco después.

—Ve a por la furgo. —Sergio le dio las llaves al rapado.

—Te acompaño —dijo Carla.

—No —dijo Sergio—. Quédate con Greta. Tengo que sacar los equipos antes de que nos los quemen por culpa de este gilipollas.

Rubén se marchó cabizbajo.

—No ha sido culpa suya —le defendió Carla—. Ha sido culpa de esa. —Señaló con el índice el hueco de la escalera.

Diana sostenía a Mery, que tenía la cara del color de su pelo.

—¡A mí no me señales, hija de puta!

Estaba fuera de sí, rota, despechada. Si Diana hubiera sido su amiga de verdad, le habría puesto la mano en la boca y la habría sacado de allí en vez de solamente sostenerla mientras Mery se dejaba en ridículo a sí misma.

—Llévatela —le dijo Sergio.

—¿Para qué?! —chilló la pelirroja—. ¿Os estorbo para follaros a esas cerdas?!

—Llévatela —repitió, con la voz contenida, con una seriedad que hizo a Diana tragar saliva.

—Sí, es lo mejor —dijo ella, y le miró unos segundos antes de hacer una mueca. «Lo siento», vocalizó—. Te llamo mañana —dijo para que yo también lo oyera.

Sergio no contestó; buscó mi mirada mientras se iban. Ignoramos los gritos de Mery, los golpes al mobiliario. También, a la pobre Carla.

—Tengo que bajar. —Arrugó las cejas—. ¿Quieres... esperarme en el piso? —Palpó sus bolsillos—. Tengo las llaves abajo. Te las subo ahora.

Negué con la cabeza.

—Te espero aquí.

Sonrió antes de besarme.

—Tardo lo menos posible.

Le vi desaparecer en dirección contraria a los asistentes al concierto. Pensé que ninguno recordaría el evento por la música. Hasta yo estaba olvidando la última canción por culpa de la pelea. La última canción... *The reason*. Era yo.

—¿Estáis bien?

Enfoqué la vista y localicé a Teresa entre la riada de personas que manaba por el hueco de la escalera.

—Sí, ¿y vosotros?

—También. Nos vamos a otro bar hasta que terminen de recoger. ¿Os venís?

—No, gracias. Esperaremos aquí.

Teresa me dio dos besos.

—Son buenos chicos, aunque no lo parezcan. —Sonrió—. Esto solo suele pasar... uno de cada dos conciertos —bromeó—. Lo que no había visto nunca, y los sigo desde hace años, es un cierre como el de esta noche. Santos ha hecho

magia.

Asentí, como doscientas veces, conteniendo las ganas de llorar porque estaba totalmente de acuerdo. Él había hecho magia. Y la había hecho para mí.

## PERO MUY SENTIDO

—¿Me puedes explicar qué hacen dos mujeres de casi treinta años, estilosas, con buenos trabajos..., por lo menos el mío, sentadas sobre estos... cacharros, en medio de una acera inmunda?

Carla dio una calada a su cigarro sin tragarse el humo. Ella no fumaba, pero dijo que le pegaba a su disfraz.

—Esperar a dos hombres estupendos —contesté antes de inundar mis pulmones de veneno.

—Eso no lo sabemos. —Se revolvió encima del altavoz—. Ninguna de las dos. Es más, las pruebas indican todo lo contrario.

—Este —me señalé el corazón— no entiende de hechos objetivos. Y ese — señalé su entrepierna—, tampoco.

—Tú enamorada y yo encoñada. —Suspiró—. ¿Qué será lo próximo?

—Un buen polvo no estaría mal para terminar la noche.

Ladeó la cabeza con el cigarrillo en alto.

—De alguna manera nos tienen que compensar lo del final del concierto.

—El final del concierto ha sido perfecto.

—No me refería a tu trovador particular. —Me miró y sonrió con franqueza—. Ha sido bonito.

—Sí —me limité a decir.

La palabra utilizada por mi amiga, «trovador», me recordó a nuestros primeros tiempos. Maldito flautista de Hamelín. ¿Había conseguido hechizarme con su música?

El corazón se me aceleró al escucharle a mi izquierda.

—Esto es lo último —le dijo Sergio a Walter, soltando un maletín y unos platillos junto al resto de instrumentos que inundaban la acera—. Vete ya si quieres. En el siguiente viaje de furgo nos lo liquidamos.

Walter le dio la mano derecha y un abrazo con la izquierda. Nos lanzó besos a Carla y a mí y se marchó en busca de Teresa. Miré a Sergio: se le veía cansado, molesto, frustrado... Se percató de que le observaba e hizo un esfuerzo por animarse: colocó los brazos en jarras y bromeó.

—Otro bar al que no nos van a dejar volver.

Los tres reímos, por lo absurdo de la situación más que por diversión. Lancé la colilla a un charquito de dudoso origen que había en medio de la calzada y estiré la mano. Sergio no tardó en aceptarla. Descrucé las piernas y lo atraje hacia mí. Acaricié sus dedos y, con la otra mano, su sien y su pelo. Apreté los labios, pero, aun así, se me escapó una carcajada que sonó a pedorreta. Su cara era un poema, uno de Gloria Fuertes, infantil, tierno... Estaba... enfurruñado.

—Ríete de mí... —refunfuñó.

—Venga... —Apreté los muslos alrededor de sus caderas. Entrelazó nuestros dedos—. He tenido citas peores.

—¿Has salido con *booligans*?

Sonreí.

—Lo más cerca que he estado fue con un bucanero del Rayo. —Sergio alzó las cejas. Me encogí de hombros—. Soy de Vallecas.

—Esa es la excusa. —Se acercó a mi boca—. La realidad es que te gusta más un tío chungo que a mí tus piernas.

Me acarició la izquierda, desde la rodilla hasta la mitad del muslo. Su mano se coló debajo de la fina tela de la falda pantalón.

—¿Los tíos chungos suelen cantar baladas de amor? —Jugué con los rizos que ocultaban su nuca.

—Nunca. —Se lamió los labios—. Arruinarían su reputación.

Bajé la voz todo lo que pude.

—¿Qué tal anda la tuya después de... eso?

—Hecha mierda.

De nuevo esa sonrisa tímida, una que apenas encajaba en sus facciones duras, la que empezaba a pensar que era solo mía.

—Ay, ya viene Rubén —dijo Carla.

Los tres miramos a la derecha; la furgoneta parecía demasiado grande para aquella callejuela. Rubén se detuvo frente a nosotros, con las luces de emergencia encendidas. Bajó sin mediar palabra, abrió el portón trasero y se dirigió hacia los equipos.

—Ya has hecho bastante, tío. —Sergio me acarició la mano antes de soltarme—. Me toca. Dame las llaves del local y ocúpate de la señorita. —Señaló a Carla—. Ha venido por ti y mira cómo se lo hemos agradecido.

—No pasa nada —dijo mi amiga, recolocándose el corsé.

Rubén irguió el mentón y caminó hacia ella.

—Siento muchísimo lo ocurrido.

Contuve la risa. Me hacía gracia que cuando hablaba con Carla fingiera ser un

caballero inglés del siglo XIX. ¿Se le olvidaban los tatuajes de la cabeza, las dilataciones y su talla de luchador de *wrestling*?

—No pasa nada —repitió Carla antes de dedicarle una caída de pestañas; la precoito, según su propia denominación.

—¿Te gustaría... —preguntó él— que te acompañara a algún lado?

—No sé... ¿Adónde?

—Mi casa está bastante cerca. Es humilde, pero está limpia. Me he asegurado de arreglarla cuando Santos me ha dicho que vendrías al concierto. Además, solo la comparto con un colega que no regresará hasta el domingo por la noche. También me he asegurado de ello.

Todos sonreímos excepto Rubén. Él contuvo el aliento hasta que Carla le dio una respuesta.

—Mi casa no está tan cerca, pero también está limpia. Tengo asistente. Y *yacuzzi*.

Era verdad: instaló en el baño principal una bañera de hidromasaje, que nunca utilizaba, por cierto.

—¿Buscamos un taxi? —preguntó Rubén.

Carla se levantó del altavoz, me dio un beso en la mejilla y se enganchó del brazo de su nuevo amante. No pegaban ni con cola, pero se les veía tan... felices. Sergio y yo sonreímos observando cómo se marchaban. Terminamos de recoger los equipos y nos montamos en la furgoneta para dirigirnos al local de ensayo.

—Gracias por echarme un cable —Arrancó y metió primera—. Cuando te invité al concierto, esperaba que esto lo hiciera Ángel.

—¿Qué ha sido de él?

—Seguía en el bar, agarrado a una cerveza y a una rubia que le curaba la ceja que le han abierto por anormal.

—Carla me ha dicho que se ha metido en la pelea para ayudar a Rubén.

—¿Te parece que Rubén necesite ayuda? Se ha metido porque estaba encabronado. No le gusta que le roben protagonismo en el escenario.

—¿No sabía lo del último tema?

—Claro que no. Lo habría querido cantar él. Y lo habría hecho mejor que yo.

—Tú lo has hecho genial.

Sonrió antes de detenerse frente a la antigua frutería.

—No te muevas —dijo al bajarse de la furgoneta.

Se agachó para subir el cierre metálico del local. Me abrió la puerta. Me llevó de la mano hasta el sofá de escay que había pegado a la pared derecha del local, muy cerca de la entrada.

—Se acabó el trabajo, niña bien. Relájate mientras organizo los trastos. Creo que



hay cerveza en la nevera.

Me besó fugazmente en los labios antes de salir del local. Dejé en el sofá la mochila y salí tras él.

—Si te ayudo, tardaremos menos.

Abrió el portón trasero de la furgoneta, sonriendo.

—Y, de paso, me llevas la contraria.

—Eso también. —Me coloqué a su lado—. Venga, dame cosas.

—Cógelas tú. —Él ya cargaba con el altavoz que me había servido de asiento callejero—. Pero no de una en una como antes. Para eso mejor te quedas sentada.

Le miré con fingido rencor. Él rio de camino al local. Yo le seguí cargada como una burra, bailando con su risa, enamorándome del hombre que cantaba baladas de amor con la misma seguridad que disolvía altercados. Sergio tenía tantas caras como recodos, y quise descubrirlos todos.

## SOLFEO

Me dejé caer sobre el sofá de escay con los brazos doloridos después de meter todos los equipos dentro del local. Sergio siguió moviendo trastos como si no pesaran nada. Colocó su batería con todo el cuidado del mundo, metódico, concentrado. Bostecé. Él sonrió de inmediato. Y me hizo saber que toda su atención no estaba donde yo pensaba.

—Ya termino.

—No, tranquilo —dije con guasa—. Tómame tu tiempo.

—Soy un poco maniático con esto.

—Solo con eso...

Señaló el banquito.

—Ven aquí, petarda.

Fruncí el ceño.

—¿Para qué?

—Para que compruebes la importancia de que esté todo el instrumento bien colocado.

—No, si ya me lo creo.

Me encantó su carcajada. Ella fue la que me animó a sentarme en el banquito. Sergio sacó unas baquetas del cajón que estaba debajo de mi trasero.

—Prueba —dijo, ofreciéndomelas.

—¿De verdad lo ves imprescindible? —Hice un puchero—. No sé ni cogerlas, cariño.

Su gesto se enterneció.

—Puedo enseñarte, pero si no quieres, no pasa nada.

Y eso me enterneció a mí.

—A ver. —Agarré las baquetas—. Por aquí, ¿no? ¿Por lo ancho?

—No hay una manera correcta de sujetarlas. Scott Travis, de los Judas Priest, las coge por la punta, para tener más pegada. Los baterías de jazz suelen sostener la izquierda en horizontal para redoblar en la caja.

—¿Tú cómo las sujetas?

—Por lo ancho. Soy un tío muy básico.

—No estoy de acuerdo —dije apretando las baquetas—. Vale, ¿y ahora qué?

—Ahora tendrías que acercarte un poco, porque he organizado el grupo para mi envergadura de brazos.

—Bienaventurada sea. —Estiré los míos; llegaba, pero por un pelo. Movié el banquito conmigo encima. Aporree un tambor y los dos platillos—. Una experiencia estupenda.

Solté las baquetas sobre la caja. Sergio se mordió el labio.

—Levanta.

Tiró de mi cintura, se sentó y me colocó sobre sus piernas.

—Has profanado mi Sonor, encanto. —Me puso de cara a la batería, me rodeó con los brazos, los dedos alrededor de mis muñecas—. Coge las baquetas —dijo en mi oído.

Y me sonó erótico..., a saber por qué. Quizá fue por la cercanía de su cuerpo, de su aliento, por las ganas que tenía de volver a sentirle dentro... Cogí las baquetas. Él movió nuestros brazos y consiguió ritmo, no solo golpes. En un par de intentonas logramos tocar un *backbeat*. En realidad fue mérito suyo, yo solo me dejé llevar por él. Su pericia me trajo un pensamiento inoportuno.

—No es la primera vez que tocas con alguien encima, ¿verdad?

—Verdad —dijo sin detenernos—. Y mira que le he dicho a Rubén que toco mejor solo... —Me reí. Él me besó en el hombro—. No te compares con nadie. Esta es la primera vez que toco contigo. Para mí no es solo una experiencia estupenda —me parafraseó—: es única.

Sonreí de oreja a oreja.

—Vale, no me comparo. —Me acurruqué entre sus brazos—. Pero, en una escala del uno al diez... —bromeé.

Los golpes se hicieron más lentos. Besó mi cuello.

—En una escala del uno al diez, tú habrías inventado los números.

Giré la cabeza, él me sostuvo la mirada. No parecía arrepentirse. De nada.

Moví las muñecas para soltarme. Oí las baquetas golpear los tambores y caer rodando. Mi boca ya estaba pegada a la suya. Mis manos se apoderaron de su pelo rizado, de su cuello, de sus hombros. Me ayudó a sentarme a horcajadas sobre él. La batería protestó al ser empujada de mala manera. Sus manos se apoderaron de mis nalgas, acercándome, acercándome. Yo me entretuve en buscar en ángulo perfecto para besarle más profundamente. Mi cuello cambió de lado, derecho, izquierdo, derecho. Mis caderas se movieron arriba y abajo.

—La puerta del local está abierta y el cierre subido. —Me lamió la boca—. Nos puede ver cualquiera.

—¿Eso te pone? —Me froté con su erección.

—¿Y a ti?

—¿Por qué nunca me contestas?

—Porque no haces las preguntas adecuadas.

—Ya empezamos...

Eché la cabeza atrás. Él me acarició la cintura.

—Me pone, sí. ¿Y a ti? —Alzó las cejas.

—A mí me pones tú. —Arañé con suavidad la parte alta de su nuca.

—Lo daba por supuesto. Os pasa a todas. —Sonrió antes de besarme—. ¿Cómo voy a hacerte suplicar si no me cuentas lo que te gusta?

Me apretó el culo con sus toscas manos, balanceándome sobre su miembro.

—Eso me gusta —jadeé. Él acarició mi costado izquierdo. También le dio un apretón a mi pecho—. Y eso me encanta.

—¿Y esto?

Tiró del escote de mi top hasta que mi pezón asomó. Lo frotó con el pulgar. Después, con la lengua, encajando su erección entre mis piernas.

—Eso...

Cerré los ojos. Sentí sus dientes. Gemí al notar cómo una corriente de placer conectaba mi pecho con mi sexo.

—Esto también te gusta, entendido.

—Ah...

Volvió a morderme. Usó ambas manos para desanudar el lazo que sujetaba mi desnudez. Mi piel me pareció demasiado pálida a la luz de los fluorescentes. Sergio se relamió.

—¿Y te gustaría que alguien viera cómo te las toco? —Agarró ambos pechos, los juntó y separó, se llenó las manos con mi carne, me pellizcó los pezones—. ¿Te gustaría que alguien te mirara mientras me las como?

Hundió su boca en la unión de mis tetas, lamió la línea apretada, besó mi piel, las rojeces que iba provocando en ella. Mi sexo ardía, húmedo, palpitante, tan vacío...

—Sergio... —Le sujeté la cabeza y alcé el torso y las caderas.

Le soldé a mi cuerpo y, aun así, todavía le necesitaba más cerca. Más dentro. Subí y bajé en su regazo. Me sujetó las caderas, a unos centímetros de su paquete. Levantó la cabeza para besarme. En cada beso metió un empujón, una barra de acero golpeando entre mis piernas.

—¿Te gustaría que alguien mirara mientras follamos?

Su pregunta me robó un gemido que amortigué en su boca. Busqué su lengua, y encontré tanto deseo como esperaba, ese deseo salvaje del que nunca tenía bastante. Me pareció que se separaba demasiado pronto, pero se me olvidó cuando pegó los

labios a mi cuello. Me mordió y su voz se tornó más grave, demandante.

—Venga, cuéntamelo. —El demonio me susurró al oído—. Confiesa lo que no te has atrevido a pedir a nadie.

Su mano derecha se deslizó hacia el centro de mis nalgas, y siguió bajando. Su dedo corazón hundió la tela que nos separaba entre mis labios.

—Ah... —Me revolví para sentirle más.

—Has mojado el pantalón —jadeó, ronco.

—La tela es muy fina.

—Y tú estás muy cachonda. —Frotó mi sexo y besó mi cuello.

—Mucho —gemí.

Eché la cabeza atrás para mirarme a la cara. Me sonrió mientras jugaba con los dedos. Y con mis ganas.

—Confiesa, Greta. —Metió la mano izquierda entre nosotros, con la palma hacia arriba. No le costó nada encontrar mi clítoris. Apreté los dientes. Se hizo dueño de mi sexo... Iba a correrme antes de que llegara a desnudarme—. ¿Qué es lo que te gusta de verdad?

El sonido de un claxon furioso en el exterior del local me libró de dar respuesta.

—La furgó sigue en medio de la calle —musité.

Lo que replicó Sergio no llegué a comprenderlo. Farfulló entre gruñidos, apartando las manos.

—Levanta, por favor.

Me anudé el top mientras él salía del local, acomodándose el paquete. Juntó las manos sobre el pecho e inclinó la cabeza como disculpa al conductor obstaculizado. Tiró del cierre hasta bajarlo a la mitad. Se metió en la furgoneta.

Yo me dirigí al pequeño aseo, me deslicé entre la puerta y el lavabo y cerré. Me miré al espejo: despeinada, ruborizada, a cuatro roces de correrme tanto como mi maquillaje. ¿Desde cuándo me ponía tanto el exhibicionismo? Abrí el grifo. No vi más opción que lavarme la parte inferior de la cara. Puse perdida la toalla blanca al secarme. Mis ojos parecían tan grandes sin el pintalabios... Me limpié también el kohl y gran parte del rímel. Ahora parecía una quinceañera. Estupendo... Intenté peinarme, con poco éxito. Me re Coloqué la ropa. Me planteé usar las braguitas de repuesto que guardaba en la mochila: las que llevaba estaban demasiado húmedas y, en frío, no era agradable. Estaba ya junto al sofá, donde había dejado mis cosas, cuando volví a escuchar el chirrido del cierre.

—Bueno, por lo menos ya tengo aparcada la furgó. ¿Quieres quedarte un poco más o...? —Se interrumpió cuando me miró a la cara—. Joder... Qué guapa eres.

Me sonrojé; me sentía insegura, demasiado desnuda. Me revolví el pelo y me puse

la mochila.

—Mejor vamos a tu casa.

Parpadeó antes de asentir con la cabeza.

—Vale, sí... —Miró al fondo del local, a su Sonor desordenada—. Tardo un minuto.

En realidad fueron cinco, lo que tardé en fumarme un cigarrillo en la calle desierta. El silencio solo era interrumpido por voces lejanas. Podía oír mi corazón, latiendo con fuerza, y el eco de la pregunta de Sergio: «¿Qué te gusta de verdad?».

Él me gustaba de verdad y, quizá..., quizá... la posibilidad de que me...

—Todo listo. Cierro y nos vamos —dijo saliendo del local.

Me aparté del cortinón metálico. Sergio se agachó, muy cerca de mis pies, para echar el candado. Lo hizo a tientas, con la vista en mis tobillos. Subió la mirada hasta el vértice de mis piernas y se humedeció los labios. Yo encendí otro cigarrillo. No veía la hora de llegar a su piso.

## ALFA

—No te va a dar tiempo a fumártelo, estamos muy cerca de mi calle —me dijo Sergio cuando, por fin, empezamos a caminar hacia su casa.

Fumé con avidez. Me mareé un poco.

—Solo necesito un par de caladas.

—¿Te has rayado por lo del exhibicionismo?

—No exactamente.

Me quitó el cigarrillo. Soltó una gran nube gris antes de preguntarme:

—¿Me lo vas a explicar?

—Me gustaría —admití—, pero...

—El de los «peros» soy yo.

Sonreí.

—Todo se pega, por lo visto.

Me miró de arriba abajo. Se sujetó los pectorales.

—Que se me peguen sus tetas —rezó.

—¡No! —Reí—. Prefiero cómo te quedan las tuyas.

—Pues les haces poco caso. —Me devolvió el cigarro.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido. Y deseando ver mi arito entre tus dientes...

Apreté los muslos instintivamente. Me encantaba eso de Sergio: que pudiera pedir sin acobardarse. Como cuando me preguntó por el sexo anal en mi piso. Con naturalidad... Su desinhibición hizo que la posibilidad abierta por su pregunta al oído se volviera casi tangible. Sergio podía darme lo que quería de verdad. Solo tenía que verbalizarlo.

—Estoy pensando en lo que me has preguntado antes.

—¿Te has sentido presionada?

—No. —Negué con energía, dando la última calada al cigarrillo. Lo colé en una rejilla del alcantarillado—. Me ha gustado. Mucho. Y creo que tengo la respuesta, pero... —sonreí— me gustaría dejar claro que hablamos solo de sexo, ¿de acuerdo?

Me miró con intriga. Se detuvo junto a su portal.

—De acuerdo. ¿Lo debatimos aquí o...? —Señaló la última planta de su edificio.

—Arriba.

Sergio abrió el portal. Subimos hasta el segundo en silencio. En el rellano de esa planta nos miramos de soslayo y él admitió:

—Me tienes intrigado.

—Donde las dan las toman, *sensei*.

—Yo sí que te voy a dar. —Me palmeó una nalga antes de adelantarme.

—No es un mal comienzo —musité subiendo al tercero tras él.

Sergio giró la cabeza; sonreía, puro pecado.

—Si lo que quieres es que te lo dé a lo bruto, no lo pienses más. Has encontrado a tu hombre.

—¿Y si quisiera cederte el control? Todo el control...

Sergio tropezó con un escalón. Casi se estampa. Le dio la risa.

—Joder con la feminista...

—Solo en el plano sexual, capullo.

Entramos en su piso abuhardillado antes de que me contestara. Apoyó la espalda en la puerta cerrada. Su mirada risueña, oscura, excitada me dejó plantada en medio del pseudorecibidor.

—Me mola la idea. —Se guardó las llaves en un bolsillo.

—Te mola la idea... —repetí, perpleja por la elección de palabras.

—Sí. —Me repasó los rasgos de la cara con la mirada—. Me veo cómodo haciendo de alfa contigo. —Sonrió, despegando la espalda de la puerta. Tres pasos lentos le acercaron hasta un palmo de distancia—. Contigo, en realidad, creo que podría hacer de todo. Y no sé si eso es bueno... ¿Tienes hambre?

—Hambre de... ¿qué?

Sus dientes bailones hicieron acto de presencia.

—De comida, viciosa. —Me hizo sonreír. Negué con la cabeza—. ¿Has cenado antes del concierto?

—Un sándwich.

Se dirigió a la cocina. Sonido de puertas de los armarios, el agua saliendo del grifo, el microondas, un tintineo, olor a caldo concentrado, un cajón abriéndose y cerrándose. Me senté en el sofá, con la mochila sobre las rodillas. Sergio dejó dos botes de fideos humeantes en la mesita del salón y sendos tenedores con el mango negro.

—Espero que tu refinado paladar no se ofenda.

Me quitó la mochila. La puso sobre el mueble donde guardaba sus dibujos. Se sentó a mi lado.

—No tengo mucha hambre.

—Pues te bebes el caldo nada más.



Me acarició un muslo. Sin lascivia. Fue muy raro. Agarré mi bote y tanteé la temperatura con los labios antes de dar un trago. Sergio enrolló una gran cantidad de fideos con el tenedor y se los metió en la boca.

—Quizá sea absurdo después de..., de estos últimos días y de lo del concierto... —musité—, pero me quedo más tranquila preguntándotelo. —Sergio frunció el ceño—. Puedo dormir aquí, ¿verdad?

Masticó, tragó y se encogió de hombros.

—Si no hay más remedio...

Agaché la cabeza.

—Dime que es broma, por favor.

Me levantó el mentón. Sus cejas estaban arqueadas.

—¿Dudas de que puedas dormir en mi casa?

—La última vez que estuve aquí me dijiste que nada había cambiado. Y te referías a que dormíamos juntos o follábamos juntos, pero las dos cosas, no. —Apartó la mano de mi cara—. Ya sé que después...

—Lo estoy haciendo mal —me interrumpió.

Ya no me lo preguntó, como en mi casa la tarde de la despedida de Lara. Lo afirmó. Con tal rotundidad que me sentí un poco culpable.

—No lo estás haciendo mal.

—Pero bien tampoco. —Abandonó los fideos sobre la mesa—. Si piensas que voy a echarte de mi casa después de... —Me miró con incredulidad—. ¿De verdad piensas algo así? —Fijé la vista en mis manos. Una pielecita suelta en el dedo pulgar me incitó a clavar la uña y tirar. Sergio me paró, apretando mis dedos—. Es verdad. Te he dicho un montón de cosas que te han llevado a pensar así. No es una paranoia. Pero... Mírame, por favor. —Alcé la vista. En su rostro había franqueza—. ¿Crees que yo canto en público para cualquiera o les digo a todas que ellas significan más que todo para mí?

—Supongo que no.

—Lo supones...

—A ver, no...

—¿Qué tengo que hacer para que lo creas como algo seguro? —No fui capaz de contestarle. No lo sabía—. ¿Que te prepare el desayuno mañana puede ser un comienzo? —Sonrió. Y me sentí más culpable todavía. La inseguridad no era buena compañera de viaje. Debía mantenerla a raya para que no apareciera y destruyera lo que estábamos construyendo.

—Claro que sería estupendo que me prepararas el desayuno. —Acaricié su antebrazo y la pulsera de cuero con cierre de acero de la que apenas se separaba—.

Sería igual de estupendo que todo lo que ya has hecho por mí. Perdona si parece que no lo valoro, porque no es así. Lo valoro mucho. Es... que no quiero que hagas nada solo por contentarme.

Quería que sus actos salieran de él, de su necesidad de acercarse a mí, no de una especie de obligación adquirida.

—Entonces, ¿para qué estamos juntos? —me preguntó. Le miré confusa—. ¿La idea no es hacernos la vida lo más feliz posible? Yo, al menos, entiendo así las relaciones...

—Que me hables de relaciones me descoloca —admití—. Me había convencido de que eso contigo era impensable.

—Y yo..., pero aquí nos tienes.

Me acarició el óvalo de la cara antes de seguir con los fideos. El caldo me supo mucho mejor desde entonces. Nos tenía... Nos teníamos... Compartíamos razones y sentimientos. Éramos. Más que todo. Nuestras sonrisas, cómplices, lo dijeron por nosotros. No podía apartar la vista de su intimidante mirada. Él tampoco de la mía; como si mis ojos fueran las únicas estrellas del firmamento y él, un marinero huyendo de la deriva. No dejó de mirarme ni siquiera cuando, al cabo de pocos minutos, acabó con su ración. La puso a tuestas sobre la mesa. Dijo necesitar una ducha.

—Llevo encima el sudor de, por lo menos, diez tíos. —Se puso en pie, con la cabeza alta. Un brillo juguetón surcó sus iris oscuros—. Voy a estar esperándote. Sé buena y termina de una vez con los putos fideos.

—¿Perdona? —Alcé las cejas.

Sergio rodeó la mesita, quitándose la camiseta. Echó mano a su cinturón. Me dedicó una sonrisa MUY explícita.

—¿No querías un alfa?

—Solo en la cama.

—¿Y en la ducha?

Tragué saliva. El sonido metálico de la hebilla de su cinturón me erizó el vello de los brazos. Solté los putos fideos.

—En la ducha también me vale. —Le hice sonreír. Me puse en pie—. Aunque me sorprende que quieras compartirla conmigo...

—Siempre he querido. Ahora me lo concedo.

—¿Por qué?

—Porque por fin todo es distinto.

Apartó las manos de su cinturón. La izquierda la utilizó para agarrar mi cintura y atraerme hasta su cuerpo. La derecha, para colocarme la melena detrás de la oreja y

acariciar mis aritos. Fijó la vista en ellos. Ladeé la cabeza para descansar la mejilla en su mano. Sus ojos retornaron a los míos, después, a mi boca.

—Creo que empiezo a entender de dónde te vienen las ganas de ceder el control. —Deslizó los dedos hacia mi cuello, por mi barbilla—. Tu cabeza no para nunca, ¿verdad? Necesitas información continua para fabricar esas etiquetas que le colocas a cada persona que pasa por tu vida. Así te proteges. Tomas tus decisiones a partir del análisis exhaustivo de los informes que fabricas de cada uno de nosotros... Debe de ser agotador.

Dio en la diana. Me imaginé en una caseta de feria, sentada en una tablilla suspendida sobre una piscina. Me imaginé cayendo al agua. También, saliendo con dignidad. Sabía nadar. Estaba entrenada.

—Es agotador. Y más cuando, después de todo el esfuerzo, la decisión resulta ser una gran cagada. —Le acaricié los costados—. Mi vida es una concatenación de malas decisiones. ¿Cómo no voy a estar cansada? Estoy harta de pelear y perder siempre.

Lo admití sin derrota, casi con rabia.

—Pues abandona. —Estrechó su abrazo—. Bájate del puto *ring* con el dedo corazón erguido. Que le den por culo al mundo. Inventemos uno nuevo.

## OMEGA

Inventar un mundo nuevo era una quimera hasta para una ilusa como yo, pero Sergio lo propuso con tal intensidad, con tal seguridad que lo vi factible. Algunos creen que un hombre construyó el que ahora habitamos en siete días. Yo creí que una mujer podría hacerlo en menos tiempo. Y más con la ayuda de un artista que no conocía más límites que los que ya había roto. Conmigo.

—¿Esa sonrisilla significa que te mola el plan? —Asentí con la cabeza. Me besó en los labios. Con apremio y ternura. Un beso complejo—. ¿Te apuntas también a lo de «por culo»?

Me reí.

—Te noto muy interesado en el tema.

La mano que tenía en mi cintura se deslizó hasta mi trasero, lo apretó y volvió a besarme al mismo tiempo; sus dedos se aventuraron entre mis nalgas.

—Te lo voy a hacer tan bien que vas a querer repetir cada vez que follemos.

Mi interior se contrajo y palpité. Sus dedos me rozaron, arriba y abajo, estimulando mi frunce y unas ganas... unas ganas locas de no dejar nada para mañana. Ni me planteé debates morales. Me dio lo mismo no tener experiencia o que pareciera un paso demasiado grande para una relación tan temprana. Mi cuerpo dijo que sí. No permití que mi cabeza replicara. Con Sergio «todo» iba a ser «todo». Quien no apuesta así no gana nada que merezca la pena.

—Llévame a la ducha. —Me apreté contra su mano.

Sonrió antes de pellizcarme un cachete.

—¿Cómo se piden las cosas, encanto?

—¿Me vas a obligar a suplicar ya?

—Hacerte suplicar, que no obligar, es mi misión principal de esta noche. —Empezó a caminar hacia atrás; le moví un poco hacia la izquierda para que termináramos en el dormitorio, y no estampados contra el tabique—. Pero no espero que lo hagas tan pronto. Le quitaría gracia al juego.

—¿Has ideado un plan de ataque sexual o algo así?

—Claro. Había trazado la noche al milímetro. —Nos hizo girar cuando entramos en su habitación. Siguió avanzando hacia la ducha—. El concierto, la canción, el beso de después, que nos lo interrumpiera una pelea... —Me reí—. Lo de que nos

hayan cortado el rollo en el local de ensayo también estaba previsto. —Encendió la luz del baño—. Por cierto, ahora cada vez que toque la Sonor se me va a poner tan dura que no me va a llegar el riego a las manos.

Me apreté contra su cuerpo.

—¿Por qué me excita tanto que me hables así? —Lamí sus labios.

—¿Qué más da? Te excita. Y a mí también. —Adelantó las caderas. Su miembro, ladeado y firme, sobre mi monte de Venus—. Desnúdame.

Mis ojos parpadearon ante la orden. Mis manos se dispusieron a ejecutarla. Lo cierto era que me moría por arrancarle la ropa. Fui tan directa a por el botón de la cinturilla de sus vaqueros que le borré la sonrisa de la cara.

—Cuando te pones así de serio me intimidas —murmuré, bajándole la cremallera.

Con dos tirones le desnudé hasta las rodillas. Agarré su erección. Pesada, suave, caliente. No contuve el gemido ansioso.

—Te veo muy intimidada. Tanto que solo te he pedido que me desnudaras y mira dónde ha terminado mi polla. —Cerró los ojos cuando moví la mano, desde la base hasta el glande. Siseó entre dientes—. Sí, joder... Rodea la punta con el pulgar. Así... Así...

Un jadeo ronco precedió a una sensación húmeda en mi dedo. Seguramente una gota preseminal, pero no me paré a verlo. Mis ojos no podían apartarse de su cara, expresiva, demudándose. Movié las piernas, para librarse a pisotones de las zapatillas y del resto de la ropa. Me gustó el sonido tintineante de la hebilla contra la plaqueta. Me gustó que me mirara, que las arrugas partieran su ceño, que me besara con la boca abierta, como si no tuviera más opción que devorarme para no morir de hambre. Me encantó que se agarrara a mis tetas cuando aceleré el movimiento de mi mano, que se sacudiera en mi palma, que su gemido vibrara en mi garganta, que sus dedos fueran tan diestros como para deshacer un nudo a tuestas y enloquecer a mis pezones en cuestión de segundos. Cada roce, cada pellizco, me hacían despegar los talones del suelo. Cuando me ahuecó las tetas, cuando sentí la aspereza de sus manos cubriendo por entero mi piel sensible, cuando apretó con fuerza, con morbo, gruñendo mientras me mordía el labio inferior, contuve el primer ruego. Era demasiado pronto para suplicar.

—Quítate el pantalón y después las sandalias. En ese orden.

—No quiero parar de tocarte. —Apreté su erección.

—¿Y te crees que yo sí?

Juntó mis tetas y bajó la boca hasta ellas. Ahí terminaron mis protestas. Solo pude concentrarme en encontrar la maldita cremallera de mi falda pantalón y en procurar no doblar demasiado las rodillas. Sus lamidas, sus besos, sus mordiscos me

aflojaban las piernas. Conseguí desnudarme entre gemidos. La boca de Sergio descendió hasta mi vientre, le dedicó el mismo empeño que a mi pecho, no dejó un centímetro sin atención. Mis manos se enredaron en sus rizos, acercándole a mi sexo. Se me escapó una risa sorda, casi un gemido.

—Date la vuelta para descalzarte.

No procesé su petición por culpa de la lujuria. Mi cabeza era una fiesta a las tres de la madrugada, una en su máximo apogeo, una que prometía ser apoteósica. Sergio se echó hacia atrás y se puso en pie. Pese al palmo largo de distancia que había entre nosotros, su glande rozó mi cadera. Quise volver a tocarle, no vi manera de resistirme, pero él llegó primero. Rodeó con la mano su erección; sus movimientos lentos y prietos y su sonrisa al observar mi expresión extasiada me estremecieron.

—Date la vuelta —repitió despacio.

—Prefiero seguir mirando.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—No tienes nada de pasiva.

—Eso parece... —dije absorta en cómo se tocaba—. Pero tú funcionas genial como alfa.

—Y tú como omega.

Parpadeé. Y alcé la vista hasta su cara. Me sostuvo la mirada. Fuego negro contra azul aguamarina. Antagonistas. El principio y el final. ¿Sería él mi primer sueño cumplido? ¿Sería yo la última y definitiva?

—Omega... —musité.

—Mi omega.

Me enganché a su cuello y le besé con tanta entrega como ilusión me había despertado la letra griega. Y el «mi» que la había precedido.

—Mmm —gimió sobre mis labios—. Así que también te pone lo de los posesivos.

—Solo en...

—Sí, sí. Tu carnet de feminista sigue inmaculado, tranquila. —Chupó mi labio inferior y me apretó contra su torso—. ¿Te vas a dar la vuelta de una puta vez o tengo que girarte yo? —Sonrió.

Me decanté por la segunda opción. Le rodeé con los brazos y mordisqueé su cuello. Él soltó un bufido y avanzó hasta que mi espalda dio con los azulejos. Se frotó contra mi pelvis antes de girarme. Me levantó los brazos, las palmas de las manos sobre la superficie fría, las suyas sujetando mis muñecas. Arqueeé la columna. Él me acarició los antebrazos, masajéo mis hombros, mi nuca, descendió hacia mis

costados.

—No bajas las manos.

Le miré por encima del hombro.

—¿Me estás cacheando?

Sonrió.

—Sé que llevas algo. —Me acarició las caderas. Enganchó los pulgares a las braguitas. Las sentí deslizándose por mis muslos—. Si no lo sacas voy a tener que seguir registrando. Y ya me quedan pocos sitios donde buscar.

Cerré los ojos al notar sus dedos en mis pliegues. Apreté las manos contra los azulejos cuando me penetró.

—Greta de mi vida... ¿Cómo eres capaz de mojararte tanto? —Mordió y besó uno de mis omóplatos. Su dedo entrando y saliendo... Pegué la frente contra la pared—. Abre más las piernas.

Sentí un segundo dedo. Y un ligero pinchazo, que tornó pronto a relámpago.

—Oh, joder —gemí alto.

—Pues no. Aquí tampoco está.

Mi pecho se sacudió por una risa. Mi sexo, por la destreza de sus dedos, que salieron para extender mi humedad por todas partes. Por TODAS. Noté su pulgar en tierra virgen. También, cómo el instinto me hacía contraerme.

—Uf... —Apreté los dientes.

—Si no quieres, solo dime que pare. —Besó mi cuello.

—Sí que quiero.

Jadeó y empujó dos dedos dentro de mi sexo; el tercero hizo fuerza, pero no llegó a entrar.

—Relájate.

—Es tan fácil decirlo...

Noté su sonrisa pegada a mi hombro.

—Vamos a la ducha.

## DE OTRA MANERA

Cuando Sergio me sugirió lo de la ducha, creó en mí ciertas... expectativas. Ninguna se vio cumplida. Se dedicó exclusivamente a asearse y a lanzarme miraditas turbias. Protesté mientras me enjabonaba entera, pero no me sirvió de nada. El agua dejó de caer, la espuma de gel se escurrió por el desagüe arrastrando varios pelos ondulados de diferente longitud y Sergio se hizo con dos toallas. Nos secamos junto a su cama.

—Si la idea era que me relajase... —seguí con mi protesta.

Sergio rio, frotando su pelo indomable. Agitó la cabeza con energía y lanzó la toalla al suelo del baño. Le imité el gesto.

—Te estás relajando —me aseguró—, pero todavía no eres consciente.

—Aquí lo único que se ha relajado ha sido tu... —Miré su entrepierna.

—¿Tú crees? —Se tumbó sobre la cama.

—Yo lo estoy viendo.

—Acércate un poco más, verás como te equivocas.

—Bonita manera de pedirme una felación.

—Te he pedido que te acerques, no que me la chupes.

Me hizo un hueco a su lado; no tardé en tumbarme. Los dos nos colocamos de costado, frente a frente. Su mirada me acarició desde los pies hasta los labios. Mi mano leyó cada línea de su cuerpo. Su miembro despertó.

—¿Qué te había dicho? —Se apretó la base.

—Magia. —Sonreí.

Rocé con la punta de los dedos su glande, suave y carnoso, como sus labios, tan deseable. Cerró el puño alrededor de su circunferencia. Un par de movimientos secos y un jadeo árido convocaron la humedad en mi sexo.

—Tócame más abajo. —Me besó en la boca, rápido y demandante.

—No puedo, tienes la mano. —Le acaricié los nudillos.

—Más abajo... —repitió.

Alcé una ceja, seductora.

—¿Aquí?

Acuné sus testículos. Gimió con morbo. Su mano apresuró el movimiento. Su polla creció, se endureció, acerqué mi pelvis a ella para sentirla directamente sobre



mi piel.

—Dibuja un ocho.

—¿Cómo? —pregunté confusa.

—Con la mano.

—Pero... ¿en un papel o dónde?

Sergio se carcajeó. Soltó su erección para enganchar mi nuca y comerme la boca. Cuando me rendí a su lengua, bajó la mano hasta la mía para enseñarme dónde quería que le dibujara el número.

—Mueve los dedos así. —Le acaricié guiada por él—. Así, uno y otro, uno y otro.

—Entiendo... Un ocho.

Nuestro movimiento describía justo esa forma. Sentí una sacudida sobre mi pelvis.

—En realidad está siendo un diez. —Me besó—. Sigue...

Soltó mi mano para volver a tocarse. Se frotó contra mi monte de Venus. Sobre mi clítoris. Le abracé con la pierna, exponiéndome. Se deslizó, firme, por mis pliegues. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Apreté sus testículos. Gruñó.

—No tan fuerte.

—Perdona, me he emocionado.

—¿Por esto?

Noté su punta en mi entrada. Piel con piel. Palpitaciones. La última frontera...

—No uso anticonceptivos. —Un espasmo le introdujo un par de centímetros—. Pero no estoy ovulando...

—No es seguro. —Apretó las muelas. Sin moverse un ápice—. Y eso lo hace todavía más apetecible.

Oscilé las caderas, le introduje un pelín más. Insuficiente. Lo quería todo.

—Córrete fuera. —Soné tan ronca que casi no me reconocí.

—Greta... —Gruñó. Otro espasmo. Mi interior dilatándose para acogerle—. Joder... No me tientes. —La ese silbó en sus labios. Más centímetros. El anillo de su glande dentro de mí. El paraíso a un empujón de caderas de distancia—. Estás tan prieta, tan mojada... —Gemimos. Me miró a los ojos. Cerró los párpados con fuerza antes de alejarla hasta mi clítoris y pedirme—: Pásame un condón antes de que se me vaya la puta cabeza.

No quería que nada se interpusiera entre nosotros, pero no insistí. Tenía razón. No era seguro.

—¿Dónde...?

—Primer cajón de la mesilla.

Estiré hacia atrás el brazo izquierdo. Ilusa de mí, solo palpé la almohada. Giré

sobre mí misma, me deslicé boca abajo y abrí el dichoso cajón. Sergio me levantó las caderas. Su boca sobre mi sexo me hizo olvidar qué tenía que coger.

—Dios..., qué ganas tenía. —Le miré por encima del hombro.

Sergio sonrió con la mirada, semioculto por mis nalgas. Me hizo doblar las rodillas y sus ojos desaparecieron. Su lengua jugó con mi clítoris, de un lado a otro, en círculos. Mis manos se aferraron al cajón y a la almohada. Mi mejilla descansó en el borde de la cama. Sentí una palmada suave en un cachete, un apretón mucho más fuerte, un gruñido entre mis pliegues.

—El condón, Greta.

¿El condón? ¿Qué era un condón?

—Un poco más... —Eché atrás las caderas.

Sergio dio un par de chupetones a mi punto más sensible y después recorrió con la lengua la distancia hasta mi entrada, me penetró y me rodeó con un brazo para tocarme el clítoris. Le miré cuando noté que su lengua continuaba el recorrido. Sus ojos aparecieron, explicándome su intención de corromperme.

—Oh, por Dios, no me lamas ahí...

Lo gemí medio escandalizada, medio muerta de morbo.

—Estás limpia. Y mucho más relajada. —Me mordió una nalga, arrastrando mi humedad. Me introdujo una falange sin esfuerzo—. ¿Lo ves? —Sonrió.

Claro que lo veía, su dedo corazón de la mano izquierda enseñándome una forma nueva de placer. Por fin hacía algo así sin molestia o vergüenza.

—Increíble... Me encanta.

—Dame. El puto. Condón. —Tres penetraciones, una orden, el orgasmo más grande de mi vida llamando a la puerta. No sé cómo, pero conseguí encontrar la caja, abrirla y separar de la tira un paquetito plateado—. Pásamelo sin funda.

Acarició mis dedos antes de colocárselo solo con la mano derecha. Se arrodilló detrás de mí. No apartó el dedo de mi ano antes de clavarse en lo más profundo de mi ser. La habitación comenzó a dar vueltas.

—Oh... Ah...

La garganta me escoció por los gemidos. Mi interior... Mi interior ardía de placer con cada embestida. Mirarle era un espectáculo, el mejor que había contemplado: su torso fibroso y húmedo, su pezón anillado, los tendones de su cuello, su boca abierta, sus ojeras marcadas, los surcos de su frente. Un calambre me cruzó el vientre. Encogí los dedos, de las manos y de los pies. Estiré la espalda...

—No te corras —gruñó. Gemí frustrada, acelerando las caderas. Sergio me dejó vacía. Quise llorar—. Retenlo un poco más... Solo un poco más.

Me movió para que me tumbara boca arriba. Resollé, apartándome el pelo de la

cara. Se hizo un hueco entre mis piernas. Me penetró tan despacio que las súplicas empezaron a cosquillearme en la punta de la lengua.

—Quiero... Quiero...

—Sé lo que quieres. —Colocó las manos a ambos lados de mi cara. Me besó al mismo ritmo lento que torturaba a mi sexo—. Y sé cómo dártelo. —Apoyó sus caderas sobre las mías; la fricción sobre mi clítoris aumentó, sus movimientos se hicieron más profundos. Noté un nuevo calambre. Mis manos acapararon su culo apretado, tirando, tirando... —Pero si lo retienes, será mucho más intenso.

—No puedo... No quiero... Más... Más...

Chupó mi cuello y el lóbulo de mi oreja.

—¿Cómo se piden las cosas, cariño?

Alejó las caderas. Inició una serie de movimientos secos y breves. Solo con la punta.

—Por favor, por favor...

Me miró a la cara. Su sonrisa habría servido para iluminar todo un continente en la noche más oscura.

—Greta de mi vida.

Y en dos empujones, el mundo dejó de existir. Solo había movimiento, ondulante, abrasador, sobre mi piel, dentro de mi carne, y un zumbido que me sacudió todo el cuerpo y se alojó en mis oídos.

No entendí lo que dijo al correrse, eso fue lo que menos me gustó. Lo que más, sentir sus labios temblando sobre los míos, el fervor de algo que ni siquiera fue un beso. Fue más. Más que todo.

Sergio cayó de espaldas, con el pecho agitado, y me miró de refilón; nos sonreímos, como drogados, y tiró de mí para que nos abrazáramos. Y ahí fue cuando el tiempo se detuvo. Justo ahí: en sus brazos, los que me ofrecieron descanso, abrigo, y tantas caricias como estrellas hay en el cielo. Me permití ponerme cursi, blanda, en rosa y recibí un pedacito de sueño. Una muestra de lo que podíamos ser juntos. Salvajes y tiernos. Acero y piel. Alfa y omega. Qué serio se ponía cuando le acariciaba el puente de la nariz con la punta del dedo, cuando rozaba los piquitos de su labio superior, casi ocultos por la anarquía de su barba, cuando deslizaba la mano por su cuello, por su pecho; su corazón aceleraba el bombeo, su respiración se entrecortaba, sus arrugas endurecían su rostro, como si mi simple caricia fuera algo trascendental, importante. Qué sonrisa más bonita cuando me encontraba cosquillas bajo el pecho, al retirarme el pelo de la cara, siempre antes de besarme. Se aprendió mi boca como la tabla de multiplicar: de memoria. Fue imposible calcular el tiempo que pasamos así, haciendo el amor de

otra manera. Solo un movimiento inoportuno de mis tripas vacías me dio la pista de que aquel abrazo ya duraba horas. Sergio dibujó un círculo sobre mi vientre, subió la mano hasta mi cara y me acarició antes de besarme en los labios, muy, muy suave.

—¿Desayunamos?

—¿Qué hora será?

—¿Qué más da? Te estoy ofreciendo un desayuno... —Meneó las cejas, insinuante.

Sonreí.

—Ah... Un desayuno... Entiendo...

Le seguí hasta la cocina pensando en lo lejana que me parecía de pronto la noche en la que me soltó, tan chulito, el discurso de «sexo o desayuno». Me sentí ganadora. Le sonreí a su espalda tatuada mientras él abría la nevera.

—¿Dulce o salado?

—¿Qué pregunta es esa?

—Dulce, claro. —Me pasó un tarro de mermelada por encima del hombro.

—De naranja amarga... ¿Tratas de decirme algo?

—«Lo dulce no es tan dulce si no existe lo amargo».

—¿Dónde has leído esa frase? —Quería comprarme el libro a la mayor brevedad posible.

—Es de una peli. Creo... —Sacó de la nevera huevos, leche y margarina—. Hay pan en el mueble de encima del microondas. ¿Me lo alcanzas?

Mientras lo buscaba, él se hizo con un bol. Cascó los huevos en el interior y me pasó un tenedor.

—No sé cocinar —me apresuré a advertir.

—Pero batir huevos seguro que se te da de puta madre. —Me reí—. Mételes caña. Ahora vengo.

Me besó en el cuello. Todavía observaba el bol con desconfianza cuando entró en el dormitorio. Realicé la tarea encomendada con rapidez y eficacia. O eso me creí. Lo cierto es que casi al terminar me entraron ganas de hacer pis y me dije «Pues así se queda». Me dirigí al baño, apretando los muslos. Nos cruzamos en el dormitorio. Otro beso porque sí, porque podíamos. Me encerré en el aseo, hice lo que tenía que hacer y tuve la estupenda idea de mirarme al espejo mientras me lavaba las manos.

—Dios, qué pelos...

Intenté deshacer los nudos de mi media melena con los dedos. Me humedecí las puntas, para activar las ondas. Salí un rato largo después. Seguía teniendo pelos de loca. Un aroma a azúcar y canela me cerró los ojos junto al sofá del salón.

—Cariño, ¿cómo quieres el café? —me preguntó Sergio.

Su tono cotidiano, natural, familiar me hizo apretar los párpados con fuerza. Mi exnovio parisino, Clément, era el último que me había hecho una pregunta así en un contexto como aquel. Llevaba demasiado tiempo, demasiadas vueltas, esperando a que volviera a ocurrir. Y ahí estaba, en boca del hombre más fascinante que había conocido.

—Largo y con dos de azúcar..., gracias.

Se lo agradecí mucho, mucho más de lo que cabía en aquellas seis letras.

## ROZADURAS

—Tostadas francesas.

Me senté a la pequeña mesa que había pegada a la única pared libre de la cocina de Sergio con los ojos abiertos de par en par. Él se acomodó frente a mí en la otra silla de tijera. Solo un plato y dos tazas habían cabido en la superficie. También había solo un tenedor.

—¿Y tú qué vas a desayunar? —bromeé agarrando el cubierto.

Partí una esquina de la tostada que asomaba en la parte inferior del montón. No le había tocado ni azúcar ni canela. La hundí en la mermelada que había repartida por el borde del plato. Gemí con los ojos cerrados al degustarla. Era crujiente por el rebozado de huevo, suave en su interior como la mantequilla y dulce... De lo más dulce que nadie había hecho por mí. Me arrellané en la silla, relamiéndome. Abrí los ojos. Los suyos brillaban, risueños.

—Te dije que hacía unos desayunos cojonudos.

—Y no mentías.

—En eso no. —Pellizcó una tostada y comió con los dedos, absorto en mis rasgos—. Todavía me cuesta asimilar lo guapa que eres.

—¿Guapa? —Me sonrojé—. Creo que la falta de sueño te provoca alucinaciones.

—Será eso...

Seguimos desayunando. El montón de tostadas fue mermando. La oscuridad que nos mostraba la ventana del fregadero, aclarando. El vacío de mis tripas fue ocupado por una sensación disfrutona y saciante. La necesidad de descansar empezó a acalambrear mis extremidades. Se me escapó un bostezo.

—Ya casi ha amanecido. —Aparté la taza de café; solo le quedaba el último sorbo.

Sergio se puso en pie y se estiró junto a la mesa; sus articulaciones crujieron. Se asomó a la ventana.

—Está empezando a llover —dijo, con el cansancio engolando su voz.

—Pediré un taxi para ir hasta el parking —pensé en voz alta.

—¿Tienes prisa? —Recogió el plato vacío, el tenedor y mi taza—. ¿No te lo acabas?

Negué con la cabeza, poniéndome en pie.

—Siempre me dejo el último sorbo. Manías... —dije como explicación.

Limpié la mesa mientras él fregaba. Me llamó la atención que no tuviera lavavajillas. Después de observar la diminuta cocina, caí en la cuenta de que no había sitio donde meterlo. La luz de la nueva mañana era blanca, mortecina. Me costaba mantener los párpados abiertos.

—Voy a vestirme.

—¿Tienes prisa? —repitió, cerrando el grifo.

—No, pero... seguro que tú tienes mil cosas que hacer.

Asintió.

—Siempre es así. Procuero estar siempre en movimiento. —Perdió la mirada en la ventana—. Pero hoy... Hoy no. Hoy solo me apetece ver la lluvia. Acompañado. De ti. —Giró la cabeza hacia mí—. Puto Pablo Alborán. —Sonreímos—. Me va a tocar volver a *Forocoches* para recuperar la hombría.

Fingí estremecerme.

—Ahora sí que me voy.

Siguió sonriendo mientras se dirigió al salón. Movié el sofá hasta colocarlo debajo de la ventana abatible encastrada en las vigas del techo. Tiré de los cojines inferiores para ampliar la superficie. Cogí una manta de la habitación. Utilizó uno de los mullidos brazos del sofá como almohada. Había sitio de sobra a su lado. No dudé en ocuparlo. Él tampoco en abrazarme otra vez, en volver a construirme el mejor lecho en el que había descansado. La lluvia repiqueteaba en el doble acristalamiento. Clic, clic, clic. Nuestras respiraciones sosegadas ascendieron hasta empañar el vidrio interior. Sus caricias en mi pelo me cerraron los ojos. Escuchamos un trueno lejano. Busqué el tacto áspero de sus manos. Clic, clic, clic. Me encantaba cómo jugaba con mis dedos. Busqué sus piernas, me enredé en ellas. Clic, clic, clic.

El sol inclemente de la tarde me abrió los ojos lo que me pareció una eternidad más tarde. Había dormido toda una era, como los dioses antiguos. Me sentí resucitar, con la energía suficiente para crear un mundo nuevo. Con él. Me apreté contra su cuerpo.

—*Cagien* la hostia, qué dolor de espalda. —Su tono somnoliento restó crudeza a sus palabras.

Me coloqué boca arriba. Aparté unos rizos de su frente. Sonreí con la mirada. Él besó mi frente. En el silencio percibimos la vibración de un móvil.

—Debe de ser el tuyo —murmuró—. Nunca pongo el mío en vibración.

—Seguro que es mi madre.

—Cógeselo. No te cuesta nada.

Bufé.

—No quiero levantarme.

—Venga... Es tu madre.

El cariño con el que pronunció la palabra me hizo pensar en la suya. En lo que debe valorar uno a alguien cuando ha estado varias veces a punto de perderlo. Sacudí mi conciencia. Y me levanté del camastro improvisado para constatar que, efectivamente, era mi progenitora la que me había llamado. Y otras cuatro veces en cuestión de una hora. También me enteré de que eran casi las tres de la tarde. Abrí WhatsApp mientras regresaba al salón. Leí su mensaje.

*Me dijiste que dormías en casa de Carla y acabo de verla cerca de la farmacia de la urbanización con un hombre con pinta de delincuente.  
¿Se puede saber qué está pasando?*

—Estupendo. —Me senté en la mesita baja.

Sergio se incorporó y me miró, interrogante. Le expliqué.

—Se habrán quedado sin condones —me dijo.

—¿Se lo cuento así a mi madre? —Sonreí.

—Mejor la tranquilizas en persona.

Hice una mueca.

—Me fastidia, ¿sabes? Tengo casi treinta años y mira qué plan. Pero como vivo en su casa, pues...

—Ya te falta menos. —Me tendió la mano.

La acepté de mil amores. También, el beso que me dio en los labios.

Me preparé para irme mientras él recogía el salón. Cuando terminé de arreglarme, lo encontré con la manta hecha un ovillo entre las manos. Nos sonreímos.

—¿Lo llevas todo? —me preguntó, dirigiendo la mirada hacia mi mochila, que colgaba de mi hombro izquierdo.

—Todo menos el cepillo de dientes que he dejado junto al tuyo. La caja de tampones la he guardado en tu mesilla, con media docena de mudas. El próximo día ya me traigo un par de pijamas y las sábanas que estoy bordando para tu cama.

—Estás muy jodida de la cabeza. —Rio.

Me encogí de hombros.

—Dime algo que no sepa.

—He pasado una de las mejores noches de mi vida.

Alcé las cejas.

—Una de las mejores... Vaya, no está nada mal. —Sonreí—. ¿Cuál encabeza el *top ten*?

Soltó la manta para acariciarme las mejillas. Negó con la cabeza antes de besarme.

—La próxima que pase contigo. —Me derretí un poco. Unos sesenta kilos de



carne y huesos reducidos a un charquito—. Tardo un minuto.

Se metió en la habitación en un pestañeo.

—No necesito que me acompañes hasta el coche.

—Lo sé, pero me gustaría hacerlo de todas formas.

Regresó vestido con el chándal Adidas... *vintage*. Sonreí.

—Eso es... —le señalé—. Es un atentado contra el buen gusto. ¿Cómo puede quedarte tan bien?

Estiró la espalda antes de pegarse a mí y agarrarme una nalga.

—Cariño, ya sabes lo que hay debajo.

—Claro, es por la percha...

—¿Alguna queja? —Me besó.

—No, no, ninguna. Lo más irritante de ti es que, te pongas lo que te pongas, resultas atractivo. Muy atractivo—. Le devolví el beso—. Hasta con bigote seguirías estando sexy.

—Bigote, ¿eh?

—Era un ejemplo. Que no debes tomar. Jamás.

Mi móvil sonó dentro de mi mochila. Bajamos a la calle. Llovía despacio, gotas muy gordas. Lavapiés olía a resaca; el aparcamiento estaba casi vacío. Bajando la rampa para vehículos noté un escozor en los talones.

—Mierda, creo que las sandalias me han hecho rozaduras. Como son nuevas...

Me acordé de mis otras adquisiciones, las que todavía guardaba en el maletero.

—No te recomiendo que conduzcas descalza.

—No. Ahora me las cambio por unas Fila que tengo en el coche. Creo que también hay calcetines... —pensé en voz alta. Alcanzamos el Infiniti. Saqué la llave del bolsillo pequeño de la mochila y vi el juego de llaves de mi casa—. Con todo el follón de esta noche se me ha olvidado dártelas.

Sergio frunció el ceño.

—Las llaves de tu piso...

—Sí, para tu padre.

—Para mi padre.

—Para la reforma...

Parpadeó.

—Por supuesto, sí, yo se las doy.

Le besé.

—Gracias por acompañarme. —Abrí el coche—. Nos vemos mañana.

—¿No ibas a cambiarte de zapatos?

—Sí, pero no es necesario que me esperes.

Sonrió, un poco perplejo.

—¿Te estorbo o...?

—No, es que... —«No quiero que descubras el botín que tengo escondido». Mis ojos se dirigieron a la parte trasera del coche— ahora te toca volver hasta tu casa, lloviendo...

—¿Llevas a un exnovio descuartizado en el maletero?

—Sí, claro. Es justo por eso. —Se me escapó una risa nerviosa.

Sergio se puso serio. No abrió la boca, pero me pidió explicaciones con la mirada. Me alboroté la melena. Necesité un cigarrillo.

—No es nada, ¿vale? —Rodeé el coche y abrí el maletero. Empujé las bolsas hacia un lado, para que abultaran menos. No sirvió de nada. No cabía una prenda más en el cubículo—. Solo es... terapia de compras.

No sé por qué elegí esa descripción para mi conducta. Podría haber dicho que había ido de compras y todavía no lo había recogido, lo que era técnicamente cierto. Pero me salió así. Y la cara de Sergio se endureció más todavía.

—¿Cuánto dinero hay ahí metido, Greta?

Me lo preguntó en voz baja, con un tono de decepción que no me gustó nada.

—No llega a tres mil euros —dije con seguridad. No debía avergonzarme. No debía—. Le he pegado peores palos a mi tarjeta.

—A la de tu padre.

Crucé los brazos bajo el pecho.

—Tiene mi nombre perfectamente escrito.

—Me has entendido.

—¿Y qué más da de dónde salga el dinero?

Me miró perplejo.

—¿Qué más da?

—Sí, ¿qué importa de dónde proceda?

—Pues que no te lo has ganado.

Me sentó como una bofetada. Una a mano abierta sobre mi cara. Una de realidad. Apreté los labios; no quería seguir con aquella conversación. Cerré el maletero, me senté al volante, me quité las malditas sandalias y él... Él no ocultó su desconcierto.

—¿Vas a conducir descalza?

—Hasta mañana, Sergio.

No se movió mientras maniobraba para salir de la plaza de aparcamiento, ni cuando paré en la garita para pagar, ni cuando subió la barrera. Le vi por el retrovisor, plantado junto a una columna.

No me sentía orgullosa de mi comportamiento, pero tampoco me parecía tan

fuera de tono como para soldarle los pies al suelo. ¿Por qué le había impactado tanto que llevara tres mil euros en el maletero? Conducía más de ochenta mil y bien podía suponer que el piso me había costado casi setecientos mil. Sin contar con la reforma. Tenía dinero, ¿y qué? No lo había ganado con el sudor de mi frente, pero sí merecía gastarlo. ¿Acaso él sabía cuánto costaba el colegio de mis hermanos, el caballo que le habían regalado al pequeño, la colección de monedas antiguas que le estaban haciendo al mayor, el alquiler del yate cada verano, los viajes a Disney World Orlando-Los Ángeles-París, la esgrima, los campamentos de esquí...? ¿Cuánto costaban los besos que recibían cada noche, los abrazos, los consejos...? El montante era incalculable, ¿verdad? Pues yo hubiera pagado el doble por recuperar a mi padre. Incluso por obtener un poquito de atención de su parte. ¿Patético? Seguramente. Por eso me marché sin darle explicaciones a Sergio. El tema de mi familia era el único que sí me hacía avergonzarme.

**JE VEUX**

El incidente del parking me tuvo en vela gran parte de la madrugada. De primeras me dormí estupendamente, pero luego me desperté, a saber por qué, y ya no pude pegar ojo. Le escribí a eso de las siete, cuando ya estaba en la cocina, desayunando.

*Me estoy comiendo un bol de avena con fruta y no me sabe a nada por culpa de tus tostadas francesas.*

Demasiado seco. Lo borré.

*Creo que ya no voy a poder desayunar sin acordarme de ti y de tus tostadas francesas.*

Demasiado ñoño. Lo borré.

*Buenos días.*

¿Y ya? No podía enviarle eso. Lo borré.

*Llegaré pronto a la oficina.  
Haré tiempo en el portal contigo, fumándome un cigarrillo.  
Me encantaría compartirlo contigo.*

No me permití revisarlo. Lo lancé y me encomendé al cielo. A las nueve menos cinco, después de dos cigarrillos y ninguna respuesta, pisé la colilla contra la acera de la calle Orense y fijé la vista en el suelo.

Fueron unas risas femeninas las que me animaron a levantar la cabeza. Eran dos chicas morenas; iban agarradas del brazo, y la que llevaba unos pajaritos tatuados en el hombro tenía un móvil en la mano. *Je veux*, de Zaz sonaba a medio volumen.

*«Quiero amor, diversión, buen humor.  
Quiero morir con la mano en el corazón».*

Las chicas se detuvieron unos pasos más allá y cuchichearon, siguiendo con la mirada al hombre que las rebasó por la izquierda después de dedicarles una sonrisa ladeada. Un hombre que llevaba bigote. Y le sentaba genial.

Joder. Genial era poco.

—Sí, hermanas. Ese es Sergio Santos. Despedíos de las bragas.

Se quitó las gafas Carrera antes de darme alcance. Frunció el ceño.

—¿Qué decías?

—Nada, hablaba sola.

—Ah... —Asintió con una mueca torcida—. Me quedo mucho más tranquilo.

—En realidad les decía algo a aquellas chicas.

Se giró. Ellas estaban ya a bastantes metros.

—¿Y pretendías que te oyesen?

—No..., sí... —Me reí—. Déjalo, no tiene explicación.

Enfilé el corto camino hacia el edificio de la agencia.

—Iban escuchando música en francés. Zaz, creo. —Me sujetó la puerta.

—¿Conoces el tema?

—Me suena.

—A mí me encanta. Me transmite buen rollo.

—¿Qué dice la letra?

Nos detuvimos frente al ascensor. Otra media docena de oficinistas también esperaban.

—Empieza con unas estrofas bastante anticapitalistas: no quiero una habitación en el Ritz, no quiero joyas de Chanel, ni una limusina, ni sirvientes, ni la Torre Eiffel. El estribillo dice que no es el dinero lo que le hará feliz. —Tararé para recordar la siguiente parte de la canción. Sergio apretó los labios—. *«Vamos, juntos. Descubramos mi libertad. Olvidemos todos tus prejuicios. Bienvenido a mi realidad. Estoy harta de buenos modales. Eso es demasiado para mí. Yo como con las manos. Así soy yo».*

Alzó las cejas.

—Esa canción me representa.

—También dice que quiere morir con la mano en el corazón. Creo que nos representa a los dos.

Bajó las cejas despacio. La ternura asomó en sus ojos y una leve sonrisa tiró de sus labios. El tintineo del ascensor, el movimiento de personas y el espantoso hilo musical de la caja de acero que nos fue elevando quisieron dispersar nuestro momento. Nuestra canción.

—¿Cómo se llama el tema? —me preguntó en voz baja, ladeándose hacia su derecha.

—Ahora te mando el enlace. —Me incliné hacia la izquierda.

Su boca, su carnosa boca, estaba tan, tan cerca... El ascensor se detuvo. Dos oficinistas salieron, entraron tres. Sentí la mano de Sergio en mi cintura; tiró de mí hacia atrás y se apoyó en el panel barnizado que cerraba la parte posterior de la caja. Yo me aseguré de que no nos observaban y me amoldé a las formas de su torso. Agaché la cabeza. No quería que nadie pudiera ver mi descarnada expresión de

placer. El contacto de su cuerpo, solo eso, me hacía suspirar. Medio abrazo con Sergio era mejor que una noche entera con cualquiera.

—Te dije que no iba a volver a decirte nada sobre cómo gastas tu dinero, y no he cumplido. —Su aliento me hizo cosquillas en el cuello, muy cerca del tirante del top lencero. Giré la cabeza. Sus ojos me ofrecieron una disculpa. Miré sus labios—. Lo siento.

Aprecié el esfuerzo que tuvo que hacer para articular esa frase. Lo aprecié tanto que me acerqué a su boca sin pensar. Él retrocedió.

—Mierda, he olvidado dónde estamos, perdona.

—Qué fácil lo haces. —Sonrió, estrechando el abrazo.

—¿El qué?

—Pedir perdón. Vas a tener que enseñarme.

Una nueva parada, cuatro oficinistas menos. Y nosotros, amenazando con fundirnos con el panel. Tenía su respiración sobre la piel, su cuerpo apoyado en la espalda, su mano en la cintura, reteniéndome. Frotarme contra su entrepierna solo fue un acto reflejo, uno al que él contestó con un envite.

—Estamos a punto de llegar —le advertí.

—Habla por ti. A mí todavía me falta un rato. —Me hizo sonreír. Se apretó contra mí—. Come conmigo.

—¿Es una orden?

—Pero te puedes negar. —Me acarició la cintura.

—Qué va, no puedo.

Llegamos a nuestra planta. Soplidos al separarnos, carraspeos en los trece pasos que nos metieron en la agencia, sonrisas fugaces antes de abrir la puerta.

—Buenos días —dijo Sergio, seco.

Diego fijó la vista en la pantalla de su ordenador. Intercambiamos saludos, por llamarlos de alguna manera. Recorrimos el pasillo hasta nuestro departamento. Éramos los segundos. Mónica ya estaba colocadita en su puesto.

—Te espero en el Vips del final de la calle —me susurró Sergio a la altura de mi escritorio.

Y, al poco, llegó la jefa. Después, volvió a llevárselo de reuniones, a su mejor diseñador, su hombre de confianza... Menos mal que era la última semana antes de las vacaciones de Irene. La envidia empezaba a corroerme.

A las dos, como un clavo, llegué al Vips. Me costó localizarle, unas cuatro mesas. Le encontré sentado a una con un banquito rojo acolchado. Suspiré con una mezcla de alivio y sofoco. Sergio seguía llevando las gafas graduadas puestas.

—Lo de los paneles para dar privacidad a las mesas está muy bien —dije,

arrastrando el trasero por el material rojo—, pero es poco práctico. No te encontraba.

—Evita tener que oír conversaciones que no me interesan. A mí me parece que están fenomenal. —Me pasó una carta.

Una camarera se nos acercó. Él pidió hamburguesa. Yo, ensalada. Hablamos del trabajo: agenda, encargos, plazos de la imprenta..., palabrería. Me comí sus patatas. Él se bebió la mitad de mi refresco.

—Me has pringado el vaso —le acusé.

Había marcado las huellas aceitosas en el recipiente.

—Perdone usted. —Se chupó el pulgar y lo restregó por el vidrio—. No acostumbro a comerme una hamburguesa con cuchillo y tenedor.

—Las tostadas francesas tampoco...

Se chupó el dedo corazón y el índice.

—Te gustaron, ¿eh? —Sonrió, quitándose las gafas.

—No tanto como tu bigote.

Río entre dientes, mordiendo una patilla.

—He estado a punto de afeitármelo, pero luego he dicho «Bah, qué hostias: si consigo que se ría, merecerá la pena el ridículo».

—No estás ridículo. —Acaricié su cara angulosa—. Estás tan bueno que me cuesta cerrar las piernas.

Sergio dejó las gafas sobre la mesa. De un tirón me deslizó sobre el asiento y me pegó a él. Acarició el interior de mis muslos separados. En su mirada se desató algo intenso, salvaje, nuestro.

—Te lo comería aquí. —Rozó la cremallera de mi pantalón—. Ahora mismo. Sobre esta mesa. Joder, me encantaría hacerlo... —Me dio un apretón en el monte de Venus—. Pero correríamos el riesgo de convertirnos en un vídeo viral... —Sonrió—. Ven a mi casa después del trabajo.

—No puedo. He quedado con Pepe para ver las muestras de los materiales.

Sonrió casi pegado a mis labios.

—*Cagien* mi padre. —Me hizo reír.

—No te metas con él. Ha conseguido organizarlo todo en nada de tiempo. A las diez de la mañana ya teníamos firmado el presupuesto. El miércoles empiezan los obreros. Por eso nos corre prisa elegir los materiales.

—¿Puedo acompañaros?

—Vendrá mi madre... —Hice una mueca.

Dejé de sentir sus caricias. También, el candor de su mirada.

—Otro día, entonces.

—Sergio, es que...

—No hace falta que me des explicaciones. Entiendo que no quieras presentarle a tu madre a una persona que no es capaz de comprometerse. —Había sinceridad en su mirada. También desilusión—. ¿Quieres algo de postre o pido la cuenta?

Me incliné por la segunda opción. No pude comer más. Bastante tuve con digerir que, después de todo lo que habíamos avanzado, Sergio siguiera afirmando que «nosotros» y «proyecto de futuro» nunca irían juntos en la misma frase.



## ENTRE LOS ESCOMBROS

Mi madre y Pepe se entendieron estupendamente, congeniaron, incluso ella llegó a halagarle mientras nos dirigíamos a Aravaca después de elegir gran parte de los materiales.

—Es tan simpático... —me dijo—. Y tiene muy buen gusto. El alicatado que había seleccionado para el baño de la *suite* es una delicia. Creo que voy a cambiar el mío... Hablaré con él. Por cierto, ¿cómo lo has conocido?

—Huy, perdona, creo que me llaman.

Saqué el teléfono y marqué el contacto de Natalie. Mientras sonaban los tonos empecé a decir:

—Hola, Nat. ¿Qué tal tu tripita? —Rin, rin—. Cuánto me alegro. ¿Y en el trabajo qué tal? —Rin, rin—. Normal, ahora empieza la temporada alta. Paciencia, guapa. —Rin, rin—. Yo, bien. De camino a Aravaca. Ya tengo azulejos.

Nat descolgó antes de terminar la frase.

—¿Azulejos? ¿Es una contraseña o vamos a jugar a las palabras encadenadas? —Contuve una carcajada—. Con «jos» no empiezan muchas... Jos... Jos... ¡Joselito! No, esa no vale, es nombre propio. Jos... Jos... *Josder*, no me sale nada. —Se rio ella sola—. Me rindo. ¿Nos vemos mañana y me das la revancha?

—Te llamo cuando salga de la agencia.

Y así lo hice. El martes por la tarde mi hermana del alma me alegró la jornada. A Sergio ni le vi. Dichosa Irene... Hasta el viernes no le soltó, y fue por causa mayor. La jefa tenía agendadas dos reuniones importantes a la misma hora (cagada de Mónica, ¡JA!) y tuvieron que separarse. Me alegré un montón, porque la envidia me convertía en gilipollas, y así, muy ufana, estaba sentadita detrás de mi escritorio a las nueve y media de la mañana cuando Irene salió de su despacho, nos miró a Mónica y a mí y soltó, como si nada:

—Greta, hoy vas a acompañarme tú.

—Claro. Nos vamos cuando quieras. —Me puse en pie y agarré el bolso.

Seguí a la jefa por el departamento bajo la mirada de odio intenso de Mónica. Abandonamos la oficina, bajamos al garaje y nos montamos en su coche. Era un BMW de gama media. ¡JA! Seguro que lo había comprado a través de su empresa para ahorrarse el IVA. No como el mío, que me lo había regalado papá... Pero eso no me

dio por pensarlo, preferí venirme arriba en vez de hundirme en mi miseria.

Mi función en las dos reuniones a las que acudimos fue básicamente ornamental. Irene no me necesitaba ni para tomar notas siquiera, pero debió de pensar que quedaba muy chachi que alguien le sujetara el bolso y repartiera sus tarjetas. De regreso a la agencia, el nombre de Santos apareció de pronto, como por casualidad, en medio de una conversación iniciada por ella.

—Otra vez llueve —dijo activando los limpiaparabrisas. Giró el volante antes de nombrarle—. Santos estará encantado.

—Supongo...

—Hablé con él de lo de la foto.

—Ah, ¿sí? —Me hice la desinformada.

—Me dijo que sí erais amigos.

—No estoy del todo de acuerdo. Tenemos muy poco en común.

—¿Eso es algo imprescindible para que podáis relacionaros?

El «relacionaros» sonó a porno duro. Apreté los labios para no sonreír. Me dio gustito causarle celos, seguramente porque me sentía inferior junto a una mujer que había creado una empresa desde cero y firmaba contratos, como el que firma un cheque, con empresas del Ibex 35.

—Para mí sí es imprescindible —mentí—. En mi círculo más cercano solo hay personas de mi... estilo. —Irene me miró interrogante—. No me gustaría quedar como una esnob, pero... ¿Puedo serte franca, Irene?

—Adelante.

Hasta redujo la marcha para prestarme atención.

—Lo de su vida de artista bohemio, que no para nunca y vive en una buhardilla, suena muy romántico, pero yo tengo casi treinta años y ya no estoy para... excentricidades. Procuero rodearme de personas que me aportan estabilidad. En todos los sentidos. Incluso en el económico. Jamás sería capaz de relacionarme con alguien que no estuviera a mi altura financiera.

Irene no pudo ocultar tan bien como yo la sonrisa. Me creí mejor por ello. Y pensé que, si aquello hubiera sido una serie del estilo *Gossip Girl*, Sergio se habría enterado de inmediato de mi falsa opinión sobre su vida de *hippie* porque Irene me habría grabado, pero como era mi (puta) vida, la real, Sergio se enteró porque se lo contó Irene directamente. Le faltó tiempo a la de la gama media... Antes de irse de vacaciones se aseguró de transmitirle la información. Y le salió el tiro por la culata. ¡A!

—No creerás que pienso algo así... —le dije a Sergio el viernes por la tarde.

Íbamos en el metro en dirección a La Latina. Quería revisar el estado de la

reforma y le pedí que me acompañara.

—Sé que no piensas así —contestó, pero no me sonó sincero—. También sé que Irene no es tonta. Ella da por seguro que estamos liados. E intenta sabotearlo.

—¿Por qué no me despide y fuera?

—¿Sabes eso de «Ten a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca»?

—Sí, algo me suena. —Pensé en Diana—. Pero yo no soy enemiga de Irene... —  
Le miré a los ojos—. ¿O sí?

Los dos pliegues verticales aparecieron en su ceño.

—¿Me estás volviendo a preguntar si Irene y yo follamos?

—Creo que no lo hacéis, pero nunca me lo has confirmado o desmentido.

—Joder, Greta... —Se frotó los ojos.

—No son celos absurdos. —Me vi obligada a defenderme—. Es solo que... que quiero saber por qué estoy en el punto de mira de la jefa por relacionarme contigo. Supongo que tiene que ver con lo de Gabriela, pero resulta que de eso tampoco estoy enterada.

El tren se detuvo en nuestra estación. Salimos del suburbano sin poder terciar palabra por culpa de la inmensa cantidad de personas que nos rodeaban. En la calle hacía un sol de justicia. Atípico verano.

—Nunca he querido ocultártelo —me dijo muy cerca de la parada, antes de cruzar un paso de cebra—. De hecho, me pasé de la raya cuando te conté en el camping que yo fui el causante de que Gabriela dejara el trabajo. Acababa de conocerte, y es un tema delicado. No era el momento de explicártelo todo. Y después... tampoco ha salido el tema.

—Yo le di un par de vueltas cuando estabas en El Salvador.

—¿Y eso? —Me cedió el paso para ascender por la acera empinada. Casi habíamos llegado a la plaza del Alamillo—. ¿Te advirtieron de algo nuestros queridos amigos?

—Solo de que eras un hombre despreocupado y por eso no dabas señales de vida. Asier dijo que, aun así, te veía muy pendiente de mí. Que desde lo de Gabriela... Dani le interrumpió con un «Que se lo cuente él cuando lo vea prudente», o algo similar. Y yo empecé a tener una necesidad insana de información sobre el tema. Incluso investigué un poquito...

—¿Cómo? —Se paró en medio de la plaza.

—Intenté sonsacar a Diego.

—Pero, Greta... —Se pasó las manos por los rizos.

—¿Qué querías que hiciera? Yo estaba superintrigada y tú estabas incomunicado y... creí que jamás me lo ibas a explicar.

—Pusiste a Diego sobre aviso, lo sabes, ¿verdad?

—Ahora sí. En su momento, me pareció una idea estupenda. —Negué con la cabeza—. Soy gilipollas. Lo siento mucho. —Eché a andar hacia el portal como respuesta. Me apresuré a sacar las llaves del bolso, y a seguir con el tema. No pensaba abandonar a la primera. Ni a la decimonovena—. Encima Diego no llegó a decirme nada de ella. Que era muy simpática y guapa...

—Era más que eso.

—¿Está muerta? —pregunté a bocajarro.

Sergio se giró muy despacio con la cara más seria que le había visto. Tragué saliva.

—¿No decías que solo sabías que era simpática y guapa?

—Todos habláis de ella en pasado.

Señaló la puerta de mi edificio. Estiré la mano, tanteando la cerradura, fija en sus ojos.

—No está muerta, pero intentó quitarse de en medio. Supongo que todos marcamos con ella un antes y un después de aquello.

Abrí como pude.

—¿Intentó suicidarse? Pero si tenía una hija...

Si le hubiera metido un puñetazo en el hígado, le habría dolido menos que mi comentario. No ocultó que se sentía herido.

—Gabriela sigue teniendo una hija —replicó con tono duro—. Diego, el que no soltaba prenda, te informó bien.

—Fue Felipe.

Me miró, contrariado.

—¿También le preguntaste a él? ¿Irene estaba ocupada?

Entramos en el portal. Él enfiló la escalera. Yo le seguí, excusándome.

—Hablé con Diego en la sala de descanso. Felipe y Mariví llegaron un pelín más tarde. Y tienen un oído excepcional... —No nos detuvimos en el rellano del primero—. Solo me dijeron que era madre de una niña muy guapa, y que su marido también lo era.

—Ahora es su exmarido.

Aceleré el paso y le di alcance en mi planta.

—¿Os pilló?

—No.

—Pero sí estabais juntos.

—Fuimos pareja, sí.

Abrí la puerta de mi casa. Una ráfaga de viento sacudió alguna ventana. Una nube de polvo me cubrió la cara. Aquello era un hogar en ruinas. Sobre los cartones que

protegían el suelo había cascotes de escayola, ladrillos partidos, madera astillada... Nuestro muro ya no existía. Tampoco, el derecho del baño del pasillo. Ya no había pasillo. Solo escombros a los pies de un cascarón que me costó identificar como mío.

—Qué desastre —musité.

Sergio abrió el balcón del salón.

—Pues espera a que te cuente lo de Gabriela.

## BAJO LA SOMBRA

Sergio me llamó con la mano desde el balcón. Me apresuré a acompañarle. Aquel par de metros cuadrados a la intemperie eran mucho más confortables que el resto mi casa. La fachada nos daba sombra hasta la barandilla más larga. La toqué: estaba ardiendo, como la mirada de Sergio. No contemplé a un hombre arrepentido, herido o enfurecido; lo que vi fue el fuego de la verdad en sus ojos oscuros. Me dijo, sin articular palabra, que lo que iba a contarme no era agradable, pero que no pensaba amilanarse. No tenía miedo.

—No voy a juzgarte —le aseguré.

Sacó el tabaco de su bandolera. Dos cigarrillos. Encendió el primero.

—Sí lo vas a hacer. Tú pones etiquetas, como todo el mundo. —Me pasó el cigarrillo. Encendió el segundo—. Y no me va a gustar la que me corresponde en este asunto, la que me vas a colocar, pero es la mía. Lo asumo.

Asentí con la cabeza. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Estábamos en un balcón, no podía andar en círculos ni arañar los muebles. ¿Tan mala era la etiqueta? Fumé con avidez. Sergio se apoyó en un extremo de la barandilla, pegado a la pared, en busca de sombra. Sujetó el cigarro con los labios para quitarse la americana. Se deshizo el nudo de la corbata. Mi sandalia empezó a repiquetear en las losetas.

—Voy, voy... —Colgó la chaqueta en su bandolera y guardó la corbata en un bolsillo. Apartó el cigarrillo de su boca. Media sonrisa—. Es que estoy pensando una forma fácil de resumirlo...

—Los antecedentes nunca están de más —sugerí—. Cuéntamelo desde el principio, te será más fácil..., creo.

Soltó todo el aire por la nariz. Sonó a «Fácil, mis cojones» en el lenguaje de Sergio. Dio una calada y expulsó el humo hacia el patio. Su mirada se perdió entre las copas de los árboles.

—Desde el principio... —murmuró, evocando—. Venga, sí, pues... —Se recolocó la correa de la bandolera—. A ver, yo me vine de Londres porque a mi madre le descubrieron nuevos nódulos en el pecho.

—Eso lo sé —musité.

—Vale, Sherlock. —Sonrió—. Pues también sabrás que yo tenía mi vida hecha allí y todo el rollo, y regresar fue un poco... mierda. No solo por lo de mi madre, que

era lo peor, sino porque, de repente, volver a vivir en casa de mis padres... — Asentí con la cabeza—. Qué te voy a contar a ti. —Dio una calada—. Al mes de regresar estaba así como que... totalmente desesperado por pillarme algo por mi cuenta. Empecé a responder a ofertas de empleo a lo loco y cayó lo de la agencia. El negocio estaba en plena expansión e Irene necesitaba un diseñador gráfico para incorporar a la plantilla. Me fue fácil quedarme con el puesto: estaba titulado y tenía experiencia en el extranjero. Además, para qué mentirte, a Irene le gusté físicamente. Lo supe. Y no me supuso un dilema moral aprovecharme de ello. — Fumó con avidez—. Gabriela ya trabajaba para ella cuando firmé el contrato. Era muy amiga de Irene. Gracias a eso no me puso de patitas en la puta calle cuando se enteró de que teníamos un lío. Gabriela la convenció de que nuestra aventura la hacía feliz e Irene lo... aceptó, pero siempre desde la perspectiva de una persona extremadamente celosa. Irene envidiaba terriblemente nuestra relación, envidiaba no formar parte de la complicidad que teníamos. Ella es así de territorial. Ya lo viste el día que conociste a Mauro: te tropezaste con él de forma accidental e Irene lo convirtió en un problema. Sé que le metió una bronca de campeonato por el tema.

—¿Son pareja?

—Van y vienen. —Tiró el cigarrillo sobre las losetas del balcón y lo pisó antes de explicarme—: Irene lo conoció en un viaje a Cuba cuando todavía estaba casada con un diplomático. Se liaron y, por lo visto, Mauro debe de tener una polla mágica, porque, en cuestión de meses, Irene perdió veinte kilos, rejuveneció diez años, se divorció y montó su agencia. Ahora gana una pasta por hacer lo mismo que el diplomático ni le pagaba ni le agradecía. Y te lo cuento, ignorando a mi conciencia, que me dice que soy un bocachancla, porque espero que entiendas que Irene, pese a los celos, comprendía la relación que teníamos Gabriela y yo. Se alegró de que nos enamoráramos, a su manera..., pero se alegró.

—Os enamorasteis... —Tragué saliva.

—No fue cosa de un día para otro. Cuando nos enrollamos, yo ya llevaba más de un año currando en la oficina. La primera vez que le dije «Te quiero» fue casi dos años después. —Me atraganté con el humo y también tiré el cigarro—. Al principio lo nuestro iba a ser solo un rollo: ella no estaba dispuesta a perder a su marido, yo pasaba de perder mi libertad, pero... ocurrió. Nos enamoramos de verdad. Todas y cada una de las veces que le dije a Gabriela que la amaba fueron de verdad.

—¿Y por qué no funcionó?

—Porque yo la quería a ella, pero no... lo demás.

—¿Te refieres a su hija?

Asintió con la cabeza.

—No me siento nada orgulloso cuando lo pienso, pero es así. Yo no quería esa vida. No quería rutinas y estabilidad. Lo acepté solo porque la felicidad de Gabriela era lo más importante para mí. La apoyé cuando decidió divorciarse; conocí a la niña, conviví con ellas..., y un mes después, de la manera más tonta, me di cuenta de que no podía con aquello.

—¿Cómo ocurrió?

—La niña me llamó «papá».

—Bueno, eso puede ser muy... impactante.

—Lo fue. No por la intención de la enana, que me llamó papá como pudo llamarme George, el hermano de Peppa Pig. Tenía cuatro añitos y la lengua muy larga. Se pasaba todo el día parlotando. —Sonrió—. Pero sí, me sentó como... como una puñalada. Sentí dolor. Por mí. Por mi libertad perdida. Por la responsabilidad que había adquirido sin quererlo. Yo estaba preparado para ser padre en ese momento. No era ejemplo de nada. No era un buen referente para nadie. Ni siquiera creo que lo sea ahora...

—Te entiendo. Es muy fácil joderle la vida a una personita inocente.

—Eso es.

—¿Rompiste con su madre?

—Esa misma noche. Discutimos durante horas. Casi amanecía cuando me marché a casa de mis padres. Ella esperó a las ocho de la mañana para llamar a Irene, le explicó que la había dejado y que no podía continuar trabajando en la agencia. Le dijo textualmente «Cuida de él». Después, se tomó todo lo que encontró en el botiquín. —Me miró a los ojos, severo—. No fue un farol. No lo hizo para llamar la atención. Quiso morirse de verdad.

—¿Cómo terminó no...?

—El llanto de la niña alertó a los vecinos. Debió de despertarse y fue a la habitación de su madre... —Se le quebró la voz.

—Entiendo —dije para evitarle dar detalles.

Se pasó las manos por la cara y carraspeó.

—Gabriela estuvo ingresada diez días. Intenté visitarla. Me encontré con el exmarido, con sus padres, sus hermanos... Todos me miraban como si fuera un monstruo. —Cerró los ojos e inspiró hondo—. Pero nunca, nunca, consiguieron que me sintiera culpable.

—No lo eres.

Me miró y asintió con la cabeza.

—No lo soy. Tengo que convencerme de ello cada puto día desde entonces, pero no lo soy. Yo solo abandoné una relación que ya no me hacía feliz. El resto... Cada



uno es dueño de las decisiones que toma. Yo solo puedo responsabilizarme de las mías.

—Y evitar comprometerte con algo con lo que no estás de acuerdo es del todo coherente —pensé en voz alta—. Además es que todo pasó hace... ¿medio año?

—Siete meses, Sherlock.

—Me lo dijiste tú en el camping. Llevabais buscando asistente desde principios de año.

—Cierto. Pero no evito el compromiso solo por lo que pasó con Gabriela. Lo evito porque lo de Gabriela fue la gota que colmó el vaso. Ya me había ocurrido antes, no tan gordo, pero ya había roto con mujeres en otras ocasiones. Siempre he intentado ser sincero, no herir y abrir una puerta a la amistad. Lo he conseguido pocas veces. Muy pocas veces. Han sido más las que he logrado que me cruzaran la cara, que mi ropa fuera arrojada por la ventana o que me pusieran a patir por internet. Joder, ya ni tengo redes sociales... Y no creo merecer algo así. Yo no engaño a nadie. Ni tampoco elijo cuándo y cómo enamorarme.

—Ninguno lo elegimos.

—Y aquí está la prueba —nos señaló—. Yo no buscaba esto. —Se tocó el pecho—. No era mi momento ni tú la persona indicada. He hecho todo lo que he podido para impedirlo. Más o menos... —Sonrió un poco—. Pero aquí estamos... Lo que no soy capaz de asegurarte es hasta cuándo. Y, créeme, no imaginas cuánto lo siento.

Me pareció la declaración más triste que había escuchado. Quería estar conmigo, sí, pero por tiempo limitado. No había forma de cambiar aquello.

—Sé que no es suficiente para ti.

Sergio se acercó, me besó en la cabeza, muy cerca de la oreja, sus brazos se cruzaron en mi espalda.

—Yo también. —Me separé un poco para mirarle de frente—. Pero no tengo muchas opciones: o lo tomo o te dejo. Puedo seguir suspirando por ti en la oficina, cuando quedáramos con nuestros amigos, viviendo en silencio mis emociones... o puedo compartirlas contigo, que es lo que me apetece hacer. El problema es que cada vez va a ser más difícil... lanzarme, subirme a la ola, como tú lo llamas, porque una vocecita interior empezará a susurrarme: «Estás perdiendo el tiempo». Y quizá no tenga razón. Mejor dicho: no creo que la tenga, pero... —Bufé—. Mira, no sé, es muy complicado. Todo lo que siento por ti, que es mucho, es complicado.

—Eso me gusta.

Puse cara de mártir.

—A mí me encanta. Y me asusta. Yo no soy amiga del miedo. No me gusta andar

sobre cuerdas flojas. Estoy cansada de hacerlo.

—Entonces... ¿me dejas?

Instintivamente le abracé más fuerte.

—No quiero tener que hacerlo. Quiero... quiero... —Me perdí un instante en su mirada oscura. Lo que yo quería era justo lo que había admitido que no podía darme. Ese era el verdadero problema. La solución..., olvidarle o prepararme para lo inevitable—. Quiero... que no me hagas daño.

Soltó todo el aire de golpe. Acaricié su hombro. Pegó su frente a la mía.

—¿Y si no lo consigo?

Lo preguntó en un tono de voz tan bajo que temí haberlo imaginado. Fue un suspiro entrecortado, un soplo sobre mis labios, uno que me sacudió de los pies a la cabeza. Entendí que nuestro mayor enemigo iba a ser él mismo, pero decidí seguir apostando por mis sentimientos. El corazón era el único que podía opinar sobre este tema, sobre nosotros. Y el mío latía más que nunca.

Subí la mano hasta su cuello, apreté su nuca y su frente más a la mía, busqué su boca y le besé, me besó, le besé..., y en cada beso escondimos un perdón, por lo pasado, por lo futuro, porque dos personas auténticamente imperfectas no pueden estar juntas sin cometer errores, pero, mientras durara la unión, sí podían ser felices. Estaba dispuesta a seguir luchando para que lo fuéramos.

## SEXTO SENTIDO

Se nos hizo de noche en el balcón. Volvimos a fumar, mucho. Hablamos de árboles frutales, hierbas aromáticas y reformas, poco. No nombramos al pájaro de mal agüero que la confesión de Sergio había convocado, la espada de Damocles que pendía de nuestras cabezas, el reloj de arena que descontaba tiempo a nuestra historia. Llegaría el final, pero, hasta entonces, no pensaba abandonar el juego.

Nos despedimos con un beso extraño en la plaza del Alamillo. Quise culpar a las prisas de la actitud retraída de Sergio; llegaba tarde para cenar con unos amigos del colegio en Alcalá de Henares, pasaría allí el fin de semana. Yo aproveché para estrenar el carnet del gimnasio que estaba pagando sin utilizar y ponerme al día con mi familia urbana. El sábado comí con ellos en un restaurante de la Corredera Baja de San Pablo. Natalie estaba radiante, con un vestido ceñido de tirantes anchos, exhibiendo su tripita de diecinueve semanas. Carla no se quedaba atrás: su aventura con Rubén le proporcionaba más luz a la cara que el mejor tratamiento de La Mer. Dani por fin volvía a parecer un hombre con clase y temple, y no un manojo de nervios. Asier... disimulaba las sonrisas bastante bien, pero no lo suficiente.

—¿Qué tal está Lara? —le pregunté antes de meterme una alcachofa en la boca.

Natalie, que estaba sentada frente a mí, junto a Carla, bebió un trago de limonada. Dani, que encabezaba la mesa, se limpió con la servilleta. Asier, a mi lado, soltó los cubiertos sobre el plato y carraspeó antes de forzar otra sonrisa.

—Está muy contenta. Aprendiendo mucho, haciendo contactos profesionales y amigos y, sobre todo, empezando a disfrutar de su soledad. Los primeros días fueron un poco... una puta mierda, pero ya está integrada. —Tragó saliva—. Es una campeona. Estoy muy orgulloso de ella.

—Qué bonito —dijo Carla.

—Sí, precioso —dijo Nat—. ¿Cuándo regresa?

La sonrisa de Asier se volvió más sincera.

—Es demasiado pronto, bruja Lola. Tenemos que volar a su aire.

—Ya... —dijo Dani—. ¿Cuándo vuelves para verla?

Asier se carcajeó.

—Sois los dos iguales, joder.

—Y a mucha honra —dijo Natalie—. ¿Por qué no te pillas una excedencia o algo?

Ya llevas años trabajando en tu empresa, seguro que te pertenece por convenio.

—Lo pensamos, pero no me lo puedo permitir económicamente. Si encontrara financiación para el proyecto de la aplicación...

—Ya te ofrecí nuestros ahorros —dijo Dani.

Asier negó categóricamente.

—No voy a volver a aceptar algo así. De ninguna manera.

Se hizo el silencio en la mesa. No tenía ni idea de lo que pasaba, pero parecía que hubieran mentado algo doloroso. Asier intentaba beber, pero su nuez ni siquiera se movía.

—Pues lo he estado pensando mucho —dijo Natalie—, y no me voy a dilatar el perineo antes del parto.

Asier se atragantó. Carla paró de comer su vieira. Dani y yo sonreímos.

—Es justo lo que iba a preguntarte ahora —dije.

—Lo veo. Tienes cara de estar preocupada por la elasticidad de mi vagina, pero ¿sabes qué te digo? Que confío en la madre naturaleza. Y, si no, pues que tiren de tijera. Prefiero una episiotomía y unos pocos puntos que darme de sí el agujero. Eso no vuelve a su ser. Estoy convencida.

Hablamos sobre la vagina de Natalie largo y tendido, mucho más de lo razonablemente cuerdo. Después, paseamos por Malasaña y por la Plaza de España. Merendamos en Pintor Rosales, unas *crêpes* deliciosas que a Nat y a mí nos transportaron hasta París. Compartimos anécdotas sobre la ciudad del amor, todos la conocíamos. En mi pecho se instaló, por un ratito, la agridulce nostalgia.

—Deberías regresar. —Me dijo Nat—. Reconciliarte con la ciudad. No la des por perdida. Siempre creíste que tu sueño se cumpliría allí. Tal vez solo te equivocaste de momento.

Le abracé su cabecita morena, besé su pelo corto y acaricié su barriga.

—Qué suerte va a tener mi sobrina.

Compartir vida con alguien que crea en tus sueños más que tú misma es un regalo del cielo. Durante el domingo, primero de julio, soleado y ventoso, pensé mucho en lo afortunada que me sentía y en mi reconciliación con París. Me imaginé protagonizando cientos de escenas en las calles de la ciudad del amor. En todas ellas sonreía. En todas ellas estaba Sergio. A media tarde, le escribí para proponérselo.

*¿Me acompañarías a París?*

Me sorprendió que tardara solo unos segundos en responder.

*¿Ahora mismo?*

*Sí, claro.  
Te espero en el aeropuerto.*

*Venga, vale.  
Llevaré un clavel rojo en el ojal de mi chaqueta.*

*Creo que podría reconocerte también sin clavel.*

*Prefiero no jugármela.*

*¿Desde cuándo?  
«Jugar» es tu segundo apellido.*

*En realidad es Torres.*

No añadió más. Los dos nos quedamos en línea. Esperé a que apareciera su respuesta real sobre lo de París. Y esperé en vano.

*Entonces, lo del viaje, ¿qué te parece?*

*Un poco precipitado.*

*¿Y otro día?*

*No sé.*

*Cualquier finde de este verano...*

*Quería ir a Londres lo antes posible.  
Y ya me he gastado la paga extra.*

La última vez que me habló de Londres me incluyó en la escapada, ¿por qué ya no lo hacía?

*¿Qué tal por Alcalá?*

*Bien, como siempre.*

*¿Has coincidido con tu hermano?*

*Me trajo él anoche.*

*¿Estás ya en casa?*

*Sí, pero hecho polvo.  
Espero meterme en la cama antes de las nueve.*

*Muy bien, señor mayor.  
Pues que descanses.*

*Yo voy a prepararme.  
He quedado con un amigo americano.  
Aprovechando que todavía soy joven...*

*Pásalo bien.*

*Garantizado.*

Netflix nunca me defraudaba. Ni Ragnar, el vikingo, tampoco. Ni mucho menos *Soraya*, «*Soraya* nunca falla», tiene batería de larga duración. Gracias a ellos no leí más de veinte veces los mensajes intercambiados con Sergio, buscando entre líneas algo..., algo que se me escapaba.

Mi sexto sentido se puso alerta. Yo no quise caer en paranoias. Ya había reventado relaciones por pasarme con las teorías conspiratorias. Sergio estaba cansado, solo eso, y tampoco tenía que informarme de cada paso que daba... Qué mal dormí. Me levanté ojerosa y con la piel apagada. De camino a la agencia me animé un poco. Irene, la celosa, estaba oficialmente de vacaciones, no podría acaparar al diseñador gráfico. Ya me encargaría yo de ello... Pero lo mío no era celo, era interés. Me lo tuve que repetir en bucle durante el trayecto para que no me sonara hipócrita. Llegué la última a la oficina. Me dio mucha rabia. Ni siquiera me había pintado los labios por si me encontraba con Sergio casualmente y tenía opción de comerle la boca. Quería volver a notar su bigote, el que se había dejado para hacerme reír, de nuevo cosquilleando en mis labios.

—Buenos días —le dije a Mónica mientras colocaba el bolso sobre la cajonera.

Miré hacia el despacho de Sergio. Lo encontré de pie, hablando con Yolanda sobre unos carteles que ella sujetaba. Él había recuperado el *look* informal: vaqueros rotos y camisetas singulares. Sin bigote.

—¿Te crees que porque la jefa no esté puedes aparecer a la hora que te dé la gana?

—¿Perdona? —Giré la cara hacia Mónica.

—Que si te crees que porque la jefa...

—No, si te he entendido. Lo que no me cuadra es que tú, que eres una simple asistente como yo, te creas con el derecho a regañarme.

Mónica abrió mucho los ojos y la boca. Tres círculos perfectos en su cara de asquerosa. Su piel empezó a tomar un tono similar al de mi manicura granate. Se giró hacia el ordenador y tecleó con furia.

—Estoy dando parte de que has llegado tarde. Espero que te lo descuenten del sueldo.

Me repantingué en la silla y sonreí.

—Me importa una mierda —dije despacio, disfrutando de cada letra—. El sueldo,

el parte y tú podéis cogeros de la manita e iros juntos a tomar por el culo.

Fue una ordinariez, pero me quedé tan a gusto. En paz. En plena comunión con el universo. Fue Yolanda la que me cortó el rollo.

—¿Acabo de oír lo que acabo de oír?

Era la pregunta más estúpida que había escuchado. Y había vivido con un modelo, iba sobrada de experiencia.

—Sí, Yolanda —dijo Mónica—. Pero no te preocupes —sollozo falso—, estoy acostumbrada a sus malos modales. Informaré de nuevo a Irene. —Siguió tecleando.

Resoplé. Joder. Joder.

—Irene ahora mismo no puede solucionar nada. Y esto —Yolanda me señaló— no se puede consentir. —Volvió al interior del despacho del diseñador—. Santos, perdona, aquí fuera hay un problema.

Se acercó a la mesa y dejé de escucharla. Su pulgar me señalaba por encima de su hombro. Sergio me miró. Lo que me faltaba.

—Se te va a caer el pelo —murmuró Mónica.

—Y a ti los dientes, como sigas abusando de los blanqueadores.

Encendí el ordenador, revisé los organizadores de mi escritorio y, antes de que pudiera introducir mi clave de inicio de sesión, sonó mi terminal.

—Greta, ven a mi despacho.

—¿En serio, Sergio?

Colgó sin contestar. Lo comprendí. Yolanda estaba demasiado cerca, apostada junto a su silla. Me levanté de la mía, hice acopio de templanza y acudí a la llamada del jefe en funciones.

—Cierra la puerta y siéntate —dijo con una mirada inexpresiva.

Me dieron ganas de preguntarle «¿Cómo se piden las cosas, encanto?». Contuve una sonrisa al acomodarme frente a ellos, al otro lado del escritorio de cristal. Mi gesto cabreó todavía más a Yolanda.

—No encuentro la comicidad de la situación. Lo que acaba de ocurrir es grave. Muy grave. Bajo ningún concepto se pueden tolerar agresiones, ni físicas ni verbales, hacia un trabajador de esta agencia.

—Lo entiendo. —Asentí con la cabeza—. Lo que se me escapa es por qué a Mónica no se le ha apercibido su reiterado comportamiento agresivo conmigo en ningún momento.

La gestora de cuentas estiró el cuello.

—Nunca nos has comunicado que ese comportamiento existiera.

—Porque vengo aquí a trabajar, no a quejarme de mis compañeras. He lidiado

con ello durante tres meses y hoy... he contestado. Muy mal —afirmé—. No me siento orgullosa del lenguaje que he utilizado. Entiendo que no sea aceptable en un entorno laboral.

—No es que no sea aceptable, es que puede ser motivo de despido.

—Lo asumo —dije con calma.

Porque también me importaba una mierda. Cada vez me compensaba menos trabajar en aquella agencia. Lo único que me motivaba, Sergio, intervino:

—Nadie va a ser despedido. —Yolanda le miró con desconfianza—. ¿Quieres que Irene tenga que cancelar sus vacaciones? En cuanto se entere de que falta una asistente, va a coger el primer vuelo de vuelta.

Yolanda torció la boca.

—Eso es cierto.

—Ya se ocupará ella cuando regrese. Hasta entonces —me miró. Su seriedad me ponía tan cachonda...—, procuremos mantener un ambiente de trabajo profesional. Todos somos adultos. Comportémonos como nos corresponde.



## FLORES DE LIS

Lo peor del sermón de Sergio no fueron las palabras en sí mismas. A las palabras se las puede llevar el viento si una disculpa sincera sopla después. La suya, la que yo esperaba, no llegó durante el resto de la jornada laboral. Tampoco, después de ella. Ni durante el día siguiente. El único contacto directo que tuvimos el martes fue a última hora, casi a las seis, cuando me llamó a su despacho.

El miércoles le había surgido una reunión no agendada y necesitaba que alguien le diera apoyo en la parte de la presentación dedicada a la logística y los costes. Mónica estaba más capacitada, por eso era mejor dejarla en la oficina. Si no, sería yo la que quedaría al cargo de la administración y, no me lo dijo, pero no me vio apta. Otra noche sin apenas dormir.

Me estudié hasta la última coma del guion de mi intervención en la presentación. Llegué a grabarme para controlar mi expresión corporal mientras lo recitaba por enésima vez. Elegí cuidadosamente mi indumentaria: vestido recto en tono tostado a juego con los salones y americana de lino azul marino remangada hasta los codos. *Eye liner* discreto, labial irisado, polvos de sol. Sergio se peinó para la ocasión. Traje gris de verano, camisa blanca estampada con diminutas flores de lis. Eran tan pequeñas que solo las vi cuando le tuve sentado en el asiento del copiloto de mi Infiniti. Me sudaban las manos al sujetar el volante. Me quité la chaqueta. Él no atinó a la primera con el cierre del cinturón de seguridad.

En el trayecto hasta las oficinas del cliente, próximas a Ifema, solo hablamos de la presentación. Pasé el examen sucinto al que fui sometida. Sergio parecía más relajado cuando entramos en la sala de reuniones del posible cliente. Yo también lo estaba. Todo salió bien. Sergio no solo era bueno creando, también lo era vendiendo. Mi intervención fue correcta; no quise salirme del guion en ningún momento, ni demostrar más que mi profesionalidad. El protagonismo no era mío, aunque él me cedió una buena parte en el camino de regreso a la agencia.

—Felicidades: acabas de colaborar en la firma de un contrato de seis cifras.

—En realidad, yo no he hecho nada.

—Te has empollado un monólogo de veinte minutos, con cantidad de palabrería técnica y datos, en una sola noche. Has hecho bastante más que nada.

—Gracias. —Me incorporé a la M-30. Le miré de soslayo—. Tú también has

estado muy bien.

—¿Sí, verdad? —Sonrió—. Odio currar de charlatán, pero doy el pego.

—Vaya..., hay atasco.

Reduje a segunda, volví a pisar el embrague y puse punto muerto. Me detuve detrás de un Rover verde botella. Sergio sacó el tabaco de la bandolera que flanqueaban sus pies y bajó su ventanilla.

—En mi coche no se fuma.

Prendió un cigarrillo, la calada fue larga y lenta, y expelió el humo hacia afuera.

—Seguro que a ti también te apetece.

—¿Tú siempre haces lo que te da la gana?

—Ya me gustaría. Así podría haberle dicho a Yolanda el otro día que se agarrara también de la manita con Mónica, su parte y tu sueldo y se fuera a tomar por el culo.

Sonreí. Luego me acordé de que estaba enfadada con él y traté de borrar la mueca.

—Enciéndeme uno.

—Te voy a pasar el «por favor» porque estás cabreada conmigo.

—¿Por qué no te has disculpado todavía?

—Porque solo hacía mi trabajo.

Me ofreció su cigarrillo. También bajé mi ventanilla. Compartimos el veneno gris. Creo que a ambos nos supo a antídoto. Fumamos una especie de pipa de la paz. Silenciosa. Nuestros labios solo se movían para absorber y expeler el humo y para formar sonrisas. Nuestros ojos, cómplices del juego, fueron lo suficientemente elocuentes para hablar por nosotros. Hasta ese momento anodino, compartiendo un cigarrillo en medio de un atasco, era especial cuando estábamos juntos. Qué pena que se acabara tan pronto. Sergio tiró la colilla al asfalto.

—No suelo hacer estas marranadas, pero imagino que no quieres que te manche el cenicero.

—Te he echado de menos estos días.

Miré al frente y metí primera. Solo conseguí avanzar unos metros. Me detuve y desvié la vista hacia él. Tenía apoyado el codo en el hueco de la ventanilla. Se pellizcó los labios a turnos, arriba y abajo. Se acarició el mentón.

—Arranca. —Señaló al frente.

El Rover estaba a tres coches de distancia. Le di alcance y ya no pude parar. Rebasamos un vehículo averiado, el causante del atasco, y la circulación fluyó. Metí tercera, cuarta. En diez minutos llegaríamos a la agencia, a la indiferencia laboral, a mirarle a través de una mampara de cristal.

—Sergio, yo... no quiero quedar como una paranoica, pero tengo la sensación de

que nos pasa... algo.

Tardó en contestar:

—Lo de la agencia fue una tontería. Por lo menos para mí.

—Sí, bueno, fue molesto —apunté—, pero, además, hay...

—Si lo que me estás pidiendo, otra vez, es una disculpa, perdona por haberte tachado de comportarte de manera infantil delante de Yolanda.

Lo dijo de carrerilla, sin ponerles un ápice de credibilidad a sus palabras.

—Genial, me siento mucho mejor. —Pisé el acelerador.

—Este tramo es de setenta, encanto. Y hay cámaras de tráfico.

—Llamaré a papá para que me pague la multa.

Se revolvió en el asiento.

—Madre mía, cómo estamos... —masculló contra la mano que frotaba su mandíbula—. ¿Hace cuánto que no duermes en condiciones?

—Varios días, pero no tiene nada que ver con mi...

—¿Rabieta?

Hice rechinar el cuero del volante.

—No me trates como si fuera una mocosa.

—No te comportes como tal.

Quise chillar, patalear, tocar el claxon y comer tarta de fresas. Todo a la vez. ¿Adónde se habían ido mis veintinueve años? Hoy todavía no he conseguido averiguarlo. Aquel día imaginé a mi supuesta madurez, dando la mano a Mónica, a Yolanda, al parte y al sueldo, todos bajo un arcoíris multicolor, recorriendo el camino de baldosas marrón caca, derechos a un destino de mierda. Justo adonde parecía que se iba a ir mi relación con Sergio cuando aparqué en el edificio de la agencia.

Paré el motor, las luces interiores del vehículo se encendieron. Pasaron los segundos, se fueron apagando, como mi rabieta. Conseguí controlar mi respiración agitada. Él también se sosegó. Percibí por el rabillo del ojo que dejaba de mirar al frente, como yo, y luego sentí una caricia en la muñeca derecha.

—Yo también te he echado de menos.

Pestañeeé. ¿Lo había oído bien? Giré la cara hacia él. En sus ojos había franqueza, una bandera blanca, necesidad de que lo creyera.

—Pero si soy una cría. —Sonreí.

Y le contagié la mueca risueña. Pegó un tirón de mi muñeca para aproximarme a su cuerpo, para acercarse a mi boca.

—Cuento con ello, niña bien. Y me sigues pareciendo perfecta. —Me miró los labios—. ¿No tendrás por ahí una toallita desmaquillante?

—El lunes no me los pinté, y de poco me sirvió.

Su sonrisa casi dividió en dos mitades su atractivo rostro.

—¿Fue por eso?

—¿Por qué si no?

—¿Por una resaca de espanto después de tu cita con el americano?

—¿Celoso? Pues mejor no te cuento que terminé la noche con un vikingo y con *Soraya*.

Eché la cabeza atrás, ceñudo.

—¿Le has puesto un nombre de mujer a tu vibrador?

—No, fue el fabricante, y me dio cargo de conciencia cambiárselo. No quise que *Soraya* tuviese problemas de identidad.

—Muy considerado.

—Ella me da lo mejor y yo le doy lo mejor a ella.

Su sonrisa cambió a traviesa. Me acarició el cuello.

—¿Cuándo me la vas a presentar?

—Pues no lo había pensado, pero, si quieres y tienes suficiente lubricante, puedo intentar concertaros una cita. No te lo pongas en el nivel máximo hasta que no lo tengas bien dentro.

Se carcajeó.

—Procuraré recordarlo cuando te sodomice con ella.

—¿Pero cómo se te ocurre proponerle semejante perversión a una niña?

Me besó con fuerza, con lengua, con demasiadas ganas acumuladas en tan pocos días. Me besó hasta hacerme olvidar lo pasado, el futuro. La línea del tiempo se dobló sobre sí misma. Los relojes se pararon, como mi respiración cuando le oí decir jadeante:

—Sabes que no pienso que eres una cría, ¿verdad? —Se aferró al óvalo de mi cara.

—Quiero creer que no.

—Créelo. —Pegó su frente a la mía—. Porque cuando te miro solo veo a una mujer adulta, una que juega como mejor puede con la mierda de cartas que ha recibido, una que está buenísima. —Sonreímos—. La que me está enseñando a soñar.

Y, con esa última frase, todo volvió a ser rosa.

## EN LO BUENO Y EN LO MALO

Entender que era capaz de enseñar a soñar a un hombre tan realista como Sergio alentó la idea de que quizá... quizá podría hacerle creer en el infinito, en el «para siempre». Digamos que esa ilusión puso en pausa el reloj de arena. Los días pasaron, sí, felices y rápidos, valga la redundancia, pero detrás llegaron otros, más dichosos incluso, y el final, el temido verdugo que cercenaría los lazos que estábamos construyendo, se alejó. Llegué a perderle la pista, a olvidar su existencia, a dejar de sentir su presencia. Estaba demasiado ocupada disfrutando de mi *vie en rose* como para preocuparme de fantasmas.

En la oficina la situación continuó siendo tensa. De las ocho horas de jornada laboral, solía hablar menos de media, y casi siempre por teléfono. A Diego, Mónica y Yolanda los evitaba por resentimiento. A los del departamento financiero, por proteger mi privacidad. Traté de confraternizar con la otra gestora de cuentas, pero no obtuve reciprocidad por su parte. Solo encontré apoyo en Sergio, que me mandaba mensajes y miradas a cada rato, que me proponía escaparme a comer día sí y día también, que me besaba en cuanto teníamos ocasión cuando no me pintaba los labios. Terminé por no usar carmines. También, por convertir en rutina lo de pasarme por su casa después del gimnasio. Algunas noches dormía con él, pocas entre semana, porque se me acabaron pronto las excusas para mi madre. Los fines eran para nosotros, tiempo de calidad compartido con nuestros amigos, en soledad, citas de verdad, noches en vela, solo mirándonos, descubriendo un nuevo Madrid en los ojos del otro, viendo cómo la reforma de mi hogar iba avanzando. Si tuviera que elegir un solo recuerdo de aquel mes de julio, lloraría amargamente por despedirme del resto.

Me dolería mucho renunciar a los conciertos en el Real Jardín Botánico compartidos con la familia (urbana); a las comidas, meriendas y cenas, siempre sabrosas, siempre entre risas; a la tarde que fuimos a por la cuna del bebé que todos adorábamos ya, al día del Parque de Atracciones, a las mañanas en la piscina de Carla...

Me partiría el alma deshacerme de las sesiones de cine en la sala Equis, los dos solos y sus gafas graduadas. Ni pensar en olvidar aquel mediodía en el Museo Thyssen cuando me habló de Francis Bacon, Picasso, Kandinsky, Jean Dubuffet,

Barceló. Escucharle transmitir su pasión por el arte me embelesaba.

—Me gusta todo lo que se ha creado de las vanguardias para adelante. Lo anterior me interesa, por supuesto, pero mucho más lo que da comienzo en el siglo XX en las grandes ciudades. París —me señaló—, Berlín, Nueva York, Moscú... Allí grupos de jóvenes se dedicaron a crear arte puro, rompiendo con todo. Los hijos de la Revolución Industrial tuvieron el mismo impacto en el mundo del arte que las máquinas en las fábricas. Reventaron la tradición. Hubo un antes, pero no un después. Aún somos parte de esa etapa. Mira a tu alrededor.

Y yo miré. Y descubrí que mi entorno había cambiado. El filtro rosa, la *vie en rose*, lo estaba transformando todo. Más que todo. Y, a finales de mes, cuando ya pensaba que nada podía ser mejor, volví a equivocarme.

El último viernes de julio, tórrido y nebuloso, fuimos juntos a mi casa después de trabajar. Hacía justo un mes que se había empezado la reforma. Ya había cascotes ni cables por todas partes, pero sí escayolas, cubos de pintura y barnices y herramientas en cada rincón. El suelo seguía cubierto por cartones. Pero a los armarios solo les faltaba ser revestidos y por fin, y esto era un notición, habían acabado de alicatar la cocina y los cuartos de baño. Llevábamos una neverita con champán para celebrarlo. Sergio se encargó de dejarla en el dormitorio principal mientras yo miraba extasiada lo bonito que estaba quedando el aseo.

—¿Vamos a ver el otro? —me preguntó.

Y cruzamos el, ahora, salón de paso para descubrir, con horror por mi parte, que se habían equivocado colocando los azulejos.

—Deberían formar celdillas, no rombos. ¿Lo ves? —Señalé la pared—. Los han puesto al revés.

—Qué cagada —masculló, ceñudo.

Intenté no molestarme, pero de poco me sirvió. Me dirigí a la cocina.

—Estos están bien.

—Era difícil joderla dos veces. —El tono de Sergio sonaba más enfadado que el mío.

Regresé al baño y le acaricié la espalda. Su vista estaba centrada en los azulejos.

—Supongo que son cosas que pasan.

—Pues no debería. Es un gasto indecente en material. Que va a asumir mi padre, por descontado. ¿Cuándo llegaban los sanitarios?

—El lunes a primera hora.

—Hostia puta —gruñó—. ¿Cómo se puede ser tan chapucero, cojones?

Tiré de su brazo para que se diera la vuelta.

—No merece la pena que nos enfademos por cuatro baldosines.

—No estoy de acuerdo.

Sonreí.

—Se quedan así.

—Venga, hombre, ¿cómo se van a...?

—Que sí, cariño. —Asentí con la cabeza—. Es un gasto tonto y un retraso que los cambiemos. Además, seré de las pocas personas que los tengan así colocados. Ahora resultan superexclusivos.

Alternó la mirada entre mis ojos.

—¿Si no se tratara de la empresa de mi padre los dejarías así?

—Ni de coña —reí.

—Entonces...

—Entonces, nada. —Pellizqué sus labios. Morritos de pato—. Es tu padre, mi piso y mi decisión.

Me apartó la mano para besarme.

—Y yo acabo de enamorarme un poquito más de ti.

Parpadeé.

—¿Has dicho...?

Puso cara de pésame.

—Sí, encanto. Lo he dicho.

—¿«Un poquito más» quiere decir que tú ya...?

—Exactamente eso.

—Pues..., vaya. Qué fuerte, ¿no?

Su carcajada rebotó en los azulejos mal colocados.

—Espero que eso haya querido decir que te alegras. —Esa vez le besé yo: no podía decirle de otra manera lo feliz que me había hecho—. ¿Descorchamos ya el champán?

—Déjame que haga un par de fotos primero.

Hice bastantes más que un par de los avances de la reforma, y les mandé varias a mi madre y a Natalie. También a mi padre, más por compromiso que otra cosa. La «otra cosa» era recibir su atención y aprobación, y casi las tenía dadas por perdidas. Sergio y yo estábamos ya bebiendo a morro de la botella en el balcón del dormitorio cuando me sorprendió una llamada.

—Hola, papá. ¿Qué tal? ¿Has visto las fotos?

—Hola. Bien. Sí, por eso te llamaba. Me he dado cuenta de que va todo muy avanzado, y entiendo que dentro de unas semanas habrá que pagar el montante total a la empresa. Nosotros nos marchamos en unos días de vacaciones: te haré una transferencia por si no hemos vuelto antes de que acaben los obreros.

—Vale, pero ¿por qué no se encarga tu secretaria? —Como había hecho hasta la fecha.

—Porque tendrá más trabajo en mi ausencia y no quiero que pierda el tiempo en... causas ajenas a la compañía.

«Ajenas a la compañía». ¿Así llamaba él a todos los miembros de su familia? Tenía serias dudas al respecto. Le pasé la botella de champán a Sergio y me metí en el dormitorio.

—¿Adónde os vais de vacaciones?

—A Ontario. Inmaculada ha conseguido dos plazas para los niños en una escuela de alto rendimiento.

—¿Les vais a mandar a estudiar tan lejos siendo tan pequeños?

—Ya no son tan pequeños. Y solo serán dos meses el próximo verano. Ahora vamos para conocer aquello en persona y que los niños se vayan familiarizando.

—Ah... ¿Y cuándo volvéis?

—A mediados de agosto. Haremos escala en Madrid, pero solo una noche. Estaremos cansados... Y al día siguiente cogemos ya el yate.

—Lo entiendo. No te preocupes. Aunque... me gustaría mucho que pudieras venir a ver mi piso. Cuando tengas tiempo.

Me apoyé en la pared, por si contestaba lo que esperaba.

—Ya sabes cómo es mi vida, Greta. Tengo de todo menos tiempo.

Le faltó añadir «tiempo para ti».

—Pues... nada. Gracias por dedicarme un ratito por teléfono.

—No hay de qué. Volveremos a hablar... en otro momento. Un beso, hija.

—Adiós, papá.

Colgué y me escurrí por la pared. Me senté sobre los cartones polvorientos. Doblé las rodillas, me abracé a ellas y metí la cabeza entre los brazos.

—Greta... Eh, cariño... —Alcé la vista enrojecida hacia Sergio; él abandonó la botella sobre las baldosas del balcón y se sentó junto a mí—. ¿Puedo hacer algo?

Negué con la cabeza. Las primeras lágrimas rodaron por mis mejillas.

—Mi padre es así —musité—. Ahora ya no... Desde que se divorciaron ya no...

—La congoja no me permitía terminar las frases. Más lágrimas. Y tristeza. Y rabia por seguir llorando por algo que después de tanto tiempo ya no debería dolerme—. Mi padre ya no me quiere.

Sergio abrió los brazos y me miró con cautela. No se atrevía a tocarme. Yo me hice un hueco en su pecho. Lloré más fuerte.

—¿Cómo no te va a querer? Eso es imposible, Greta. A ti te quiere todo el mundo. Todos los que te conocen de verdad te adoran.



—Él me tiene cariño, no te lo niego —hipé—, pero no me quiere como un padre debería querer a una hija.

Me acarició la espalda, la nuca, intentando transmitirme tranquilidad, pero su postura estaba tensa.

—Entonces haces bien en llorar de pena. Pero no por ti, por él. —Me levantó la cara para que le mirara—. Está tan ciego que no se da cuenta de que la mayor riqueza que tiene es tu amor incondicional. Formar parte activa de tu vida es un privilegio, Greta. Tú haces mejores a los demás. Nos contagias la dulzura, el tesón, nos sirves de ejemplo. Pobre del que tenga acceso a eso y se cierre la puerta por no saber apreciarlo.

COMO EN UN *BATEAU MOUCHE*

Tardé en sosegar el llanto lo mismo que en asimilar el fondo de lo que Sergio me había dicho, cómo se estaba comportando conmigo. Creí que era verdad que se estaba enamorando de mí cuando vi, oí y noté su cariño después de la llamada de mi padre. Tardé en calmarme una media docena de besos y caricias. Después, muy a mi pesar, tuvimos que despedirnos. Debía acudir a la cena con mi madre y su familia. Ella, su marido y Paula se marchaban en unos días a la casa de la playa, como todos los agostos.

—Anímate, vas a tener el chalet para ti sola —me dijo Sergio, ya en la plaza del Alamillo.

—Y para ti, si quieres hacerme una visita. —Sonreí.

—Cuenta con ello.

Así lo hice. Conté con su compromiso, lo sentí tan real como el sol inclemente que estaba enrojeciendo mis hombros y la parte alta de mi espalda.

—¿Tú te vas ahora a Alcalá? —le pregunté.

—No, mañana. Pero si me necesitas, me quedo.

Me enganché a su cuello y le besé.

—El domingo es el cumple de tu madre. Por mucho que me apetezca que te quedes, no puedo consentir que te lo pierdas. El lunes nos vemos en la agencia.

Su rostro se endureció. Fruncí el ceño.

—Irene vuelve de vacaciones.

—¿Ya? —Hice un mohín—. Bueno, por lo menos se marchará Mónica.

—Eso sí.

Su teléfono sonó y rompió nuestro abrazo. Sergio lo sacó de su bandolera.

—Dime, Diana. —Silencio—. Vale. Llego en quince minutos.

—¿Ensayo? —pregunté observándome las uñas.

—No. Es que quiere tatuarse. Voy a acompañarla al estudio para ayudarla a elegir diseño.

—Ah... —Me acaricié el delfín que llevaba en la cara interior del antebrazo.

—Te dije que podía diseñarte algo a ti también.

—He pensado en quitármelo.

—Te dejará cicatrices. Es mejor cubrirlo. —Repasó las líneas azules de mi brazo

—. Los colores son claros. Algo en sombreado y negro lo ocultaría.

—Negro... —Sonreí de medio lado.

—No te estoy diciendo que te tatúes algo que me simbolice para tapar el recuerdo de otro tío. Busca algo que te simbolice a ti.

—Ese es el motivo de que no tenga más tatuajes. No encuentro nada con qué identificarme.

—¿Qué tal una peonza? —preguntó antes de tragar saliva.

Arqueé las cejas.

—¿Para recordarme que no soy capaz de dejar de girar?

—Por ejemplo... Yo llevo una espiral precisamente por eso. Y solo tengo ese tatuaje también porque es lo único que me identifica. —Su móvil volvió a sonar—. Joder, ¿y ahora quién?

Miramos la pantalla. Era Rubén.

—Hombre, el desaparecido. ¿Cuándo te vamos a ver el pelo? Ah, no, que no tienes. —Soltó una carcajada fuerte como respuesta al comentario de Rubén. Después, silencio—. Ahora no puedo. ¿Me paso después por tu casa humilde, pero limpia? —Más risas—. Vale, vale, pues ya nos vemos la semana que viene... Sí, en el local. ¿Llevo cervezas o pastas para el té?

Escuché perfectamente un «Cómeme la polla» antes de que colgara.

—Bueno —musité—, pues yo me voy a ir marchando...

—Sí, yo también.

Guardó su teléfono y se inclinó sobre mi boca. Sonrió, mirando mis labios desnudos de maquillaje. Acto seguido, elevó las cejas.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Que se me olvidaba darte algo.

Me besó con fuerza y los labios apretados, y luego les dedicó mil caricias a los míos, a turnos, su lengua dentro de mi boca me resultó tan insaciable como siempre. Me devoró, un rato largo. El beso que me dio antes de soltarme hizo eco en toda la plaza.

—Pues muchas gracias por el regalo. —Me acaricié los labios.

Sus ojos bailaron alegres.

—Lo que se me olvidaba darte era esto.

Sacó de su bandolera una bolsita de Sephora. Si hubiera sacado una rueda de camión me habría extrañado menos.

—¿Qué es?

—Ahora lo verás.

Palpé su contenido antes de abrir mucho los ojos.

—No será...

Metí la mano en la bolsa. Sergio sonreía.

—Si no te gusta el color, tengo el ticket.

Desenvolví el pintalabios, le quité el tapón y lo probé en el dorso de la mano.

—Me encanta —dije emocionada.

—Misión cumplida entonces.

—Creía que a ti no te gustaba que...

—Pero a ti sí. Y yo no soy nadie para decirte lo contrario.

Me derretí. Se me aflojaron las rodillas. Se me aceleró el corazón. En mi cabeza sonaron violines, a la luz de las velas, surcando el Sena en un *bateau mouche*.

—Te quiero.

Me asusté después de oírme. Hasta me tapé la boca con la mano. ¡¿Qué había dicho?! ¡¿QUÉ HABÍA DICHO?!  
—A tomar por culo... —Rio. Y me indigné un poco, la verdad—. ¡¿Pero cómo se te ocurre soltármelo así?!  
—¡¿Y yo qué sé?! No lo he hecho a propósito. ¡No sé por qué lo he hecho! —Sus carcajadas siguieron llenando la plaza. Nadie podía negar que detrás había un hombre feliz—. No le veo la gracia...

—Yo sí. —Me acarició las mejillas, acercándose a mi boca.

—No tienes corazón —protesté.

—Sí que tengo. —Me besó—. Y es todo tuyo.

Un fuerte zumbido se instaló en mis oídos.

—Creo que voy a perder el conocimiento

Sus risas me espabilaron.

—Desmayada por mis encantos. Qué típico. —Reí con él. Volvió a besarme—. ¿Y si les dan por culo a todos y nos vamos a mi piso?  
Sonó tentador de más.  
—Mi madre pondría el grito en el cielo, como siempre, pero...  
—Mejor cuando terminéis de cenar.  
Y en eso quedamos antes de despedirnos con otro beso, largo, húmedo, sentido.  
Ya me dirigía hacia el parking cuando le oí llamarme. Me alcanzó a la carrera. Volvió a besarme, como si llevara un siglo sin hacerlo, y después se marchó con una sonrisa que me soldó a la cara una mueca de idiota durante toda la cena.

—A Greta le pasa algo —dijo Paulita.

—Parece que se ha enamorado —dijo una de sus hermanas, con burla, mientras

partía pedazos diminutos de pescado para que su hijo siguiera escupiéndolos en la servilleta.

—¿Sales con alguien? —me preguntó mi madre. Me encogí de hombros—. ¿Tiene trabajo estable?

—Sí, mamá. —Resoplé—. Y un piso en propiedad. Y un pelazo impresionante.

—Quiero conocerle.

Me atraganté.

—Cuando regreséis de vacaciones.

—No se te ocurra meterlo en casa en nuestra ausencia —dijo Paula—. Hay muchísimos estafadores, especializados en aprovecharse de mujeres solventes y desesperadas.

Me sentó fatal que me recordara el incidente con mi exnovio, Clément. Solo porque había niños delante, no le respondí como me apetecía.

—Esta noche duermo en casa de Natalie —le dije a mi madre.

—Seguro que sí —dijo Paula.

Mi madre me lanzó una mirada adusta.

—No me hagas desconfiar de ti.

—Haga lo que haga te va a parecer mal —musité.

—Eso no es justo. —Mi madre dejó la servilleta junto a su plato, ofendida.

—Discúlpate con tu madre —me dijo su marido— y déjanos terminar de cenar en paz.

—Claro que sí. —Solté los cubiertos—. Que disfrutéis de los postres.

Me marché, no sin antes escuchar unos cuantos «Esta qué se cree», «Siempre tiene que dar la nota», «Con lo que hemos hecho por ella».

No me di la vuelta para liarla a lo grande, porque Sergio me esperaba en su casa y porque seguía habiendo niños delante. Me limité a dirigirme a Lavapiés, aparqué, caminé por las callejuelas, fumé y, cuando iba a apretar el botón de su portero, se abrió la puerta del portal.

Crucé un saludo con una mujer vestida con un sari indio; le agradecí que me sujetara la puerta. Subí hasta el ático, llamé al timbre y esperé lo que me pareció demasiado. Toqué con los nudillos.

—Sergio, soy yo.

—¿Greta?

Escuché al otro lado una risa femenina que me erizó los pelos de la nuca.

**Mío, TUYO, SUYO**

Sergio apareció en el vano, con las gafas graduadas puestas. El aroma pegajoso de Angel, de Thierry Mugler, me revolvió las tripas.

—No te esperaba tan pronto. —Me sonrió.

—Ya, es que...

Miré por encima de su hombro. Diana estaba en el sofá, colocándose la camiseta. Me guiñó un ojo.

—¡Hola, guapi!

—Hola —farfullé.

Sergio me invitó a entrar con un gesto de mano. Mis pasos fueron cortos e indecisos. Diana se me acercó y me abrazó con mucha fuerza, balanceándonos a un lado y a otro.

—Cuánto me alegro de verte. —No podía decir lo mismo, así que callé. Me dio un par de besos, me soltó y me metió un repaso visual—. Estás guapísima, me encanta el tono de tu labial.

Era el de Sergio, pero tampoco se lo dije. A mí no me hacía falta marcar el territorio. Ya no. Aquello debía de tener una explicación. No podía perder los nervios.

—Se lo he regalado yo.

Ambas le miramos con sorpresa. Diana se recompuso primero.

—No me extraña —«jodida mentirosa»—, siempre has sido muy detallista.

Acarició el collar, que, por lo visto, no se había quitado desde que él se lo había traído de El Salvador.

—¿Acabamos eso otro día? —Sergio señaló el sofá.

Yo recé para que «eso» no fuera un sinónimo de «sexo».

—Ya casi lo teníamos... —Le puso cara de pena—. Porfa, Santos.

Colocó las manos a la altura del esternón y gimoteó como si fuera una mascota. Me dio MUCHA vergüenza ajena.

—No quiero hacer esperar a Greta —dijo él.

—Va a ser un ratito de nada. —Los dos nos miramos. Yo no sabía qué pensar. A él se le acababa la paciencia—. Porfa, porfa, porfa... —Le colocó los puños en el pecho, le acarició con los nudillos, me rechinaron los dientes—. Porfa, porfa,

porfa...

—Joder... —gruñó él—. Vale, pero rapidito, ¿de acuerdo?

—¡Sí! —Diana se abrazó a su cuello. Le besó en la mejilla. Temí por mis empastes—. ¡Eres el mejor! —Aplastó las tetas contra su tórax. Otro beso. Saqué el tabaco del bolso—. En el cajón de la mesita hay un cenicero.

—Greta ya lo sabe —dijo él, apartándose.

Las dos nos dirigimos hacia el salón. Yo me hice con el cenicero y ella se quedó en sujetador. Vi perfectamente sus pequeños pezones a través del encaje. Miré a Sergio. Él puso los ojos en blanco.

—Tumbate boca abajo, exhibicionista —le dijo.

Empezó a picarme la cabeza. Fumé con avidez. Sergio me besó en la sien antes de agarrar uno de los dos rotuladores que había sobre la mesa. El rojo. La espalda de Diana le había servido de lienzo para dibujar un árbol azul oscuro de copa ancha y tronco intrincado.

—¿Me lo vuelvo a desabrochar? —preguntó ella, con las manos en el cierre del sujetador.

—No. Solo faltan los detalles.

—Quiero un montón de movidas alrededor del árbol. Un par de mariposas. Una ranita. Un ojo de Horus. El sol y la luna... Como si fueran hojas que caen de la copa.

—Sí, mujer. —Sergio se sentó sobre la mesa, en perpendicular a ella— ¿Y no quieres también un par de querubines, una rosa sin espinas, media docena de abortos de berberecho, un elefante, un plátano...?

—Ay, sí, un elefante.

Sergio empezó a dibujar sobre su piel. Ella cerró los ojos y gimió.

—Me encanta que siempre tengas las manos calientes.

—¿La trompa del elefante la quieres hacia arriba o hacia abajo?

—Hacia arriba, claro —ronroneó.

Sergio fruncía el ceño, concentrado en dibujar esquemáticamente alrededor del árbol.

—¿Estás segura de que no quieres un plátano? —bromeó.

Di una calada larguísima.

—Déjame que lo piense... —Rio ella—. ¿Con cáscara o a medio pelar?

Sergio sonrió.

—A medio pelar es más artístico, se pueden mezclar texturas.

—No sé si me convence. ¿Qué tal una berenjena?

—O un pene, ¿no? Ya puestos... —mascullé.

Por mucho que lo intenté, no pude callarme.

—Ya lo tienes. —Sergio tapó el rotulador—. Para hacerte a la idea de cómo va a quedarte, te sobra.

Diana se metió en la habitación, con la familiaridad que le daba haber vivido, al menos durante un mes, en esa casa.

—¡¡¡Qué pasada!!! —gritó. Y regresó al salón a la carrera para volver a abrazar a Sergio—. Gracias por el asesoramiento. Si cierra la agencia, no dudes en reciclarte en el mundo del *tattoo*.

—Claro, y especializarme en pollas... Lo veo.

Ella rio de más. Él se zafo de sus manos y le pasó la camiseta.

—Podíamos tomar algo los tres.

—Pues como no quieras agua del grifo... —dijo Sergio—. No he hecho la compra.

Ella volvió a reír, exagerada.

—El chino está abierto, y los bares también.

Sergio abrió la puerta de la calle.

—Llama mejor a Mery. —Le lanzó una mirada cargada de intención.

—Sí, pobrecilla. —Se le acercó—. Lo está pasando realmente mal por culpa de...

—Me miró—. Hasta pronto, guapita.

—Adiós, Diana.

—Huy, qué seca... —Rio y volvió a besar a Sergio—. Si te aburres luego, dame un toque.

—Con Greta aquí es imposible que me aburra —dijo él antes de cerrar la puerta.

Me miró con cara de circunstancia. Yo me alboroté la melena.

—Perdona por... —empezó a decir.

—Ni lo menciones. No tiene importancia.

Dejó el bolso sobre la mesa. Sergio me dio alcance y me besó en la boca.

—Hemos ido al estudio de tatuajes, pero no le convencían los bocetos, por eso le he dibujado...

—En serio, ni lo menciones.

—Prefiero hacerlo a que nos estalle en la cara más adelante. Cuando tengamos una bronca, por ejemplo.

—¿Y qué te digo, Sergio? ¿Que estoy hasta las narices de verla tontear contigo? ¿Que lo del tatuaje me parece una excusa barata para despelotarse en tu casa? ¿Que me molesta que huelas a ella? Pues sí, todo es cierto. Pero no creo que tú lo propicies o seas el culpable. Así que prefiero no perder el tiempo con eso.

—¿Segura?



Asentí con la cabeza. Fui a sentarme en el sofá, pero en el último momento me causó rechazo, y me dirigí al dormitorio.

—¿Vemos una peli o algo? —Cogí el mando a distancia de la tele.

—No hasta que no lo aclaremos.

—Sergio, que no...

—¿Ah, no? —Se puso en jarras—. Pero si no has sido capaz de sentarte en el sofá, joder.

Lo hice en la cama, dejé el mando sobre la mesilla y le miré con una mueca.

—No he podido evitarlo.

—No has querido —replicó—. Y me parece de puta madre. Tu culo, tus normas. Sonreí mientras se acomodaba a mi lado.

—Te recordaré esa frase dentro de un rato.

—No, encanto. —Me pellizcó la barbilla—. Cuando follamos, tu culo es mío. Tu coño es mío. Tú eres mía. Al menos, hasta que me revoques la cesión de poder.

—Nada dura eternamente, ¿no? —Alcé una ceja.

—Triste, pero cierto. —Esquivó la bala.

Nos miramos fijamente, por si veíamos signos de debilidad en el otro. Fui yo la primera en hincar la rodilla.

—¿Cuánto tiempo estuviste con Diana?

Asintió con la cabeza.

—Yo te lo cuento, pero si te comprometes a no compararte con ella.

—De acuerdo —mentí.

—Estuvimos seis o siete meses enrollándonos día sí, día también. Y otros tantos, de forma esporádica.

—¿Una relación abierta?

—No termino de entender bien esa expresión. Sugiere que lo socialmente aceptable o normal —dibujó comillas en el aire— es una relación cerrada.

—Vale, pero me has entendido. Me refería a si os acostabais con otras personas.

—Sí. Por separado y también juntos.

—¿Tríos?

—En su mayor parte, sí.

Eso quería decir que también había participado en... ¿orgías?

—¿Con alguien del grupo?

—Sí.

Empezaba a odiar que todas las respuestas fueran afirmativas. También la idea de Diana y Sergio con Mery.

—¿A Rubén no le... importó?

Frunció el ceño.

—No fue con Rubén, fue con Ángel.

—Ya, entiendo...

Joder. Joder. Sergio, Diana y Ángel. Me pareció increíble que ella pudiera andar después de aquello.

—Fue algo... muy sexual —me explicó. Quise taparme las orejas. No necesitaba detalles—. Luego empezaron las broncas y dejamos de acostarnos. Fue un acierto. Ahora somos amigos.

—Me da la sensación de que a ella le encantaría hacerse un *revival*.

—Pero a mí no.

Le creí. Él no quería estar con otras. Le bastaba y le sobraba conmigo. Porque yo era especial para él, le estaba enseñando a soñar, era su «más que todo». Me lo repetí media docena de veces antes de soltar el aire, muy despacio.

—Vale, pues ya está. Asunto aclarado.

—¿De verdad? —insistió de nuevo.

Ya que mis palabras no le convencían, utilicé la boca para conseguirlo. Le besé con alma, busqué su lengua, gemí un «Soy tuya» entre sus labios y me monté a horcajadas sobre su regazo. Todo desapareció. Todo menos él. Y yo. Nosotros. Tiré hacia arriba de su camiseta. Solo paramos de besarnos el ínfimo lapso que tardé en desnudarle de cintura para arriba. Después volví a atrapar su boca. Le acaricié todo el pecho. Jugué con el arito de su pezón izquierdo. Arañé sus abdominales y el cuero de su cinturón. Él no me soltaba la cara, solo me acariciaba con su piel, solo apartó una de las manos para detener a las mías, que maniobraban con su hebilla.

—Greta, no...

—¿No qué? —Besé su cuello.

—No... Joder... —Gruñó cuando mordí su oreja—. Greta, por favor...

Me aparté, sorprendida.

—¿No quieres hacerlo conmigo?

Su mueca de disculpa no me tranquilizó en absoluto.

## DEFENSA PERSONAL

—Claro que quiero follar contigo, pero ahora mismo necesito demostrarte que tú no eres solo una... —Me acarició los brazos y la vista se le desvió hacia mis tetas—. Debo de estar volviéndome loco... —Mi cara perpleja le hizo sonreír—. ¿Por qué no te pones algo cómodo y solo dormimos?

—Eh... —Aparté las manos de su pecaminoso cuerpo. Respiré hondo un par de veces para controlar las ganas de ignorar sus apetencias. No era una agresora sexual, y lo que me estaba pidiendo tenía sentido—. Vale, sí, perdona.

—No hay nada que perdonar. —Acarició mis muslos. Me ayudó a levantarme de su regazo. Cogió de la cajonera del armario una camiseta y me la pasó. El bulto de su entrepierna amenazaba con reventar sus pantalones—. Voy al baño un segundo.

Señalé su erección con la mirada.

—¿A masturbarte? —bromeé, intentando destensarme del todo.

—Claro. —Rio dirigiéndose al aseo—. ¿Dejo la puerta abierta?

—Sí, por favor. Y... ¿te importa que te grabe?

Se giró.

—No me des ideas...

Tragué saliva. Aquello no sonaba a broma. La pornografía *amateur* fue el tema que ocupó mi cabeza mientras me descalzaba. El exhibicionismo, los tríos y las orgías, al desnudarme. Cuando me puse su camiseta, pensé que, en lo que al sexo se refería, solo había visto la punta del iceberg con Sergio. Mis braguitas alcanzaron temperaturas incompatibles con la vida humana ante la expectativa. Estuve muy tentada de quitármelas también, pero él me había pedido dormir. «Solo dormir», me repetí.

Sergio salió del baño. Toda su ropa había desaparecido. Toda, excepto unos *boxers*. «Combustión vaginal inminente. Combustión vaginal inminente». Las palpitaciones de mi sexo les hacían los coros a mis alertas.

Sonrió al pasar por mi lado. Me rodeó antes de abrir la cama y tumbarse cerca de la orilla. El movimiento me trajo su aroma a té verde y aventura. Se pasó la mano por los rizos de la frente, que estaban un poco húmedos.

—He intentado quitarme el perfume con una toalla mojada, pero es persistente.

—No te preocupes. —Me acosté cerca del tabique. Ninguno de los dos hicimos

amago de taparnos con la sábana. Nuestros ojos lo agradecieron—. Aunque si quieres ducharte tranquilamente...

Negó con la cabeza, colocándose de lado. Imité su postura, metí las manos debajo de la almohada y le acaricié con un pie. Sergio me subió la pierna, para que se enredara con las tuyas.

—Cuéntame por qué ha terminado tan pronto la cena con tu familia.

—Porque, en realidad, la única familia que tengo sois vosotros.

Le expliqué, largo y tendido, cómo me sentía con respecto a mis padres, a mis hermanastros y hermanastras (palabras feas donde las haya). Le conté que ya no tenía abuelos ni abuelas, por desgracia, que a mis tíos y primos apenas los veía, que me sentía muy sola, tan sola que a veces caía en la trampa de compadecerme de mí misma. Le confesé que me ilusionaba muchísimo el embarazo de Natalie, que pensaba consentir todo lo que pudiera a mi sobrina (sobrino, según él), que no me veía procreando, porque, en el fondo, tenía un miedo irracional y arraigado a joderle la vida a una personita... como lo habían hecho conmigo. No solté ni medio sollozo, no se me quebró la voz, no me estremecí con los recuerdos, con lo perdido. Y me sentí fuerte, valiente, escuchada, querida. Después, solo hubo un beso de medianoche, uno que me transmitió más compromiso que cualquier firma frente a un notario, que cualquier palabra.

Sergio fue el primero en cerrar los ojos, derrotado por el cansancio. Yo me giré, mirando hacia la pared, y empecé a entonar un mantra: «No te frotes con su paquete». «¡No te frotes con su paquete!». «¡NO TE FROTES CON SU PAQUETE!»

Por mucho que me lo repetía, mi culo volvía instintivamente a buscar el roce de su cuerpo. Lo de dormir abrazados como dos cucharitas en un cajón no era buena idea. Solté un suspiro, muy bajito, no quise despertarle. Aparté el trasero de su bienaventurada entrepierna y traté de dormir también. La pared, próxima a mi cara, no me ayudaba nada a relajarme. Me di la vuelta entre sus brazos. Emitió una protesta somnolienta. De cara a él era peor. Tenía sus labios carnosos demasiado cerca. Quería más besos... y su lengua... y sexo, en cantidades industriales.

Ese es el último pensamiento que recuerdo, lo siguiente es la imagen del tabique, de nuevo muy próximo a mi cara. Había mucha luz. Roja. No supe distinguir si crepuscular o de prostíbulo. Hacía calor, pese a que estaba desnuda. Sergio también lo estaba, y su erección tanteaba mi entrada desde atrás.

—¿Qué haces? —Mi voz me sonó extraña, envuelta en un eco metálico.

—Tranquila. No pasa nada. Cierra los ojos.

No reconocí su tono, pero era él, eran sus brazos, su cama, su casa.

—¿Te has puesto un condón?

—Sí. No te preocupes por nada. —Me penetró de una estocada. No estaba preparada. Chillé—. No grites. —Me tapó la boca. Su tacto era húmedo y suave. Me asusté—. Shhh, shhh, disfruta, disfruta.

Aparté su mano. Intenté decirle que parara. Ningún sonido salió de mi garganta.

—Déjamela un poco.

Era otro hombre. Todo mi cuerpo se paralizó. Me movieron sin que pudiera oponer resistencia.

—No te corras dentro, Ángel. Quiero hacerlo yo primero.

Ángel. Era Ángel. No quería enrollarme con Ángel. Había tonteado con él cuando nos conocimos, pero no me gustaba. Quería parar. No. No. Nadie me oía. Nadie.

—Está demasiado borracha, no se mueve. —Ángel iba a penetrarme. Su pelo lacio en mi cara. El olor... ESE olor—. No se mueve.

Noté un zarandeo y lágrimas rodando por mis mejillas. ¿Cuándo había empezado a llorar?

—Despierta.

Sentí otra sacudida y el cuerpo de Sergio sobre el mío. ¿Dónde estaba Ángel?

—Despierta.

Unas manos apretaron mis brazos. Su tacto era áspero.

—Greta, es una pesadilla. Tranquila. No pasa nada. Abre los ojos.

Los abrí de inmediato y le encontré a un palmo de mi rostro, sujetándome los brazos. Debería haberme inmovilizado también las piernas.

Todavía medio en sueños pegué un alarido que despertó a todo el vecindario y levanté la rodilla derecha con el mismo ímpetu, directa a su entrepierna. Las clases de defensa personal de la escuela de Vallecas que recibí después de la agresión sexual dieron resultado. Me deshice de mi oponente en un solo movimiento. Con la salvedad de que él no era un atacante, sino alguien que solo trataba de despertarme.

Una tos seca fue lo único que salió de su boca después del golpe. Perdió todo el color del rostro. Se dejó caer a un lado. Se hizo un ovillo, dándome la espalda, y su cuerpo se sacudió. ¿Una arcada?

—Sergio... —Me incorporé y palpé su hombro para asegurarme de que estaba despierta. Habría palpado también sus manos ásperas para convencerme, pero las tenía enterradas en la entrepierna—. Perdona, perdona... Lo siento mucho. Lo he hecho sin querer...

—No... —La negación sonó a quejido profundo.

Movió la mano en el aire y estiró el dedo índice.

—¿Que te dé un momento?

Asintió con la cabeza. Su cara estaba totalmente contraída. Me pasé las manos por la mía; sudaba a mares, había empapado su camiseta. Al cabo de unos minutos, reunió el valor para sentarse, con los ojos muy cerrados y las manos apretadas sobre su paquete.

—Te he hecho polvo, ¿verdad? Joder, cuánto lo siento... ¿Te traigo hielo o algo?

—No, gracias —murmuró con la voz tomada. Me miró, ceñudo—. ¿Estás bien?

—Un poco mejor que tú. —Hice un puchero—. Lo siento muchísimo.

—No te preocupes. Se me pasará. —Crispó la cara y enterró un poco más las manos—. Voy a intentar llegar al baño.

—¿Te ayudo?

Negó con la cabeza. Trató de sonreír y de dirigirse al aseo sin encorvarse..., con ningún resultado. Oí un suspiro lastimero en cuanto cerró la puerta. Tardó en salir muchísimo. Me preocupé un montón. Por sus pelotas, por las pesadillas que fabricaba mi subconsciente, por el mal cuerpo que me había dejado todo aquello. Fumé sentada en la cama, con el codo apoyado en las piernas cruzadas, que se movían como la aguja de una máquina de coser, tricotando a todo trapo. Cuando se abrió la puerta del baño, me puse en pie de un brinco.

—¿Sigue todo en su sitio?

Conseguí hacerle sonreír.

—Más o menos. Aunque dudo de que vaya a poder reproducirme.

—Bueno, eso tampoco es tan grave.

—También dudo de que se me vuelva a levantar.

—Eso sí es grave.

Caminó hacia mí, un poco espatarrado, me quitó el cigarrillo y le dio una calada profunda antes de espachurrarlo contra el fondo del cenicero que había sobre la cómoda. Nos sostuvimos la mirada. Procuré que viera en la mía arrepentimiento, pero, poco a poco, empezamos a sonreír. Y luego se me escapó una risa tonta, que llamó a una de sus carcajadas...

—No me hagas reír, por el amor de una madre. —Se sujetó el paquete.

—Eres tú. Yo me siento fatal por todo esto.

—¿Y yo no? Me has roto las pelotas, cabrona.

Hundí la cabeza en su cuello, muerta de risa. Su pecho se sacudía contra el mío. Sus carcajadas revoloteaban por mi pelo.

—Joder, cariño... Perdóname, por favor. De verdad que no quería...

—Olvidalo. —Me besó en la cabeza—. Me preocupa más tu pesadilla. —Me aparté un poco para mirarle—. ¿Te vendría bien hablar del tema?

Las imágenes y, sobre todo, la sensación de impotencia todavía me recorrían el

cuerpo. Negué con la cabeza.

—Ahora no.

—Vale, pero, cuando estés preparada, sácatelo de encima. Conmigo o con quien sea.

—Lo haré. No te preocupes.

Me abrazó con fuerza antes de murmurar:

—Eso es imposible. Me importas demasiado.

## SIN PRISA

Ya no pudimos volver a dormir después del incidente. Tampoco hablamos. Nos dedicamos solo a descansar juntos, a jugar con nuestros dedos, a mirarnos con los ojos tan abiertos como la puerta de nuestros sentimientos. Casi había amanecido cuando me levanté a por un vaso de agua. Sergio me pidió que le acercara su móvil.

—Lleva varias horas dando vueltas en mi cabeza —dijo antes de pulsar el icono de Spotify.

Las primeras notas de *Wicked game* llenaron el dormitorio, como nubes de tormenta, trayéndonos la lluvia que tanto nos gustaba. La voz rasgada de Chris Isaak reconoció por él que no quería enamorarse de mí, pero que nadie podría salvarle excepto yo.

Los cuentos de Perrault, los que me habían hecho amar al amor mucho antes de conocerle (no sé precisar con exactitud en qué momento), me habían enseñado que rescatar a una persona era la manifestación máxima de ese amor. Los veintinueve años (cinco meses y cuatro días) que había vivido me habían demostrado que nadie puede proteger a nadie de sí mismo. Aun así, continué al lado de Sergio, por si mi compañía podía servirle de escudo.

Desayunamos un poco más tarde, uno más que el otro, y nos despedimos en la calle con un beso muy largo, aunque mi taxi ya esperaba. Seguía lloviendo en mi interior. Me acurruqué contra la puerta, abrazando el bolso. Su «Me importas demasiado» fue lo único que escuché, acariciando mis oídos internos, hasta que llegué al chalet de Aravaca. Después tuve que dejar de pensarle y ocuparme de los desvelos de mi madre.

Volví a tener quince años, a ser reprendida por mi vida disoluta, a contemplar cómo la brecha que había entre nosotras se abría unos metros más. Ninguna de las dos éramos lo que la otra esperaba. Lo confirmamos esa misma noche, cuando me pilló cogiéndole una de sus pastillas para dormir. Ella también las tomaba, pero mi conducta era la única preocupante. ¿Cómo iba a encontrar la confianza para abrirme y explicarle lo de la pesadilla? Ni siquiera sabía cuál era el motivo de su insomnio.

Me di una ducha larga, larguísima, cuando por fin me dejó sola. Me iba a la cama sin cenar. Tampoco había comido. No tenía hambre. Bloqueé ese pensamiento a



base de potingues, bálsamo hedonista, albornoz de Hugo Boss. ¿Era mi iPhone lo que estaba sonando?

—Hola, ¿te pillo en la cama? —me preguntó Sergio.

—¿Esto es una conversación erótica?

—Pues en principio no, pero... ¿Qué llevas puesto?

—Solo un albornoz. ¿Me lo quito? —bromeé.

—Activa la cámara.

Me tumbé, sonriendo.

—¿Qué tal por Alcalá?

—Un momento, que me guardo la herramienta. —Me hizo reír—. Todo bien. ¿Y tú no te duermes porque no quieres o porque no puedes?

—Estoy esperando a que me haga efecto una pastilla.

—Son una puta mierda. Procura no tomarlo por costumbre.

—Tranquilo.

—No puedo estarlo. ¿Por qué no te vienes?

—¿A Alcalá de Henares? ¿Ahora?

—Sí. O mañana.

—Mañana es el cumpleaños de tu madre.

—¿Y qué? Ha hecho comida de sobra.

—No sé, Sergio. —Mordí una pielecita de mi pulgar—. ¿Tú quieres que vaya?

—No, encanto. Solo te lo he dicho por compromiso.

—¿Cómo me vas a presentar?

—Por tu nombre: Greta.

—Greta, tu... ¿amiga?

—Greta, mi amiga, mi amante, mi compañera, mi musa, mi confidente, mi omega..., mi dulce Greta. —Un pequeño silencio llenó la línea. Imaginé que sonreía, como yo—. O mejor: Greta de la tormenta, primera de la casa Ortiz de Zárate, reina de cualquier hombre que se le ponga por delante, señora de un pisazo en La Latina y protectora de Infeitis, madre de todas las fiestas, la que no vomita con el vodka, rompedora de pelotas y liberadora de capullos integrales.

—¿De dónde has sacado mi biografía? —Reí.

—De *Juego de tronos*, claro.

—Soy muy fan.

—No tanto como yo. ¿Te presento así entonces?

—Déjalo mejor en «Greta, a secas».

—Eso me parecía. ¿Puedes estar aquí sobre las doce y media?

—¿Tan pronto?

—Habrá que tomarse el aperitivo. Te espero en el parking que hay detrás del ayuntamiento. No tiene pérdida.

—Sergio... —Me puse seria—. ¿De verdad estás seguro?

—Muy seguro. Y tranquilísimo. El Fortasec que me voy a tomar ahora mismo es solo por si acaso.

—Bueno, tú piénsatelo bien esta noche.

—Venga, vale. Pero por la mañana seguiré opinando lo mismo.

Caí como una narcoléptica minutos después. Dormí hasta las nueve de la mañana del tirón. Menos mal que me había puesto la alarma del móvil. La apagué y descubrí un mensaje madrugador.

*Sigo opinando lo mismo.*

*A las doce y media nos vemos.*

En la ducha caí en la cuenta de que iba a un cumpleaños con las manos vacías. Y no era un cumpleaños cualquiera. No había terminado de secarme cuando volví a escribirle.

*¿Qué le gusta a tu madre?*

Tardó en contestar lo mismo que yo en ponerme crema.

*Tener la casa ordenada, ir al bingo con sus amigas y el arroz con leche.*

*Eso no me ayuda para comprarle un regalo.*

*No me digas...*

*No quiero presentarme sin nada.*

*Sergio...*

*¡No me dejes en «visto»!*

*Dios... Si no te quisiera tanto, te odiaría muchísimo.*

*Greta de mi vida...*

*Ven YA.*

Me habría encantado contar con capacidad de teletransportarme, pero no era el caso. Tardé bastante en vestirme: pantalones anchos de lino y camiseta blanca; en maquillarme: discreta, muy discreta; y en peinarme, pero no tanto como en llegar hasta el centro comercial más cercano y recorrérmelo entero en busca de un regalo para una mujer que era fan del arroz con leche, el orden y el bingo, como el que sonó en mi cabeza al encontrar en FNAC el libro de Marie Kondo. Llegué a Alcalá a tiempo. La A2 no estaba muy congestionada. El GPS me llevó hasta la plaza de

Cervantes, señorial y floreada; rodeé el ayuntamiento y detrás, en la sombra que proyectaba el edificio de dos plantas del parking, me estaba esperando Sergio. Se quitó las gafas de sol al verme. Bajé la ventanilla.

—Aparco enseguida.

—Tranquila, no hay prisa.

Frunció mucho el ceño después de decirlo. Tanto que necesité preguntarle qué ocurría en cuanto me deshice del coche.

—¿Es por lo de la patada de la otra noche?

Sonrió antes de besarme.

—Eso está controlado. Me congratula informarte de que se me sigue levantando.

Echamos a andar hacia una callecita empedrada, llena de terrazas de los bares y restaurantes que inundaban el centro histórico.

—¿Y a qué ha venido esa cara cuando me has visto llegar?

—No ha sido por verte, ha sido por oírme decir que no había prisa.

—¿A qué hora vamos a comer?

—Con que lleguemos a las dos... Pero no es por eso tampoco. —Sonrió, algo tímido—. Es porque yo siempre voy como una moto a todos los sitios; me flipa estar ocupado, para arriba, para abajo, aquí, allá, no paro quieto nunca. Ya verás, lo primero que te va a decir mi madre sobre mí es que soy un rabo de lagartija. Y, de repente, me escucho ese «No hay prisa» y, lo que es más grave, siento que es cierto... Y he gripado. —Rio entre dientes—. Me estás cambiando, niña bien.

—Deja de llamarme así. —Le empujé con el hombro, llegando a la calle Mayor.

Bajo sus soportales, llenos de columnas, turistas y pastelerías, Sergio me preguntó:

—¿Qué le has comprado a mi madre?

Sonreí traviesa.

—Nada.

—Claro, claro. Eso es tan cierto como que yo no tengo ya un detallito para tu casa.

—¿En serio? —Le agarré del brazo—. ¿Qué es?

—Nada —me imitó.

Nos reímos antes de cambiar de acera. Pasamos por el escaparate de un Tiger. Me sonaba de algo. Mi cabeza se puso a buscar el recuerdo.

—¡Paquita Salas!

—¿De qué dices que era la pastilla de anoche?

—¡Que no es por las drogas! —Reí. Un niño se me quedó mirando, su madre se apresuró a apartarle de mí—. ¡Este Tiger sale en Paquita Salas! —Saqué el móvil—. En la segunda temporada, cuando van al festival de cine de Tarazona.

—Ah, sí. Lo rodaron aquí.

—¿Y no me lo dices?!

—Ay, hija, y yo qué sabía...

—Hazme una foto.

Le pasé mi teléfono y me coloqué debajo del cartel. Sergio se me acercó, me agarró por el hombro y levantó el objetivo.

—Di «Paquita».

La foto salió preciosa. Yo riéndome con mirada estrábica, enseñando bien de encía, y él besándome en la mejilla con los ojos cerrados. Su expresión, el cariño que me transmitió con ese beso, la convirtió en mi preferida.

## OCASIONES ESPECIALES

En honor a Paquita Salas tomamos torreznos de aperitivo en la terraza de un *gastrobar* de la plaza de los Irlandeses, una zona que pertenecía a lo que había sido la judería. Hubo un tiempo en el que Alcalá de Henares reunió comunidades de judíos, moros y cristianos que convivieron, tan felices, tropecientos años. Ahora tenía enfrente la pintada de un círculo atravesado por una cruz con la leyenda «LOS ESPAÑOLES PRIMERO». Me pregunté a qué españoles se referiría dando un trago al vino.

—¿Está picado? —dijo Sergio.

—No, el vino está bien. Lo que no me encaja es eso. —Señalé la pintada—. ¿Qué es ser español?

—Hostia, buena pregunta.

—Quizá un poco densa para un aperitivo —me excusé.

—Qué va. Me interesa mucho tu punto de vista.

No solo me lo dijo, me lo demostró, atento como siempre a mis palabras, preguntando, conociéndome, abriéndose a mí, ampliando las bases de algo que crecía, cada día, cada hora; algo fuerte, basado en la sinceridad, sólido. Algo que podíamos convertir, solo con dedicación, en indestructible. Mi sueño.

—A ver, es que lo diferente asusta de primeras, está claro, pero... —decía Sergio cuando su móvil empezó a sonar sobre la mesa—. *Cagien* la puta. Son las dos y media. —Descolgó—. Ya vamos, madre... Sí, sí, ahora mismo... No, no se va a pasar el arroz, descuida... Vale, sí. Hasta ahora. —Levantó una mano—. Camarero, por favor, es una urgencia.

—¿Llamas «madre» a tu madre?

—Si quieres la llamo «abuela», pero resultaría un poco confuso. —Señaló mi tripa—. ¿Te apetece pasar la comida convenciéndola de que usamos preservativos?

Sacó un billete de veinte euros de su monedero de cuero y se lo dio al camarero.

—Gracias por la invitación.

—¿Cómo que «gracias»? Me debes tres euros —bromeó. El camarero le devolvió catorce—. Vámonos antes de que se le pase el arroz a mi madre.

Se levantó, riéndose solo.

—Tú ya te habías tomado algo antes de que yo llegara, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices?

—Porque estás de muy buen humor.

Caminamos hasta el arco que daba salida a la plaza hacia la calle Mayor. Enfrente, estaba la casa natal de Cervantes y dos estatuas de bronce de Don Quijote y su fiel Sancho sentadas en un banco.

—¿Y te extraña que esté contento? Por fin tengo a una buena mujer que presentarle a mi madre.

—Ya sabes lo que opino de los posesivos fuera de la cama.

—Y también dentro. —Meneó las cejas, sugerente.

—¿Soy la primera? —pregunté así, como si nada.

—Eres muy pesada contigo misma. Y sí, la primera. Greta de la tormenta, de la casa Ortiz de...

—Vale, vale. —Me reí—. Recuerda dejarlo en «Greta»; lo otro es demasiado largo.

—Además, ya casi hemos llegado.

Atravesamos la calle Santiago y llegamos a una zona donde los edificios se hacían más altos. En la planta sexta, letra C, de uno de ellos nos esperaban sus padres, los dos en la puerta, tan compuestos. Sonreí.

—Buenas, familia —dijo Sergio.

Le dio una palmada a su padre, un beso a su madre y se giró hacia mí.

—A Pepe ya le conoces.

—Siento la chapuza de los azulejos del cuarto de baño —me dijo como saludo.

—No pasa nada. Así quedan más originales.

Le di dos besos bajo la atenta mirada de su mujer, que tironeaba del lazo de su delantal. Tenía el pelo corto y teñido de caoba, la piel muy fina y clara, los ojos vivarachos y una estatura discreta.

—Soy Remedios —se presentó, impaciente.

—Yo, Greta. Encantada.

—Tanto gusto. —También me dio dos besos—. Pasa, por favor.

Entramos en el piso. Olía a comida hecha con cariño y a cera para muebles.

—Felicidades —me acordé de decir.

—Muchas gracias. Cincuenta y ocho años ya, no me lo creo. La vida pasa en un suspiro. Estos son mis chicos. —Me señaló con orgullo las fotos de sus tres hijos vestidos de comunión que descansaban sobre un aparador clásico—. Sergio suele esconderme la suya, pero a mí me parece que está guapísimo.

—Le queda bien el atuendo de marinero —intenté no burlarme.

—Era capitán, mucho cuidado —dijo él.

—Capitán Pescanova —dijo una chica de pelo lila que salió de las puertas dobles

que había a la izquierda.

—Rosana, no avergüences a tu hermano delante de su novia. —Pepe le guiñó un ojo.

La madre se puso en jarras. Ya sabía de dónde le venía el gesto al hijo.

—Prometisteis portaros bien —les reprochó.

—Que sí, tranqui. —Rosana se me acercó y también me dio dos besos—. Me alegro de ponerte cara por fin. Sergio nos ha hablado tanto de ti que...

—Que te calles —dijo él.

—Id sentándoos. —La madre señaló las puertas dobles—. Todos menos tú, Pepe. —Él era el primero que había empezado a moverse—. Tienes que sacarme la paella del horno.

—Tú lo que quieres es entretenerme para que no me coma las aceitunas.

—Cómo me conoces. —Le pellizcó un carrillo.

Pepe le dio un beso en la coronilla y cruzaron la puerta de la derecha.

—Siéntate conmigo —me dijo Rosana cuando entramos en el salón.

—No la escuches —me dijo Sergio—. A seis metros, por lo menos.

—Pues como no se vaya al piso del vecino...

Rosana ocupó la cabecera de la mesa que había pegada a la pared, entre la ventana que daba a la terraza y el sofá de tres plazas.

—Tu casa es como tres veces esta —dijo Sergio, sentándose junto a su hermana, de espaldas al tresillo; yo me coloqué a su lado.

—Con que llegue a tener la mitad de calor de hogar que la vuestra me conformo.

Observé los marcos que había en la pared. Bodas, bautizos, cumpleaños, fotos de estudio con birretes, títulos académicos, uno honorífico por las bodas de plata. También observé la mesa. Un mantel de hilo supersuave, usado para celebrar muchas ocasiones; vajilla Duralex, como Dios manda —por algo se había vuelto a poner tan de moda—; vasos y copas sencillas; cubiertos de acero, como el salvamanteles; aceitunas, queso y panecillos con paté como adorno central y dos botellas de vino sin etiqueta. Sergio cogió una cuando me vio mirarla.

—No te asustes, no es de bodega ilegal. Casi... —Descorchó y nos sirvió a su hermana y a mí—. Es del pueblo de mis padres.

—Mira que le dije a mamá que comprara Vega Sicilia, para la ilustre visita —dijo su hermano a mi espalda.

Sergio inspiró hondo. Di un trago al vino.

—Este es estupendo.

No se me escapó que David pasó de saludarme antes de sentarse junto a su hermana, enfrente de Sergio. A este último tampoco se le escapó el gesto. Le lanzó

una mirada asesina. Su padre entró en el salón.

—Hacedme un hueco.

Movimos los platos para que dejara la paella sobre el salvamanteles.

—Es un arroz... —dijo la madre, cargada con una barra de pan—. ¿Cómo lo llaman? —Empezó a partirlo, pensativa—. Mar y montaña. ¿Es así? —me preguntó; asentí con la cabeza.

—En tu pueblo no hay mar, Remedios —rio Pepe.

—Bueno, pues río y montaña. Lleva cangrejos y conejo. Y verdura, claro. Lo hacía mi madre, y yo continué la tradición siempre que puedo. Pero solo en las ocasiones especiales —me dijo con complicidad.

Sonreí. A la complicidad. Lo de los cangrejos de río y el conejo... Los torreznos se me subieron hasta la campanilla.

—David, bendice la mesa —dijo Rosana.

—Que la bendiga Sergio, que se le da mejor.

—Haced el favor de no blasfemar —dijo Pepe, y agarró una espumadera—. A ver ese plato, Greta.

Le pasé el Duralex. Un montón de arroz. Dos montones de arroz. Al tercero tuve que intervenir.

—No me pongas mucho, por favor. Hemos tomado un aperitivo.

—Si prefieres algo más ligero —dijo Remedios—, puedo hacerte una ensalada o una tortillita.

—No, no. El arroz me va bien. Genial, de hecho. Tiene una pinta estupenda. Seguro que está riquísimo.

Me pasé de pelota, pero, en realidad, es que me lo decía a mí misma, para convencerme de que era capaz de meterme en la boca aquellos animalitos. Pepe repartió todos los platos y todos empezaron a emitir gemidos de aprobación.

—Te has salido, mamá.

—Cojonudo.

—Bueno, bueno.

Me sentí absurda con el tenedor en la mano, dudando si atreverme a probarlo, pero, joder, hay gente a la que no le gusta el queso azul, el *sushi* o los caracoles. A mí lo de comerme un conejo, pues como que me daba reparo. Era más de que me lo comieran a mí. Sergio, sin ir más lejos. Sonreí antes de meterme el tenedor en la boca.

—¿De qué te ríes? —me preguntó él, muy bajito.

Me tapé la boca, como los futbolistas, para no escupir ningún grano de arroz.

—Luego te lo cuento.



—¿Te gusta, Greta? —me preguntó su hermano.

Le miré a los ojos mientras tragaba. Sin un mísero mal gesto.

—Muchísimo.

Me acabé mi plato, porque, para chula, yo, aunque acabara vomitando. Cosa que no ocurrió. Lo cierto fue que dejé de pensar en los animalitos escuchando las historias de Pepe y Remedios, las risas de Rosana, las bromas de Sergio. El vino se terminó, y los canapés, las aceitunas y el queso. No me permitieron ayudar a recoger la mesa.

—Eres nuestra invitada —me dijo Remedios.

—Pero solo de momento —dijo Rosana—. La próxima vez, no te vas a escaquear tan fácil. —Me guiñó un ojo.

Sergio sonrió. Tan contento.

Tarta, velas, un coro de voces desafinadas, sobre todo la mía, un deseo y cuatro regalos. Remedios sonreía tanto que nos lo pegó a todos.

—Qué bonitos, papá —le dijo a Pepe, sosteniendo unos zarcillos de oro.

—Más bonita eres tú.

Mira, se me encogió el estómago. O quizá fue un pellizco de algún cangrejo...

—Rosana y yo te hemos pillado un *pack* de esos de balneario.

—Ole tus cojones, David —dijo su hermana—. Le revientas la sorpresa y encima te incluyes en el regalo, que todavía no me has pagado.

—No digas palabrotas, Rosana. —En eso Remedios me recordó a mi madre—. Ya te lo pagaré. A ver... —Abrió el cofre *Experiencias*—. Ah, pues miraré dónde hacerme un buen tratamiento.

—Greta seguro que puede aconsejarte —dijo David—, tiene pinta de que le gusten esos sitios.

—Pues me parece estupendo —dijo Remedios—. Ahora ojeamos juntas el catálogo. ¿El sobre es tuyo, cariño? —le preguntó a Sergio.

—Ya sabes que sí.

—No me digas que es... —Sonrió muchísimo. Sacó una especie de vale y lo agitó en el aire—. ¡Un año de bingo!

Le miré, conteniendo la risa; tremendo regalo para una madre. Se inclinó hacia la derecha para susurrarme:

—Espero que lo tuyo sea el arroz con leche.

—No, mierda, pensé que lo traías tú.

—Y este —dijo Remedios, con la bolsa de FNAC en las manos— es el de Greta, claro. A ver... Anda, un libro. Me gusta mucho leer, has acertado. —Rompió el envoltorio—. ¡El de la Maricondo! —Lo dijo así, «todojunto». Pepe soltó una

carcajada. Yo me contuve, por respeto—. Estaba deseando tenerlo.

—¿Es sobre el colectivo LGTBI? —preguntó Rosana.

—No, es de una japonesa que tiene un sistema para ordenar la casa basado en el minimalismo. Lo voy a poner en práctica. Con tu armario lo primero.

Rosana me miró con la cara contrita.

—¿Qué has hecho?

Me encogí de hombros.

—Lo siento mucho. —Sonreí.

—Es un regalazo —susurró Sergio.

Y sentí tanto orgullo en su voz que se me pegó un poquito.

## POR SU NOMBRE

—Muchas gracias por invitarme —le dije a Sergio de camino al parking.

Eran casi las siete de la tarde, se nos había ido de las manos la sobremesa en casa de sus padres, pero estábamos tan cómodos... Más, cuando se marchó David a eso de las cinco.

—Gracias a ti por... —Me miró, antes de agarrarme de la mano y trenzar nuestros dedos—. Por todo. Hace mucho que no veía mi madre tan contenta.

—Debería estarlo siempre, tiene una familia estupenda.

—Ahora es todavía mejor.

En el trayecto hacia Madrid, mientras recorríamos la autopista, *Si jamais j'oublie*, de Zaz, sonaba a través del salpicadero y Sergio me acariciaba el pelo; me sentía tan feliz que me costaba darle crédito. Quizá lo complicado de los sueños no es cumplirlos, es creértelo cuando sucede. Ese pensamiento cruzó fugazmente por la nube rosa que envolvía mi cerebro, pero no le di importancia. No quise que nada, NADA empañara el momento. Por fin estaba ocurriendo, después de tanta lucha, de tantos intentos. Merecía creérmelo.

Pulsé el botón del limpiaparabrisas; un par de chorros salpicaron la luna de agua jabonosa.

—Y mañana, al tajo —refunfuñó Sergio.

—Qué pocas ganas, ¿verdad? —Sonreí.

—Ninguna, pero hay que pagar las facturas. —Sin apartar la mano de mi pelo murmuró—: ¿Por qué trabajas tú?

No me ofendió la pregunta, porque el tono sugería interés, no crítica. Además, era cierto que no necesitaba un trabajo para pagar mis facturas.

—Por sentirme útil. Por serlo de verdad.

—Eso es casi más necesario que comer todos los días.

—Estoy de acuerdo.

Su caricia bajó hasta mi nuca, por mi cuello. Sentí su mirada fija en mi perfil. Un soplo de aire se escapó de sus labios.

—Te quiero.

Di un volantazo. Sergio se agarró al asiento. Enderecé la dirección.

—Perdona —dije.

—No, perdóname tú. No te lo tenía que haber soltado cuando vas a 120 kilómetros hora.

—Mi corazón va todavía más deprisa.

Le miré un instante. Nos sonreímos. Devolví la vista a la carretera y busqué su mano izquierda a tientas. La apreté muy, muy fuerte.

—Mira —señaló un cartel—, hay un desvío a quinientos metros.

—Ya lo veo.

—Cógelo.

—¿Para qué?

—Tú cógelo.

Terminamos en un polígono industrial, desierto por ser domingo. Me pidió que aparcara en el primer callejón que encontramos. Me besó en cuanto paré el motor. Follamos como salvajes. Empañamos los cristales traseros del Infiniti con gemidos y palabras más grandes que nosotros. Se nos llenó la boca de amor y sabor a sexo. Nos abrazamos, exhaustos, satisfechos, hasta que las luces azules de un coche de la policía municipal apresuraron nuestro regreso.

Era casi de noche cuando le dejé en Atocha —no consintió que le acercara a su piso—. Le escribí al llegar a Aravaca, a petición suya. Lloré en la ducha, de alegría, de dicha infinita, enamorada, como sabía que merecía. Dormí a pierna suelta. Lo primero que hice al despertar fue sonreír. Paladeé cada recuerdo del día anterior mientras me preparaba para el trabajo. Llegué tan llena de felicidad al edificio de la calle Orense que tuve que pensar en cosas tristes en el ascensor para no levantar sospechas en la agencia.

—Buenos días, Diego.

—Hola, Greta —me respondió Irene.

Me detuve y miré hacia la sala de descanso. Ella salía, seguida de Sergio. Ambos sostenían un par de cafés.

—Buenos días, Irene. —Habría parado ahí, pero, en fin, era mi jefa y llevaba un mes sin verla, algo más tenía que decirle—. Bonito bronceado.

—Gracias. —Me sonrió. Se la veía relajada, animada, tan contenta como yo me sentía—. Tú también has cogido algo de color. —Me señaló la nariz.

—Sí, ayer. —Miré a Sergio de forma inconsciente. Solo un segundo. Irene me cazó la mirada. Carraspeé para arreglarlo—. Ayer estuve todo el día en la piscina de mi amiga Carla.

Irene cambió el rictus a neutro y me señaló el pasillo.

—Tú primero, por favor.

Me dirigí al departamento con ellos a la zaga. Tiré de la puerta acristalada e Irene

me tomó por una portera: me dribló por la derecha, mientras sujetaba la puerta. Sergio esperó a que yo pasara.

—Buenos días, Greta —se apresuró a desearme Mónica.

La primera vez en cuatro meses que me saludaba con un mínimo de corrección.

—Buenos días. —Intenté no sonar seca, pero no lo conseguí.

Irene frunció el ceño, poco, por el bótox. Le dedicó un asentimiento a Mónica al pasar junto a su mesa.

—Desvía tu extensión —me dijo—. Te espero en mi despacho.

Puse el bolso en mi cajonera. Sergio acarició mi escritorio y entró en su despacho. Yo me cargué de paciencia y entré en el de Irene. Me señaló una silla al otro lado de su mesa.

Su despacho contaba con unos sofás monísimos y muy cómodos, que ella nunca usaba conmigo para que no me olvidara de quién mandaba en la agencia. Estaba a punto de recibir el segundo sermón por algo inmerecido y empezaba a estar hasta las narices. Yo solo había contestado mal a Mónica porque se lo había ganado a pulso y me besaba con Sergio porque me daba la gana y podía.

—Supongo que deducirás que estoy al tanto de lo ocurrido con Mónica. —Asentí con la cabeza—. También, que entenderás que ese comportamiento no es tolerable.

Inspiré despacio y solté la misma retahíla que a Yolanda el día del incidente. También repetí que asumiría sin discutir las consecuencias.

—No voy a despedirte. Eres buena en tu trabajo. —Algo me dijo que no era el único motivo—. No solo he recibido malos informes de ti, también los ha habido muy buenos: yo misma lo he comprobado con las tareas que te he encomendado. Santos quedó satisfecho con tu soporte en la reunión. Y dejarle satisfecho a él es... complicado.

Huy, qué mal me sonó esa frase. Me sonó a cuerno quemado. Que era lo que ella quería, claro. Sonreí.

—No tengo ni idea de qué le satisface a Sergio. —«Lo sé mucho mejor que tú, zorrupia»—. Pero me siento orgullosa de haber representado bien a la agencia.

Irene me observó unos segundos de forma inquietante. Parecía perpleja, burlona y enfadada a la vez. Me dio una mala vibra tremenda.

—Vuelve a tu mesa.

Me acompañó fuera del despacho. Se metió en el de Sergio. Qué pesada era con lo de los estores, siempre tenía que correrlos. Al momento, cuando todavía estaba cargando el programa de administración de la agencia en mi ordenador, se escucharon un par de voces más altas que las otras. ¿Estaban discutiendo?

No lo supe hasta por la noche. Después de llamar tres veces a Sergio.

—Dime.

—Hola. —Me senté en el descalzador que había a los pies de mi cama—. ¿Estás ocupado?

—Estaba en el gimnasio.

—Yo también he ido un rato después del trabajo. ¿Has salido muy tarde? No te he visto el pelo desde que te has marchado a media mañana con Irene.

—Reuniones —se limitó a decir.

Alcé las cejas. No es que me debiera explicaciones, pero... ¿qué demonios ocurría?

—Me ha caído una buena bronca esta mañana —dije, un poco a la defensiva.

—Me lo ha dicho Irene. Entre otras cosas...

—¿Qué pasa, Sergio?

—Precisamente eso.

Bizqueé.

—¿El qué?

—¿Cómo te pedí que me llamaras en la oficina?

—Santos.

—Pues, charlando esta mañana con la jefa, se te ha olvidado.

—¿Sí? —Hice memoria. No encontré el dato. Me dio lo mismo—. Bueno, tampoco es que haya matado a nadie...

—Te dije que era muy, muy celosa.

—Pues lo siento por ella, pero yo no tengo por qué lidiar con sus celos.

—Ojalá eso fuera cierto.

—Puede serlo si presento mi renuncia. No es lo que más me apetece, sobre todo por tener que oír la opinión de mi madre al respecto, pero... ya encontraré otra cosa.

—Habla con Asier.

—¿Para qué? ¿En su empresa también hay una vacante?

—No. Él está buscando financiación para desarrollar una aplicación de gestión de redes sociales que lo va a petar. Además, puede ponerte en contacto con otros programadores en la misma situación.

—¿Y qué sería..., su mecenas?

—La inversora. Con un buen asesoramiento y tu capacidad de trabajo, puedes montarte un negocio muy interesante.

—Lo pensaré... —No entendía del todo cómo funcionaba el tema, pero no perdía nada por hablar con Asier—. Necesito una alternativa para lo de la agencia. Es lo mejor, por mucho que te vaya a echar de menos durante la jornada laboral.

—Yo por fin podré concentrarme más de diez minutos seguidos en las pantallas de diseño.

Sonreí.

—He fantaseado un millón de veces con entrar en tu despacho, sentarme encima de tu mesa de cristal y abrirte las piernas. Ninguna de las ocasiones llevaba ropa interior. En todas, las pantallas acababan en el suelo.

—Yo te he hecho de todo en tu escritorio, hasta con Mónica mirando.

—No sé si me concentraría. —Me reí—. Pero no le vendría mal aprender cómo se hace de verdad.

—Le vendría de puta madre. —Rio también.

Y entre risas y fantasías muy eróticas olvidé su «Ojalá eso fuera cierto».

## EL ARMARIO VESTIDOR

Regresé a la oficina al día siguiente igual de contenta que el anterior, porque no era un día más de condena: era uno menos. No quería precipitarme, pero la idea de presentarle mi renuncia a Irene me daba cada vez más gusto. Me extrañó que ella no llegara hasta las once de la mañana. Y aún más, que lo hiciera acompañada por Mauro, el caribeño. Lo entendí cuando Sergio salió de su despacho para saludarle y ella se puso en modo meloso con su ex: pretendía darle celos.

Me pareció una conducta bastante ridícula, y más a su edad. Luego algo, llámese conciencia, me dijo que yo con casi treinta años había hecho lo mismo con su amigo Ángel y se me pasó la prepotencia. Me dediqué a trabajar, que para eso madrugaba por el momento, y a dejar lo de vivir de verdad para después del horario laboral.

Pasaron un par de semanas, no más de tres, desde luego. Semanas tan radiantes como el sol de agosto, igual de calurosas, incluso tórridas. Semanas que sumaron muchas hebras a la cuerda en la que quería convertirme. La conversación que mantuve con Asier uno de esos días luminosos, por recomendación de Sergio, contribuyó en gran parte a ello.

Quedamos en el piso de la calle Ibiza, cerca de El Retiro. Allí me enseñó su proyecto, me habló del negocio de las *startups*, de sus contactos en Silicon Valley, de márgenes de beneficios y riesgos. Todo sonaba a tostón profundo, pero su pasión por su profesión me lo hizo mucho más atractivo.

—Con una buena inversión las posibilidades son infinitas y muy rentables, pero, ojo —recalcó—, también el riesgo es más grande. ¿Estás segura de que puedes desprenderte de una cantidad de dinero importante sin comprometer tu solvencia?

—Sí, lo estoy.

—Vale, pues, no es que no me fíe —se frotó la nuca—, pero necesito un informe de tu banco que lo corrobore.

—No creo que haya problema —dije un poco ofendida, porque sí que sonaba a que no confiaba en mi palabra.

—Para mí sí lo habría sin ese informe. ¿Tomamos una cerveza y te lo cuento?

—Claro.

Me resumió su historia en un par de botellines y se me pasó lo de la ofensa: su



postura era comprensible y no tenía nada que ver conmigo. La conversación viró a lo personal después; me preguntó por Sergio, yo a él por Lara y me dijo algo..., algo que no creo que se me olvide en mucho, mucho tiempo.

—Aunque lo de la aplicación salga adelante, no voy a ir a Holanda, a no ser que ella me lo pida.

—¿Y eso?

—Porque debe volar sola. Ella es mi mujer, pero no es de mi propiedad, es libre... como un pájaro. Yo solo puedo acompañarla, cuando toque, y sentirme afortunado si decide regresar. En el peor de los casos, si ella encontrara otro... nido, seguiría orgulloso de sus nuevas alas. Y la seguiría queriendo.

Ay, el amor incondicional..., qué suspiro me arrancó. También algo de remordimiento, porque yo dudé de ser tan desprendida con mis sentimientos. Si Sergio encontrara otro nido... No, no quería ni pensarlo. ¿De qué me servía torturarme con una suposición que creía casi imposible? No, sin el «casi». Lo creía imposible. Sin añadidos. Con la fe que da la confianza... Me lo repetí un par de veces por si acaso. Y una tarde de viernes, cuando Sergio y yo visitamos mi casa para revisar el estado de la reforma y descubrimos con gran alegría que la *suite* estaba acabada, terminé de convencerme. Él me ofreció ir a Ikea al día siguiente, que era sábado, para comprar lo necesario para organizar mi nuevo vestidor. Si eso no era amor incondicional, yo no entendía de romanticismo.

Conseguimos llenar su furgoneta de utensilios para almacenaje sin discutir y sin que se nos pegara el clima hostil que reinaba en el centro comercial, comimos en la terraza de la Taquería de mi plaza y, justo cuando nos estábamos tomando el café, me llamaron de El Corte Inglés: llegaba mi cama. Sergio se encargó de vestirla mientras yo firmaba el albarán de entrega. Me ayudó también con los millones de perchas que ocuparon mi ropa (solo la de verano), no abrió la boca acerca de mi síndrome de Diógenes textil, hizo bromas de mis modelitos más atrevidos e incluso llegó a probarse por encima un vestido de lentejuelas: se lo ciñó alrededor de su cuerpo, y le marcaba un paquetón tan tremendo que tragué saliva.

—No me mires así, que... —Sonrió.

—¿Qué? —Alcé la barbilla.

—Suelta los zapatos.

Coloqué los Brian Atwood en una repisita de inmediato; aquella orden prometía. Sergio colgó el vestido, con movimientos demasiado lentos para mis expectativas crecientes.

—Si se arruga, no importa —comenté.

—¿Hablamos del vestido o por fin te has traído a *Soraya* para que me eche un

cable?

Un pálpito contrajo mis músculos vaginales al oírle hablar de mi vibrador.

—Me lo he traído, pero no por eso. A ti no te hace falta ayuda.

Soltó la percha y extendió la mano con la palma hacia arriba.

—Preséntamela.

Saqué de una maleta el estuche y de él, mi fuente privada de orgasmos. Tamaño estándar, corazón de metal recubierto de goma hipoalérgica color rosa fucsia, un hoyito en la base para mejorar el agarre, estimulador multizona y ocho modos, todos deliciosos.

—*Soraya*, Sergio. Sergio, *Soraya*. —Sonreí—. ¿Quieres darle dos besos?

Sergio me imitó la mueca, me quitó el vibrador y negó con la cabeza muy despacio.

—Dáselos tú.

Observé cómo sus pupilas se dilataban al acercarme el vibrador a los labios. Le di un beso lento e intencionado en la punta.

—¿Así? —pregunté.

Tarareó una negación.

—Saca la lengua. —Le seguí el juego, sin apartar la mirada de sus ojos llameantes—. Más... Abre la boca. Muy bien... Joder, muy, muy bien... —Me desabrochó el botón del *short* vaquero y la cremallera con una mano—. Sigue chupando. —Me bajó los pantalones y las braguitas. Me revolví para deshacerme de ellos y de las chanclas—. Con más saliva. Así... Para.

Sacó el vibrador de mi boca y pulsó unos de los botoncitos de la base. Con un ligero ronroneo *Soraya* despertó. Lo recibí entre las piernas con una cadena de gemidos.

—Ah... Ah... Uf... ¡Oh!

Me penetró de una sola vez, colocando el estimulador sobre mi clítoris.

—¿Bien? —Se aseguró.

—Genial.

—Quítate la camiseta. —La arrojé por encima de mi hombro en cuestión de segundos. Y tardé tanto porque uno de mis *piercings* decidió enredarse en el tirante—. Sigue... —Subió la velocidad de rotación del vibrador—. Fuera el sujetador. Abre más las piernas. Bien, muy bien... Ya estás mojada.

Me acarició con la mano izquierda la mejilla, con el pulgar, los labios, metió el dedo dentro de mi boca, rozó mi barbilla, mi cuello, bajó por el centro de mi pecho, acunó mis tetas a turnos. Volví a gemir.

—¡Oh, joder!

—No, no... —Sacó el vibrador un poco, paró de estimularme—. No cierres los ojos. Mira lo que te estoy haciendo. Mírame o pararé.

—Puedo hacerlo yo sola —le provoqué.

Fijé la vista en su cara y él me recompensó con un pellizco en el pezón y un empujón dentro de mi sexo, un meneo que me puso de puntillas.

—Puedes hacer esto sola —subió otro nivel—, pero no lo que estoy pensando.

Sus pecadores labios sonrieron antes de bajar hasta mis tetas y adorar mi carne, cada centímetro de piel. Su lengua trazó círculos sobre mis areolas, chupó mis pezones hasta dejarlos sensibles y duros. Cuando empezó con los mordisquitos, eché la cabeza atrás y las manos hacia delante. Tiré de sus rizos para que subiera, para devorar la boca que me estaba enloqueciendo. Él sacó el vibrador y detuvo la lengua. Gemí frustrada.

—No me estás mirando.

Obligué a mis ojos a obedecer.

—Solo quiero un beso.

No me dio solo uno. Me dio cien. Mil. Un millón. Por mis pechos, escote y cuello.

—¿Quieres que te bese en la boca? —Su susurro en mi oído. Un grado más de potencia dentro de mi sexo. Jadeé un asentimiento—. Córrete.

—Estoy cerca...

Movió la mano: la rotación del vibrador se acercó a mi punto G.

—Y ahora estás más cerca. —Besó mi mandíbula.

—Sí, sí...

Con otro ligero movimiento dio de lleno en mi zona más sensible.

—Y ahora mucho más. —Besó mi mejilla—. Has empezado a sudar. Me estás mojando los dedos. Seguro que te estás contrayendo... Esa es la parte que más me gusta. Cuando te estrechas alrededor de mi polla, cuando me aprietas tanto que apenas siento el condón, cuando me arañas lo primero que pillas y me miras como si te estuviera regalando el paraíso. —Una secuencia de calambres sacudieron mi vientre. Él subió la vibración hasta el último nivel—. Venga, cariño, córrete. Córrete —gruñó contra mi cara—. No aguanto más sin besarte.

Se apartó un poco para mirarme y... me corrí. A lo grande. Sentí un calor fuerte y repentino en cada poro de mi piel, una deflagración que incendió cada átomo de mi cuerpo. Ardí hasta los cimientos y después... silencio.

## OH, LÀ LÀ!

Mis oídos bloquearon todo ruido exterior. Tardé un ratito en volver a percibir los sonidos. La sensación de bienestar que me acompañó en ese momento, la borrachera después del orgasmo, ese tiempo de aturdimiento, me pintó una sonrisa atolondrada en la cara, una que atrajo a la de Sergio.

—Bienvenida de vuelta.

—Lo que tú digas, cariño...

Sergio se carcajeó, lanzó a *Soraya* a la balda de las toallas, me agarró la cara con ambas manos y cumplió con su palabra: me besó en la boca. Con un afán, con tal empeño, que realmente me pareció que moriría si paraba de hacerlo. Todo su cuerpo, su metro noventa entero, empujó hasta empotrarme contra el trocito de pared que había entre los dos arcos que conectaban el vestidor con el dormitorio. Me alegré de que la cómoda no hubiera llegado a tiempo.

—Sergio, Sergio...

Tiré de su camiseta; él se la sacó de encima con mucho menos miramiento. Oí cómo crujía la costura del cuello antes de que aterrizara a saber dónde. Ambos luchamos con la cinturilla de su pantalón mientras volvíamos a comernos a besos. A zarpazos, apresurados, salvajes, conseguimos liberar su erección. Nuestros gemidos se mezclaron en nuestras bocas. Otro empujón aplastó su pecho contra el mío. El calor de su piel me excitó, al igual que el roce de su pezón anillado con acero tan duro como su polla, que latía en mi mano.

—Joder... —gruñó—. Estoy tan cachondo que voy a partirte en dos...

Cuando me hablaba así, desde las tripas, visceral, sincero, solo dejaba opción para una respuesta:

—Hazlo.

Otro empujón provocó el chasquido de alguna de mis vértebras comprimidas contra el tabique. Un gemido ronco avivó las ascuas del último orgasmo donde había ardido. Mi sexo estaba hinchado. Mi cabeza, embriagada de sexo. Froté su erección contra mi humedad. Necesitaba que llenara el vacío que dilataba mi interior para acogerlo.

—El condón, Greta. —Previó mis intenciones.

—Solo un poco...

—Lo de la puntita siempre es mentira.

—Pues métemela entera. —Sonreí.

Él fijó la vista en mi boca, en ese hueco entre dientes que le ponía más que mis tetas, me levantó una pierna y me penetró hasta el fondo.

—Oh...

—A la mierda.

Retiró sus caderas despacio y volvió a embestirme.

—Madre mía...

—No voy a volver a sacártela en la vida.

—No lo hagas. Sigue... Más fuerte.

Empezamos a movernos como locos. Él hacia arriba y hacia delante, con una mano apoyada en la pared, junto a mi cara, y la otra tatuándome las huellas en el muslo anclado a su cintura. Yo tratando de acompasarme a sus envites, profundos, indomables, agarrada a sus glúteos, prietos como su mandíbula. Le mordí la articulación. Él a mí, el cuello. Resollamos sobre nuestras pieles. Más deprisa. Más deprisa. Latimos...

—Tengo que parar.

El rugido que acompañó su frase me erizó todo el cuerpo. Dio solo un paso atrás, pero, por su aspecto, parecía que acababa de recorrer todo el camino empedrado de ascensión desde el infierno.

Me noté tan vacía sin él, tan deseosa de sentir cómo acababa dentro de mí, cómo me llenaba, cómo se volcaba en mi interior, que le pedí lo que nunca había pensado desear con tanto anhelo.

—Quiero que te corras dentro.

—No, joder... —Se tapó la cara con las manos, las deslizó por sus rizos, las enganchó a su nuca—. No me pidas eso. —Su tono suplicó justo lo contrario.

Y es que ¿cómo no se lo iba a pedir? Le tenía ante mí, medio desnudo, completamente erecto, con los brazos flexionados en un ángulo en el que sus músculos... Joder con sus músculos. Se me llenaba la boca de saliva solo con mirarlos.

—No te he dicho dónde quiero que te corras —dije a media voz.

Me picaba la garganta de los gritos que había dado hasta el momento. Necesitaba cuidármela para los que estaban por venir.

—¿Me estás...? —Dejó caer los párpados para enfocarme. Sonrió abiertamente—. Sí que me lo estás... —gruñó, y su labio inferior desapareció detrás de sus dientes bailones—. Te va a encantar.

—Estoy segura.

Lo dije tan convencida de ello como del deseo que latía entre mis muslos. Sergio no me quitó el ojo de encima mientras terminaba de desnudarse con parsimonia.

—¿Te ayudo?

Negó con la cabeza.

—Puedo hacerlo más deprisa. —Se descalzó—. Pero entonces no podría percibir si tienes dudas, ni darte tiempo a pensártelo bien.

—Lo tengo supermeditado.

Sonrió.

—Estás cachonda, Greta. Muy cachonda. Tu cabeza no puede tomar ese tipo de decisiones: bastante tiene con controlar tu respiración. Ahora mismo cualquier cosa te parece válida...

Antes de que siguiera con el sermón, utilicé la palabra mágica.

—Por favor.

Se quitó los pantalones y los *boxers*. De una vez.

—¿Dónde guardas el lubricante?

—En el estuche de *Soraya*.

—Me ha caído fenomenal —bromeó mientras se agachaba hacia la maleta.

—Tú a ella también. Podemos repetir cuando quieras.

Se levantó con el tubo de lubricante en la mano.

—Cuando queramos —me incluyó. Señaló con la cabeza el estante de las toallas—.

—¿Ahora, por ejemplo?

—Te prefiero a ti dentro.

—Cabemos los dos.

Alcé las cejas. Noté la humedad deslizándose por mis muslos.

—¿Los dos a la vez?

—Solo si te apetece.

—No sé...

Sonaba tentador de más, y también doloroso, y morboso, y deliciosamente pervertido...

—¿Lo descubrimos?

Asentí con la cabeza. El cogió el vibrador y una toalla y señaló uno de los arcos del vestidor.

—Vamos a estrenar tu cama.

Cuánto me alegré de haberme decidido por el ancho especial. Dos metros cuadrados de viscolástica para dar rienda suelta a... a... Ay... Qué nerviosa me estaba poniendo. Me detuve a los pies de la cama, frente al trocito de pared entre arcos, la misma en la que me había empotrado, pero por el otro lado. Y hablando de

otros lados..., más me valía relajarme si quería acoger a Sergio.

—Ya sabes que solo tienes que decir que pare. —Dejó las cosas cerca de la almohada.

—Sí, lo sé.

—En serio, Greta. —Se me acercó despacio, precavido—. No es divertido si solo yo disfruto.

—Lo entiendo, tranquilo.

—Lo estoy, ¿puedo ayudarte a que tú también te relajes?

Asentí antes de que me besara largo y tendido. La prisa que nos había llevado a practicar sexo no seguro contra la pared desapareció a base de suspiros. Me tumbó sobre las sábanas nuevas, un poco tías por el apresto, que crujieron bajo el peso de nuestros cuerpos. Más besos, en la boca, en el cuello, en mis tetas. Dulce tormento. Sergio siguió bajando, dedicó mimos a mi cintura, mi vientre, mi monte de Venus. Cuando alcanzó mi sexo y su lengua me demostró que ya había aprendido los secretos de mi clítoris, los nervios desaparecieron. No quedó espacio en mi interior para ellos. Noté sus dedos, jugando por todas partes, mostrándome que entre nosotros no había más límites que los que cada día rompíamos.

—Dame el lubricante.

—¿Ya? —Me contraje un instante.

—¿No me has oído? —Sonrió.

Estiré el brazo y lo agarré a tientas. Él se arrodilló entre mis piernas, impregnó sus dedos con una cantidad que me pareció escandalosa, aunque no tanto como el placer que segundos después empezó a regalarme.

—Dios..., me encanta que hagas eso.

Con el dedo pulgar de una mano deslizaba a un lado y a otro mi clítoris. Con el índice y el corazón de la otra, medio cruzados, dilataba mi ano, lo preparaba para hacerme rozar el cielo.

—Te gusta, ¿eh? —Me penetró más deprisa, más adentro—. Claro que te gusta... A ver qué te parece esto.

Me quejé cuando sacó los dedos; aceleró el pulgar, convirtiendo mis quejas en gemidos, se agarró la erección y la paseó por mis pliegues. Entró un poquito en mi sexo y salió deprisa; más protestas, su risa, un envite que me deslizó sobre las sábanas, que me llenó entera...

—Joder...

... su gruñido ronco, su esfuerzo titánico al salir de mi cuerpo, las llamas en sus ojos al dirigir la vista hasta mi culo... Me abrió más las piernas y me levantó las caderas. Embistió despacio contra mi frunce; las dos arrugas verticales partieron su

coño, su respiración se descontroló, la mía había desaparecido. Noté un ligero escozor, un pinchazo, y se retiró de inmediato. Con más lubricante, ejecutó un segundo intento, mucho más suave, y entró varios centímetros. Temí que hiciera sangrar su labio inferior por mordérselo tan fuerte.

—Ya no me duele —jadeé—. No te contengas.

Se le escapó una mezcla entre gemido y risa.

—No sabes lo que me estás pidiendo...

Tiré de su cintura, envalentonada. Sergio perdió el equilibrio. Tuvo que apartar la mano de mi cadera y colocarla sobre el colchón para no estamparse contra mí. Su polla entró un buen trecho más. Una punzada seca y afilada me robó el aire.

—Dios... Dios...

—No te vuelvas loca o te haré daño. —Me besó en los labios—. Déjame a mí.

—Hazlo de una vez —gemí.

Sonrió.

—¿Cómo se piden las cosas?

—Por favor... —Le besé antes de que volviera a arrodillarse. Más lubricante. Una penetración lenta y golosa—. Más deprisa...

—¿De quién es este cuerpo ahora mismo, encanto? —Me recorrió con la mirada.

—Tuyo.

Retiró las caderas, volvió a penetrarme despacio y llegó más lejos. Me pareció una pasada.

—¿Y este coño? —Acarició mi clítoris y me introdujo dos dedos—. ¿De quién es este coño, Greta?

—¡Tuyo! —grité.

—¿Y este culo? —Repetí el posesivo casi antes de que lo preguntara—. Bien dicho. Es mío. Y yo decido cómo me lo follo.

Siguió empujando con tiento hasta que sus testículos chocaron contra mis nalgas. Bramó. Colocó ambas manos en las caderas, hincó los dedos, tiró hacia arriba y repitió la penetración. Jamás creí que fuera a gustarme tanto. Cada ida y venida lo hacía más placentero, más caliente, más obsceno. El olor a sexo empapó el dormitorio y nuestras pieles. Los sonidos guturales, animales, primarios sustituyeron las palabras que ya no servían para explicar lo que sentíamos. Los besos se convirtieron en lenguaje, escribimos caricias sobre nuestros cuerpos. Nos abrazamos, tan unidos, tan solo uno, que era imposible distinguirnos. Tuve el segundo orgasmo sin darme cuenta de que llegaba; fue rápido, fuerte, diferente, eléctrico. Todavía sacudía mi sistema nervioso cuando Sergio nos colocó de lado, él a mi espalda, agarrado a mi pecho, perdido en mis pliegues, estimulándome para



que no me contrajera, jadeándome al oído:

—En la puta vida he disfrutado tanto como contigo. Nunca lo he sentido así. Nunca.

Me pidió que me tocara sin dejar de penetrarme. Empezaba a sentir un ligero escozor, pero no quería que parara, por nada del mundo. Palpó el colchón, vi cómo cogía el vibrador y después se me cerraron los ojos al sentir cómo lo introducía en mi sexo. Me apartó la mano. El estimulador sobre mi clítoris, llamando a otro orgasmo. Toda yo llena, al completo, a una chispa de saltar por los aires.

—Oh... Oh... Sergio...

—Greta de mi vida...

Palpitó en mi interior con un rugido, sentí un calor distinto; su semen suavizaba los últimos empujones. Una última descarga centelleó por mi cuerpo. Cogí una gran bocanada de aire. Una explosión. Un estallido. La bomba atómica. Napalm sexual envolviéndonos. Todo se desintegró. Las puertas del conocimiento se abrieron para mostrarme la verdad más incontestable: como me llamaba Greta Ortiz de Zárate, yo quería a volver a repetir aquello.

## ARTE

Lo que nadie cuenta del sexo anal es que:

1. Después, el asunto tarda un ratito en volver a su estado habitual.

2. Todo lo que sube baja, y, por lo tanto, todo lo que entra sale.

Lo descubrí estrenando el inodoro de la *suite*. Y no fue un descubrimiento agradable, por eso me gusta advertirlo. La toalla que Sergio usó para asearse en la cama no la volví a ver, ni falta que hizo. Para lo único que quise tener ojos cuando me tumbé a su lado fue para empaparme de su expresión de placidez extrema, de hombre bien follado.

—Muy bien follado —replicó al comentárselo.

—A mí también me ha gustado mucho.

—Eso me ha parecido. —Sonrió, boca arriba, jugando con los rizos de su frente. Giró la cara para mirarme—. No he cumplido tu fantasía, pero me he acercado.

—¿A qué te refieres?

Cambió sus rizos por mis ondas, que apartó de mi cuello.

—Me dijiste que te atraía la idea de hacértelo con dos tíos.

Mi estómago se retorció un poquito. Bajé la mirada. Le acaricié el pecho.

—Lo prefiero así.

—Y yo, encantado. —Me levantó el mentón—. Perdona si te he hecho recordar la agresión.

—No ha sido eso.

Frunció el ceño. Le conté lo de la pesadilla que tuve en su casa. Sin entrar en detalles, pero tampoco eludiendo que me perturbaba que hubieran sido él y Ángel los protagonistas.

—No es que crea que vosotros fuerais capaces de algo así...

—Ya, ya, lo entiendo —asintió, serio—. ¿Has hablado con alguien más del tema?

Negué con la cabeza.

—Como no se ha vuelto a repetir...

Ahí sí omití que me preocupaba sobre lo que un profesional podía opinar de mi relación con Sergio. No quería activar las advertencias que ya acumulaba, no quería unas nuevas, quería... seguir soñando que entre lo imposible y lo infinito solo había un «intentarlo» de distancia.

—Espero que no se repita, pero si sucede... —insistió.

—Sí, yo pido ayuda, tranquilo.

El silencio que se convocó después reveló que mis palabras no le habían tranquilizado. Me abracé a él, intentando encontrar otra cosa de qué hablar. Él había fijado la vista en el trocico de pared entre los arcos. Me incorporé.

—¿Sabes que ya tengo el primer cuadro para mi casa y que acabo de encontrar el lugar ideal para colgarlo?

Me miró ceñudo.

—Pues... no. —Algo de decepción cruzó su rostro.

—Lo compré en El Rastro. No es que sea una obra maestra, pero sí es la réplica de una.

—¿De cuál?

—*Cala lillies*, de...

—Tamara de Lempicka. —Su gesto se suavizó—. Quién si no...

—Vale, señor artista. Ya veo que la conoces.

—No —rio—. Quién si no iba a gustarte tanto. La polaca y tú tenéis mucho en común.

—¿Tú crees?

—Hombre, era una niña bien, refinada y talentosa, enamorada de París. Allí actualizó el concepto de *glamour*, arriesgó con su estética y con sus propuestas creativas enfocadas a la élite. Sus padres también se separaron... —Se me escapó una mueca. Sergio también se incorporó y me recogió la melena detrás de la oreja—. ¿Sabes que se casó con un barón húngaro bisexual?

—Sí. Fue quien la llevó a América, el que la introdujo en los círculos de la burguesía neoyorkina. Estuvieron juntos hasta que él murió. Ella terminó sus días en México.

—Y su única hija cumplió con su deseo y arrojó sus cenizas al cráter de un volcán.

Sonreí; me encantaba compartir su pasión por el arte.

—¿Cuál es tu cuadro favorito de ella?

—*Autorretrato en un Bugatti verde*. Tiene una historia interesante detrás.

—Más bien espeluznante, diría yo. Está inspirado en el fallecimiento de Isadora Duncan.

Abrió muchos los ojos, acercándose a mi cara.

—La bailarina que murió estrangulada porque se le enrolló el fular en las ruedas traseras de su propio coche. —Me hizo reír con su entonación tétrica—. Ese cuadro mola más que el de las calas.

—No para mi dormitorio.

—Me sorprende que hayas escogido una réplica de un mercadillo para engalanar tu casa.

—Pues que no te sorprenda tanto. Si hubiera podido escoger, habría preferido la obra de un gran artista aún por descubrir... —le miré de reojo—, pero como no he podido robarle ningún cuadro porque los esconde a saber dónde...

Se levantó de la cama con media sonrisa y se metió en el vestidor.

—¿Qué haces?

—Ponerme los calzoncillos.

No me sonó fiable, y fui tras él. Me defraudó descubrir que era cierto; ya no pude divisar su culo prieto cuando salió por el otro arco.

—¿Dónde vas? —Me puse una camisola.

—A por tabaco.

—Yo tengo. —¿En qué maleta había metido la ropa interior?

—Era broma, niña bien.

—Huy, pues me estoy partiendo.

—Ven aquí, petarda.

Desistí de encontrar mi ropa interior y me dirigí al dormitorio.

—¿Y esto? —Me llevé las manos a la boca.

—Un cuadro.

—Ya veo que es un cuadro. ¿Dónde...?

—En el armario de la entrada. —Sonrió.

—¿Por eso me has pedido que fuera cogiendo mesa mientras tú terminabas de vaciar la furgoneta?

—Muy bien, Sherlock.

—Pero, Sergio... —Arqueé las cejas.

—Si no te gusta... —Sonó inseguro. Carraspeó—. Quiero decir, que lo he hecho para tu casa, pero si no es de tu estilo, por supuesto que no tienes que colgarlo...

—Voy a hacerlo ahora mismo —dije emocionada—. ¿Me ayudas? No tengo ni idea de cómo se coge un martillo, y lo quiero ya frente mi cama. —Reí, porque las lágrimas estaban a puntito de escapárseme—. Quiero despertarme cada día y sonreír como una idiota al verlo.

Él también sonrió, con orgullo, pero no como un pedante, si no como... como casi un chiquillo, de metro noventa y supermusculado, pero inocente... Dios... Esa sonrisa me hizo adorarle.

—Trae la caja de herramientas que hay en el salón. Pero cálzate primero: aquello sigue siendo territorio comanche.

Exageraba, pero por poco. La idea del solárium, aunque buena, estaba dando guerra. Me puse las chanclas de cuero; el clac, clac resonó en el salón polvoriento. Me apresuré a hacerme con un martillo y un clavo. Cuando colocamos el cuadro, en el trocico de pared que ya habíamos hecho nuestro, nos sentamos en el borde de la cama. Él no apartaba la mirada de mi perfil, y yo continuaba aprendiéndome cada detalle de la obra de arte más bonita que había contemplado.

El soporte era una tabla rematada con un marco blanco. La textura era rugosa. El fondo rosa, muy pálido. Los volúmenes, hechos de escayola y arena, simulaban una pared de ladrillo que había sobrevivido a una catástrofe. En el centro había un corazón negro, solo un contorno que fingía haber sido grafitado. Un corazón maltratado, casi borrado, pero superviviente. No tenía firma. En su lugar, en la esquina derecha inferior de la tabla, había pintada una piedra. Mi nombre estaba en ella.

—Es la piedra que dejaste en la cumbre de la montaña.

—En lo alto del Pital, sí, señora. La culpable de que estemos hoy aquí. —Le miré. Me sonrió—. Soy un bocazas. Ahora te lo voy a tener que explicar, y vas a darte cuenta de que tu novio está pirado, pero, venga —echó los hombro atrás—, me la juego. —Me giré hacia él. Me agarró las manos—. Llegué a El Salvador con un lío de cojones en la cabeza y unos... doscientos mensajes guardados como notas que no sabía si debía enviarte. Te dije que lo haría antes de coger el avión y no cumplí, lo siento. —Jugó con mis dedos—. Entonces no... no había podido distanciarme lo suficiente como para coger perspectiva de lo que me estaba pasando. Y pasé de liarla. Preferí pensármelo dos veces... Bueno, de primeras, pensé en cogerme un pedo de la hostia y vivir la vida loca durante unos días, y lo hice. Y conocí a gente muy maja, y me enseñaron la capital, la bahía de Jiquilisco, el Bosque de Chaguantique, donde le saqué la foto a tu mono... Y me distraje tanto que hasta llegó a joderme el día que me tocó meterme en la camioneta y trasladarme al campamento desde donde partía la expedición. Los dos días que tardamos en poder empezar la ascensión intenté seguir ocupado, pero había poco que hacer y volví a pensar en ti a saco... —Rio con algo de timidez—. Suena como el culo lo de «Pienso en ti cuando me aburro», pero es la verdad, solo conseguía sacarte de mi cabeza cuando estaba en movimiento. Cuando estaba quieto, solo, cada puta noche..., volvías. ¿Y qué pasó? Pues que tallé la piedra, que empezamos a subir aquel monte, que las horas se convirtieron en días, y los días, en meses, que llegó el momento de encontrarme conmigo mismo... y también estabas ahí. Me prometí que tiraría la piedra si no llegaba ese momento, y que, si llegaba, la colocaría sobre la cima, junto con los frenos que le había puesto a lo que sentía, y te llamaría al

regresar para decirte que estaba dispuesto a volver a intentarlo después de un palo como el de Gabriela, pero solo si era contigo. —Pestañeeé y un par de lágrimas mojaron mis mejillas—. Lo de Pablo Alborán fue improvisado.

Nos reímos y apretamos un montón nuestras manos. Nuestras bocas pidieron el relevo para expresar lo que no había que decir. Los dos lo sentíamos.

**EL PAÑUELO ROSA**

No recuerdo cuántas veces hicimos el amor ese fin de semana. Quizá, ni siquiera hubo forma humana de contarlas. Con Sergio el sexo era como él mismo: no seguía un patrón, no respondía a la lógica, no empezaba y acababa en un punto determinado. Sergio era un hijo de Venus, convertía en erotismo hasta los besos más castos. Nos alimentamos de ellos y de comida a domicilio durante treinta horas. Solo usamos el móvil para no morir desnutridos y para enseñarnos o hacernos fotos. No escuchamos más música que la que hacíamos cuando gemíamos juntos. Nos dedicamos exclusivamente a querernos, a conocernos y a follar como salvajes, imprudentes en muchos casos. Nos encantó que no hubiera nada entre nosotros. No tener que parar para buscar, rasgar y enfundar nos daba morbo.

Morbo... Esa palabra nunca podré separarla de Sergio.

Si cierro los ojos todavía puedo sentirle a mi espalda, en el balcón de mi dormitorio, con la luz arrebolada del atardecer, con su aliento en mi cuello. Todavía noto la brisa veraniega rozando mis piernas desnudas, el humo del tabaco saliendo de mis labios, mi sonrisa.

—Déjame por lo menos que me termine el cigarrillo.

—¿Te molesto para hacerlo?

Sus manos se colaron por debajo de mi camiseta, descubriendo que llevaba dos días sin usar bragas y empezaba a dudar de su utilidad. Sus dedos tantearon mi entrada.

—No te atreverás. —Mis piernas le hicieron hueco—. Estamos prácticamente en la calle.

—Estamos técnicamente en un patio privado. Y me voy a atrever. —Su erección pidió el relevo a sus dedos—. Te la voy a meter. Aquí. Ahora. Hasta que se enteren todos los vecinos de lo bien que te lo pasas cuando follas conmigo.

En realidad, creo que se enteró Madrid al completo.

La idea era habernos marchado después de aquello. Era domingo. El lunes trabajábamos... Le dieron a todo. Dormimos juntos. Expressimos nuestro nido hasta las ocho de la mañana. Sergio necesitaba ropa limpia y yo, acudir a la agencia con bragas.

—De verdad que no lo veo imprescindible —bromeó cuando recogía las sábanas;

se las llevaba para lavarlas.

Me reí, echando un vistazo al dormitorio. El suelo estaba también hecho un asco.

—Qué pena, con lo limpito que estaba el viernes.

—Ya ves. Si se entera mi madre, nos mata.

Le miré con extrañeza. Él metió las sábanas en una de las bolsas de Ikea.

—Con no contárselo... —musité.

—Les echaremos la culpa a los obreros.

Se aseguró de que el balcón estaba cerrado. Cargó con la bolsa y su bandolera. Se dirigió hacia el recibidor. Le seguí.

—Vale... —No entendía nada—. ¿Quieres traer a tu madre para que vea el piso o algo?

—No, joder —rio—. Es que lo ha limpiado ella.

Me quedé de piedra. Abrió la puerta de la calle y me cedió el paso, pero no pude moverme.

—¿Tu madre ha limpiado mi...?

—Sí, eso he dicho. Vamos, que todavía tengo que pasar por el piso.

Salí al rellano, derecha a las escaleras, con las cejas a puntito de enredárseme en las ondas del flequillo. Su madre había limpiado mi casa. Remedios. Mi medio suegra.

—Greta, encanto, echa la llave, ¿no?

—Ah, sí...

Me di la vuelta, así, alucinando fuertecito; cerré con dos vueltas de llave y le miré de reojo.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

—Pues que..., que... me ha sorprendido que tu madre...

—Ella es profesional —dijo un poco a la defensiva, cruzando el rellano—. Lleva muchos años trabajando con mi padre.

—No, no. Si no lo dudo. Y me parece muy bien. Es un trabajo como otro cualquiera.

Se paró en seco antes de bajar el primer escalón.

—Por supuesto que lo es. Exactamente igual de digno que el tuyo o que el mío.

—No lo he puesto en duda —me defendí yo entonces.

Bajamos sin mediar palabra hasta el portal. Ese par de minutos intenté encontrar una explicación para darle, pero no lo conseguí. Ni siquiera después de despedirnos en la calle paralela a la plaza. Ni cuando compraba ropa interior. Ni cuando llegué a la oficina. Aún hoy no sé darle coherencia a aquel pensamiento, a la sensación de incomodidad dentro de mi pecho, pero fue real. Me sentí horriblemente mal por que ella, su madre, mi medio suegra, doble superviviente de un cáncer, me hubiera



limpiado el piso. Lo del cáncer no tenía nada que ver, hoy puedo reconocerlo, pero aquel día mi cabeza me bombardeaba con imágenes de ella castigándose los riñones para quitar las manchas de pintura del suelo, con un pañuelo rosa en la cabeza. «Y encima le has regalado el libro de Marie Kondo». Me sentí... me sentí como una mierda, por pensarlo, por que hubiera sucedido, porque todavía quedaba un montón de suciedad que limpiar e iba a hacerlo aquella buena mujer. Por primera vez en mi vida me sentí culpable por tener dinero. Insisto: mi incomodidad no tuvo explicación, no la tiene, pero fue real. Tan, tan real que fui incapaz de disimularla. La cagué con lo más sagrado para Sergio. Pude ver el malestar en sus ojos después de que Irene abandonara su despacho a media mañana. El resto del día, ni siquiera se dignó a mirarme.

La noche del lunes, después de un fin de semana de ensueño, tocó despertar. Discutimos por teléfono. Y fue una discusión gorda. Una de esas que tratas de olvidar después, por fea. De las que solo conservas palabras sueltas, las que más te han herido («niña pija», «clasista»), con las que más daño has hecho («idealista barato», «charlatán de medio pelo», «insensible»).

—¿Insensible yo? —me preguntó—. *Cagien* la hostia... ¡Que estamos hablando de mi madre!

—¡Yo no tengo nada en contra de tu madre!

—Pero no es apta para limpiarte la casa.

—Que sí, joder, ¿es que es tan difícil de entender? No quiero que vuelva a hacerlo porque...

—Porque vas a sentirte mal. Ya me lo has dicho antes. Y te repito lo mismo: tus sentimientos no son más importantes que el pan de nadie.

Cura de humildad, lo llaman, porque lo de «hostia a mano abierta» suena vulgar. Semántica aparte, el efecto es el mismo: duele cuando sucede, pero espabila mucho.

Esa misma madrugada le escribí, retractándome. Me sirvió de poco. Él me dijo que no pasaba nada, pero no fue cierto. Se mantuvo esquivo durante unos días. Hasta rechazó venir a la barbacoa que organicé en el chalet del marido de mi madre, aprovechando que estaban de vacaciones en la playa.

—Pinta bien, pero tengo ensayo.

—Vente luego.

—Tomaremos algo. Y estoy cansado.

—Bueno, pues ven mañana y nos relajamos los dos solos. Podemos... darnos un baño en la piscina, comer algo, follar hasta caer rendidos... —Silencio—. No quiero que sigamos enfadados, Sergio. No me gusta nada esto...

—Mándame la dirección. Intentaré llegar antes de la hora de comer.

Esa fue la conversación más larga que mantuvimos después de la discusión telefónica. Y se produjo porque le acorralé en la sala de descanso de la agencia.

—Pues no sé, corazón —me dijo Natalie. Ambas estábamos sentadas en la terraza posterior del chalet de Aravaca. Dani y Asier estaban preparando la barbacoa—. No veo muy normal que se lo tome tan a pecho cuando en el fondo es una gilipollez. A mí también me espanta que la madre de Dani se ponga a limpiar en casa, me causa una ansiedad tremenda, en plan «Soy una marrana y tiene que venir esta señora a quitarme los cacharros del fregadero». Que vale que la madre de Sergio se gane la vida con eso, pero coño, tampoco pasa nada porque manden a otro trabajador. No sé —repitió—. Yo no le veo el drama, la verdad.

—Hay algo más —musité—. Es... como una sensación que tengo desde hace un tiempo. No he querido sucumbir a las paranoias...

—No lo hagas. Todo termina cayendo por su propio peso. ¿Para qué anticiparte a algo que puede no existir? Estás preparada de sobra para luchar con lo que te echen en el peor de los casos, no necesitar precaver nada.

Mi móvil vibró sobre la mesita de teca. Una llamada perdida.

—Es Carla. Estará en la puerta. Voy a abrir.

Rodeé el chalet y abrí el portón. Efectivamente era mi amiga. Acompañada de Rubén.

—¿No teníais ensayo? —le pregunté

—Tremenda choza, tía. —Me dio dos besos—. ¿Dónde hay cerveza?

No insistí porque la respuesta a mi pregunta era obvia y porque decidí que lo mejor que podía hacer era olvidarme del tema por unas horas con ayuda de altas cantidades de alcohol. Al día siguiente, cuando Sergio viniera, lo solucionaríamos en persona. No quise volver a discutir por teléfono. No quise seguir estropeando lo que él no parecía dispuesto a arreglar. No quise aceptar que el temido final estaba mucho más cerca de lo que pensaba.

## TRAMPAS

El tono de llamada de mi móvil fue lo que me despertó el sábado pasadas las doce. Y me sentó fatal que me interrumpiera el sueño. Necesitaba por lo menos veinte horas más para reponerme de la borrachera que había terminado agarrando la noche anterior.

—¿Sí? —contesté; mi aliento no me tiró de espaldas porque estaba tumbada.

—Estoy en la puerta. ¿Me abres? —dijo Sergio.

—¿Por qué no has llamado al timbre?

—He llamado tres veces, encanto. Con la tontería, llevo un cuarto de hora al solano.

—Lo siento. Ya salgo.

Intenté apresurarme. Me quité la ropa de la noche anterior, que apestaba a churrasco, mientras me lavaba los dientes; no me quedé sin ellos en el segundo resbalón de puro milagro. Me puse una camiseta y el primer *culotte* que encontré en el cajón de la lencería. Troté escaleras abajo, corrí hasta el jardín delantero y abrí el portón. Sergio llevaba sus Carrera de sol, una mochila, una bolsa de plástico, un bañador largo, estilo surfero y una camiseta sin mangas. Sus bíceps me aliviaron un poquito el dolor de cabeza.

—Perdona —jadeé por la carrera, cediéndole el paso—. Me he dormido. Puse el despertador anoche, pero he debido de apagarlo... o yo qué sé. —Me froté un ojo.

Sergio entró sin darme un beso, cosa que me extrañó bastante.

—¿Has tenido que ponerte el despertador para levantarte a las doce?

Cerré el portón con un par de vueltas de llave.

—Normalmente me levanto antes, ya lo sabes, pero anoche nos liamos... ¿Qué tal el ensayo?

—¿Para qué me lo preguntas si ya sabes que no hubo?

—Para que pudieras explicarte.

—O caer en la trampa y mentirte, ¿no?

Me alboroté la melena. Necesitaba un cigarrillo. Y un café cargado, ya de paso. Señalé el lateral izquierdo de la parcela. No le tuve que pedir que me siguiera. Caminamos por la acera estrecha que rodeaba la casa hasta el patio trasero.

—Joder... —Silbó.

Supongo que porque el espacio era bastante grande y tenía de todo. Árboles, piscina, hamacas, columpios, un cenador con pérgola, barbacoa y la terraza cubierta pegada al chalet llena de sofás, cojines y madera de teca.

Sergio dejó la mochila encima de uno de los sillones, la bolsa de plástico, a los pies y se quitó las gafas de sol. Entornó la vista, colgándose la Carrera del cuello de la camiseta.

—¿Has desayunado? —le pregunté.

—Hace un rato, sí.

—¿Una cerveza?

—Todavía no.

—¿Quieres ver la casa?

—Luego, si eso.

—Bueno, pues... —Tiré del bajo de mi camiseta—. Busca con qué entretenerte tú solo mientras me pongo el bañador.

—Tranquila, hay columpios.

La bromita me relajó un poco.

—No tardo.

—Espera, toma. —Me pasó la bolsa de plástico—. Hay un par de cosas que necesitan frío.

—¿Por qué has traído nada? —Negué con la cabeza.

—Porque sí.

Tardé lo menos que pude en ponerme el bañador del unicornio tornasolado y embadurnarme de protección solar. Me senté a su lado en el sofá más grande, el que estaba debajo de la ventana de la cocina, con una taza de café en la mano apenas unos minutos después.

—En cuanto me lo tome y consiga ser persona, nos bañamos, ¿vale?

—No hay prisa. —Apretó mi rodilla derecha.

Y eso me tranquilizó aún más. Bebí un par de tragos antes de preguntarle:

—¿Te ha costado encontrar el chalet?

—He puesto el GPS. —Sonrió.

—Evidentemente —reí—. Tengo un resacón bestial, te ruego paciencia conmigo.

—¿Te rayaste por lo del ensayo? —Asentí—. Se canceló a última hora, por culpa del puto Rubén, y me quedé con los demás, tomando algo.

—Vale, no pasa nada.

Lo dije buscando que me confirmara que así era, que no pasaba nada entre nosotros, que todo era una paranoia mía. Él cerró la boca y me acarició con el pulgar la rodilla antes de apartar la mano y echarse hacia atrás. Puse la taza en el

suelo de losetas, crucé las piernas encima del sofá y me incliné hasta reposar la cabeza a su lado, dispuesta a acabar con la distancia que parecía haberse abierto entre nosotros.

—Aunque pueda parecer lo contrario por el recibimiento, me alegro un montón de que hayas venido —dije a modo de confesión.

—Yo también me alegro. —Sonrió, con esa ternura que me dedicaba algunas veces—. Y el recibimiento ha estado genial. Deberías haber visto lo guapa que estabas frotándote los ojitos.

—Sí, seguro que estaba preciosa.

—Lo estabas. —Fijó la vista en mis labios—. Lo eres. Cuando pienso en tus rasgos, creo que te tengo idealizada. Y luego te veo y... boom. Eres todavía más guapa.

Sonreí tanto que terminé haciendo juego con el unicornio de mi bañador.

—¿Lo piensas mucho?

Busqué el contacto de su mano derecha.

—Esa pregunta tiene trampa. —Me acarició los dedos—. Si te digo que sí, parezco un obseso, y si te digo que no, un mentiroso.

—¿Y qué prefieres?

—Obseso, por supuesto.

—Respuesta correcta —bromeé—. Puedes montarte en los columpios un rato.

Nos reímos.

—Me apetece más la piscina. ¿Te has terminado el café?

Me incliné, doblándome sobre el costado izquierdo, para alcanzar la taza.

—Me falta el último trago.

—Pues, venga, al agua. Tú nunca te tomas el último.

Se descalzó y se puso en pie.

—¿Sabes que probablemente eres el hombre más detallista que he conocido?

Se quitó la camiseta y la colocó sobre la mochila.

—Lo de acordarme de todo no sé si es un don o una condena. Lo de los regalitos... Me gusta que la gente tenga un recuerdo mío, supongo.

Que me metiera en el saco de «la gente» no me hizo mucha gracia, pero recordé algo y preferí tirar de ese hilo.

—¿Cuándo me vas a dar lo que me trajiste de El Salvador?

Torció la boca.

—Lo tengo en el piso. —Sonó a mentira.

—Pues a ver cuándo me invitas, llevo meses con la intriga.

—Es una tontería. De hecho, creo que debería haberte traído algo de bisutería.

—Genial —mascullé—. ¿Nos bañamos o qué?

Y, como lo último que quería era discutir, aunque cada vez lo veía más fácil, me dirigí al borde de la piscina, cogí aire bajo el sol de agosto y me zambullí. Crucé toda la piscina buceando, apelando a mi paciencia, intentando serenarme. Cuando emergí, me encontré con la mirada de Sergio. Solo unos segundos de contacto visual directo le sacaron una sonrisa. Mi tensión volvió a un nivel tolerable.

—¡Vamos, cobarde! —chillé—. ¡Está buenísima!

—No soy cobarde. Solo... ¿Tienes manguitos?

Me carcajeé y di un par de brazadas hacia el centro de la piscina. Se tiró de cabeza. Apareció a un metro escaso de mí. El agua se escurría por su cara. Sacó la mano y se echó el pelo hacia atrás. Me acerqué. Nuestros pies se tocaban a intervalos. Estiré el brazo y le acaricié la cara de lado a lado. Me entretuve en el mentón y el bigote, rocé sus labios antes de volverla a sumergir.

—¿Cuánto llevas sin afeitarte?

—Desde la mañana de Ikea. —Recorrió mi cara con la mirada—. Ese finde no tuve tiempo. —Sus ojos brillaron—. Durante la semana no me he visto... motivado.

—Siento muchísimo lo de tu madre.

—Yo también. No nos entendimos y...

—¿Te preocupa?

Asintió, demasiado serio de pronto.

—Me preocupa intentar hacerlo bien y que todo se vaya a la mierda por... falta de diálogo.

—Eso no va a pasar. No siempre estaremos de acuerdo, pero nos queremos, ¿no?

—Su rostro se suavizó—. Pues podremos con ello.

Supe que él no lo creía. Soy ilusa, no tonta; por eso no renuncié a mis ideas, ni mucho menos a mis sentimientos. Yo estaba tan convencida de que el amor puede con todo que creí tener suficiente fe para los dos. No me traicioné a mí misma. Que me equivocara o no solo dependerá de quien lo juzgue.

## COMO UNA OVEJA

Sergio me dio el beso que había echado en falta inmediatamente después de arrastrarme a la zona con menos profundidad de la piscina. Fue un beso muy largo, sentido..., amargo. Sergio tenía algo en la punta de la lengua, ese algo que nos estaba distanciando. Tuvo que apartarse de mí para poder respirar. Su torso quedó a merced del aire, poderoso y reluciente por el agua. Volvió a echarse el pelo hacia atrás y a pasarse la mano por su creciente barba.

—Me ha dicho Asier que hablaste con él.

—Sí. Hace unos días ya. —Me apoyé en el borde la piscina—. Anoche también salió el tema y cada vez estoy más convencida. Voy a estudiar seriamente lo de convertirme en inversora.

—Cuentas con el dinero de tu padre para hacerlo y Asier es un puto *crack*. Como ingeniero informático y como persona. No va a consentir que te arruines.

Me mordí el labio, pero no conseguí callarme.

—También es mi dinero.

Sergio hizo una mueca de medio lado, apoyó sus manos rudas en el borde y se impulsó para salir de la piscina.

—Si vamos a discutir sobre eso, prefiero estar fuera del agua. Siempre me ha dado mal rollo lo de morir ahogado.

Yo también salí, pero con mucho menos estilo. De hecho, casi me como el bordillo por culpa de la nueva forma de su bañador. Se le pegaba demasiado. Me obligué a mirarle a la cara.

—Ni soy capaz de ahogar a nadie ni tengo intención de discutir contigo.

—¿Y crees que yo sí?

—Me lo lleva pareciendo desde que has llegado. —Me crucé de brazos.

Me señaló con ambas manos.

—Pues parece que lo he conseguido.

—Genial, ¿verdad? —Alcé las cejas—. ¿Y sabes qué es mejor aún? Que estamos echando a perder el poco tiempo que tenemos. —Frunció el ceño—. Mañana es lunes, en la oficina no puedo ni mirarte y después tendrás tres mil cosas que hacer.

—Siempre te digo que te vengas.

—Sí, claro. Siempre puedo adaptarme a tus planes... ¿Y qué hay de los míos?

—Es muy buena pregunta —se burló.

Me abracé más fuerte.

—Por ahí no, Sergio. No quiero perderte el respeto mandándote adonde te estás mereciendo.

Le di la espalda y rodeé la piscina en dirección al chalet. Cogí una toalla del armario del hueco de la escalera. Me froté con fuerza la melena, me sequé el cuerpo a conciencia. No conseguí tranquilizarme. Subí a mi dormitorio para cambiarme el bañador por el biquini de ganchillo. Me puse también unos *shorts* vaqueros muy rotos, como mi paciencia. Cogí el tabaco. El mono de la foto me observó todo el proceso desde la mesilla. Ya no me parecía tan inofensivo.

Cuando salí del chalet, encontré a Sergio sentado en el sofá que había debajo de la ventana de la cocina. También se había vestido: pantalones *cargo* y la camiseta sin mangas. Su bañador mojado descansaba sobre el césped; al lado, una toalla mediana.

Puse el tabaco junto al cenicero que había en el centro de la mesita de teca y me senté en la otra punta del sofá con las piernas cruzadas. Sergio se revolvió sobre los cojines. Me miró.

—No me gusta hacerte sentir incómoda. —Alcé una ceja—. Lo digo en serio. Si quieres que me marche... —El sonido de su móvil le interrumpió—. Un segundo —me pidió.

Se levantó para sacarlo de su mochila. Frunció el ceño al descubrir quién le llamaba. Dudó en cogerlo, se lo vi en la cara. Dejó el pulgar suspendido un segundo sobre la pantalla, soltó todo el aire por la nariz y pulsó.

—Dime, Mauro. —Empezó a alejarse hacia la derecha—. Un poco, pero cuéntame.

Su voz se fue perdiendo. De los diez minutos largos de llamada solo pude pillar un par de cosas sueltas. «Se le pasará», porque lo repitió varias veces y conseguí leerlo en sus labios y «No es cosa mía» porque levantó la voz al decirlo.

Regresó al sofá, con su cara de mal vinagre de sobra ensayada, y lanzó el móvil sobre la mesa. Quise que saliera de él lo de contarme qué estaba sucediendo, pero no le vi dispuesto.

—¿Va todo bien?

—Ya ves que no. —Su teléfono volvió a sonar. Pude leer el nombre de Irene antes de que lo agarrara—. Y ahora esta. Joder...

Se marchó al jardín delantero para contestar. Me fumé dos cigarrillos antes de que regresara.

—Tengo que irme —dijo sin mirarme. Y empezó a recoger sus cosas sin darme más explicación. Me levanté del sofá.



—¿No vas a contarme lo que pasa?

Metió de cualquier manera su ropa en la mochila, me dio un beso asquerosamente breve en el pelo y susurró:

—En cuanto lo arregle te lo cuento.

No me dio opción ni de acompañarle al portón. Se dio tanta prisa que cuando parpadeé ya se había marchado. Miré la hierba, como una oveja, simple y boba. No entendía nada. Y necesitaba hacerlo. Llamé a Carla, por si seguía con Rubén y podía sonsacarle algo. No me cogió el teléfono. Llamé a Natalie.

—¿Qué tal va la resaca, bombón? Anoche batiste algún record olímpico de levantamiento de codo. ¿Sergio no ha llegado todavía?

—Sergio ya se ha ido. Estoy hecha un lío. ¿Puedes venir, por favor?

—En media hora estoy allí.

En realidad fueron cuarenta minutos. Tiempo suficiente para que mi cabeza diera cuarenta millones de vueltas. Traté de convencerme de que era normal que Irene llamara a Sergio un domingo por temas laborales, porque trabajaban codo con codo, y a veces, los imprevistos suceden. Me lo repetí varias veces mientras me alborotaba la melena y soplaba fuerte para dilatar mi garganta, cada vez más contraída. Mi legión de advertencias, las que armadas con lanzas protegían mi corazón, las que Sergio había adormilado con su cambio de actitud, me gritaron a una: «Te estás engañando, idiota». Saqué otro cigarrillo. Estaba demasiado alterada. Cuando Natalie llegó, casi había llenado el cenicero.

—Venga, cuéntamelo todo —me dijo nada más abrir el portón.

Y así lo hice. Nos acomodamos en la terraza trasera y le relaté a mi amiga con pelos y señales cada una de mis emociones, disertándolas, dividiéndolas en partículas tan pequeñas que, al cabo de un buen rato, ya ni parecían tener sentido.

—Es difícil de explicar —me excusé—. No sé... —Tragué saliva—. No sé cómo quitarme de encima esta especie de mal presentimiento que tengo.

—A ver... —Me acarició la melena—. Se supone que te debería decir que te quedas con lo importante, que él te quiere y tú también, que *love is in the air*, «nanana, nanana» —canturreó la canción de marras—. Pero tu sexto sentido es el radar más infalible que conozco. Y, además, el hecho de que estés rayada también es importante. No debes tragarte el sapo solo porque estéis enamorados, ¿me entiendes? —Asentí; claro que lo entendía—. La única persona que merece un sacrificio tan grande, la única en el mundo —repetió—, es Charlie Hunnam. —Me hizo reír—. Una cosa es ceder un poco para que una relación funcione y otra es tener que renunciar a tus sueños por ella.

—Procuraré recordarlo.

—Si quieres ser feliz de verdad, deberías hacer mucho más que eso.

**BUENOS MODALES**

La conversación con Natalie, que se alargó hasta después de la cena, me sirvió más que un año de terapia con el mejor psicoanalista. El lunes llegué a la oficina descansada, enfocada y mucho más dueña de mí misma. Entré en el departamento con una firme determinación: conservar mi relación con Sergio me importaba, pero no más que mi paz interior. De ella dependía mi bienestar. Por eso debía renunciar de una vez a seguir trabajando en aquella agencia. No quería más problemas con Mónica, ni tener que medir mis palabras con los del departamento financiero, ni sentir inquina por Diego y recelo por Yolanda, ni tener que odiar a Irene por un hombre que era el único motivo que me ataba a aquel trabajo. Además, nuestra relación mejoraría después de mi marcha. Estaba convencida. Tanto que ni lo comenté con él antes de pedirle a la jefa que me concediera unos minutos para hablar.

Quizá si Sergio se hubiera comunicado conmigo a lo largo del sábado o del domingo, habría estimado lo de consultarlo con él, pero, como no fue el caso, me puse mi mundo por montera y me presenté en el despacho de Irene.

—Estoy bastante ocupada, pero sí, adelante —me contestó, sentada detrás de su robusto escritorio.

Cerré la puerta del despacho y me acomodé frente a ella.

—No voy a robarte mucho tiempo. Intentaré ser breve. —«Bye, bye, bitch»—. Te agradezco muchísimo la oportunidad que me diste para formar parte de tu equipo. Han sido unos meses de gran aprendizaje y...

—¿Te estás despidiendo? —Ni el bótox pudo evitar que alzara las cejas.

—Sí. Me ha surgido otra oportunidad laboral y no puedo dejarla pasar.

Apoyó la espalda en la silla y se cruzó de brazos.

—¿Dentro del sector?

—No. En el de las *startups*.

Alzó las cejas levemente.

—Parece interesante.

—Creo que lo es. Por eso necesito todo el tiempo del que pueda disponer para estudiar el tema a fondo.

Aflojó los brazos.

—Es comprensible. —Miró el calendario de sobremesa que tenía junto al ordenador—. Hoy es veintisiete..., así que tu último día sería el once de septiembre.

—En realidad. —Carraspeé—. Llevo cuatro meses y dieciocho días trabajando en la agencia: me corresponden doce días de vacaciones pagadas, más los de asuntos propios que no he utilizado...

—¿Pretendes irte hoy mismo?

—Según mis cálculos, sería lo legal.

—Pero Mónica está de vacaciones. Me quedaría sin asistente.

«Te jodes».

—Quizá ella pueda regresar unos días antes.

«Que se joda».

—Veo que tu decisión está tomada. —Me miró fijamente—. Necesito preguntártelo: ¿lo haces por Santos?

«A ese solo le jodo yo».

—Ya te explicado mis motivos, Irene. —Me puse en pie—. El resto no tiene nada que ver contigo.

Me di la vuelta, directa hacia la puerta. En mi cabeza sonaba *Cool girl*, de Tove Lo.

—Eso es lo que tú te crees.

Parpadeé al girar la cabeza.

—¿Disculpa?

El gesto de Irene encerraba un secreto, uno que estaba deseando compartir conmigo.

—Pásate por el departamento financiero para firmar tu renuncia.

—Eso no es lo que has dicho antes.

Sonrió en silencio y me señaló la puerta. En mi cabeza ya solo sonaba «Eso es lo que tú te crees». Me dirigí a firmar la baja con el ceño muy fruncido. En la fotocopidora estaba Sergio. Sus características ojeras me parecieron más oscuras que nunca.

—¿Qué ha pasado? —me dijo como saludo.

—¿Me estabas esperando aquí para...?

—Sí, joder. —Se pasó una mano por los rizos. Bajó la mirada antes de preguntar—: ¿Te ha caído otra bronca?

Que se preocupara por mí destensó un poco mi espalda.

—He presentado mi renuncia.

—¿Cómo?

—Pues hablando con Irene. Se lo he dicho y ahora voy a firmar la...

—Ya, hostia, no soy imbécil.

—¿Santos? —preguntó Irene a lo lejos.

Él cerró los ojos. Masculló entre dientes. Inspiró hondo.

—¡Voy!

—Sí, corre. Irene estará deseando contarte que me largo.

No llegó a correr, pero por poco. Le faltó tiempo para atender la llamada de su jefa. Yo me alegré de que dejara de ser la mía. Firmé la carta de despido tan contenta. Regresé al departamento para recoger mi bolso; los estores del despacho de Sergio estaban corridos, pero no conseguían tapar la voz de Irene. «Me has mentado». «¿Te das cuenta de las consecuencias de tus actos?». «Esto también afecta a mi agencia».

—¿Cómo que «también»? —musité.

Me colgué el bolso del hombro, di dos golpes en la puerta acristalada y abrí sin esperar la respuesta. Sergio estaba detrás de su mesa, con las manos en la cabeza; no le dio tiempo a cambiar el gesto de exasperación que crispaba su rostro. Irene paró de pasearse por el despacho y me miró.

—Perdonad que os interrumpa, pero me marcho ya. —Me dirigí a ella—. Gracias por la oportunidad. Te deseo mucho éxito con tu agencia. —Después, a él—. Ha sido un placer trabajar contigo, Santos.

Su apellido sonó a insulto. Y yo, conforme. Disfruté viéndole apretar las muelas. Ninguno de los dos respondió a mi despedida. Los buenos modales son muy útiles para cerrar bocas. Me despedí también de Diego, sin hacer comentario alguno sobre su faceta *paparazzi*. Bastante tenía el pobre con intentar trepar en la agencia a base de esas mierdas.

Me sentí genial conmigo misma, con mi comportamiento, cuando pulsé el botón del ascensor. Solté todo el aire despacio e incluso sonreí un poquito. Era libre.

—Greta. —Sergio salía a toda prisa de la agencia. Frenó sus pasos al verme y señaló a su derecha, a la puerta de la escalera de emergencia—. Ven aquí.

Parpadeé.

—¿Cómo se piden las cosas? —Alcé una ceja.

—No estoy para coñas.

—Ni yo en la cama contigo para tener que acatar tus órdenes.

Relajó los hombros.

—Ven, por favor.

Me acerqué y pasamos al rellano de la escalera. Un lugar precioso, luminoso, lleno de magia.

—¿De verdad tenemos que hablar aquí? —Pasé la mano por la barandilla; la palma se me puso gris por el polvo acumulado.

—¿No podías haberme consultado lo de la renuncia?

—Podía..., pero no he querido.

—No te das cuenta de lo que has hecho, ¿verdad?, de la posición en la que me deja. Yo te recomendé para el puesto. Saqué la cara por ti en lo de Mónica. Y no has respetado ni los quince días de cortesía.

—¿Y qué? ¿Irene te va a despedir? —Me burlé.

—No. Irene está demasiado ocupada buscando asistente en pleno agosto porque la última se ha pirado para dedicarse a un proyecto del que no sabe absolutamente nada.

—Esto es... —Me alboroté la melena.

—Es una insensatez.

—¡No! ¡Esto es una broma de mal gusto! —Alcé la voz—. Que tú, ¡tú, Sergio!, solo te preocupes de Irene y de ti cuando soy yo, ¡yo! —me señalé el pecho—, la que ha decidido largarse porque no aguanta la situación es cruel. Ni siquiera me has preguntado por mis motivos. No te estás preocupando si estoy bien o mal o qué demonios pasa conmigo. ¿Tan poco te importo?

—No me hagas chantaje emocional.

Me mordí la lengua. Y el labio. Y los carrillos por dentro. Pero no pude detenerlo:

—Vete a la mierda, Sergio. ¡Vete a la mierda!

Me dirigí hacia la puerta con las mejillas encendidas y muchas ganas de llorar. Me sentía... me sentía incomprendida. Sergio me agarró por detrás, sin hacer fuerza, solo colocó sus manos en mis hombros y pegó el pecho a mi espalda.

—Perdona, perdona... —susurró en mi pelo—. Claro que me importas. Me importas muchísimo, Greta... Más que todo.

Me tragué un sollozo.

—Pues demuéstalo un poquito.

Dejé de sentir su contacto al instante. Una suerte de energía fría como el acero se interpuso entre nuestros cuerpos. Sergio me rodeó y abrió la puerta.

—Pensaba que era lo que estaba haciendo, pero debo de haberme equivocado.

## CON LOS BRAZOS ABIERTOS

Pasé tres días y medio regular. Hasta el viernes estuve recluida en el chalet de Aravaca, sola, por suerte, dedicándome a sobrevivir a mis sentimientos y a estudiar el fascinante mundo de las *startups*.

De primeras, el negocio me pareció un soberano aburrimento. Asier me pasó un montón de enlaces a páginas donde solo se hablaba de dividendos, rentabilidad, riesgos..., y venga números y gráficas y tablas de Excel para descargar. Tantísima cantidad de información me dijo... nada. Fue el azar, como tantas otras veces en la vida, el que me llevó a pinchar en la biografía de uno de los informáticos que requerían financiación. «Ver en el mercado mi propia aplicación es el sueño de mi vida». Volví atrás y pinché en la de una analista de sistemas. «Siempre he soñado con...». Navegué, de enlace a enlace, y detrás encontré mil historias, todas con el mismo denominador común: los sueños. Yo podía ayudarlos a cumplirlos... Y eso era mucho decir. Mucho. Tanto que agarré el teléfono, dispuesta a llamar a mi padre para pedirle el dinero para comenzar, pero me percaté de que ya había pasado la medianoche. No eran horas. Esperaría a la mañana siguiente.

Fue precisamente una llamada lo que me despertó el viernes, poco antes de las ocho. Ver el apellido «Santos» en la pantalla me espabiló de golpe.

—Buenos días, Pepe.

—Y mejores que van a ser. Hoy te terminamos el piso.

—¿Sí? —Me incorporé con la mano sobre el pecho.

—Sí, señora. Nos falta comprobar que el aislamiento del solárium se haya asentado bien y limpiártelo. A media mañana habremos terminado. ¿Le doy las llaves a mi hijo o me espero a que lo veas por si hay algo que no te convenza?

—Puedo acercarme. ¿A eso de las doce?

—Si a tu jefa le parece bien..., allí estaremos.

—Genial, hasta luego.

Esperé que Pepe no me preguntara por la agencia cuando nos viéramos. Incluso recé para que no lo hiciera mientras llenaba un par de maletas con la ropa de entretiempo. Con un poco de ayuda, el fin de semana podría tenerlo ya todo en mi casa. Me costó un poquito creérmelo, pero cuando asimilé que por fin tenía un lugar al que llamar mío, ya no dejé de sonreír.

—Mira qué alegre viene —me dijo Pepe al abrir la puerta blanca de mi casa. Mi casa. No me cansaba de repetirlo.

—Estoy contentísima.

Arrastré los dos maletones hasta el armario de la entrada, el que él me había recomendado instalar muy sabiamente.

—Yo también estoy contento. Creo que todo ha quedado niquelado. Ahora me contarás...

La puerta de la *suite* estaba cerrada y así se permaneció, ya sabía que todo lo que había dentro era perfecto, incluso el corazón que habíamos colgado frente a mi cama, el que en ese mismo momento me costaba hasta mirar. Deambulé por el salón, atenta al sonido de mis pasos; las tablas relucían por el barniz nuevo, pero seguían conservando el eco su crujido antiguo; el papel de las paredes, estriado en plata, estaba impecablemente colocado, los vidrios del balcón, tan limpios que se habían convertido en invisibles, igual que los ventanales que daban a la antigua cocina; corrí la guillotina que los unía y mi salón se transformó en pura luz. El solárium cerrado había sido un acierto, no veía la hora de disfrutarlo. La terraza seguía siendo estrecha, pero no tanto como para no poder comer bajo la sombra del edificio. La nueva cocina era justo lo que necesitaba: funcional; el blanco y el cromado la asemejaban al salón y daban la sensación de amplitud que realmente le faltaba. El cuarto de baño y sus azulejos colocados al revés me hicieron sonreír.

—Hola, bonita. Tiro este último cubo y termino.

Remedios, que no llevaba un pañuelo rosa en el pelo, sino azul, vació el cubo de la fregona en el inodoro.

—Muchas gracias, ha quedado todo estupendo.

—¿Verdad que sí? Mi Pepe es un artista. Le pone mucho corazón a lo que hace. Su hijo tenía a quien parecerse.

—Ha cuidado mucho los detalles.

—Por la cuenta que le traía. Este no era un trabajo cualquiera.

Me aparté de la puerta para que Remedios saliera del cuarto de baño. La caricia en el hombro que me dedicó al pasar llamó a mis lágrimas. Estaba emocionada por ver mi hogar terminado, pero aún más por el cariño con el que me habían tratado ella y su marido. Por un segundo pensé qué ocurriría si Sergio y yo no arreglábamos lo nuestro. La idea de no volver a ver a sus padres hizo rodar las primeras lágrimas. Me escondí en la habitación de invitados contigua. Me enamoré de su papel pintado de ramos verdes, estilo tropical, en honor a mi Nat, que era una loca de la playa y las palmeras. Con el rostro casi seco entré en el último dormitorio, el que habían empapelado con un material similar a la tela estampado con triangulitos rosas y



negros en distintos tonos.

—No veas para casar el papelito de los co...jines —dijo Pepe desde la puerta.

—¿Dio guerra?

Resopló.

—Muchísima, pero mira. —Abrió la mano y abarcó toda la habitación—. ¿Es o no es precioso? —Asentí. Lo era—. Y te voy a decir una cosa: no me convencía nada la combinación... hasta que lo vi terminado. —Sonrió—. Le he hecho un par de fotos para nuestro catálogo, espero que no te importe.

—Claro que no.

—Venga, Pepe, no te enrolles, que Greta tendrá cosas que hacer.

—¡Encima! —rio él—. Gracias a nosotros se está escaqueando de la oficina.

Me sostuvo la mirada después de decirlo. No le debía explicaciones, por descontado, pero me nació dárselas.

—Ya no trabajo en la agencia.

Pepe no ocultó su sorpresa. Remedios tiró de su brazo.

—No seas meticón.

—No soy...

—Que dejes en paz a la chica.

Arrastró a su marido hasta la entrada, y ambos terminaron riendo. Ella fue quien abrió la puerta y se despidió la primera.

—Disfruta de tu casa, bonita.

—Gracias, Remedios. Por todo... —La emoción me estrechó la garganta.

Ella me sonrió, al contrario que Pepe. Se puso serio antes de decirme:

—Ya sabes dónde puedes encontrarnos si nos necesitas. Para lo que sea.

—Sí, lo sé, muchas gracias.

—No me las des. Con la familia no hace falta. —Me guiñó un ojo.

Cerré la puerta antes de que me vieran llorar. «Familia». Ojalá fuera verdad.

Entré en mi dormitorio, me senté en la cama y me vacié un poco de la cantidad de emociones que me asaltaban observando el cuadro. Cuando me calmé, llamé a mi madre.

—¿Qué pasa, hija? ¿Va todo bien?

—Sí —mentí—, ya han terminado con el piso. Ha quedado fenomenal.

—Mándame fotos. O mejor, cuelga y te hago una videollamada. ¿Te has acordado de hablar con los de los muebles? Ya lo tenían todo en el almacén...

Tardamos más de media hora en comentar a través de la cámara todos los detalles de mi nuevo hogar. Mi madre me puso la cabeza como un bombo, para no perder las buenas costumbres, pero aprecié su interés al compararla con mi padre. Él tardó

dos llamadas en contestarme:

—Hola, Greta. ¿Puedes esperar...? Sí, hijo, así, muy bien, rumbo norte. —Sus risas me entristecieron—. ¿Qué me decías?

—Nada, solo que ya tengo el piso acabado.

—Ah, muy bien. Diles que me manden la factura cuando puedan.

—De acuerdo, yo se lo digo.

—¿Va todo bien?

Negué con la cabeza.

—Te echo mucho de menos, papá.

—Pero, Greta... Tienes casi treinta años. Yo a tu edad ya había perdido a mi madre y a mi padre.

—Sí, debería sentirme afortunada de conservar a mi madre al menos.

—No seas injusta.

—No lo soy. Tú decidiste alejarte de mí, a saber por qué motivo. Siempre he pensado que era por mi culpa, porque yo... —me tembló la barbilla— no era lo suficientemente buena para que me quisieras tanto como a ellos, pero ¿sabes qué? Alguien me dijo que eres tú el que se lo está perdiendo, y tiene razón. Algún día te darás cuenta de que el tiempo que no hemos pasado juntos no hay cheque que lo cubra. Y ese día me llamarás, arrepentido y....

—Hija, yo no quiero...

—Déjame terminar, por favor. —Cogí aire—. Me llamarás, arrepentido —repetí—, y yo te estaré esperando con los brazos abiertos.

No supo contestarme. Se mantuvo en silencio con la respiración entrecortada. Colgué sin añadir que esperaba que ese día llegara pronto. Se daba por supuesto.

Sin soltar el teléfono llamé a Natalie y a Carla; también lloré, de pura alegría. Las dos me aseguraron que vendrían lo antes posible.

La última llamada dudé en hacerla. Quería y no quería. Mi corazón enfrentado con mi cabeza. El maldito cuadro recordándome cuánto bueno podía evaporarse si dejábamos lo nuestro a merced del azar y el viento.

—Ya te han terminado tu casa —me contestó—. Me lo acaba de decir mi padre.

—Ha quedado preciosa, Sergio. —Me mordí el labio.

—Estoy seguro.

—¿Quieres venir?

—Sí —contestó al segundo—, pero vuelo a Londres en unas horas. Ya te dije que pensaba ir en cuanto pudiera.

—Lo recuerdo. —Y que me excluyó del viaje, también.

—Me marcho solo el finde. Para pensar un poco... Ya sabes cómo funciono. El

domingo estaré de vuelta. ¿Te parece que me pase y hablamos?

—Como tú quieras.

—Entonces cuenta con ello. Si necesitas, o te apetece... cualquier cosa, aunque sea mandarme otra vez mercedamente a la mierda, llámame.

—Nos vemos el domingo.

—Greta...

—Dime, Sergio.

—Aunque pueda parecer lo contrario a veces..., te quiero. Muchísimo.

Fui yo quien colgó después de su amarga declaración, porque me di cuenta, en ese preciso momento, en mi casa, con la mitad de mi sueño cumplido, que no me bastaba con que me quisiera mucho a veces: merecía que me quisiera bien a tiempo completo, contra viento y marea, incondicionalmente, para siempre. Y no era una ilusa por creer en ello.

*CŒUR DE PIRATE*

El primer domingo de septiembre, a las ocho de la tarde, miré alrededor y suspiré amargamente. Estaba realmente cansada, no había parado desde el viernes. Mi casa empezó a llenarse de muebles y de gente ese mismo día. Carla y los armarios roperos de las habitaciones de invitados fueron los primeros en llegar. Después las dos camas de invitados, sus mesillas correspondientes, cómodas, butacones, lámparas, Natalie y Dani, que fue quien se ocupó de colgar los apliques.

—¿Has visto cómo usa el taladro mi chico? —suspiró Natalie—. Pues todo lo hace igual de bien. —Se frotó la barriga.

Teníamos muchas ganas de que llegara ya noviembre. A finales resolveríamos la porra, no quisieron conocer antes el sexo del bebé.

Mi madre también vino el viernes, acompañada de Asier; se encontraron en el portal, para regocijo de ella, que también se fue con él y con Dani bien entrada la noche. Carla y Natalie no me dejaron sola ni un momento. Mi madre regresó el sábado, poco antes que las cortinas, el mobiliario del solárium, el sofá en forma de media luna, el conjunto de comedor de seis plazas, la librería y la televisión de 60 pulgadas.

—Es una exageración, como el Infiniti —dijo mi madre.

Le pasé un brazo sobre los hombros.

—El salón es grande, y el Infiniti voy a venderlo. —Arqueó las cejas—. No te sorprendas, tenías razón: no necesito un coche tan caro y menos viviendo en el centro. El dinero que saque me va a venir genial para comenzar a invertir.

—¿No se le habrá ocurrido al... a tu padre cerrarte el grifo?—dijo muy seria.

Sonreí.

—Lo he cerrado yo.

Comimos todas juntas en la Taquería. Al igual que el domingo, cuando también se unieron los chicos. Los camareros empezaban a aprenderse nuestros nombres. Me encantó que así fuera. Me sentí feliz en mi restaurante habitual, el de mi plaza, con mi familia... Solo faltaba Sergio.

Llamó al timbre pasadas las ocho del domingo. Mi madre ya se había ido. Carla, Nat, Dani y Asier se repartían por los sillones de mimbre del solárium. Yo estaba en la terraza, apoyada en el murete, apurando un cigarrillo. Miré alrededor y suspiré

amargamente. Estaba cansada. No había conseguido echarlos de casa. Iba a hablar con mi novio de algo que presentía que no era bueno..., nada bueno.

—¿No abres? —me preguntó Dani.

—¿Quieres que vaya yo? —dijo Nat, e intentó levantarse, pero la barriga no se lo puso fácil.

—Ya voy yo... —rezongó Asier.

Me giré para dar la última calada y perdí la vista en el brocal del pozo que había en el centro del patio interior. Al minuto le olí. Aventura y té verde. Mi corazón se volvió loco. Se me cayó la colilla. Mascullé entre dientes un insulto.

—Hola, chicas —dijo a mi espalda.

—Hola —dijo Carla.

—¿Qué me has traído? —dijo Nat.

—A ti nada, peero... —Me di la vuelta. Estaba agachado junto a Nat. Sacó un babero de su maleta de cabina—. A mi sobri le he traído el babero más molón *arround the world*.

Cómo me gustó su acento, tan *british*, tan seco. Me gustó tanto o más que ver la alegría de Nat y de Dani.

—¡¡¡Un babero de Bowie!!! ¡¡¡Te como la cara!!! —Nat se lanzó a sus brazos.

—Tampoco nos calentemos —rio Dani. Le frotó los rizos a Sergio—. Gracias, tío.

—A mandar —dijo Sergio, buscándome con la mirada.

El tiempo se detuvo cuando encontró mis ojos. Vi en los suyos tanta determinación, tanta verdad, tanto cariño, que tuve que apartar la mirada para no deshacerme. Me necesitaba entera para lo que estaba por venir. Que no era bueno. Lo seguía presintiendo. En la garganta, cerrada. En la boca del estómago, ardiendo. En el pecho, donde las puntas de las lanzas de mi legión de advertencias se clavaban con saña.

—Lo suyo es que nos vayamos yendo —le oí decir a Natalie.

Enfoqué la mirada, y encontré la suya, preocupada. Le sonreí. No abandoné la mueca mientras les agradecía su ayuda y nos despedíamos. Sergio no nos acompañó hasta la entrada. Continuó de pie, en medio del solárium.

—Ha quedado de puta madre —me dijo con orgullo.

—Fue muy buena idea lo de las ventanas de guillotina.

Me la dio él, igual que otros mil consejos sobre materiales, colores, instalaciones eléctricas, distribución de los espacios... Me había ayudado más que nadie a conseguir mi sueño. Sentía que mi casa era, en parte, suya. Nuestra... Quise decírselo. Él se agachó para sacar unas llaves de la mochila y se me adelantó al

murmurar:

—Mi padre ha venido a buscarme al aeropuerto y me ha dado esto para ti. Se le olvidaron el viernes.

Sonreí.

—Seguro que sí. —Pepe lo había hecho a propósito, me jugaba el cuello—. ¿Por qué no te las guardas?

Y ahí me jugué el resto del cuerpo.

Sergio apretó las llaves un instante. Asintió con la cabeza antes de dejarlas sobre sofá.

—Primero te cuento una cosa y luego me las guardo, ¿vale?

Ahí estaba. Lo sabía. Había llegado el momento.

—Vale —musité mientras él se incorporaba—, pero, por favor, sea lo que sea..., cuéntamelo directamente, sin rodeos. Sé que ocurre algo. Y necesito saber ya qué es ese algo.

Tragó saliva y me miró a los ojos.

—Irene y yo nos hemos vuelto a enrollar.

—Lo sabía.

Lo afirmé con total seguridad. Era cierto. Tenía esa información en mi poder. Mi mente solo tardó una décima de segundo en demostrármelo. Analizó su frase al instante, sustantivo, verbo y predicado.

«Irene y yo». Los dos unidos por una conjunción copulativa. Muy apropiado. Los dos juntos, de la mano detrás del escaparate de una cafetería o trabajándose durante las reuniones. Riéndose a carcajadas de la ilusa asistente que había caído en su juego de mierda.

«Nos hemos vuelto a». Continuidad. Ya habían estado juntos antes. Él nunca me había dicho lo contrario, pero había mentido por omisión. Muy propio de un maestro del embuste. Típico de idiota haber tragado en anzuelo.

«Enrollar». Eufemismo barato utilizado seguramente para no herir el corazoncito de la ilusa, el que se acababa de romper en mil pedazos, como un vial del veneno contra el pecho, dolor punzante, y calor corriendo por las venas, mis sentimientos muriendo.

Todo ocurrió en una décima de segundo, en el pestañeo de Sergio después de oírme decir que lo sabía. Lo sabía todo. Lo había tenido delante y no había querido mirar. Me había engañado.

—¿Cómo has podido...? —Mi voz estaba llena de rabia.

—No lo sé. —Sonó sincero.

—¿Cuánto tiempo, cuántas veces...? —El pánico nublabla mi cabeza—. ¡¡Joder!!

Lo hemos hecho sin nada, Sergio...

—Te he dicho que nos hemos vuelto a enrollar, no que hemos follado.

No pude evitar reírme. Y no tenía ninguna gracia. Ninguna.

—¿Por qué tengo que creerte en eso?

—Porque es la verdad. Irene y yo tuvimos algo hace muchísimo tiempo, nada más entrar en la agencia. Pero esta vez solo nos... nos hemos dado un par de besos antes de que ella se fuera de vacaciones.

—Preciosa despedida.

—Me sentí mal después de contarte lo de Gabriela. Muy mal. La llamé. Ella podía entenderlo mejor que nadie... Nos vimos y... me dijo que yo estaba dando un cambio brutal. —Se mesó los rizos—. No sé por qué quise demostrarme que no era cierto, cuando lo era, pero... pasó. Supongo que intenté probarme que seguía siendo libre, que mi independencia seguía siendo más importante que lo que siento por ti... Me rayé muchísimo. Y ocurrió. Solo un par de besos, insisto. Me di cuenta enseguida de que no iba a conseguir engañarme, de que me estaba equivocando. Me fui en ese mismo momento y lo olvidé porque no significó nada para mí. Nada, Greta.

—¿Y por qué me lo cuentas si no fue nada? ¿No soportas a tu conciencia?

—Prefiero que te enteres por mí. Ella... lo está complicando. No me extrañaría nada que te llamase cualquier día.

Eso me cayó peor que su «par de besos».

—Vaya, pues muchas gracias. Acabas de confirmarme que yo, en esto, no pinto nada. ¡Nada! He sido solo la idiota de la que os habéis reído. ¿A Gabriela le hicisteis lo mismo?

Mi pregunta le alejó un paso.

—Nunca he pretendido reírme de ti.

—No me lo creo. —Negué con energía—. No me creo nada de lo que salga por tu boca. Me has mentido en todo desde el primer día. Has estado jugando conmigo... y has ganado. Enhorabuena. Llama a Irene, seguro que le apetece celebrarlo contigo. O a Diana, que también estará bien dispuesta, o a la morena aquella que te follaste pensando en mí... Todas bailamos al son de tu flauta, ¿verdad? Nos usas y cuando ya no te servimos ni siquiera te deshaces de nosotras, nos mantienes cerca..., como haces con tus lápices. No se trata de una manía, es que tú eres así: un egoísta de mierda.

Sergio agachó la cabeza, humillado ante mis ataques. Solo se permitió una réplica:

—En lo importante, no te he mentido.

—Tampoco voy a creerte en eso.

Alzó la mirada, herido.

—Pues te he dado más razones que a nadie para que lo creyeras.

—Ah, sí. Es verdad. Me dedicaste una canción en un concierto, me pintaste un cuadro y me llevaste al cumpleaños de tu madre... mientras te tirabas a tu jefa.

—No hemos follado —repitió entre dientes.

—¡Me da igual!

—No me chilles, Greta.

—No chillo, ¡grito! —Me toqué el pecho—. Grito porque me duele, Sergio.

—Solo fueron unos besos. —Bajó la vista al suelo.

—Me da igual.

—Nosotros nunca hablamos de exclusividad.

—¿Esto te dices para dormir a gusto? ¿Te lo ponías como excusa cuando quedabas con Irene... o con Diana?

—Deja lo de Diana. No tiene ninguna relación en esto.

—Pues no sé qué decirte. Cuando le vi los pezones en tu casa intenté pensar que no había nada, pero ahora... Ahora ya me creo cualquier cosa.

—Estás sacando las cosas de quicio.

—Y tú, rompiéndome el corazón. —El dolor que sentía se reflejó en sus ojos al mirarme—. Enhorabuena. Sigues ganando.

Apretó los labios, tensos los tendones de su cuello, ejemplo de contención, de aguante..., fantástico farsante. Dirigió la vista hacia las llaves de mi casa.

—Yo acabo de perderlo todo. —Su voz frágil llamó a mis lágrimas—. Más que todo.

Me giré hacia la terraza para no verle caer, para que no me viera llorar, para ser capaz de pronunciar las últimas palabras.

—Márchate, por favor.

—Greta...

—¡Vete!

Aún hoy tengo grabado a fuego en el alma el eco de sus pasos, el de la puerta al cerrarse; la sensación de vacío aterradora, de desamparo, el frío; el sabor salado de mi llanto, el amargo de su «Más que todo», la sequedad en mi boca, extendiéndose hacia el resto del cuerpo; el temblor de mis manos, llenas de tiempo perdido y reproches que arrojar.

Él me había traicionado.

Se había burlado de mí, de mis sentimientos. Seis meses de mentiras, de esforzarme, de luchar para conseguir... ningún resultado. Su amor negro había sido más fuerte que el rosa de mis sueños. Su corazón, tan desdibujado como un boceto,



era lo único que había sobrevivido. Yo me sentía como la pared bombardeada que pintó detrás. La canción *Cœur de pirate* atronaba en mis oídos.

*«Creo que estoy sola al amarte.  
Tus labios queman mil mentiras  
y me has robado lo que queda de verano.  
No soy nada para ti.  
Solo me querías para algunos meses,  
para ayudarte a olvidar mejor».*

Me fue muy fácil caer en la autocompasión, abandonarme a la pena, hacerme un ovillo y llorar por lo perdido, pero, por suerte, me seguía teniendo.

Yo no me había traicionado.

Había apostado a lo grande, por mi sueño, por amarle y que me amara para siempre, y no había ganado..., así es la vida. Ya había aprendido a encajar sus golpes. Ya vería qué hacer conmigo. Sabría levantarme de nuevo. Esa y las veces que hicieran falta. Era fuerte, confiaba en mí, sanaría. Encontraría nuevos amores, quizá el definitivo, pero el más importante, el único imprescindible para ser feliz estaba conmigo. El amor propio ya era mío.

## EL DESPUÉS

### SERGIO

Me gustan las personas complicadas. Las que están llenas de recodos, aristas y eslabones rotos. Las lineales me resultan aburridas, demasiado predecibles. Son piezas de un puzle donde yo nunca he querido encajar. Y me gustaría aclarar que no me enorgullezco de ser así, solo lo estoy advirtiendo desde el principio para no defraudar a nadie.

Durante mucho tiempo traté de que mi universo fuera algo circular, sin bordes ni límites, un lugar donde las figuras rectas no armonizasen. Si la perfección tiene forma de triángulo equilátero, yo pretendía ser una espiral. Girando. En constante movimiento, pero sin avanzar un centímetro. Tratando de no perder el equilibrio, porque si tropiezas dentro de una rueda, la fuerza cinética puede lanzarte al vacío.

Esa fue mi misión durante todo ese tiempo: evitar el vacío. Llenaba mi vida de actividad continua, procurando ocupar cada espacio libre, de la manera que fuera. Muchos días iba a ensayar sin tener ganas, a entrenar sin tener cuerpo, de copas sin tener sed (de ninguna clase), y algunos viajes solo los hice por seguir acumulando experiencias. Mi único afán era atesorar vivencias de toda clase, solo por la necesidad de no sentir espacios en blanco en mi interior.

Una de las cosas que he aprendido es que el vacío siempre termina teniendo un nombre. Alguien llega un día y lo llena. Aunque no quieras. A veces, viene en forma de esa persona que lleva desde siempre en tu vida y empiezas a ver de la manera adecuada; otras, es fruto de tu propia semilla; puede tener cuatro patas y un ronroneo que te alegre el alma o ser un sueño cumplido... En mi caso, la que llenó mi vacío, la que me llegó tan adentro que encontró cada uno de los ángulos que ocultaba con tanto esmero se llama Greta.

No voy a tratar de justificarme con detalles que he apreciado de ella con el tiempo. No voy a decir que, cuando Natalie me enseñó la primera foto de ella, me impresionó el color aguamarina de sus ojos o que me sobrecogió la honestidad de su sonrisa. Hacerlo sería mentir, y ya no juego a eso. La única verdad es que lo que me llevó a fijarme en Greta fue la apabullante belleza de sus rasgos, la longitud de sus piernas y lo que me pareció una copa C de sujetador.

El escultural cuerpo de Greta entró por mis retinas y viajó por mi torrente sanguíneo hasta rellenar el poco espacio que había dentro de mis pantalones. Sentí

hasta un azote de dolor, seguramente por la presión de la cremallera, justo lo que me animó a interesarme por ella. El morbo de las líneas rojas es una de mis aristas más afiladas.

Le seguí los pasos, en la distancia, gracias a la información que me suministraba periódicamente Natalie. Ella me contó toda su historia. La conocí a través de sus ojos. Creo que ya entonces empecé a enamorarme de Greta. La dulce Greta. La superviviente. La soñadora. Lo mejor que me ha pasado en la vida.

Aún recuerdo a la perfección el vuelco que me dio el estómago al enterarme de que iba a conocerla en persona. Puedo recrear, letra por letra, los mensajes que crucé en el grupo de WhatsApp con Asier y Dani, mis hermanos.

*Asier: ¡Niños! ¿Tenéis planes para Semana Santa?*

*Dani: Hola. En principio, no.  
Natalie solo libra el fin de semana. ¿Por?*

*Asier: Lara quiere celebrar su cumpleaños en el camping y le haría ilusión que vinierais.*

*Dani: No suena mal.*

*Asier: ¿A que no?  
Tres días en la sierra, perdidos del mundo, con ellas...  
Hasta podríamos pillar las mismas cabañas que aquel verano...*

*Dani: Por mí, perfecto.  
Nat dice que se apunta sin pensarlo.*

*Asier: De puta madre.  
Pues, en cuanto conteste Sergio, lo reservo.*

*Dani: Le he llamado hace un rato y no me lo ha cogido.  
Estará en el gimnasio.*

*Asier: Ayer por la tarde hicimos tres horas de pared, no creo que le hayan quedado ganas.  
Me comentó que quería acercarse a Alcalá.*

*Dani: Si se ha encerrado en el garaje de sus padres, puede contestarte pasado mañana.*

*Asier: Ya.  
No se convence de que es demasiado viejo para seguir jugando con pinturas.*

*Yo: Estoy en casa de una amiga.  
Critícadme por privado, cojones.  
He tenido que parar para silenciar el puto móvil.  
Los viejos también follamos.*

*Asier: ¿Pero te vienes al camping o no?*

Yo: ¿A sujetaros la vela?  
¡No!

Asier: Eso es que sí.

Dani: Reserva tres bungalós.

Asier: Lara dice que le preguntemos también a Greta.

Yo: ¿Greta?

Dani: ¿Tú no estabas follando?

Yo: Contesta y sigo.

Asier: Es una amiga de Natalie.  
La que vivía en París...

Dani: Sabe perfectamente quién es Greta.

Asier: ¡No me jodas!

Yo: Solo la he visto en foto.

Asier: Ah, bueno...

Yo: ¿Cómo que «Ah, bueno»?  
¿Es que soy la puta parca?  
¿Morirá si me acerco a ella?

Dani: Sergio...

Yo: Ni Sergio ni pollas.  
Yo no soy el responsable de nadie.  
¡Ni de nada, hostia!

Asier: Claro que no.  
Si ya lo sabemos...

Dani: Pero puede volver a pasar.  
Y nos afectaría a todos.

Yo: No contéis conmigo para lo del camping.

Dani: Esa no es la solución.

Asier: No seas cabezón, tío. Piénsalo bien.  
Y ahora que ya la tendrás flácida, aprovecho para comentarte...  
He pensado regalarle un cuadro tuyo a Lara.  
Que me pintes uno para ella.

*Yo: Con el cabezón de la flácida te lo voy a pintar.*

*Asier: La técnica la dejo a tu elección.  
Solo asegúrate de que lo tenga para su cumple.  
Ya te lo pagaré en carnes en el camping.*

*Yo: ¡Que no voy a ir al puto camping!*

*Asier: Hay un lugar en medio del monte, a unos quince kilómetros, donde Lara y yo acampamos una vez...  
Sería perfecto para el cuadro...  
¿Podrías pintarlo allí?*

*SERGIO HA ABANDONADO EL CHAT.*

Lo hacía a menudo, porque sabía que volverían a meterme. Mi suerte era tener a mucha gente buena en mi entorno, personas que aceptaban mi carácter... peculiar, por no llamarlo egoísta, que me perdonaban los errores que me empeñaba en cometer, que me querían mucho mejor que yo a ellos.

Ahí va otra gran verdad: a Greta no supe quererla. La amé mucho, como no sabía que pudiera amarse porque nunca me había ocurrido, pero no fui capaz de cumplir con las dos únicas cosas que me pidió: que le diera motivos para no arrepentirse y que no le hiciera daño.

Podría excusar todos mis actos en el miedo, el que presumía de ser tan amigo, el mismo que me ató un nudo alrededor del cuello cuando vi en persona su diastema. Si ese huequito tan diminuto de sus dientes era capaz de paralizarme, qué no conseguiría un beso de aquellos labios... Podría justificarme así, a lo cobarde, pero no sería más que eso: una excusa. Yo no supe de verdad lo que era el miedo hasta que salí de su casa aquel domingo de septiembre. Había perdido la confianza de la única persona en el mundo capaz de romper la rueda en la que daba vueltas mi destino.

En la misma plaza del Alamillo empecé a lamentarme por todas las palabras que guardaba para ella, por ser tan gilipollas como para pensar que tendría tiempo para decírselas, por no hacerle una última pregunta.

Necesitaba tanto la respuesta que me di media vuelta en ese mismo momento. Llamé al portero. Después, marqué su número de teléfono. Le escribí un mensaje.

*Abre, por favor.  
¿Cómo puedo arreglar esto?*

La puerta siguió cerrada. No aceptó mi llamada. Nunca contestó a mi pregunta. En su día me sentó como la patada en los cojones que me dio la noche de su

pesadilla. Hoy puedo asegurar, sin riesgo a equivocarme, que me lo tenía merecido. Ella no debía perder el tiempo buscando una respuesta que yo podía encontrar si me esforzaba lo suficiente.

Empecé a trazar un plan esa misma noche en mi piso. Me creí tan listo como para pensar que solo necesitaba a mi cerebro para conseguir que me perdonara. Le di vueltas y vueltas, me fumé un paquete entero de cigarrillos, caminé incontables kilómetros en cuarenta metros cuadrados, saqué sus dibujos, revisé sus fotos... y lloré, lleno de antipatía hacia mí mismo, vacío de ella, muerto de miedo. Greta de mi vida... ¿Qué sería de mí después de haberla perdido?

Así, como un anormal entonando el *Pobre de mí* desde la barrera, viendo correr mi futuro hacia el matadero, ebrio de ira, sin más plan que seguir haciendo el café, llegué a la agencia el lunes. Y me encontré con Diego.

—Buenos días, Santos.

—Podían haberlo sido para todos si te dedicaras a tu vida y no a joder la de los demás —dije sin pararme.

Escuché voces en la sala de descanso. Felipe, el director financiero, y su asistente estaban tomando café. Se callaron al verme en la puerta.

—Cuando acabéis de cotillear un rato, si es que podéis, redactad una carta de despido a mi nombre y sacadme la liquidación.

Al entrar en el departamento, vi la fotocopidora. ¿Cuántas veces había imaginado a Greta apoyada en la bandeja, recibiendo a mi polla con un gemido? ¿Por qué no lo había hecho?

—Buenos días, Santos —me dijo Mónica desde su escritorio.

—¿Está Irene en su despacho?

La rubia levantó las cejas.

—Te noto un poco... ¿Estás bien?

—Estoy intentando no dirigirte la palabra. Pero, si quieres dialogar, puedo empezar a relatarte una barbaridad de cosas que opino sobre ti y sobre cómo te has portado con Greta. ¿Te parece?

—Irene está reunida con Mauro.

—De puta madre. Dos pájaros de un tiro.

Abrí el despacho sin llamar. Ella estaba apoyada en su mesa de madera del año del pedo con los brazos cruzados; él enfrente, sentado, mendigando una vez más su atención.

—Santos —dijo sorprendida. Al estudiar mi cara, al percibir mi monumental cabreo, sonrió y colocó las manos sobre los hombros de Mauro—. No te esperaba tan temprano.

—Claro, porque esto no es una oficina, es el coño de la Bernarda. —Hice reír al cubano—. Divertido, ¿verdad? Es la monda que nos dediquemos a joderles la vida a las personas.

—Hermano, esa no es mi guerra. —Levantó las manos.

—No eres mi hermano. Y tampoco mi amigo. Recuérdalo cuando ella —señalé a Irene— vuelva a rechazarte. Yo no voy a cogerte más el teléfono.

Ya lo hice aquel sábado en el chalet de Aravaca y solo había conseguido estropear un día de piscina que podía haber sido estupendo.

—Mauro, por favor, si no te importa... —Irene señaló la puerta de su despacho; él se levantó, le di el alto con la mano.

—No, quédate. Voy a ser muy breve, y seguro que el tema te interesa. —Cogí aire antes de mirar a Irene—. El primer error que cometí contigo fue en la entrevista de trabajo. Te permití que me acariciaras la mano, sutil, pero intencionadamente, aceptando que mi físico valía más que mi talento. Fue un error de los gordos, pero no tanto como acostarme contigo una semana más tarde, y la siguiente, y la otra. Meter la polla en la olla no está bien. Metérsela a mi jefa, que solo me veía como un trofeo, está mal. Ocultárselo a Gabriela, tu amiga y mi pareja, es muchísimo peor.

A ella no le fui infiel: hacía meses que Irene y yo no nos acostábamos cuando empecé con Gabriela, pero ella merecía conocer todos los detalles de la historia. Igual que lo merecía Greta. Ojalá me diera la oportunidad de arreglar eso también.

—No sabes lo que dices —masculló Irene, y una sonrisilla cínica apareció en su cara.

—Pues, mira, me parece que no. Pero por tu cara puedo hacerme a una idea. —La bilis me abrasó la garganta—. Siempre he rechazado la idea de que, aquella mañana, cuando Gabriela te llamó después de que rompiéramos, se lo contaste todo. —Irene apartó la mirada—. Pero ahora me lo estás confirmando. Yo la dejé en su casa, dolida pero tranquila. Tú te encargaste de empujarla al armario de las pastillas.

—¡No se te ocurra acusarme de eso!

—¿Qué le dijiste, Irene? ¿Que seguíamos liados? ¿Que renunciaba a ella y a la niña por ti? —No pude evitar la mueca de asco.

—¿Y ahora qué más da? Has tenido casi un año para preguntármelo. ¿Por qué no lo has hecho antes?

—Porque hasta ayer jamás me había importado la opinión de otras personas, ni la mía misma. Iba por la vida pensando que quien quisiera arrimarse a mí era el dueño de las consecuencias de mis actos. Yo, con advertir que era un viva la Virgen, lo tenía solucionado.

—Le has contado a Greta que nos besamos y ha roto contigo.

—Y ha hecho de puta madre —asentí—. Y yo voy a hacer lo imposible, todo, para recuperarla.

Irene se tapó una sonrisa con la mano. Rodeó su escritorio bajo la atenta mirada de Mauro, que no podía cerrar la boca por el espectáculo.

—Mira, Santos —dijo ella—, cógete unos días, descansa... No es lo que mejor me viene con una auxiliar menos, pero...

—Ya le he pedido a Felipe que me prepare el papeleo.

Irene palideció.

—No estás hablando en serio.

—¿Me ves reírme, Irene? Se acabó. A ti y a mí ya solo nos une el pasado. Si le tienes un poco de respeto, si nos lo tienes a nosotros, borra mi número, olvida dónde vivo y deséame suerte. Yo te deseo lo mismo.

—La vas a necesitar para que Greta te perdone.

—Voy a necesitar un puto milagro. Pero ¿sabes qué? Ahora creo en ellos.

Me sentí mucho mejor después de aquello. Era el tío más risueño de la cola del Inem. Me vine tan arriba que me dije: «Qué pollas, voy a volver a llamar a Greta, que seguro que me lo coge». Llamé tres veces seguidas. A puntito de la cuarta, me di cuenta de que las técnicas de acosador, de puto pesado que no sabe aceptar un no por respuesta, no podían caber en mi plan. Nada de presentarme en su casa, de rondar por su plaza, de comer, casualmente, en su taquería... Teníamos amigos en común: podía chantajearlos a ellos para que nos arreglaran una cita. Mente brillante la mía.

—Conmigo no cuentas —me dijo Asier por teléfono.

—Sabes que nunca te pido nada.

—Ya, si estoy flipando nivel Dios, no te lo niego, pero... aprecio a Greta. Es una tía estupenda.

—¿Y yo no?

—Tengo derecho a no declarar sin la presencia de mi abogado.

—Abogado, el que tengo aquí colgado —mascullé.

—Mejor que hables con ese que con el que estás pensando. Dani te va a meter la bronca del siglo.

Así fue. Ese mismo mediodía. En mi piso. Se escapó del despacho solo para argumentarme lo que ya sabía: si me lo proponía, podía llegar a ser el mejor gilipollas de todos los tiempos.

—Sí, ya... —asentí sentado en el sofá—, todo es verdad. Soy lo puto peor. Pero ayúdame a hablar con ella, por favor.

—¿Cómo? —preguntó de pie, con el mismo tono inflexible que utilizaba en los



juicios—. ¿La engaño para juntaros en algún sitio y desaparezco? ¿Quieres que le prepare una encerrona? ¿Más mentiras, Sergio? ¿A ella?

—Oh, joder... —Me tiré de los pelos—. ¿Y qué hago?

—Tú, no lo sé. Yo respetaría su silencio y esperaría.

Esperar... ¿Hay un verbo más horrible? Para mí, hombre en constante movimiento, era peor que morir. Aun así, seguí su consejo. Esperé. Cuatro horas. Después, llamé a Natalie.

—No debería ni cogértelo, tonto del culo.

—Necesito hablar con ella. Me estoy volviendo loco.

—No nombres la locura en vano... ¡Ay!

—¿Qué pasa?

—Nada. Un calambre.

—¿Dónde?

—En el coño, desgraciado. ¡Como me ponga de parto antes de tiempo por tu culpa...!

—No me digas eso, por favor.

—Vale, perdona. Ha sido demasiado cruel. Últimamente me dan contracciones de vez en cuando. Tú no tienes nada que ver. —Carraspeó—. Pero menos preocuparte de mí y más de cómo está mi Greta. ¡Mi hermana! ¡MI HERMANA!

—¿Está mal? —Se me cerró tanto la glotis que apenas me salió la voz.

—No, está tocando palmas con las orejas. Las manos las tiene ocupadas intentando sujetarse las heridas.

—No me coge el teléfono, no me abre el portal...

—Y muy bien que hace. Digas lo que digas ahora mismo, no te va a creer.

—Pero... ¡tengo pruebas!

—¿De qué hablas?

—Tengo el finiquito. La baja. Los papeles del paro...

—¿Has dejado la agencia?

—Sí, esta misma mañana, a primera hora. Cuéntaselo, por favor.

—Te adelanto que es probable que siga pasando de ti como de comer mierda.

—Me la juego. Necesito que lo sepa. Y que la quiero. Y que estoy dispuesto a hacer lo que sea para que me perdone. Y que...

—Vale, vale, he pillado el mensaje. Estás desesperado. Intentaré esmerarme.

Ni las dotes de Celestina de Natalie, expertas y amplias, lograron ablandar la roca en la que se convirtió Greta. Me pareció irónico que fuera ese el primero objeto con el que la asocié, detesté la puta piedra, pero no tanto como el regalo que nunca le di. El que había sobado tanto que debí haberlo cargado de energía. O magia, como

decía Greta.

Greta, Greta, Greta... Su nombre siempre vibraba en la boca al pronunciarlo. Me hacía temblar solo con llamarla. Y eso hice, volver a marcar su número al día siguiente poseído por el baile de san Vito. Solo marqué una vez. Fue suficiente para saber que la puerta seguía cerrada. Y así pasaron los días. Y yo desesperado. Y ella..., ella contestando... Ojalá hubiera sido uno de sus «quizá». Ojalá vivir en un bolero. Ojalá no haber parado nunca de bailar con ella bajo la lluvia de marzo. A fuerza de repetir la canción en el reproductor me hice amigo de mi primo, Romeo Santos. También de Lady Gaga, de Amaia y de Rocío Jurado. A Zaz y a Pablo Alborán no podía escucharlos, lloraba demasiado.

—Tío, yo sé que estás jodido y eso —me dijo Rubén, uno de los muchos días que me sacó del piso a rastras para que me aireara un poco. Paseábamos por las calles desiertas, iluminados por la primera luna de otoño. Fue muy romántico—. Pero es que ya ha pasado un mes y... cada vez te noto más distinto. No te reconozco.

—Llevas un polo y te estás dejando crecer el tupé, Rubén. ¿De verdad tengo que explicártelo?

—Carla dice que te echa de menos.

—Y yo a ella. Me cae bien. Quedamos cuando quiera.

—No, joder. —Sus carcajadas retumbaron en los balcones floreados—. Que Greta te echa de menos.

Me paré en seco.

—¿Cuándo te lo ha dicho?

—No sé... La semana pasada o ayer. Ni puta idea.

—Muchas gracias —escupí, cambiando el sentido de nuestro paseo hacia mi casa.

—¿Pero eres tonto o qué? —Rubén tiró de mi hombro—. ¿Cómo no te va a echar de menos? Estaba a piñón contigo, eso no se pasa así como así. Pero la has jodido. Y sigues sin encontrar la manera de solucionarlo.

—¿Y si no la hay?

—Pues te tocará inventarla para ella.

Puto Rubén, cómo sabía tocarme el corazoncito cuando quería. Me puse a inventar en ese preciso momento. Inventaba y la llamaba, para que supiera que seguía dispuesto a arreglarlo. Me lo limité a una vez a la semana. Solo los domingos. A la misma hora que eché a perder la oportunidad de explicarle en persona que por ella era capaz de todo, hasta de lo más difícil: admitir que renunciar a mi libertad por ella no era un sacrificio. Compartir vida con ella era lo único que quería hacer de verdad. Lo único. Un privilegio.

—Hola —me respondió el domingo 21 de octubre. Estaba tan convencido de que

no iba a cogerme la llamada que me quedé sin habla—. ¿Sergio?

Su voz..., amable, dulce, un poco cascada por la mierda del tabaco, dando vida a mi nombre... Joder. No podía ponerme a llorar justo en ese momento. Me aclaré la garganta.

—Sí, soy yo. Gracias por descolgar. ¿Cómo estás?

Me pareció la pregunta más absurda, pero era la que más me interesaba contestar.

—Estoy... mejor.

—No te imaginas lo que me alivia saberlo.

—¿Por eso ahora me llamas cada domingo? ¿Sigues necesitando que te perdone o algo así para... pasar página?

—No. No. No. —Negué con la cabeza hasta que me crujió el cuello—. O sea, sí necesito que me perdones, pero todavía más, que hables conmigo, que me dejes explicarte, solucionar, que yo arregle esto. —Sonaba atropellado y desesperado. Me importó una puta mierda—. Por eso te llamo cada domingo. Y te volvería a llamar todos los días de la semana si no supiera que puedo empeorar las cosas haciéndolo.

Un largo silencio me cortó la respiración. «Vamos, cariño, vamos. Di que sí. Déjame acercarme».

—Ahora mismo solo puedo perdonarte —dijo en voz baja—. Y lo hago por mí. Por mi paz interior. No siento que a ti te deba nada.

—No me lo debes. Al contrario.

—Es verdad. Tú me debías un respeto, como pareja. Ahora... —Sopló. La imaginé revolviéndose la melena—. Ahora tengo que pensar si encajas en mi vida como amigo.

Yo no quería ser solo su amigo. Pero tampoco, anteponer mis necesidades a las suyas. Quería hacerlo bien. Ser honesto, del todo, con ella.

—Me da miedo que, mientras lo piensas, te olvides de que te sigo queriendo.

—Tú eres amigo del miedo.

—Eso era antes, cariño. Cuando no te había perdido.

Colgó sin despedirse. También se lo agradecí. Si me hubiera dicho «adiós» en vez de «hasta luego» me habría hundido. Me sentía aliviado por su perdón, pero continuaba vacío.

Cinco días más tarde, el 26 de octubre, con treinta y seis semanas de gestación y 2,6 kilogramos de peso, llegó al mundo Guillermo Montalbán Díaz. Natalie rompió aguas tras una exploración rutinaria y yo gané la porra siete horas más tarde. Llegué al hospital contagiado por la alegría que me había transmitido Dani por teléfono. Todo había salido bien. A Natalie solo le habían dado unos pocos puntos. El peque había pasado unas horas en la incubadora, pero ya los iban a subir a planta. Corrí

por los pasillos del ala de maternidad hasta que di con la habitación. Mi idea era llamar con precaución a la puerta y encontrarme con los padres primerizos y la criatura, pero aquello... Aquello era un desmadre. Había más gente que en la guerra.

—Hola —dije, pero nadie me prestó atención.

Ni Amparo, la madre de Dani, ni Ángela, la hermana pequeña de Nat, ni sus padres, sus otros hermanos, sus cuñadas y cuñados. Todos rodeaban la cama de la reciente mamá y una cunita de metacrilato que había al lado. Por fin, Dani me vio. Algo dijo, pero no lo escuché, aunque pude ver en sus ojos que estaba sobrepasado.

—A ver, familia —dije en alto. Ni puto caso—. ¡Familia! —Todos se giraron hacia mí. El bebé empezó a llorar. Protestas, miradas de reproche, ademanes poco hospitalarios—. Ya, ya sé que estáis pensando que quién es el tipo este que ha venido a cortaros el rollo. Pues es el tío de la criatura por parte de padre, y os va a pagar una ronda en la cafetería. Salid de forma ordenada. Venga, venga...

Conseguí desalojar la habitación con la ayuda de Ángela, que me tocó el culo antes de engancharse del brazo de su padre. Casi en la cafetería les dije que iba al baño y regresé a la habitación.

—Muchísimas gracias, tío —me dijo Dani, sentado en la cama junto a Nat.

Me acerqué a él. Le di un abrazo y varias palmadas fuertes en la espalda.

—Enhorabuena, hermano. —También abracé a Natalie—. Felicidades, campeona. ¿Te encuentras bien? ¿Te han dejado todo bien cerrado?

—Eso espero.

Que no me soltara alguna de sus contestaciones me hizo saber que estaba mucho más cansada de lo que parecía.

—Saludo al enano y me piro. No quiero molestaros.

—No molestas —dijo Dani—. Cógelo si quieres.

De repente, me sudaron las manos.

—Está dormidito, el pobre...

Dani rodeó la cama y me empujó hacia el sillón azul que había bajo el ventanal. Cogió en brazos al bebé, como si llevara manejando neonatos toda la vida, y me lo pasó con cuidado. Los dos nos miramos, emocionados.

—Este es tu tío Sergio, Guillermo.

Se le quebró la voz al pronunciar el nombre de su hijo. El mismo que el de su padre. Supe que su ausencia ese día era más grande que nunca.

—Hola, Guille. —Le mecí—. Soy tu tío el artista, el que te va a regalar la primera caja de rotuladores para que practiques en el pasillo de casa.

—Y el que va a pintar el estropicio después —dijo Natalie.

Sonreí y le acaricié la cabecita al bebé. Un poco apegada, por cierto. Además, el poco pelo que tenía estaba pegado por una sustancia que... Preferí no pensarlo. Era mi sobri. Y era perfecto.

—Tú no lo sabes todavía, porque eres nuevo, pero tienes una suerte de la hos... —me interrumpí—. Eres muy afortunado. Has nacido en la mejor familia del mundo.

—Joder, Sergio... —Dani se mordió el labio.

Los tres estábamos a punto de romper a llorar. Un par de golpecitos sonaron en la puerta.

—¿Puedo pasar?

La voz de Greta me hizo cerrar los ojos. Agarré con fuerza al bebé. Temí que me fallaran los brazos. Y las piernas. Y el puto corazón, que dejó de latir cuando su aroma de niña bien me acarició la nariz.

—Hola, cariño —dijo a media voz.

«Cariño», ahora sí que iba a llorar. Aunque no fuera para mí esa palabra, la había echado tanto de menos...

—Hola, bombón —oí decir a Natalie.

—¿Qué tal te encuentras? ¿Te duele? ¿Estás cansada?

Abrí los ojos; ellas deshacían su abrazo y se apretaron las manos. Natalie sonreía emocionada. Greta seguía teniendo un culo de escándalo.

—Estoy feliz, molesta por la zona de los bajos y agotada. Pero es tan bonito... —Nat miró a Dani—. Y su hijo también.

Greta se dio la vuelta. No, por amor del cielo, su diastema no. Que parara ya de sonreír.

—Enhorabuena, papá —le dijo a Dani; obvio, a mí ni me miró.

También le abrazó, le frotó la espalda y los hombros, le acarició la mejilla.

—¿Cómo estás? ¿Han aflojado ya los nervios o bajamos a tomarnos un *gin-tonic*?

—La cafetería está invadida de Díaz-Montalbán. Mejor no. ¿Quieres coger a Guille?

Miró a la izquierda de Dani, donde estaba yo plantado con el peque en los brazos y cara de «Hazme caso, porfi, que yo también soy bonito... a veces». Sus ojos evitaron los míos, solo le dedicaron atención al bebé, se enrojecieron al verle tan de cerca. Soltó una risa nerviosa.

—No voy a saber cómo sujetarlo...

—Siéntate en el sofá —dije sin pensar.

Y por fin me miró. Y yo... yo le supliqué mil cosas en un instante. Y ella... ella se sentó. Le pasé con cuidado al bebé. Me dio las gracias. Con un dedo acarició la

mejilla de Guille, la orejita, le cogió una mano.

—Qué pequeñita, por favor... —Levantó la vista hacia la madre—. Buen trabajo, amiga. No puede ser más precioso.

—Como su madrina. —Nat sonrió.

—¿Le vais a bautizar?

—No, pero eres su madrina igual. —Los ojos de Natalie se humedecieron—. Quiero que este niño crezca sabiendo cada día de su vida que nunca le va a faltar el amor, «el motor que mueve al mundo en la dirección adecuada», como me dijiste a los pies del Sacre Cœur, ¿recuerdas? —Greta sollozó—. Quiero que me ayudes a enseñárselo. —Sonrió, orgullosa de su amiga—. Y quiero que lo cuides cuando me vaya de juerga con mi chico. Si eres su madrina, va a estar feísimo que te niegues.

—Creo que incluso está penado por la ley —dijo Dani.

Greta los miró, y después al niño. Sus ojos eran más azules que nunca.

—Ya lo has oído. Otra cosa quizá no, pero amor no te va a faltar, ahijado.

Un hipo me sacudió el esternón. Un montón de lágrimas empezaron a brotar, casi a chorro. Agaché la cabeza, farfullé una disculpa y salí de la habitación. Me fui hasta el fondo del pasillo, donde había un ventanal semiopaco muy grande que me vi tentado de romper con la cabeza. Tenía mucha rabia contra mí. Era un puto gilipollas. Era un mierda de tío. Lo había echado todo a perder. Todo. La mejor oportunidad de mi vida. La mejor mujer. La felicidad al completo...

—Sergio.

Su voz, contenida y prudente. Su presencia, robándome el aire, llenando cada ángulo de mi cuerpo. Me froté los ojos, inspiré bien hondo, relajé los hombros, me di media vuelta... y volví a llorar.

—Lo siento tanto, Greta. Tantísimo... Joder... No puedo... —Gruñí—. No puedo expresar cuánto siento lo que he hecho. Lo que te he hecho a ti. A nosotros...

Sollozaba como un puto crío. En mi vida me había sentido tan mal. Jamás. No encontraba consuelo en nada. Me fui a negro. Entonces ella, la dulce Greta, me envolvió entre sus brazos y me dio un calor, un sosiego que seguramente no merecía, pero, joder..., ya podía morirme tranquilo.

—Perdóname, por favor. Perdóname...

Me aferré a ella, importándome una mierda lo patético que podía resultar, lo descontrolado, lo abatido... Yo era lo que era. Y jamás volvería a ocultárselo a ella.

—Ya te he perdonado, Sergio. No te castigues más.

—Dame otra oportunidad. Lo haré mejor. Ahora soy mejor gracias a ti.

Me sujetó la cara para que la mirara. Quería creerme, se lo vi en el gesto, pero no

podía.

—Hostia... —oímos decir a Asier. Los dos miramos hacia el pasillo. Venía hablando por teléfono—. Nada, mi vida, que acabo de ver a... Luego te lo cuento... Sí, yo se lo digo. Deja de llorar, venga... Yo también te cielo. —Se apartó el móvil de la oreja—. Vosotros, a lo vuestro.

Greta se retiró. Odié a Asier.

—¿Lara está bien? —preguntó ella.

—Bueno... Está disgustada por haberse perdido el nacimiento. Había pillado días libres para venir dentro de un mes, pero... así son las cosas.

Los tres regresamos a la habitación. Los cinco adoramos al niño. Me marché con Asier al poco, cuando la enorme familia de la criatura volvió a invadir la habitación. No hablé más con Greta. Pero aquel día el nacimiento de Guille nos cambió la vida a todos.

Lara regresó de Holanda una semana más tarde. De forma definitiva. Asier me explicó sus motivos mientras la esperábamos en el aeropuerto con una estrofa de una canción de Serrat: «*Le da pena el canario, pero no envidia un halcón*». Eso en un lenguaje más mundano, como el mío, quería decir que la experiencia había estado de puta madre, pero no había sido para ella. Larita era de los suyos, de contacto, defensora de su zona de confort, y hacía muy bien, qué pollas. ¿Quién dijo que ser un halcón es mejor que ser un gorrión?

Dani y Nat dejaron de ser personas para convertirse en padres. Los comienzos siempre son difíciles. Y los cólicos del lactante son la mayor cabronada que ha inventado la naturaleza.

—Pues verás cuando empiece a andar —me dijo mi madre, ocho días después de haber abrazado a Greta por última vez. Así empecé a medir el tiempo: en momentos con ella—. Tú aprendiste justo al cumplir un año, y no andabas, corrías. Siempre has sido un rabo de lagartija.

—No llegaste a decírselo... —me compadecí.

Allí, en la mesa de la cocina de mis padres, la que ni siquiera había visto Greta, y los azulejos eran preciosos; los elegí yo, como los de su casa.

—¿De quién hablas? —Mi madre se limpió las manos en el delantal.

—De la del Infiniti —dijo mi hermano—. ¿De quién va a ser si no?

—Se llama Greta, lo sabes perfectamente —gruñí.

—Dale tiempo —dijo mi madre.

—Dale un pedrusco. El más gordo que te vendan —dijo David.

—Dale buenos argumentos —dijo mi padre.

—Las flores nunca están de más. —dijo Rosana—. Aunque me gustan más los

globos.

—A mí los bombones —se burló David.

—Vale, muy bien —dije molesto—. Yo le doy todo eso. ¿Y luego qué?

—Te declaras —dijeron a coro.

—Ah, fenomenal. Y entonces aparecen los créditos de la película, fundido a negro, somos felices y comemos perdices.

—O los bombones de David —dijo mi padre.

Me pasé las manos por el pelo.

—No me estáis ayudando.

Me fui convencido de que sus consejos no iban a servirme de nada. Mientras andaba hacia el tren de cercanías, marqué el número de Greta. Era domingo. Estaba permitido según mi convenio de acosador autónomo.

—Hola.

Era ya noviembre, pero me entró un calor al oírla... Reviví. Qué puta ilusión me hizo que respondiera.

—Hola, ¿qué haces?

—Sorprenderme de que sigas insistiendo y la maleta. ¿Y tú?

—¿Adónde vas?

—Hay cosas que no cambian.

Tardé un par de segundos en caer en la cuenta de que no le había contestado.

—Estoy pasando delante del Instituto Cervantes mientras me arrepiento de no haberte traído porque es un edificio chulísimo. También estoy digiriendo el cocido de mi madre, que me he comido hace cuatro horas, y que vayas a marcharte. ¿Son unas merecidas vacaciones o...?

No quise terminar la pregunta. No me vi capaz de encajar que necesitara huir.

—No, voy a seguir trabajando en París. Ahora lo hago todo desde el portátil. Otra de las muchas ventajas de ser inversora. Nunca he llegado a decírtelo, pero gracias por aquel consejo. Creo que por fin he encontrado algo que me gusta hacer de verdad con mi dinero.

—Me alegra muchísimo saberlo.

—Y deberías estar orgulloso: no le he pedido ni un céntimo a mi padre para arrancar. Vendí el Infiniti.

—La niña bien se ha hecho mayor —bromeé. Un resoplido al otro lado me hizo arrepentirme. Nuestra confianza era demasiado frágil todavía—. Perdona, era una coña. Sabes que nunca he pensado que lo fueras.

—No, es que... lo de «niña bien»... me ha... —jadeó.

—¿Un golpe en el esternón?



—Justo ahí.

Gracias a Dios. Un rayito de esperanza. Alcé los brazos al cielo. Luego bajé el derecho muy deprisa, para seguir hablando.

—Greta..., puedo estar en tu casa en media hora. Cojo el primer tren. O un taxi. O voy corriendo si hace falta.

—No... Sí... Oh, mierda... —Otro soplido. Y mis brazos, inquietos, porque se morían por abrazarla—. No. Tengo que irme. Ya estaba decidido. Me voy a París una temporada, a reconciliarme con mis sueños, conmigo, con mi pasado y mi futuro... —Hablabas para sí misma—. Y después... Después, si sigues queriendo que nos veamos...

—Por supuesto que querré.

—Vale, pues... te llamo cuando regrese.

—Si quieres hacerlo antes... o no colgar hasta que vuelvas. Como prefieras. Tengo tarifa plana.

Colgó con una sonrisa, estoy seguro de ello. Y yo... Yo me marqué un bailecito, bastante ridículo, en medio de la calle y me dije a mí mismo «Solo tienes que esperar». Qué fácil es decirlo, ¿verdad? Tan fácil como sufrir un brote de cordura.

Me dio esa misma noche, en mi piso, y me jodió cantidad porque me pillaba todo cerrado y no podía empezar con mi plan definitivo. Bueno, mío, mío... En fin, la autoría es lo de menos, lo importante es que me tocó fumar hasta primera hora de la mañana y luego correr como un condenado por media ciudad. No conseguí ni una décima parte de los objetivos fijados ese día. Pero no desistí: tenía una idea, e iba a apostar todo a ella. Para bien o para mal iba a ser la última que haría; me lo jugaba todo, no por sacrificio, sino porque esperaba ganar mucho. Más que todo.

La parte más importante de mi plan definitivo se me resistió de cojones, y llegué a perder la (poca) paciencia que me quedaba. Tardé veinte putos días, o tres llamadas de Greta en mi nueva tabla de medir el tiempo. Cuando por fin lo logré, fui a casa de Dani y Nat, después a una... tienda y, por último, me monté en el primer avión con destino a París. No había un lugar mejor donde hacerlo. Al aterrizar recibí un mensaje de Natalie.

*Está en el mirador de Trocadero.*

Corrí por el aeropuerto. Vi de refilón un puesto de flores. También vendían globos. Toblerone por todas partes. Entré en el taxi a duras penas. Tuve que apartar dos corazones gigantes llenos de helio de mi cara para poder chapurrearle al conductor la dirección. El tiempo volvió a contar cuando la vi sentada en una de las escaleras del palacio de Chaillot.

Su postura relajada me aflojó un poco el miedo. Fumaba despacio, mirando hacia la Torre Eiffel, recién iluminada. Hacía un frío de pelotas, y me acordé del camping, de sus risas nocturnas, de esos puntitos rojos que reflejaban su alegría debajo de esa piel tan fina y suave. Conseguí acercarme a ella, mezclado entre los turistas que hacían fotos sin parar. Me detuve a su lado.

—Perdona, ¿tienes fuego?

Giró el cuello, frunció el ceño, miró mis botas, mis pantalones, sonrió, qué picarona, y ascendió del tirón hasta mis ojos, y después hasta la media docena de globos, enganchados por el cordel al asa de mi mochila. Soltó una carcajada.

—Pareces el niño de *Up*.

—Qué cabrona. —Me partí el culo, sentándome a su derecha sobre el escalón helado—. ¿Tú sabes lo que me ha costado meterlos en el taxi?

—Me hago a una idea. —Apagó el cigarrillo y se lo guardó en un bolsillo. Miró las flores que le había comprado—. ¿Y eso?

—Las he pillado en el parque de ahí abajo.

—¿Envueltas en papel de celofán con el lazo y todo?

—Claro.

Me cogió el ramo y olió el perfume de las gardenias.

—Y además son rosas... —musitó.

—No, son gardenias.

Se rio. Joder. La mejor música.

—Me refería al color.

—Ha sido totalmente casual. Ni me acordaba de que era tu favorito.

Miró por encima de mi cabeza, a los globos. Cogí el lingote de Toblerone que asomaba por la cremallera de mi mochila. Lo saqué como si fuera una catana, mano atrás y ademán seco. En mi puta vida había estado tan nervioso.

—También me he encontrado esto. Si lo quieres...

Lo sopesó con la mano libre, sin parar de sonreír.

—¿Terminaré con diabetes si me lo como entero?

—Seguramente. Pero también lo puedes usar como objeto contundente en una riña. Conmigo no, porfa.

Se mordió el labio, empezaba a emocionarse. Me quité la mochila y la coloqué sobre mis muslos.

—Dime que no vas a sacar un CD de Pablo Alborán.

—Mierda, sabía que se me olvidaba algo. —Palpé el fondo de la mochila y encontré la cajita—. En realidad, solo he traído un par de calzoncillos, por si acaso, y esto.

Le enseñé el estuche. Lo de «Cartier» cantaba demasiado, pero en la puta joyería no tenían nada sin su marca.

—¿Qué... es... eso? —tartamudeó, perdiendo la sonrisa.

—Ábrelo y lo descubres. Aunque, blanco y en botella...

Greta soltó las flores y el chocolate a su izquierda y agarró la caja con manos temblorosas. Cogió aire antes de abrirla. El aro de platino y el diamante de talla Asscher captaron la luz de las farolas y la proyectaron en forma de pequeños destellos sobre su cara.

—Es un anillo —dijo con un hilo de voz.

—De compromiso, sí.

Sus ojos desorbitados al mirarme me hicieron sonreír.

—¿Me estás pidiendo que...?

—A mí me encantaría casarme contigo, montar el fiestorro padre para que se enterase hasta mi tía la del pueblo de que te quiero más que a nada en el mundo. Pero no, no te estoy pidiendo nada con este anillo. Te estoy dando todo lo que tengo. Todo. Hasta el último euro que he podido reunir. —Greta no fue capaz ni de pestañear—. Bueno, en realidad he conservado la furgo, por tener un sitio donde dormir propio por si acaso esto no servía para nada. Pero el resto lo he vendido: mi piso, los cuadros que he podido colocar, mi Sonor, mi cámara de fotos, muebles, la tele... Lo he cambiado todo por un anillo y... aquí estoy. Esperando poder transmitirte que pongo en tus manos lo que tengo y a tu lado lo que soy. Espero que quieras aceptarnos a los dos.

Greta negó con la cabeza. Intenté no entrar en pánico. Escondí las manos en los bolsillos de la cazadora y jugué con la tontería que le traje de El Salvador. Siempre me tranquilizaba.

—No puedo aceptarlo, Sergio. —Cerró la caja—. Yo no necesito un anillo...

—Pero sí que alguien se comprometa a amarte por encima de todo. Y yo quiero ser esa persona. Que no te gusta el anillo, vale, no pasa nada: véndelo e invierte el dinero en tu negocio. O dónalo a una buena causa. O tíralo a una alcantarilla. ¿Qué más da mientras me aceptes a mí?

Soltó el aire despacio y miró a la Torre Eiffel, al cielo, a mis ojos, a mis labios. Me iba a dar un mal como no respondiera pronto. Fijó la vista en mi mano juguetona.

—Venga, dámelo ya. Llevo meses esperando.

Sonreí.

—¿De qué hablas?

—Sabes bien de lo que estoy hablando.

Saqué la mano cerrada; antes de abrirla me vi obligado a explicarle:

—He pretendido dártelo muchas veces. Cuando volví del viaje no tuve coraje, más tarde... llegó a parecerme... inapropiado. Pero tienes razón: llevas meses esperando y es tuyo.

Giré la muñeca y estiré los dedos. Greta soltó un suspiro, ladeó la cabeza y sonrió con dulzura, con la suya, arqueando las cejas.

—¿Una peonza, Sergio?

Me encogí de hombros.

—Es lo que eres, me lo dijiste tú.

La cogió con dos dedos, uno en cada extremo de las puntas, y la hizo rodar con el corazón. El acero del que estaba hecha brilló tanto como el solitario de diamantes.

—También te dije que odiaba serlo.

—Por eso me llegó a parecer una cagada habértela comprado. Pero ¿sabes qué? Hasta lo que más odias es parte de ti. Y tú, para mí, eres perfecta. Tan perfecta como el círculo que dibuja la peonza cuando se mueve. —Me sonrió—. Ya sé que me has dicho muchas veces que querías convertirte en cuerda, pero, en realidad, ya lo eras. Solo tú... y tú, y tú... —canturreé para que siguiera sonriendo— tienes en tu mano el poder de hacer que tu vida ruede o de detenerla. Tú manejas la peonza, no ella a ti, cariño.

La apretó y asintió antes de guardársela.

—Esta sí me la quedo.

—¿Y conmigo?

Me miró de soslayo.

—¿Tengo otra opción? —Se tocó el pecho—. Yo siempre he buscado el amor, el que me cambiaría la vida, el definitivo. Ahora que lo tengo, no puedo renunciar a él.

—Sí puedes. Y buscar otro. Y vivir sola, tan feliz. Tú eres capaz de todo. Pero si me eliges a mí, te aseguro que jamás volveré a no tomarme en serio lo nuestro, jamás volveré a pensar que estoy perdiendo libertad por estar contigo, jamás volveré a probar mis sentimientos con otra persona, porque ya sé que tú eres la única con la que quiero compartir mis días. Todos y cada uno de ellos. Antes no creía en el para siempre, pero tú me has enseñado que la eternidad puede ser demasiado breve para darte todo el amor que te guardo.

Greta nunca me contestó con palabras a mi declaración: lo hizo con un beso. Y yo me sentí como los globos en forma de corazón que fueron testigos de nuestro compromiso. Me hinché de felicidad hasta el punto de temer explotar en cualquier momento. Hasta hoy no ha sucedido. Sigo entero, salvaje, lleno de amor para ella, viviendo... nuestra vida en rosa.

## EPÍLOGO

—Buenos días, niña bien.

Dios..., cómo me gustaba despertarme con ese saludo. Había pasado año y medio desde la primera vez que lo había oído y todavía me erizaba la piel.

—Buenos días, cariño. —Me revolví entre las sábanas, le besé en el cuello y me acurruqué en su pecho, como cada mañana desde que volvimos de París, hacía ya diez meses.

París... No pudo ser en otro lugar. Nunca podré agradecerle lo suficiente a Sergio que me regalara un recuerdo tan bonito en mi ciudad soñada.

—¿A qué hora nos traen a Guille? —me preguntó con su voz ronca de recién levantado.

—A las diez.

—De puta madre. Tenemos tres horas.

Me montó a horcajadas sobre su cuerpo y me quitó el camisón. Madrugar para hacer el amor sin prisas cada día también se había convertido en un hábito. Uno al que no le presenté ninguna objeción. Nunca he vuelto a tener mal humor matutino.

Eran poco más de las nueve cuando desayunamos en el solárium. Las nueve y media, cuando compartimos un cigarrillo en la terraza.

—¿Cuándo dejamos esta porquería? —Dio una calada—. ¿Antes o después de la boda de Carla y Rubén?

—Tu madre se ha ofrecido a pagarnos el tratamiento. —Sonreí—. Se nos debería caer la cara de vergüenza.

—Ah, ¿pero todavía nos queda?

Me miró, como en la última visita al supermercado, donde terminamos metiéndonos mano en la sección de las conservas hasta que un vigilante nos amenazó con denunciarnos.

—Somos unos eternos adolescentes, ¿te das cuenta?

—¿Y qué? ¿Tú eres feliz?

Le acaricié los rizos.

—Cada día más. ¿Y tú?

—Yo... —Dio la última calada—. Empiezo a entrar en bucle. —Aplastó la colilla en el cenicero que siempre teníamos en el rincón de la terraza, se puso a mi espalda y me acarició la oreja con la punta de la nariz—. Todos los días me despierto pensando: «Qué suerte tienes, cabrón, no se puede ser más feliz que tú». Y luego te doy los buenos días y tú me sonríes y lo soy un poquito más.

—Te quiero —apreté sus antebrazos, que rodeaban mi cintura.

En los míos ya no había tinta azul, ni delfines, ni nombres de personas que no significaban nada. Una frase en letras negras cubrió de presente mi pasado. «*Je rêve la vie en rose*».

—Yo también te quiero, cariño. Tanto, tanto... que he rechazado la campaña de los perfumes y ahora tengo dos semanas libres para irme contigo a Londres.

Giré la cabeza de inmediato. Sergio había logrado establecerse con éxito como diseñador *freelance* en poco tiempo. En gran parte por su arte, y en una pequeña por los contactos de Carla como *brand manager*. Pero rechazar esa campaña eran palabras mayores. Renunciaba a mucho dinero y prestigio solo para hacer un viaje que podía seguir esperando.

—Con un par de días habría bastado —musité, lanzándole una mirada cargada de corazones negros, como el suyo; el color del amor ciego, incondicional, eterno.

—No estoy de acuerdo. Te mereces unas vacaciones largas. No has parado de currar a tope desde que te marchaste de la agencia. Además... —me acarició con los pulgares—, había pensado que podíamos aprovechar para hacer escala en Barcelona a la vuelta. En su día le pedí tu mano a Natalie porque hacerlo con tu padre no tenía sentido, pero ahora estáis mejor.

—Di la verdad: ahora tengo una relación muchísimo más estrecha con él porque tú no has dejado de acercarnos.

—Semántica. —Sonrió—. ¿Dónde escondes el anillo?

—Lo vendí.

—Mentirosa. —Me hizo cosquillas—. Me apuesto lo que quieras a que lo guardas con la peonza y el mechero que te di en el camping.

—Y ganarías. —Le besé.

—Contigo lo único que he perdido ha sido la cabeza. Y esa no me hace falta para quererte. Para siempre.

No todas las historias de amor tienen un final feliz, pero yo creí que merecía una que no terminara nunca y hoy solo puedo decir: Bienaventurados los ilusos, porque de ellos será el reino de los sueños.

## AGRADECIMIENTOS

«Solo no puedes, con amigos, sí» es una frase de La bola de cristal que define a la perfección lo que he aprendido con la serie «Siempre Madrid». Sin vuestra ayuda habría sido incapaz de llegar hasta aquí. Lo mucho que os lo agradezco no cabe en las siguientes líneas, pero, aun así, ahí van:

Gracias, Agustín; si sé algo del amor es por tu culpa. Agustín jr., sueña, mi vida: tu felicidad siempre será la mía. Petri, Agustín, los Hernández, los Sancho, qué orgullo poder llamaros «familia». Los García-Fernández, los Sánchez-Lanchas, Herrero Rodríguez (eres tan puto como tu tocayo), no compartiremos sangre, pero os siento igual de cerca. Peque, de mayor quiero ser como tú, diva.

Rosana, ojalá te hubiera conocido antes. Conchi, sororidad eres tú. May, Ana, Gintonizadas mías, vuestra locura es mi alegría. Elena, Inma, Analí, compañeras (se me llena la boca al decirlo). Carlos, gracias una vez más por la confianza.

Natalia, Ángela, Glo, Mery, Davi..., qué suerte la mía. Familia de Villamanta, por muchos años de seguir celebrando (lo que sea) juntos. Alba (mi niña) y Carla, nunca mejor que con vosotras. Chari, Bea, Angels (la valiente), hermanas Ordiales, Montse, Silvia, Fatima, Marina, MaríaY, Sara (cuántas personas bonitas en ese CDL), Nieves, Patricia, Alejandra, Eva, Lisa, Marta y Laura, María, Isa, Cristiane, Grace, Aileen, Laureta, Verónica..., infinitas gracias por arroparme con tanto cariño.

Y gracias a ti, que me estás leyendo. Esta historia la escribí yo, pero eres tú quien le ha dado vida.

## SINOPSIS



Todos me advirtieron de que no debía enamorarme de Sergio: nuestros amigos comunes, mi propia experiencia, hasta él mismo.

Sergio llevaba la palabra «peligro» escrita en los característicos frunces de su ceño. Era un espíritu libre, indomable, salvaje. Su magnetismo era tan grande como su falta de compromiso.

Con Sergio parecía imposible alcanzar la estabilidad que tanto había buscado, mi soñado final feliz. Él solo estaba dispuesto a ofrecerme dudas, calor entre las piernas y un empleo en su agencia, uno que nunca debí aceptar.

No era una buena idea entregar mi corazón a un hombre así, pero el resto del cuerpo...

¿Es de ilusos creer que una aventura puede cambiarte la vida por completo?



## BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



Nací en Madrid, en el 81. Fui una niña de *La Bola de Cristal*, las Happy Luck siempre calzadas y el *walkman* en la riñonera. De adolescente, lectora pública de Isabel Allende y a escondidas del *Nuevo Vale*. Entré en la universidad cuando pagábamos en pesetas y salí igual de pardi-

lla, pero con muchos conocimientos sobre Historia. Una noche de 2014 tuve la suerte de descubrir lo que se convertiría en mi verdadera vocación. Ponerme las gafas de inventar y abrir el archivo de Word ha pasado de ser un hábito a ser una necesidad. Si algún día consigo convertirlo en un oficio, mi sueño se habrá cumplido.

En 2017 Pàmies me publicó *El verano que aprendimos a volar*. En 2018 reincidieron con *La locura de saltar contigo*. En 2019 me han dejado hacer triplete con *La aventura de soñar juntos*.

Cuando no estoy metida en un libro, hablo de ellos en Gintonizadas, un *podcast* mensual de literatura romántica en clave de humor.

<https://www.silviasancho.com>

Twitter: @Silvia\_Sancho\_

Facebook: @SilviaSanchoAutora

## OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

### EL VERANO QUE APRENDIMOS A VOLAR



Asier es un enigma. Atractivo, irreverente y descarado, es profesor de tenis durante el verano en un camping de la sierra de Madrid. El sitio perfecto donde esconderse de una realidad que le ha dado la espalda en el pasado.

Lara llega al camping para trabajar de recepcionista, y ni se imagina la tormenta de aire caliente que se producirá en su interior cuando la brisa fresca, liviana y juguetona que rodea a Asier choque con ella... y desate un deseo adictivo entre ambos.

Asier y Lara empezarán a volar juntos, sin alas y sin detenerse a pensar que pasará cuando finalice la temporada estival del camping. Pero no podrán contener el deseo de que perdure lo que parece destinado a acabar con el fin del verano. ¿Serán capaces de ganar el pulso a todos los obstáculos que se interponen en su camino y que parecen indicar que lo suyo no será más que un amor de verano?

DISPONIBLE EN PAPEL Y EN DIGITAL EN TODAS LAS LIBRERÍAS  
Y EN TODAS LAS PLATAFORMAS DIGITALES

¡LEE AQUÍ LOS PRIMEROS  
CAPÍTULOS DE EVQAAV!



¡ESCUCHA LA PLAYLIST DE  
EVQAAV EN SPOTIFY!



## OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

### LA LOCURA DE SALTAR CONTIGO



Una boda.  
Un montón de chupitos.  
Un Porsche aparcado en una calle oscura.  
El mejor amigo del novio.  
El hombre con el que no debía acostarme.  
El que iba impecablemente vestido con un traje gris y una camisa blanca almidonada.  
El dueño de unos ojos verdes que hablaban más que su irresistible boca.  
El socio más joven de su despacho de abogados.

El mejor hombre con el que he estado en la cama.

Una locura.

Las huellas de mis uñas en el salpicadero de su coche como prueba.

Un problema de los grandes.

Él era inalcanzable.

Yo estaba rota.

DISPONIBLE EN PAPEL Y EN DIGITAL  
EN TODAS LAS LIBRERÍAS Y EN  
TODAS LAS PLATAFORMAS DIGITALES

¡LEE LOS PRIMEROS  
CAPÍTULOS DE LLDSC!



¡ESCUCHA LA PLAYLIST DE  
LLDSC EN SPOTIFY!



# PLAYLIST DE SPOTIFY DE LA AVENTURA DE SOÑAR DESPIERTOS



**La aventura de soñar despiertos**

48 tracks

Track	Artist	Album	Duration
1. Selva (Deluxe)	Enzo	Enzo	3:47
2. I can't hold my breath (feat. JAY-Z)	Drake	Take Care	4:15
3. Fall in Love	Drake	Take Care	4:38
4. Don't Let Me Down	Drake	Take Care	3:54
5. Precious Medicine	Drake	Take Care	3:38
6. Should I Stay or Should I Go (feat. Justin Bieber)	Drake	Take Care	3:38
7. Fuck You	Drake	Take Care	3:43
8. Beautiful Love (feat. Drake)	Drake	Take Care	3:58
9. Where's the Love (feat. Drake)	Drake	Take Care	4:38
10. Take Care	Drake	Take Care	3:38
11. Hold On	Drake	Take Care	3:38
12. The Motto	Drake	Take Care	3:38
13. Energy	Drake	Take Care	3:38
14. Energy	Drake	Take Care	3:38
15. Energy	Drake	Take Care	3:38
16. Energy	Drake	Take Care	3:38
17. Energy	Drake	Take Care	3:38
18. Energy	Drake	Take Care	3:38
19. Energy	Drake	Take Care	3:38
20. Energy	Drake	Take Care	3:38
21. Energy	Drake	Take Care	3:38
22. Energy	Drake	Take Care	3:38
23. Energy	Drake	Take Care	3:38
24. Energy	Drake	Take Care	3:38
25. Energy	Drake	Take Care	3:38
26. Energy	Drake	Take Care	3:38
27. Energy	Drake	Take Care	3:38
28. Energy	Drake	Take Care	3:38
29. Energy	Drake	Take Care	3:38
30. Energy	Drake	Take Care	3:38
31. Energy	Drake	Take Care	3:38
32. Energy	Drake	Take Care	3:38
33. Energy	Drake	Take Care	3:38
34. Energy	Drake	Take Care	3:38
35. Energy	Drake	Take Care	3:38
36. Energy	Drake	Take Care	3:38
37. Energy	Drake	Take Care	3:38
38. Energy	Drake	Take Care	3:38
39. Energy	Drake	Take Care	3:38
40. Energy	Drake	Take Care	3:38
41. Energy	Drake	Take Care	3:38
42. Energy	Drake	Take Care	3:38
43. Energy	Drake	Take Care	3:38
44. Energy	Drake	Take Care	3:38
45. Energy	Drake	Take Care	3:38
46. Energy	Drake	Take Care	3:38
47. Energy	Drake	Take Care	3:38
48. Energy	Drake	Take Care	3:38

